

AUTOR: PHOOLAN DEVI.

TÍTULO: LA REINA DE LOS BANDIDOS. (AUTOBIOGRAFÍA).

AÑO: 1995.

ESCRITO CON LA COLABORACIÓN DE MARIE-THÈRESE CUNY.

TRADUCCIÓN DE ÀNGELES PÈREZ.

Gracias a PAUL RAMBALI que ha colaborado con MARIE-THÈRESE CUNY en la redacción de este texto.

“No sè ni leer ni escribir. Èsta es mi historia...”

PHOOLAN DEVI, entrevista filmada, Nueva Delhi, septiembre de 1995.

Mi suegro me había encerrado en la oscuridad.

Sòlo un ligero resplandor se colaba bajo la puerta del establo. Apenas alcanzaba a distinguir algo, entre los excrementos de rata, herramientas herrumbrosas y cacharros de cocina. Me sentè en cuclillas con la cara apoyada en las manos. Tenía calor. Me escocían las mejillas... había estado llorando, llamando a mi madre. Mi suegro, después de contarle que mi marido había amenazado con pegarme, seguramente pensó que me escaparía. Por eso me había dejado allí, encerrada a oscuras. Debía de creer que era culpa mía.

Al principio, cuando me preguntò por què su hijo se había enfadado conmigo, yo estaba demasiado asustada para decírselo, pero èl insistió.

Asì que se lo expliquè.

-¡Querìa tocarme! Me desabrochè la blusa.

Yo había gritado pidiendo auxilio. Sabìa que los hombres no debían ver mi cuerpo. Desde la primavera, mi madre no había dejado de repetirme que ya tenía diez años y que no podía andar por ahì con la blusa abierta.

-¿Te ha hecho daño? –me preguntò mi suegro, muy serio-. Deja de llorar y cuéntame lo que te ha hecho.

-Me dijo que era un pichoncito... que no sabìa cuàndo iba a crecer... ¡me manoseò todo el cuerpo!

Le supliqué a mi suegro que me llevara con mi madre. Pero èl me respondió que me calmase, que iba a traerme un poco de leche. Yo no podía dejar de llorar. Entonces me encerrò en el establo.

Le rogué que abriera la puerta, pero fue inútil. Debí de haberse ido a algún sitio y me dejó allí.

Hacìa tres días que vivìa en aquella casa, sola con mi marido y mi suegro. Les habían dicho a mis padres que me necesitaban para las tareas de la casa, porque mi marido era viudo. Me habían llevado a la aldea al día siguiente de la boda. Yo hacìa lo que me mandaban. Hacìa todo el trabajo de la casa, pero no me permitian ir al pozo porque tenían miedo de que me cayera, y tampoco me dejaban cocinar porque el viejo tenía miedo de que me quemara los dedos. Lo único bueno de aquella casa eran las comidas. Podía tomar cuatro chapatis en cada una; me hubiera gustado guardar alguno para mis hermanas y para mi

hermano. Yo quería salir a la calle a jugar con las otras niñas, pero mi marido me obligaba a quedarme en casa.

-Un día te llevaré a ver a tus padres –me prometió- y además tendrás un montón de cosas buenas para comer, en cambio, si lloras o intentas escapar, te daré una paliza, ¿entendido?

Luego me desabroché la blusa y me tocó el pecho. Me estrujó las costillas, riéndose.

Me daba miedo su expresión. Yo no tenía la culpa de que me mirara el pecho y me tocara. Intenté apartarme de él, y estoy segura de que me habría dado una paliza, si en aquel momento no hubiera llegado su padre.

Mi hermana no se había ido a la aldea de su marido inmediatamente después de casarse; se había quedado un tiempo en casa. Y él nunca la amenazaba con pegarle; la protegía y ella hacía el trabajo de la casa y cocinaba para él. Mi marido olía a sudor, y hacía un ruido extraño con la boca cuando me miraba. Yo quería irme a casa y preguntarle a mi madre para qué estaba yo allí.

Lloré a lágrima viva, tanto, que acabé con la falda empapada. Al poco rato, les oí discutir fuera.

-¡Es sólo una niña! –gritó el padre-. ¡No te acerques a ella!

-¿Y qué esperas que haga? ¡Fuiste tú quien eligió a esa mocosa para mí!

No pude oír más. Me dejaron sola, encerrada en aquel vacío y oscuro establo.

Decidí que, cuando volvieran, no me separaría nunca del padre. Iría con él al pozo, así su hijo no se atrevería a tocarme. Me pondría las enaguas, la falda y la camisa, me envolvería en el sari y me lo ataría bien fuerte, para que él no pudiera soltármelo. ¡Yo ni siquiera conocía a aquel hombre, ni siquiera era de mi familia y él pretendía asustarme!

-¡Phoolan! ¿Dónde te escondes, pichoncito mío?

Era la voz de Putti Lal.

-Sal, no tengas miedo. Ahora que estamos casados, voy a enseñarte lo que hacen los casados... Voy a enseñarte un juego nuevo...

1.

Mi madre, agachada delante de un montón de estiércol, cogió un puñado y le dio forma de torta, amasándolo con aquel vaivén que yo le había visto desde pequeña; luego lo colocó en la hilera de tortas de boñiga que tenía delante.

En el otro extremo del campo, se secaban las que había hecho unos días atrás, listas ya para que mi hermana y yo las recogiéramos y las apilásemos. Era un trabajo pesado. El estiércol se te pegaba en las manos como si fuera miel. Yo colocaba las tortas en círculo, capa sobre capa, hasta que no podía seguir porque ya no llegaba. Entonces me sustituía mi hermana Rukmini, que era más alta, y yo empezaba otro montón. Al final del día, el campo estaba sembrado de montones de tortas de estiércol seco, que ya no eran de color castaño oscuro, sino del mismo tono ocre rojizo que la tierra árida y polvorienta, esa tierra que nos teñía de rojo los pies y nos inmovilizaba los dedos.

Cogí un cesto lleno de tortas, me lo coloqué en equilibrio sobre la cabeza y tomé el camino de la aldea. Me acompañaba mi hermana pequeña Choti, también con un cesto en la cabeza. Mi aldea era del mismo color ocre que la tierra, porque los aldeanos construían las paredes de las casas con ella, igual que nosotras las tortas de estiércol que usábamos para el fuego, con el que nos calentábamos en invierno y preparábamos la comida, el mismo estiércol que daba fuerza a la tierra para que creciera el “hora”.

Mi padre estaba en el patio de casa, esperando que le preparasen la comida. Rukmini, por ser la mayor, era la encargada de hacer los chapatis. Empezaba por limpiar la piedra de moler el grano para preparar la pasta; luego se agachaba como mi madre y encendía el fuego con unos palitos.

Apoyaba una mano en la rodilla y se inclinaba de lado, echándose el pelo hacia atrás, para soplar suavemente. La cara le brillaba a la luz de la lumbre. Rukmini había cumplido ya trece años, y era muy guapa, con aquella piel tan clara, mucho más clara que la mía. Padre nos había dicho que se casaría pronto.

-¿Adónde vas con ese palo, Phoolan? –preguntó mi padre.

No le contesté.

El sol vespertino proyectaba sombras alargadas en nuestro pequeño patio. Yo había estado pensando todo el día en algo muy importante...

-Padre, ¿dónde vive Dios?

Profundas arrugas surcaban la frente de mi padre y su nariz era chata y grande, como la mía. También tenía, igual que yo, la piel oscura.

A mí me parecía que siempre estaba triste. A veces, se pasaba horas rascándose la cabeza, como si los pensamientos fueran piojos y quisiera librarse de ellos. Pero cuando me miró, y me vio con el palo, la desasosegada expresión de su rostro desapareció.

-¿Dónde crees tú que vive Dios, Phoolan?

-En la selva, "buppa". Voy a ir con Choti. Llevo el palo para espantar las culebras.

Choti y yo nos proponíamos saltar la tapia del patio, correr por el borde de la acequia, y seguir el río hasta la selva.

Entonces oímos a nuestra madre.

-¡Phoolan, ve a buscar agua!

Padre sonrió. Había perdido tantos dientes, y los que le quedaban estaban ahora tan ennegrecidos, que yo me preguntaba a menudo cuál sería su edad.

Yo entonces tenía casi nueve años... creo. Nadie sabía exactamente la fecha de mi nacimiento, ni siquiera mis padres. Pero había nacido el día de la fiesta de las flores, y por eso me habían puesto Phoolan, que significa flor. Cuando vine al mundo, mis padres ya tenían una hija, Rukmini, y la que me seguía a mí también había sido niña, Ramkali. La llamábamos Choti porque era muy bajita. Luego tuvieron un niño, Shiv Narayan, que de momento era un bebé. Y en el vientre de nuestra madre había un secreto...

-Dios está en todas partes, Phoolan, no sólo en la selva –me explicó mi padre-. Ahora ve a buscar agua y por el camino no hables con nadie.

Corrimos por la calle y continuamos por el sendero que, desde las casas, llegaba hasta el pozo. Era un pozo tan profundo que Choti y yo teníamos que agarrar la cuerda entre las dos para subir el cubo. Debíamos tirar con fuerza y con los pies sujetos bajo el brocal de piedra, para no caernos dentro. El fondo del pozo era negro y yo estaba convencida de que allí habitaban los demonios.

Yo quería ver a Dios para preguntarle una cosa. Hacía tiempo que pensaba en ello (cuando llevaba a pastar las vacas, al campo). Pero antes tenía que saber dónde podía encontrar al Dios que había decidido que yo naciera en aquella aldea de la llanura, cerca del río.

En nuestra aldea todos los vecinos chismorreaban y, a menudo, si no estaban demasiado cansados después de trabajar en los campos, reñían entre ellos. Yo creía que era el hambre lo que hacía que se pelearan de esa manera. Siempre se oía vocear a las mujeres que discutían por un jarro de leche o llamaban a los niños. Siempre, menos en la estación calurosa; entonces el aire era tan sofocante que las moscas parecían flotar y los trinos de los pájaros se ahogaban en los árboles. Soplaban un viento ardiente y sólo les quedaba energía a los monos, que se espulgaban unos a otros a la sombra de las higueras; y a los

mosquitos, que nos succionaban perezosamente la sangre a través de la piel desnuda. Apenas había aire para respirar, cuando al fin llegaban las lluvias y arrastraban el polvo.

El único sitio donde podía estar sola, donde tenía tiempo para pensar, era en el campo, a las afueras del pueblo, agachada para orinar entre las hierbas altas.

Pero para llegar allí tenía que pasar por delante de la gran casa que pertenecía a Bihari. Y él siempre intentaba pegarme. Bihari era viejo, cruel y mezquino. En cuanto me acercaba a su casa, me llamaba con sonrisa de diablo haciéndose el bueno.

-¡Ven, niñita, ven Phoolan! –me decía-, ven a ver a tu tío Bihari...

Yo quería obedecer a los mayores, pero sabía que si ponía un pie en su patio, Bihari intentaría agarrarme y pegarme. También golpeaba a Choti con el palo. Y a mi hermana mayor, Rukmini, si era tan tonta como para aproximarse a su casa. Si se enojaba mucho con nosotras pegaba incluso a mi madre. Decía que le espiábamos o que no nos comportábamos como era debido. En realidad era él quien andaba siempre espiando... en el patio, junto a la puerta, echado en el “khat” de bambú, con su suave estera de paja. Él no trabajaba como mi padre, se pasaba el día tumbado esperándonos, vigilando a sus criados mientras barrían.

Y cuando se levantaba, normalmente era para gritarle a mi madre por encima de las tapias.

-¿No puedes tener encerradas a esas crías odiosas? –solía decirle a voz en cuello.

Bihari, aquel hombre horrible, vivía en la misma calle que nosotros, al final de la pequeña hilera de casas. Su casa era de cemento. Tenía dos plantas y un balcón. La madera del marco de la puerta estaba tallada como el palacio de un rajà. Hasta había abierto un pozo en el patio, para que sus esposas no tuvieran que hacer cola en el de la aldea.

Las paredes de nuestra casa eran de adobe y el tejado, de bálago. Y la puerta de madera no tenía tallas. En el interior había un patio muy pequeño y tres estancias: una para las vacas y dos para nosotros (en una dormíamos en invierno y en la otra estaba el hogar de barro para cocinar). No había puertas ni ventanas, así que las habitaciones permanecían siempre frescas y oscuras. Por la noche encendíamos una lámpara de aceite que habíamos fabricado agujereando la tapa de una lata vieja para introducir la mecha. Toda la decoración se resumía en nuestro pequeño altar, y no teníamos más muebles que los tres viejos khats en el dormitorio y uno en el patio, junto a la puerta, en el que se echaba mi padre cuando no tenía trabajo. A mi padre le gustaba dormir en el patio durante el verano, pero las vacas dormían siempre dentro. No las dejábamos fuera por miedo a que nos las robaran; eran cuanto poseíamos. Nosotros éramos “mallahs” pobres, sólo teníamos para vivir lo que nos daba el río.

Bihari me pegaba si cruzaba su campo con nuestras vacas. Intentaba hacerlo siempre que me veía cerca, aunque pasara corriendo para ir a orinar al campo.

Yo no sabía por qué quería hacernos daño. Mi madre decía que era simplemente para echarnos. Se quejaba continuamente a mi madre, alegando que nos portábamos mal, que entrábamos en su propiedad y que éramos feas y sucias.

Así que, para que Bihari no me viera, iba al campo dando un rodeo; aunque de pequeña, a veces, no me era posible, porque no me aguantaba las ganas de orinar. Entonces me pegaba a la tapia de su patio, torciendo los pies para no caerme en la zanja, y corría impulsada por el miedo de hacérmelo encima. Pero él siempre estaba al acecho...

-¡Eh, Phoolan! ¿Adónde crees que vas? –me gritaba-. ¡Èsta es mi propiedad!

Su esposa, vieja y malvada, se reía acurrucada en su khat, agitando el sari.

Si daba un rodeo y me orinaba, luego me veía obligada a lavar el vestido en el río y esperar desnuda a que se secara, ya que sólo tenía uno. No tenía zapatos. En mi familia nadie tenía.

Yo no entendía por qué teníamos que aguantar los insultos y las palizas de Bihari. Solía imaginar que un día Choti y yo nos acercábamos sigilosamente a Bihari, mientras roncaba allí, en el patio, con su gran nariz ganchuda y, en venganza, le aplastábamos la cabeza con una piedra enorme. Era como si no tuviera derecho a vivir en mi aldea, como si mi familia valiese menos que las pulgas de un perro. ¿Sería sólo porque éramos mallahs, porque éramos pobres? Por eso quería yo ver a Dios, para preguntárselo.

De pequeña, me gustaba mucho el olor de la tierra mojada. Cogía puñados de barro de la orilla del río y me los comía. Mi madre me reñía siempre. Incluso tenía que atarme las manos, para impedir que comiera aquella arcilla roja tan rica. Nutría las plantas que crecían junto al río, y cubría las paredes de las casas. Me encantaba su olor. Pero no se podía comer.

También por eso quería saber dónde vivía Dios: para preguntarle por qué no teníamos nunca suficiente comida. Mi hermana pequeña, Choti, quería venir conmigo. Hablábamos mucho de aquel Dios que había dispuesto que fuéramos pobres y habíamos decidido ir al bosque a pedirle ayuda. Pensábamos decirle que nos diese todo lo que necesitábamos: una casa de dos plantas como la de Bihari, un campo para cultivar el trigo, un árbol que diera mangos, muchas vacas, un búfalo y un carro. Choti también quería un montón de dulces de leche y azúcar; y además íbamos a pedirle rupias en abundancia para nuestro padre.

A veces me parecía que tenía hambre constantemente y que nunca había bastante comida. Me gustaban mucho las lentejas y los mangos, aunque casi siempre teníamos que conformarnos con patatas. Cuando conseguíamos trigo, Rukmini lo molía y hacía chapatis. Y, a veces, mi madre untaba los chapatis con “ghi”, la deliciosa mantequilla que le ofrecíamos a los dioses del templo, y tomábamos las hortalizas cogiéndolas con los chapatis. Para conseguir un poco de trigo o un territo de mantequilla, mi padre estaba obligado a trabajar todo el día, haciendo lo que fuera en casa de alguna familia rica. Cuando faenábamos por los campos, sólo comíamos guisantes salados. La comida principal era la de la noche y a mi padre se le servía siempre el primero. Cuando él acababa, nos servían a los demás lo que quedaba. La que cocinaba comía en el último lugar, y esa era Rukmini. Yo me quedaba mirándola mientras preparaba la comida y se servía después, siempre al final. Y pensaba en lo penoso que debía de resultarles, pues sabía que, cuando ella se casara, me tocaría a mí hacerlo.

Cuando terminaba mi tarea en la casa o en los campos, tenía que hacer trabajos para cualquiera de la aldea que lo pidiera. Mi padre aseguraba que era mi obligación. Había que cuidar su ganado, recoger las cosechas o quitarles los piojos, y, a cambio, podías conseguir algo de comer.

Un día, el “pradhan” me mandó que fuera a frotarle la cabeza y allí, en el patio de cemento, justo delante de él, había un gran montón de mangos que acababan de recoger de un árbol.

Yo nunca hablaba en su presencia y nunca le pedía nada. Él era un hombre importante, el jefe de todas las aldeas, y yo era demasiado tímida y no me atrevía a abrir la boca. Pero aquellos mangos eran frescos y grandes, y tan rojos como el sol vespertino. En casa nunca comíamos mangos como aquellos. Teníamos que conformarnos con los más baratos, que eran verdes y amargos; había que chuparlos con fuerza para sacarles un poco de jugo. En cambio, aquellos eran los mejores mangos que yo había visto en mi vida. Se me hacía la boca agua mirándolos, imaginando el sabor de la pulpa blanda, del jugo dulce bajándome por la garganta. El olor era tan intenso que, al final, no logré contenerme.

-¿Me das un mango pequeño, por favor? –pregunté.

El bofetón fue tan fuerte que me resonó en la cabeza. Me quedé aturdida, se me nubló la vista, todo daba vueltas a mi alrededor y me caí al suelo.

El pradhan estaba furioso.

-¿Cómo te atreves a pedirme un mango? Hoy quieres un mango y mañana querrás otra cosa.

Me dolía tanto, y estaba tan asustada, que me oriné.

Volví a casa corriendo, esperando que no me viera mi madre. Pero estaba allí.

-¿Qué pasa ahora? –me preguntó-. ¿Qué has hecho esta vez?

Yo quería esconderme.

-No iré nunca más a su casa –gritó-. No quiero volver a hacer ese trabajo. ¡Ojalá se lo coman las pulgas!

Estaba segura de que mi madre me pegaría también; aun así, le conté lo que había pasado. Observé cómo mientras me escuchaba, se le desorbitaban los ojos de furia. Me agarró del brazo, pero no para pegarme. En vez de eso, me arrastró otra vez a casa del pradhan.

Cuando llegamos, le gritó desde la calle, con voz colérica:

-¿Crees que traemos hijos al mundo sólo para que sean tus esclavos? ¿Por qué no la has matado, en vez de pegarle como lo has hecho? ¡Anda, mátala! ¡Así no volverá a pedirte mangos nunca! ¡Mátala si quieres!

Mi padre se sintió avergonzado cuando, al llegar a casa, se enteró de lo que había ocurrido. Repitió que teníamos la obligación de servirles. Que así era el mundo. Que si hacíamos lo que nos mandaban sin protestar, e inclinábamos la cabeza y les tocábamos los pies para demostrarles respeto, nos darían de comer. Concluyó que el mundo era así, porque así lo había hecho Dios.

-¿Cómo es Dios, padre? –le pregunté.

-Dios tiene muchas caras, Phoolan.

-¿Se parece a mí?

Mi padre intentó disimular una sonrisa.

Yo sabía que no era bonita como Rukmini. Tenía la nariz demasiado grande, y la piel demasiado oscura, aunque no tanto como Choti. Era demasiado baja, demasiado flaca y demasiado débil para ser guapa.

Rukmini lucía una piel muy clara; mi madre la quería mucho y mi padre también. Él siempre guardaba algo de la comida que le daban donde trabajaba y la llevaba a casa para ella: un jarro de leche o un chapati. Mi padre decía que Rukmini iba a casarse y que tenía que estar guapa y sana. ¡Pero yo trepaba a los árboles mejor que las otras chicas y, además, corría más rápido que ninguna! Y sabía nadar en el río y hacer cualquier trabajo. Segaba la hierba con la hoz y la trillaba para los animales; podía llevar pesados cestos y cántaros de agua sobre la cabeza.

No teníamos mucho con qué alimentarnos, así que sin duda era la cólera lo que me daba fuerzas.

Yo había nacido con la cólera de mi madre.

-Vomitaba todo lo que comía cuando te llevaba dentro –me dijo una vez.

-Si por mi culpa te encontrabas tan mal –le pregunté-, ¿Por qué no me estrangulaste el mismo día en que nació?

Siempre que mi madre se quejaba porque no era niño o porque había hecho que se pusiera enferma, o porque sólo le daba disgustos, también a mí me daban ganas de gritar. Pero no lo hacía. Me callaba o maquinaba travesuras, y entonces ella me pegaba y seguía lamentándose al Dios que sólo le había dado un niño varón.

¿Era un niño o una niña lo que crecía en el vientre de mi madre? Choti y yo apenas podíamos creer que tuviera un bebé allí dentro. Era muy misterioso. No podíamos comprender que le hubiese crecido tanto el vientre, mientras el resto del cuerpo seguía tan delgado. Se pasaba el día abrazándose, sujetándose por debajo con ambas manos. Parecía que le doliera, y tenía lágrimas en los ojos.

-¡Por favor, Dios! –suplicaba-. ¡Que sea niño!

Aquello era lo único que le oí pedirle a Dios.

La última vez, había dado a luz a dos niñas al mismo tiempo, y las dos habían muerto. Aquel día, escuché cómo una mujer le decía:

-La primera murió por la mañana y la segunda por la tarde.

No recuerdo sus caras, ni siquiera recuerdo si llegué a verlas. Mi madre salió del cuarto donde no nos habían permitido entrar, y dijo que estaba contenta.

-Dios se las ha llevado –declaró. Él velará por ellas en la otra vida, pero no aquí. ¡Tantas niñas! ¿Por qué, por qué?

Cuando le pregunté dónde vivía Dios, se rió pero no me contestó.

Ella nunca rezaba como mi padre. Prefería lamentarse de las desgracias que Dios le enviaba.

-Si al menos me diera bastante comida para todas estas niñas...

Una vez, cogió una pequeña imagen de uno de los dioses de nuestra casa y lo tiró al pozo de la aldea. Incluso se burlaba de mi padre cuando él rezaba a la diosa Kali, lo hacía dos veces al día, en nuestro pequeño altar con lamparillas y flores. Mi madre me pegaba en el trasero cuando me sorprendía haciendo algo malo. Y me gritaba:

-¿Dónde está tu Dios, eh? Pídele ayuda ahora, anda. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡No debes entrar en el campo de Bihari!

Durante un tiempo, creí que Dios habitaba en el río, en el lugar donde echaban siempre las cenizas de los muertos, así que un día agarré el rabo de un búfalo cuando éste iba a cruzarlo. Quería mirar debajo del agua por si conseguía vislumbrar a Dios en el fondo. Pero sólo vi lègamo.

Si Dios se había llevado a las niñas recién nacidas, me decía yo, tenía que vivir en algún sitio; seguramente en la selva con los tigres, las hienas y las culebras.

Padre nos explicó que Dios estaba en todas partes y que nos vigilaba aunque nosotros no pudiéramos verle.

¿Cómo íbamos a encontrarlo, me decía yo, si se escondía incluso de la mirada de los hombres?

-Si quieres encontrarle, tienes que ser paciente y perseverante –me aconsejó mi padre-. Debes rezar a menudo y meditar, como el sacerdote del templo.

Yo no sabía qué significaba meditar, pero sabía que no tenía paciencia. No podía esperar. Necesitaba encontrar a Dios y había que hacerlo inmediatamente.

-Si quieres encontrar a Dios, Phoolan, no vayas a buscarlo a la selva, ve al templo.

Pero no era verdad. Ya le había buscado en el templo. En el templo había muchas imágenes, muchos dioses. Padre me había dicho una vez que, si rezaba con suficiente fervor, las imágenes cobrarían vida para enseñarme el camino de Brahma.

Yo había ido al templo de la aldea con Choti a ver las imágenes. Me había quedado de pie delante de ellas, mirándolas fijamente a los ojos, pero no había pasado nada. No habían cobrado vida.

Empecé a renunciar a la idea de encontrar a Dios.

Aquella noche, el vientre de mi madre estalló...

Todos sabíamos que iba a llegar un bebé. Choti y yo habíamos estado hablando de aquello tan misterioso que estaba ocurriendo. “Amma” se encerró en una habitación de la casa en la que no nos dejaron entrar y ¡salió luego con un bebé en brazos!

Al día siguiente inventamos un juego nuevo. Yo entré en la casa con el sari de mi madre puesto, simulando que tenía el vientre hinchado, y luego salí otra vez diciendo que había nacido un niño. Choti golpeó el plato de metal para comunicar la noticia a la aldea. Pero nuestra madre estaba furiosísima. En su

cara delgada, los ojos se le habían vuelto más grandes y más negros que nunca porque el bebé era una niña, otra niña. Se llamaba Bhuri: una cuarta hija que alimentar.

Mi madre había tomado una decisión. No iba a darle su leche a Bhuri, sólo le daría agua. Tendríamos que cuidarla y alimentarla nosotras, las otras niñas. Nuestra madre resolvió que ella tenía demasiado trabajo que hacer en los campos. Seríamos nosotras quienes le proporcionaríamos la leche, aunque fuera robándola de las cabras de otras personas.

Lo primero que teníamos que hacer si veíamos pasar una cabra, era asegurarnos de que no había nadie mirando; a continuación, la metíamos en el patio y la ordeñábamos, procurando no sacarle demasiada leche para que el dueño no lo notara. Y entonces la soltábamos. Mezclábamos la leche con agua y se la dábamos a Bhuri. Yo sabía que estaba mal robar, pero Dios no se opondría a que ella tomara un poco de leche.

Decidí preguntárselo si le encontraba.

Mientras tanto, me alegraba de que la niña hubiera sobrevivido. Yo estaba asustada desde que habían muerto las otras dos, y nuestra madre nos dijo que se las había llevado Dios; tenía miedo de que nos llevara a todas y que fuésemos a vivir también al cielo oscuro de la noche.

Cuando llorábamos de noche, madre solía señalar el cielo y decirnos:

-¡Mirad! Allí arriba están vuestras hermanas. ¡Se han convertido en estrellas!

Había tantas estrellas allá arriba, grandes y pequeñas, que yo tenía miedo de perderme.

-Amma –le pregunté una vez-, ¿me convertiré en una estrella más grande y más brillante que las otras cuando me muera?

Yo me burlaba de Choti, por el color de su piel, diciéndole que ella sería una “kara”, una estrella negra que sólo da sombra, mientras que yo me convertiría en una “tara”, una estrella que da una luz muy brillante.

Yo aún sabía muy poco el año que nació Bhuri.

El mundo que nos describía mi padre, bajo el firmamento al que Dios, aunque no podíamos verle, se había llevado a mis hermanas, era mi aldea, que se llamaba Gurha Ka Purwa. En el centro de mi mundo, pasada la casa de Bihari justo en la esquina, y subiendo los caminos empinados y estrechos bordeados de casas pequeñas como la nuestra, estaba el pozo, profundo y oscuro, adonde íbamos a buscar agua que sacábamos de un cubo atado a una cuerda. Cerca de nuestra casa había un río en el que nos lavábamos y que desembocaba en el Yamuna, el gran río que acogía las cenizas de los muertos.

La corriente del Yamuna era tranquila y clara en primavera y azul en la estación calurosa. Los insectos bailaban en la superficie resplandeciente y las culebras se deslizaban por las orillas, brillando al sol. El río se volvía pardo y embarrado con las lluvias del monzón, convirtiéndose en un torrente furioso y ancho que arrastraba todo el polvo y la suciedad. Caían sobre la aldea lluvias torrenciales que desenterraban sapos y culebras y a veces se llevaban las casas que estaban más cerca de la orilla. El Yamuna llegaba de las montañas en las que vivían los dioses del templo. Río arriba, había barrancos en los que sólo crecían algunos zarzales, y luego estaba la selva, llena de animales salvajes: tigres, leopardos, chacales, búhos y culebras. Más allá de la selva, adonde el sol se iba a dormir de noche, se acababa el mundo.

Era mejor que del vientre de mi madre saliera un niño, porque así la familia no tendría que pagar dote cuando se casase.

Nuestro padre hablaba de ello casi todos los días y, cuando no lo hacía, de todos modos sabíamos que estaba pensando en ello. Y yo empecé a aborrecer a un tío nuestro que tenía la misma mirada que el halcón que revolotea sobre los barrancos. Se comportaba como si fuera “thakur”, un hombre importante y poderoso, alguien que poseía tierras, pero que no pensaba ensuciarse las manos en los campos. Bihari creía que, como era rico, tenía el poder de un thakur, aunque en realidad era mallah, como nosotros.



Un dia llamaron a mi padre al “panchayat”, el consejo de la aldea.

-¿Sabes lo que tenías que hacer, Devidin? –le dijo el “sarpanch”, el jefe del consejo-. Deberías olvidarte de ese pleito contra Bihari. ¿Has considerado la situación de tus hijas? ¿Has pensado en sus bodas? Ya tienes cuatro hijas. ¿Cómo vas a pagar sus dotes, si sigues con ese pleito?

Mi padre les suplicò:

-Os lo ruego, hacedme justicia. Que decida el tribunal.

Pero no le escucharon. Ni siquiera le hicieron caso cuando llorò. Los ancianos de la aldea eran todos ricos y eran amigos de Bihari.

Cuando mi padre volvió a casa y nos contò lo que había pasado, yo me puse furiosa. Mi pobre padre era tímido y bondadoso. No sentía ni pizca de odio. Èl nunca nos pegaba. Èl sòlo usaba el bastòn para apoyarse cuando volvía a casa de noche, porque ya entonces tenía la espalda encorvada. Suplicò incluso a los aldeanos:

-Vosotros sois mis hermanos mallahs. ¡Ayudadme! ¡Id al juzgado a declarar si Devidin es hijo de su padre o no! ¡Sòlo tenèis que decir la verdad!

Pero todos tenían miedo de Bihari. Sabían lo que había hecho, pero nunca defenderían a mi padre. Eran pobres como nosotros y hacían lo que le ordenaba el sarpanch. Si alguno hubiera intentado ayudar a mi padre, Bihari habría mandado a sus hombres para que le golpeasen.

Luego, cuando se acercaba el dia en que mi padre estaba citado en el juzgado otra vez, Bihari fue a hablar con èl. Le dijo que le daría un campo de sesenta “bighas” si se olvidaba del pleito. Mi padre aceptò, pero luego resultò que todo había sido una trampa. Bihari se burlò de èl cuando mi padre fue a verle.

-El juicio ya saliò, pero tù no te presentaste –le dijo-. Y, además, no pueden obligarme a darte tierra porque no tengo nada.

Había vendido un campo de ochenta bighas, y se había gastado las rupias en la construcción de la casa con el pozo en el patio. Le había dado otro campo a su hijo Mayadin, y había puesto las tierras a nombre de su hija.

Por eso nuestro padre estaba siempre tan triste.

Nosotros no teníamos tierras, sòlo un pequeño terreno donde mi padre había plantado un árbol del paraíso, un “neem”. Dependíamos, para sobre vivir, de nuestro “kachwari”, el terreno situado a la otra orilla del Yamuna, y que quedaba seco cuando bajaba el río, después del monzòn. Aquella tierra no pertenecía a nadie. El Yamuna nos la dejaba seis meses al año, mientras corría a unirse al Ganges.

El barquero nos cobraba cinco rupias por alquilarnos su barca durante el dia. Teníamos que remar nosotras mismas, después de haberla cargado bien de cestos de estiércol, que llevábamos para mezclarlo con la tierra arenosa y así poder cultivar sandías y pepinos. Había que hacer varios viajes diarios y a veces, la corriente era tan fuerte que remábamos durante horas para cruzar el río.

Yo aprendì a guiar la pesada barca contra corriente, siendo todavía muy niña. Los mallahs son pequeños, pero tan ágiles como las libélulas que saltan por la superficie del agua. O ya sabìa nadar a los cuatro o cinco años. Sabìa recoger el estiércol, bajar con el cesto a la cabeza hasta el río, y subirlo a la barca. Ayudaba a Rukmini y a mi madre a arar la tierra y a sembrar. En cuanto brotaban las semillas, la cosecha de nuestro kachwari nos pertenecía. Podíamos consumirla nosotros mismos, o llevarla al mercado y venderla. Era lo único que Dios nos había dado, y padre nos decía que teníamos que estar satisfechos.

-Cuando està contento con las personas, Dios les concede muchas bendiciones –decìa èl.

Mi madre no estaba de acuerdo.

-No tiene sentido buscar a Dios, Phoolan. Dios sòlo da cosas a los ricos. Se lo ha entregado todo a Bihari y nada a tu padre.

En la aldea había madres que besaban y abrazaban a sus hijos y que les daban de comer cosas buenas, pero nuestra madre no podía amarnos de aquella manera.

-Nuestra mamá es un demonio –decía Choti-. Siempre está enfadada con nosotras.

Teníamos boca y estómago, así que estábamos siempre hambrientas, y para colmo, éramos niñas.

-¿Qué va a ser de todas estas niñas? ¿Quién se casará con ellas? –se lamentaba nuestra madre. Nos asustaba cuando decía esas cosas.

A veces ponía una cara extraña y aterradora. Sus ojos se volvían grandes y oscuros, más grandes que los de un búfalo y decía con voz quejumbrosa:

-No hay suficiente comida. ¿Por qué habremos tenido tantas hijas?

Nos hacía sentir igual que ladronas que hubieran robado comida de la casa.

Una vez nos agarró como si fuera a sacarnos los brazos y le gritó a mi padre:

-¡Voy a tirarme al pozo! ¡Lanzaré primero a las niñas y luego me tiraré yo!

Yo me asusté y Choti temblaba de miedo.

-¡No me tires al pozo, Amma! –le dijo, llorando-. ¡Por favor, no lo hagas! ¡Si me tiras, me moriré!

Era la estación fría y Amma estaba furiosa porque apenas nos quedaba comida, mientras que tío Bihari la tenía en abundancia. Estaba furiosa también porque mi padre nunca quería reñir ni pelear con él. Mi padre sólo sabía trabajar como un esclavo y rezar. Mi madre opinaba que era un hombre débil.

-Tío Bihari decide por él –aseguraba.

Mi padre no decía nada cuando Bihari me pegaba. Sólo venía y me consolaba. Me sentaba en sus rodillas, diciéndome:

-Tu tío es un demonio, no es un hombre.

Bueno, si era verdad, concluí, también yo me convertiría en un demonio. Así podría plantarle cara y defenderme.

Me parecía que me habían pegado toda la vida, desde mi nacimiento. Mi hermana Choti y yo siempre estábamos enseñándonos las marcas y los cardenales de los azotes que nos daban. Me preguntaba si pegarían igual a todos los niños. A veces, tenía la impresión de que cada día de mi existencia significaba otra paliza. Cuando no era Bihari, era el pradhan, y, si no, mi madre.

Padre intentaba explicarme que en la aldea había dos tipos de personas, los ricos y los pobres como nosotros, que tenían que esperar a que las aguas bajaran para plantar en su kachwari, el terreno que sólo pertenecía al río.

-A un hombre rico le está permitido dar órdenes, golpearnos, y castigarnos, porque es el propietario de las tierras; tiene sobre nosotros el poder de la vida y la muerte. Él es el dueño de los campos y nos da trabajo. Si no lo hiciera, moriríamos de hambre.

Los pobres no tenían nada, ni tierra, ni rupias, ni poder. Nacían sólo para servir.

-Así es la vida, Phoolan –me decía mi padre-. Tienes que inclinarte ante tus superiores y tocarles los pies, porque ellos te protegen.

Yo me quedaba mirando la cara tímida de mi padre, las arrugas de su frente, su vieja camisa de algodón, sus manos gastadas, su piel polvorienta, del mismo color ocre que la tierra, el color de nuestras vidas. Y pensaba en el tío Bihari, con su túnica blanca y larga y un chapati en la mano, comiendo lentejas; pensaba en él blandiendo el bastón amenazante que llevaba siempre consigo. Y no entendía la diferencia que existía entre nosotros, no entendía por qué él tenía que ser rico, mientras que nosotros éramos pobres.

Según mi padre, siempre había sido así. Los pobres debían de humillar la cabeza y comer unos cuantos granos de mijo, mientras los ricos se hartaban de mangos. El dolor del estómago vacío de los

pobres produce miedo y sumisión. Yo intentaba ser sumisa, como me enseñaba mi padre, pero no lo conseguía. Yo era como mi madre. Había demasiada cólera en mi interior.

2.

El brahmán fue a casa de nuevo para hablar de la escuela.

Mi padre me había llevado una vez, cuando era pequeña, a la escuela, que estaba en la casa del pradhan. Tendría yo entonces cuatro o cinco años, era tan baja que ni siquiera llegaba al hocico de un búfalo. Padre estaba sentado en su khat, en el patio y me llamó.

-Es hora de que aprendas, Phoolan –me dijo-. ¿Por qué no dices nunca nada? Nunca te ríes y eres tímida con todo el mundo. ¿Me tienes miedo, Phoolan?

Negué con la cabeza. ¿Tener yo miedo a mi padre? No. Temía a mi madre, sí, y también me intimidaba mi hermana Rukmini, porque era más grande que yo; pero mi padre no. Él siempre me miraba con ternura. Pero era verdad que casi no hablaba a esa edad.

-Voy a llevarte a la escuela –decidió mi padre-. Al brahmán. Él te enseñará a hablar. Tendrás que escucharle con atención y obedecerle en todo.

Mi padre me cogió de la mano y me llevó por el sendero que terminaba en el otro extremo de la hilera de casas: pasamos por la casa vacía que pertenecía a una anciana llamada Kamlesh, a quien nunca veíamos; por la de Makhan, el pescador, que era tuerto y muy pobre. Por la casa de Ram Sevak, que también era pescador. Y por la que tío Bihari había construido para su hija Bitoli. Y finalmente, pasamos deprisa por el caserón de la esquina que pertenecía a tío Bihari.

Había un camino que llevaba a la escuela, y otro que, partiendo del pozo y el panchyat, el edificio donde se reunía el consejo, ascendía la colina y llegaba hasta los dos templos de que disponía la aldea. Mi padre siempre iba a uno de ellos, a hacer ofrendas a la diosa Durga, y a rezarle para que nos ayudara; al otro, mucho más bonito, acudían los ricos para dar las gracias por todo lo que tenían. El brahmán era el sacerdote de la aldea. Él cuidaba de ambos.

Tomamos el primer camino y anduvimos durante un corto trecho hasta la casa del pradhan. Mi padre se paró delante de la puerta de madera en la que había algo escrito.

-Mira, Phoolan, aquí dice Escuela Primaria. Es donde aprenderás a leer y a contar.

La casa del pradhan tenía un patio de cemento en el que se sentaban los niños. Nos daban un libro pequeño con dibujos a cada uno. Mirábamos las hojas del libro y el brahmán señalaba con un puntero las letras del encerado. Pero el brahmán era un hombre impaciente que nos castigaba. Intentaba enseñarnos las letras a palos. Nos insultaba si no repetíamos correctamente lo que él había dicho y, cuando se enfurecía, nos pegaba en la cabeza pelada, que nos habían afeitado por los piojos.

-Ek... Do... Tin... Char... Panch... ¡REPETID!

-Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco...

Estuve allí poco tiempo, y después ya no volví. Éramos demasiado pobres y tenía que trabajar. Por eso nunca aprendí a leer y a escribir ni a contar, aunque mi padre no debería haberse preocupado de que no hablara. Al cabo de unos años, hablaba por los codos, continuamente.

Pero las letras que formaban palabras siguieron siendo un misterio para mí. El único libro que llegué a ver fue el Ramayana, la historia de Rama, la encarnación de Visnú. El brahmán solía leerse a los aldeanos reunidos bajo un árbol. A veces, pedía a otros brahmanes que leyeran una parte del libro con él, porque era muy grande y la historia era muy larga y hermosa. Yo siempre admiraba el libro desde lejos. A las mujeres no se les permitía tocarlo.

Las lecturas duraban horas. Aunque a mi no me agradaba el brahmán, me cautivaba su voz explicando las aventuras de Rama, que se casó con la princesa Sita. Un demonio raptó a la princesa y Rama fue a rescatarla y luchó contra muchos demonios furiosos. Luego, por la noche, yo soñaba con Rama y con los demonios con los que él se enfrentaba.

Al principio, de pequeña, yo hablaba en silencio, sólo consigo misma. Me quedaba mirando las aguas del Yamuna que cambiaban de color según las estaciones, contemplaba las inmensas nubes blancas que bajaban a beber al río, y pensaba en las nubes que se llevaban el agua al cielo para derramarlas sobre los campos. Había dos elementos en el cielo, agua y fuego. El sol era fuego. Luego, las nubes venían a beber agua y el sol luchaba con las nubes, provocando el trueno. Y después, caía la lluvia sobre los campos y hacía que las plantas crecieran verdes y altas.

También me encantaba observar las grandes barcas de madera que recorrían lentamente el río entre aldeas como la mía. Mi padre nos había explicado que en Orai había luces eléctricas que se encendían solas, y que, sin hacer llama, brillaban más que las estrellas. Además, había un tren que corría sobre unos raíles de hierro desde Orai hasta Kanpur, una ciudad donde los "jatavs" cortaban y cosían el cuero, donde las tiendas vendían hermosos saris hechos con hilo de oro y donde había un templo tan grande como una montaña, pintado de blanco y adornado con estrellas de colores. En nuestra aldea, los árboles no tenían estrellas eléctricas, sólo monos que se pasaban el día entre las ramas robando fruta y parlotando en su propia lengua.

Yo quería entender lo que hablaban y, a veces, me preguntaba también si los grandes bueyes que rumiaban el forraje que yo les daba, estarían pensando en sus vidas anteriores. Cuando Bhuri nació, comencé a tener cada noche la misma pesadilla. Soñaba que en mi anterior reencarnación me habían sepultado viva con mi bebé. En el sueño, corría hacia mi padre, llorando y rogándole que encontrara a mi pequeño y me lo devolviese. O soñaba que estaba casada con un viejo maharajá que igualmente me enterraba viva porque había hecho algo prohibido con un sirviente. Incluso recordaba el lugar de mi sepultura. Se encontraba bajo una palmera datilera, junto a un arroyo.

Siempre que me pegaban, me iba sola al río a llorar. En tales ocasiones, deseaba que Dios me hubiera permitido nacer animal en esta vida. Los animales no eran ricos ni pobres, los alimentaban y los cuidaban, y sabían todo lo necesario sin tener que aprenderlo. Hasta la rata que nos robaba el grano era más lista que nosotros.

Madre despachó al brahmán que vino a casa para hablar de nuestra instrucción; argumentó que estábamos demasiado ocupadas para aprender a leer y a escribir.

A mi me anunciaron que no debería volver a la escuela, y mis hermanas tampoco. Mi hermano pequeño, Shiv Narayan, iría más adelante. Mi madre dijo que nosotras, las chicas, sólo necesitábamos saber cómo moler el trigo, hacer chapatis, sembrar, trillar la hierba para dar de comer a los animales y sacar agua del pozo. Y también que aprender a mantenerme a salvo era lo más importante. Siempre me estaba avisando de que algún día me metería en un verdadero lío, y yo no cesaba de preguntarme qué lío sería aquél. Seguramente algo terrible, teniendo en cuenta la mirada de espanto con que lo decía.

El peligro estaba en todas partes, como Dios.

Yo sabía que se hallaba en el recodo del río, pues mi madre no nos dejaba ir allí a bañarnos, sin permiso. Y teníamos terminantemente prohibido tomar el camino más corto, el que pasaba por el campo que el pradhan tenía detrás de su casa, allí donde el Nadi desembocaba en el Yamuna. Ese peligro parecía bastante claro: el pradhan tenía perros salvajes y los azuzaba contra cualquiera que entrara en sus tierras.

Si íbamos por allí, teníamos que hacerlo corriendo. Pero yo sabía cómo: pasaba a toda velocidad, saltaba las tapias, y me zambullía en el río, en la zona más profunda.

No volvía a trabajar para el pradhan desde que me abofeteó por pedirle el mango. Se llamaba Kisna, y era el jefe de nuestra federación de aldeas. Además, era rico y al parecer no trabajaba nunca, igual que Bihari. Estaba siempre sentado en su patio, justo en el lugar donde pasaban las mujeres que iban a bañarse al río. Era un hombre bajo y rechoncho, con un cuello muy grueso y vivos y brillantes ojos de gallo.

Estaba siempre allí, acechando; y sus hijos eran igual de malos. Hacían comentarios sobre las mujeres:

¡Oh, qué belleza! –solían gritar-. Ven aquí. Ven con nosotros.

El pradhan intentaba engañar a las mujeres para que fueran a la parte de atrás de su casa, o a la otra orilla del Yamuna. Por eso, madre no nos dejaba ir a bañarnos solas al recodo del río, ni cruzar su campo. Le preocupaba mucho que él cogiera a sus hijas y les ocurriera una desgracia. Rukmini se casaría pronto y se iría de casa, así que ella ya debía de saber en qué consistía esa desgracia, pero cuando se lo pregunté, sólo me dijo:

-Las jóvenes no deben hablar con ningún hombre, sólo con su padre o su marido, Phoolan. Si un hombre la toma sin casarse con ella, entonces será de todos y ningún marido la querrá después de eso.

Era difícil entenderlo... ¿Quería decir que si una chica cruzaba el río con el pradhan o con uno de sus hijos, luego la golpearían todos, porque pertenecía a todos?

Rukmini sabía cosas que yo ignoraba. Hacía ya varias estaciones que era mujer. Padre la vigilaba constantemente desde que había cumplido catorce o quince años, porque a partir de esa edad había que impedir que los hombres se acercaran demasiado. Ella permanecía junto a nuestra madre trabajando en la casa o en los campos, como las demás chicas de su edad y madre ya no le pegaba. Rukmini estaba siempre ocupada cocinando, y casi no hablábamos. Así que yo jugaba con mi hermana Choti y cuidaba de la pequeña Bhuri.

Había transcurrido casi un año y Bhuri seguía viva. Había nacido en el mes de Kartik, la época de otoño en que empezábamos a arar nuestra tierra de la orilla del río, y teníamos que esperar hasta la época de la cosecha, seis meses, hasta que hubiera pasado la estación fría. Durante un tiempo hubo tan poca comida en casa que mis padres creyeron que se moriría. Madre no quería saber nada de aquella niña hambrienta, una más que alimentar. Ella no podía cuidarla porque se pasaba todo el día trabajando en el kachwari. Pero Bhuri sobrevivió a su primer invierno de vida y había llegado ya a la primavera. Lloraba bastante, pero no murió. Tomaba papilla de mijo y pronto podría comer también chapatis.

Cuatro hijas representaban un gran infortunio para una familia. En la aldea, aseguraban que hacían falta cuatro chicos y una chica para formar una familia feliz. Los hijos aportaban rupias cuando se casaban, la dote de la familia de la novia. Las chicas sólo eran bocas más que alimentar.

La hora del día que más me gustaba era el amanecer, cuando Choti y yo íbamos a bañarnos con nuestras amigas. El sol apuntaba en el horizonte, a lo lejos, al otro lado de las llanuras, cubriendo con una suave luz rosada las empinadas riberas arenosas. El cielo se mostraba azul y resplandeciente, y el aire todavía era límpido, aún no se había llenado de polvo ocre.

El río era ancho, y mi madre nos ordenaba siempre que nos quedáramos cerca de la orilla y que nos metiéramos sólo hasta que el agua nos llegara a las rodillas. Había que sumergir la mano derecha, y echarle luego el agua por encima para saber la verdad del río: para ser pura. Y mi madre nos repetía constantemente las mismas advertencias, sobre todo, que no habláramos con el pradhan si estaba al acecho para molestar a las mujeres. El sendero que llevaba al río pasaba demasiado cerca de su puerta, y

teníamos que apresurarnos para no quedar atrapadas entre su casa y el río. Por eso íbamos siempre muy temprano, antes de que se levantara.

A mí me gustaba bañarme y hubiese sido feliz jugando todo el día con Choti y mi amiga Ram Dhakeli. Ella tenía más o menos la misma edad que yo, y la piel más clara que la mía. Se convirtió en mi mejor amiga, cuando empezó a trabajar en los campos conmigo, después de morir su padre, el herrero. Por aquel entonces, debía de haber cumplido ocho o nueve años.

Una mañana, cuando estábamos echadas en la arena después de bañarnos, esperando que el sol nos calentara, Ram nos contó cómo había ocurrido.

-Ese cabrón del pradhan mató a mi padre –nos dijo.

La madre de Ram era muy guapa, tenía la piel clara como ella. A los hombres les gustan las mujeres con esa piel, y hacía tiempo que el pradhan había clavado sus ojos grandes y brillantes en ella. El pequeño gallo gordo había estado observándola y, un día, cuando la esposa del herrero llevaba un buey al río, ocurrió la desgracia. El animal entró en los cultivos del pradhan. Ella consiguió sacarlo sin que causara destrozos ni comiese nada. Pero los criados del pradhan se portaban del mismo modo que su amo; andaban siempre espiando a todo el mundo. Y llamaron al pradhan como gallinas asustadas:

-¡Kisna! ¡Kisna! ¡Mira!

Èl vio allí a la esposa del herrero con el buey, y se dio cuenta de que estaba sola, algo insólito, porque su marido no la perdía de vista. El pradhan nunca había conseguido convencerla de que entrara en su casa y, por otra parte, tampoco tenía el poder suficiente para obligarla. Cuando pasaba con otras mujeres de camino al río, apretaba el paso y fingía no oírle mientras se cubría la cabeza con el sari.

Aquel día, el pradhan salió corriendo y le cortó el paso, retorciéndose el bigote. Le dijo que era muy guapa y que tendría que pagarle por no haber impedido que el buey se metiera en su tierra.

Ram estaba en casa aquel día. Nos contó que, cuando llegó su madre y explicó lo sucedido, su padre se había puesto furioso. El herrero era tan valiente que se atrevió a presentarse allí para protestar, y el pradhan llamó a sus hombres. Dam y su madre le habían seguido y fueron testigos de la paliza que recibió a manos de los hombres del pradhan. Lo dejaron tirado en el suelo boca abajo, con su larga khurta blanca cubierta de sangre. Ram echó a correr hacia su casa, aterrorizada. “Mi padre está allí tendido, inmóvil”, dijo. La familia acudió enseguida y lo pusieron en un khat para llevarlo a casa. Murió al día siguiente.

Ram no habría tenido que emplearse como jornalera en los campos si su padre hubiera seguido vivo.

Con su oficio de herrero ganaban muchas rupias; no necesitaban trabajar para otros como esclavos.

-Ahora mi madre tiene que quedarse encerrada en casa de mi tío hasta que encuentre otro marido. Y yo soy sólo una jornalera –concluyó mi amiga.

Contemplamos la superficie quieta y lisa del agua echadas en la arena. Pensé que Dios había recogido del río las cenizas del padre de mi amiga. Había sido una pira inmensa. Yo me había quedado mucho rato en la terraza de casa, viéndola arder.

Me hervía la sangre al pensar en cómo le había apaleado hasta matarlo.

Una vez había visto al pradhan golpear a un pescador. El pobre hombre se había pasado la noche colocando las redes y sólo había conseguido un pez. Regresaba a su casa cuando el pradhan se acercó y vio el pez que llevaba. El pescador intentó ocultarlo, pero ya era demasiado tarde.

-Si has pescado algo, ¡es mío! –le dijo el pradhan.

-¡Por favor, Kisna! –le suplicó el pescador-. He tenido una mala jornada. Sólo un pez ha caído en mis redes y he de alimentar a mi familia. Míralo, un pez solamente, y tengo muchos hijos.

El pradhan se puso furioso y empezó a golpearlo. Todos corrimos a escondernos a nuestras casas. Cuando pegaba a alguien, era mejor esconderse. Nadie protestaba nunca, ni intentaba intervenir, porque entonces atacaba también a quien lo hiciera.

-Si alguien matase a golpes a mi padre, le partiría todos los huesos –gritè, sin importarme que me oyeran el pradhan.

Ram era mucho más obediente que yo. Ella nunca hacía travesuras ni tonterías, y su madre nunca la castigaba. Yo me quedè mirando cómo se peinaba y se retorció las trenzas para escurrir el agua. Tenía los brazos muy bonitos y le brillaban como oro al sol. Los mios eran delgados y oscuros como una noche sin estrellas. Le dije que no se preocupara, que algún día se casaría y su marido la protegería.

-Phoolan, si se muere tu padre, es difícil que tu familia pueda pagar la dote cuando llegue el momento de casarte –respondió ella, con tristeza-. Mis tíos ya tienen que buscar la dote de mi madre para un nuevo marido.

Yo no podía imaginarme a mi tío Bihari dando rupias para ayudar a mi hermana Rukmini a casarse. Le comentè a Ram que quería marcharme de la aldea, que estaba maldita para nosotras.

-¿Adónde irías, Phoolan? –me preguntò ella.

-Hay otras aldeas a lo largo del Yamuna. Mi padre ha trabajado en ellas. Cuando hace Khats o taburetes, los lleva allí para venderlos. Sè que hay algunas mucho más grandes que la nuestra, con luces en los árboles.

-No para nosotras –dijo Ram, moviendo la cabeza-. Mi madre vino de la aldea de su padre, y un día tú irás a la de tu esposo. Y será igual que èsta. No puedes marcharte sola. Una chica no puede ir sola a ningún sitio.

Choti nos había estado escuchando y preguntò:

-¿Se irá pronto Rukmini?

-Amma dice que sí, pero no enseguida. Haremos una fiesta el día de su boda. Vendrà el novio a caballo con su familia. Habrá baile y regalos y rupias para èl, y luego volverá a su casa.

Mi hermana parecía asombrada.

Yo iba a cumplir diez años y, aunque Choti sólo tenía unos siete, se lo explicábamos todo y ella hacía las mismas travesuras que nosotras, como por ejemplo robar trapos del “ghoora” para hacer muñecas.

En casa no teníamos retales de tela, pero en la aldea vivía un sastre que tiraba todos los trozos que no usaba. Cerca de su tienda había siempre un montòn de recortes de diferentes colores, que se llamaba ghoora. Esperábamos a que nadie nos viera, y entonces íbamos a buscarlos para hacer muñecas.

Cuando volvíamos de bañarnos con Ram, le prometía a Choti que, después de hacer las tareas, iríamos a buscar trapos al ghoora. Madre nos había mandado a recoger estiércol, y llevarlo al río para nuestro campo donde ella y Rukmini, que ya habían cruzado el Yamuna, nos esperaban.

Era un trabajo agotador. Choti y yo teníamos que recoger el estiércol y llevarlo en cestos, que nos colocábamos en equilibrio sobre nuestras cabezas, hasta la barca. Mientras trabajábamos, cantábamos:

Trabaja mucho y habrá mucha cosecha

Trabaja mucho y la cosecha será abundante.

Mientras trabajaba, clavada al fondo de mi cabeza como el colmillo de una serpiente, permanecía la idea de que, si nos esforzábamos, obtendríamos las rupias necesarias para que mi padre fuera a Orai y ganase el pleito contra su hermano. Entonces tendríamos la tierra, un campo entero donde cultivar grandes lentejas amarillas, suficientes para comer toda la vida.

Padre había marcado nuestro campo de la orilla del río con enredaderas. Había estado esperando allí para, en el momento en que el agua bajara, delimitar nuestro trozo y separarlo del de los vecinos. En

cuanto los pepinos y las sandías maduraran, los venderíamos y compraríamos grano, que guardaríamos para las estaciones en que no teníamos cosecha. Rukmini y yo hacíamos todo el camino a pie, detrás de nuestros padres, hasta la carretera principal, con los cestos cargados sobre la cabeza. Choti se quedaba cuidando del resto de la cosecha y vigilando que el ganado no pisoteara los frutos. Durante la recolección, incluso dormíamos en el huerto para vigilar que no nos lo robaran. Eso duraba hasta el mes de “jeth”, en la estación cálida. Habíamos plantado la cosecha en “magh”, en la estación fría; ya estábamos en primavera, y teníamos que abonarla con estiércol para que las plantas crecieran mejor.

En invierno, mientras sembrábamos, se nos amorataban los pies. No teníamos ropa de abrigo; nunca ganábamos bastantes rupias en la cosecha para poder comprárnosla. En verano, en cambio, se nos ponían los pies rojos de pisar la arena ardiente. La estación cálida se acercaba ya, y los retales del ghoora servirían para hacernos sandalias, además de muñecas, pero, incluso con los pies envueltos en trapos, nos pasábamos mucho tiempo saltando sobre la arena para no quemarnos.

Nos encantaba escarbar entre los recortes de tela de colores vivos. Teníamos que buscar paños gruesos para hacer una muñeca y también necesitábamos otros de colores fuertes para hacerle el vestido.

Cuando no trabajábamos en el huerto, Choti y yo cuidábamos de los animales. Vigilábamos los de otras personas, además de los nuestros. Cuando yo era más pequeña, sólo teníamos dos vacas; en esa época, sin embargo, ya poseíamos cinco vacas y algunas cabras, pero no podíamos comprar búfalos, pues eran mucho más caros. Y acababa de nacer un ternero. Cuando tuviera dos o tres años, quizá nos diesen por él más de mil rupias; si antes no nos lo robaba Bihari. El último nos lo había robado el año de nacer Bhuri. Estuvimos toda la noche buscándolo, preguntando a todos los vecinos si habían visto un ternero grande con cuernos pequeños. Pero fue inútil, porque todos sabían quién era el ladrón y todos le temían. Bihari había esperado a que el novillo pasara frente a su casa y, entonces, lo había atado y lo había escondido unos cuantos días. Sabía que no nos atreveríamos a pedirle que nos lo devolviera.

Nos quedábamos un poco de leche de las vacas, pero madre vendía en el mercado la más cremosa para comprar trigo. Rukmini, después de molerlo, hacía los chapatis. Yo sabía que a mi padre le hubiera gustado tener búfalas, disponer de leche para toda la familia.

Trabajamos durante todo el día en el campo, y volvimos a casa al ponerse el sol. Mientras Rukmini preparaba la cena, padre fue al templo a rezar, a pedir una buena cosecha. Le dije a madre que Choti y yo necesitábamos hacer pis, aunque sólo era una excusa. Sabía que si le pedíamos permiso para ir a buscar trapos, nos amenazaría con darnos una paliza.

Nos agachamos como si estuviéramos orinando y hurgamos en el montón de recortes. En cuanto nos hubimos asegurado de que nadie nos veía, Choti metió la cabeza entre los trapos, hasta desaparecer casi por completo, y luego alzó un brazo con ademán triunfante, mostrándome un pedazo de resplandeciente algodón amarillo.

De pronto, se volvió hacia mí muy asustada.

¡Los criados de Bihari nos habían descubierto! Desde la terraza de su casa, podían ver todo lo que ocurría en la aldea.

Sujetándonos los pantalones con una mano y agitando los trapos con la otra, corrimos hacia el río más deprisa que auténticas cabras.

Bihari había salido detrás de nosotras, blandiendo el “latí”. Yo grité a nuestra madre.

-¡Amma, socorro!

Bihari nos daría una paliza si nos alcanzaba. Era como si hasta el ghoora le perteneciera. ¡Todo era suyo!

Lo único que podíamos hacer era alcanzar el río, saltar al agua y escondernos entre los búfalos, nadando bajo su hocico. Al poco rato, nos deslizamos detrás de una pequeña loma para que no pudieran



vernos desde la aldea y, caminando agachadas entre las zanjas, conseguimos llegar hasta la tapia de la casa del vecino. Siempre que la saltábamos y cruzábamos corriendo su patio, Dhakeli el pescador nos decía que saliéramos de allí, pero era un hombre bondadoso y nunca nos pegaba.

Por desgracia, Bihari estaba en nuestra casa, insultando a gritos a nuestra madre.

-¡Tus hijas desprestigian a la familia robando trapos!

Golpeò a mi madre con el latí.

-Las desvergonzadas manchan mi nombre haciendo esas cosas. ¡Tendrías que encerrarlas, Mooha Devidin!

Volvió a golpearla y mi madre se agachò para esquivar la larga vara de bambù. Yo sabìa que cuando èl acabara de pegarla a ella nos pegarìa a nosotras, y que, después, una vez màs, lamentarìa a voces su mala suerte.

Siempre era igual. Ni siquiera podía contar las ocasiones en que aquel despreciable ladròn nos había perseguido porque buscábamos trapos. Pero las muñecas nos volvían locas. Por una muñeca, merecía la pena recibir una paliza màs.

Aquel había sido un día largo. Habíamos acarreado cestos de estiércol hasta tener la espalda dolorida. En cuanto el sol dejó de abrasarnos, empezó el turno de los mosquitos. Teníamos los pies hinchados y el pelo nos olià a estiércol. Para colmo, nos había pegado otra vez por culpa de Bihari. Pero, al menos, habíamos conseguido los trapos.

Cosíamos los brazos y las piernas y rellenábamos la tela con paja. Nuestra muñeca tenía un sari color naranja, un chal para cubrirse la cabeza y una marca roja en la frente. Choti la acunaba como a nuestra hermana Bhuri, que todavía era muy pequeña para participar en aquel juego. Pero nosotras nunca pegábamos a nuestras muñecas, jugábamos a bodas con ellas.

En invierno dormíamos dentro. Rukmini tenía una manta para ella, pero Choti y yo compartíamos un khat y echábamos paja debajo para mantener el calor. Choti no paraba quieta, y me daba patadas mientras dormía; eso cuando no ocupaba todo el sitio. A veces me caìa al suelo. Una de esas veces me picò un escorpión. Madre, al principio, no me creìa, pero yo daba tales alaridos que tuvieron que llamar al brahmán para que recitara un mantra y me librara del funesto veneno.

Aquella noche el aire era tibio, e íbamos a dormir, por primera vez aquel año, en el patio, bajo las estrellas.

Me gustaba contemplarlas antes de quedarme dormida. Imaginaba a todos los dioses y todas las diosas allà arriba, y las cosas que había ocurrido durante el día se amontonaban en mi cabeza como los trapos del ghoora. Allí echada, oìa a los terneros mugir porque querían leche y las suaves pisadas de mi padre que volvía del templo. Tal vez madre tuviera razón, pensaba yo. No bastaba con rezar a los dioses. Pero yo quería mucho a mi padre. No soportaba verle llorar.

Mi padre sòlo me pegò una vez. Fue poco después de nacer Bhuri. Yo tenía que preparar la comida para el ganado, mezclando hierba con algo de mijo. Empecè a echar la mezcla en unos cacharros, pero padre quería que llenara primero un cesto y que luego echase el resto en los cacharros. Yo no quería volver a hacerlo todo otra vez. Dejè el cesto en el suelo le mirè fijamente:

-¡Hazlo tù! –le dije.

Yo nunca había contestado mal a mi padre ni le había mirado a los ojos de esa manera. Era algo que no debía hacerse nunca, pero yo estaba furiosa.

-¡No puedo cargar tanto peso! ¿Què te has creído, que soy un buey?

Entonces me abofeteò.

Fue una bofetada tan potente, que me puse a gritar con todas mis fuerzas, hasta que llegò mi madre corriendo.

-¿Por qué has pegado a mi hija? –le preguntò-. ¿Quièn eres tù para pegarle?

-Soy su padre –replicò èl-, y tù, su madre, ¡lo haces todos los días por nada! Es la primera vez que le doy una bofetada y lo siento, no quería hacerlo.

Empezaron a discutir, mientras yo seguía llorando todavía màs ruidosamente. Durante los tres días siguientes, me escondía en cuanto veía aparecer a mi padre, porque tenía miedo de que me pegara otra vez. Pero nunca volvió a hacerlo. Era todavía màs cariñoso que antes y cuando, una vez terminado el trabajo, llevaba comida a casa, siempre me llamaba para compartirla conmigo.

-Phoolan, ven, no tengas miedo. ¡Ven a probar esto!

Me daba leche deliciosa y gruesos chapatis de la harina màs exquisita. Yo me lo comía todo apresuradamente, sin alzar la cabeza, y mi padre se reía y decía:

-No tengas miedo, no comas tan deprisa...

Después de aquello, siempre que tenía que darle el pienso al ganado, llenaba primero los cestos hasta arriba, para que mi padre no se enfadara conmigo y continuase hablándome con cariño.

Pero precisamente cuando estaba a punto de quedarme dormida, se me aparecieron los rostros de los hombres malvados, el tío Bihari y el pradhan. Les escupí a los pies. Me enfurecía ver que mi familia no tenía nada. No podíamos pasar por el recodo del río porque el pradhan siempre estaba allí metiéndose con las mujeres. Nos veíamos obligadas a dar un rodeo cuando íbamos a orinar para evitar la casa de Bihari, porque era amigo del pradhan. Teníamos que cuidar y dar de comer a sus animales, y sólo después podíamos ocuparnos de los nuestros, rogando a la providencia que no nos los robaran. Era como si incluso nos estuviera prohibido pisar la tierra sobre la que caminábamos. Èramos casi tan desgraciados como los intocables, a quienes se consideraba inferiores a los animales.

Y ser niña significaba ser menos todavía. Una niña no existía sin su padre, su hermano, su tío, su marido o algún hombre que perteneciera a su familia o a su casta. Ni siquiera podía caminar sin miedo desde la aldea hasta el río.

Me habían dicho que existían brahmanes bondadosos, los sacerdotes de Brahma, el dios que yo ya había renunciado a encontrar. Pero el único brahmán que yo conocía enseñaba a los niños con palos. En mi aldea sólo habitaban aquellos que se pasaban el día tumbados, blandiendo varas y comiendo los frutos de sus abundantes tierras... y aquellos que se agachaban para no recibir los golpes de los palos, que trabajaban las tierras y se alimentaban con lo que podían.

Tío Bihari, su horrenda esposa y su hijo Mayadin creían que eran màs importantes que nosotros. Nos habían robado la tierra e intentaban amargarnos la vida cual serpientes venenosas. Pero a mì no me asustaban las culebras que se deslizaban por la aldea durante las lluvias. Yo rezaba, como mi padre, a Durga, la diosa que recorría la noche infinita a lomos de un tigre. Deseaba que me ayudara únicamente ella. Le pedí que me mostrase el camino, y que me diera también una vara; así podría devolver los golpes.

3.

Yo nunca le preguntaba a mi padre adònde iba cuando salía de casa. Eso traía mala suerte.

Nuestro padre trabajaba todo el santo día. A veces alquilaba los campos de los ricos, preparaba la tierra y compraba simiente y, cuando recogía la cosecha, le daban una parte. Pero siempre era menos de lo que esperaba y si la cosecha era escasa, le entregaban una cantidad todavía menor.

Además de trabajar como labrador, también era albañil y carpintero. Cuando se marchaba con un taburete de madera sobre la cabeza, yo sabía que iba a entregárselo a alguien que se lo había encargado.

Era capaz de fabricar toda clase de objetos de madera: khats, puertas y hasta barcas. Y lo hacía siempre bien, pero a veces le pagaban sólo con un poco de harina.

Aquel día cuando mi padre salió, soplaban un fuerte ventarrón que aplastaba la hierba y lo llenaba todo de polvo. El monzón llegaría a los pocos días o semanas. Aunque él no nos había dicho nada, estábamos seguras de que se dirigía a la aldea de los futuros suegros de Rukmini para hablar de su dote.

¡Yo iba a tener un “jeeja”, un cuñado! Ya había visto antes bodas en la aldea y no ignoraba que, si aceptaban la dote que iba a ofrecer nuestro padre, mi cuñado regresaría con una yegua cargada de regalos y flores. Había oído hablar de cinco mil rupias, más una vaca, un búfalo y un juego de ollas.

Rukmini no veía a su esposo hasta pasado un tiempo. Desconocía si era moreno o tenía la nariz grande; si era feo como un mono o fuerte y elegante como un águila. Incluso ignoraba si era cojo o se había quedado viudo.

Yo estaba deseando ir al río para hablar de ello con Choti, pero nuestra madre nos pilló cuando intentábamos escabullirnos.

-¿Adónde vais, Phoolan? –me preguntó-. ¡No habéis recogido bastante estiércol! ¿Quién va a hacerlo? Rukmini tiene que moler el trigo. Coge el cesto y empieza ahora mismo.

Almacené tortas de estiércol para todo el invierno.

-¡Ya he hecho todas las tareas! ¡Por favor, Amma! ¿Nos dejas?

Había otro motivo por el que quería ir a bañarme aquel día, pero no podía decírselo. Choti y yo nos habíamos encontrado un tesoro: una pastilla de jabón. Se le había caído del pico a un cuervo que volaba sobre la aldea. Yo la había cogido rápidamente y me la había escondido bajo la camisa.

-Vamos a ir luego al templo y Choti está llena de barro. ¡Mírale el pelo! ¡Por favor, Amma, por favor!

Siempre tenía que rogarle a mi madre por lo menos diez veces antes de que me diera permiso para lo que fuera. Debía obedecerla y hacerle tantas promesas como dioses había en el cielo: no hablar con extraños, no acercarme al pradhan, no hacer esto ni aquello. Era siempre la misma historia:

-Si te encuentras a un hombre e intenta tocarte o quiere obligarte a que vayas con él, ¡no se lo permitas! Si un hombre te ofrece dinero, no hables con él. Ven a explicármelo inmediatamente. Si te dice cosas feas, tienes que contármelo también. ¡Como no me obedezcas, te partiré en trocitos y te tiraré al río!

Yo se lo prometía todo.

Entonces ya sabía que el peligro de que te atrapara un hombre significaba una gran humillación. A una chica de la aldea la había cogido una pandilla de hombres; unos veinte, según dijo ella. Estaba prometida para casarse, pero todavía no conocía a su futuro esposo. Y luego todo el pueblo se dio cuenta de que empezaba a hincharse el vientre. Se reunió el panchayat y todos querían saber quién era el padre del niño. Llegaron a la conclusión de que ella era mala y, por lo tanto, la culpable de todo; propusieron atarla y tirarla al Yamuna. Pero su padre la defendió. Se atrevió incluso a decirle a uno de los panchas:

-¡Fue tu hijo quien cometió este delito!

Al final mandaron a la chica a casa de su esposo, y su suegra la obligó a deshacerse del bebé antes de que naciera. Nunca volvimos a verla. No le permitieron volver a visitar a su familia. Su padre, un hombre afable y bondadoso, se sentía muy desdichado. Una vez me había salvado de ahogarme en el río, cuando era pequeña y no sabía nadar bien. Hablaba con mi padre de la humillación de su hija y de lo mucho que deseaba volver a verla.

Yo le prometí a mi madre que no dejaría que me cogieran de aquella forma y que no perdería de vista a Choti.

Hundíamos los pies descalzos en el lègamo del río, y el agua borboteaba alrededor formando una nube de arena dorada. Nuestras carcajadas espantaban a los pájaros de los arbustos que crecían en la

ribera. Padre siempre nos decía que no nos riéramos en público ni llamáramos la atención, pero èl estaba lejos, camino de Teonga, y en el agua nos sentíamos libres, màs libres que en la aldea, e incluso màs que en el campo de hierbas altas. El agua calmaba nuestra angustia, nos limpiaba el cuerpo y nos purificaba el espíritu.

La pastilla de jabòn era dura como una piedra. Yo nunca había tenido una y no se me ocurrió otro sistema mejor que el de frotarme fuerte. Lo hice hasta que se me enrojeció la piel. Luego se la pasè a Choti, quien me imitò. Nos frotamos con todas nuestras fuerzas, pero no salía espuma. Yo había visto a mujeres usar jabòn. Formaba una espuma ligera y blanca, como la de una olla de mijo hirviendo; sin embargo, aquèl únicamente me dejó la piel pegajosa. La arena del fondo del río se me enganchaba al cuerpo y ni con el agua conseguía arrancarla. Choti se quedó mirando la pastilla de jabòn, desesperada, con el pelo todo apelonado. ¿Sería que no sabíamos usarla? La probè con la ropa, frotando una vez màs con furia. ¿No estaría rancia?

Dos mujeres habían visto lo que hacíamos y se acercaron.

-¿Què hacèis, Phoolan? –me preguntò una.

-¿Es que no lo ves? –le contestè-. Estoy lavando la ropa con este jabòn.

-¿Què clase de jabòn es? Ensèñamelo...

Le di la pastilla pegajosa y dura. La mujer la mirò y estallò en carcajadas.

-¿Te lavas con un caramelo? –dijo asombrada.

Me devolvió la cosa que yo había tomado por una pastilla de jabòn. Mordì un trozo y lo escupì en el agua. Sabía vagamente a fruta. La mujer tenía motivos para reírse de nosotras, al vernos con la piel viscosa y en carne viva, y las blusas y las faldas adheridas entre sì. Tambièn nosotras nos echamos a reír. No nos quedó màs remedio que frotarnos con arena, hasta que conseguimos eliminarlo del todo.

Podríamos habernos quedado allí riéndonos y revolcándonos en el barro toda la tarde, pero teníamos tareas que hacer, como siempre; esta vez nos tocaba ir a buscar hierba para los animales.

Choti tenía que vigilar al ternero, mientras yo segaba la hierba. Era un animalillo malicioso que no hacía màs que escaparse. Resultaba difícil impedirlo y Choti se cansò enseguida. Gritò y se sentò en el suelo.

-¡No puedo màs! ¡Ve a cogerlo tù y yo cortarè la hierba!

-No. Madre dijo que lo cuidarás tù, no yo.

-Yo soy demasiado pequeña y ese ternero es un diablo que quiere hacerme revolotear como una mosca. ¡Ve tù!

-¡No!

Choti agarrò una vara e intentò pegarme con ella. Nos peleamos y se fue corriendo a casa.

-¡Amma! ¡Phoolan me ha pegado! No quiere cuidar al ternero.

Lloraba tanto que al final me riñeron a mì. Mi madre me agarrò del pelo antes de que pudiera escaparme y me pegò tan fuerte en el trasero con una vara que el dolor me dejó casi paralizada.

Al día siguiente todavía me dolía. Tenía dos enormes moretones en la nalga izquierda y al otro día me salió uno tan grande como un mango.

-Me pegaste demasiado fuerte, Amma –le dije-, no puedo sentarme. Me duele mucho.

El absceso crecía sin parar y me abrasaba como si me estuviera comiendo la carne. Al poco tiempo ni siquiera podía andar. Tenía que estar echada y me resultaba imposible ir al campo a hacer mis necesidades.

Mi padre se quedó horrorizado cuando regresò de su viaje.

-¡Phoolan, pobrecita mì! –exclamò-. ¡Oh, madre Durga, apiádate de mi pobre niña! Ayúdala a curarse.

Hasta mi madre se puso a rezar.

-Dios mío, ayuda a mi pequeña Phoolan –suplicaba, sollozando.

Yo suponía que sólo Dios sabía si el absceso era o no consecuencia de la paliza que ella me había dado, pero nunca había sentido tanto dolor. Ni siquiera aquella vez que los perros del pradhan nos persiguieron y mordieron a Choti en el tobillo había llegado ella a padecer tanto como yo durante aquellos días.

Amma me ponía barro caliente que me calmaba el dolor unos momentos. Pero en cuanto el barro se enfriaba, me volvía a doler. Me pasaba el día llorando. Mi madre me preparó una cataplasma con hojas de nuestro árbol. Crecía en el pequeño trozo de tierra que poseía mi padre. Él mismo lo había plantado, hacía mucho tiempo, y utilizábamos sus ramitas de sabor amargo para limpiarnos los dientes por la mañana. Era como un brahmán para nosotros: alejaba los malos espíritus, a la vez que curaba nuestras heridas y enfermedades.

Choti se burlaba de mi padecimiento, riéndose de mí. No comprendía que todo era culpa suya.

-Tu trasero es una gran giba. ¡Màs te valdría morir, porque no podràs volver a caminar en la vida!

Fueron pasando los días y las semanas, hasta que una vez, mientras intentaba dormir echada de lado para no rozar el enorme globo violáceo que palpitaba bajo mi piel, sentí una súbita necesidad.

-Tengo que hacer pis –le susurré a mi madre.

Ella mandó a Rukmini a que me ayudara a llegar hasta el orinal que había en el rincón del patio. Mi hermana me dejó allí. Me sentía desvalida, ya ni siquiera podía salir a hacer mis necesidades. De pronto, un animal se me acercó, un perro furioso. Le grité y él avanzó hacia mí enseñándome los dientes, atraído por el olor de la herida. Llamé a mi padre a voces.

-¡Un perro gigante! ¡Quiere devorarme!

Mi padre apareció corriendo con un palo enorme, amenazando a la bestia, que corrió hacia el establo. Mató y destrozó a dos cabritillos en pocos segundos, para desaparecer después rápidamente.

Me habían asustado sus ojos amarillos y los dientes brillantes del perro, pero sentí mucho más miedo al ver a los cabritillos muertos. Sabía que volverían a vivir, como perros tal vez, puesto que los había matado un perro, pero no soportaba ver un animal muerto. Empecé a sollozar y mi padre intentó consolarme.

-¡No era un perro, Phoolan, era una hiena! Ahora sé que mi niñita no va a morir. Si la hiena no pudo comérsela, tampoco el tumor la matará.

Lo único agradable de aquellas semanas de sufrimiento era el vaso de leche que me daban todas las noches. Sólo entonces olvidaba el dolor y las molestias. El resto del tiempo me veía obligada a retorcerme y arrastrarme por el suelo y, si necesitaba algo, no me quedaba más remedio que pedir ayuda a Rukmini, quien ya tenía bastante que hacer.

El día de “diwali”, la fiesta de la luz, me dejaron sola en casa. Aquella tarde se encendían lámparas de aceite en los templos y en todas las casas de la aldea, en honor a Lakshmi, la esposa de Visnú, la diosa de la belleza y la fortuna. Lakshmi no podía soportar el dolor ni la pobreza. La fiesta de la luz celebra su triunfo sobre las fuerzas de la oscuridad. Rogué en silencio a la madre Lakshmi que se apiadara de mí. Y, mientras rezaba, sentí que el mal salía de mi interior y se derramaba por el suelo. Tuve la sensación de que no había podido contenerme y había orinado todo el líquido que tenía en el cuerpo.

Habían preparado la casa para la fiesta. Padre había dado una nueva capa de barro y boñiga a las paredes. Amma había limpiado el suelo, por eso yo tenía miedo de que se enfadara cuando volviese, pero me dolía tanto que no podía moverme a ver qué había pasado.

Fue mi madre quien regresò primero. Vio un reguero de sangre que salia de la habitación donde yo estaba durmiendo, y dio un grito espantoso creyendo que me había atacado otra hiena. Me encontrò echada en la cama, inconsciente. Tenía la parte inferior del cuerpo llena de sangre. Notò un olor pútrido. Me dio la vuelta y descubrió que el absceso se había reventado y había salido todo el pus. Me limpiò la sangre negra y vio que tenía en la nalga una agujero tan grande como un puño. Todavía me dolía la pierna y no pude trabajar durante muchos días. Seguía siendo una carga para la familia. Mi amiga Kusumi, que vivía a dos casas de la nuestra, me dijo que se alegraba de que no hubiera muerto. Jugábamos juntas muchas veces. Tenía la piel tan oscura como yo y era alta y delgada, mucho màs alta que yo, aunque teníamos la misma edad. Me dijo también que estaba muy contenta porque podía volver a jugar con ella y con las otras niñas. Cuando las demás intentaban trepar a un árbol no siempre lo conseguían, pero yo sí, yo lo conseguía siempre. Acostumbraban a hacerme la jefa, porque mis juegos solían funcionar mejor. Aunque no en todas las ocasiones...

Aquel día le tocaba a Kusumi jugar a los muertos, un juego que le encantaba. Tenía que echarse en la arena, junto al río, y quedarse quieta mientras nosotras representábamos un funeral. Una chica llamada Maya llevò la sàbana para tavarla, un sari blanco bordado de oro que era un regalo de boda de su madre. Su madre estimaba mucho aquel sari y Maya lo había cogido sin decírselo. Cortè con la hoz unos palos secos para hacer la pira. Jugábamos muchas veces a aquello. Normalmente colocábamos hierba al lado de Kusumi y simulábamos quemar el cadáver mientras cantábamos el mantra de los muertos:

Ram Nam Satya Hai...

Después de haber cantado lo suficiente para que encontrara el camino hacia la otra vida, la llevábamos hasta el río. Y cuando estábamos a punto de echarla al agua, despertaba y nos asustaba diciendo:

-¡Soy un fantasma y voy a devoraros!

Entonces escapábamos corriendo, simulando que estábamos asustadas y gritando: ¡Kusumi es un fantasma! Ella tenía que perseguirnos y, si conseguía alcanzarnos, nos clavaba las uñas afiladas. Luego la hacíamos prisionera y le tirábamos del pelo. Pero había crecido tanto que no podíamos casi agarrarle los cabellos, de modo que saltábamos a su alrededor.

Normalmente el juego acababa ahí. Al fantasma le dolían tanto los tirones de pelo, que desaparecía, y Kusumi volvía a ser ella misma. Y entonces seguíamos con nuestras tareas en el campo.

Aquella tarde, sin embargo, se nos ocurriò una forma de mejorar el juego. Tendimos a Kusumi, como siempre, pero esta vez sobre un precioso lecho de hojas y ramas secas, una verdadera pira, como las que veíamos cuando llevaban a un difunto al río para incinerar. Y una de las niñas propuso:

-Tengo cerillas. ¿Hacemos fuego de verdad para ver lo que pasa?

Habíamos visto a los hombres encender el fuego de las piras funerarias, en un sitio del Yamuna al que la gente de las aldeas próximas iba a quemar a sus difuntos. Encendían la pira con una tea.

Yo llevè la tea, acercándome a la pira despacio para encenderla.

Vimos las llamas alzarse hacia el cuerpo inmóvil de Kusumi y retrocedimos despacio, como habíamos visto hacer a los mayores. Había que rezar en silencio por el alma que estaba abandonando una de sus vidas. Pero nuestro ritual acabò de repente.

El hermoso sari bordado que cubría nuestro cadáver se prendió en un segundo. Kusumi se levantò de un brinco, como una cabra, y saliò disparada hacia el río. Pero en lugar de quitarse la tela ardiente, corriò con ella, gritando. Llegò al agua completamente envuelta en llamas. Se zambullò en la corriente y oímos un espantoso ssssss.

No se veía rastro de ella.

Al poco rato, su cuerpo apareció en la superficie. Se levantó lentamente y avanzó hacia nosotras cubierta de barro y de cenizas. ¡Se había convertido en un fantasma de verdad!

Volamos hacia la aldea aterrorizadas, perseguidas por el fantasma de Kusumi que nos amenazaba con la hoz que yo había utilizado para cortar las ramas.

-¡Kusumi es un fantasma! ¡Kusumi es un fantasma! –gritábamos.

Pero esta vez lo decíamos convencidas de que era cierto. Las otras chicas corrieron a refugiarse en sus casas y yo hice lo mismo.

Mi madre me vio entrando sin aliento y sin hoz. Me miró ceñuda, acusándome con sus ojos negros.

-¿Dónde está la hierba para los animales?

Me había olvidado de la hierba, como de costumbre. La había dejado en el campo. Recibiría otra paliza.

-La he segado toda, amma, y la he atado en gavillas, pero ¡Kusumi se ha convertido en un fantasma de verdad! ¡Todas las chicas escaparon a toda prisa porque nos perseguía y yo también lo hice! ¡De verdad!

Mi madre me miró pensativa. Estaba acucillada junto a la piedra de moler y posó la bandeja de grano moviendo la cabeza.

-¿Por qué tienes que estar siempre creando problemas, Phoolan? Te mandé cortar la hierba de los tres campos y traerla a casa.

No me dio tiempo a contestar. Aparecieron en la puerta de nuestra casa los cuatro hermanos de Kusumi. Ya habían visitado a las otras chicas y venían a buscarme. Como yo había encendido la pira, tenía más culpa. Los hermanos de Kusumi eran grandes y fuertes. El mayor habló con mi madre.

-Tu hija Phoolan quemó a mi hermana. Tienes que castigarla.

Inmediatamente se armó en la aldea un gran revuelo. Avisaron a mi padre y decidieron imponerme un castigo.

Mis padres estaban muy enfadados. Mi madre me dio un bofetón y fue a buscar una espadaña para azotarme. No podía hacerle entender que yo no tenía intención de quemar a Kusumi, que sólo estábamos jugando. En realidad, a ella no le importaban nuestros juegos. Lo que más le fastidiaba era que me hubiera dejado la hierba en los campos, que hubiese abandonado mis tareas.

Todavía me dolía el trasero por el absceso y ahora, además, me escocía a causa de la paliza que me había dado mi madre. Aunque ya era media tarde, mi madre me mandó a acabar el trabajo. No me quedaba más remedio que recuperar la hoz, y sólo podía conseguirlo yendo a buscarla a casa de Kusumi.

Su madre me gritó en cuanto llegué a la puerta. Pero yo tenía que pedirle con la mayor amabilidad posible que me devolviera la hoz.

-Mira lo que has hecho. Mira a mi hija...

Levanté la cabeza hacia mi amiga.

Tenía las pestañas rojas, las manos quemadas y su pelo había desaparecido. Di gracias a los dioses que habían permitido que saltara al río antes de quemarse de verdad.

-¿Estás enfadada conmigo, Kusumi? ¿Volverás a jugar a los funerales?

-¡La próxima vez que me convierta en fantasma, te devoraré y luego arrojaré tus huesos al río!

Aun así, me devolvió la hoz.

Volví a toda prisa a los campos, frotándome la nalga dolorida y oyendo la risa de Choti, que corría detrás de mí.

-¡Phoolan tiene miedo al fantasma! ¡Phoolan tiene miedo al fantasma!

Aquella noche tuve pesadillas. Soñé que los fantasmas me arrastraban por los pies a las profundidades de la tierra, y que yo me resistía, luchando por volver a la superficie a buscar mi hoz.

4.

Tìo Bihari llevaba enfermo varias lunas. De la garganta le salían graznidos cuando intentaba amenazarnos, lo cual, por otra parte, era cada vez menos frecuente. Ya casi nunca le veíamos echado en su khat, junto a la puerta del patio de su casa, acechando para agarrarnos. Le pasaba algo en la respiración; tenía una enfermedad que no se curaba con la savia del árbol del paraíso. O quizá fueran los dioses que no querían que mejorara.

Mi hermana Rukmini había visto a su esposo por primera vez. Llegó a lomos de una yegua, encabezando el “baraat”, ataviado con un precioso turbante color rosa y una cinta dorada en la cabeza. Llevaba una marca roja en la frente y una espada al costado, y su familia y sus amigos le seguían, bailando al son de los tambores de los músicos. Se detuvieron para hacer ofrendas en los templos, antes de venir a nuestra casa. Rukmini esperaba con la cabeza cubierta con un sari precioso. Llevaba puestas muchas joyas y ajorcas. Nuestra madre recibió al novio ofreciéndole regalos y dándole su bendición. Sostenía una bandeja grande, con granos de arroz, pétalos de flores y un poco de polvo rojo. Hizo girar la bandeja alrededor de la cabeza del novio, y untó un dedo en el polvo para hacerle una marca en la frente. Luego lo cubrió de arroz y pétalos de flores.

Después de la comida, por la tarde, el novio y la novia se sentaron en una estera hecha con cuatro hojas verdes grandes de bananero, bajo un dosel adornado con guirnaldas de flores, hojas de mango y telas de colores. El brahmán encendió el “homa”, el fuego sagrado, y Rukmini y su novio dieron siete vueltas alrededor del mismo, mientras el sacerdote recitaba los mantras. A cada vuelta, el novio tenía que prometer amor y respeto a su esposa y, entre una y otra, los parientes entregaban regalos a Rukmini. Esta ceremonia me pareció larguísima. Todo era tan hermoso que me daban ganas de llorar. Rukmini llevaba puesto el sari con el grueso velo. Sólo se le veían las palmas de las manos. Mis padres hicieron luego la ceremonia de “kanya-daan”, untaron con cúrcuma las palmas de las manos de mi hermana y las de su esposo, y luego pusieron una mano de ella en la de él. Por último, la mujer del barbero, que había guiado en todo momento a Rukmini porque ella no podía ver tras el velo, se lo alzó por primera vez y el novio hizo el “sindoor”, aplicó polvo rojo en la raya del pelo de mi hermana.

Así acabó la ceremonia y empezó la fiesta, un gran banquete que parecía que no iba a acabar nunca. Hubo fuegos artificiales, música y baile y un montón de dulces. Vinieron muchísimos invitados, más de cien. Y no dejó de diluviar.

Yo había reñido una vez con Rukmini y me enfadé tanto que le grité:

-¡Ojalá caiga un buen chaparrón el día de tu boda! ¡Ojalá llueva tanto que tengas que casarte debajo de un paraguas!

Y realmente llovió aquel día; cayó una lluvia monzónica torrencial durante toda la ceremonia. La casa se inundó. Rukmini estaba disgustada conmigo por eso, aunque yo lo lamentaba pues me alegraba de tener un jeeja. Le habían dado una dote de cinco mil rupias, muchísimos regalos, una vaca y un búfalo. Tenía dos años más que Rukmini y era muy agradable. Yo le seguía a todas partes, tirándole de la punta del “dhoti”. Se llamaba Rampal, y Rukmini decía que le quería de verdad.

Mi hermana nos explicó que más adelante se iría a vivir a la aldea de sus suegros, pero que, de momento, se quedaría con nosotros.

Rukmini fue feliz aquel día. Tìo Bihari había conseguido impedir ya tres matrimonios que se habían acordado para ella. La última vez, había llamado a la policía el día que se esperaba la llegada de la comitiva nupcial. El novio iba a caballo, dirigiendo el cortejo. Él y su familia habían hecho todo el viaje desde Kanpur,



pero no alcanzaron nuestra casa. Tío Bihari los detuvo en la carretera principal de Kalpi, antes de que tomaran el camino hasta nuestra aldea.

-La chica es menor de edad –les aseguró-. Sólo tiene catorce años y su padre quiere venderla. Eso va contra la ley.

Había conspirado con el pradhan y conseguido que les acompañara la policía. El novio era de buena familia, y se sintieron tan apurados que dieron media vuelta y se marcharon sin decir una palabra a mi padre. Mi hermana estaba avergonzada; lloró mucho y amenazó con suicidarse echándose a una hoguera. Bihari ya había impedido antes que la gente de la aldea le prestara dinero a mi padre para la dote, alegando que no podría devolvérselo. Y la primera vez, le había contado a la familia del novio que Rukmini era adoptada. No era verdad. Nuestra madre había perdido tres hijos antes de que llegara Rukmini. Rukmini era su cuarta hija, pero era la primera que había sobrevivido.

Madre afirmaba que a Bihari le preocupaba que Rukmini se casara y entrara en una familia influyente, porque entonces perdería su poder sobre nosotros. Pero ahora Rukmini ya tenía esposo y mis padres estaban contentos porque sus parientes políticos podrían ayudarnos, incluso, a conseguir la tierra que nos pertenecía por herencia, el precioso campo de hora. Los parientes de Rampal no temían a Bihari. Declararon que si nuestro tío intentaba evitar la boda, tendría que vérselas con ellos. Mi madre discutió mucho sobre esto con mi padre. Cuando hablaban de estas cosas me echaban de la casa para que no me enterara, pero yo les había oído de todos modos.

Ya llevábamos tres días celebrando la boda. Era tarde y Choti y yo necesitábamos ir al campo a hacer nuestras necesidades. Mi hermana pequeña tenía mucha urgencia.

-Vamos por aquí, por delante de la casa del tío –propuso en un susurro-, ¡no me aguanto!

Pero no nos dimos bastante prisa. Al pasar, oímos la voz ronca de Bihari.

-Phoolan, ven aquí.

Contuve la respiración. Nos había oído cuchichear. Temí que fuera a pegarnos otra vez, y mi primer impulso fue escapar, pero había algo en su voz que me hizo vacilar. Pensé que tanta lluvia tenía que haberle perjudicado.

-Tiene algo extraño en la voz –le dije a Choti.

-Yo no pienso entrar, Phoolan. Seguro que está escondido detrás de la puerta esperándonos.

-Vamos, yo creo que está muy mal. Vamos.

Choti no quería entrar.

-No nos hará nada –le dije yo-. Están aquí los parientes del esposo de Rukmini para protegernos. ¡Escucha! Nos llama otra vez.

-¡No! Pregúntale desde aquí qué quiere.

-Entraré sola, entonces. Espérame. Si intenta pegarme, ve corriendo a casa para avisarles.

Bihari volvió a graznar:

-Phoolan, sobrinita mía. Tengo sed.

Entré con cautela. No vi a nadie en el patio. Luego distinguí a Bihari acurrucado en un khat a la entrada de la casa, con los ojos ardiendo de fiebre. Me acerqué a él cuidadosamente. Me llamó sobrinita otra vez, y me dio las gracias por haber entrado con las manos unidas, así que le toqué respetuosamente los pies, aunque muy deprisa por si intentaba agarrarme.

-¿Qué te pasa, tío? ¿Estás enfermo?

Le hablaba con cautela. Parecía realmente muy enfermo. La voz le salía por la garganta como el retumbar de un trueno lejano y, por alguna razón, sus negras cejas pobladas ya no me asustaban como siempre.

-Es el asma, ¿sabes, Phoolan? –musitó con voz ronca-. Este monzón va a matarme. Dame un vaso de agua...

Alcè la vasija de agua que llevaba para lavarme.

-Iba al campo, esta agua es para lavarme. ¿Por qué no se lo pides a alguien de la casa? ¿No hay nadie?

-Ve a buscar a tu padre, por favor.

Era la primera vez que me hablaba tan amablemente y me pedía que fuera a buscar a mi padre, algo que no había hecho nunca antes. Volví a casa corriendo.

-¡Ven, padre! Bihari está muy mal.

Madre nos interrumpió.

-Tu padre no va a ir.

Ella siempre decidía por él. Pero esta vez mi padre se impuso.

-Bihari lleva mucho tiempo enfermo. ¿Quién sabe? A lo mejor lo que quiere es darme algo de tierra. Quizá desee arreglar las cosas antes de morir.

Mi madre murmuró entre dientes los insultos habituales sobre Bihari el ladrón, el tramposo, el sinvergüenza.

Mi padre decidió ir. Choti y yo le seguimos, emocionadas con la idea de que aquella muerte podía significar tierra para nosotras. Tierra que debería haber sido nuestra desde el primer momento.

-Padre, has de pedirle algo más de unas cuantas bighas, cien, por lo menos.

-Dios decidirá por nosotros, Phoolan. ¡No seas avariciosa! Debemos aceptar la voluntad de Dios, sea cual fuere.

Bihari estaba tirado en el suelo de cemento de su casa, cuando llegamos. Tenía los ojos cerrados. Padre se arrodilló a su lado y empezó a llorar.

-¿Por qué lloras, padre? –le pregunté.

-¡Mi hermano ha muerto!

¿Muerto? No me lo creía. ¿Hacia un momento que me había pedido agua y ahora estaba allí... muerto? Si era verdad, ya no volvería a pegarnos.

Choti le miró con repugnancia.

-Ahora estamos a salvo –afirmó.

-¿Estás segura? –dije-. ¿Y si se levanta otra vez, dentro de unos días?

-No te preocupes, lo incinerarán mañana. No podrá volver.

En aquel momento, entré corriendo en la habitación Mayadin, el hijo mayor de nuestro tío. Se arrodilló junto a su padre, llorando con la cabeza apoyada entre las manos.

-¿Qué ha dicho? ¿Quién había aquí? ¿Quién estaba con él al final?

-Yo –contesté-. Me dijo a mí sus últimas palabras.

-¿Y cuáles fueron, primita?

Me extrañó que me llamara primita.

-Me pidió agua.

Mayadin empezó a sollozar a gritos.

-Ni siquiera estaba aquí para darle agua cuando llegó su hora –gimió.

Algunos vecinos se habían reunido en el patio y oí que alguien decía que no hay que negar nunca agua a un moribundo. Debería haberle dado el agua sucia que llevaba. ¡Me habría encantado echársela por la cabeza!

A la mañana siguiente, se llevaron su cuerpo para incinerarlo. Había una larga procesión, asistió todo el pueblo, pero mi madre se opuso a que fuera mi padre. Le dijo que ya irían luego a presentar sus

respetos y que, después se bañarían en el río, según la costumbre. Pero que no asistirían al funeral. Bihari había querido ser como los ricos, como los thakures. Mi padre nos había enseñado que si Dios había decidido que nacíamos mallahs, no estaba bien que deseáramos pertenecer a otra casta. Que teníamos que respetar la voluntad de Dios. Bihari había querido ser thakur, pero ya había muerto y todo sería diferente.

Mientras el cadáver de Bihari ardía en la pira, el cielo se oscureció con nubarrones amenazantes, pero yo me sentía tan ligera como una mariposa. A continuación, metieron sus dientes y algunos huesos en unas urnas. Mayadin llevaría las urnas a Kanpur para echar las cenizas en el Ganges, y regresaría a la aldea con agua del río sagrado, para que, a los trece días, según la tradición, todos bebiéramos un poco.

Mayadin fue a nuestra casa cuando terminaron las ceremonias fúnebres. Tenía cara de lagartija: nariz achatada, con grandes orificios, y una mirada insincera. Tratò a nuestro padre respetuosamente, llamándole “chacha”, tío.

-Ahora tù eres el mayor de la familia, chacha –le dijo-. No importa lo que te hiciera mi padre, yo no harè lo mismo. A partir de ahora, pertenecemos a la misma familia.

Mis padres se alegraron de oír eso. Mi madre sonrió y cuando sonreía se le iluminaba súbitamente la cara. Parecía aliviada. Quizás estuviera pensando que ya no sería necesario pegarnos por culpa de Bihari. Al parecer, ella creía que Mayadin era buena persona, y que iba a darnos lo que nos correspondía. Yo escuchè complacida la conversación entre mi padre y Mayadin, que estaban sentados juntos en el mismo khat. Nunca hubiera imaginado que algún día vería algo así.

Mi padre le contò a su sobrino que pensaba cortar nuestro árbol del paraíso, el que crecía en el único pedazo de tierra que poseíamos, un campo de tres bighas. Era un árbol precioso que había plantado èl mismo, y su tronco se había hecho tan grande que Choti, Rukmini y yo teníamos que darnos las manos para abrazarlo. Padre explicó que estaba seguro de que conseguiría bastantes rupias por la madera, màs de mil, como mínimo, para pagar mi boda.

-Puedes vender el árbol, chacha y, lo que es màs, en vez de trabajar en tu kachwari o alquilar tierra para otras personas, puedes trabajar para mì –dijo Mayadin-. Te pagarè en grano todos los meses, hasta que se recoja la cosecha. Llevarè bien las cuentas y lo arreglaremos en el próximo monzòn.

Mi padre suspirò profundamente, con alivio. Tendríamos suficiente comida para todo el año.

-Te estoy muy agradecido –respondió humildemente-. La familia de mi esposa ha recibido una propuesta de matrimonio para nuestra hija Phoolan. El hombre es un viudo que vive en Maheshpur. Es una buena familia para Phoolan.

Su sobrino parecía dispuesto a aceptar todo lo que propusiera mi padre.

-Te ayudarè en los acuerdos, chacha. Organizarè la kanya-daan. ¡Tu hija Phoolan celebrará una gran boda!

¡Asì que iba a casarme!

Supuse que haríamos una fiesta que duraría días y días como la de Rukmini. Yo llevaría un sari precioso y ajorcas y habría comida exquisita y abundante. Y luego mi esposo volvería a su aldea, como había hecho el de Rukmini, y Choti y yo podríamos jugar a las bodas con nuestras muñecas.

Mi madre nos había contado una vez que tío Bihari había alquilado dieciséis elefantes para su comitiva nupcial. Quiso que todos vieran lo rico que era; y sin duda era rico, pensé yo, le había robado su herencia a mi padre. Pero ahora su hijo quería arreglar las cosas. Padre podría vender la madera de nuestro árbol y trabajaría las tierras de la familia a cambio de una parte de la cosecha. Yo deseaba ir al templo a dar las gracias por todas las cosas que Mayadin iba a hacer por nosotros. Le observè atentamente y decidì que no tenía la misma cara de chacal de su padre. Tenía la nariz grande, como el pico de un águila y, cuando sonreía, su boca resultaba grande y bonita. Había saludado a mi padre respetuosamente,

uniendo las manos, y le había dicho que èl era ahora el mayor de la familia. Y le hablaba con el respeto debido a los mayores.

-Si el novio es viudo, la dote será màs pequeña, chacha. Es un buen acuerdo –dijo.

Mi padre asintió.

-Se llama Putti Lal. Su primera esposa pertenecía a la familia de mi esposa Moola. Ella va a ir a ver a sus hermanos para organizar la baraat. El astròlogo va a fijar la fecha de la tika.

Aquèl sería el día en que mi padre iría a la aldea de mi esposo para entregarle la primera parte de la dote y hacerle la marca roja en la frente...

Salí corriendo bajo la intensa lluvia. Me caían de la nariz gruesas gotas de agua que me recordaron gotas de savia que se formaban en la corteza de nuestro precioso árbol de pàlidas hojas verdes, las cuales a su vez se llenaban de maravillosas flores amarillas. Había otros àrboles iguales en la aldea, pero aquèl era mío. Y serviría para pagar mi boda.

Corrí hasta el final de la calle, pasè por casa de mi primo Mayadin, y seguí el sendero que cruzaba los campos, hasta el árbol. Extendí los brazos para abrazar el tronco rugoso. Echaría de menos sus frutos, dorados como el sol, que olian a cebolla. Las ardillas habrían de buscarse otra casa. ¡Cuàntas rupias por un árbol! Claro que aquèl era el rey de los àrboles y tenía muchos màs años que yo.

Estaba amaneciendo, las estrellas habían empezado a desvanecerse en el cielo. Choti y yo dormíamos en un khat del patio; abrí de pronto los ojos. Me había despertado un ruido; volví a oírlo. Alguien estaba cortando leña. Los hachazos eran regulares y repetidos, pero, ¿de dònde llegaban? Cerrè los ojos y escuchè. Empezó a latirme el corazón angustiosamente. Despertè a mi hermana.

-Choti, despierta. Alguien està cortando un árbol.

-¿Què?

-¡Nuestro árbol! ¡Seguro que están cortando nuestro árbol!

-¿Quièn iba a hacerlo? Le habrá pedido padre al leñador que lo hiciera.

-¡Vamos!

-¡Nooo! ¿Estàs loca? ¡Si salimos solas a estas horas, puede pasarnos algo terrible!

Nos habían dejado solas en casa. Nuestra madre aún no había regresado de la aldea de sus hermanos. Había ido con Rukmini a organizar mi boda, suponía yo. Padre estaba trabajando en una aldea río arriba, haciendo ladrillos para el brocal del pozo del patio de una persona rica. Nos había dicho que tardaría seis días, pero yo había perdido la cuenta y no sabía cuándo volvería. Decidí que no podía ser nuestro árbol. Intentè dormir de nuevo. Era demasiado temprano para irnos al pozo o a bañarnos. Pero no podía conciliar el sueño oyendo los hachazos y pensando en mi árbol, tan alto y hermoso.

Cuando apuntò el primer rayo de sol, ya no pude esperar màs. Me puse la falda verde sobre las enaguas.

-Venga, Choti, vamos a ver...

Corrimos por la aldea pegadas a los muros de las casas y saltando las zanjas, para llegar a la pequeña parcela en que nuestro padre cultivaba algo de mijo debajo del árbol. ¡Pero el árbol había desaparecido! El campo estaba lleno de peones que cargaban troncos en una vagoneta dispuesta para ser remolcada en un tractor. Junto al mismo, había una carreta tirada por dos bueyes blancos, fuertes y sanos. La carreta estaba pintada y los bueyes llevaban adornos de plata colgados de los arneses. Yo conocía aquella carreta, ¡pertenecía a Mayadin!

¿Dònde estaba mi árbol? ¿Dònde estaba el rey de los àrboles?

¡En la carreta de Mayadin, muerto y partido en trozos! ¡Lo habían matado! Era el ruido que yo había oído, el ruido de hachas destrozando mi hermoso árbol. Vi su corazón rosa-amarillento rezumando

abundante savia. Estaban cortando las gruesas ramas con una sierra, y amontonándolas también, para llevárselas y venderlas. El corazón se me desbocò. Sentí que iba a ahogarme de rabia. ¡Mayadin había mentido! El tramposo hijo de su padre no tenía la menor intención de ayudarnos. Había aprovechado la ausencia de mi padre para robarnos el árbol. Y lo había hecho de noche, como el ladròn que era. Cuando le había dicho a mi padre, con las manos unidas, “corta el árbol, chacha, y véndelo...”, su sonrisa había sido realmente la sonrisa traidora de un chacal.

Aquel pequeño terreno era toda la tierra que poseíamos, y el árbol que crecía en ella era nuestro y sólo nuestro. Me quedè muda, contemplando còmo se alejaba el tractor, pero cuando vi a Mayadin subir a su carreta de hombre rico, con el dhoti blanco y pulcro cayéndole holgadamente entre las rodillas, y la kurta de seda abotonada hasta arriba, no pude contener la rabia. Èl ni siquiera se había manchado las manos, pero las tenía llenas de la sangre de mi árbol. Saltè a la carreta y agarrè el arnès que cruzaba el hocico de uno de los bueyes.

-¡Eres un ladròn! –gritè-. Devuélvenos nuestro árbol.

Mayadin me pegò con el làtigo desde el asiento, pero yo no soltè la cuerda. El hocico es la parte màs sensible del buey, por lo que el animal, aterrado, ponìa sus enormes ojos en blanco, mientras yo seguía sujetando la cuerda y golpeándole las patas. Debì de hacerle daño a la pobre bestia, pero estaba ciega de rabia.

-¡No te llevaràs esta madera! ¡No permitirè que nos la robes!

Mayadin siguió pegándome con saña, cada vez màs fuerte. Seguramente tenía miedo de que el buey se espantara. Pero no cedì. Sentía sus golpes en los brazos y en la espalda, y luego en la cabeza y en las orejas. Casi no veìa. Aunque la sangre me resbalaba por los ojos, no aflojè.

-¡No permitirè que te lo llesves!

Choti había escapado corriendo. La oì gritar en la aldea:

-¡Salvad a mi hermana, venid a ayudarla! ¡Venid, os lo ruego!

Acudieron todos, pero se quedaron allí plantados, riéndose como si fuera un espectáculo. Oì a alguien decir:

-¡Esa loca ha conseguido detener la carreta de Mayadin!

En cuanto se dio cuenta de que no iba dejarle marchar por mucho que me pegara, Mayadin llamò a sus matones. Llegaron cuatro hombres. Me golpearon e intentaron agarrarme y sacarme de allí. El animal mugìa de dolor y lo soltè. Un hombre inmenso me sujetò de pies y manos y me tirò al suelo como si fuera un fardo de paja.

Antes de que Mayadin pudiera alejarse, me levantè y echè a correr; me encaramè a la enorme rueda de la carreta y le gritè que si quería marcharse, sólo podría hacerlo aplastándome bajo la misma.

Vacilò. Había un montòn de gente mirando, casi medio pueblo.

-¡Es nuestro árbol! –le gritè-. ¡Eres un ladròn!

Tuve tiempo suficiente para rasgarle la kurta de seda y advertir sus ojos rojos de furia. Unas manos enormes me agarraron de la ropa, me apartaron de la rueda, y me inmovilizaron. Estaba sofocada; lloraba tanto de rabia como de dolor. Me quedè allí mirando desvalida, sin poder desasirme, mientras los hombres cortaban las últimas ramas, las amontonaban y las cargaban.

-Dejadlas, dejadlas... -les supliqué-. ¡Son de mi padre!

El hombre que me sujetaba lo pasò mal intentando taparme la boca.

-Sabe Dios de què està hecha esta chica –exclamò. Le mordì la mano y escupì sangre en el suelo. Lanzò un grito y me soltò.

Pero ya habían terminado...

Sòlo pude ver a Mayadin alejarse en la carreta con toda la madera de mi padre, la que iba a servir para pagar mi dote. La carreta desapareció por el camino con el lento paso de los bueyes. No habían dejado nada, ni una simple rama; en el centro de nuestro hermoso campo sòlo se veía un tocòn. Habían destrozado incluso el mijo que crecía debajo, los leñadores lo había pisoteado todo. Mi hermoso árbol ya no nos daría sombra, y lo único que aportaría a mi padre ya, sería una nueva humillación.

La madera era valiosa, nos habrían dado por ella màs de mil rupias. Yo me había sentido feliz por un tiempo, pero aquel nuevo dolor, una angustia aplastante, el profundo pesar de ser una esclava, de ser menos que un perro, me revolvía el estòmago. Sentí ganas de vomitar. Èramos pobres y por eso mismo èramos también impotentes. Me sentè sollozando en el suelo, agotada, entre el polvo y los granos de mijo, a los pies de los secuaces de Mayadin. Los cuatro hombres me levantaron y me hicieron caminar delante de ellos, a lo largo del sendero que llevaba a nuestra casa. Me empujaron al patio y cerraron la puerta por fuera. Me daba igual. Ya no me quedaban fuerzas. Echada boca abajo sobre la tierra dura, no podía llorar siquiera. El corazón me latía tan fuerte que parecía a punto de estallar. Había hecho todo lo posible, pero estaba sola.

Los vecinos se habían reido. Nadie había movido un dedo para ayudarme. Y después de que todo hubiera acabado, se escabulleron sigilosamente en el interior de sus casas. Había varios hombres de la aldea entre la cuadrilla de peones de Mayadin, incluido uno que yo conocía.

-¿Por què haces esto? ¡Sabes que el árbol es de mi padre! –le había increpado.

-Mayadin me paga, Phoolan –me contestò-. Me ha prometido un saco de mijo.

Mayadin estaba aprendiendo a utilizar el poder que había heredado del sinvergüenza de su padre. Y todos los perros asustados de la aldea le obedecían. Pero yo le había visto enrojecer de furia, sudando bajo su flamante atuendo, y había advertido la incredulidad que parpadeaba en sus ojos, al descubrir que me atrevía a atacarle no estando allí mi padre. Empece a calmarme recordando su desconcierto. Aquello tenía que haberle enfurecido. ¡Debiò de pensar que me erigía en cabeza de nuestra familia! Si hubiera tenido un cuchillo, le habría matado allí mismo, sentado en su carreta, con sus preciosos adornos de plata. Pero mi cuchillo era de madera, y sòlo servía para pelar hortalizas.

Choti consiguió saltar la tapia del vecino; se acercò y se sentò a mi lado.

-Me he meado. Tenía miedo de que te mataran, Phoolan. Mira, estàs sangrando todavía.

Tenía la voz débil, ronca de gritar pidiendo socorro. Pero nadie acudió nunca a ayudar a las hijas de Devidin... nadie.

-Choti... ven, hermana.

La sangre estaba secándose y formando costras. Tenía el cuerpo lacerado y cubierto de magulladuras. Saltamos la tapia y seguimos el camino del río. Nos lavaríamos las heridas, nos lavaríamos la sangre, la orina y las làgrimas en sus aguas benditas.

Ya se había puesto el sol cuando volvió mi madre con la pequeña Bhuri. La luna brillaba sobre la aldea, redonda y clara como una perla, y yo la miraba fijamente mientras le explicaba a mi madre lo que había pasado. Ella me palpò primero los brazos y luego las piernas para comprobar que no tenía ningún hueso roto, y luego se sentò en el khat con la cabeza entre las manos y empezó a llorar.

-Phoolan, sòlo nos das disgustos...

Era el mismo sermòn que había oído otras veces, pero en esta ocasión su voz era apagada y triste; no gritò ni intentò pegarme. Aquella noche estaba demasiado cansada para hacerlo. Mi dote había desaparecido en la carreta de aquel ladròn, ¿y era yo quien causaba los problemas? ¿Había luchado con Mayadin para recuperar lo que nos pertenecía, y eso me hacía culpable? ¡Sì, yo tenía la culpa, siempre yo!

Era una mocosa sucia que no mostraba respeto por nadie, que insultaba a todo el mundo y no hacía más que maldades. Y luego me pegaban por ello.

Invocué a Durga, la diosa de la venganza; le rogué que me diera fuerzas, pero mi madre interrumpió mi oración.

-¿Dios? ¿Estás pidiéndole algo a Dios? –me dijo sin dejar de llorar. Su tono era seco y amargo-. ¿Cómo vamos a casarte ahora? ¡Pregúntaselo a Dios!

Después de la boda de Rukmini, comimos sólo patatas durante meses. Yo ya había decidido que cuando creciera sería albañil o carpintera, como mi padre, que trabajaría mucho para ganar montones de rupias, y así llevar a casa mucho trigo, suficiente para que comiésemos todos. Estaba segura de que podría hacer el trabajo de un hombre, y de que nadie me engañaría como a mi padre. Alguien de la aldea había ido a explicarle lo que había ocurrido. La medianoche era pasada y la luna estaba alta cuando llegó, agotado por la larga caminata.

Mi madre había dejado de llorar y estaba furiosa.

-¡Mañana por la mañana iré a la policía a presentar una denuncia! –exclamó.

-El árbol ha desaparecido, Moora. ¿Qué podemos hacer?

-¡Tú nunca haces nada, Devidin! Phoolan lucha más que tú.

Al día siguiente obligó a mi padre a acompañarla a la comisaría de Kalpi. Tocaron los pies de los funcionarios para rogarles que fueran a inspeccionar el campo. Pero no quedaba rastro del árbol; ni una rama, ni una hoja siquiera. Habían quemado el tocón y rellenado el agujero con tierra.

-¿Cómo os atrevéis a acusar a Mayadin? Él es un hombre rico –afirmó el policía-, ¿por qué iba a hacer una cosa así?

Amenazaron a mis padres con denunciarles a ellos si insistían en sus acusaciones. Los tallos partidos del mijo eran los únicos testigos de la tragedia, pero podía haberlos pisoteado el ganado. ¿Acaso pensábamos denunciar a las vacas?

Nuestro árbol tenía el tronco tan grande que hacían falta tres personas para rodearlo con las manos unidas. Mi padre quería mucho a aquel árbol. Él mismo lo había plantado y lo había visto crecer, pero estaba contento de cortarlo para pagarle la dote al esposo que me había encontrado mi madre.

No comimos en muchos días. Estábamos muy tristes por el asesinato de nuestro árbol; era como un miembro de la familia que ya no estuviera con nosotros y todos lo lloramos. Poco tiempo después, fuimos una noche a sentarnos en el lugar donde antes se alzaba majestuoso hacia el cielo. Y mi padre nos dijo:

-Concentraos, hijos... cerrad los ojos, mirad en vuestro interior... nuestro árbol todavía está con nosotros, sobre nuestras cabezas. Oledlo, tocadlo.

Sentados en corro (Choti, la pequeña Bhuri, que estaba empezando a caminar entonces, nuestro hermano Shiv Narayan, padre y yo) bajo la luna blanca, evocamos el olor de las hojas del neem. Me pareció sentir su corteza rugosa en las mejillas.

Madre viajó de nuevo a su aldea, con el objeto de pedir a sus hermanos ayuda para pagar la dote a mi futuro esposo. Padre hacía ladrillos y construía casas y muros, todo lo que le encargaban, y se guardaba las rupias cuidadosamente en un pliegue del dhoti. Yo volvía a tener pesadillas. Soñaba que golpeaba a Mayadin con un palo hasta desangrarse; soñaba que le amputaba los brazos con un hacha, del mismo modo que él había amputado los de nuestro árbol.

Padre se despertó.

-¡Phoolan! ¿Qué pasa?

Estaba echado a mi lado y le había pegado en sueños.

-¿Estás enferma? ¿Tienes fiebre?

La madre de Mayadin parecía una mona vieja y enana. Era diminuta, apenas llegaba a la tapia de su patio, y sus ojos, pequeños y redondos, estaban rodeados por miles de arrugas con forma de estrella. Se pasaba el tiempo espiando todo lo que ocurría en la aldea, y especialmente a mí. Yo sabía que era la responsable de todas las palizas que me había dado su esposo Bihari. Era peor que sus criados. Primero la cantinela había sido: “¡Bihari, la hija de Devidin pasa por nuestro patio!. Y luego, cuando murió Bihari, la sustituyó por: ¡Mayadin, sacúdele a esa mocosa!

Comencé a amenazarla después de que Mayadin nos robara nuestro neem. Cada vez que se presentaba la ocasión, le aseguraba que la estrangularía si llamaba a su hijo. Me estaba volviendo cruel. Reconozco que me encantaba asustarla y ella parecía realmente una mona. Con el cuello de un cántaro roto, fabriqué un tambor pequeño como los de los domadores de monos. Lo hice sólo en su honor. Coloqué un trozo de tela en los bordes, y lo golpeaba con palos, cuando pasaba por su casa, cantando: ¡Baila, monita, baila!

Aquello sacaba de quicio a la vieja. Se ponía a dar saltos, llamando a su hijo, pero tenía la voz demasiado débil para que la oyera y, cuanto más pataleaba, más fuerte tocaba yo el tambor.

Un día, me aseguré de que su hijo no estaba por allí y entré en el patio con Choti. Arrastramos su khat, desde su lugar habitual de observación junto a la puerta, hasta el pozo. Yo llevaba un palo grande y la amenacé con pegarla si se movía. Bihari había mandado abrir aquel pozo en su casa, porque le molestaba que sus mujeres fueran observadas cuando iban al de la aldea y, además, quería demostrar que era rico. Él me había amenazado muchas veces con tirarme al fondo, así que decidí hacer lo mismo con su viuda. La agarré por los pies y la dejé colgando sobre el abismo oscuro.

Empezó a dar alaridos, hasta quedarse sin voz.

-Tu marido es un ladrón y tu hijo también lo es. ¡Eres viuda y madre de ladrones! Si te chivas de esto, la próxima vez te dejaré caer –le anuncié.

Desde aquel día, se moría de miedo nada más verme.

A veces iba a buscar al río una culebra viva, sólo para ella. Primero cazaba un sapo, lo ataba como anzuelo al extremo de una cuerda y, cuando la culebra salía del agua para intentar comérselo, la cogía. A veces conseguía librar al infortunado sapo, presionando para que la culebra los soltase antes de tragárselo. La ocultaba en la cuneta, junto a la casa, sujeta con una pinza a un trozo de cuerda que ataba a un árbol. Mis amigas me avisaban cuando Mayadin salía; entonces me acercaba sigilosamente al khat de su madre con la culebra a la espalda, y la despertaba balanceándola delante de sus narices.

Ella saltaba aterrorizada y yo le gritaba:

-¿Cuándo vais a devolver la tierra que robasteis, vieja bruja miserable?

Disfrutaba poniendo la culebra frente a sus ojos diminutos y brillantes, para luego deslizarla por sus brazos escuálidos.

-¡Llévate ese bicho! –me suplicaba-. ¡Mayadin os devolverá la tierra! ¡Lo hará! ¡Te lo prometo!

Temblaba de puro pánico. Yo sabía que las culebras de río no son peligrosas, pero ella ignoraba de dónde la había sacado.

Empecé a creer que las culebras eran mis aliadas. Si me venían al pensamiento, significaba que había alguna cerca de mí y, si buscaba un poco, normalmente la encontraba. Casi siempre eran del mismo tipo: largas, con la cabeza muy grande y las escamas de colores brillantes.

Pasó otro monzón y otro invierno; luego, un día, mi amiga Ram me contó que la vieja mona llevaba casi una semana agonizando. Decidimos ir a su casa y averiguar por qué tardaba tanto en morir. Mayadin nos permitió pasar, después de explicarle que deseaba presentar mis últimos respetos a su madre.

Estaba acurrucada en su khat, en el patio, con el cobertor hasta la barbilla.

Tenía la cara de mona aún más marchita y de un color tan ceniciento como su pelo.



Casi no respiraba.

-Està delirando –dijo Mayadin.

Me acerquè, me inclinè hacia ella y le hablè suavemente.

-Querida tìa, soy tu pequeña Phoolan...

Me mirò con ojos desorbitados y sacò la lengua.

Murió en aquel mismo instante.

Me estremecì. Era como si estuviera esperando a ver mi cara para morir. Yo tenía miedo de que se convirtiese en fantasma y se me apareciese. Mayadin se inclinò hacia ella y le bajò los pàrpados. Se le habían puesto blancas las pupilas.

-Querìa despedirse de ti antes de morir –declarò èl, sin sospechar nada-. Tendría que haberte pedido que vinieras antes.

Pero yo sabìa la verdad. Había muerto de miedo al verme.

Yo era el último recuerdo que se había llevado en esta vida.

La había balanceado sobre su pozo, le había pasado culebras por la cara y su hijo creìa que quería bendecirme.

Lo màs probable era que me hubiera maldecido con su último aliento.

Adiòs, mona malvada, pensé yo. ¡Quiera Dios que no renazcas, que tu espíritu quede atrapado para siempre en el fondo de tu pozo!

5.

Choti quería que jugáramos a bodas con las muñecas.

-Tù puedes ser el novio y yo serè la novia –propuso.

Cuando Rukmini se fue al fin a vivir con su nueva familia, apenas me quedaba tiempo para jugar con muñecas.

Madre decía que ya había cumplido once años, pero no estaba segura. Todavía era pequeña, tan baja que parecía que Choti, aunque hubiera nacido después, pronto estaría màs crecida que yo. Mi madre únicamente sabìa que me había dado a luz un mes antes de “bhadrapad”, en la estación de las lluvias, el dìa de la fiesta de las flores. También ignoraba la edad exacta de Rukmini, Choti o la pequeña Bhuri. Pero recordaba con precisión la de Shiv Narayan, nuestro hermano, porque cuando llegara el momento, lo llevarìa al colegio. A mì sòlo me importaba hacerme grande y tener màs fuerza para trabajar. Pero cuando se marchò Rukmini, yo era la hermana mayor y me correspondìa a mì realizar sus tareas. Tenía que moler el trigo para hacer los chapatis, dar de comer al ganado, recoger el estiércol y llevarlo remando en barca al kachwari. Tenía que hacer barro para reparar el muro cuando la lluvia lo arrancaba, ir a buscar agua, encender el fuego, limpiar el establo y esperar a que acabaran de comer todos para hacerlo yo.

Después de la boda de Rukmini, siempre le estábamos preguntando cuándo se marcharìa a vivir a la aldea de su esposo, porque parecía que no fuera a hacerlo nunca. Pero ya nos había dejado, y yo la echaba de menos. Ella me había enseñado muchas cosas. Después de la ceremonia “gauna”, se fue a vivir a su nueva aldea. La acompañamos por el camino y, cuando se perdió a lo lejos, nos quedamos sollozando largo rato. Desde entonces yo sentía a menudo ganas de llorar, o de desahogar mi còlera de alguna forma, de pegar a alguien y hacerle daño. Ya no tenía a nadie que me defendiera de mi madre, como lo había hecho Rukmini a veces. Ahora yo me había convertido en la mayor, y debía hacer todo lo que me ordenaba mi

madre. Si me distraía con la trilladora, me reñía y me llamaba inútil. Parecía que nunca alcanzaría la sabiduría y la serenidad de Rukmini. Hasta mi hermana pequeña estaba empezando a irritarme.

Choti no paraba de preguntar cosas sobre el matrimonio. Con la nariz roja de frío, mascando las duras tortas de mijo que era todo lo que teníamos para comer aquel invierno, me acosaba: ¿Cuándo vas a casarte? ¿Me tocará luego a mí? ¿Te marcharás como Rukmini? ¿Será guapo tu marido? ¿Cuántos años tendrás cuando te cases? ¿Y yo?

También a mí me habría gustado saberlo. Me iba a casar, pero, para mí, aquello no significaba más que una ceremonia, y estaba deseando que me hicieran regalos como a Rukmini. Me había contado que mi esposo llegaría de una aldea llamada Maheshpur, que quedaba a un día de viaje, que ya había estado casado, que tenía tierras y que ayudaría a nuestra familia. Me habían asegurado que me iría a vivir a su aldea al cabo de tres o cuatro años, cuando fuera adulta. No podía imaginar cuánto tiempo representaba. ¿Cuántas noches y días, cuántas lunas, cuántas cosechas eran esos cuatro años?

-Es mucho tiempo –me explicó mi padre-, casi la mitad de los años que tienes ahora. No te preocupes.

Así que dejé de preocuparme.

Era el amanecer, todavía estaba oscuro y no quería ir a buscar agua con aquel frío.

Llamaron a la puerta...

-¡Phoolan! –era la voz de mi amiga Sukhdei-. Voy a nuestro campo a segar algo de hierba. Pregúntale a tu madre si puedes venir conmigo. Recogeremos un poco para tus vacas también.

Sukhdei era alta y agraciada. Vestía como una mujer, un sari amarillo, y llevaba el cabello largo trenzado y atado con un lazo. Ya estaba casada, pero todavía no había ido a vivir a casa de su esposo, y me trataba como a una hermana pequeña.

Yo todavía no tenía sari, sólo los pantalones de algodón y la camisa azul, y casi siempre llevaba el pelo enmarañado a la espalda.

-Si quieres acompañarme, tienes que darte prisa –me dijo Sukhdei.

Madre nos advirtió que tuviéramos cuidado. Era primavera y los ríos habían bajado, pero seguían siendo traicioneros. Amma creía que era una imprudente, porque no me daba miedo el agua.

Cuando llegamos a la orilla del Nadi, apenas podíamos distinguir, bajo la pálida luz de la mañana, el lado opuesto del río. Nos quitamos la ropa. Hacía frío y una neblina azulada cubría las aguas grises. Sukhdei se dejó las enaguas puestas, aunque nadie podía vernos, y vadeamos el río sosteniendo la ropa y las hoces sobre la cabeza. Yo iba detrás, temblando bajo el agua fría y embarrada, que me llegaba a la barbilla y hacía que me castañearan los dientes. Nos vestimos en cuanto alcanzamos la otra orilla. Me fijé en que Sukhdei ya tenía las caderas torneadas como una mujer. Yo tenía el cuerpo tan informe como mis muñecas.

Para llegar al campo de Sukhdei, había que cruzar primero uno de hora. Las matas crecían en surcos rectos y me llegaban a la cintura. Ya se habían formado las pequeñas vainas verdes. Sentí una punzada de hambre. No había desayunado, así que me arrodillé, abrí una vaina, y los pequeños frutos negros cayeron en mi mano. Mientras los masticaba, sentí un ansia irresistible de comer más.

Sukhdei me miró asustada.

-¿Y si nos ve Mayadin? Es su campo.

-Es demasiado temprano. Ese perro holgazán todavía estará en la cama.

-Vas a ganarte una paliza.

-No me importa.

Inclinadas en el verde campo, arrancamos las matas con las manos. En un momento había hecho un buen haz, casi tan grande como yo. Intentè imaginarme la cara de Mayadin, si hubiera podido recoger toda la cosecha por arte de magia y llevármela. En la época de la recolección, sòlo nos dejaba los tallos, después de llevarse los frutos y las hojas, aunque èramos nosotros quien sembráramos y abonáramos su campo. Les dàbamos los tallos a las vacas. Nuestras vacas pasaban hambre y nosotros también. yo sabìa que èl molìa un saco de hora cada dìa, sòlo para sus animales, mientras que nosotros tenìamos que comer mijo.

Cuando me volví a echar otro haz en el saco que llevaba a la espalda, advertí una figura que se movía a la clara luz del amanecer. Era un hombre bien vestido. ¡Sòlo podía ser Mayadin! Pretendía parecer una importante personalidad de la aldea, pero su nariz le delataba. No tenía nariz de águila, había decidido yo, sino de buitre. Y nos estaba vigilando. Sukhdei se pegò a mì, asustada.

-Al pasar por detrás de su casa, he visto a una de sus esposas –me susurrò-. Seguro de que le ha avisado de que ibamos al río. ¡Estarà furioso!

Como no podìamos escondernos en sitio alguno, nos dio alcance en un momento. Nos agarrò del pelo, a Sukhdei con una mano y a mì con la otra, y nos arrastrò como si fuèramos cabras. Sukhdei se echò a llorar, pero yo no abrí la boca. Tropecè y caí a sus pies, esperando que èl intentara pegarme, pero se conformò con insultarnos:

-¡Ladronas! ¡Sucias ladronzuelas! ¡Voy a hacer que os metan en la cárcel!

Sukhdei se debatìa desesperada, seguramente por miedo a que Mayadin la arrastrara hasta el recodo del río, y le hiciese lo que mi madre tanto teme que pueda pasarme a mì. Se apretò fuertemente el sari alrededor del cuerpo, mirándome con reproche. Pero yo ya conocía bien a Mayadin, era igual que su padre. Èl sòlo quería una cosa: pegarme y castigarme a mì.

Oí el restallar de su vara junto a mi cabeza y sentí el golpe clavárseme en la espalda; pero luego pareció cambiar de idea. Nos mandò que recogieramos las legumbres que habíamos robado y nos obligò a caminar delante de èl hasta el río, dándonos cachetes en la nuca e insultándonos. Cuando llegamos nos obligò a meternos en el agua completamente vestidas, por la parte màs profunda. Alzaba los brazos cuanto me era posible, pues no quería que el fardo de hora se mojara.

Se me llenò la boca de agua; para mantenerme a flote, tuve que ponerme a nadar y a punto estuve de ahogarme. Apenas podía oír los insultos de Mayadin quien, montado en un bũfalo, nos seguía sin mojarse la lujosa ropa.

Luego pensé en nuestros padres. Era consciente de que Mayadin haría que pagaran una multa al panchayat. Bihari ya lo había hecho una vez. Mi padre tuvo que abonar quinientas rupias porque yo había cogido unas cuantas matas de su campo. Había sido una mala estación, sòlo tenìamos tortas de mijo para comer, y Bhuri estaba tan delgada que lloraba continuamente. Como castigo, mi madre me dejó varios días sin comer lo poco que tenìamos.

Mayadin nos obligò a dirigirnos a la casa en que se reunía el panchayat, el consejo de la aldea. La gente salía a mirarnos cuando pasáramos. La camisa se me pegaba al cuerpo y llevaba los pantalones llenos de barro. Sukhdei todavía iba temblando, con el sari completamente retorcido.

-¡Mirad a la hija de Devidin! –decìa Mayadin a la gente-. ¡Mirad a esta ladronzuela! ¡Ha cogido hora de mi campo!

Llegamos y nos ordenò sentarnos en el suelo, mientras se reunían los ancianos de la aldea. Kisna, el pradhan rechoncho de ojos de gallo, era uno de ellos, por supuesto. Estaba aliado con Mayadin. En mi opinión, eran dos chacales. Mandaron al guardia de la aldea que tocara el tambor para anunciar que iba a celebrarse una asamblea, y el sarpanch, el jefe de la aldea, pidió a uno de los aldeanos que encendiera una hoguera en el patio. Sukhdei y yo fuimos obligadas a esperar a un lado, sentadas en el suelo, junto a la puerta del patio.

Teníamos la ropa mojada, temblábamos de frío, pero nadie nos permitió sentarnos cerca de la hoguera. Las esposas y los criados que iban a sacar agua del pozo cuchicheaban y nos señalaban. Oí a alguien susurrar mi nombre con desprecio. “Phoolan Devi es una ladrona. Phoolan Devi ha deshonrado a sus padres. Cualquiera día de éstos acabará en la cárcel.”

Pero también oí otras voces... “Ese Mayadin, tendría que darle vergüenza. ¿Qué tiene de malo que una niña coja unas matas de legumbres? No creo que vaya a ser menos rico por eso...”

Mi madre acudió corriendo, aterrada, en cuanto oyó el aviso del guardia. Mi padre caminaba despacio detrás de ella, con la cabeza baja, avergonzado. Madre me agarró del cuello y me obligó a levantarme.

-¡Cuando lleguemos a casa, te daré una lección que jamás olvidarás! –me amenazó, en un susurro. Mi padre no dijo nada. Se sentó en silencio sin mirarnos, debajo de la gran higuera donde se reunía el consejo de la aldea en la estación cálida, cubriéndose la cara con las manos como si rezara. Pero yo sabía que estaba llorando.

Los panchas llegaron casi a mediodía. Todos eran hombres ricos, terratenientes. Se encerraron en la casa del sarpanch y oímos gritar a Mayadin.

-¿Por qué robaron hora de mi tierra esas chicas? ¡Porque sus padres les ordenaron hacerlo! Habría que multar a Devidin.

Me quedé mirando los fardos que había dejado Mayadin en la plataforma de cemento, debajo de la higuera que crecía en medio del patio: uno era grande y otro pequeño, el que había recogido Sukhdei. Sukhdei tenía padre, esposo, hermanos, personas que la defendían. Y, aunque era pobre como nosotros, nadie la maltrataba. Ella no tenía ningún primo que la odiara como Mayadin; a ella no iban a castigarla como a mí. Era yo la ladrona, la hija de Devidin, que rezaba bajo la higuera pidiendo perdón. Yo quería mucho a mi padre, pero él no sabía defenderme. Era un hombre pacífico, que tenía la espalda encorvada de trabajar en los campos, tanto si llovía como si hacía un sol abrasador. Él nunca se quejaba de la miseria que ganaba.

Cuando el panchayat llegó a un veredicto, era ya media tarde, y parecía haberse reunido en la plaza la mitad de la aldea. Salió el sarpanch y subió a la plataforma que había bajo la higuera. Era un hombre alto, de cabello tupido y se llamaba Brij Bihari. Nos dirigía la palabra en contadas ocasiones, pero yo sabía que estaba aliado con Kisna y Mayadin. Anunció, en primer lugar, que la familia de Sukhdei tendría que pagar una multa de cien rupias. ¡Cien rupias! Por un haz de hora que podías sostener con una mano. Pero en mi caso era diferente. Con los ojos desorbitados por la sorpresa, oí al jefe de la aldea declarar, delante de todos los aldeanos, que mi padre tenía derechos sobre la tierra de Mayadin; y que, hasta entonces, Mayadin se los había negado; y que, puesto que la familia de Mayadin no tenía más tierras de cultivo, ciertamente su hija no podría haber ido a coger hora a ningún otro lugar más que al campo de Mayadin.

¡Yo había ganado! El panchayat había decidido que la ladrona no era yo, sino mi primo y su familia, quienes, negándole a mi padre sus derechos, nos habían convertido en perros hambrientos.

Me puse en pie de un salto y corrí hacia mi padre. Él seguía llorando con la cabeza baja.

Yo estaba tan contenta que empecé a sacudirle los hombros. Estaba casi histérica. No me lo creía, no podía dejar de reírme.

-¡Padre! ¡Mírame! ¡He ganado! ¡No soy una ladrona... tenemos derecho a la tierra de Mayadin! Lo han dicho. ¿Por qué sigues llorando, padre? ¡El campo ahora es nuestro!

Se secó las lágrimas.

-¿Por qué lo hiciste, Phoolan, por qué? –me dijo moviendo la cabeza.

Yo no sabía qué decir. Ya no tenía nada que temer... ni a Mayadin, ni que me pegara mi madre, nada. Había ganado, pero el llanto de mi padre no cesaba... Se acercó Mayadin y mi padre se puso en pie, todavía con la cabeza baja, y vergüenza en la mirada. No dijo nada. Me acogió como verle, vestido con

aquellos harapos junto a Mayadin. Y me producía todavía más angustia su actitud sumisa y servil, la actitud de un esclavo, delante de aquel sobrino engreído de manos gordiflonas y perezosas.

Mayadin estaba tan furioso que resoplaba como un toro.

-¡Devidin! ¡Esto es un ultraje! ¡Tù la mandaste hacerlo! ¡La enviaste a mi campo a robar! –dijo con la voz entrecortada por la rabia-. Tendrían que obligarte a pagar una multa. Los panchas no han hecho justicia. Ahora escùchame bien. ¡Voy a amargarte la vida! ¿Me has oído? ¡Te harè la vida imposible!

Yo tenía ganas de saltar de alegría. Me reì delante de Mayadin y corrì hacia los fardos de hora. Una mujer de la aldea me escupió al pasar, afirmando que aquello fomentaría los robos en la aldea.

Los fardos eran pesados, pero incluso cargada con ellos tuve la fuerza suficiente para correr hasta casa. ¡Fue el momento más feliz de mi vida! Entrè en el establo y les echè todo el hora a los animales, tallo a tallo. Uno para cada vaca, otro para las cabras, uno para las gallinas. Cogía las preciosas matas, y dejaba que los animales mordisquearan las vainas llenas de garbanzos.

-¡Comed! ¡Podèis comerlos! Son de nuestro campo.

La pequeña Bhuri se acercò tambaleante, y se agarrò a mì llena de curiosidad.

-Mira, Bhuri, es comida, ¡comida buenísima! ¡Ahora vamos a ser ricos!

Bailè de alegría entre los animales, pues compartía con ellos nuestra riqueza. No me habían castigado; era la princesa del establo, de la casa, de toda la aldea. La única persona que aún quería castigarme era mi madre.

-¿Por què te reïste delante de los panchas?

-Ya oïste lo que dijeron, ¡padre tiene derechos! Podemos ir al campo de Mayadin siempre que lo deseemos, y coger lo necesario para alimentar a nuestro ganado.

Ella se echò a reír también.

Durante los días siguientes, Choti y yo fuimos, encantadas, al campo de la familia. A Choti la sorprendieron una vez las esposas de Mayadin, y la persiguieron con un palo, pero Mayadin a mì no me hizo nada. No se atrevìa a levantarle la mano a Phoolan Devi. Yo me limitè a reirme del percance de mi hermana pequeña, cuando me enseñò las marcas en los brazos y las piernas.

Tres meses después de mi victoria sobre el campo de hora, hubo una conmoción súbita en la casa: todo era actividad y no dejaba de entrar y salir gente tanto de otras aldeas como de la nuestra. Yo estaba demasiado ocupada trabajando en los campos con Choti para prestar excesiva atención. Una tarde, a última hora, mientras recogía estiércol, vino mi madre a buscarme. Me ordenò que dejara el estiércol. Después de examinarme, decidió llevarme al río; me lavò, me peinò y me untò todo el cuerpo de aceite mezclado con “haldi”, polvo de cúrcuma amarillento, que olía muy bien. Quedè brillante como la estatua de una diosa, y me prohibieron ir al río a quitármelo hasta que pasaran tres días. Luego seguí con mis tareas. Había otras chicas pintadas de amarillo como yo, y también ellas continuaban trabajando.

Al tercer día, una pequeña comitiva apareció en el camino de nuestra aldea, encabezada por una carreta tirada por dos enormes bueyes blancos. De lejos, pude advertir que el grupo estaba formado sólo por hombres. Cuando me di cuenta de que se dirigían a nuestra casa, corrì a esconderme en el dormitorio de atrás.

Los hombres que guiaban la carreta cruzaron la puerta y se sentaron en los khats del patio.

-¡Phoolan, ven aquí! –me llamò mi madre, sin resultado alguno. Tuvo que venir ella a buscarme.

Yo todavía conservaba el color dorado del haldi, aunque llevaba puestos mis pantalones de algodón y mi camisa azul estaba cubierta de polvo. Las mujeres de la aldea se amontonaron para ver què pasaba. Me sentía como una cabra que llevan al mercado.

El hombre que estaba frente a mì era grande y gordo y tenía la piel oscura. Le acompañaba un hombre todavía màs viejo que èl. Incluso el gordo parecía demasiado viejo para ser mi esposo. Era, como mínimo, tan viejo como Mayadin, y supuse que sería el padre de mi esposo.

Mi madre se dirigió a èl.

-Es demasiado pequeña, todavía no es mujer. Un hombre de treinta años debe tener una esposa de quince, por lo menos.

Mi padre movía la cabeza, angustiado.

-Es demasiado joven –confirmò-. No podréis lleváosla hasta dentro de bastante tiempo.

El hombre me miraba sin decir nada. Tenía los ojos muy oscuros, bajo unas cejas que arrugaba como si estuviera sopesando algún tipo de negocio, pero ¿de què clase? Me preguntè què estaría calculando. Me sentía cada vez màs inquieta. No entendía el significado de aquella mirada. Mi madre me obligò a ponerme en pie, a su lado, para compararnos, y casi no le llegaba a la cintura. Aun así, el viejo declaró:

-Nos satisface.

Y se marcharon. El viejo me dio una palmada en la cabeza y sonriò.

Aquella misma tarde abandonaron la aldea y, al dìa siguiente, ya me había olvidado de ellos. Choti me preguntò luego:

-¿Te vas a marchar con Putti Lal?

-No –le contestè, sorprendida por su pregunta.

-¡Pero Rukmini se fue a la aldea de Rampal!

-Rukmini esperò hasta gauna para instalarse en la aldea de su esposo y tenía dieciséis años.

-¿Para què es el matrimonio, Phoolan?

-No lo sè, Choti...

Según yo tenía entendido, era una fiesta que los padres hacían para sus hijas. Le expliquè a mi hermana que, aunque muchas chicas de la aldea se casaban, después de la boda se quedaban con sus padres, jugaban con sus hermanas y volvían a trabajar en los campos con nosotras.

Choti se quedó pensando en ello.

-Pues vamos a jugar a las muñecas –propuso alegremente-. Tù serás el novio y yo serè la novia.

Empezó, una vez màs, a pasear las muñecas de trapo por el patio, sentándolas y presentándolas unas a otras, como había visto a nuestros padres hacer en la boda de Rukmini. Yo le puse a la mìa una guirnalda en el cuello y le dibujè una marca roja en la frente, pero me pasaba igual que a Choti, no tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Para mì, un marido era igual que un hermano o un padre; alguien que debía protegerte, no un individuo como todos los demás, a los que había que temer. Un dìa lejano, el dìa de gauna, me irìa a vivir a la aldea de mi esposo, como había hecho Rukmini, y mis padres tendrían una boca menos que alimentar. Suponía que por eso se esforzaban en pagar mi dote.

Yo no sabìa absolutamente nada de aquel Putti Lal, ni quièn era ni còmo era. Ignoraba que en realidad era un demonio y que, incumpliendo la palabra dada a mi familia, me llevarìa con èl el mismo dìa de la ceremonia.

Hasta entonces, la vida había sido dura. Se componía de palizas, hambre y làgrimas, pero también de risas y esperanza. El único hombre a quien yo pertenecía y al que debía respeto y obediencia, era mi padre. A partir de aquel momento sería Putti Lal. Dejarían a la completa merced de un desconocido a una niña de once años.

6.

Mi boda se celebrò durante el mes de "baisaj", en un polvoriento, soleado y seco día de verano.

Había tantas caras desconocidas, que parecía como si el acontecimiento no tuviera que ver conmigo. Estaba sola y aturdida, además de hambrienta, impaciente y cansada. Aunque, por otra parte, también sentía una enorme curiosidad. Había música y canciones y los invitados se comportaban conmigo de una forma distinta a la habitual, pero yo era la misma persona que el día anterior, cuando todavía vestía mi falda azul y mi blusa. No era más alta que la barba de un chivo, tan escuálida como un gato, y nerviosa como una ardilla a la que una gran multitud intenta hacer bajar de un árbol.

Ni siquiera había visto la comitiva nupcial, porque estaba trabajando en la otra orilla del río, cavando acequias para regar los brotes de nuestro kachwari. Transcurrió la mañana y cuando acabamos el trabajo, Choti y yo vadeamos el río, sumergidas en su agua tibia, para eludir los mosquitos que habían estado toda la mañana intentando picarnos los brazos y las piernas. El río estaba bajo y resultaba fácil cruzarlo a nado. El agua lamía suavemente las amplias riberas arenosas. Un pájaro se abalanzó de pronto para atrapar a una serpiente bajo el agua, haciendo gritar de envidia a sus compañeros.

Mientras jugábamos, vi a mi madre que se acercaba con algo en la mano. Me di cuenta de que estaba preocupada, gracias a su manera de caminar y a que no se había molestado en cubrirse la cabeza. La habíamos dicho, como siempre, que volveríamos pronto y, como siempre, habíamos desobedecido. Era más divertido chapotear en el agua, intentando atrapar peces con las manos. Pero nuestra madre siempre tenía miedo de que nos arrastrara la corriente, o de que nos ocurriese una desgracia junto a la casa del pradhan. Recogí mi ropa a toda prisa y corrí a su encuentro. Choti fue más lista que yo. Echó a correr por la orilla hacia la aldea, para que no la viera. Mi madre ya me había localizado. Me pareció más impaciente que enfadada, sin embargo, y advertí que llevaba en la mano un sari amarillo precioso.

-¡Te prohibí que jugaras en el río! –exclamó-. Mira como estás, llena de barro.

Me agarró del pelo y me arrastró hacia la aldea. Había tanta gente en el camino que, durante un instante, no supe dónde me hallaba. Cuando llegamos a nuestra pequeña casa, estaba llena de extraños. Se habían reunido allí todas las mujeres de la aldea, que charlaban animadamente mientras examinaban los regalos.

La baraat había llegado para encontrarme llena de barro, y con el pelo enmarañado. No sabía dónde esconderme. Me sentía torpe entre tantos desconocidos. Habían colocado en el patio un "pandal": guirnaldas de hojas de mangos colgadas de un parasol blanco, y hojas verdes de platanero, lo bastante anchas para sentarse, extendidas sobre el suelo.

-Mira, ¡es precioso! –le dije a Choti.

-El de Rukmini era más bonito. Había más flores y más gente, y muchos más regalos.

Yo admití para mis adentros que era verdad. Nuestros padres habían tenido que pedir prestado el dinero para pagar la dote de su segunda hija. ¿Qué harían cuando llegara el momento de casar a Choti? Realmente las hijas son una maldición, pensé, y eso me recordó que no había comido nada en toda la mañana.

Entré en la casa corriendo.

-¿Me das un chapati, Amma? ¡Por favor! ¡Tengo hambre!

-No –respondió-. Así aprenderás a no desaparecer el día de tu boda. Ya comerás luego. Primero tenemos que lavarte.

Tuve que tomar cinco baños distintos, cada uno con perfumes de aceites diferentes. Y cuando todo acabó, me dieron haldi en las manos y en los pies. La esposa del barbero de la aldea protestó porque era muy difícil hacerme una cola de caballo con el pelo tan corto y enredado. Cuando mi hermana se casó,

tenía el cabello precioso, tupido y largo. Habían pasado muchos monzones desde que le habían rapado la cabeza a causa de los piojos, tal como nos hacían a los niños de vez en cuando.

Uno de mis tíos maternos había llevado algunas ajorcas con las que mi madre me adornò las muñecas y los tobillos. Me puso, también, anillos en los dedos de los pies y un collar de plata. Las mujeres me vistieron con una blusa nueva, y luego descubrí que el sari amarillo que le había visto a mi madre era para mí. Tuve que recoger el “goonghat” y utilizarlo para cubrirme la cabeza totalmente. No veía nada, sólo podía sentir las manos de las mujeres que seguían vistiéndome, arreglándome y dándome vueltas.

Me llevaron debajo del pandal y me hicieron sentarme. Luego empezaron, todos al mismo tiempo, a hablarme en voz baja, aleccionándome sobre cómo debía comportarme: no te muevas, pórtate bien, estète quieta durante la ceremonia, no abras la boca.

-¿Aunque tenga sed?

Mi madre me sujetò por los hombros y me zarandè.

-No. ¿Pero es que no lo entiendes, Phoolan? Es tu boda. Has de sentarte y permanecer inmòvil, hasta que acabe la ceremonia.

Tenía que continuar allí sentada, como la estatua de una diosa, sin saber lo que estaba ocurriendo.

Mi madre me hizo una última advertencia.

-Ahora, no nos avergüences –me dijo.

Aparte de las punzadas del hambre, no me sentía una persona distinta. Confiaba en que Choti viniera a sentarse a mi lado, pero no se lo permitieron. Me parecía que iba a tener que esperar eternamente allí sola, debajo del pandal. Oía voces cerca y sabía que estaban hablando de mí, pero no podía ver quièn lo hacìa. Al respirar, se me pegaba a la nariz el paño que me cubrìa la cara, dándome la impresión de ir a asfixiarme. Me dolìa la espalda. De vez en cuando, agitaba las ajorcas sólo para oír el tintineo; nunca había llevado tantas. Pero estaba enfadada. Ni siquiera había visto el collar antes de que me lo pusieran.

Decidì que ya estaba bien. Me alcè el chal. Tenía sed.

-¡Choti! ¿Dònde està Choti? ¡Decidle que venga!

Nayan, la esposa del barbero, era la encargada de vigilarme y me explicò que eso resultaba imposible. Choti se había quedado con las demás. Me indicò, con toda firmeza, que tenía que bajarme el chal y permanecer quieta. Yo era el centro de la reunión, aunque hubiera preferido ser una invitada para poder mirarme y comer y beber algo.

Al fin, me ayudaron a ponerme en pie. Percibìa olor a sàndalo quemado, mientras me guiaban de la mano; no podía verle, pero sentía que había un hombre detrás de mí. Tuve que dar siete vueltas alrededor del fuego sagrado, mientras el sacerdote entonaba una mantra. Luego, me levantaron el velo y me hicieron la señal roja en la frente. Mi padre y mi madre me cogieron de la mano y la pusieron en la mano de aquel desconocido, cuyo rostro me pareció haber visto en otro sitio. Una mano grande y sudorosa me rodeò los dedos. Yo sólo querìa quitarme el chal y ver què ocurrìa a mi alrededor. Estaba convencida de que lo estaban pasando bien todos menos yo. La corona de hojas de mango que llevaba puesta se deslizaba sobre el suave tejido del sari. Temìa que se me cayera en cualquier momento, por eso el cuello se me había quedado rìgido, de tanto permanecer con la cabeza recta.

-Pòrtate bien, Phoolan –me había advertido mi madre. Me obligaron a quedarme allí, de pie, sin moverme, durante lo que me parecieron horas. Sentía hambre y sed. Cuando llegó la tarde, tenía también ganas de orinar.

Susurrè bajo el chal que necesitaba ir al servicio, pero había tantas voces y música, que no sabía si alguien me había oído. Finalmente me cogieron de la mano, pero, en vez de llevarme fuera, me sentaron



de nuevo bajo el pandal. A través del paño del sari amarillo, distinguí la figura de un hombre sentado frente a mí. Alguien me alzó el velo entonces y pude ver los ojos oscuros de un hombre observándome.

Me dieron una bandeja de metal con arroz y pétalos, y me indicaron que se los echara a aquel hombre sobre la cabeza. Entonces recordé dónde había visto antes aquella mirada. Era uno de los hombres que habían estado en nuestra casa; aquellos que habían dicho: la chica nos complace.

Me había casado con Putti Lal.

Le eché un puñado de arroz sobre la cabeza y, mientras lo hacía, me fijé en que ya tenía el pelo canoso. Llevaba un dhoti blanco y los botones de la camisa parecían a punto de estallar sobre su gran vientre.

¡Tenía que decírselo a Choti!

Me di la vuelta y la vi detrás de mí.

-¡Es è! ¡Es el mismo hombre que vino a casa!

Choti se echó a reír, tapándose la boca con las manos.

-Podría ser nuestro padre –respondió, riéndose disimuladamente-. ¡Ahora tienes dos padres!

È tenía un tupido bigote negro y la piel tan oscura como yo. Y me parecía enorme. Tuve que doblar la cabeza hacia atrás para mirarle cuando, cubierto de arroz y pétalos, se levantó. No era apuesto como mi cuñado Rampal; olía a tabaco y desde debajo pude ver todos los pelos de su nariz.

Unió las manos y le hizo una profunda reverencia a mi padre; luego se la hizo a mi madre, a mis tíos y a toda mi familia. Finalmente se marchó.

Había terminado. ¡Era libre!

Me quité el sari, volví a ponerme la falda y la blusa viejas, contenta de poder verme otra vez los pies, y corrí al campo a orinar. Las cosas volvieron a la normalidad sólo que, además de Choti, me siguió un grupo de mujeres para asegurarse de que no perdía las joyas que llevaba todavía puestas. Mientras tanto, Putti Lal y su familia se fueron a cenar a la tienda que habían levantado a las afueras de la aldea.

Al fin, cuando volví a casa, me dieron algo de comer y de beber. Me explicaron que, según la tradición, la novia tenía que ayunar hasta que terminara la ceremonia. La pequeña Phoolan se había convertido en el centro de atención, cubierta de joyas que todo el mundo quería admirar y cuyo valor calculaban. Nunca me habían tratado tan bien. Las mujeres me preguntaron si era feliz. Yo no lo sabía.

-Ya verás –me dijo una-. Ahora que estás casada, tu vida cambiará.

Yo no tenía ni idea de lo que quería decir, pero me parecía prometedor. ¿Podría quedarme con las ajorcas?

Se hizo tarde, ya era casi medianoche, y las mujeres de la aldea seguían hablando conmigo.

-¿Por qué hacen todo esto, Choti? –pregunté en un susurro a mi hermana-. ¿Y toda esta comida tan rica? ¿Y tantas sonrisas? ¡Todas estas mujeres quieren hablar conmigo y tocarme!

Estaba exhausta. Ya no podía más: las joyas, la música, todos los dulces y la gente que me observaba. Todavía llevaba el pelo recogido hacia atrás, tan tirante, que me dolían las sienas. Tenía las manos llenas de haldi y había empezado a críspame el tintineo que hacían las ajorcas cada vez que movía las manos o los pies. Estaba harta de aquel juego. Había sido divertido para todos menos para mí. Ahora, quería ver el interior del “janwasa”, el toldo que el sarpanch había levantado para Putti y sus invitados.

Choti y yo subimos descalzas a la terraza de la casa. Se veía el entoldado, iluminado por lámparas de aceite. Habían atado a un árbol un altavoz, para que toda la aldea oyera la música de la tienda. Había muchos más invitados allí que en nuestra casa. Algunos dormían sobre esteras, otros conversaban o jugaban a cartas.

-Mira, Choti –jadeé-. ¡Algunos están escribiendo!

Estábamos fascinadas. Gorjeábamos emocionadas, como pequeños ruiseñores posados en el tejado.

Habían venido también todos nuestros parientes, y Choti decidió que deseaba unirse a ellos, pero yo estaba demasiado cansada y, como parecía que ya no le interesaba a nadie, bajé a buscar un rincón para dormir.

La alfombra de hojas de platanero continuaba bajo el pandal. Me eché allí y a los pocos minutos estaba dormida, agotada por todas las obligaciones con que había cumplido aquel día, aunque encantada con el lejano sonido de la música y las risas.

Oí una voz que me llamaba desde lejos, en sueños...

La mañana había llegado. Habían estado buscándome, pero no se les había ocurrido mirar bajo el pandal. Dos manitas alzaron el parasol. Oí la voz de mi hermana.

-¿Quièn hay ahì?

Me froté los ojos y vi que tenía las manos pintadas de amarillo. Era el haldi. Me puse en pie de un salto, recordando de pronto todo lo que había ocurrido el día anterior.

-¡Està aquí! ¡La novia!

Creía que todo había acabado, pero no era así. Volvieron a bañarme y me pusieron un sari de seda de color rosa, que brillaba como el sol crepuscular. Choti soltaba risillas y bailaba cual monito a mi alrededor. Me explicó que ya sabía cuántos regalos me habían hecho: algunos saris y ajorcas y muchísimas cacerolas. Ella misma los había contado. Y también había descubierto que Putti Lal poseía una casa de dos plantas, así como una buena extensión de tierras. Que le habían pagado una dote de quinientas rupias, más una vaca y una cabra.

-¡Menos rupias que por Rukmini! –dijo entusiasmada Choti.

Putti Lal había vuelto a nuestra casa con su padre; llevaba pantalón y camisa blancos recién planchados. A la luz del día, me di cuenta de que era un poco más viejo de lo que me había parecido durante la ceremonia. Tenía el pelo gris en las sienes, los labios gruesos y las cejas negras y pobladas, y estaba gordo. No se le veía tranquilo como la noche anterior.

Noté que pasaba algo. Mis padres estaban sentados juntos en un khat, a la puerta de casa, con aspecto preocupado. Hablaban con Putti Lal y su padre, mientras yo esperaba en el patio con mi precioso sari y mis ajorcas. Supuse que se trataba de la ceremonia de despedida, y que el hombre se marcharía a su aldea, como había hecho el marido de Rukmini, a esperar a que creciera para volver a buscarme. Y que, cuando lo hiciera, yo ya habría cumplido dieciséis años. Entonces me llamaron.

Putti Lal empezó a deshacer el nudo que me habían hecho en el sari por la mañana. Me asusté un poco pero mi madre me dijo que me tranquilizara, que era la costumbre.

Mientras intentaba deshacer el nudo, comentó:

-Me la llevaré conmigo...

Mi padre inclinó la cabeza.

-Ya nos habíamos puesto de acuerdo –musitó– en que es demasiado pequeña. Todavía no puede vivir contigo como esposa.

-Pero la necesito ahora. Mi padre y yo estamos solos. Precisamos alguien que cocine y haga las tareas de la casa. Quiero llevármela ahora mismo.

Mi madre empezó a llorar.

A mí no me parecía tan terrible. Aquel hombre sólo quería llevarme a su aldea para que hiciera el trabajo cotidiano. Yo ya había estado en casa de mi abuela y en la aldea donde vivía Rukmini y había

regresado. Imaginaba que èl también tendrí­a ganado que alimentar, ropa que lavar, las mismas tareas que yo llevaba a cabo habitualmente, como las demás chicas de mi aldea. ¿Por què lloraba mi madre?

-No llores, amma –le dije-. Volverè.

Entonces mi padre empezó a sollozar también. Apoyò la cabeza entre sus manos. Siguió diciendo que yo era demasiado joven para dejar el hogar familiar. Yo no lo entendía. Claro que habrí­a preferido quedarme en nuestra aldea con Choti y nuestras amigas. Y, desde luego, me asustaban un poco aquel hombre y su anciano padre, pero me daban menos miedo que Mayadin. Èl no había venido al banquete de boda, pero yo sabí­a que aprobaba aquel matrimonio. Mis padres habían consultado a todo el mundo, así que, puesto que me había casado, había que creer que todos estaban de acuerdo. Mayadin seguramente suponí­a que en cuanto me casara, dejarí­a de molestarle. Pero ya comprobarí­a su error...

-¡No llores, buppa! ¡No tengas miedo, volverè! –dije.

Mi padre sabí­a que estaba prohibido por ley. Llevarse a una niña de once años era como comprar una esclava, con la diferencia de que èramos nosotros quienes le pagábamos. Pero yo ignoraba todo eso. Como también ignoraba lo que hacían un hombre y una mujer cuando se casaban. Nadie me había explicado còmo se hacen los niños. Cuando veí­a a las chicas mayores ir a esconderse en los campos para enterrar paños sucios, creí­a que se habían hecho daño y que como la sangre era impura tení­an que sacarla de casa.

También a mì se me llenaron los ojos de làgrimas, pero no porque me diera miedo el hombre y lo que pudiese hacer, sino porque no soportaba ver llorar a mis padres.

Era muy de mañana, y delante de nuestra casa esperaba una preciosa carreta pintada, enganchada a dos grandes bueyes blancos. Mientras Putti Lal seguía discutiendo con mis padres, una de las primas de mi madre me levantò y me sentò en el asiento delantero. Sobre èste, entre dos varas de bambù, habían colocado un lienzo para dar sombra. Me di cuenta de que tenía hambre otra vez; nadie me había dado el desayuno. Pero era demasiado tarde. Putti Lal saltò a mi lado con su padre, mientras cinco mujeres de la familia se colocaban en la parte de atrás. Los bueyes arrastraron los pies, y el carro se puso en marcha con un crujir de ruedas. Sentí una angustia sùbita. ¿Adònde me llevaban? Me volví a mirar a mis padres. Mi madre estaba allí plantada, erguida, con los brazos en jarras: parecí­a indignada, pero no pude ver su expresi3n, pues tenía el rostro semiculto bajo el chal. Mi padre seguía sollozando, encorvado y con la cabeza gacha.

Choti y los otros niños nos acompañaron brincando durante un rato, hasta que se detuvieron y volvieron caminando a la aldea. Choti se quedó un momento en medio del camino, entrecerrando los ojos y agitando los brazos en seña­l de despedida. Luego dio media vuelta y regresò también. me quedè sola con los dos hombres y todas aquellas mujeres a quienes no conocía.

Cuando llegamos a la carretera principal, Putti Lal y dos mujeres bajaron de la carreta. Explicaron que pensaban hacer el resto del viaje en autobús, pero antes fueron a buscar bebidas para todos. Como nos habí­amos parado junto a un campo de cultivo, bajè con ellos. Iba a meterme entre la hierba a buscar algunos granos que comer, cuando una de las mujeres se dio cuenta y me advirti3:

-Ya no eres una niña, ¡ahora eres una “dulhan”! ¡Ya comeràs algo cuando lleguemos!

En la aldea yo había oído decir a menudo que fulanita era la dulhan de este o aquel hombre. Significaba que le pertenecía. Mayadin tenía dos dulhans, dos esposas.

Entonces me echè a llorar.

-¿De quiè­n soy dulhan? –preguntè, temblando-. ¿Creèis que podèis hacerme dulhan de alguien s3lo porque mis padres no estàn aquí? ¡Eso que dices no es verdad!

-¡Eres la dulhan de Putti Lal, pequeña idiota!

La mujer soltò una carcajada, mientras yo redoblaba mi llanto.

El anciano, el padre de Putti Lal, me consolò.

-No llores. Cuando lleguemos a casa te darè leche de búfala muy rica...

Aunque escogieron el lugar donde el Yamuna fluía con menos caudal, en una zona casi seca, llevábamos tanta carga que, al intentar vadearlo, los bueyes apenas podían tirar del carro y las ruedas se atascaban en la arena, así que bajaron otras dos mujeres y volvieron andando a la carretera para continuar en autobús. Los demás ya lo estábamos cruzando cuando oí decir a alguien que íbamos a tomar la carretera que había en el lado opuesto, en dirección a una aldea llamada Maheshpur. Ya era mediodía y hacía mucho calor. Yo estaba medio dormida, arrullada entre el traqueteo y los pequeños baches de tierra del camino, soñando con el khat de bambù que, protegido bajo un dosel de paja, me esperaba en el patio, en mi casa. Ahora Choti sería la mayor y le tocaría hacer todo el trabajo. Tendría que comer la última... Seguimos en el carro todo el día. Había empezado la estación cálida y la tierra ya estaba cuarteada. Las hierbas aparecían amarillentas y quebradizas, sólo la caña de azúcar crecía alta y verde. De vez en cuando, nos cruzábamos con otros carros, e incluso con camiones, que iban en sentido contrario. Pero aquella historia de la dulhan me preocupaba... Decidí que, si alguien afirmaba que yo pertenecía a Putti Lal, le daría con un palo. Yo era Phoolan Devi y sólo pertenecía a mi padre.

Despertè, sobresaltada, cuando la carreta se detuvo balanceándose. Me levantè el sari con el que me había tapado la cara para protegerme del polvo, porque quería saber dònde nos encontrábamos. Pero la noche estaba demasiado avanzada. Había oscurecido, y tampoco en aquella aldea había estrellas eléctricas en los àrboles.

Una mano volvió a echarme el paño sobre la cara.

-¡No hagas eso! –me ordenò una mujer-. ¡Tienes que llevar el goonghat!

-¿Por què? Necesito saber dònde estamos.

-¡Estamos en casa de tu esposo, idiota!

¿Por què me trataba así aquella mujer? Estaba asustada. No podía ver nada.

-No me gusta estar aquí. ¡Quiero irme a mi casa!

-No debes decir eso. Esta casa pertenece a tu suegro y a tu esposo. Y tÙ perteneces a Putti Lal, eres su dulhan. ¡Ahora, càllate!

-No es verdad. No soy dulhan de nadie.

La mujer me arrastrò, obligándome a cruzar la puerta, todavía con la cabeza cubierta. Una vez dentro, al menos pude alzarme el velo. Tenía la boca seca del viaje, y me dieron un poco de jugo de caña de azúcar, que me reconfortò. Mientras bebía, mi suegro encendió las lámparas de aceite, y comprobè que la casa era como la nuestra, pero màs grande.

Me llevaron al interior y me indicaron que me sentara. Estábamos en una habitación con suelo de cemento y las paredes blancas. Quería salir a ver si había niñas con quienes jugar, pero las mujeres no me lo permitieron. Intentè alejarme de ellas. Fue inútil. Me siguieron y me arrastraron otra vez a la habitación.

-Por favor... quiero ir con mi madre, ¡llamad a mi madre!

-¡Càllate!

-¿Puedo tomar un chapati? –preguntè-. Tengo hambre...

-¡Tendràs que esperar!

No me gustaban aquellas mujeres. Creía que eran parientes de Putti Lal, pero ¿por què no me daban algo de comer? Intentè calcular lo lejos que estaba de mi casa.

-Vamos, ahora tenemos que ir al templo...

Me explicaron que los recién casados iban al templo de la aldea para hacer ofrendas a los dioses. Era la costumbre. Antes de salir, Putti Lal me levantò y me sentò en sus rodillas. Me anudò alrededor del

faldón de su dhoti. Como Choti y yo cuando jugábamos a bodas con nuestras muñecas. El nudo significaba que estábamos casados. Por lo visto, el juego había terminado. Tuve que untarme la mano con pintura blanca y dejar mis huellas en todas las puertas de la casa. Tardamos un buen rato y, cuando hubimos acabado, empecé a sentirme amodorrada a causa del hambre. Yo ya conocía el valor de las marcas: si mi mano estaba allí, en las puertas, significaba que yo realmente era la dulhan.

Las mujeres me habían dicho la verdad. Perteneía a aquel hombre.

Pasamos toda la noche yendo de un templo a otro, practicando ritos y haciendo ofrendas. Si los templos estaban cerrados, celebrábamos las ceremonias fuera. A la luz de las lámparas de aceite, Putti Lal me recordaba a Ravana, el demonio al que mató nuestro señor Rama.

Cuando por fin volvimos a la casa, era otra vez de día. Yo estaba ya tan hambrienta, que me planté delante de las mujeres, me arranqué el velo y exclamé:

-¡Ahora quiero comer! ¡Dadme un chapati!

Todas se rieron.

-¡Es sólo una niña, una muchachita! –dijo una de ellas.

Me dieron otra bebida dulce pero la rechacé. Me sonaban las tripas, pero en aquella casa no había madre, ni niños. Al parecer, las mujeres sólo habían ido de visita para los festejos, y pensaban marcharse a los pocos días, dejándome sola con los dos hombres. El anciano me llamaba “beti”, lo cual significaba que yo era su hija. Como a él todos le llamaban buppa, supuse que yo también debía hacerlo, aunque no tuviera una expresión afable como mi verdadero padre.

Si era mi padre, yo podía alzarme el velo delante de él. Sin embargo, todavía no me atrevía a pedirle nada. Y, como aquel Putti Lal todavía no me había dirigido la palabra, acudí a una de las mujeres.

-¡Ahora quiero irme a casa, por favor!

-Oh, no. Has venido para quedarte. ¿Es que no lo entiendes?

La mujer miró a los dos hombres y se echaron a reír.

Putti Lal era el que más se reía.

-No entiende nada –dijo, entre carcajadas-. ¡No sabe de qué habláis!

No volví a abrir la boca.

Al fin me dieron unos chapatis. Después, me dejaron sola para que durmiera en un khat, en un rincón del patio, mientras las mujeres cantaban. Me dolía todo el cuerpo por el cansancio. La cama de cáñamo era casi nueva, con sus patas de bambú lisas y brillantes y la estructura muy recta. No era como las camas combadas, viejas y desvencijadas que teníamos nosotros en casa. Por lo visto, aquel Putti Lal tenía dinero, pero ¿cómo era posible, si pertenecía a la misma casta que nosotros? ¿Se habría hecho rico como Mayadin, robando a su familia? Había muchos hombres en la casa comiendo y bebiendo, y les oía burlarse de mí, allí echada en el rincón del patio.

Me venció el sueño... me desperté de repente, sintiendo fuertes latidos en mi corazón. Había amanecido, pero no estaba segura de qué día era...

Miré a mi alrededor, y comprendí que, aunque todos continuaban durmiendo, tenía que ser ya la mañana del día siguiente. Había bolsas y prendas tiradas por doquier, seguramente de los invitados. Me levanté y vi los platos y vasos sucios desperdigados por la casa. Fui a beber y encontré un barril de agua grande, casi vacío, en un rincón del patio. Algunas personas dormían en khats, otras en la terraza, o en el interior, sobre el suelo de cemento, que habían cubierto con mantas de algodón. Subí arriba para mirar por encima de la tapia, y vi a unos niños que jugaban en la calle. Al volver al patio, desperté a uno de los hombres.

Se trataba del anciano, mi suegro.

Le tiré de la manga.

-Bapu, ¡quiero ver a mi amma!

-No es posible, hija mìa.

-Pues entonces, haz que venga mi hermana Choti. Me da miedo estar aquí sola. Por favor, buppa.

-Escùchame bien, Phoolan –respondió, mientras se incorporaba apoyándose en un codo-. Tu padre dijo que podías quedarte en esta casa con nosotros unos días. Eso es lo que acordamos. Cuando venga a buscarte, podràs irte, pero no antes. ¿Entendido?

Sus palabras me tranquilizaron. Si mi padre pensaba venir, debía limitarme a esperar. Aquel anciano parecía ser la única persona en quien podía confiar. Todos los demás se reían de mìa. Y no me fiaba de aquel Putti Lal que afirmaba que yo era su esposa. Intentè pensar en algún hombre de nuestra aldea que viviera solo, con su padre anciano, sin ninguna mujer en casa, ni madre, ni esposa, y no se me ocurrió ninguno. ¿Por què no había ninguna esposa? ¿Y por què tampoco había hijas que hicieran las tareas de la casa?

-No me gusta estar aquí, bapu.

El anciano me agarrò suavemente de los hombros y se inclinò hacia mìa.

-Èste es tu hogar por el momento, Phoolan –me dijo afablemente-. Debes tener paciencia hasta que llegue tu padre.

Retrocedió para observarme.

-¿Por què llevas puesta una blusa?

-Me quitè el sari para dormir. Me apretaba y tenía calor.

Esperò un momento y luego me llevò a la casa. Las mujeres habían dormido dentro y ya se habían despertado; el anciano me confiò a una de ellas.

-A ver si puedes arreglar a esta niña. Ni siquiera va bien vestida.

Las mujeres se rieron. Al parecer, les hacía mucha gracia. Una me abrió la blusa, me mirò y se riò todavía màs fuerte.

-¡Pero si no tiene pechos!

Esperè, creyendo que iban a bañarme, pero se limitaron a hablar entre ellas.

-La novia es tan joven y el novio tan viejo... -dijo una.

El sari rosa que me habían regalado, era el primero de mi vida. Creìa que una de las mujeres me ayudaría a ponèrmelo, pues yo no sabìa hacerlo sola, pero ellas no hacían màs que reírse disimuladamente. Si Choti estuviera aquí, me dije, ya les habríamos enseñado a estas mujeres a burlarse. Me abotonè la blusa. Madre nos había enseñado a no andar nunca por ahì con la ropa desabrochada, y yo no iba a quedarme de aquella manera, medio desnuda, para que aquellas mujeres se burlaran de mìa.

-Èsta es ahora tu casa. Tendrás que aprender a bañarte sola –me dijo una mujer-. Tu suegro ha preparado el agua en el patio de atrás.

Encontrè una tina de agua y un jarro. También había un agujero en el suelo, para que el agua se escurriera. No vi a ningún hombre, así que, con cuidado, me quitè el sari, la falda y la blusa, y me lavè rápidamente; luego preguntè si me peinaría alguien. Lo hizo una de las parientes de Putti Lal. También me ayudò a ponerme de nuevo el sari. Me quedaba demasiado grande, y tenía la impresión de estar dentro de un saco enorme. La única solución fue enrollarme en la cintura lo que me sobraba, sujetándolo con dos brazaletes.

-Habrà que buscarte uno màs pequeño –comentó, bromeando, la mujer. A mìa me hubiera gustado volver a ponerme la falda y la blusa, pero me ordenò que no lo hiciera. Las mujeres casadas tenían que usar saris.

“Y no olvides que hoy, en casa, has de llevar la cabeza cubierta. Vendrán los invitados y querrán ver tu rostro. Entonces podràs levantar el velo y te darán dinero”.

-¿Dinero? ¿Por què? No he hecho ningún trabajo.

-¡Qué tonta es esta chica! –exclamò la mujer-. Cada invitado tiene que hacerte un regalo, o darte como mínimo cinco rupias, por mostrarles la cara. ¿Es que no lo sabías? Es la tradición, “muh-dikhai”.

Me sentaron en una alfombra en el patio, para que los invitados pasaran por delante. Oìa las risillas de las mujeres, cada vez que un invitado me levantaba el velo. Pero lo que me habían contado era verdad. Todos me daban dinero. Lo metìa rápidamente en la bolsita negra, bordada con perlas, que me había comprado mi madre. Era muy bonita, de hilo de seda, y la llevaba colgada al cuello. Madre me la había regalado, diciéndome que guardara en ella el dinero que recibiese y que no se lo entregara a nadie, así que, sin duda, ella lo sabìa. Cuando estuvo llena, la escondì dentro del sari, como me había enseñado mi madre. Recordaba que ella me había avisado:

-Ten cuidado. ¡Alguien podría quitártela y escapar con ella!

Puesto que tal era la costumbre, decidì que me quedarìa con las rupias. No sabìa cuàndo volverìan a darme dinero. Mientras las rupias fueran mías, podían reírse de mì cuanto quisiesen. No pensaba apartar ni una para Choti, se las ofrecerìa todas para mi padre para que pagara al abogado y ganase el pleito contra Mayadin.

Sòlo sabìa contar hasta diez con los dedos de los manos, pero calculè que tenía por lo menos treinta rupias. Así que era rica, y sin haber hecho otra cosa enseñar mi nariz de niñita a aquella gente.

Cada vez que Putti Lal entraba en el patio, la mujer se apresuraba a cubrirme de nuevo el rostro. Tuve la impresión de que lo hacia sòlo porque había un hombre mayor allí, pues, en cambio, con el joven cuñado de Putti Lal no sucedió lo mismo.

Fue un dìa desconcertante. Por un lado, me dieron rupias (o sea, que podía comprarme caramelos) y, por otro, se rieron de mì.

-Han unido una oca a un camello –oì que comentaban entre risas.

Aunque a la primera ocasión, corrì a mirar fuera, no encontrè ningùn camello. De modo que no había ninguna razón para reírse.

7.

El anciano me lavò el pelo y me dio de comer. Se portaba bien conmigo. Incluso me dijo:

-Ay, Phoolan, si todavìa viviera mi esposa, ella harìa todo esto por ti, y nosotros esperaríamos a que crecieras. Pero soy viudo, y en esta casa no hay ninguna mujer. Algùn dìa tù llevaràs la casa para mì y para tu esposo.

Eso era lo màs difícil de entender. ¿Qué era un esposo? Las mujeres se habían marchado después de las fiestas, así que no me resultaba posible preguntárselo a ellas. De todas formas, todas se habían reido de mì. Rukmini cocinaba y hacia las tareas de la casa para su esposo, lo mismo que había hecho en la nuestra. Yo ya me daba cuenta de que ese Putti Lal no podía ser como mi padre. No me hablaba igual que mi padre, no me preguntaba si había segado bastante hierba, ni si había ido a rezar al templo. Un esposo no se comportaba como un padre, mi padre nunca habían intentado tocarme de aquella forma...

-¡Phoolan! ¿Dònde estàs, pichoncito mìo?

Era la voz de Putti Lal.

-Sal, no tengas miedo. Ahora ya estamos casados, voy a enseñarte lo que hacen los casados... Voy a enseñarte un juego nuevo...

¿Un juego? No me fiaba, pero sentía curiosidad. Si era un buen juego, podría enseñárselo a Choti. Tenía un destello especial en los ojos, pero no parecía malicioso. No creí que quisiera hacerme daño. Nadie me había mirado antes de ese modo...

-¡Vamos! Para jugar a esto, tenemos que ir adentro... Al principio quizá te asuste un poco, pero luego te gustará.

Me agarrò del cuello por detrás y me hizo entrar.

No me gustaba estar en la casa. Prefería quedarme en el patio y dormir al aire libre, pues así evitaba permanecer cerca de aquellos hombres. Alrededor del patio, además de la cocina y el establo, había dos habitaciones para dormir y, detrás de éstas, una tercera de la que nunca salía ningún ruido. Putti se encerraba allí a veces. Unos días antes había venido una mujer y los dos se habían metido en aquella habitación. Su padre se enfadó. Volvieron a reñir y la mujer se marchò.

Si èl me obligaba a entrar, yo nada podía hacer. Había visto al anciano salir de casa, así que sabía que estábamos solos, pero no gritè. Pensé que, al fin y al cabo, sólo era un juego. Además de la puerta de acceso, aquella habitación tenía otra que daba a un almacén donde guardaban vasijas llenas de cebollas, grano y aceite. Me preguntaba a qué quería jugar allí, a oscuras. Cerrò la puerta y me mandò sentarme en el suelo. No era de cemento, sino de tierra dura y la habitación estaba sucia y desordenada, como las otras. Putti Lal se desabrochò la kurta y se la quitò; luego se soltò el dhoti y lo dejó caer al suelo.

¡Se quedó desnudo!

¿Està loco?, me preguntè. ¡Estaba completamente desnudo delante de mì! En nuestra aldea, nos quitábamos la ropa cuando íbamos con nuestras hermanas o primas a bañarnos o a jugar en el agua, pero nunca con hombres.

Lo único que se me ocurrió decir fue:

-¡Quiero jugar fuera! ¿Por qué no salimos?

No me atrevía a mirarle. Permanecí con la cabeza gacha, angustiada, intentando adivinar qué se proponía. No tenía ningún palo, así que no iba a pegarme; y allí no había agua, así que no iba a lavarse...

Se acercò màs y me agarrò del brazo; luego se sentò en el suelo y me mirò. Como me había acostumbrado a la oscuridad, pude percibir la extraña expresión de su rostro, y el oscuro vello que le cubría el cuerpo. Su ancho pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración. Empezò a soltarme el sari. Luchè por impedirselo, pero a èl le bastò con sujetarme el brazo con màs fuerza.

-¡Estàte quieta! –protestò.

Apartò de una patada mi sari amarillo que había caído al suelo. Luego intentò quitarme la blusa; yo me resistía apretando los brazos contra mi pecho. Retrocedí al sentir el contacto de sus manos, pero me inmovilizò aferrándome las piernas con sus rodillas. Y entonces notè que algo se deslizaba sobre mì.

Una serpiente. ¡Llevaba una serpiente atada al cuerpo! Y quería que la tocara. Estaba aterrada... Empezò a mordisquearme. ¡Iba a devorarme! ¡Era un hombre que se comía a las mujeres!

-¡No me toques! ¡No me comas! –gritè.

Me tapò la boca con una mano, mientras con la otra, empezó a estrujarme el pecho bajo la blusa, inmovilizándome todavía màs entre sus rodillas, y apretándome de forma tan brutal que parecía que iba a romperme todos los huesos. Ese demonio era tan fuerte que le bastaban sus piernas peludas para tenerme a su merced. Sudaba y despedía un nauseabundo olor. Como una hiena, pensé. Era ella, que había regresado a por mì, que quería destrozarme, igual que había hecho con los cabritillos. Forcejeè para liberarme. Fue inútil. Entonces se puso a hacer cosas con su repugnante serpiente, cosas incomprensibles para mì. El dolor resultaba insoportable. Le supliqué que me dejara. Le asegurè que no le causaría problemas y que no volvería a comer su comida. Pero, una vez màs, sofocò mis gritos con sus manos.



Me zarandeò con fuerza agarrándome de los hombros y, furioso, me puso boca abajo, con la cara contra el suelo.

Dejó caer su peso sobre mi espalda; era un búfalo que me aplastaba. Empezó a golpearme como nadie lo había hecho nunca. Ni siquiera pude gritar del dolor que me causaba la serpiente abriéndose paso en mi interior. ¡Me estaba destrozando las entrañas! ¡Iba a despedazarme! Sentí cómo me desgarraba y comenzaba a devorarme... El demonio me llevó al fondo de un pozo oscuro y profundo, desde el que no conseguía emitir sonido alguno y no me quedaban fuerzas para luchar. La serpiente continuaba engulléndome, hasta que se hiciera más grande que yo, y yo me moriría...

De pronto, dijo que no podía hacer nada conmigo, que iba a traer un cuchillo con el que me abriría el vientre para que su serpiente cupiera en él.

Le arañé y le golpeé ciegamente, con todas mis fuerzas, pero no sirvió de nada. Cuando vi la hoja del cuchillo relampagueando en su mano, me quedé sin respiración. Lo apoyé en mi vientre y jugueteé con él, mostrándome la parte de mi cuerpo que le ponía furioso.

-La abriré un poco y así será más fácil –dijo con una risilla-. Ya verás qué divertido.

Yo procuré no temblar, no encogerme y rechiné los dientes para no gritar otra vez. Por lo visto, no me había causado bastante daño. Quería hacerme algo más. Quería algo espantoso de mí y yo todavía no sabía lo que era.

Había visto a las mangostas luchar con las culebras en la orilla del río. Las había visto, pero no había aprendido a defenderme como ellas. En silencio, muerta de miedo, lloré invocando a mi madre, recé pidiendo ayuda a quien fuera, a todos los dioses y las diosas, pero ninguno me oyó.

Me parecía que llevábamos horas así. Me sentía como una muñeca de trapo a su merced. Le veía la cara contraída, los dientes brillantes cuando me insultaba. ¿Por qué? ¿Por qué?, me preguntaba yo. Su serpiente se había convertido en una vara que me destrozaba el cuerpo. ¿Por qué quería castigarme? Yo no había hecho nada malo. No le había insultado. Ni siquiera le conocía.

Me creí muerta, muerta de miedo como la vieja mona, la madre de Mayadin. Nunca volvería a la vida.

Le mordí la mano, sólo para comprobar si seguía viva, y él soltó un gruñido.

Sentí el sabor de la sangre que me manaba de la nariz mezclado con el del polvo. Se sucedían los golpes, pero era aún mayor el terror que me inspiraba su serpiente. Él intentaba aturdirme, evitar que siguiera llorando. Y de pronto, los golpes, puñetazos y bofetones dejaron de dolerme. Al ver delante de mí su rostro oscuro y malvado, sus gruesos labios babeantes y su bigote negro, noté que recobraba las fuerzas, que ya no estaba aplastada y atrapada con la cara contra el suelo. Empecé a gritar y a defenderme.

Él, sin soltarme, cogió el cuchillo y me lo mostró, obligándome a ponerme en pie.

-¡Pequeña bruja! Puedo hacer contigo lo que me dé la gana. ¡Soy tu esposo, tu dueño! ¡Ya me has oído! ¡Y ahora cállate!

Jadeaba y me miraba como un loco.

Se levantó y acercó de nuevo el cuchillo al vientre, pero, mientras lo hacía, oyó un ruido fuera, y se giró, soltándose en un segundo. Me agaché entre sus piernas y corrí hacia la puerta. Alcé la tranca de madera y salí. Entonces sentí su mano atenazándome el cuello. Me arrastró al interior de la habitación, apretándome el cuello con las dos manos.

Me puso el cuchillo en la garganta.

Me tiró al suelo, se arrodilló y, una vez más, me pasó el cuchillo por el vientre. Era grande, con el mango de madera y la hoja alargada; sentí su frío en mi piel, justo donde él había dicho que me abriría.

Inclinándose sobre mí, blandió el cuchillo y me amenazó:

-¡Si no haces lo que quiero, te rajaré!

Mientras èl hablaba, me puse en pie de un salto, e impulsada por el pánico, escapè igual que una gacela. Como se había dejado la puerta abierta, lleguè al patio antes incluso de que èl se diera cuenta de que me había marchado.

Gritè pidiendo socorro. Pero la aldea estaba desierta debido al calor de primera hora de la tarde.

Èl ya estaba detrás de mì, jadeando, intentando cogerme. Faltò poco para que lo hiciera; sin embargo, tuve tiempo de subir la escalera de la terraza, gritando con todas mis fuerzas:

-¡Es un devorador de mujeres! ¡Quiere devorarme!

Èl empezó a subir también, pero yo conseguí saltar a la terraza de la casa de al lado. Se detuvo en lo alto de la escalera. No podía seguirme de aquella manera, completamente desnudo.

Saltè de tejado en tejado, y de lo alto de una tapia a otra, hasta que al final vi a dos mujeres en un patio. Me oyeron y alzaron la cabeza.

-¿Què haces ahì? –preguntò una. Yo no conocía a nadie en aquella aldea. Aquellas mujeres quizá me llevaran otra vez con el demonio que decía que le pertenecía y que tenía derecho a hacer conmigo lo que le diese la gana. Pero, por otra parte, ¿què otra cosa podía hacer?

-¡Salvadme, por favor! ¡Putti Lal ha intentado devorarme! ¡Me ha hecho daño con su serpiente!

Me miraron perplejas. Yo llevaba la cara cubierta de sangre, las enaguas hechas jirones y la blusa abierta. Aquellas mujeres tenian que salvarme, tenian que apiadarse de mì. Estaba a su merced. Mirè a mi alrededor para ver si aquel demonio me seguía, o para localizar el camino de tierra que iba hasta el río. Pero sòlo vislumbre terrazas y tejados, y las ramas de los àrboles, demasiado altos para subirme a ellos.

Una de las mujeres moviò la cabeza.

-Asì pues, ella es la que gritaba hace un momento –dijo-. Sus padres no debieron entregarla en matrimonio, tan joven. ¡Què desgracia!

Llegaron màs mujeres y bajè del tejado con dificultad, porque había empezado a dolerme otra vez. Casi no podía andar.

A los pocos minutos, el patio se llenò de mujeres desconocidas. Intentaron tranquilizarme, mientras yo sollozaba en sus brazos, rogándoles que me llevaran a casa con mi madre. Me ardìa todo el cuerpo y tenía nàuseas. Las piernas no me sostenían y me sentè en el suelo. Me dieron agua.

-No me llevèis con ese hombre –les supliqué, llorando-, ¡quiere devorarme!

Una anciana me apoyò la mano en el hombro.

-No tengas miedo, no vamos a llevarte con èl –me dijo. Y me sonriò con dulzura.

Las otras mujeres me observaban fijamente, con las caras medio ocultas por los saris, asombradas de verme con las enaguas, la cara y las piernas llenas de sangre.

-Tenia una serpiente –dije, en un susurro.

-¿Què serpiente?

-En su dhoti...

Entonces, llegó Putti Lal.

Se había vestido y estaba furioso.

Se acercò directamente a mì y empezó a darme golpes y a insultarme.

Las mujeres no se movieron. Creian que tenía derecho a pegarme como sus maridos hacían con ellas, porque yo le pertenecía. Al menos eso podía entenderlo.

Una sola mujer se adelantò y, retirándose el velo de la cara, se atrevió a decirle:

-Toda la aldea sabe que eres un hombre perverso y malvado, Putti Lal. Tienes el alma consumida por el vicio. Sus padres han cometido un gran error casàndola contigo. Todos la hemos oído gritar. Prometiste que esperarías y ahora intentas abusar de ella.

-Làrgate, bruja asquerosa. Es mi esposa y puedo hacer con ella lo que me dè la gana. En cuanto a ti...

Se volvió hacia mì.

-¿Por què escapaste? ¡Levántate! Vamos a casa. ¡O te mataré!

Y empezó a pegarme de nuevo. Me tapè la cabeza con las manos y oì que alguien le suplicaba:

-¡Detènte! Morirà si sigues golpeándola así.

Era una voz de hombre.

-Ten paciencia. Si la cuidas, un dìa será una mujer.

Putti Lal vacilò y yo aprovechè la ocasión para escapar, pero me agarrò del pelo y gritò:

-¡Voy a hacerla una mujer, y voy a hacerlo esta noche! Ahora, dejadme pasar...

Me llevò a rastras por las calles delante de todo el mundo. La gente salìa a ver què eran aquellos gritos, pero nadie intentò detenerle. Era igual que mi tìo Bihari y Mayadin, aunque de ellos siempre había podido escapar. Nadie se atrevìa a interponerse para defenderme. Hasta los perros escapaban y se alejaban de nosotros. Los hombres se limitaban a mirar. Eran cobardes; ni uno solo se decidió a intervenir. Tenian miedo, como mi padre. Èl nunca había intentado evitar que Bihari o Mayadin me maltrataran. Èl sòlo sabìa bajar la cabeza y llorar. En todas las casas por las que pasábamos, había hombres echados descansando, que veian còmo me empujaba y me pegaba, mientras yo recorrìa el camino a trompicones. Cuanto màs me pegaba, màs lloraba yo y suplicaba que alguien me ayudara, pero ninguno de ellos se moviò. Podía pegarme y abusar de mì cuanto quisiese. Era la costumbre y era la ley.

Durante el último tramo, hasta llegar a su casa, me llevò agarrada del pelo. Me ardìa el cuero cabelludo, pues me arrancaba mechones cada vez que me empujaba. Me obligò a entrar en el patio y trancò la puerta de madera. Luego me empujò a la habitación contigua al establo, donde encontró una cuerda que utilizaba para atar a los animales y me atò los brazos y las piernas a una cama. Tras dar una patada a la puerta, la aseguró con llave.

Cerrè los ojos.

No me quedaba ni una gota de vida, ya no tenía fuerzas para llorar ni pedir misericordia. Todo había terminado. Podía hacer lo que quisiera conmigo, devorarme o partirme en pedazos con su cuchillo.

-¡Estoy casado contigo, furcia estúpida! –vociferò-. ¿Quièn te ha dicho que puedes escaparte? ¡Has montado un escándalo! ¿Lo has hecho sòlo para dejarme en ridículo? Esto es un asunto privado, ¿te enteras?

De pronto oì la voz del anciano.

-¡Abre la puerta! Àbrela o la echo abajo.

Golpeò la puerta tan fuerte que se abrió de par en par.

Abrì los ojos y detrás de èl vi a un montòn de hombres y mujeres en el patio. Alguien dijo:

-Va a matarla, papu. Tienes que impedírselo.

El anciano se enfrentò a su hijo.

-¿No te avergüenzas de ti mismo?

-Mírame, bapu –le dije, llorosa-. Me ha atado, me ha golpeado, ¡iba a matarme!

Putti Lal saliò de allì mascullando insultos entre dientes. Mi suegro me desatò, me dio un poco de agua y me indicò que fuera a lavarme y que me pusiese el sari. Me daba tanto miedo volver a la oscura habitación, donde me había creìdo al borde de la muerte, que me quedè en la puerta, inmòvil, con mis enaguas rotas y ensangrentadas. Al fin, entrè y recogì del suelo el pequeño bulto de tela amarilla.

En un rincòn del patio, bajo los aleros del tejado de paja, había un barril de agua y una jarra. Cuando los vecinos se fueron, empecè a lavarme despacio. Veìa a las vacas a través de la valla, mirándome

con sus ojos tristes. Pero mi suegro las había encerrado. Y comprendí que, aunque consiguiera escaparme, no sabría a dónde ir. No podría encontrar el camino de vuelta a mi aldea.

También vi a un pájaro que picoteaba una lombriz en el barro. O sea, que aquello significaba estar casada. Se habían aclarado todas las cosas que no sabía. Los aldeanos se habían marchado y los dos hombres se habían metido en la casa. Les oía gritar. Me zumbaban los oídos y me palpitaban las sienas. Eran las cuatro en punto y, a pesar de que el sol estaba aún alto, yo tiritaba bajo el chorro de agua. Estaba helada al ardiente sol. Me dolía tanto, que no podía lavarme en los sitios donde él me había hecho daño. Había utilizado su serpiente como un bastón para pegarme una paliza en las entrañas.

Todas aquellas cosas sucias y repugnantes que me había hecho, eran el peligro del que mi madre nos había advertido. Lo que les ocurría a las chicas en el recodo del río. Y les ocurría con el beneplácito de todo el mundo cuando un hombre como Putti Lal decía: me complace.

Ahora entendía la preocupación de mis padres, y por qué querían hacerle esperar hasta que tuviera la edad de Rukmini. Ella nunca se había quejado de que su marido le pegara. Decía que era tierno y cariñoso, que la cuidaba. ¿De dónde había llegado aquel devorador de mujeres con su serpiente? ¿Le habían enviado para atormentarme, como los demonios contra los que había luchado Rama?

Nunca olvidaría lo que me había hecho. Mis padres habían creído que podían confiar en él, que él cuidaría a su hija hasta que tuviera la edad adecuada para ser una verdadera esposa. Ellos no sabían lo que sabía todo el mundo en su aldea, que Putti Lal era borracho y jugador, que era malvado e inmoral, que sólo pensaba en procurarse placer y que no tenía escrúpulos en forzar a una niña si ése era su deseo. Desde aquel momento, siempre que lo veía, siempre que oía sus fuertes pisadas en la calle o en la casa, me orinaba de miedo.

Dormía en la azotea o en el establo, con la puerta abierta para poder observar sus idas y venidas. Durante el día no me separaba de bapu ni un segundo. Y, cuando el anciano iba al mercado o al templo, subía otra vez a la terraza, incluso al abrasador sol de la tarde. No quería que me pusiera otra vez las manos encima. Sentía temor por todo, temor a ir al aseo, a darle la espalda. Me horrorizaba que pudiera atraparme por sorpresa o por la noche...

Un día, se celebró una boda en la aldea, y lo volvió a intentar. Creyó que el ruido de la música y de la fiesta impediría que se oyeran mis gritos. Pero conseguí escaparme y corrí por las calles gritando fuera de mí.

-¡Se propone hacerlo otra vez!

Mi suegro me oyó y acudió en mi ayuda.

Luego me puse enferma. Me salieron granos por todo el cuerpo; tenía mucha fiebre, y empezó a caérseme el pelo. Me dolía tanto el estómago que no podía comer y apenas si conseguía tragar algo de agua.

Aquel demonio llevó a una mujer grande a la casa y se metió en la habitación con ella. Luego tuvo otra pelea con su padre y oí cómo le decía a gritos que todo sucedía por su culpa.

-¿Por qué elegiste a esa niña? ¡Necesito una mujer!

-Estás casado. Es una vergüenza que traigas a tu casa a otra mujer.

-Tú lo haces, ¿qué diferencia hay?

-Yo no estoy casado, ¡soy viudo!

-¡Casado! ¿Con una criatura como ésa? No sirve para nada, ¡y ahora está enferma! Espero que Dios se la lleve y entonces podré conseguir otra.

8.

Estaba sola. Dios me había abandonado. Vomitaba continuamente. Incluso un sorbo pequeño de agua me producía náuseas. Tiritaba de fiebre. Las imágenes de la tortura que había soportado volvían a mí continuamente, no podía olvidarlas y, todavía peor, no podía entenderlas. Me habían dicho que me haría mujer, que pertenecía a aquel hombre y que tenía que vivir en aquella casa, pero yo aún no sabía por qué. Nadie me había explicado lo que era el matrimonio. Yo creía que mi esposo me protegería, que sería otro padre para mí, como me había dicho Choti, que me mandaría hacer las tareas de la casa y la comida. Esperaba que me azotara sólo si no cumplía con mi trabajo. Pero, en cambio, me encontraba a solas con mis pesadillas.

Allí no había ninguna mujer que me consolara o que me dijese cómo tenía que comportarme. Me dolía la cabeza y tenía un sabor amargo en la boca. Sentía escalofríos: tan pronto ardía de calor, como me helaba de frío. Pero nadie me cuidaba.

Cerré los ojos con fuerza cuando oí pisadas en el patio, pensando, aterrada, que iban a torturarme otra vez.

Los pasos se acercaron. Vi una sombra en la puerta.

-¿Phoolan? ¿Estás ahí, Phoolan?

Era una voz de hombre, pero no la reconocía. Me acurruqué todavía más, encogida en el colchón de paja, y me tapé la cabeza con la manta de algodón.

-¿Phoolan, estás ahí?

Una mano se posó en mi frente, y yo supe inmediatamente a quién pertenecía.

-¡Hija mía! ¡No te reconocía! Estás tan delgada..., tu rostro ha cambiado tanto. ¿Me oyes, Phoolan? ¡Soy tu padre!

Abrí los ojos. Era mi padre. Se inclinaba sobre mí, sollozando. Se sentó a mi lado y me puso tiernamente la cabeza en su regazo. Yo también me eché a llorar...

-¡Llévame contigo! ¡Ahora mismo! Te lo suplico...

Intenté levantarme, apenas tenía fuerzas. Mi padre me obligó a permanecer echada y me acarició la frente con dulzura.

-¡Se te ha caído el pelo, pequeña mía! Vinieron a la aldea para avisarnos de que estabas enferma. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te ha hecho daño?

-Ay, papá. Ha sido ese hombre. Me estuvo torturando. Quería meterme cosas en el vientre. Decía que iba a cortármelo para abrirlo.

-Sss, Phoolan.

-¡Fue repugnante! Tenía una serpiente y luego cogió un cuchillo porque la serpiente no podía entrar y después hizo lo mismo que los perros de la aldea. Me duele mucho, papá, ni siquiera puedo hacer mis necesidades.

Se lo conté todo. Mi padre se tapaba la cara con las manos. Eran cosas que no debía haber oído nunca, pero necesitaba vomitarlo todo. Me resultaba imposible callarlo.

Me tapé la boca con la mano.

-Déjalo, Phoolan, no sigas.

Cuando la retiró, sólo le pregunté:

-¿Por qué me mandasteis aquí, papá? ¿Por qué no viniste a buscarme antes? Mira...

Señalé las "chimta", las tenazas de hierro con las que atizaban el fuego y daban la vuelta a los rotis cuando se asaban.

-Usaba eso para quemarme el trasero, para castigarme. ¡Y yo no había hecho nada malo, nada!

-No llores, Phoolan, te llevarè a casa.

-¿Me lo prometes, papà, me lo prometes?

-Te lo prometo. Ahora tranquilízate. Viene tu suegro. No debes decir esas cosas delante de èl...

El anciano se acercò para ofrecer a mi padre algo de beber. Se sentò frente a èl, removiéndose incòmodo.

-Fuiste tù quièn quiso llevársela –dijo mi padre-. Te advertí que era demasiado joven y que debíais esperar. Pero insististeis; dijiste que necesitabais a alguien que hiciera las labores de la casa. Tù eres el padre de su esposo y cuando te la entreguè, te convertiste también en padre de ella. ¿Por què no has hecho nada para protegerla?

-Ya lo sè. Me avergüenzo de mi hijo. Por favor, acepta la comida de mi casa.

Mi padre vacilò. No era costumbre que los padres de una chica comieran en la casa de su yerno.

El anciano uniò las manos e inclinò la cabeza.

-Quiero ofrecerte nuestra hospitalidad. Acéptala, por favor...

Mi padre había ido acompañado por un hombre de la aldea, su mejor amigo. Debía de haberle dado miedo presentarse solo. Mi pobre padre, que no se atrevía ni a levantar la voz. ¡Ojalà hubiera tenido el valor de matar a golpes al devorador de mujeres! Yo quería que me sacara de allí inmediatamente, sin hablar siquiera con Putti Lal ni con mi suegro. Pero mi padre, siempre sumiso, se inclinò y aceptò la comida para èl y para su amigo.

La impaciencia me dio fuerzas para levantarme. Estaba ansiosa por quitarme la ropa que me hacía la esposa de aquel hombre, ponerme mi vieja blusa y mi falda, y marcharme, sin comer sus alimentos, sin nada que proviniera de èl. Quería olvidarle. Pero, en aquel preciso instante, llegó el diablo en persona, con sus cejas pobladas y su aire arrogante. Mirò a mi padre como si fuera una rata que le había robado el grano de la despensa.

-¿Qué quieres, Devidin, què haces aquí?

Su padre le interrumpió diciéndole:

-Dèjale en paz. Eres tù quien debería humillarse delante del padre de esta chica.

Putti Lal se acercò a mi padre, pero en lugar de inclinarse para tocarle los pies, le dio un bofetón.

-¿Quièn eres tù para venir a meter las narices en mis asuntos? –le increpò.

Mi padre bajò la cabeza mortificado.

Los dos hombres se pusieron a discutir, salieron al patio y siguieron riñendo a gritos.

Los escuchè, con la cabeza apoyada en las manos y la sensación de que vomitaría otra vez en cualquier momento. Sus voces me resonaban en los oídos como truenos. Pronto se haría de noche, y me preocupaba que mi padre cediera. Su amigo quería irse inmediatamente, pero mi padre prefería pasar la noche allí y marcharse por la mañana. Preguntò a mi suegro si podía dormir cerca de mì.

-No necesita a su padre –dijo Putti Lal-. Èsta es la casa de su esposo.

-Mi hija està enferma –respondiò mi padre-. Ha de tomar agua durante la noche, para que la fiebre deje de consumirla. Su cara està cubierta de manchas. Es probable que tenga fiebres tifoideas. No quiero dejarla sola. Puedo dormir aquí, en el suelo.

-No. Dormiràs fuera –vociferò Putti.

¿Què derecho tenía a hablarle así a mi padre? También èl se creía un takhir. Poseía una casa y un poco de tierra, pero no trabajaba. Se pasaba el tiempo jugando a las cartas y persiguiendo mujeres. ¡Su propio padre lo decía!

Era igual que Mayadin; creía que tener tierra y dinero le daba derecho a tratar a la gente como quisiera.

Mi padre cedió, como siempre, y se acostò en una estera del patio. Su amigo hizo otro tanto. Yo estaba demasiado débil para cogerles de la mano y obligarlos a marcharnos. La fiebre me abrasaba, y pasè la noche sumida en una bruma como la que llegaba a veces a ocultar la orilla màs lejana del Yamuna. Soñè que luchaba con Putti Lal, y entonces aparecía el rostro afable de mi padre. Me recordó lo sedienta que estaba; tenía la lengua reseca como un higo de la arena. Despertè al amanecer con las mejillas ardiendo, bañada en un sudor frìo. Ni siquiera recordaba cuàntos días hacìa que no comìa.

Ni Putti Lal ni su padre se habían preocupado por mì. Seguramente querian que muriera. Yo había arrastrado aquel colchòn junto a la puerta para poder mirar fuera, pero Putti cerraba la puerta de una patada cada vez que pasaba y yo tenía que arrastrarme para poder abrirla. Necesitaba aire, necesitaba ver el cielo para recordar que todavìa estaba viva. Cualquier movimiento que hiciera resultaba doloroso, y con el dolor volvían los recuerdos terribles. Me había lavado la ropa sola, llorando mientras frotaba mi falda para eliminar la sangre. Lloraba cada vez que iba al servicio. Lloraba y lloraba sin cesar, pero no servía de nada. Lo único que podía hacer era esperar a que el dolor se apaciguara por sì solo.

El ganado se agitaba hambriento y oì a mi padre discutir con Putti Lal cuando el sol iluminò el patio. Distinguía la voz tímida de mi padre y los gruñidos furiosos del demonio...

-Tengo que llevarla al hospital. Te lo suplico, por favor. ¡La traerè después!

-¿Por què has de hacerlo? Aquí puede curarse. Si te ven salir de casa con ella, la gente de la aldea pensará mal de mì. Diràn que no sè cuidar de mi esposa.

-Pero necesita que la vea un mèdico. Podría morir; le has pegado y la fiebre no baja. ¡Deja que la lleve al hospital! Allì la curarán y yo me encargarè de que tome los alimentos necesarios, así, cuando vuelva, será mayor y màs fuerte. Y te obedecerà, ya lo veràs.

Al oír a mi padre hablarle en tono suplicante, me preguntè por què tenía miedo de Putti Lal. ¿Estaba en deuda con èl porque le había pagado una dote? Era mi padre, y sòlo èl, quien debía decidir por mì, pero le estaba suplicando como suplicaba siempre a Mayadin. Yo era un ser humano... no una vaca por la que su propietario tuviera que discutir.

Finalmente, Putti Lal accedió, y mi padre me dijo que me levantara deprisa y recogiera mis cosas. Yo no quería llevarme nada pero mi suegro insistió. Echò mi sari amarillo en el suelo, colocò encima mis ajorcas y pulseras, y lo anudò. Me había sentido orgullosa de aquellas preciosas ajorcas; había provocado incluso a Choti para darle màs envidia aún. Pero ahora las odiaba. Odiaba todo lo que tenía que ver con aquel hombre...

El anciano ofreció a mi padre y a su amigo el desayuno. El olor de las tortas fritas rellenas de verduras me revolvió el estòmago. No podía comer ni beber, pero saqué fuerzas de flaqueza para vestirme. Cuando me estaba poniendo el sari de color rosa, ¡el anciano me dio un billete de cinco rupias! Vacilé. ¿Se suponía que aquello reparaba mi dignidad? Lo aceptè, pensando que el dinero le valdría a mi padre para pagar al abogado, y me lo guardè debajo del sari.

El amigo de mi padre cogió mi hatillo, mi padre me cogió a mì y nos fuimos.

En la calle los aldeanos se nos quedaban mirando. Los hombres se reían detrás de nosotros.

-¿Què creíste que pasaría cuando casaste a tu hija con Putti Lal? –gritó uno.

-¡Oye! No vuelvas a traerla –aconsejó otro.

Las mujeres cuchicheaban entre sì.

-Mira què enferma està la pobrecita, y en los puros huesos.

-¡Ya torturò a su primera esposa hasta que murió!

Al parecer, sabían todo lo que había que saber de Putti Lal. En las aldeas no había secretos. Los tíos y las tías de mi madre, los astrólogos y los brahmanes, todos lo sabían cuando habían acordado la boda. Y

ahora le daban consejos a mi padre. ¿Por qué no lo habían hecho antes? ¿Cómo les habían permitido que medio muerta de pena y miedo me llevaran a la fuerza a aquella casa?

Mi padre no hizo comentario alguno. Procuraba caminar lo más deprisa posible, para no oírles. Yo quería que se apresurara todavía más, por si Putti Lal cambiaba de idea y nos seguía.

Cuando llegamos a las afueras de la aldea, me volví y grité:

-No volveré nunca. ¡Nunca!

-Cállate, Phoolan –protestó mi padre, ceñudo-. No nos pongas en evidencia.

Salimos de la aldea y seguimos la carretera de tierra. El sol ascendía lentamente en el límpido cielo azul. Mi padre tenía la frente empapada en sudor, debido al esfuerzo de llevarme en brazos. Ya me encontraba mejor. El ritmo de sus pasos me tranquilizaba, y el silencio del cielo me calmaba. La carretera seguía la linde de los trigales que ondeaban suavemente en la cálida brisa. Me sentía otra vez niña, abrazada a mi padre, una niña a quien habían rescatado de un pozo oscuro y profundo.

-No tengas miedo –me repetía él-. No tengas miedo, Phoolan. Ya ha pasado...

Me dijo que pensaba llevarme al hospital de Sikandara y que la caminata era larga. Después de un rato, nos paramos a la sombra fresca de un mango. Ya no se veía la aldea; no se veían las casas ni el ganado. La carretera estaba desierta. Me sentía a salvo. Debí de quedarme dormida, tumbada en el suelo, y lo primero que vi al despertar fueron los mangos que colgaban sobre mí, grandes y rojos como los de la casa del pradhan, el día que me pegó por pedirle uno. Casi podía tocarlos. Quise cogerlos, pero mi padre me aconsejó que no comiera todavía. Me dio un poco de agua de una calabaza que llevaba su amigo.

Padre me observaba en silencio. Debía de pensar en lo que me había hecho Putti Lal. Yo, sin embargo, no había tenido el valor de hacerle las preguntas que me obsesionaban. No quería recordar lo que había sufrido.

Avanzábamos con lentitud. Yo me quedaba dormida y volvía a despertar. Al cabo de una o dos horas, llegamos a una carretera muy transitada. Nos adelantaban camiones de mercancías que llevaban adornos tan brillantes como los de un templo. Tocaban las bocinas estrepitosamente, igual que búfalos enfurecidos, y levantaban grandes polvaredas. Pasó una mujer con un sari rosa la cabeza oculta bajo un inmenso haz de flores de mostaza que llevaba a su espalda. Agitaba los brazos y gritaba a los conductores de los carros de bueyes que se apartaran de su camino. Había mucha animación y el ruido de motos y autobuses me ensordecía.

Padre se detuvo en un cruce, delante de una mujer que vendía "kakri". Había colocado los pepinos en un paño, y estaba acuclillada manoseando las monedas y los billetes que había ganado, como mi madre cuando vendía nuestra cosecha. Hacía mucho que no comía, y el kakri estaba demasiado duro para masticarlo, así que mi padre lo aplastó en la palma de su mano y me lo dio como un bebé. Sólo podía pensar en lo mucho que me apetecían las naranjas y los mangos, pero mi padre me repitió que todavía no podía tomar fruta. Tenía razón. Cuando tragué el pepino, sentí una contracción en el estómago y me volvieron las náuseas.

Era la primera vez que veía una ciudad tan grande, y con tanta gente. Tenía todo lo que uno podía imaginarse: tiendas de caramelos y pasteles, al lado de otras que vendían saris de todos los colores, bien doblados y colocados en los estantes. En una vendían exclusivamente joyas de oro, y en la siguiente, neumáticos. Había carretas llenas de montañas de cacahuetes y frutos secos. Y otras llenas de flores rojas y amarillas, con gente acuclillada junto a ellas, haciendo guirnaldas para los que iban al templo.

Era ya media tarde y hacía mucho calor. Unas mujeres vendían agua y el amigo de mi padre llenó la calabaza. Preguntaron por una parada de autobús cómo se iba al dispensario. No quedaba lejos, y yo me sentía con fuerzas para caminar de la mano de mi padre. Allí, en la ciudad, nadie nos conocía; las vacas y



los perros dormían en medio de la calle y el aire, grisáceo por el humo de los autobuses y camiones, estaba lleno de moscas. ¡En mi vida había visto nada igual! Me zumbaban los oídos y, al principio, no sabía por qué. Luego comprendí que era porque las calles estaban llenas de gente que iba en bicicleta tocando el timbre a la vez. Ya no tenía miedo.

El dispensario era una casa de cemento, con una sala de espera llena de gente sentada en bancos, o en el suelo. Algunos esperaban fuera, bajo un árbol. Mi padre se puso a la cola y yo me quedé dormida a su lado.

Cuando desperté, un médico me miraba fijamente y escuchaba a mi padre, quien le explicaba que tenía fiebre y vómitos. Y nada más, nada del dolor. Aquello no había que decirlo. El médico llevaba una bata blanca y llevaba gafas. Tras los cristales, sus ojos parecían afables y tan cansados como los de la gente que vivían en la aldea. Nunca había conocido a nadie importante que trabajara. Me mandó que me sentase en un taburete para examinarme: me inspeccionó la cara, el cuello y me palpó los hombros.

-Esta niña está demasiado delgada –dijo-. Y desnutrida.

Mi padre se avergonzó. Le contó que había pasado una temporada en casa de mi familia política, y que no me habían cuidado adecuadamente. El doctor me hizo abrir la boca y sacar la lengua. Frunció el entrecejo. A continuación me metió una cuchara en la boca, que me provocó náuseas otra vez. Yo tenía miedo de que me cortara la lengua.

-No tengas miedo, pequeña –me dijo-. Voy a ponerte una inyección y luego te sentirás mucho mejor.

Le observé preparar una larga aguja metálica. Estaba nerviosa. El barbero de la aldea me había perforado la nariz con una espina. Como no podíamos permitirnos llevar joyas, tenía que hacérmelo todos los años para que no se me cerrara. El médico se acercó y vi el líquido que goteaba de la punta de la aguja. Miré nerviosa a mi padre...

-No pasa nada, hija, tranquila, es medicina...

Apreté los dientes. El médico me pinchó primero en el brazo y luego me dio la vuelta y lo hizo en la nalga. Como mi padre se lo había permitido, yo no protesté. Luego, le dio unas pastillas y le pidió veinte rupias. Padre sacó unos billetes de un bolso que llevaba en un pliegue del dhoti y los contó despacio.

-¿Por qué tienes que pagar, buppa? –le pregunté-. ¡Me ha hecho daño!

-Tienes mucho que aprender, Phoolan –contestó él, riéndose-. El médico te ha puesto una inyección de medicina para curarte. Tengo que pagarle por eso.

En la calle hacía el mismo calor de antes, y nos sentamos a esperar junto al camino, bajo un árbol del paraíso muy alto. Mi padre estaba agotado. Había caminado más de tres horas seguidas, conmigo a cuestas. Se echó a mi lado con la cabeza apoyada en mi hatillo, y se quedó dormido. Yo también.

Cuando despertamos, el sol estaba bajo. Yo tenía sed, me hubiera gustado mucho tomar zumo de naranja o de mango, pero me lo habían prohibido.

-¿Cuándo llegaremos a casa? –pregunté-. ¿Tenemos que caminar mucho todavía?

-Volveremos en autobús –anunció mi padre.

El autobús iba atestado de gente y el motor hacía muchísimo ruido. Mi padre explicó que yo estaba enferma y pidió a los pasajeros que me hicieran sitio. El olor del motor me revolvió el estómago. Miré a mi padre angustiada. El conductor me propuso que me sentara junto a la ventanilla, por si necesitaba vomitar. Palpé el asiento. Estaba almohadillado y cubierto de plástico. Me senté con las piernas cruzadas, pero estaba incómoda. Miré a mi alrededor y vi que los demás pasajeros se sentaban con las piernas extendidas, así que hice lo mismo.

Había visto autobuses pasar por las carreteras, pero aquella era la primera vez que viajaba en uno.

Por la ventanilla se divisaban las llanuras hasta el horizonte. Los trigales se extendían como alfombras, algunos verdes todavía, y otros de un amarillo claro, en los que sólo quedaba el rastrojo. Había cultivos de caña de azúcar, tan altos como muros. Bajo las arboledas asomaban aldeas como la mía, y ganado pastando aquí y allá, pero todavía no se veía el río. Otros autobuses se aproximaban en sentido contrario, a tal velocidad, que parecía que íbamos a chocar. Y por detrás, se aproximaban camiones dando bocinazos para anunciar su presencia. Yo, encantada, deseaba responder a gritos. Me moría de ganas de explicarle a Choti que en un autobús el mundo va más deprisa que tú. Y entonces vomité otra vez.

Padre me daba sorbos de agua de vez en cuando, pero el día fue largo y fastidioso. Me sentía agotada, todavía me dolía la cabeza y el viento que entraba por las ventanillas del autobús me dejaba un sabor polvoriento en la boca. El autobús se detenía y la gente subía o bajaba, y volvía a arrancar y parecía que aquello no iba a terminar nunca. El crepúsculo se acercaba coloreando la hierba seca con un tono anaranjado, y yo aún no distinguía nuestro río.

-¡Ahí está el puente! –exclamó mi padre-. Vamos a bajar.

El autobús cruzó el Yamuna. Parecía que, como pájaros, planeáramos suavemente sobre el río.

Llegamos a la otra orilla, y continuamos hasta un pueblo donde el autobús tenía parada. Allí, mi padre me compró un helado. Sentí que su textura suave y lechosa me aliviaba la garganta. Tomamos la carretera de tierra que llevaba a nuestra aldea. Aún debíamos recorrer a pie unos ocho kilómetros. Yo caminaba entre los dos hombres, deseosa de seguir su paso para llegar a casa cuanto antes.

Pasamos por algunas aldeas que no conocía.

-Es Shatti –dijo mi padre-. Donde viven los musulmanes.

-Rápido –dije, tragando saliva-, o nos atraparán y nos comerán.

Mi padre y su amigo se echaron a reír.

-Los musulmanes son personas como nosotros, Phoolan. La única diferencia es que no van al mismo templo, nada más.

Cuando el sol se puso, dejamos la carretera de tierra y tomamos un sendero. Nos encontramos con unos conocidos de la aldea de Divail, los cuales nos ofrecieron alojamiento para pasar la noche, pero mi padre prefirió seguir.

Empezaban a aparecer por el camino árboles del paraíso y jaqueros maduros, y comprendí que nuestra aldea no podía estar muy lejos. Ya era casi de noche, pero percibía el olor familiar de la ribera del río. Nos llegaban los sonidos de los pájaros y los animales. Ya no sentía sed ni fatiga; se habían esfumado como cuervos que alzan el vuelo en los campos. Choti estará en el kachwari, pensé. Entonces, oí que alguien cantaba y corrí hacia la orilla, pero no la encontré. Luego reparé en una falda que brillaba en la hierba; allí había alguien. Era Choti, que estaba durmiendo en vez de vigilar la cosecha de sandías que había transportado a través del río. Cuando me vio, me echó los brazos al cuello y casi me ahoga abrazándome y llorando de alegría.

-¡Phoolan! Te he echado mucho de menos.

Corrió a coger una de las sandías que supuestamente estaba guardando y la abrió con un cuchillo. Sentía el sabor fresco y dulce del jugo que me resbalaba por la barbilla. Tomé grandes bocados de sandía roja y blanda, riendo con Choti y lanzando pepitas al aire.

Todo seguía igual, vi a Pancham, el barquero, que iba a pescar con una linterna. Me la acercó a la cara.

-Tu hija está más delgada que un perro vagabundo, Devidin. No tiene buen aspecto.

Choti me observó, asustada, a la luz de la linterna. Quería saber lo que había ocurrido. Pero yo sólo sacudí la cabeza.

Madre nos estaba esperando en el patio, secándose las lágrimas con un extremo del sari. No podía ni hablar, sólo me estrechó con fuerza entre sus brazos. Seguía llorando cuando me llevó un jarro de agua para lavarme los pies. Yo era incapaz de explicarle todo lo que había ocurrido. Mi padre le susurró al oído los horrores que yo le había contado. Mi madre me palpó los hombros y la espalda, luego se retiró un poco para observarme y estalló en llanto otra vez. Sus sollozos despertaron a la pequeña Bhuri y a Shiv Narayan, que se pusieron a llorar también, sin saber por qué.

Todo seguía igual en casa. Los mismos khats de siempre, los mismos cacharros de barro. Yo tenía la sensación de haber estado muy lejos. Durante mi ausencia había imaginado que todo aquello ya no existía. Pero la colada estaba tendida en la cálida noche, como siempre.

La pequeña Bhuri se quedó dormida de nuevo, con la cabeza apoyada en mi regazo. La cólera de mi madre explotó al fin, mientras molía trigo para hacer chapatis.

-¡Voy a darle a ese Putti Lal una paliza! ¡Voy a buscar un buen palo para golpearle! ¡Màs vale que no asome la nariz por aquí!

No dejó de insultarle y maldecirle mientras preparaba los chapatis.

-¡No quiero que Phoolan vuelva con èl! –le dijo a mi padre-. ¡Ese cabròn casi la mata!

Padre comìa los chapatis. Yo no pude tomar nada màs sustancioso que un poco de leche caliente y arroz, y enseguida me entrò sueño.

-Ahora està casada –òì decir a mi padre-. No sè còmo podemos impedir que vuelva. Una esposa tiene que vivir en la casa de sus parientes políticos. Es la costumbre.

Vi la llama de una antorcha que se movìa en la calle, a la puerta de casa. Eran los vecinos, que querìan saber què había ocurrido. Madre se sonò la nariz y se arreglò el sari. Luego me mirò con resolución.

-No digas ni una palabra de todo esto a nadie, ¿me oyes? Te daría mala fama. Di que estuviste enferma, que no te daban nada de comer y que no te cuidaba nadie. Eso es todo, ¿entendido?

Los vecinos entraron y se pusieron a hablar con mis padres. Unos decían que yo debía volver, porque era una deshonra que una esposa no viviera con su esposo. Otros opinaban que debía esperar al menos unos años. Todos me miraban como si se dieran cuenta de que yo había cambiado e intentaron adivinar por què. Yo pensaba que no podían saber las torturas que había tenido que soportar. Pero obedecí a mi madre y no dije nada, sin comprender por què era yo quien había de arrastrar mala fama, si había sido mi marido quien me había golpeado y torturado. Mis padres manifestaron a sus vecinos su indignación, pero yo veìa en ello la misma frustración que cuando se quejaban porque Mayadin nos había robado el árbol.

Su cólera nunca era suficiente para enfrentarse a quienes tenían cantidad de rupias en una mano, y grandes varas en la otra. De una cosa estaba segura: no pensaba volver con el devorador de mujeres.

Entrè en la casa y me acostè junto a Bhuri y Shiv Narayan. Mi madre me siguió y se echò a nuestro lado. Me quedè dormida inmediatamente, con un sueño màs profundo que el màs profundo de los pozos.

A la mañana siguiente, casi no tenía fiebre. Las veinte rupias del mèdico habían estado bien empleadas. Lo que màs necesitaba era bañarme en el Yamuna con mis amigas, y que las aguas sagradas se llevaran mi vergüenza secreta.

Mi madre me advirtió de nuevo antes de ir al río:

-No lo cuentes, no le digas a nadie lo que te hizo Putti Lal.

La sola mención de su nombre me daba escalofríos, y tuve que esforzarme para borrar los recuerdos de mi cabeza. Deseaba ahogarle, asfixiarle, enterrarle en la arena, y dejar que la lluvia de los monzones lo anegara. Pasaron los días y no podía olvidar, pero el sosegado ritmo de vida de la aldea me

ayudò a recuperar las fuerzas. Sòlo tenía miedo de noche, en la oscuridad. Y entonces volvían las pesadillas. Pero después de la noche, llegaba el nuevo día. Y así pasaron los días y los meses...

Fue en el mes de "ashad". Yo estaba en el campo, cuidando una vaca y llegó Choti corriendo.

-Està aquí, Phoolan –me dijo, jadeando-. ¡Ha venido a buscarte!

Me dirigí a todo correr hacia el templo, para trepar al árbol màs alto de la aldea y esconderme entre el follaje. Los gritos de mi madre se oían en toda la aldea.

Al poco rato, llegó Choti y me explicó lo que ocurría:

-Està hecho una fiera, chilla e insulta a todo el mundo. Amma dice que te torturò y que casi te mata. Ella quería echarle, pero buppa la ha obligado a darle algo de comer.

Intentè idear algún plan. Subì hasta la rama màs alta, asustando a los monos, que chillaron histèricos a mi lado; pero todo el mundo conocía mi escondite en el gran árbol del camino del templo. De pequeña, me pasaba allí horas intentando atrapar los pequeños cuando volvían a sus nidos. Una vez metí la mano en un nido y palpè algo frío... ¡era una culebra! La dejè caer, con un grito, sobre los niños que jugaban abajo.

Sentí un escalofrío al recordarlo.

Choti regresò.

-Madre le ha echado –exclamò-. Estaba furioso, pero se ha ido. Le he visto marcharse por el camino, montado en una bicicleta negra, una nueva. Se la comprò con la dote.

Bajè cautelosamente y empecè a caminar. Me parè en la esquina de la casa vecina y escuchè. Se había marchado, como había dicho Choti.

Yo tenía la sospecha de que Mayadin era el responsable de su visita. Creyò que se había librado de mì y le fastidiaba que hubiera vuelto. Estaba preocupado por su campo de hora. Le había oído preguntarle a mi padre, intimidándole con su habitual tono de superioridad:

-¿Què hace aquí tu hija? Està casada. Tiene que respetar la tradición como las demás chicas.

Pocos días después de la visita de Putti Lal, mi madre fue a la aldea de su familia a pasar unos días y mi hermana mayor, Rukmini, vino a casa a cuidarnos. Èl no tardò mucho en volver en su bicicleta negra. Sin duda, Mayadin le había avisado de que mi madre no estaba.

Yo corrì a esconderme en mi árbol otra vez, pero Rukmini fue a buscarme.

-¡Baja de ahí ahora mismo, Phoolan! Tu esposo quiere verte.

Me dijo que tenía que ir a vivir a casa de mi marido. Ella no sabía lo que era aquello. Nadie lo sabía. No les había dicho nada. Le respondì que no pensaba bajar, por lo que fue a avisar a mi padre. Me apresurè a buscar otro escondite. Sabía que si mi padre y Rukmini decidían que tenía que irme, sin la ayuda de mi madre no podía hacer nada.

Corrì a la orilla del río y me ocultè entre las grandes barcas de madera que esperaban en la arena a que las repararan.

Pero mi padre y mi hermana me encontraron y me llevaron a casa. Rukmini insistió en que me pusiera el sari y el velo.

-Ya està bien, Phoolan –me dijo-. Tienes que recibir a tu esposo.

Intentaron obligarme a entrar en la habitación donde estaba el monstruo, pero yo me resistì desesperadamente. Ellos no entendían por què tenía miedo, lo ignoraban. Mi madre sì lo habría sabido, si hubiera estado allí; ella comprendía los que yo le había contado. Mi padre se había tapado los oídos, no había querido oírlo, pero ella era consciente del peligro que corría.

-No vamos a enviarte otra vez con èl –me dijo Rukmini-. Pero tienes que verle.

Cedí y entré en la habitación con la cabeza baja para no tener que mirarle. Procuré dejar de temblar, pero entonces oí declarar a mi padre:

-La casa de Putti Lal es tu casa, Phoolan. Ahora tienes que vivir allí.

-Tienes que hacer como yo –añadió Rukmini-. Yo vivo con mis suegros y vuelvo aquí para veros. Ya te acostumbrarás, Phoolan. Por favor, no armes jaleo.

¡No causes problemas! ¡No armes jaleo! Al final del día, de todas formas, ya habían decidido por mí. Putti Lal se adelantó para buscar una barca, y mi padre y Rukmini me llevaron hasta el río. Me metieron en la barca, con el barquero al lado y Putti Lal al otro. Tenían que saber que saltaría al agua si encontraba la ocasión de hacerlo, y que me alejaría con la corriente, aunque me trasladara al mismo fondo. Había oído hablar de mujeres que se suicidaban, dejando una vida para renacer en otra.

Mientras cruzábamos el río; Putti Lal se dirigió a mí:

-Si no me obedeces, te daré una paliza. ¿Recuerdas cómo te atizaba, verdad?

Estaba tan aterrada que, al llegar a la otra orilla, salté del bote y eché a correr, sin saber hacia dónde. El demonio me siguió con la bicicleta negra que le había costado cientos de rupias (tantas como una vaca). Corrí cual ciervo que huye del tigre para salvar la vida, hasta que, igual que el ciervo, no pude seguir. Me alcanzó y me sentó en la barra de la bicicleta, atenazándome con los brazos y pedaleando furiosamente para ganar velocidad. Yo oía su sudor y sentía su aliento en la nuca.

Si intentaba moverme, me pellizcaba los brazos y me insultaba.

-Como sigas contando mentiras como las que les has contado a tus padres, te aseguro que volverás muerta a la aldea, para que te incineren.

No dejé de pedalear hasta que llegamos.

Estaba oscureciendo y su padre dormitaba en el khat del patio. Corrí hacia él y le toqué los pies.

-Déjame quedarme aquí contigo –le supliqué-. ¡No quiero ir adentro con él! No iré.

-Sé buena chica, Phoolan –me dijo-. Ésta es tu casa. Y Putti es tu esposo. No tengas miedo. Yo dormiré cerca de ti.

Pero no lo hizo. Se fue a su habitación después de comer, y me dejó sola con el demonio.

-Ven a acostarte.

-No –le dije-. ¡Me quedaré fuera! Quiero dormir aquí.

Me dio una bofetada.

-¿Quieres ser una esposa o no? Vas a crecer aquí aunque tenga que obligarte a hacerlo. No saldrás de aquí hasta que me des tres o cuatro hijos, como mínimo. –Le mordió la mano, pero no le costó mucho llevarme por la fuerza a la habitación. Me cogió en volandas, me sujetó bien y me llevó adentro. Le di patadas en las rodillas, pero todo fue inútil. Estaba en su cámara de torturas otra vez, con su serpiente.

No dejaba de pensar cómo podía darle un hijo para que no volviera a pegarme... recordé la manera en que habían crecido en el vientre de mi madre y cómo había salido de la habitación con la pequeña Bhuri.

Me obligó, a bofetadas, a coger su serpiente. Todavía podía oír a mi padre y a mi hermana mayor decirme que tenía que obedecerle, que era mi esposo. Deseaba volverme de piedra, como las estatuas del templo, para no pensar en nada, para no ver ni oír nada.

Al día siguiente, decidió castigarme porque me atrevía a decirle a su padre que me había hecho daño otra vez. Rompió una rama de árbol del paraíso y me agarró del brazo para pegarme.

-No debes decirle esas cosas a mi padre. ¡Es degradante para mí!

Me golpeó hasta que me dejó la espalda en carne viva y le juré que no volvería a contar nunca nada.

Aquel día y el siguiente no me molestó; luego volvió a arrastrarme a su cámara de tortura.

Salí de allí, a la luz del día, toda cubierta de sangre y con un dolor de vientre espantoso.

Yo aprovechaba cualquier excusa para escapar a esconderme. Me ocultaba en los campos, o en el fondo del establo, o detrás del gran barril de agua del patio. Pero él siempre me encontraba y volvía a torturarme, y yo no podía hacer nada por impedirselo. Juré a la diosa Durga, que da fuerza a los oprimidos, que pagaría por el dolor que me causaba. Juré que no me pasaría la vida acurrucada a oscuras detrás de las puertas, ni aplastada boca abajo por aquel hombre. Él había dicho que yo crecería algún día. Así que juré que sobreviviría. Y me vengaría.

9.

Cuando vinieron a buscarme, la casa estaba desierta.

Yo estaba escondida junto al barril de agua del patio, esperando aterrada a oír las pisadas de Putti Lal. Llevaba semanas soportando sus malos tratos y sus abusos, sin que nadie me ayudara. Aguardaron a que todo estuviera en silencio y entonces saltaron la tapia. Eran mi tío materno Tara Chand, y su hijo Kallu.

Grité aliviada. ¡Bendita sea la diosa! ¡Mi madre había enviado a alguien a rescatarme!

-¡Ssss! –susurró mi tío-. Tu madre y tu tía han decidido que no puedes seguir así. Vamos a llevarte a casa.

Me dijeron que recogiera mi ropa y mis joyas y me ayudaron a salir por la parte trasera de la casa, en el lugar donde se había caído una parte de la tapia. Nadie nos oyó. Corrimos por las calles y los campos y al poco rato ya no se veía la aldea. Yo corría, brincaba y daba voces de alegría. Casi no podían seguirme, pues yo tenía miedo de que nos alcanzara Putti Lal. No quería ir más despacio.

-No te preocupes –me dijo el primo Kallu-. Si nos sigue, ¡le daré una buena paliza!

Mi primo era mayor que Putti Lal. Era un hombre corpulento y eso me tranquilizaba.

Para no ir por la carretera, seguimos campo a través hasta Sikandara, la ciudad en que mi padre me había llevado al médico. Llegamos de noche y mi tío hizo un trato con un camionero para que nos llevara a Kalpi. Desde allí, podíamos alcanzar la aldea a pie. Normalmente, los camioneros no podían llevar a mujeres. Pero cuando el hombre me vio, se encogió de hombros y comentó:

-Es tan joven, que si la policía me interroga, diré que es mi hija.

El traqueteo del camión era muy molesto, y el ruido del motor me hacía daño en los oídos, pero no me importaba. Imaginaba la cara de Putti Lal cuando descubriera que me había ido.

Me lancé a los brazos de mi tía, deshecha en lágrimas de alivio y gozo.

-¿Sabes lo que me hizo, “mausi”?

Ella se llevó el dedo a los labios.

-Lo sé, Phoolan, lo sé...

Mi tía Khiniya se parecía a su hermana, sólo que era alegre y rolliza, mientras que mi madre era irritable y flaca. De más edad que mi madre, tenía el cabello entrecano, sin embargo, cada vez que íbamos a su casa, nos recibía con una sonrisa y siempre tenía cosas deliciosas para comer, no un palo para castigarnos. Su esposo era más o menos de la edad de mi padre, pero también él era más alegre, aunque en aquel momento me observaba ceñudo.

-Tu padre nunca debió obligarte a ir. Si fueras hija mía –me dijo-, no te habría casado con ese hombre.

Me sentía segura con ellos y, al desaparecer el miedo, recuperé el apetito. Me dieron leche templada y chapatis. La casa de mis tíos era como la nuestra, con dos habitaciones que daban al patio para

ellos, sus cinco hijos y sus tres hijas. Los hijos casados se acostaban dentro, con sus esposas, y yo lo hice fuera, con mis tíos.

-Duerme –me dijo mi tía con ternura-. A tu edad, lo necesitas...

Hacía semanas que no dormía. Dormí dos días y dos noches seguidos.

Todavía no me había despertado cuando llegó mi madre, agotada por el largo viaje a pie, sola. Me desperté al oír el nombre del demonio.

-Putti Lal nos ha denunciado a la policía –explicaba mi madre-. Les dijo que nuestra familia había raptado a su esposa, y vinieron a la aldea a buscarla.

Yo quería esconderme, pero mi madre decidió que no tenía sentido, que la policía iría a buscarme allí, y entonces mi tío se metería en líos. Teníamos que regresar a nuestra aldea, no podíamos hacer otra cosa. Me aseguró que no permitiría que Putti Lal volviera a llevarme. Ella también iba a poner una denuncia.

Nos despedimos de mi tía y de su familia y nos marchamos.

Ya en nuestra aldea, todo empezó de nuevo. No habían hablado de otra cosa de la mañana a la noche. Llegamos por la tarde y todos los vecinos estaban en la puerta de nuestra casa, aireando sus opiniones. Le aconsejaron a mi madre que olvidara la costumbre, que no debía enviarme otra vez a casa de mi esposo. Mientras Choti, Bhuri y mi hermano pequeño corrían a recibirme cariñosamente y me abrazaban encantados de tenerme otra vez, los demás se dedicaban a organizar mi futuro, como si les perteneciese.

Mi madre gritó por encima del vocerío.

-No tendría que haberse ido con él, por lo menos hasta dentro de cinco años. Putti lo aceptó cuando hicimos los acuerdos. El responsable es Mayadin. Él convenció a Putti Lal para que se llevara a mi pequeña. No fuimos nosotros quienes no respetamos la tradición.

Mi padre intentó en vano impedirle que siguiera explicando la verdad a todos.

Se había enfadado porque no le habían dicho nada de lo que él llamaba mi rapto. Estaba muy preocupado. Y además no lo aprobaba; él nunca aceptaba nada que fuera contra la costumbre. Yo sabía que mi padre me quería, pero me dolió mucho oírle decir a los vecinos que había dejado a Putti Lal llevarme, porque Putti Lal había querido hacerlo...

Apenas acabábamos de llegar, apareció Mayadin con Putti Lal y unos hombres de su aldea.

-¡Devuelve a la chica inmediatamente! –ordenó Mayadin. Mayadin, Putti Lal y sus hombres irrumpieron en nuestro pequeño patio, seguidos de un tropel de aldeanos. Entre ellos estaban los panchas, y había muchos más fuera.

Putti Lal había convocado al panchayat; había pedido que nos expulsaran de la aldea, acusando a mi familia de raptar a su esposa. Aseguró que los hombres que le acompañaban eran policías y amenazó con denunciar a mis padres.

Mayadin agarró a mi padre por el pelo y le obligó a arrodillarse.

-Devidin –vociferó-. Tu hija ha manchado nuestro nombre delante de toda la aldea. Es una delincuente. ¡Devuélvela a su esposo inmediatamente!

-Es la ley –añadió Putti Lal-. Phoolan Devi tiene que hacer lo que le diga su esposo.

No era la ley, era la ley de ellos. Podían hacerse una ley a la medida, porque tenían dinero. Me fui corriendo al establo y me acurruqué en la oscuridad, detrás de los animales, enterrándome en la paja. Parecía que todo el pueblo se hubiera reunido en nuestro patio. Algunos se habían llevado incluso los khats, para poder echarse tranquilamente a discutir los pros y los contras del asunto.

Alguien me cogió de pronto por el cuello y me llevó a rastras al patio. Putti Lal me sujetaba con su zarpa peluda como un oso juega con un gato. Ya había oscurecido, y las llamas de la lámpara de aceite

proyectaban sombras amenazadoras en los rostros de los aldeanos que me observaban en silencio... todos empezaron a hablar a voces y a discutir otra vez.

-Llèvatela –le dijo mi padre a Putti Lal-. Encièrrala hasta que muera. Matala, si es que tienes derecho a hacerlo.

Mi padre estaba tan resignado que fue todo lo que consiguió decir, pero mi madre no estaba dispuesta a ceder.

-Es mi hija –exclamò, sollozando-. Yo la traje a este mundo. ¡Quien le hace daño a ella me lo hace a mì!

Y entonces fueron mis padres los que se pusieron a discutir.

-Quiero morirme. ¡Todo esto es culpa tuya, Devidin! –dijo mi madre.

Los hombres que acompañaban a Putti Lal afirmaban que eran policías de su aldea, pero no llevaban uniforme, sòlo camisas sueltas. Amenazaron con llevarse también a mi hermana.

Mayadin se echò a reír, retorciéndose la punta del bigote.

-Eso, llevaos a toda la camada de perras. Cuidaràn de vuestras casas también. –Le hizo un guiño a Putti Lal-... ¿Y por què no a los padres? Puedes ponerlos a trabajar para compensar los gastos.

Mi madre tenía razón, no había la menor duda. Mayadin quería quitarme de en medio, desde que el panchayat había decidido que teníamos derecho a coger hora de su campo. Disfrutaba sabiendo que Putti Lal me torturaba.

Madre me separò de Putti Lal y me abrazò con fuerza. Tan fuerte me apretaba, que pensé que iba a ahogarme.

-No volverá nunca con ese hombre –susurrò-. Si es su muerte lo que quieres, ¡la matarè aquí mismo con mis propias manos!

¡Se proponía ahogarme de verdad! ¿Pero, què otra cosa podía hacer una mujer? ¿Què recursos tenía una madre de nuestra aldea, para defender a su hija de aquellos hombres? Yo siempre había creído que mi madre tenía el poder de protegerme contra los peligros, aunque a veces me castigaba ferozmente. Pero entonces comprendì que estaba sola. Nada podía ella frente a aquel hombre a quien yo ni siquiera era capaz de mirar a la cara. Supliqué a mi padre que nos ayudara. Èl era el cabeza de familia, se suponía que tenía que ampararnos en este mundo. Pero a èl sòlo le resultaba posible llorar desesperadamente, atormentado por todos. Supliqué a los vecinos que nos miraban, pero se limitaron a retroceder cuando Putti Lal me arrancò de los brazos de mi madre y se abrió paso entre ellos.

¡Me llevaba otra vez con èl! Me cargò como un saco de trigo bajo el brazo. Estaba tan aterrada que me orinè.

Mi madre saltò de pronto, me separò de èl y le abofeteò.

-¡No vas a llevártela! ¡No estàs casado con mi hija! ¡Renuncio a este matrimonio!

-¡Entonces devuélveme todas las joyas que le regalè!

Creìa que iba a hacer vacilar a mi madre con unos cuantos brazaletes de plata.

Me llevò adentro, me dejó en el suelo, y sacò una bandeja grande, la misma que había utilizado yo para echarle a èl pètalos en la ceremonia matrimonial. Colocò en ella las joyas y salió al patio. Se acuclillò y enseñò los objetos a Putti Lal y a todos los presentes.

-¡Mirad, mirad bien todos! ¡Sois todos testigos! Le devuelvo el collar de plata, y este brazaletes, y esta pulsera, y estos pendientes. ¡Se lo devuelvo todo! No llevan ni quinientos gramos de plata en total. ¡Ahì los tiene! Harè que lo escriban en un papel para que todo el mundo sepa que Moola Devi le devuelve a Putti Lal sus joyas. ¡Que se las regale a otra esposa!

Le entregò las joyas una por una, levantándolas y agitándolas antes, para que todo el mundo las viera, y las depositò después en las peludas manos de Putti Lal. Le ardian los ojos de furia.



Algunos panchas empezaron a murmurar.

-¡Tiene razón, tiene razón! No debería habérsela llevado.

Mayadin sudaba. Yo le veía, desde la habitación, resoplar de cólera. A la luz de las lámparas, parecía un buey maligno.

-No podréis casar a ninguna de vuestras hijas, Devidin –dijo, en tono amenazador. Se retorció nervioso las puntas del bigote y añadió-. Eres la deshonra de la familia.

Pero los panchas acordaron que, como mi madre le había devuelto las joyas, yo no tenía que volver con Putti Lal.

Le quedaban sólo dos aliados en el consejo de la aldea: Mayadin y el sarpanch. Todos los demás se pusieron, al fin, en su contra.

Me eché en un khat junto a la pared de la casa y me tapé los oídos para no escucharles. Estaba aturdida. Mi esperanza de librarme de la tortura sólo había durado unos días y ya no sabía lo que iba a pasar. Al parecer, cualquiera podía decidir por mí. Estaba agotada y triste por la debilidad de mi padre. Empezaba a darme cuenta de que, por muy fuerte que llegara a hacerme, el poder de los hombres siempre estaría fuera de mi alcance. Y empezaba a ver, cada vez más aterrada, que aquello ya no era un juego como agarrarme del hocico del buey de Mayadin o robarle el hora. Era una guerra que no había hecho más que empezar. Y sabía por instinto que sería cotidiana, despiadada y terrible. Aunque la cólera de mi madre hubiera conseguido ganar una batalla, yo sería una muchacha sin esposo en una aldea donde, igual que en otras aldeas, las chicas así sólo recibían malos tratos.

Me dormí en un murmullo de voces; seguían hablando, seguían intentando decidir lo que era mejor para mí.

Volvieron al día siguiente, por la mañana. Me escondí en una alacena y vi a Putti Lal por las rendijas de la puerta de madera, con los ojos en blanco y las manos en la cadera, exigiendo a mis padres que le devolvieran a su esposa. Le acompañaban cuatro policías, con uniforme y fusil. Los hombres de la noche anterior no estaban con ellos. Dijo que había ido a buscar a aquellos policías a Sikandara. Uno de ellos llevaba galones.

-¿Cómo te atreves a raptar a tu hija? –le gritó el oficial a mi padre, golpeándolo con el latí.

Otro agarró a mi madre del pelo y la metió a empujones en la casa, ordenándole que buscara a su hija.

Mi madre me hizo salir del escondite y me llevó ante los policías.

-Aquí la tenéis. Ésta es mi hija, Phoolan Devi.

Los policías parecían perplejos. Miraron a mi madre, incrédulos, y luego se volvieron hacia Putti Lal.

-¿Es ésta tu esposa? –le preguntó uno.

Putti Lal se había puesto nervioso. Sudaba... como si no pudiera esperar a lanzar sus manos inmundas sobre mí.

-Es sólo una niña –manifestó el oficial.

Al oírlo, mi madre se irguió, se arregló el sari y acusó a Putti Lal.

-¡La ha torturado! Se aprovechó de nosotros para conseguir una niña inocente. ¡Además, ya no están casados! Al llevársela antes de lo acordado, el contrato quedó roto. Que se busque otra esposa...

Los policías se dispusieron a marcharse, despidiéndose de Putti Lal con una advertencia:

-¡Nos has hecho venir hasta aquí por una niña! Mírala. ¿Cuántos años tiene? Diez, once quizás... es ilegal tomar a esposa de menos de dieciséis años. Si vuelves a acudir a nosotros con más quejas, serás tú quien acabe en la cárcel.

Volvió a respirar al oír esto. La angustia se había acabado por fin.

Los policías obligaron a Putti Lal a abandonar nuestra casa con ellos y mi madre atrancò la puerta. Èl volvió luego, y nos gritò que saliéramos, pero mi madre ordenò que no le contestásemos. Se pasó el día aporreando la puerta. Se iba y volvía y llamaba otra vez. Por fin, al caer la tarde, se dio por vencido.

Todo quedó en silencio.

Me dormí de nuevo. Nos dejaron en paz durante dos años. No obstante, era una paz frágil. Y yo tenía razón al creer que no duraría.

10.

Mayadin, al principio, intentò aterrorizarnos después de que aquel demonio se fuera con sus baratijas en su bicicleta negra. Durante un tiempo, ni siquiera podíamos salir de casa. Invitó a unos takhures de una aldea vecina y colocò un khat delante de nuestra casa para ellos. Mi madre temía por nuestra seguridad, mientras aquellos individuos permanecieran allí. No nos dejaba ir al campo a hacer nuestras necesidades y teníamos que utilizar un orinal. Eran hombres corpulentos y temibles, que se pasaban el día sentados, hablando, comiendo, bebiendo tè y vigilando para ver si salíamos a vaciar los orinales. Nos insultaban en cuanto nos veían. Al fin, mi madre me envió a pasar una temporada con mi tía, y después con mi abuela.

Yo quería mucho a mi abuela. Era la madre de mi madre. Gracias a su cariño y su bondad, pude volver a jugar con mis primos pequeños y conseguí enterrar, en algún lugar profundo de mi mente, los horrores de mis once años. Aprendí a no tener miedo a la oscuridad, aunque de vez en cuando volvían mis pesadillas... soñaba que me enterraban viva y que no podía ver la luz del día; o que estaba en el fondo de un pozo gritando para que acudiera alguien a salvarme. Entonces sentía la mano de mi abuela en el hombro y, cuando abría los ojos, veía su cuerpo frágil a mi lado, en el khat, y todo volvía a la normalidad.

De pequeña, mi madre me llevaba a veces a casa de la abuela, cuando las lluvias inundaban la aldea. Mi abuela tenía un rostro ancho y afable. La recordaba mucho más grande y vigorosa, pero se había consumido con los años, aunque yo no sabía qué edad tenía. Nadie sabía la edad de las mujeres de la aldea. No había nada que marcara el tiempo, aparte de las arrugas que se les formaban en la cara. Se les ponían amarillos los dientes, la piel se les secaba como una higuera vieja, se encorvaban y engordaban... o les cambiaba el cuerpo y les crecía, como el mío...

Un día estábamos jugando en casa de la abuela y uno de mis primos me pellizcò y me hizo mucho daño. Me frotè para aliviar el dolor y me notè algo en el pecho. Corrí a buscar a mi abuela para saber si era normal o estaba enferma. Ella se echò a reír cuando le mostrè la hinchazón.

-¡No te pasa nada, es que al fin te està creciendo el pecho! Todas las mujeres tienen senos, tarde o temprano.

Me recomendó que no dejara que me viesen nunca sin blusa, y añadió que me pegaría si me encontraba jugando con chicos mayores. Pero ella siempre me tratò con cariño. Me contaba cuentos y me abrazaba con fuerza, si temblaba de frío en pleno día.

Al fin regresè a mi aldea y me dediqué a las tareas y a las diversiones de siempre, sin meterme en líos, haciendo caso de las advertencias de mi madre. Iba a buscar agua, cuidaba a los animales, recogía y molía el forraje para ellos; y me bañaba en el Yamuna con Choti y mis amigas. Pasò un monzòn, que dejó la aldea llena de barro y los ríos crecidos; y luego pasó otro, y debía tener yo trece años ya, cuando llegaron a la aldea rumores de que Putti Lal vivía con otra mujer.

Mi madre decidió buscarme otro esposo. Y Mayadin empezó a torturarnos de nuevo. Esperò a que mi madre fuera al pozo para proclamar delante de todas las mujeres que su hija era la deshonra de la

familia y que una chica decente a aquellas alturas ya estaría viviendo con su marido. También le dijo a mi padre que si me casaba con otro, mancharía su buen nombre. Si se trataba de la tierra, no perteneceríamos a la familia; pero en lo tocante a la deshonra de una mujer sin esposo, la perspectiva era muy distinta. Los hombres tomaban las decisiones y las mujeres podían llorar cuanto quisieran, que sus lágrimas y anhelos eran como los muros que arrastraba la lluvia.

Yo debía de haber crecido dos o tres centímetros y tenía el pecho más redondo, pero no me sentía mujer. No estaba preparada para enfrentarme a Putti Lal y a su serpiente. Solía observar a las mujeres casadas de la aldea, con el sari cubriéndoles la cabeza. Algunas tenían un aire tranquilo y sumiso, mientras aguardaban el día en que se irían a vivir con sus esposos, sin saber lo que les reservaba la vida. Otras llevaban en brazos a sus hijos desnudos, orgullosas de sus hijos y gritándoles a sus hijas. En los ojos de los niños y las niñas de la aldea podía leerse sus diferentes destinos. Los niños tenían una expresión arrogante y exigente, mientras que las niñas parecían asustadas y recelosas.

El único hombre que había sido siempre bueno conmigo era mi padre. Se mostraba cariñoso con todos nosotros. Muchas veces me quitaba los piojos, mientras yo dormía con la cabeza apoyada en su regazo, junto a Choti y a los dos pequeños: Shiv Narayan, que había empezado a ir a la escuela de la aldea, y Bhuri, que todavía no había crecido lo suficiente para ayudar en las tareas de la casa. Yo pensaba que si mi padre no se hubiera visto obligado a luchar continuamente, si hubiese dispuesto de un poco de tierra de cultivo para alimentarnos, habríamos vivido todos felices y tranquilos...

Èl siempre estaba rezando para que le hicieran justicia, así que aquel año le acompañè a Orai, a ver aquel juzgado en el que tanto confiaba. De pequeña creía que habitaba allí un dios que decidiría cuándo iba a devolvernos nuestras tierras. Imaginaba que se trataba de un lugar sagrado, como un templo, tranquilo y silencioso. Estaba deseando hablar con ese dios, y creía que podía tener fe en èl, como mi padre. Pero lo que vi, cuando llegamos después de caminar todo el día, fue una casa enorme de ladrillo amarillo, llena de hombres discutiendo. Mi padre entregò a su abogado un fajo de rupias y tuvimos que esperar horas y horas, hasta que llegó otro abogado, que vestía ropa de ciudad (camisa blanca y pantalones negros) y llevaba una cartera de cuero, para hablar con el nuestro. Luego volvimos a casa con las manos vacías. Así comprobè que no había ningún dios en el juzgado de Orai, solamente hombres que median su importancia en rupias. Aquella institución era incluso más imponente que el panchayat de nuestra aldea, pero, al menos, después de aquello, entendí por qué mi padre, tras cada una de sus visitas, regresaba más empobrecido y sin una sola bigha de tierra que cultivar.

Pero seguía decidida.

-Tienes que ganar el juicio contra Mayadin –insistì-. ¡Permites que te insulte! ¡Permites que golpee a tu esposa y a tu hija!

Mi padre me mirò asombrado:

-Mira, Moola –exclamò-, ¡es como si hubiera vuelto mi propia madre para defenderme!

Luego, la sonrisa se borrò de su rostro. Mi padre resultaba tan afable, tan distinto de los hombres como Putti Lal... Era un hombre sencillo, cuya única y constante queja se refería a la tierra que le había robado Bihari, pero, a la vez, se asustaba de enfrentarse a ellos. Me explicó que necesitaba más rupias para ganar el pleito y que mi madre no quería pedir más dinero a su familia. Èl trabajaba cuánto podía, me declaró, moviendo la cabeza, pero en realidad casi no nos llegaba ni para comer. Me contó también que una chica de la aldea había ayudado a su padre a ganar un pleito como el nuestro con rupias de sus parientes políticos. Muy probablemente, Mayadin tenía miedo de que yo hiciera lo mismo. Por eso insistía en que me fuese a vivir con Putti Lal. Y èsa era la causa de que hubiera empezado a torturar a mi madre otra vez, después de que ella comentase que iba a buscarme otro marido.

A Mayadin no le gustò nada que yo hubiera ido al juzgado con mi padre. Avisò a Putti Lal de que su esposa iba a cumplir pronto catorce años y que, por lo tanto, podía ir a buscarla... Yo sòlo querìa seguir donde estaba. Pero a nadie le importaban los deseos de una chica, ni los de sus padres, si eran pobres y pertenecían a una casta inferior.

Además, la opinión de los aldeanos había cambiado.

Oì comentarios a mi paso:

-Es una vergüenza que su esposo la abandonara así –afirmaban.

Había que seguir la tradición. No quedaba otro camino. Mi abuela me había explicado que una chica debía estar casada e irse a vivir con la familia de su esposo, antes de empezar a tener el período, porque así no existía la menor duda sobre su castidad. Yo aún no menstruaba, así que, a sus ojos, todavía era casta.

Me lo comunicò mi madre, una fría mañana de invierno.

-Tienes que irte. Lo he intentado todo, pero ahora ya has crecido. No puedo retenerte aquí, y no estoy en el derecho de casarte con otro hombre. No hay màs remedio que hacer lo que èl dice.

Para asegurarse de que no escapaba a esconderme con mi tía o mi abuela, Mayadin insistió en que fuera a vivir bajo su techo, en la gran casa de cemento de dos plantas, que su padre había construido con las ganancias que obtuvo vendiendo las tierras del mìo. Yo temìa que me pegara. En su casa no había dònde esconderse. Nunca había entrado allí. Tenía ocho o diez estancias, ni siquiera podía contar cuántas, cada una para una cosa distinta. Había una habitación para almacenar el grano, los aceites, los frutos secos; otra, para guardar las herramientas; una màs para el ganado; los criados tenían la suya también y, el resto, las destinaban a dormitorios durante el invierno. Me llevaron, según la costumbre, con la cabeza cubierta de una mujer casada, al lugar donde dormía la primera esposa de Mayadin.

Por lo menos me agradaba su compañía. Ella nos había ayudado muchas veces, sin decírselo a su esposo. Solìa parar en nuestra casa cuando se dirigía a buscar agua al río. Para cocinar, el agua del Yamuna resultaba mejor que la del pozo. Era màs blanda y las legumbres y las patatas se cocían con mayor rapidez. Aunque salía de su casa con el cántaro supuestamente vacío, a menudo había en èl lentejas o un poco de trigo para nosotros. Nos explicó que, de todos modos, no le importaba que se enterara Mayadin. Que èl no necesitaba motivos para justificar sus palizas, que, simplemente, la golpeaba sin màs.

Bhabhi llevaba siempre un sari de algodón liso y no le avergonzaba hablar con mi madre. La segunda esposa de Mayadin era màs joven, y mucho màs guapa. No estaba delgada y escuálida, como Bhabhi, sino rechoncha, y tenía una piel muy bonita. Llevaba saris de seda y muchas pulseras. Actuaba como los takhures, igual que Mayadin, y obligaba a los aldeanos a tocarle los pies, cuando se mostraba caritativa con ellos. Una vez me pidió que fuera a despiojarle la cabeza, y no quise. Mi madre estuvo de acuerdo. En consecuencia, Mayadin nos pegò a las dos. Y ella no volvió a hablarnos.

Me encerraron en aquella casa. Tenía que comer y dormir allí, a la espera de que Mayadin decidiera còmo entregarme. Mi madre, a pesar de su agresividad, no podía hacer nada al respecto, y mi padre mucho menos.

Me acurruquè en un rincón, aterrada por lo que me aguardaba.

-No tengas miedo –me dijo Bhabhi para consolarme-. Ese Putti Lal tiene otra mujer ahora, así que te dejarà en paz.

Me hacìa confidencias: a Mayadin sòlo le interesaba su esposa màs joven, mientras que ella sòlo era objeto de sus palizas. Aunque, al menos, ya no la llamaba a su habitación.

-Le parezco vieja, y no me utiliza màs que como cocinera. Su nueva esposa, en cambio, tiene tiempo de embellecerse para èl.

-¡Pero la gente dice que la mujer que vive ahora con Putti Lal es mayor que yo! Tiene la misma edad que èl.

-Si la ha elegido a ella, a ti te querrà como criada. Eres demasiado pequeña para estar con un hombre, crèeme.

Si Bhabhi hubiera sabido...

Pero no podía contárselo. Mi madre me lo había prohibido; no quería que nadie se enterase. Así que estaba sola con mis temores.

-¿Dònde están tus ajorcas? –me preguntò Bhabhi.

-Mi madre las devolvió todas.

-Las joyas son importantes, Phoolan –suspirò-. Mira, yo no tengo ninguna...

El tintineo de las ajorcas me parecía maravilloso, antes de casarme. Estaba deseando poder llevar campanillas en los tobillos y collares de plata al cuello; pero ya no, no desde que sabía lo que representaban para el hombre que las regalaba. Un collar no era màs bonito que la sogá que ata a una cabra a un árbol.

Un día, entrò corriendo en la habitación de Bhabhi un criado. Yo llevaba ocho días en la casa de Mayadin.

-Ha llegado Putti Lal –anunciò.

Aquella vez sòlo permanecí dos semanas y Putti Lal no intentò torturarme con su serpiente.

-Quiero que entiendas una cosa –me previno, cuando nos acercábamos a su aldea-. He tomado otra mujer porque tù te fuiste. Ahora tendràs que acostumbrarte a ella. Si te pega, es asunto tuyo.

Y añadió que mi deber era tratarla con respeto.

Tenía que tocarle los pies, mostrándole consideración.

-Y te aseguro que, como se te ocurra escaparte, tus padres tendrán verdaderos problemas. Irè a vuestra aldea con mis amigos y les darè una paliza.

Putti Lal ni siquiera tenía intención de pegarme... de eso se encargarìa ella.

Se llamaba Vidya, y hasta mi suegro había llegado a la conclusión de que no podía hacer nada al respecto. Ella era quien mandaba ahora.

-Le ha dado una hija a Putti Lal y se ha hecho cargo de la casa –decìa, lamentándose.

La mujer tenía la cara pequeña y picada de viruela, y cojeaba. Nada màs verme, me mandò a dormir al establo. Hacìa mucho tiempo que no lo barrían. Al día siguiente, me despertó al amanecer y me mandò limpiar todo lo que ella había dejado pendiente. La cocina estaba peor que el establo. Trabajè de la mañana a la noche, como una esclava, limpiando, lavando, dando de comer a los animales, llenando los càntaros. La niñita estaba dentro de la casa, pero su madre no me permitió acercarme a la cuna. Me cortò el paso, como si fuera una leprosa.

-No entres en esta casa –susurrò-. Ahora es mìa, tù aquí no pintas nada.

Mi sitio estaba fuera, con los animales. Sòlo entraba cuando tocaba hacer la comida. Había de preparar los chapatis, para contemplar, a continuación, còmo se atiborraban ella, Putti Lal y el viejo. Luego tenía que fregarlo y limpiarlo todo y esperar que ella decidiera si podía tomar un chapati. No me dejaba comer hortalizas, sòlo garbanzos salados. Y me obligaba a hacerlo en el establo, a oscuras.

Tampoco me permitían bañarme. Empecè a tener la sensación de ser devorada por los insectos. Creìa que me estaba volviendo loca. Me resultaba imposible concentrarme. Sòlo podía pensar en el rìo, en una jarra de agua. Privándome de la comida y los baños, aquella mujer me quitaba la vida; como si buscara que me pusiera enferma y repulsiva, como si deseara que muriese.

Solía llamarme, cuando me encontraba ocupada con las tareas de la casa, para que le diera un masaje o la despiojase. Era mucho mayor que yo, y tenía la piel tan seca como el corazón; no había ternura en sus duros ojos, sólo envidia y rencor. Si me quedaba dormida de agotamiento mientras le masajeaba los pies, me gritaba que siguiera, llamándome perro holgazana. Trabajaba como una mula y, si no quedaba contenta, me apaleaba. Pronto comprendí que nunca se daría por satisfecha. Me pegaba por cualquier pretexto, e incluso sin motivo. Y cuando protesté, intervino también Putti Lal. Cogió una cuerda, y me ató como a un animal, para que ella descargara tranquilamente su rencor.

En aquella ocasión, la gente de la aldea respondió a mis gritos. Echaron abajo la puerta y entraron en el patio.

-Miradla cómo está –dijo una mujer-. Además, la obligáis a dormir en el establo, como un animal. ¿Es tu esposa o no?

-¿Y esa otra, quién es, que gobierna tu casa de esta manera? –añadieron.

-¿Estás loco? –preguntó otro-. ¿Por qué la golpeáis todos los días de esta manera? Si la matáis, seremos cómplices todos.

Unas mujeres se acercaron para desatarme y me sacaron de allí, ante las narices de Putti Lal.

-Es una inútil –vociferó él- lo rompe todo y ¿encima pretendéis que la alimente y la consuele?

-Tenían un látigo –repliqué- ¡e iban a matarme a golpes! Una noche querían que fuera a la habitación con ellos.

Las mujeres pertenecían a una casta de pastores, los “gadariyas”. Eran pobres como nosotros, los mallahs, pero me defendieron. Me aseguraron que no me obligarían a volver. Acudió el tío de Putti Lal, el hermano de mi suegro, a quien el anciano había ido a pedir ayuda y me ofreció alojamiento en casa de su hija. Pensé que me habían rescatado de nuevo, pero el día siguiente, el tío manifestó:

-Ella es sólo su concubina, tú eres su esposa. Voy a llevarte a la policía para presentar una denuncia. ¡Tienes tus derechos!

Le expliqué que yo no quería ser la esposa de Putti Lal.

-Putti está haciendo todo lo posible para deshacerte de ti –respondió-. Pero es humillante para una mujer que su esposo la rechace. Arruinará tu vida –me advirtió.

Mientras tanto, se había reunido el consejo de la aldea de Putti Lal y había decidido que debía permanecer en la casa de mi esposo y que, si volvía a pegarme, lo llevarían a los tribunales.

A la mañana siguiente, Putti Lal se presentó en el establo antes de que saliera el sol. Me habló amablemente, indicándome que cogiera mis cosas, pues iba a acompañarme a mi casa. Nunca me había dirigido una palabra amable, y no me fiaba de sus intenciones, pero me marché con él. Me senté en la barra de la bicicleta negra y emprendimos el viaje. Incluso se detuvo en la carretera a coger frutas, y me dio algo de comer.

Cuando llegamos al Yamuna, me ordenó:

-Coge tu hatillo de ropa y vete. Tu aldea no queda lejos.

-No –protesté yo-. No quiero llegar sola. La gente creerá que me he escapado. No sabrán por qué vuelvo. Mayadin intentará golpearme y mi madre también. ¡Tienes que explicárselo tú!

Él cabeceó contrariado y me dejó en la orilla del Yamuna con la bicicleta, diciendo que iba a buscar al barquero para cruzar el río. Había comprado la bicicleta con la dote que mi padre le había pagado. No iba a abandonarla allí, reflexioné. ¡Valía más que mi persona! Pero transcurrieron las horas, anocheció y él seguía sin aparecer.

Hacía frío y me acurrugué en la arena, tapándome con el sari color rosa. El cielo pasó del tono azul oscuro al negro, y el viento empezó a rugir en las riberas. Oía ruidos que provenían de los matorrales y tuve miedo de que me devorara un tigre o una hiena. Pedí a Dios que Putti Lal volviese, que impidiera que

me atacaran los animales o que alguien me humillara. Pero no apareció nadie. Los fantasmas deambulaban por el río, y yo temía que me agarraran los pies y me arrastrasen al agua. Me hundí en la arena y abracé con fuerza la bicicleta, porque sabía que el hierro tenía el poder de alejar los espíritus malignos. El río estaba tan crecido, que no podía vadearlo sola. Así que me quedé allí, temblando de frío, atenta a todos los sonidos de la noche oscura y sin estrellas. No se veía una chispa de luz que me tranquilizara.

Las oscuras sombras se desvanecieron al amanecer. Únicamente persistió la niebla que flotaba sobre el río. Oí voces y distinguí una figura que surgía de la bruma y avanzaba hacia mí. A continuación, descubrí las linternas. Era una barca.

-¿Quién hay ahí? –gritó una voz masculina.

Le reconocí. Era el barbero de la aldea.

Más tarde, percibí voces de mujeres. Reconocí una.

-Madre. ¡Soy yo, Phoolan!

Mi madre estalló en un llanto desesperado, nunca la había visto llorar así. Mi padre apareció tras ella. Seguramente se dirigían al kachwari. Él se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar también.

-¡Oh, dios mío! –dijo él-. ¿Qué desgracia le has enviado ahora a mi pequeña?

-No sé con qué estrella nacerías, Phoolan –se lamentaba mi madre, meneando la cabeza-. No sé por qué te ha abandonado Dios de esta manera.

Todavía me castañeaban los dientes de miedo.

-Tengo hambre, amma.

-Ven, vamos a casa. Te daré un poco de leche caliente.

-Oh no, Moola –gritó una voz-. No la lleves a casa; que se haga cargo Mayadin. Fue él quien la obligó a volver a casa de Putti Lal.

Había unos doce aldeanos en la barca y todos estaban de acuerdo. Uno dijo que, al encontrarme allí tirada, habían creído que era el cadáver de alguna mujer a quien habrían asesinado y tirado al río.

No tardaría en descubrir que, sin un esposo, también yo podía convertirme en un cadáver flotando en el río.

11.

Al poco tiempo, unos parientes de Putti Lal trajeron noticias de su aldea. Putti Lal le había contado a todo el mundo que me había dejado en casa de un primo suyo. Cuando me vieron en la aldea, comprendieron que había mentado, y le aconsejaron a mi madre que acudiera a la policía. Creían que debía obligarle a que me acogiese otra vez en su casa. La cabeza empezó a darme vueltas al oírlo. Mi madre me había puesto haldi amarillo en las heridas y me picaba todo el cuerpo. ¡Otra vez no, supliqué, otra vez no! Afortunadamente, ella se negó a ir a la policía. Aseguró que no le importaban las opiniones de los demás, que no tenía ningún interés en forzar a Putti Lal para que me llevara de nuevo. Aun cuando me convirtiera en la vergüenza de toda la aldea, ella pensaba continuar alimentándole y cuidándome.

Mayadin estaba furioso. A partir de aquel día, hostigaba a mi madre cada vez que la veía pasar camino del pozo. La insultaba y la amenazaba con toda suerte de castigos, pero lo único que recibía a cambio era el gruñido de una tigresa:

-¡Vete al infierno! ¡Déjanos en paz!

Así que decidió atacar a mi pobre padre. Le arrinconó en la plaza del templo, delante de todos los hombres de la aldea.

-No està bien mantener a una hija en casa cuando se ha casado –gritó-. Envíala con su marido. Es una mancha para tu casa.

Mi padre se encorvò todavía màs, y volvió rápidamente a su trabajo, sin replicar.

Cuando recobrè fuerzas suficientes para volver a trabajar en los campos con Choti y las otras chicas, Mayadin decidió meterse conmigo:

-Dile a tu padre que deje el pleito o te harè la vida imposible –me amenazò.

Un día, me indignè tanto que le gritè en medio de la aldea:

-Lo que es tuyo, me pertenece. ¡Eso es lo que no puedes soportar!

-Vais a perder –pronosticò èl, con actitud intimidatoria-. Me asegurarè de ello.

-¿Còmo es posible que perdamos, si no tenemos nada que perder? –repliquè.

Transcurrieron las semanas y cambiò de táctica como otras veces. Tratò de tentar a mi madre, en vez de amenazarla, con la historia de que había encontrado un buen esposo para mì.

Se presentò en casa con viudos que buscaban esposas jóvenes, y hombres casados que deseaban una segunda mujer. Mi madre se limitaba a mantenerse erguida, afirmando que èl sì que tenía motivos para avergonzarse de sì mismo.

-¿Es que no puedes dejarla en paz? –le gritaba-. ¿Es que no le has destrozado ya la vida?

Poco a poco, las heridas cicatrizaron. Ayudaba afanosamente a mi padre a recoger leña y a transportarla a otras aldeas, para venderla junto con los pepinos y sandías de nuestro huerto. Y empecè a tomar la iniciativa en su lugar. Era yo quien hacìa los tratos para el trigo y la sal.

Después del monzòn, una vez recogida la cosecha de otoño, y cuando la estación fría se acercaba, mi padre retomò su trabajo como albañil. Choti y yo empezamos a acompañarle. Le llevábamos los ladrillos y la arena, mientras èl construìa las paredes. A èl le pagaban doce rupias al día y a nosotras nos daban dos rupias y media para cada una. Trabajábamos de sol a sol y el trabajo me cambiò...

Había recuperado las fuerzas y con ellas la confianza en mì misma. Ya no era una muchachita sumisa que aceptaba lo que decidieran los demás. Mientras me dedicaba, hora tras hora, a subir y bajar la escalera de madera, cargada con el saco de piedras, pensaba en mi destino. Dejò de preocuparme que la tradición me hubiera abandonado. Lo único que me importaba era conseguir los recursos suficientes para vivir. Y eso significaba conseguir que nos pagaran por nuestro trabajo. Los thakures que nos contrataban, se olvidaban de hacerlo, con demasiada frecuencia.

-Ven mañana –indicaban, despidiéndonos con un gesto.

Y cuando volvíamos al día siguiente, argumentaban que ya nos habían pagado con la comida o que, como algunos días no habíamos trabajado, iban a deducirlo de los salarios. Que habían llevado las cuentas, afirmaban. Yo les explicaba que nosotros habíamos trabajado, habíamos realizado lo que nos habían encargado y que no lo habíamos hecho con la esperanza de que Dios nos lo recompensara algún día. Empecè a exigir mi salario cada día.

-Hoy he trabajado –les decía-, ¡y quiero mi dinero hoy!

A mi padre le daba miedo mi actitud. Me tiraba del brazo y me pedìa en voz baja que me callara, que no hablase de aquel modo. Pero casi siempre cedían y me pagaban lo acordado. Cuando se negaban a hacerlo, yo buscaba la forma de obligarles. Choti y yo nos acercábamos furtivamente a su ganado, desatàbamos una cabra o una vaca y la dejábamos suelta por los campos. O nos la llevábamos a casa y luego ìbamos a ver al dueño.

-¿Nos pagaràs ahora? –le preguntaba yo-. ¿O prefieres que me quede con la cabra?

La gente me echaba de su casa, llamándome insolente y maleducada. Se quejaban de que no hablaba con la actitud adecuada. Pero yo no tenía la sensación de estar haciendo nada malo; simplemente



pedía el dinero que me debían por mi trabajo. Y no me parecía que pedirlo claramente con la cabeza alta, y sin miedo, significara tener malas maneras.

Había soportado tantas cosas, me había sentido aterrada tantas veces, que ya no tenía nada que temer. Creo que ni siquiera tenía miedo del miedo. Desde luego, no me asustaba enfrentarme a ellos. Ya no podían golpearme, apalearme, ni hacerme más daño del que me habían hecho.

Choti sí tenía miedo. Escapaba corriendo en cuanto alguien nos amenazaba. Quizás hubiera visto demasiadas veces cómo me golpeaban. Pero yo seguí en mis trece, sin amilanarme. Si una mujer me retorció el brazo para echarme de su casa, yo se lo retorció a ella. Si me daba una bofetada, se la devolvía.

Cuando mi padre se enteró de estos enfrentamientos, se lamentó de mi actitud y repitió que había que ser respetuoso; pero mi madre, a veces, se ponía de mi parte.

-Phoolan tiene razón –le decía-. Trabajamos mucho y sudamos sangre para ellos, así que han de pagarnos.

Y si alguien que nos debía dinero iba a quejarse de que le habíamos quitado sus animales, mi madre decía:

-Dios te está castigando por faltar a tu palabra. Te devolverán la cabra cuando cumplas con tu obligación.

Llegó y pasó la primavera, y luego la estación calurosa. Se acercaba una vez más el monzón y, antes de que llegara, ayudamos a mi padre a construir una casa. Era una casa pequeña, de dos habitaciones, porque el hombre que se la había encargado no era muy rico. Padre hizo las paredes él solo, ladrillo a ladrillo. Ya sólo faltaban la paja y las tejas del tejado. Mi padre tenía que cobrar, según lo acordado; pero el hombre le dijo que volviera al día siguiente, cuando estuviese acabado el trabajo.

-Nos dijiste que nos pagarías a los ocho días –le recordé yo-, y ya han pasado.

-Mañana –dijo el hombre.

Cuando nos marchábamos, le susurré a Choti:

-Espera a que oscurezca. Le daremos una lección. Si no hay rupias, no hay casa.

Eran las ocho, todavía de día, pero había empezado a llover torrencialmente, y todo el mundo estaba en casa. La lluvia sacudía los árboles, retumbaba en los tejados y arrastraba los excrementos de las cunetas. El chaparrón hacía tanto ruido, que Choti y yo estábamos seguras de que nadie podía oírnos.

Trepamos a las paredes y empezamos a saltar sobre ellas arrancando a patadas los ladrillos. La argamasa que los sujetaba se desmoronó, se convirtió en barro, y las paredes quedaron reducidas a la nada. Al final, sólo había un montón de barro rojizo y dos diablos rojos bailando bajo la lluvia. Sentí una alegría súbita, un júbilo malicioso; cada patada, cada ladrillo que caía o se desmoronaba, me llenaba de gozo. Por primera vez en mi vida, tuve la sensación de poder físico sobre algo, al poder de la destrucción, el oscuro poder de la diosa Durga. La construcción de las paredes había durado ocho días y su demolición, con la ayuda de la lluvia torrencial, sólo dos horas. La tormenta estaba justo encima de nosotras, llenando el cielo gris de rayos y truenos.

Cumplida nuestra misión, había llegado el momento de volver a casa. Nos colocamos bajo el canalón para lavarnos el barro. Levantamos la cabeza hacia la lluvia, frotándonos los brazos y las piernas. Luego aclaramos y escurrimos la ropa, nos la pusimos de nuevo y entramos en casa, todavía chorreando.

-¿Dónde habéis estado? –nos preguntó mi madre, irritada. Estaba de mal humor por la espera.

-Haciendo pis –contesté, mintiendo, tal como habíamos acordado Choti y yo.

-Ah, no, no creo que hayáis estado haciendo pis bajo la lluvia dos horas. Ven acá...

Me cogió del pelo y me zarandeó.

-¡Dime la verdad!

No iba a confesar. Conociendo a mi madre, sabíamos que nos pegaría, tanto si lo hacíamos como si no, así que no le dijimos nada.

Al día siguiente, encontramos al individuo dando vueltas y vueltas a las ruinas de su casa, alzando los brazos al cielo con expresión desesperada.

-¡La lluvia! ¡Mi casa está destrozada!

-Prometiste que cobraríamos hoy. Danos nuestro dinero.

-¡Dejadme en paz! ¿Es que no veis que mi casa está destrozada?

-Porque no nos pagaste, por eso está destrozada –le asegurè-. ¡Anoche Dios mandò la lluvia para ti! ¡Y hará que se te caiga encima la casa en que vives ahora, si no cumples tu palabra!

Los aldeanos eran supersticiosos. Los presagios del cielo les aterrorizaban. El hombre nos pagò sin un solo comentario. Pero cuando le entreguè las rupias, mi padre me mirò con recelo.

-¿Còmo lo hiciste? –me preguntò.

Le respondì que era un castigo de Dios.

-¿Ahora Dios destruye las casas de nuestros deudores? ¿Què demonio te dio esa idea?

-No fue ningún demonio. Sencillamente se me ocurrió a mì. Le expliquè que Dios había escuchado mis oraciones.

Luego le contè la verdad a mi madre y ella se golpeò la frente, tambaleándose como si fuera a desmayarse de incredulidad.

-Està mal destruir cosas, Phoolan. Podrían mataros por hacer una cosa así –me advirtiò-. Es un delito. No vuelvas a hacerlo.

Pero me sentí justificada cuando se lo contè a mis amigas. Todas se rieron y dijeron que harían lo mismo la próxima vez. También ellas tenían que subir y bajar ladrillos durante todo el día, mientras sus padres o esposos construían las paredes. Les gustaba trabajar conmigo, porque yo sabía asegurarme el salario. A partir de entonces, avisábamos a quien nos contrataba de que, si no nos pagaba, habría una tormenta y se les caería la casa encima.

Fui descubriendo lenta y dolorosamente còmo estaba organizado mi mundo: el poder de los hombres, el poder de las castas privilegiadas, el poder de los fuertes. No creía que mi actitud fuera rebelde; simplemente me parecía el único recurso del que disponía para conseguir justicia. Sin embargo, es verdad que fue entonces cuando empezó mi rebelión; tenía catorce o quince años y luchaba con todos los medios a mi alcance para sobrevivir. Era una mujer que pertenecía a una casta baja. Utilizaba cualquier estrategia que me pudiera resultar útil frente al poder y al dinero. Animaba a las otras chicas a sabotear las cosechas, cuando el propietario de la tierra no saldaba sus deudas con ellas. Recordaba a los terratenientes que èramos nosotras quienes arábamos sus campos, quienes los abonábamos con el estiércol, quienes sembrábamos y recogíamos la cosecha, y que tenían que retribuirnos por nuestro esfuerzo y nuestro sudor. Profetizaba a quienes se negaban a hacerlo, que a la siguiente cosecha no crecería nada en su tierra. No me daba cuenta de que con todo ello me estaba creando muchos enemigos.

Había descubierto en mì una fuerza que nunca sospeché, una fuerza que me venía de mi madre.

-Mantènte erguida –me aleccionaba constantemente-. Enorgullécete de ti misma. Si alguien te abofetea, devuélvele las bofetadas; si alguien te tira una piedra, haz tù lo mismo. Si alguien te pega y no te defiendes, te pegaré yo.

Y siempre añadía:

-Sè justa; no robes la fruta ni los cultivos de nadie; sè sincera.

En cambio, los consejos de mi padre se resumían con:

-Sè humilde y no olvides tocar los pies a todos los que te dan trabajo.

Si yo maquinaba una forma de conseguir que me pagaran, èl no dejaba de preguntarme què demonio me había sugerido semejante idea. Una vez que un hombre se negó a abonarme mi salario después de haber trabajado sus tierras, alegando que la cosecha había sido mala, le comprè trigo a su esposa, y le asegurè que le pagaria màs adelante. Cuando me reclamò el dinero, le contestè que se lo pidiera a su marido. No era una mala idea inspirada por un demonio, sino una buena idea que se le había ocurrido a Phoolan Devi para que su familia tuviera suficiente comida; y su padre las rupias necesarias tanto para pagar al abogado, como para satisfacer la dote de Choti.

Pasò el invierno y llegó otra vez la primavera. Un día estábamos trabajando en el campo, plantando sandías, cuando llegó una mujer y nos sonriò afablemente. Era de la aldea donde vivía Rukmini y nos contò que estaba buscando muchachas casaderas. Nos preguntò dònde vivíamos.

La acompañamos a nuestra casa.

-Me gustaría la mayor para mi hijo, la que tiene la piel màs clara –le comunicò a nuestros padres.

Choti tenía la piel màs oscura que yo. ¡La mujer se referìa a mì!

-Por desgracia, Phoolan ya està casada –dijo mi padre-. Su marido la abandonò y sus parientes políticos nos la devolvieron.

La mujer se marchò, pero volvió al día siguiente con su esposo. Era de baja estatura y tenía la piel oscura. Su marido, en cambio, era muy alto. Llevaba un bigote muy poblado, y le quedaba un poco de cabellos canoso, como mechones de algodón, en las sienes. Choti y yo nos escondimos, riéndonos como niñas pequeñas, junto a la tapia del patio, para escuchar lo que hablaban con nuestros padres.

-Somos pobres, como vosotros –oímos que explicaba la mujer-. Tenemos cinco hijos y dos hijas, y no demasiada tierra, pero trabajamos mucho y ganamos lo suficiente para vivir. Mi hijo quiere a Phoolan, pero nosotros creemos que debe casarse con la màs joven.

-¡Èsa eres tù, Choti! –exclamè-. Debe de ser el chico que nos miraba en el campo. ¿Te acuerdas? ¡Estuvimos a punto de atizarle!

Había estado yendo todos los días para observarnos y, al final, habíamos decidido contárselo a nuestros padres.

Me molestò el comentario de que me preferìa a mì, porque temì que Choti se enfadara conmigo. Y no me gustaba còmo me había mirado el chico. Le dije a mi padre después que, si volvìa a dirigirme una mirada como aquella, le propinarìa un bofetón.

-No lo hagas, Phoolan –me pidió, agitando los brazos-. ¡Va a ser tu cuñado!

Empezaron los preparativos de la boda y, al cabo de seis meses, Choti estaba casada con un muchacho de catorce años, poco màs que ella, de aspecto dulce, y sin rastro de vello en el bigote.

La dote nos costò mucho trabajo y sacrificios. Padre vendió todas las joyas de plata que le quedaban a mi madre. Tuvimos que almacenar alimentos, sobre todo trigo, que era caro. Necesitábamos una buena cantidad para la fiesta. Pero yo estaba muy contenta de que Choti se casara con aquel muchacho que parecía bueno y sincero. Al menos eran de la misma edad e igual de inocentes. No había que temer que mi hermana pequeña sufriera como lo había hecho yo.

No tardarìa en llegar el día en que mi madre fuera de aldea en aldea, preguntando:

-¿Hay alguien que quiera casarse con mi hija Phoolan? ¿Hay alguien, aunque sea cojo o ciego?

Pero nadie iba a responderle.

12.

Era una de las hijas del pradhan. Le gustaba molestarnos a cualquier hora y mandarnos hacer cosas, sin importarle en qué estábamos ocupadas. Y, por supuesto, no nos pagaba. Ni siquiera nos daba algo para comer.

Volvíamos del río hacia la aldea, todos juntos; mis padres iban delante y los demás detrás, bromeando y riendo. Aquel día las cosas nos habían salido bien. Yo sentía el calor del sol templando la tierra bajo los pies descalzos. Oí el graznido de un loro en lo alto. Levanté la cabeza y salió volando desde las ramas de un árbol del paraíso, como un rayo de luz verde.

La hija del pradhan nos cortó el paso.

-¡Eh, vosotros! –vociferó-. Os necesito.

Señaló una hilera de tejas que había en la entrada de su patio y que acababan de sacar del horno.

-lavadlas con cuidado y ponélas a secar en el tejado –nos ordenó.

Mi madre le contestó que, en primer lugar, no debía hablarnos en aquel tono y que, en segundo lugar, teníamos trabajo que hacer y que ya nos ocuparíamos después del suyo.

Entonces la chica cogió una teja y se la tiró con fuerza. Le dio en la sien y mi madre cayó hacia atrás, sangrando. Choti se apresuró a ayudarla y yo corrí hacia la chica y le di un puñetazo en el brazo.

-Quieta, Phoolan –gritó mi madre-. ¡No le hagas daño! ¡Nos pegarán a todos!

-Bueno –dije yo-. ¡Ha empezado ella!

-¡Mira, ya vienen!

Me volví y vi la figura baja y rechoncha del pradhan acercándose. Temí que fuera a azotar a mis padres.

-¡Corre, padre! ¡Llévate a amma y cruzad el río! ¡Corred! –les pedí, mirando a mi alrededor en busca de un lugar para escondernos...

Cerca había una caseta donde guardábamos la leña. Corrimos hacia allí, pero cuando subíamos la tapia, comprendí que nos habían visto. Oí los insultos a lo lejos, y sus amenazas de matarnos a palos.

Al parecer, había cometido un crimen atacando a la hija de una de las familias que mandaban en la aldea. El pradhan no permitiría que nadie que desafiara su autoridad quedase impune. Cuando se acercó más, me di cuenta de que el palo que llevaba en las manos tenía la punta de hierro. Le seguían sus dos hijos y otros dos hombres que trabajaban para él, vigilando los campos; y tras ellos, caminaban cuatro criados. Todos blandían palos...

Choti me tiró del brazo.

-Por aquí.

-¿Para qué? Quédate donde estás...

Estábamos rodeadas de árboles. Tiré de una rama baja, hasta que conseguí arrancarla. Ahora yo también tenía un palo, casi tan largo como el del pradhan.

-¡No lo hagas, Phoolan! –me suplicó Choti-. ¡No lo hagas! Es mejor que no nos defendamos de ellos.

Esperé a que se acercaran, de pie, en la tapia, con la vara en la mano. Primero llegaron los hijos del pradhan, seguidos de su padre. El pradhan miró a sus hijos y a sus hombres, y luego subió a la tapia y me dio un bofetón.

Retrocedí e intenté explicarme. No sirvió de nada.

-Yo sólo pegué a tu hija porque ella atacó primero a mi madre.

Me dio otro bofetón.

Perdí el equilibrio y caí al suelo. Él bajó de un salto y empezó a golpearme con el lathi acabado en punta de hierro. Intenté agarrarle la ropa, sabiendo que si conseguía arrancársela correría a esconderse. Llevaba una khurta blanca y un dhoti atado a la cintura. Logré coger un extremo de su dhoti, pero no pude

retenerlo, y èl siguió pegándome cada vez màs fuerte. Mientras me apaleaba, me llamaba puta, perra y todos los insultos que se le ocurrían. Al fin, conseguí agarrar algo. Y no lo soltè, aunque uno de sus hijos trataba de ayudarle, golpeándome con furia en la espalda.

En mi desesperación, ¡le había agarrado instintivamente su serpiente! Y la había agarrado tan bien que, cuanto màs chillaba y me pegaba para que la soltara, con màs fuerza la sujetaba yo, hasta que le oí gritar:

-¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡Me va a matar! ¡La muy perra me va a matar!

Sus hijos intentaron en vano desasirme.

-¡Dale, vamos! –le gritè a Choti-. ¡Venga!

-¡No, no! Suéltale, Phoolan. ¡Han cogido a buppa!

Alcancè a ver los ojos llenos de làgrimas del pradhan, por lo que deduje que le dolía de verdad. Pero advertí que sus hombres estaban apaleando a mis padres. Mi padre estaba de rodillas, cubriéndose la cabeza con las manos para amortiguar los golpes, sollozando y suplicándoles que le dejaran.

Algunos aldeanos nos contemplaban, atónitos.

-¡Ayudadnos! –gritaba mi padre-. ¡Van a matarnos!

Yo no soportaba que mi padre llorara.

Soltè al pradhan, quien retrocedió tambaleante, doblado de dolor. Aprovechè el momento para agarrarle el lathi de punta de hierro.

Mi madre había conseguido escapar y corría despavorida hacia casa. Mi padre la siguió.

Entonces los hombres que le habían apaleado, se acercaron a nosotras.

Fue todo lo que pude ver antes de que los hijos del pradhan se nos echaran encima. Golpearon tan salvajemente a la pobre Choti que yo no hacía màs que pensar en que tenía que casarse al cabo de dos semanas y que iban a desfigurarla. Pero consiguió esquivar los palos y escapar. Entonces empezaron conmigo.

-¡Pequeña zorra! ¿Còmo te atreves, puta? ¡Còmo te atreves a ofender al pradhan!

Me rodeaban cuatro hombres, soltando amenazas con la voz ronca de ira. Me apalearon tan fuerte que no veía nada debido a la sangre que me caía sobre los ojos. Me defendí retorciéndole y girándome para evitar los golpes. Estaban tan enloquecidos que no sabían ni dònde daban. Era tal su furia, que habían perdido conciencia de lo que hacían y conseguí deslizarme entre sus piernas y volver corriendo a casa.

Ya estaba allí toda la familia. Yo era la última. Padre cerrò la puerta de madera en cuanto entrè y echò el cerrojo jadeando. Luego se volvió a mirarme, apoyado en la puerta, y estallò en llanto otra vez. Tenía toda la cara cubierta de sangre, y los brazos, y la espalda y las piernas.

Me llevò un cuenco de agua y me ayudò a tomarla. Hipè, mientras bebía con mis labios partidos y sangrantes. Me llevò otro cuenco de agua y me la echò por la cara para limpiarme la sangre de los ojos. Oíamos dar voces a la gente en la calle. Mi hermano pequeño pedía socorro también a voz en cuello; èl no entendía que aquella vez no eran nuestros vecinos los que gritaban, sino todos los ricos de la aldea que protestaban contra nosotros.

Yo sòlo había intentado defender a mi madre, había actuado tal como ella siempre me había aconsejado. Si un hombre intentaba agredirme, según ella debía golpearle o retorcerle todo lo que pudiera allí abajo, así tendría tiempo suficiente para escapar. Yo se lo había hecho instintivamente al pradhan y me habían dado una paliza mayor que si le hubiera robado una vaca. ¿Dònde estaba la justicia para nosotros? Su hija no tenía derecho a hablarnos como lo hacía, y mucho menos a atacar a mi madre. Sus hijos no tenían derecho a dejarnos medio muertos a golpes. ¡Pero mi madre estaba furiosa conmigo! Siempre era yo quien empezaba la pelea. No debía haber respondido a la agresión. ¡Era yo quien había obrado mal!

-¿Habìa que aguantarlo, sin màs? ¿Incluso cuando te golpeò?

-Phoolan, ¿cuàndo aprenderàs que no podemos luchar contra ellos?

No la creìa. Al principio, no podìamos enfrentarnos a Mayadin y, sin embargo, al final no logró obligarme a volver con Putti Lal. Luego, tenìamos que resignarnos si no nos pagaban; no obstante, yo había conseguido asustar a los morosos. No estaba dispuesta a detenerme ahora.

-Pero ahora no nos ayudará ninguna persona de la aldea –exclamò mi madre-. ¡Escùchalos! ¡Podrìan matarnos si quisieran! Y no existe la màs mínima posibilidad de hacer nada.

Oìamos ruidos junto a la puerta...

-Mira –dijo ella-, nos han encerrado aquí. ¡Estamos atrapados!

Nos llegó un sonido rasposo, como si una jauría de perros salvajes arañara la puerta de madera.

-¡Sal de ahì, zorra!

Mi padre se volvió hacia mi madre.

-¡Tù tienes la culpa! ¿No podías haber tomado otro camino? ¡Ahora mira lo que pasa!

-¡Fue tu hija! Intentò defenderme y la atacaron a ella.

-No debiste hacerlo, Phoolan –me reconvino mi padre-. Atacar al pradhan es un delito muy grave.

-Se lo merecía –replicò mi madre-. Mira lo que les ha hecho a nuestras hijas, las ha apaleado salvajemente. ¡Phoolan hizo bien!

-¡Estàis locos los dos! –exclamè-. ¿Què vamos a hacer ahora?

Yo ya sabìa lo que iba a hacer. Había olvidado el dolor, pero mi còlera no se aplacaba. Subì a la terraza, donde secàbamos los cacharros de barro y empecè a tirárselos uno a uno a la muchedumbre que había abajo. Choti subió detrás de mì y me imitò.

-Bajad de ahì –ordenò mi madre-. Si seguís provocándoles, prenderán fuego a la casa.

Mientras retrocedían para esquivar los cacharros que caían a su alrededor, algunos aldeanos seguían insultándonos por ser tan irrespetuosas. Otros, que sòlo habían ido a ver el espectáculo, comenzaron a reírse y a animarnos.

-¡Mirad a esas chicas! ¡Miradlas!

Cogì el último cacharro con un suspiro y lo arrojè. Luego me echè a reír yo también, a pesar del dolor y la sangre. Me sentía mejor, la venganza me había liberado de la còlera.

-¡Dejadlo ya! –gritó mi padre-. ¿Os habéis trastocado? ¡Parad ya!

Bajè de un salto y caì agotada en el suelo de tierra del patio. Madre sacò un poco de agua y nos lavò las heridas antes de vendàrnoslas. Al fin, llegó la noche y, con la oscuridad, volvió la calma a la aldea; pero nosotros seguimos atentos a todos los sonidos del exterior, encerrados en nuestra casa como si fuera una cárcel.

El pradhan y sus hijos se habían marchado los primeros, en el momento en que los aldeanos empezaron a reírse. Fue un atisbo de victoria para mì.

El pradhan trataba a los pobres de la aldea como un “rajput”, y sus hijos se comportaban peor todavía. Desde que yo era pequeña, siempre habían actuado como si tuvieran derecho a maltratarnos: “Ven acà, haz esto, haz aquello, quítate de en medio...”. Estàbamos obligados a evitar su casa y a soportar sin una palabra sus comentarios obscenos.

Quizá precisamente porque no les hacìamos caso, los hijos del pradhan empezaron a meterse con Choti y conmigo. Se mostraban engreídos y arrogantes y, como su padre era el jefe de la federación de aldeas, se creían con derecho a hacerles a las chicas lo que quisieran. Mi madre me advertía siempre que, si uno de ellos me arrinconaba, los demás chicos se enterarían e intentarían aprovecharse de mì. Yo había perdido la cuenta del número de veces que habían intentado atraparme.

Despuès de lo sucedido, mi madre deseaba ir a la policia para presentar una denuncia. Seria la primera vez que alguien de la aldea lo hacia. Ellos podian golpearlos e incluso matarlos y nadie se atrevia a acusarles de nada. Nadie habia abierto la boca cuando muriò el pobre herrero, tras haber sido apaleado por los hombres del pradhan. Dos vecinos quisieron saltar la tapia de nuestro patio. Tambien ellos creian que teniamos que acudir a comisaria, pero mi padre se opuso. El preferia pedir consejo al abogado de Kalpi que llevaba su pleito.

-Me preocupa que pueda ocurrirle algo a Phoolan despues de lo que ha hecho -dijo-. Si nos presentamos en la policia, meteran en la carcel a Phoolan y al pradhan no le pasara nada. El abogado es el unico que puede ayudarnos.

Decidiò que el se quedaria en casa con Bhuri y con mi hermanito mientras nosotras nos dirigiamos a Kalpi. Era ya medianoche. La multitud se habia dispersado y la oscuridad y el silencio renovaron mis temores. Kalpi quedaba a diez kilometros de la aldea, pero mi madre se puso en marcha, descalza, por la carretera, en la noche cerrada y silenciosa; Choti y yo la seguimos. En el camino, nos advirtiò que fuèramos cautelosas.

-Cuando veamos al abogado, no le digais que fue el pradhan. Decid solo que os golpearon.

-¿Por que? ¡Fueron el y sus hijos quienes lo hicieron!

-Phoolan, no compliques mas las cosas. Diremos que nos golpearon los aldeanos y ya està.

Choti cojeaba y yo estaba cubierta de vendas ensangrentadas, pero no podiamos decir quien era el responsable.

Llegamos a casa del abogado de Kalpi a las dos de la mañana. Mi madre nos sentò en el suelo, fuera y entrò sola a hablar con el. La ciudad era mas intimidante de noche. Las tiendas estaban cerradas, y los perros olisqueaban los desperdicios bajo las palidas luces eléctricas. Mientras nuestra madre permanecia en el interior, Choti y yo nos contamos las heridas, como haciamos siempre despues de una paliza. Yo me sentia muy desgraciada, absolutamente desesperada. Me quite las vendas despacio y vi que tenia las piernas hinchadas.

De repente, un monito saltò delante de nosotras y empezò a hacer bobadas. Se sentaba, balanceaba a un lado y a otro la cabeza, se reia, nos imitaba, simulando que se contaba las heridas tambien. Era tan gracioso que olvidamos las penas y nos pusimos a jugar con el. Si yo lloraba, el monito lloraba. Choti se reia y el se reia tambien, enseñando los dientes blancos y las encias sonrosadas. Madre no habia salido todavia, cuando de pronto oimos el ruido de un motor. El mono escapò corriendo. Las luces de un coche os iluminaron. Descendieron unos hombres...

-¡Son ellos! -exclamè-. ¡Son el pradhan y sus hijos!

Choti empezò a gimotear.

-¡Van a matarnos, Phoolan!

Me preguntè quien les habria informado sobre nosotras.

-Si intentan pegarnos, aquì al menos podemos gritar pidiendo socorro -dijo Choti, y la idea de que allì, en la ciudad, no estabamos solas, me animò. Llamè a nuestra madre.

Ella apareciò rãpidamente, acompaãada del abogado. Èste se presentò -se llamaba Santosh- y pidiò a los hombres que se identificaran.

El pradhan vacilò.

-¡Que no se os ocurra tocarlas! -les dijo-. Si iniciais una pelea aquì, harè que os metan en la carcel, ¡por muy importantes que seais!

Pero el pradhan se acercò tranquilamente, con una sonrisa.

-No hay ninguna necesidad de eso.... No queremos hacer daão a nadie. Fuimos a su casa a discutir el asunto y el padre nos dijo que estaban aquì. Solo venimos a hablar.

Se inclinò delante de mi madre y le tocò los pies.

-¡Por favor, perdónanos! –dijo-. Tu hija me molestò y me enfadè un poco, eso es todo. Siempre la he tratado como si fuera de la familia, y ya ves lo que me hizo.

Se señaló el dhoti con una mueca. Luego se volvió a Choti y a mì, se inclinò y ¡nos tocò los pies también! Nunca en su vida había hecho algo así. Mi madre estaba asombrada; me fijè en que se erguía, súbitamente orgullosa porque el pradhan la trataba como si fuera una persona importante.

Èl siguió intentando convencer al abogado, disculpándose por lo ocurrido y refiriéndose a nosotras como si nos hubiera alimentado y criado con sus propias manos. Yo no sabìa què pensar, sòlo que la amenaza de denunciarle a la policía había surtido efecto y que, tal vez, hubiéramos conseguido realmente nuestra primera victoria. Se estaba haciendo tarde y decidimos volver a casa. Yo no estaba satisfecha; querìa que mi madre me enseñara la comisarià de policía, aunque fuese de lejos.

-¿Dònde està? –le preguntè, tirándole de la manga.

-Ya basta, Phoolan. El pradhan se ha disculpado.

Había sido un gran ultraje que le agarrara de la serpiente, y ahora se humillaba todavía màs tocándonos los pies. Algo no encajaba. En cuanto nos alejamos del despacho del abogado, el pradhan se volvió a mi madre.

-¡Escùchame bien, perra ignorante! –rugì, hecho una furia-. No te saldrás con la tuya. Lamentarès haber nacido...

En Kalpi se había comportado como el mono, sonriendo delante del abogado, y tocándole los pies a mi madre. Ahora le escupìa en la cara. Èl era un propietario rico, jefe de la federación de doce aldeas, el hombre màs importante del distrito, y amigo del sarpanch y de la policía. Phoolan Devi y su familia de mallahs pobres no podrían luchar con èl en su territorio.

Subió de nuevo al taxi con sus hijos, para regresar a la aldea, mientras nosotras volvíamos a casa caminando lenta y penosamente: Choti cojeando, y yo llena de vendas. Ascendimos y descendimos las lomas empinadas de la ribera del Yamuna, donde los buitres acechaban en la oscuridad.

13.

Los hipócritas que se habían reido cuando yo le tiraba al pradhan de la serpiente, que habían considerado tan gracioso que lanzara los cacharros desde la azotea, luego me señalaban por la calle.

-¡Ofendiò al pradhan! –decían-. Le humillò delante de todos. Desde luego, esta chica no tiene vergüenza.

Por aquel entonces, yo debìa de tener quince años. Todas las chicas de mi edad estaban casadas y vivian con sus suegros. Ya no llevaba la marca roja en la frente, y nunca me acordaba de cubrirme la cabeza con el extremo del sari. No me daba cuenta, pero me había convertido en una joven de mala fama, según el criterio de los aldeanos. Los hombres pensaban que podían tratarme como quisieran, porque no pertenecía a nadie, porque no tenía esposo que me protegiera.

Choti se había ido a vivir con sus suegros y sòlo venìa a visitarnos de vez en cuando. Mi hermanito Shiv Narayan era demasiado pequeño para defenderme. Sòlo quedaba la pequeña Bhuri. Tenía unos cinco años, la carita redonda y los ojos grandes y negros. Me seguía a todas partes como un cachorrito.

-Si ves que alguien intenta hacerme daño –le advertí-, ve a esconderte, caso de que sea una mujer. Pero si es un hombre, ¡corre a decírselo a madre inmediatamente!



Procuraba no replicar a los jóvenes que intentaban acorralarme en grupo cuando me veían sola, sobre todo a su jefe, el hijo del sarpanch, que era mucho mayor y más grande que yo. Pero siempre me estaba fastidiando. Una vez, mandò a un chico a nuestra casa con el recado de que su esposa me necesitaba. Acabábamos de despertarnos, era el amanecer, pero mi madre decidió que si precisaban de mì, tenía que ir. El sarpanch era el jefe del consejo de la aldea. Así que seguí al chico creyendo que la nuera del sarpanch tendría trabajo para mì y preguntándome si me pagaría; pero cuando llegamos a la casa, el chico escapò gritando:

-Ya està aquí. He traído a Phoolan.

Era una trampa. Su esposa no se encontraba allí, por supuesto, pero el hijo del sarpanch no estaba solo; había una docena de muchachos con èl. Algunos no eran de la aldea. Escapè corriendo como un rayo, mientras ellos me seguían riéndose a carcajadas.

Después de aquello, no dejó de acosarme. Èl y sus amigos, incluidos los dos hijos del pradhan, los que me habían dado una paliza, solían salirme al paso y sacaban billetes de rupias y me los enseñaban agitándolos. Si conseguía esquivarlos, me tiraban piedras. Al parecer, no podía hacer nada para que me dejaran en paz.

Procurè que Bhuri no se apartara de mi lado, con el objeto de que avisara a mi madre si sucedía algo; pero ella no estaba conmigo, una mañana, cuando volví del río, y no vi al hijo del sarpanch hasta que ya era demasiado tarde.

Me agarrò y empezó a manosearme en presencia de sus amigos. Hasta entonces, se había conformado con decir porquerías cuando me cruzaba con èl, pero aquel día había un brillo malicioso en sus ojos. Yo sabía intuitivamente que aquella mirada significaba peligro. Le abofeteè, aterrorizada. Me soltò y escapè seguida de sus amigos que me apedreaban.

No me había hecho daño, pero estaba furiosa.

-¿Por què me persiguen siempre? –le preguntè a mi madre, indignada.

Ella me hizo sentarme...

-Es por tu... situación –dijo, vacilante-. ¡Dios mío, si ni siquiera pareces una mujer!

El nacimiento me seguía pareciendo tan misterioso como cuando Bhuri había salido del vientre de mi madre. A pesar de lo pequeña que era nuestra casa, nunca habíamos visto a nuestros padres juntos. Y yo nunca había hablado de ello con mis amigas. Había empezado a tener el periodo poco antes de la boda de Choti, pero estaba demasiado ocupada moliendo el trigo para el banquete y no había pensado mucho en ello. Sólo sabía que, de alguna forma, ya era como las chicas mayores. Lo que había ocurrido con Putti Lal y su serpiente, me parecía un castigo perverso e inmerecido. Nadie hablaba de ello, y yo procuraba olvidarlo. Lo asociaba vagamente con lo que los hombres hacían, si conseguían apartar a una joven de la protección de su familia, con el gran peligro que flotaba constantemente a su alrededor.

Durante los dos últimos años, los hombres habían intentado engañarme. Yo era la oveja negra de la aldea; me consideraban sucia, retorcida y malévola. Vivía con el temor constante de que me atrapara alguien porque, ocurriera lo que ocurriese, sabía que siempre me echarían la culpa a mì.

Pedí a mi madre que hablara con el sarpanch del comportamiento de su hijo. Estaba harta de la norma que convertía a las mujeres en víctimas silenciosas que tenían que aceptar la voluntad de los hombres. Y, al parecer, especialmente los hijos de los ricos, podían hacer lo que quisieran. Yo no era la única, por supuesto. Las muchachas nos enterábamos de casos de mujeres que habían sido capturadas por un grupo de hombres, a veces dos o tres, e incluso diez al mismo tiempo, sin que a ellos les sucediera nada, nadie les castigaba. Siempre era ella, hija o esposa, quien cargaba con la vergüenza; y quien recibía el castigo. A veces, el padre o el suegro la echaba de casa por la noche; si eran bondadosos, intentaban

casarla con alguien, con cualquiera. Preguntè a mi madre por què eran asì las cosas, y no supo contestarme.

Accedió a ir a quejarse al panchayat.

Aquella vez fue muy educada y no insultò a nadie.

-Ese joven se comporta impropriamente con mi hija –le dijo al sarpanch-. No deja de acosarla. ¿Por què lo permites? Si la desea, no tiene màs que casarse con ella; de lo contrario, debe dejarla en paz.

Madre sabìa que èl no querìa casarse conmigo. Una chica como yo no tenía ninguna esperanza de conseguir un matrimonio conveniente.

Aunque yo no sabìa lo que había hecho, mi “situación”, como decía ella, me convertía en una mujer con quien ningún hombre querìa casarse.

El sarpanch echò a mi madre del patio.

-Deshazte de esa chica –le gritò-. ¡Dile que acabe ya con tantas tonterias! ¡Es una deshonra para la aldea!

Aquella misma noche, como la explosión de un trueno, supe lo que era el gran peligro, y no en el recodo del río, sino en mi propia casa.

Sería poco màs de medianoche. Mi madre y yo habíamos estado hablando toda la tarde sobre lo que había ocurrido aquella mañana con el hijo del sarpanch. Mi padre nos había aconsejado que no dijéramos nada, a nadie, en la aldea. En adelante, tendría que cuidar de mì misma, procurar no cruzarme con nadie en mi camino y cubrirme siempre la cabeza. Era como si se esperara que cavase un agujero para esconderme. Mi madre y yo nos acostamos en la habitación donde guardábamos el heno. Lo cubrimos con un paño, para hacer un colchòn suave y nos echamos. Cuando me estaba quedando dormida, sentí un escalofrío...

Había percibido algo en la oscuridad. Pensé que sería un fantasma. Mi madre se agitó; también ella lo había oído. Se incorporò inmediatamente y lo que vio la dejó sin habla.

Apartaron la manta y me taparon la boca con la mano.

-¡Quieta, Moola! –dijo una voz-. ¡Quèdate a ver lo que le vamos a hacer a tu hija!

Eran unos cuantos: el hijo del sarpanch, que llevaba un fusil en la mano, y otro hombre que me pareció que había visto antes; pero en la oscuridad no pude reconocer a los demás. Cerrè los ojos, aterrada.

Uno me agarrò las manos y otro me separò los pies y asì, aplastada contra el suelo, les oi insultar y abofetear a mi madre y ordenarle que mirara. Oì también a mi padre, llorando y suplicando...

-Oh, señor, no hagas eso. Por favor, señores, os lo ruego, dejad a mi hija. La sacaremos de aquí mañana mismo. Nos marcharemos de la aldea. Por favor, no lo hagáis...

Mi ànimo vacilaba como una luz de gas que se apaga lentamente.

Los alaridos y los gruñidos, todos los insultos, me parecían muy lejanos. Dos cuerpos, dos violaciones apresuradas. Cerrè los ojos con fuerza y apretè los dientes hasta que me sangraron las encías.

-Ya ves lo que pasará, Moola, si vuelves a decir cosas como las que dijiste hoy. Ya veremos si ahora intentas arruinar mi vida.

Se marcharon como habían llegado, saltando la tapia, sin añadir una palabra. Corrí a los brazos de mi madre.

-¡Amma! Ayúdame –supliqué-. ¡Quiero morirme! ¡Quiero tirarme al pozo!

Bhuri y mi hermanito sollozaban en un rincón.

-Le han hecho daño a Phoolan –dijo Bhuri.

Estaba demasiado oscuro para que hubieran visto lo que había ocurrido y eran demasiado pequeños para entenderlo, pero mis padres lo habían visto todo... Había ocurrido delante de ellos, en su propia casa.

Mi madre me mirò, moviendo la cabeza.

-¿Què he hecho yo para merecer una hija como tù, Phoolan? ¿Por què te traje a este mundo? ¡Me avergüenzo!

Padre cerrò la puerta con cuidado y le indicò a mi madre que se callara. Tendríamos que guardar silencio, sin contárselo a nadie, ni llamar la atención.

Yo casi no podía ni respirar. Me ahogaban el dolor y la humillación. Lo que me había ocurrido de niña con Putti Lal había sido terrible, pero no resultaba una deshonra pública, porque estaba casada con èl. Le pertenecía, y eso significaba que podía hacer conmigo lo que quisiera. Esta vez era diferente. Comprendì por fin en què consistìa el peligro del que hablaba siempre mi madre, comprendì que mi vida estaba destrozada. Sòlo nos quedaba una salida: continuar callando, cerrar las puertas, cubrirnos la cabeza, ocultarlo todo. Pero yo no sabìa si podría sofocar mi voz, ni si alguna vez volverìa a dormir...

-¡Quiero morirme, amma! –sollocè.

-¡Cállate, càllate! –insistiò mi madre-. ¿Quieres que todo el mundo se entere de lo que te ha pasado?

No la escuchè. Seguì llorando de rabia y desesperación.

-¿Por què a mì? Quiero que los apaleen. Quiero que los castiguen. ¡Quiero matarlos!

Me resultò imposible conciliar el sueño. Pasè la noche pensando en ello y, una y otra vez, mis lúgubres y terribles cavilaciones me conducían a una sola idea: buscar a alguien que me ayudara. Ansiaba vengarme. Deseaba que alguien les hiciera lo mismo a sus esposas, para que supieran lo que es morir de vergüenza y humillación.

No dormirìa hasta que encontrara a esa persona, pues era consciente de que no podía hacerlo sola. Entonces recordè a mi primo Kailash...

Era hijo de la hermana de mi padre. Un mallah, como nosotros, que vivìa en una aldea llamada Teonga, a la otra orilla del Yamuna.

A mi padre no le caìa muy bien. Decía que venìa demasiado por nuestra casa. Andaba siempre a mi alrededor, pero a mì me parecía bastante amable, y una vez me había dicho:

-Si alguien te hace daño, házmelo saber y yo me encargarè del asunto.

Bajè corriendo al río antes del amanecer, sin que me viera mi madre. El barquero estaba medio dormido, y ni siquiera me preguntò adònde me dirigía. Cruzè el Yamuna y seguì mi carrera hasta la aldea de mi primo. Le expliquè todo lo que había ocurrido. Me mirò excitado.

-Bien, les haremos una visita. Irè mañana, con dos amigos y sabrán lo que es bueno. Ahora siéntate aquí, a mi lado.

-¡No! ¡Tenemos que hacerlo ahora mismo!

-Te he dicho que mañana. Quédate hoy aquí, conmigo, y mañana...

Dio unas palmaditas en el khat, a su lado.

-¡Sois todos iguales!

Regresè al río sollozando. Todavía lloraba cuando, al entrar en el patio, mi madre me agarrò del pelo.

-¿Dònde has estado? Te avisè que no salieras de casa.

-Fui a ver a Kailash, a pedirle que me ayudara.

-¡Nadie te ayudará! Nadie va a hacernos ningún favor. ¿Què te imaginas que hará tu primo?

-Nada –contestè-. Tienes razón. Nadie moverà un dedo por nosotros.

Me encaminè hacia la puerta.

-¿Adònde vas ahora?

-A cortar un poco de hierba. No soporto quedarme aquí encerrada.

-No vayas sola. Que te acompañe Kunjan.

Kunjan era la hija de un vecino. Cuando el dìa anterior les habíamos contado a todos que el hijo del sarpanch me había agarrado e intentado sobarme, su madre fue la única en oponerse a la opinión general de que debíamos callarnos y de que no estaba en nuestras manos hacer nada. Mencionò incluso a un thakur que se encontraba en la aldea llamada Narihan, y que quizá estaría dispuesto a proporcionarnos auxilio. Yo, en realidad, no comprendìa quièn era, pero sì sabìa que era rico, y que los thakures eran màs poderosos que los mallahs. Me propuse encontrarle.

Kunjan me llevò a ver a su madre. El thakur del que había hablado se llamaba Phool Singh. Era “mujiya”, jefe de la aldea, y pertenecía a una casta superior a la nuestra. La madre de Kunjan me comentò que tenía algùn pleito con nuestro sarpanch.

Cogì la hoz, como si fuera al campo a segar hierba, y me marchè con Kunjan a la aldea de aquel hombre, sin avisar a mi madre. Seguimos el Yamuna màs o menos kilòmetro y medio. Yo caminaba con los dientes apretados. Mi còlera no se aplacaba. No había comido, ni dormido, ni me había bañado ni siquiera me había lavado la cara desde que aquello había ocurrido. Sòlo podía pensar en una cosa: venganza. Y sabìa que sola, sin la ayuda de nadie, no conseguirìa la justicia que deseaba.

Al llegar a la aldea, vimos un grupo de hombres reunidos junto a un gran silo. Les preguntamos por el thakur.

-Yo soy Phool Singh –respondiò una voz atronadora-. ¿Quiénes sois vosotras?

Era un hombre alto y delgado. Dado que era thakur, mantuve una respetuosa distancia. Además, me di cuenta de que me resultaba imposible articular palabra alguna. No lograba ni pronunciar mi nombre.

-¿De dònde sois?

-De Gurha Ka Purwa.

-¿Y què querèis? ¿Buscàis trabajo? Porque si es asì, aquí no hay nada para vosotras.

Me echè a llorar, negando con la cabeza. Me pidiò que me acercara; su tono había cambiado. Me inclinè para tocarle los pies y luego le expliquè lo que había ocurrido. Al comienzo de mi relato, apenas sì salìa de mi garganta un fino hilo de voz, pero poco a poco, me fui sintiendo màs segura. Hablar de ello con alguien me procuraba cierto alivio. El hombre escuchò en silencio. Le expliquè todo lo que les està prohibido mencionar a las chicas deshonradas. Le di el nombre de quièn dirigía la pandilla y lo que había amenazado con hacer si nos quejábamos. El thakur parecía escandalizado.

-Volved a vuestra aldea –me dijo-. Me encargarè de ello esta noche.

-Por favor, ¿puedo quedarme aquí hasta que vayàis? Según mi madre, nadie ayuda a la gente como nosotros.

-No, no podèis. Tenèis que volver a vuestra aldea. ¡Pero puedes estar segura de que irè esta noche!

Su actitud decidida me asustò, aunque todavìa no le creìa. Estaba convencida de que no irìa. ¿Por què iba a hacer algo para socorrer a una pobre chica mallah como yo? Le di las gracias cortésmente y regresè con mi amiga por el sendero del rìo, cortando algo de hierba por el camino. Si mi madre llegaba a saber que había hablado, y no digamos todo lo que había contado, me ganaria una buena paliza.

Seguì pensando en ello mientras le daba de comer al ganado en el establo. Era como si mi mente se negara a aceptar lo que había ocurrido. Me resultaba imposible dormir, sentarme, guardar silencio. Mi madre tenía razón, yo no era como las otras chicas. Algo en mi interior me impedía admitir que, ante los golpes y humillaciones, me estaba vedado responder. Mi hermana seguramente se habría matado. Ella

habría obedecido la ley en silencio. En cambio, yo, no sólo no respetaba ninguna de aquellas normas, sino que ni siquiera creía en nada. Estaba convencida de que el thakur no se presentaría. Él despreciaba a la gente como nosotros. Comprendí que no le importaba lo que me había pasado y decidí intentar alguna otra cosa.

-¿A dónde vas, Phoolan?

-¡A ningún sitio, sólo al patio...!

Corrí como el viento hasta la orilla del Yamuna y lo crucé de nuevo. Me planté ante Kailash:

-¡Haré lo que quieras si vienes ahora mismo conmigo!

Traté de obligarme a entrar en su dormitorio. Empecé a sollozar otra vez, mientras me mordía los labios para contener la cólera. Si era incapaz de ayudarme a mí misma, ¿quién iba a hacerlo? Me habían vejado delante de mis padres. ¡Necesitaba vengarme! Kailash estaba borracho, casi no se tenía en pie. Le tiré al suelo de un empujón y escapé corriendo.

-¡Perros! –grité-. ¡Sois todos unos perros!

Ya había oscurecido, y el barquero me miraba de forma extraña también. había cruzado el río hasta Teonga dos veces en un solo día y mi aspecto debió de asustarle. Estábamos casi a finales de octubre y empezaba a refrescar, pero yo no sentía nada, ni hambre, ni frío, ni fatiga. Me sentía sucia, sólo eso, me sentía humillada. Ansiaba tirarme al río y lavar aquella mancha espantosa. Quería atarme las manos y los pies y ahogarme. Palpé una cuerda al fondo de la barca, bajo los pies, y empecé a atármelos en la oscuridad. Nadie tenía intención de auxiliarme, sólo deseaban hacerme daño. Su único propósito era golpearme, humillarme o echarme de la aldea como un perro.

-¿Qué haces ahí, con esa sogá?

La voz del barquero me sacó de mis lúgubres pensamientos. Me sorprendí preguntándome cómo iba a atarme las manos... De todas formas, si me mataba, me dije, no podría vengarme. Así que decidí vengarme antes, aunque tuviera que morir después. Comprendí que, en realidad, no cambiaría nada. La gente seguiría considerándome una mala mujer, mi madre continuaría pegándome y yo no dejaría de ser el objeto de los acosos e insultos de los hombres de mi aldea. ¡Pero antes acabaría con él! Iría a casa, cogería la hoz y le rebanaría el cuello...

Cuando ascendía la cuesta desde la orilla, encontré a mis padres esperándome. Al ver su rostro pálido y asustado, pensé que alguien les había dado otra paliza.

Mi madre me agarró otra vez del pelo.

-¿Dónde has estado?

Como me daba igual lo que me hiciera, respondí que había ido a ver a Kailash. Únicamente deseaba vengarme, que alguien humillara a la esposa del hijo del sarpanch, como me habían humillado a mí.

-¡No hables tan alto!

No me importaba que nos oyeran.

-¡Entra en casa!

Había pasado algo. Creí que mi madre iba a abofetearme, pero me hizo entrar en el patio y mi padre echó rápidamente el cerrojo.

-¿Dónde has estado, Phoolan? Dime la verdad, has ido a Narihan...

Fue entonces cuando me abofeteó.

-Lo sabía –afirmó ella, con resignación-. Ha venido un hombre alto, un thakur. Eran unos veinte, a caballo, y llevaban fusiles. Acudiste a él, ¿no es así?

¡Era verdad! ¡Había cumplido su palabra y yo no estaba allí!

-¿Por qué lo hiciste? ¿Es que estás mal de la cabeza?

Mi padre salió en mi defensa por una vez en su vida.

-Dèjala ya. No haces màs que pegarle. Ya le han hecho bastante daño.

-¿Què ha pasado? –preguntè. Estaba ansiosa por saberlo.

-Supone màs vergüenza para nosotros. Toda la aldea habla de ello. ¿Es que no puedes estarte callada? ¿Por què no me haces caso nunca, Phoolan?

A veces no entendía a mi madre. Lo mismo me animaba a defenderme, como me decía que me tapara la cabeza. La humillación que yo había sufrido era también la suya; la desgracia de la que ella había intentado proteger a sus hijas durante tanto tiempo, ya había caído sobre nosotros. Yo deseaba gritar el nombre del responsable de aquel crimen y ella pretendía que guardara silencio. Pero, para mì, el silencio era una humillación añadida.

Me enterè de lo sucedido gracias a la pequeña Bhuri. Nos escondimos en la oscuridad y, susurrando, excitada, me lo contò.

Amma estaba enfadada porque unos hombres vinieron a la aldea y fueron a casa del sarpanch. Todo el mundo salió a verlos. El sarpanch y su hijo no estaban en casa, así que golpearon a las mujeres y a una le quitaron el sari delante de todos. Y las insultaron a voces.

A la mañana siguiente, las otras chicas me informaron de que la mujer a quien un thakur le había quitado el sari era la esposa del sarpanch. Y que le había advertido que si su familia seguía maltratando a las mujeres pobres de la aldea, èl y sus hombres volverían y le harían a ella lo mismo.

Me puse muy contenta, sentía una alegría nueva. Me habían vengado, me había librado de la vergüenza. Corrí por la aldea hasta la casa del sarpanch.

-¿Volveràs a portarte mal ahora? –le increpè.

Salió el sarpanch en persona.

-¡Vete de aquí! ¡Como vuelva a verte, cojo el fusil y te pego un tiro!

-¿Ah, sì? ¿Me pegaràs un tiro? Es a tu hijo a quien habría que pegárselo.

Llegó mi madre aterrada y me sacò de allí.

-Pero, ¿què haces ahora? –me dijo, arrastrándome hacia casa-. ¿Còmo puedes hablarle así al sarpanch? ¿No ves que iràn a por ti de nuevo?

Y una vez màs, era yo quien tenía que esconderme.

Mi madre me encerrò en casa.

-Làvate, péinate y come algo. Pareces una loca.

Volví a llorar, pero mis làgrimas eran làgrimas de alivio.

Seguí haciéndolo hasta que anocheció. Lloraba de alegría por lo que le había hecho el thakur a aquellas mujeres y, acto seguido, me enfurecía de nuevo porque no me bastaba con aquello. Además, me sentía aterrorizada por la diferencia que existía entre las mujeres de la aldea y yo. Llegué a la conclusión de que me temían debido a que yo no aguantaba las cosas que soportaban ellas. Sin embargo, me faltaba el valor suficiente para declarar la verdad a voces.

En realidad, no había roto el silencio. Cuando el jùbilo de mi silencio empezó a desvanecerse, comprendí que había hecho algo peor. Recabando la ayuda de alguien que pertenecía a una casta superior, había traicionado a la mìa. Comprendí también que los thakures de Narihan me había ayudado sòlo porque les convenía. Recordè lo que había comentado la madre de Kunjan respecto al pleito que Phool Singh mantenía con nuestro sarpanch. Si había ido a la aldea no había sido por mì. Yo les había servido de pretexto. Aun así, su intervención me había reconfortado. Había rezado mucho a la diosa suplicándole que me vengara, y esta vez me había escuchado.

Aquella misma tarde se celebrò una asamblea en el panchayat y un aldeano se presentò en casa para comunicar a mis padres que debían estar presentes. El tema de la asamblea era yo. Se proponían

decidir mi destino y, por supuesto, a mí no me invitaron. De todos modos, resolví asistir. Seguramente encontrarían la forma de echarme de la aldea. Hacía mucho que querían hacerlo. Ya ni siquiera me importaba.

Los miembros del panchayat se habían reunido en la puerta de la casa del sarpanch, bajo el gran árbol del paraíso. Pude verlos a la luz de las lámparas de aceite mientras, pegada a los muros de las casas, me acercaba sigilosamente por detrás. Llegué hasta la plataforma que había junto al árbol y, acurrucada bajo la misma, escuché lo que decían.

Hablaban de un anciano llamado Sonelal, que había enviudado y que debía un favor al sarpanch.

-Podríamos casarla con él...

Huí a toda prisa, llena de rabia. ¿Qué derecho tenían ellos a decidir por mí? Aquellos hombres nunca me dejarían en paz; ahora pretendían casarme con algún viejo para que me alejara de allí y me maltratara. Cuando mis padres volvieron, me hice la dormida. Debía tomar una decisión, aunque las alternativas no eran muchas: escaparme o esperar a que vinieran a buscarme. Mi madre estaba desesperada; mi padre parecía agotado. Me pregunté si habrían intentado defenderme.

-Lo han decidido, Phoolan. Van a casarte con el criado del sarpanch. Ya no está en nuestra mano protegerte. Les has provocado demasiado.

-Me esconderé.

-¿Dónde? Nadie te ayudará. Es de noche. ¿Adónde irás completamente sola?

-Tengo que pensarlo...

Salí de la habitación y subí a la pequeña azotea, bajo las estrellas. Al menos me resultaría posible vigilar si alguien se acercaba. Tardé un buen rato en convencerme de que aquella noche no vendrían. Escuché los sonidos de la aldea: las voces de los animales y el susurro del viento en las hojas. Era demasiado peligroso esconderse allí, no podía confiar en nadie. Incluso una persona como la madre de Kunjan acabaría delatándome. Hubiera preferido que me expulsaran de la aldea, antes que casarme con un viejo que había trabajado con el sarpanch. Aquello era como entregarse al sarpanch, su hijo y sus secuaces. Mi venganza había sido una mentira. Empecé a comprender que ellos seguían detentando el poder: sobre la vida y la muerte. Sólo me quedaba una esperanza: huir a la aldea de Rukmini. Se hallaba lejos, así que nadie haría el camino hasta allí para buscarme. Los parientes políticos de Rukmini eran prósperos. Habían asustado a tío Bihari. Con un poco de suerte, estaría a salvo.

Pero tendría que pedirle a mi madre cinco rupias y marcharme sola. Decidí hacerlo. Mis padres había sufrido la mayor humillación. Su hija había sido deshonrada en su propia casa, en su presencia, y ni siquiera les estaba permitido protestar. ¿A quién podían acudir? A la policía no. Lo sucedido resultaba no sólo demasiado vergonzoso, sino también demasiado habitual. Las mujeres deshonradas como yo tenían que cumplir la ley del silencio para salvar tanto su vida como el honor de la familia. No había otra salida. La policía nunca me defendería. Para ellos yo carecía de derecho alguno, sólo era una mujer más, de casta inferior, que ni siquiera contaba con la protección de un hombre.

La noche fue larga. La anterior no había dormido y tampoco ésa lo hice. Deseaba librarme de mi cuerpo. Me repugnaba.

Al día siguiente, a mediodía, me dispuse a salir, como de costumbre, para recoger a mi hermano pequeño en la escuela, pero antes, le pedí a mi madre dinero. Nunca lo había hecho.

-¿Para qué quieres cinco rupias? ¿Qué vas a hacer con ellas?

-Nada, no te preocupes.

Me miró con recelo un momento. Pero luego me entregó las rupias y yo las guardé cuidadosamente bajo el sari, en la cintura. Me había comprendido, de lo contrario no me las habría dado. Ella sabía que huir

era mi única posibilidad y, aunque no pudiera decidir por mí, sí podía apoyar la resolución que yo tomase. Me llevaría mi vergüenza conmigo, librería a la aldea de mi presencia.

Encontré a Shiv Narayan y me arrodillé a su lado.

-Escúchame bien, Shiv –le dije-. Vuelve a casa solo y dile a madre que yo he tenido que ir a un sitio.

Mi hermano se echó a llorar.

-¡Vas a morirte, Phoolan!

-No, no me ocurrirá nada. No tengas miedo, ve a casa.

Supuse que había oído a alguien en la escuela hablar sobre el suicidio, por eso tenía miedo de que yo lo llevara a cabo. Pero yo estaba decidida a sobrevivir.

14.

-¿Quién es? ¿Qué quieres a estas horas?

Era la voz de Rukmini.

-¡Soy yo! –contesté. Había tardado todo el día y la mitad de la noche para llegar hasta allí. Como el viaje costaba doce rupias, no me quedó más remedio que desprenderme de mis brazaletes para entregárselos al conductor. El autobús iba lleno de hombres. Me estremecía cada vez que uno me miraba. Luego había cruzado el bosque en la oscuridad, pensando aterrada que me seguían, temiendo que los árboles tendieran sus ramas hacia mí y me cogieran.

Se abrió la puerta y Rukmini alzó una linterna.

-¡Phoolan! –exclamó-. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado sola?

Me hizo pasar; me examinó de pies a cabeza: llevaba dos noches sin dormir, tenía el sari roto y los pies negros. Rukmini llamó a su esposo.

-¡Mírala! Mira en qué estado se encuentra. ¡Y ha venido sola!

Enseguida empezaron a hacerme preguntas, deseaban saber lo que había sucedido. Yo no aguantaba en pie un segundo más. Me dejé caer en la paja del patio, sollozando de alivio.

No había hecho otra cosa en todo el día: sollozar, de angustia y miedo. Lo que más temía era la posibilidad de que Rukmini no me aceptara en su casa, para evitar represalias contra su familia. Iba a quedarme con ellos. Me sentí reconfortada, y profundamente agradecida, porque me habían ofrecido seguridad, paz y compasión.

Su esposo echó un poco de agua en una palangana y me la trajo. Rampal era alto, de nariz afilada y frente ancha.

-Pobre Phoolan –dijo con su voz afable y atenta-. Lávate los pies y descansa.

Mi hermana me dio un chapati y un plato de lentejas.

Después de lavarme, comer y beber un poco de agua, fui capaz de explicarles lo que había ocurrido. Al hacerlo, comprendí lo que suponía haberme marchado. Mis padres se preocuparían por mí, y el sarpanch, Mayadin y los demás se pondrían furiosos cuando descubrieran que, una vez más, les había desafiado, escapando de sus garras.

A la mañana siguiente, Rukmini me pidió un favor. Era ya madre de cuatro hijos, tres chicos y una chica. El más pequeño sólo tenía seis meses y mi hermana estaba embarazada otra vez. Aunque la familia de su esposo era más rica que la nuestra, Rampal era pobre. Perteneía a la misma casta que nosotros. Las paredes de su casa estaban cubiertas de barro, como la nuestra, por lo que me había resultado tan fácil



reconocerla cuando llegué en plena noche, ya que las otras eran de cemento y ladrillos. Rukmini creía que no conseguirían suficiente comida para alimentar a otro hijo. Además, carecían de la ropa necesaria para los cuatro niños; ni siquiera poseían khats para todos.

-Voy a abortar. Aquí, puedes acompañarme... Rampal no está de acuerdo, quiere que tengamos también este hijo, pero yo sé que nos resultará imposible criarlo.

-Quédalo –le rogué. ¡Por favor, os arreglaréis!

-No lo entiendes, Phoolan. Si fuera otra niña, moriría de hambre. Ahora sé por qué siempre se quejaba madre.

Estaba completamente decidida. Le habían hablado de una clínica de Etawah, una ciudad grande, donde practicaban la operación gratuitamente, y me explicó que, al mismo tiempo, podían esterilizarla, así no volvería a quedarse embarazada. Quería que yo la acompañara para cuidar del bebé, mientras Rampal se quedaba en casa con los otros tres niños. Rukmini era feliz con su esposo, y nunca se me hubiera ocurrido pensar que pudieran ser más pobres que nosotros, pero así era. Mi hermana no tenía nada. Hasta resultó un problema reunir el dinero para ir a Etawah en autobús. Conté y reconté las rupias antes de guardarlas en el sari.

Se sintió aliviada cuando estuvimos en el autobús. No le preocupaba nada la operación. Me explicó que el médico era una mujer y que el Gobierno había hecho una campaña en el distrito para convencer a las mujeres de que trajeran menos niños al mundo.

Me quedé fuera con el pequeño Chunna mientras ingresaban a mi hermana. Hacía frío, yo no tenía ni un chal con el que cubrirnos y el bebé no dejaba de llorar. Los sostenía en mis brazos, ¡estaba tan delgado! En el hospital me dieron un poco de leche en polvo y agua y pasé el resto del día mojando un trocito de tela en leche y dándoselo para que lo chupara.

Recordé el día que nació Bhuri. Nuestra madre decidió que nosotras nos ocuparíamos de alimentarla como pudiésemos. Rukmini tenía ahora veinte años y cuatro hijos, y la misma situación que mi madre. El bebé era tan pequeño y tan frágil que, al echarme a dormir en el suelo de la sala de espera, sentí ganas de llorar con él.

Al día siguiente por la mañana, vino Rampal a sustituirme. Me acompañó a casa con el bebé, y después regresó a la clínica para estar cerca de Rukmini.

Durante los ocho días siguientes estuve muy ocupada. Lavaba y limpiaba. Alimentaba a los niños y acunaba al bebé para que se durmiera. Me parecía más delgado cada día que pasaba y no cesaba de llorar. Tenía tanto que hacer que no volví a pensar en lo que podía estar ocurriendo en la aldea. Pero aun cuando hubiera pensado en ello, no habría llegado a imaginar que, mientras cuidaba a los hijos de mi hermana, me había convertido en una delincuente...

-¿Has ido a algún sitio, Phoolan? –me interrogó Rampal cuando volvió de la clínica con Rukmini. ¿Has salido de la aldea?

-No.

Me pareció que dudaba.

-¿Estás completamente segura de que no te has movido, de que no has visto a nadie?

¿A dónde podía haber ido, me dije, con cuatro niños pequeños agarrados a mi sari? Rampal se dirigió a los niños y les preguntó si les había dejado en algún sitio o con alguien, aunque sólo hubiera sido un momento. Le repondieron que no.

-¿Pero, por qué insistes, jeeja? –inquirí-. ¿Qué pasa?

-Te acusan de ser una “dacoit”.

-¿A mí? ¡Una dacoit!

Había oído antes aquella palabra, pero no sabía lo que significaba. Padre nos decía que no fuéramos al bosque porque había dacoits, y yo siempre pensé que eran demonios terroríficos. Rampal me explicó que el sarpanch y Mayadin habían sido víctimas de un dacoit. Pensé que lo tenían bien merecido.

-Se llevarían un buen susto –apuntè, esperanzada.

Rampal alzò los brazos y movió la cabeza exasperado.

-Phoolan, por favor, ¿te haces la tonta o es que de verdad no sabes lo que es un dacoit?

Rukmini salió en mi defensa.

-¡Déjala en paz! –dijo-. ¿Cómo va a saberlo?

También ella imaginaba que era el nombre de una criatura que vivía en la selva, y que tenía cuatro brazos, cuatro orejas, una mandíbula inmensa y dientes enormes.

-¡Un dacoit es un bandido, un ladròn! –explicò Rampal-. El sarpanch y Mayadin te han acusado. Dicen que hubo un robo en la aldea, en la casa de Mayadin, y que lo hiciste tú. Es muy grave. Allí nadie habla de otra cosa.

Y así fue como aquel día de invierno, con casi dieciséis años, descubrí lo que era un dacoit. Los monstruos a los que mi padre se refería, cuando nos decía que no fuéramos al bosque, eran bandidos.

No tenía la menor idea de lo que se suponía que había hecho, pero aquella falsa acusación sería un punto crucial en mi vida.

A partir del momento en que el thakur de Narihan se había presentado para amenazar al sarpanch, y yo había huido, la imaginación de los ancianos de mi aldea me había convertido en una dacoit. Ya no les bastaba con que mi marido me hubiera repudiado y luego hubiese sido humillada hasta las capas más profundas del ser; ahora me consideraban una delincuente. Tenía que haberme arrojado al pozo. Pero yo seguía sin saber por qué me odiaban tanto. Conocía poco el mundo y sus leyes. Había rechazado el destino que me correspondía por nacimiento; había huido de mi aldea, de mi familia y de mi comunidad. Èse era mi único delito. Y ahora querían aplastarme, eliminarme definitivamente.

Pocos días después, supimos que había detenido a mis padres. Decidí volver a mi aldea, tenía que enfrentarme a la acusación, si no quería que mis padres pagaran por un delito que yo no había cometido.

Rampal me acompañò. Por el camino, nos paramos a beber en una bomba de agua y Rampal le preguntò cautelosamente a un labriego, si sabía algo de un robo que había habido en la zona.

-Oímos unos disparos, unas explosiones, y la gente dijo que había sido una dacoit, esa chica que se escapò. Se armò un gran jaleo, y ahora la están buscando.

Rampal quería que regresáramos a su aldea:

-Te detendrán –me advirtió- y yo no podrè hacer mucho para impedirlo.

Pero yo ya me había decidido. En la aldea siguiente, algunos vecinos nos aconsejaron que no siguiéramos el río, que tomásemos la carretera que bordea las montañas, pues se habían enterado de que había dacoits en la zona. Esa dacoit, me dije, soy yo. Rampal creía que, si llegaba conmigo hasta mi aldea, le detendrían a èl también. no podía arriesgarse a dejar solos a Rukmini y a los niños.

En el último tramo, me dejó en una barca para que hiciera el resto del viaje sola. El barquero me observaba atentamente, mientras cruzábamos el río.

-¿Eres tú uno de los que cometieron el robo? Si vuelves, la policía te detendrá.

-Lo sè –le dije.

El Yamuna brillaba en la noche invernal. La barca se balanceaba al ritmo del viento helado. Me reí, temblando, al pensar que Phoolan Devi, la supuesta dacoit, volvía al escenario de sus crímenes. Reí entre dientes, nerviosa, desolada.

15.

-¿Quiè eres?

-Phoolan, hija de Devidin.

La barca se detuvo en la orilla del Yamuna, junto a mi aldea. En cuanto puse los pies descalzos en la arena me apresaron unos hombres que esperaban allí. Me ataron los tobillos con una soga como a un buey y mandaron a alguien para que avisara a la policía de la comisaria de Kalpi.

Hicieron una fogata con leña húmeda que echaba mucho humo y se sentaron a esperar.

Llevaban guerrera y aunque me habían atado no me inspiraban temor. Parecía que lo hubieran hecho por su propia seguridad. En el viaje a la aldea de Rukmini, me habían parado unos policías que iban armados con fusiles y vestían uniforme. Me preguntaron qué hacía sola. Era la primera vez que hablaba con la policía y me asusté. Empleaban un lenguaje decente, como los hombres de la aldea que contrataban los ricos para vigilar los cultivos y que se creían con poder sobre los pobres. Aquellos otros policías, si es que lo eran, seguramente esperaban una recompensa por capturarme.

-¿De verdad eres una dacoit? –preguntó uno.

-Nadie lo diría, ¿verdad? ¡Capaz de asaltar la casa de Mayadin, tan joven!

-No fui yo –les dije-. Yo no he hecho nada. ¿Qué se supone que he robado?

No lo sabían. A ellos simplemente les habían mandado vigilar el río, registrar a los pasajeros de las barcas y detener a la joven bandida Phoolan Devi.

-Toda la aldea está al tanto de que perteneces a la banda que robó en la casa de Mayadin. El sarpanch asegura que estabas con ellos y que eres una dacoit.

Miré fijamente al fuego, procurando ignorar las sombras que me rodeaban y las punzadas de hambre e incertidumbre en el estómago. Me retuvieron allí, alejada de la aldea, atada como una fiera salvaje. Pasé toda la noche a la orilla del Yamuna, preguntándome dónde estarían mis padres, temiendo que les hubieran encarcelado.

Era un amanecer oscuro y neblinoso. Todavía no había salido el sol cuando llegaron otros cuatro policías. Llevaban un uniforme caqui, botas gruesas, lathis y fusiles. Sin mediar palabra empezaron a apalearme con sus bastones de bambú duro acabados en punta de hierro. Situados dos a un lado y dos al otro, me golpeaban sin cesar brazos y piernas. Intenté incorporarme. Me tiraron otra vez al suelo, me insultaron y siguieron apaleándome y dándome patadas.

-¡Yo no lo hice! –grité, intentando esquivar los golpes-. ¡Yo no estaba en la aldea! ¡Yo no he hecho nada! Estaba en el hospital acompañando a mi hermana...

Como no sabía firmar, habían puesto la huella digital en el registro del hospital y habían escrito mi nombre encima.

-¡Preguntádselo a Rukmini! ¡Por favor, preguntad en el hospital!

Pero todo era inútil. Ya podía yo pregonar mi inocencia, que a ellos les tenía sin cuidado. Cuando al final terminaron sus ejercicios matinales, me pusieron de pie y nos dirigimos a la aldea. Me llevaron directamente a la casa de Mayadin y en la puerta volvieron a apalearme. Entonces lo hicieron con más saña todavía. Me despellejaron los brazos y las piernas. Me chorreaba la sangre por los miembros en carne viva. Gritaba de dolor. Acudieron los vecinos y se acurrucaron en el aire helado de la mañana, a observar la escena desde una prudente distancia. Una paliza era un espectáculo bastante corriente allí y ya habían visto cómo me apaleaban otras veces.

Vi a mi hermano pequeño a pocos metros, sollozando y escondiendo la cara.

-Dejad en paz a mi hermana –gritó-. ¡Dejadla!

Y entonces, entre la bruma de las lágrimas, distinguí a mis padres agachados delante de un policía.

-¡Malditos perros! ¿Es que no habéis sabido disciplinarla? –les gritò, golpeándoles furioso también con el lathi-. ¡Habèis permitido que se una a los dacoits! ¡Ha saqueado la casa de Mayadin!

Yo ni siquiera podía gritar, no tenía voz. Había dejado de sentir los palos y las patadas. Llevaba el sari rasgado. Y sentía los huesos rotos. Me obligaron a levantarme y me empujaron con los cañones de los fusiles.

-¡Camina, perra! ¡Camina!

Avancè tambaleante, con dos policías delante y dos detrás. Ordenaron a mi padre que nos acompañara. Èl obedeció sin rechistar, muerto de vergüenza. Ni siquiera me mirò cuando salimos de la aldea hacia Kalpi.

La comisaría de policía de Kalpi estaba llena de gente. Allí, charlando con el comisario, tomando tè, instalados como en su casa, estaban mis acusadores: el sarpanch, el pradhan y Mayadin con su segunda esposa. Le estaban explicando que me había llevado objetos valiosos de casa de Mayadin.

La esposa de Mayadin, la que andaba siempre por la aldea dándose aires, la que yo no había querido despiojar, dijo que estaba segura de que lo había hecho yo.

Los policías se dirigieron a mì.

-¡Habla! –me gritò uno-. ¿Dònde està el resto de la banda? Dànos sus nombres.

Me quedè helada.

-¿Quièn te crees que eres? Hemos tratado con rufianes peores que tù.

Empezaron a pegarme otra vez, delante de todo el mundo.

Les supliqué que me dejaran explicarme, pero no me hicieron caso. Ellos sòlo querían creer a Mayadin; se negaban incluso a escucharme.

-Hacedla confesar rápidamente para que podamos volver a casa todos –intervino Mayadin.

Estaba disfrutando. Se reía como un mandril, al ver que la policía me atormentaba, porque èl lo ordenaba.

-Haced lo que sea necesario para que no tengamos que volver a verla, haced lo que queràis. ¡Es una sucia zorrilla!

Yo no tenía nada que confesar. Mi único delito era haber nacido en una familia pobre y tener que luchar con Mayadin por la tierra que su padre le había robado al mìo, a mi pobre padre, que estaba allí llorando solo en un rincón. Nunca había sabido defenderme de los hombres que querían herirme y torturarme. Ahora era yo quien le ayudaba a èl y Mayadin no soportaba que lo hiciera.

Cuando mi padre intentò hablar al fin, le golpearon también.

-¡Confiesa, perra! ¡Dinos lo que robaste!

Siguieron así hasta la noche, y entonces nos encerraron juntos en una celda. Las paredes eran de cemento pero el suelo era de tierra dura, como el de nuestra casa. Nos abrazamos, acurrucados en un rincón.

-Amma ha ido a buscar al abogado –me dijo èl, en voz baja-. No tardarà.

Luego cerrò los ojos y se puso a rezar...

Al día siguiente por la mañana, me sacaron de la celda. No había ningún abogado, sòlo màs policías. Habían venido de otras aldeas con Mansuj, el pequeño cuñado miope de Mayadin, que trabajaba para la policía. Debían de ser por lo menos doce. Había uno en particular, un inspector jefe, que propuso hacerme unas cosas horribles. Mansuj me mirò furtivamente un rato y luego afirmó:

-No es peligrosa. Podèis hacer con ella lo que queràis, la putilla no dirà nada.

Tenía razón.

Nunca dije una palabra de lo que ocurrió en los tres días y tres noches que pasè en aquella comisaria. Me sentía demasiado avergonzada, demasiado humillada por lo que me habían hecho, y tenía demasiado miedo. Me amenazaron con arrestar a toda mi familia si se lo contaba a alguien...

Me devolvieron a la celda. Mi padre estaba acucillado en un rincón con las manos en la cara. Me dejè caer en otro rincón, frente a èl, derrotada por los insultos y los golpes, sin saber todavía que la humillación que me habían obligado a soportar hacia apenas dos semanas en mi propia casa estaba a punto de repetirse. Pero mi padre sì lo sabìa. Se arrastrò hacia mì de rodillas y me susurrò:

-No permitas que te lleven, Phoolan. No dejes que te saquen de aquí.

No me llevaron a ningún sitio. Me desnudaron allí mismo, en la celda, me arrancaron el sari, la blusa y las enaguas. Me dejaron desnuda delante de mi padre...

Èl cerrò los ojos y se volvió de cara a la pared.

Me tiraron al suelo y empezaron a pegarme otra vez.

-¡Confiesa que lo hiciste tù! ¡Admítelo! ¡Maldita perra! ¡Confiesa de una vez!

Entonces dije lo que querían oír.

-¡Sì! Sì, señor.

-¿Fuiste tù, verdad?

-Por favor, señor, no me peguéis màs.

-Eres culpable. Eres una dacoit.

-Sì, señor.

Mi padre estaba hecho un ovillo, muerto de vergüenza, con los brazos sobre la cabeza. Me apaleaban a mì y lloraba èl. Veìa còmo se agitaban sus hombros, mientras sollozaba.

Después los policías me sacaron a rastras, desnuda, y me llevaron así por el corredor a otra celda. Me dejaron allí tendida en el suelo. Era una celda como la primera, con un ventanuco alto, paredes de cemento y suelo de tierra. Y completamente vacía. Oí el ruido de un inmenso cerrojo de hierro al cerrarse. Me quedè allí sola, sentada en el suelo, abrazàndome las rodillas alzadas para cubrir mi desnudez. Temblaba violentamente, oía el castañeteo de mis dientes, pero no podía llorar.

Volvieron con varias sillas. Echaron otra vez el cerrojo, con un chirrido terrorífico. Cerrè los ojos.

Me pusieron las manos bajo las patas de una silla y uno de los policías se sentò en ella. Los otros me pisotearon las pantorrillas con sus pesadas botas.

No sabìa cuántos eran. Ellos no veían mi cara, ni yo la suya. Tenía los ojos cerrados, inmóviles. Como si no fuera humana. Me había vuelto de piedra. Yo era una piedra. Cuando al día siguiente volvìa a abrir los ojos, descubrí que estaba allí todavía, desnuda y sola. Entonces les oí acercarse.

Uno de ellos traía un balde de agua. Me devolvieron las enaguas y el sari, rotos y ensangrentados, y me ordenaron que los lavara.

-Si dices algo, iremos a tu casa, le prenderemos fuego y a ti te haremos lo mismo otra vez, ¿has oído?

-Sì, señor.

Seguía tiritando de frío. Temblaba tanto que apenas me sostenía en pie. Si hubiera podido escapar de allí en aquel momento, me habría arrojado al primer pozo o habría buscado petróleo en la primera casa para quemarme viva. El horror y la humillación habían acabado con todo. Me quedaba un único deseo: morir. Ya no me importaba la venganza. La venganza estaba absolutamente fuera de mi alcance. Ni siquiera me permitieron ir al retrete. Tuve que hacer mis necesidades allí mismo, como un perro. Y luego me obligaban a lavar las pruebas de sus torturas. Quería morirme. Nada màs.

Cuando acabè de lavar la ropa, un policía cogió el balde y me echò el agua por encima.

-Tàpate con esto.

Me dio una manta y me envolví mientras esperaba que mis vestidos se secaran.

Tenía los ojos hinchados por haberlos tenido cerrados con tanta fuerza, y todo el cuerpo lleno de cardenales. Mis pantorrillas estaban en carne viva por los pisotones de las botas policiales y no podía mover las manos. Colgaban delante de mí hinchadas y amoratadas como dos guantes inútiles. Nunca dejarían de dolerme; así no podría olvidar ni la silla, ni al policía gordo sentado en ella.

Me llevaron otra vez a la celda de mi padre. Me preguntó qué me habían hecho nada más que se fueron.

-Nada, buppa, nada –le contesté-. Me interrogaron y me golpearon. Nada más.

-Dímelo, Phoolan. Te han hecho mucho daño. Lo veo en tus ojos.

-No, buppa, no me han hecho nada.

Me habían advertido que si gritaba o pedía socorro me meterían guindillas y que entonces sí que daría gritos. Pero aunque mi padre insistió preguntándome lo mismo una y otra vez, yo seguí respondiendo lo mismo.

Debía de parecer una loca.

-Nada –repetía. No lloraba, no sentía nada. Mi cuerpo ya no existía. Ya no era mío ni me importaba, no me pertenecía... no sé cómo podía mantenerse erguido. Se movía solo, dando vueltas y vueltas por la celda, sentándose, levantándose y dando más vueltas...

-Tranquízate, Phoolan. Dime lo que pasó. ¿Qué te hicieron? Cuéntamelo, cuéntaselo a tu buppa...

-Nada...

No podía estar quieta. Me di cabezazos contra la pared, primero a un lado de la celda y luego al otro, y luego empecé de nuevo. Lo hacía porque empezaba a recordar lo que había pasado. Empezaba a recordar quién era yo, y lo que sentía mi cuerpo. Los recuerdos volvieron uno a uno: el dolor, los gruñidos de los policías, sus insultos. ¡Deseaba verles quemarse vivos! Deseaba oírles pedir clemencia.

-¡No te atrevas a poner otra vez tus pies en tu aldea, perra! No te atrevas a ir a casa de Mayadin. ¡No te atrevas a insultar al sarpanch!

-No lo haré, señor.

Corrí a los brazos de mi madre cuando al fin llegó con el abogado. Y al fin pude llorar. Creí que no iba a parar nunca. No gritaba ni chillaba, ni hablaba, sólo lloraba y lloraba, desahogando un dolor que me resultaba imposible describir.

-¿Por qué me trajiste a este mundo, amma? Deberías haberme matado. No volveré nunca a casa. Prefiero ser una mendiga antes que regresar ahora.

El abogado intentó tranquilizarme. También él se preguntaba por qué estaba así: aterrorizada, casi histérica. Y quería saber por qué tenía marcas por todo el cuerpo y la ropa hecha jirones. Los policías estaban allí detrás del abogado, escuchando, y respondí que no me pasaba nada. Les oía mentalmente, amenazándome: "Te ahorcaremos, te meteremos guindillas, prenderemos fuego a tu casa..." Así que no hablé. Solamente lloré hasta que el abogado renunció a sacarme palabra alguna y mi madre empezó a gritarle a mi padre.

-¡La han golpeado! ¡Estabas aquí y no hiciste nada! ¡Sólo llorar como ella!

Mi pobre padre. Me sentía tan avergonzada de lo que me había ocurrido delante de él, tan avergonzada de lo que le habían obligado a ver. No le habían dejado una pizca de dignidad. Deseaba empaparlos con gasolina a todos y prenderles fuego. Les vería arder y luego ardería yo también.

Mientras mi padre se acurrucaba en un rincón de la celda, mi madre no había parado. Había ido al hospital y había conseguido una copia del registro con mi huella dactilar. La policía cambió de actitud al ver el

papel. Mayadin se apresurò a afirmar que era falsa. Acusò a mi madre de haberla falsificado. Pero los policías se pusieron nerviosos y no les hizo ninguna gracia que el abogado les interrogara.

-¿Quièn es este agente? ¿Què està haciendo aquí? ¿Y èste? –preguntò-. ¡Èste no es su distrito! ¿Quièn ordenò que vinieran y por què? ¿Quièn presta sus servicios en esta comisarià? Me llamo Santosh Tivari, pertenezco al colegio de abogados y tengo pruebas de que esta chica estaba en otro lugar en el momento del supuesto delito. Ahora quiero que me respondàis: ¿quiènes sois? ¿què habéis hecho con ella? ¡Esta chica ha sido maltratada!

El comisario gordo (aquel miserable repugnante) mirò a sus compinches antes de contestar cautelosamente al abogado.

-Pregùntale tù mismo si la han maltratado –dijo, tranquilamente-. Nadie la ha pegado. Yo ni la he tocado. Pregùntale si es culpable o no. Ya ha confesado que participò en el robo.

Mientras hablaba, yo seguía oyéndole decir: “Primero le haremos esto y luego lo otro y después nos dirà la verdad”.

Pero ahora procuraba ser astuto. Se volvió incluso a Mayadin y le advirtió:

-Si has hecho acusaciones falsas contra ella, tendràs problemas. Sería mejor dejarla irse ya, ahora ya sabe lo que le pasará si continúa...

Pero Mayadin no quería dejar las cosas así. Exigió que me juzgaran. Disfrutaba con aquello. No le bastaba lo que me habían hecho ya. Quería que me metieran en la cárcel. Me trajeron un chapati y un plato de “dal” y me obligaron a comer. Me dieron un sari de algodón que un policía había ido a buscar a su casa. Luego me sacaron de allí. En un momento en el que el abogado no podía vernos, me susurraron al oído:

-No lo olvides, si le dices algo al juez, te cogemos...

Me hicieron subir a la parte de atrás de un furgón y luego entraron también algunos policías. Ya era bastante tarde y el sol del crepúsculo teñía el cielo de un tono rojo sangre.

Cuando el motor arrancò, vi un momento a mi madre de pie delante del vehículo agitando los brazos y gritando.

Intentaba cortarles el paso, pero la echaron a un lado. Mientras lo hacían, mi padre se acercò y me puso algo en la mano. Era un billete de cinco rupias. Nos alejamos de allí.

Me sentè entre los policías. Tenía dieciséis años, una campesina ignorante, analfabeta, que sòlo servía para cuidar vacas, recoger estiércol y limpiar el trasero a mis sobrinos y sobrinas. ¿Por què toda aquella violencia y aquel odio hacia mì? Contemplè la caída de la noche, rodeada de todos aquellos policías, preguntándome si habría alguna fuerza que intentaban aplastar todos, una fuerza que me impulsaba a vengarme, a sobrevivir a toda costa. Intentè consolarme pensando que valía màs que me golpeasen y humillasen, que sufrir en silencio como las mujeres de la aldea que veía en los campos iluminadas a nuestro paso por los faros del furgón. Decidì aferrarme a aquella fuerza que tenía que ser un don de Durga. Seguía llorosa y asustada como una niña. Sentía dolor y miedo en el cuerpo. Aùn necesitaba a mi madre, necesitaba ternura y protección y al parecer lo único que conseguía era màs violencia. Pero estaba aprendiendo a sobrevivir; y aunque quería morirme, sabía que sobreviviría.

16.

Me dieron ganas de echarme a reír cuando me enseñaron las pruebas de mi delito: un trozo de tela que parecía una toalla vieja y unas ajorcas. Aquèl era mi botín.

La policía me llevaba con los pies encadenados al juzgado de Orai.

-Allí hay un juez, un hombre importante. Si confiesas, te dejaré marchar –me aseguró un policía-. ¿Comprendes? Sólo tienes que decir que robaste en la casa de Mayadin. Y que Dios se apiade de ti si dices otra cosa...

El conductor vio por el espejo retrovisor que los policías alternaban sus consejos con golpes y bofetadas. Se volvió y preguntó:

-¿Por qué la pegáis así? ¿Qué ha hecho?

Le ordenaron parar el vehículo y bajar. Le golpearon también a él con los lathis, al borde de la carretera, y después ya no volvió a mirar hacia atrás. Simplemente apretó el acelerador y tocó la bocina cuando le mandaron acelerar. Había oscurecido y les preocupaba que el juzgado estuviera cerrado. Durante las dos horas que duró el viaje, siguieron diciéndome que tenía que confesar.

-Sólo tienes que explicar que te escapaste y que te hiciste dacoit y que luego volviste a robar a casa de Mayadin.

El vehículo se detuvo en una calle muy ancha, con árboles del paraíso a los lados, delante de un edificio de hormigón grande. Reconocí la pintura amarilla desconchada. Había estado allí con mi padre. Me hicieron entrar en el recinto y se me encogió el corazón. Sabía que allí había pocas esperanzas de justicia.

El juzgado estaba todavía abierto y había gente por todas partes, policías, abogados, testigos y prisioneros. Yo creía que allí sólo se trataban asuntos como el pleito de mi padre contra la familia de Mayadin. Siempre había pleitos por tierras en las aldeas, o entre terratenientes y arrendatarios. A muchos pobres les habían hecho lo mismo que a mi padre y se gastaban como él casi todo lo que ganaban en abogados, con la esperanza de conseguir justicia algún día. El juzgado era un lugar familiar incluso para la gente inculta como nosotros. Pero hasta entonces yo no sabía que el juez trataba también con bandidos.

Estaba sentado en una plataforma alta tras una mesa alargada, y yo tuve que alzar la cabeza para hablar cuando los policías me condujeron allí.

Me preguntó cómo me llamaba.

-Phoolan Devi –contesté.

-¿Y qué has hecho para estar aquí?

-No lo sé.

Se oyó un murmullo de risas que provenían de los otros jueces y abogados de las mesas que había a mi alrededor y uno de los policías que me escoltaban me dio una patada en el tobillo.

-¿No sabes por qué estás aquí? –me preguntó el juez.

-No.

Yo estaba descalza y el policía me aplastó los dedos de los pies con sus grandes botas. Enrojecí de dolor y se me llenaron los ojos de lágrimas. Pero seguí mirando al juez, que llevaba un chaleco de lana sencillo y gafas. Su atuendo modesto y su mirada afable me dieron esperanzas de que sintiera alguna compasión hacia mí.

-No tengas miedo –me alentó-. Vamos, dime lo que has hecho.

-¡Soy una bandida!

Esta vez los otros no intentaron siquiera disimular las risas.

-¡Una bandida! –exclamó el juez-. ¿Sabes lo que es eso?

El policía se apresuró a intervenir.

-La pillamos con las manos en la masa. Conocía bien la casa y sabía dónde estaban los objetos valiosos.

-No estoy hablando contigo –dijo el juez-. Estoy hablando con esta jovencita...



El juez me observò como si estuviera decidiendo si creerme o no. Yo oía los murmullos de la sala: al parecer nadie creía que pudiera ser una dacoit. El juez volvió a hablar y lo hizo para preguntarme por qué me encontraba en aquella situación. Debía de pensar que era estúpida porque ni siquiera esperò a que le contestara. Se volvió hacia los policías y les dijo:

-¿Cuàndo la detuvieron?

-Ayer, señor.

-¿La han maltratado?

-No, señor. Nadie la ha tocado.

-Esta muchacha parece trastornada. Necesita algo para calmarse. Que descanse y me la traen luego. Hizo otros comentarios en inglès a los demás jueces, que yo no entendí. Incluso en mi idioma hablaba demasiado bien para que yo comprendiera todo lo que decía.

Los policías me sacaron del juzgado y me llevaron al edificio contiguo donde había gente comiendo y bebiendo. Yo no había estado nunca en una cantina. Servían bebidas embotelladas y todo tipo de alimentos y provisiones. Me dieron una lata pequeña de leche condensada.

-¿Vas a hacer lo que te hemos mandado o no? –me preguntaron-. Si le cuentas al juez alguna otra cosa, iremos a tu casa y empezará todo otra vez.

Me miraron furiosos y cuando acabè la bebida me llevaron nuevamente ante el juez.

-¿Te sientes mejor ahora? Bien. ¿Sabes que te han traído aquí porque estàs acusada de un delito?

-Sí, señor.

-¿Eres culpable de ese delito?

-Sí.

-¿Comprendes lo que estàs diciendo? Si te declaras culpable te caerà una pena de siete años. Cuéntame lo que de verdad ocurrió... ¿Cometiste ese delito tù sola?

-Sí. Soy una dacoit.

El juez empezó a impacientarse.

-La chica ha perdido la razón. Llévensela...

Debía de sospechar algo... no podía haber pasado por alto mi pelo enmarañado, mi cara hinchada y abotargada y la extraña forma en que yo unía las manos heridas en un gesto suplicante.

Me subieron a otro furgón con màs prisioneros para llevarme a la cárcel. Me estremecí al ver los enormes cerrojos de las puertas, preguntándome aterrada què me harían a continuación. Yo no sabía lo que era una condena de siete años. Ni siquiera sabía lo que era una cárcel. Cuando vi los altos muros, pensé que era màs grande e incluso màs aterradora que la comisaría.

Un guardia abrió los pesados portones y tras hacernos pasar los cerrò de nuevo. Bajamos del furgón y nos llevaron a una habitación, donde el policía le dijo algo a otro hombre que se sentaba a una gran mesa. Hablaban en mi idioma, pero yo sòlo entendía la mitad de lo que decían. El hombre de la mesa escribió mi nombre y mis datos en un cuaderno grande, luego me cogió la mano y me marcò un tampón un círculo de tinta azul en la muñeca. Entonces se acercò una mujer vestida con sari. Me hizo salir, y me indicò que me sentara y esperase.

Me acucillè apoyada en la pared, oyendo el eco de su voz por el largo corredor. Podía ver muchas puertas y no sabía lo que había detrás de ellas, pero era un consuelo ver que había mujeres en la cárcel. La mujer volvió con una manta gris, y me ordenò que la siguiera.

-No tengas miedo –me dijo-. Saldrás de aquí dentro de unos pocos días.

Me echè a llorar. No la creía.

-¡Por favor, no me dejes sola con la policía! –le supliqué-. Me harán daño.

-Nadie va a hacerte daño. Esto es una cárcel. Aquí no hay policía. Aquí sólo hay mujeres y nadie va a tocarte.

Me hizo pasar por una puerta hasta un patio y de allí por otra puerta metálica enorme. Vi los aseos y le pregunté si podía usarlos. El olor era repugnante y no había agua en sitio alguno.

La mujer del sari parecía la encargada. Luego me llevó a una sala grande llena de mujeres. Todas se levantaron, se acercaron corriendo y empezaron a hablarme a un tiempo. Querían saber quién era y a qué banda pertenecía. Me hicieron girar en redondo varias veces para inspeccionarme.

-¡Qué pequeña es! –exclamó una. Luego, la mujer del sari las apartó y se acercó. Me preguntó delante de todas si tenía dinero. Le enseñé el billete de cinco rupias que me había dado mi padre antes de que subiera al furgón. Aseguró que allí no estaba permitido llevar dinero y me lo cogió. Me pareció que las otras mujeres perdían el interés por mí y fui a sentarme en el suelo con mi manta, como las demás, cerca de dos mujeres que me asustaban menos que las otras. Una era muy vieja y me preguntó quién me había golpeado. Cuando le expliqué cómo me había torturado la policía no me preguntó como las otras a qué banda pertenecía ni qué robos había cometido. Movié la cabeza y comenté que algunos policías lo hacían siempre cuando detenían a una mujer, fuera o no una delincuente.

Durante los primeros días, no pude ni comer ni beber. Nadie vino a visitarme. Si lloraba de noche llamando a mi madre, las mujeres simplemente se reían de mí.

-No tengas miedo –se burló una-. Tu madre vendrá a rescatarte. Llegará volando por arte de magia y te llevará con ella.

Sólo la vieja me dijo la verdad:

-Nadie va a venir a sacarte de aquí. Tu abogado apelará y tendrás que esperar a que el juez decida. Ten paciencia. Estos trámites son largos.

El guardia en jefe me advirtió que no me haría ningún bien empezar una huelga de hambre, que necesitaría fuerzas para trabajar. Me pondrían a limpiar letrinas y a reparar las paredes a las que se les había caído el barro. Traté de explicarme lo que tenía que decir cuando me llevaran otra vez al juzgado.

-Esos policías mintieron. No debes preocuparte por su testimonio. No vuelvas a decirle al juez que eres una dacoit, o te pasarás aquí mucho tiempo. ¡Ahora come! ¡Quiero verte comer!.

Me observaba mientras comía. Vestía uniforme caqui como los policías y yo desconfiaba de él. Creía que era una especie de inspector y le obedecí sin rechistar. Comía, bebía y trabajaba en silencio.

Llevaba una semana en la cárcel cuando al fin apareció mi madre. Le supliqué que me sacara de allí. No me habían golpeado, pero me aterraban los muros de hormigón, las cerraduras de las puertas y los uniformes. No había podido dormir, por miedo a que la violencia comenzara de nuevo. Cuando el guardia en jefe supo que mi madre estaba allí se presentó para hablar con ella.

-Explícale a tu hija que no debe decir que es una dacoit. El juez la condenará a siete años.

Mi madre me zarandó.

-Phoolan, ¿por qué le dijiste al juez que lo habías hecho tú? ¿Por qué mentiste? ¿Qué tienes en la cabeza?

Pero el guardia seguía allí con su uniforme caqui, igual que aquellos policías, mirándome... "Prenderemos fuego a tu casa –podía oír sus amenazas-. Haremos lo mismo otra vez...".

Una hora más tarde me encontraba en un camión con otras prisioneras, camino al juzgado. Hablaban y bromeaban entre ellas, pero yo me encontraba paralizada por el miedo: frente a mí se sentaban dos policías. La visión de sus uniformes me hacía temblar. Me miraban fijamente, haciéndome guiños y muecas obscenas. Las mujeres soltaban risillas.

-Ha perdido otra vez a su madre –dijo una.

En el juzgado nos mandaron sentarnos en el suelo en una gran sala de espera. Mi madre intentò entrar también, pero los guardias querían sacarle dinero. Como no tenía nada, la echaron.

-Ya podràs verla cuando vuelva a la cárcel –le dijeron.

Esperè durante lo que me parecieron horas en aquella sala llena de policías y prisioneros. Allí había hombres y mujeres. Todos hablaban con grosería, soltaban palabrotas y algunos me dijeron cosas repugnantes. Incluso los policías que nos habían escoltado desde la cárcel, a quienes no había visto nunca, se rieron diciéndome que fuera a visitarles cuando me soltaran.

Desde allí alcanzaba a ver a mi madre fuera, sola, paseando de un lado a otro entre los árboles de la acera. Estaba llorando. Había conseguido explicarme, en los pocos minutos que nos habían concedido, que había pagado quinientas rupias a un abogado de Orai para que me representara. Me repitió además que no dijera que era una dacoit ni que había robado a Mayadin. Pero yo sòlo veía policías a mi alrededor.

Era el mismo juez. Me sonriò, mirándome por encima de las gafas.

-¡Ya estàs aquí otra vez! ¿Has cambiado de idea?

No contestè. Me temblaban las rodillas; estaba segura de que me devolvería a la cárcel. Pero se volvió a hablar con un joven de traje blanco y zapatos negros. Debía de ser el abogado del que me había hablado mi madre. Se expresaban en inglés y yo no les entendía. El juez se encogió de hombros y luego se dirigió a mì en hindi:

-Tu abogado me pide que establezca una fianza para que puedas irte a casa, pero tù quieres que te mande a la cárcel siete años por dacoit. Dime la verdad, Phoolan. ¿Te golpearon? ¿Cuànto tiempo te tuvieron en la comisaria de policia?

Empecè a llorar otra vez y el abogado hablò por mì. Explicó que todo aquello estaba relacionado con un pleito entre mi padre y Mayadin, que yo no había robado nada y que tenía pruebas de que precisamente entonces estaba con mi hermana mayor. Luego el juez llamò a mi madre. Ella le dijo que me habían tenido encerrada durante tres días en la comisaria y que había sido torturada y golpeada. Añadió que me habían obligado a confesar un delito que yo no había cometido.

-Dime la verdad –insistiò el juez, mirándome severamente-. ¿Robaste algo a ese Mayadin?

El policia que permanecía detrás de mì no me dio una patada ni me pellizcò. Era de Orai, no de Kalpi. Quizá no fuera malvado como los otros. De todos modos, mi madre le había explicado al juez la verdad. Así que ya no tenía nada que perder.

Hablè. Le dije que no era una bandida y que no había robado nada. En cuanto a lo demás, la tortura y la vergüenza, guardè silencio.

Todo había terminado. El juez pronunciò unas cuantas frases y anunció que iba a establecer una fianza, aunque yo no sabía què significaba eso. Iban a llevarme otra vez a la cárcel, pero que me dejarían en libertad muy pronto. El juez había dicho que era libre, había escrito algo en un papel, así que ¿por què me encerraban otra vez? Al parecer, las palabras escritas en un papel y la realidad no eran lo mismo. A los cinco o seis días, el guardia en jefe me dijo:

-Han depositado la fianza. Te marcharàs hoy.

Me tomaron las huellas dactilares y escribieron màs palabras en aquel cuaderno grande, pero cuando pedí que me devolvieran mis cinco rupias, la mujer que se las había guardado se limitò a mirarme fijamente. Me las había cogido delante de todas las prisioneras para que me dejaran en paz, según había comprendido yo después, pero ahora se las quedaba ella. Mientras tanto, el guardia fue a preguntar si había alguien esperando a Phoolan Devi.

Se adelantò el abogado, con otro hombre. Dijeron que mi madre había regresado a casa, a su aldea, y que me acompañarían ellos.

-¿Conoces a estos hombres? –me preguntò la mujer.

-No.

El abogado me mirò sorprendido.

-Pues claro que me conoces.

-No. Te vi en el juzgado, pero no te conozco. Y a èl no lo he visto nunca.

El guardia despidió a los dos hombres y yo tuve que pasar otra noche en la cárcel. A la mañana siguiente, llamò a la encargada y le dio instrucciones para que me acompañara al autobús de Kalpi. Ella me entregò unas cuantas rupias para el billete y yo volví a reclamarle mi dinero.

-¡Seràs estúpida! ¡Como sigas insistiendo, te doy una bofetada!

Me dejó en la parada del autobús.

En Kalpi tuve que preguntar unas cuantas veces la dirección porque no encontraba la carretera que llevaba a nuestra aldea. En cuanto se daban cuenta de que iba sola, los hombres intentaban convencerme de que me fuera con ellos. Uno me amenazò con un cuchillo y echè a correr, pensando que en cualquier momento doblarìa la esquina y volverìa a ver la comisaria de policia con el letrero rojo y azul. Cuando estuve segura de que no me seguía, me parè a lavarme la cara en una fuente, y luego seguí caminando entre carros y las vacas, para que no se fijaran en mí. Cada vez que pasaba un hombre uniformado, me acercaba màs a los animales, por miedo a que me raptaran, me golpeasen y me torturaran de nuevo. No acababa de entender por què no había venido a buscarme a la cárcel mi madre y se habían presentado en su lugar aquellos dos hombres. Cuando al fin lleguè a casa, supe por què no me habían liberado inmediatamente. Mi madre había enviado al abogado a recogerme, y el hombre que le acompañaba era el que nos había dejado la fianza. Me explicó que la fianza era el dinero que había que entregar en el juzgado para que me dejaran en libertad. Nos costarìa mucho devolver ese préstamo, pues tendríamos que pagar muchos intereses, pero mi madre me dijo que no le había quedado màs remedio. Había tardado una semana en encontrar a alguien que nos prestara el dinero. En la aldea todos tenían miedo de lo que les harían el sarpanch o Mayadin si tenían tratos con nosotros.

Toda la gente que sabìa aquellas cosas, y que sabìa también leer y escribir y hablar en inglés, se había reido de mí en el juzgado, con mucha razón. Comparada con aquèlla, yo era igual que un animal asustado y aterrado, igual que todos los pobres de mi casta. Sólo contábamos con la protección del miedo y la desconfianza. Comprendí que la ignorancia podía ser tan cruel como el hambre.

17.

Durante mi ausencia no habían dado de comer a los animales y mi buey parecía triste y fatigado. Cuando era un ternero, le daba yo siempre la comida. Mezclaba salvado de trigo con agua para que creciera fuerte. Se le llenaron los ojos de làgrimas que le resbalaban por el hocico mientras me lamìa la mano. Parecía que supiera lo que había sufrido. Nadie se había ocupado de èl, y estaba tan débil que únicamente se atrevía a apoyar la mejilla en el fuerte pelaje de su cuello y llorar también.

Le llevè agua y fui a cortar un poco de hierba para èl. No tenía valor para ver a nadie màs. La gente me repugnaba. Los vecinos que nos habían visto llegar no habían sido capaces de callarse y ocuparse de sus asuntos.

-¡Fíjate còmo ha cambiado! –comentò uno.

-Sabe Dios lo que le habrán hecho. Dinos, Phoolan. ¿Què pasa en la cárcel? –me preguntaron.

-¿Te gustan ahora los hombres, Phoolan? –se burlò otro. ¿Con cuàntos te has acostado?

Yo mantenía la cabeza erguida. Su curiosidad me repugnaba. Me consideraban una perdida. Las palizas, la cárcel, todo cuanto había soportado se había difundido por la aldea. Mis amigas me evitaban. Bajaban la cabeza y no me dirigían la palabra. Pero les gustaba murmurar acerca de ello, sobre todo a las mujeres.

Mi buey no me hacía preguntas. Me había esperado, llorando, sin juzgarme.

Cuando iba a darle de comer, oír dar voces a mi madre en la otra habitación.

-¿Por qué vamos a tener que pagar? Todo el mundo tiene derecho a coger agua del pozo. Mayadin tiene la culpa de que haya estado en la cárcel. ¿Y ahora tenemos que pagar nosotros?

Estaba discutiendo con Buldi Seth, un tendero de la aldea, que era uno de los ancianos del consejo. Le estaba explicando que, como su hija era impura, el sarpanch había decidido que habían de abonar un depósito para que me dejaran sacar agua del pozo. Buldi Seth unió las manos y manifestó que lo lamentaba pero que el depósito ascendía a mil cien rupias. Había venido a ofrecerse para prestarnos esa cantidad, sabiendo, lo mismo que el sarpanch, que pagar los intereses supondría nuestra ruina. Mi madre lo echó de casa. Y no dejó de darle gritos mientras él volvía a su pequeña tienda.

-Me tiene sin cuidado lo que diga el sarpanch. No vamos a pagar nada.

Gritaba tan furiosa, que los aldeanos se escabulleron en el interior de sus casas.

Mi madre había tardado días en encontrar a alguien que nos prestara el dinero para la fianza. Mayadin había dado la orden de que nadie nos ayudase. Así que mi madre había ido a ver a Phol Singh, el thakur de Narihan que había amenazado a la esposa del sarpanch. Aunque lo hiciera por sus propios intereses fue el único que la ayudó. Durante aquellos penosos días, no se había ocupado de los animales, ni siquiera había tenido tiempo para ocuparse de mis hermanos pequeños. Shiv Narayan y Bhuri se había arreglado como habían podido, sólo con arroz y agua. Mi padre había caído enfermo y no dejaba de gemir. En su fiebre, exclamaba aterrado que yo estaba maldita. Realmente era una maldición. Ya no podíamos ir al pozo.

Al día siguiente las mujeres empezaron a ahuyentarme cuando iba a buscar agua.

-¡No te acerques a nuestro pozo! Has estado en la cárcel. ¡Eres impura! –me gritaban.

Dejé caer el cántaro y la cuerda y volví a casa corriendo. A partir de entonces no me atrevía a abrir la puerta ni para barrer el patio. Me había convertido en una paria.

Aquella tarde, cuando mi madre volvió de trabajar en los campos, se enfadó conmigo porque no había hecho los trabajos que me había mandado.

-Amma –le expliquè-, dijeron que soy impura... y que toda la aldea se contaminará por mi culpa. En todas partes comentan cosas a mis espaldas.

Me habían acusado de acostarme con hombres en la cárcel y decían que al volver deshonraba a toda la aldea.

-Quieren que me marche, que desaparezca para siempre. Envíame fuera de aquí, amma, o me tiraré al pozo.

-Si te matas, todos dirán que lo hiciste porque estabas encinta. Tienes que demostrarles que no has hecho nada malo. Puedes quedarte aquí. Siempre compartiremos contigo lo que tengamos. Eres nuestra hija, nosotros te queremos.

También mi pobre padre, tan debilitado por la enfermedad y el miedo, me dijo que me quería.

-Phoolan –me dijo con voz apagada-, nada ni nadie va a separarte de nosotros, mientras no hagas algo que empeore aún más las cosas.

No podíamos sobrevivir sin agua del pozo, pero los vecinos estaban decididos a ahuyentarme como a un espíritu maligno.

Al día siguiente, fueron a casa para repetirnos que el sarpanch había dispuesto que debíamos abonar la cantidad fijada, si queríamos utilizar el pozo.

-Somos pobres, no podemos pagar tanto –alegó mi madre. Intentó explicarles que el abogado había costado quinientas rupias y les ofreció seiscientas, pero querían más. Mi madre les gritó que nos dejaran en paz.

-¡No pagaremos nada! ¡Nunca! Phoolan irá a buscar el agua al Yamuna.

Pero era agotador acarrear cántaros de agua desde el río, y por el camino la gente me decía atrocidades.

-¿Por qué no la meten en un carro y se la llevan bien lejos?

-O que la aten y la dejen a la orilla del camino.

Mi padre se recuperó a las pocas semanas y salió a buscar trabajo, pero nadie quería alquilarle sus campos ni siquiera a cambio de quedarse con casi toda la cosecha. Tampoco querían encargarle puertas o sillas. Así que fue a rezar el templo, pero Dios no le escuchaba.

Yo estaba aterrorizada. De noche me escondía, dormía entre las patas de las vacas o en la pequeña azotea. Durante el día oía a todos los que me rodeaban susurrar:

-Apártate...

-Es impura...

-¿Con cuántos hombres...?

Mi hermana pequeña se peleó con otras niñas porque le escupieron en la cara. Me evitaba incluso el viejo pescador que vivía al lado y que era tan pobre que muchas veces le dábamos nosotros comida porque no tenía familia que le ayudara.

-No te acerques a mí, Phoolan –me pidió-. Si hablas conmigo querrán echarme a mí también de la aldea.

Las cosas siguieron igual durante seis meses, durante todo el verano y la estación calurosa, hasta el monzón. Toda la aldea nos rehuía.

Mi madre decidió al fin que yo tenía derecho a ir al pozo como todo el mundo.

-No le pertenece a Mayadin y a su familia. Ve a llenar los cántaros.

Había tres policías guardando el pozo. Yo me había armado de valor y me había dicho que si alguien me impedía coger agua me tiraría al pozo. Eché la cuerda con el cubo y empecé a subirlo despacio. Los policías estaban sentados debajo de un árbol, observándome. Cuando iba a dejar la cuerda y el cubo, aparecieron Mayadin y sus criados.

-Mirad a esa chica –gritó a los policías. ¡No tiene vergüenza! ¡Se atreve a sacar agua del pozo!

Los policías se levantaron y se acercaron a mí.

-¡Lárgate! –me gritaron, alzando los lathis como si yo fuera un perro vagabundo.

-¿Por qué? –protesté-. ¿Por qué tengo que hacerlo?

-¡Cómo te atreves a dejarte ver delante de una persona respetable como Mayadin! ¡Lárgate de aquí o te damos una tunda de muerte!

Dejé el cubo en el suelo y me volví hacia mi supuestamente respetable primo.

-¿Por qué necesitas que la policía se encargue de mí, no puedes hacerlo tú directamente? Tienes tierras porque tu padre las robó, pero no estarás en paz mientras yo viva. Te advierto lo mismo que tú a nosotros, voy a hacerte la vida imposible.

-¡Escuchadla, escuchad cómo me habla!

-Si tus hombres me tocan –añadi-, me tiraré al pozo.

Di media vuelta y me alejé de allí, meneando la cabeza.

Los ricos sólo querían una cosa de nosotros: que fuéramos esclavos obedientes. Ellos habían provocado mi rebeldía, y ahora estaban convirtiéndonos, a mí y a mi familia, en parias: sin trigo, sin trabajo, sin agua siquiera. Podían condenarnos a muerte simplemente negándonos un lugar en nuestra comunidad. Mi padre solía decirme que era nuestro destino, y que no podíamos hacer nada para remediarlo. Que habíamos nacido para servir a los demás.

-¿Por qué es ese mi destino? –razonaba yo-. Ellos no son diferentes de nosotros mismos, tienen la misma sangre en las venas. Nosotros tenemos nuestro orgullo y ellos tienen el suyo, así que ¿por qué nosotros?

Nos encerramos en casa, temiendo que acudiera la policía. Efectivamente vinieron, pero no la policía.

-¡Abrid! ¿Dónde está Phoolan? ¡Queremos verla!

Me escondí en el establo mientras Bhuri contestaba.

-Se ha ido con mi madre.

-Se suponía que estaría aquí cuando nos presentáramos. ¡Está en libertad bajo fianza!

Explicaron que tenían una citación con la fecha de mi audiencia y que tenían que entregármela en mano. Mi madre me mandó salir y mi padre abrió la puerta. Había anochecido y no podía verles bien.

Había más de doce hombres. Algunos iban bien vestidos y yo, al principio, pensé que serían abogados que habían ido con los policías, pero luego comprendí que eran thakures...

-¿Dónde te habías escondido? Te llamamos y no saliste –dijo uno.

Era un hombre mayor; le reconocí, se trataba de uno de los que nos acosaban a las chicas mallahs en los campos, intentando agarrarnos y abusar de nosotras. Los thakures se creían maharajás. Se pasaban el día ganduleando, dando órdenes por sus campos sin inspeccionarlos siquiera. Y si no poseían tierras, hacían cualquier cosa con tal de no trabajar. Yo había visto pandillas esperando en los mercados y en las paradas de autobús.

-¿Quién te has creído que eres? –inquirió el viejo, intentando agarrarme. Luego añadió despectivamente -: Las chicas de tu casta sólo son buenas para una cosa.

Ocurrió de nuevo. Me golpearon, me forzaron y me humillaron... y obligaron a mis padres a presenciarlo.

Uno de ellos aseguró que yo era menos que un perro.

Mis padres les suplicaron que me dejaran y les golpearon también a ellos.

A medianoche me arrastraron casi desnuda a casa de Mayadin.

Seguro que había sido él quien les había pedido que lo hicieran, para castigarme y asustarme, pero cuando salió de casa y me vio, parecía inquieto y preocupado. Les dijo que yo era su prima y que la disputa entre nuestras familias era cosa nuestra. Ellos no tenían que intervenir en el asunto.

-No tiene nada que ver con vosotros, los thakures –les dijo.

¡No podía creerlo! Se sentía incómodo porque los hombres que me habían golpeado y violado eran thakures y nosotros sólo éramos mallahs, incluido él. Como tenía tierra, creía que podía comportarse como uno de ellos, creía que podía utilizarlos para asustarnos a mí y a mis padres. ¡Pero ante su presencia él también tenía miedo! ¡Se retorció el bigote, simulando que estaba molesto por lo que habían hecho! Debía de asustarle la posibilidad de verse comprometido si alguien les oía. Pero no debía preocuparse.

Aunque grité, chillé y di alaridos, nadie salió de su casa, ni siquiera para contemplar mi nueva humillación. Esperaron hasta estar seguros de que se habían ido los thakures. Entonces salieron. Todos tenían que luego pudieran citarlos como testigos.

Cuando los chacales thakures estaban golpeando a mis padres, les oí afirmar que eso era lo que merecían.

-Si hubierais mostrado respeto y hecho lo que os mandaban, no os habríamos molestado – concluyeron. Nosotros no éramos nada para ellos. Decían que estábamos obligados a servirles. Yo tenía mala fama y los thakures sabían que podían hacer lo que quisieran conmigo. Nadie acudiría en mi ayuda. Uno de ellos incluso felicitò a mi madre por haber dado a luz a una chica tan guapa.

-Ha sido muy divertido –me comentó con sorna, cuando ya salían de la aldea-. Acuérdate de enviarla a vernos de vez en cuando.

Era el peor insulto que podía ocurrírsele. Con aquellas palabras, lanzadas al aire en el momento en que los vecinos salieron al fin de su escondite, me marcaba como una perdida a la que tenían en su poder.

Empecè a comprender que no era sòlo la pobreza lo que nos convertía en víctimas, sino también haber nacido en una casta inferior. Yo no podía aceptarlo. Me habían dejado tirada delante de mi casa. Mi madre salió, pero en lugar de tomarme en sus brazos, empezó a golpearme con sus puños, gritando y maldiciendo histèricamente.

-¡Hubiera sido mejor que hubieras muerto!

Pero no iba a morir. Por muy desesperada que estuviera, sabía que no iba a tirarme al pozo. Y también sabía que mi madre no deseaba mi muerte, que me pegaba sòlo porque se sentía impotente. Era lo único que podía hacer. Yo era la única persona a la que podía golpear y maldecir.

-Déjala –intervino mi padre, alzando la cabeza.

-Mañana iremos a la policía –decidiò mi madre.

Yo no sabía si me asustaba màs lo que había ocurrido o volver a la comisaria de Kalpi.

¿Por què los thakures valían màs que yo? ¿Por què era yo siempre quien recibía los golpes y los ultrajes de toda la aldea?

-¿Por què? –preguntè.

-Es nuestro destino –contestò mi padre, bajando otra vez la cabeza-. Tenemos que obedecer a las personas de casta superior.

Me hablò de una chica que se habían llevado los thakures para que fuera de casa en casa y les sirviese con su cuerpo.

¿Iba yo también a pertenecerles como un animal?

Esta vez no hubiera servido de nada ir a bañarme al río con el propósito de que las aguas sagradas se llevasen mi còlera. El dolor se había convertido en una parte de mì.

Mi madre me obligò a presentarme sola en la comisaria de Kalpi para denunciar lo sucedido. Ningún vecino quiso acompañarme como testigo. Estaban todos allí por la mañana, cepillándose los dientes y lavándose, moviendo la cabeza y simulando que no habían visto nada o que no estaban seguros de lo que habían oído.

Tenían miedo de las represalias. También yo. Yo no distinguía un policía bueno de otro capaz de maltratar y violar, pero mi madre me aseguró que no me pasaría nada. Me explicó que lo único que tenía que hacer era poner la denuncia. Tenía derecho, me dijo.

El policía que estaba de guardia a la puerta del edificio de cemento amarillo me reconoció. Me preguntò què hacía allí y le contè lo que me había ocurrido en la aldea: que me habían prohibido utilizar el pozo, que los thakures habían llegado de noche...

Fue en busca de su superior. Me tranquilicè al comprobar que no era el mismo comisario gordo de la otra vez, sino un subcomisario. Me preguntò còmo me llamaba y el primer policía empezó a escribir el informe mientras èl me interrogaba.

Pero cuando empecè a describir a los thakures y dije que había reconocido a algunos, el comisario se levantò y me abofeteò.



-¿Y què, si te hubieran violado? ¿Es que no tienes la màs mínima vergüenza para venir aquí a acusarles?

Mandò que me echaran a la calle.

-¿Còmo te atreves a intentar manchar el nombre de ciudadanos respetables? Los thakures hacen un buen trabajo manteniendo a raya a gente como tù.

Casi no podía respirar. Me ahogaba. Era como si me negaran el aire suficiente para seguir viva, era como si no existiese. La carretera de vuelta a la aldea ascendía y descendía las lomas de la ribera del Yamuna. Fue una caminata agotadora. Encontrè a mi madre que venìa desde la aldea para saber lo que había ocurrido. Le dije entre sollozos que todo era inútil. Sòlo quería morirme.

-No te abandonarè. ¡Tù no eres una paria!

Decidió que volviéramos a Kalpi para ver a Santosh Tivari, el abogado que me había defendido cuando Mayadin me acusò de robar las baratijas de su esposa. Pero en lugar de referirle lo que me había pasado mi madre le preguntò si podía encontrarme marido. Èl respondió que no conocía a nadie que buscara esposa. Regresamos a la aldea. Mis padres preguntaron por todas partes. Servirìa cualquiera, de cualquier casta: feo, cojo, ciego o sordo, joven o viejo, cualquiera que sacara a Phoolan de sus problemas. Nadie me quería, ni siquiera el funerario... Yo era una perdida desde que los thakures había hecho correr la voz de que Phoolan Devi había nacido para su placer.

Despuès de aquello, empezaron a presentarse en casa preguntando por mì. Cuando mi madre les preguntaba a su vez por què querían saberlo, se reían sorprendidos.

-¡Dice que por què buscamos a su hija!

Como si no lo supiéramos.

Casi siempre eran thakures de otras aldeas. Llegaban a nuestra casa, en grupos de cinco o seis, y amenazaban con pegar a mi madre o a mi padre para que les hicieran saber dònde me escondìa. Pero mi madre callaba y mi padre se limitaba a responder:

-Buscadla vosotros. Se ha marchado.

Tenìamos siempre la puerta cerrada. Yo permanecía escondida. Ya no podía dormir en casa. Solìa hacerlo en un árbol, oculta en las ramas altas entre los monos y los pàjaros, muerta de miedo y con los ojos anegados en llanto. Me buscaban tantos thakures que los aldeanos empezaron a preocuparse por la seguridad de sus esposas y sus hijas y me echaban a mì la culpa. La aldea en pleno me perseguía.

Esconderme se convirtió en algo habitual. Cambiaba continuamente de lugar, trepando a los àrboles y caminando con cautela, pegada a los muros para no tener que soportar las risas disimuladas de los aldeanos, para no tener que verlos señalándome con el dedo y diciendo, acusadoramente: "Es ella".

Intentè trabajar, pero nadie quería que le sirviera, ni en sus campos ni cuidando a sus vacas. Y aunque no hiciera màs que ayudar a mi padre cuando èl trabajaba en otra aldea, la gente que le empleaba solìa utilizarme como excusa para no pagarle, diciendo que no merecía ser retribuido, debido a lo que yo había hecho. Trabajábamos duramente toda la jornada, y cuando llegaba el momento de repartir el grano a los peones, a nosotros no nos daban nada, con el pretexto de que mi presencia era una vergüenza y una deshonra. Aquello no acababa nunca: cada día èramos víctimas de un nuevo ultraje.

Un dìa, todo esto me puso de un humor espantoso. Mi padre y yo estábamos agotados, después de haber recogido mijo para un hombre que luego se negò a pagarnos. El individuo alegò que Mayadin le había mandado quedarse con nuestros salarios. Agarrè la hoz y empecè a gritar:

-¡Perro cabròn, pàganos ahora mismo! ¿Còmo te atreves a darle nuestros salarios a Mayadin? El trabajo lo hemos hecho nosotros, no èl. ¡Pàganos ahora mismo o te descuartizo!

Estaba realmente dispuesta a hacerlo. Sabìa que me mandarían otra vez a la cárcel, pero al menos en aquel lugar podría vivir tranquila con todos los demás parias.

La hermana de Mayadin vio casualmente lo que pasaba. Se quedó allí, mirándome como si me hubiera vuelto loca.

-¡Y te descuartizaré a ti también! –la amenacé, blandiendo la hoz hacia ella.

Se marchó corriendo y dando alaridos, mientras mi padre intentaba calmarme, como siempre.

-¡No lo hagas, Phoolan, no digas nada!

Pero ya me daba todo igual. Era la primera vez en mi vida que deseaba matar a alguien, deseaba matar realmente. Sentía la hoz en la mano y la rabia en mi interior, llenándome de una fuerza nueva.

El hombre alzó las manos.

-Un momento, espera.

Recogió una brazada grande de cereal y la dejó a nuestros pies.

Llevamos las gavillas de mijo a casa, y bajamos juntos al río para lavarlo. Todavía estaba furiosa, pero también me sentía jubilosa. Decidí ir a bañarme al río. Mi madre me advirtió que tuviera cuidado, que la corriente era fuerte. Le respondí que ya no tenía miedo de nada. Me quité el sari y salté al agua mientras mi madre corría detrás de mí. Seguramente temía que hubiera decidido ahogarme. Pero mientras nadaba, me embargó una alegría delirante. El agua estaba templada aquel mes de ashad. El cielo estaba tachonado de estrellas y la arena todavía caliente.

Comprendí que como vivían aterrados, lo único que había que hacer era asustarles. Como empleaban la violencia había que ser violento también. a la mañana siguiente fui a casa de Mayadin y le llamé a voces hasta que salió.

-¡Voy a buscar un fusil y voy a matarte! Ve a denunciarme ahora. ¡Anda! ¡Diles que me metan en la cárcel! ¡Ve a decir a tus “sipahis” que vengan a detenerme! ¡Me escaparé y volveré a buscarte!

Se metió en casa a toda prisa y trancó la puerta.

Luego fui a casa del sarpanch. Vi a uno de sus criados fuera, solo.

-¡Abre la puerta! –le ordené.

Sabía que el hijo del sarpanch estaba dentro. Aquel cuyo nombre me daba miedo pronunciar en voz alta. Pero ahora era capaz de hacerlo.

-¡Suresh! –grité.

-¿Qué hago, amo? –preguntó tímidamente el criado-. Phoolan está aquí.

-¿Está sola? –preguntó Suresh.

-Sí.

-Hazla pasar. Me gustaría verla otra vez.

Estaba en casa toda la familia: su padre, el sarpanch, su madre, su esposa y sus primos. Salieron todos al patio. Me acerqué a Suresh y me quedé plantada frente a él.

-Vas a venir conmigo, Suresh, y por lo que me hiciste, vamos a casarnos ahora mismo en tu patio. ¿Y sabes lo que pasará si no vienes? ¡Te la cortaré! No podrás ni siquiera mear.

Me reí al ver la expresión sorprendida de sus rostros.

-De ahora en adelante –añadí-, te vigilaré estrechamente. No te quitaré los ojos de encima ni un segundo.

Suresh se puso pálido.

-¿Pero de qué hablas? –gruñó-. ¿Cómo te atreves a decir estas cosas y a amenazarme de esta forma? Además, ya estoy casado.

-Sí, estás casado. Y a partir de ahora, quédate con tu esposa y no te acerques nunca más a mí. ¡Tengo un fusil!

-Cálmate, Phoolan –intervino entonces el sarpanch-. Él no va a hacerte daño y puedes utilizar el pozo.

-¡Vete al infierno! No quiero utilizar tu pozo. ¡Puedo beber agua del río!

Salí del patio hecha una furia, después de decirles que fueran a llamar a la policía si querían, que aunque me metieran en la cárcel volvería para vengarme, ¡volvería para matarlos a todos!

A partir de entonces, pude respirar otra vez. Recorría la aldea sin vergüenza, iba al río a bañarme cuando quería. Ya no tenía miedo. Mi padre estaba asustado. Le dije que no se preocupara, que no iba a ahogarme.

Unos policías fueron a quejarse a mi madre de que yo había sido “agresiva”, de que me había “portado mal”, de que había llegado incluso a amenazar a la gente con un fusil. Querían castigarme. Eran unos quince y registraron la casa buscándome por todas partes. Subieron a la azotea y revolvieron el heno del establo. El inspector me encontró detrás de las vacas y empezó a insultarme, alzando el lathi para golpearme. En el pasado habría gritado aterrada por la paliza que me esperaba, pero aquel día fui yo quien le retó:

-¡No se te ocurra pegarme! No he hecho nada y no tienes derecho a hablarme así. ¿Qué pretendes, encerrarme otra vez en la comisaría? Me escaparé, volveré y mataré a Mayadin.

Los vecinos habían acudido a ver qué pasaba, como de costumbre y lo oyeron todo. Los policías no podían hacer nada delante de tantos testigos. El inspector se volvió hacia sus hombres y les ordenó:

-Vámonos. Está loca.

No estaba loca. No tenía nada que perder. Ya no podían amenazarme con ninguna humillación. Así que les amenazaba yo a ellos.

Un día, apareció por la aldea el viejo thakur. Debía de haber preguntado por mí, y le habían informado de que estaba en el campo trabajando con mi madre. Se acercó.

-¿Saber dónde puedo encontrar a Phoolan Devi? –me preguntó.

-¿Por qué la buscas?

-¡Oh, tengo que conseguir a esa chica! Me han contado muchas cosas sobre ella y la quiero.

-¿Y qué harás entonces? ¿Le propondrás matrimonio? ¿O la torturarás y harás porquerías con ella?

-¡Me han explicado que puedes hacerle lo que quieras!

Era viejo, tenía la cara oscura y arrugada. Tenía un aire pretencioso, con su kurta blanca y el turbante sobre la cabeza.

-Has hecho un largo camino –le dije-. Descansa un poco. Phoolan recibe muchas visitas. Todos los thakures la buscan. Iré a decirle que has venido...

Rompí una rama de un árbol, le quité las hojas y la probé, golpeándome la mano. Mi madre me vio de lejos y me miró perpleja durante un momento, pero luego siguió con su trabajo. Probablemente pensó que iba a utilizar la vara para echar a algún animal del campo. Volví cautelosamente adonde el viejo estaba echado y empecé a golpearlo con todas mis fuerzas.

-¿Querías a Phoolan, eh? –le grité-. ¡Pues ya la tienes!

Seguí golpeándole.

-¡Vamos! ¡Tómala! ¡Haz lo que quieras con ella!

Mi madre llegó corriendo y ayudó al viejo a levantarse. Se marchó apresuradamente y yo me senté debajo de un árbol, agotada pero muerta de risa viéndole alejarse. Se había quedado tan sorprendido que ni siquiera pidió socorro.

Yo había cambiado. Todo mi ser había estado consumido de cólera y rebeldía por el descaro de los thakures, por su desprecio por nosotros. Pasé un tiempo preocupada, creyendo que vendrían los demás thakures a vengar al que había golpeado. Estaba siempre alerta. Imaginé un plan. Simularía que iba a complacerles y sacaría a mi familia de casa. Invitaría a los thakures a sentarse, les diría que se acomodaran, que les atendería a todos... ¡Y luego trancaría la puerta y prendería fuego a la casa!

Pensaba en ello continuamente, me imaginaba la escena. Casi me decepcionò que pasaran los días sin que apareciese nadie. Sabìa còmo se llamaba el viejo y dònde vivìa. Me enterè de que había abusado de doscientas chicas; así de fácil, porque ellas eran muchachas mallahs pobres como yo que habían nacido para servirle.

Màs de quince días después de que el viejo escapara escaldado, llegaron a casa dos thakures buscándome.

-Querèis saber lo que puede hacer mi hija –les contestò mi padre-. Preguntádselo vosotros mismos.

Era como si ya no le quedaran fuerzas para molestar. Me llamò para que saliese al patio.

Preguntè a los hombres tranquilamente còmo se llamaban y què querían.

-¿Tenèis esposas, hermanas o hijas? –añadi. Me miraron perplejos-. ¿Os gustaría que alguien hiciera con ellas lo que querèis hacer vosotros conmigo? ¡Largo de aquí! ¡Volved con vuestras esposas! ¡Si os veo otra vez en la aldea, os matarè!

Estaban asombrados.

-Tienes que estar loca para hablarnos así –dijo uno. Y le susurrò a su amigo -: Seguro que alguien la apoya.

Decidieron marcharse. No había sido necesario prender fuego a la casa. Sòlo hacìa falta valor... y amenazarles con la violencia. Mi madre lo había oído todo y salió llorando a reñirme.

-Amenazas a todo el mundo. ¡No dejabas de hablar de tu fusil, pero no tienes fusil!

Era verdad, pero se había corrido la voz y todos me temían. Ya no me molestaba nadie de la aldea, ni venían de otras para pedirme vilezas. Ahora bajaban la voz cuando yo pasaba. Debían de creer que el fusil me lo habían dado mis tíos, aunque sòlo tenía uno imaginario.

Lo que les asustaba no era màs que un fantasma. Si me hubieran apoyado, no habría ocurrido nada. Pero le tenían miedo a Mayadin. Creían que como era rico podía pisotear a todo el mundo.

Me habían mantenido a raya como a un perro rabioso y ahora me temían a mì también. empecè a distanciarme incluso de mi familia. Apenas hablaba con mi padre màs que para preguntarle por què me había traído al mundo en una familia tan pobre. No soportaba su presencia, ni la de mi madre. Hasta entonces siempre me había asustado un poco mi madre, me aterraba su genio, tan parecido al mìo; pero, a partir de entonces, si me alzaba la mano para darme una bofetada, la amenazaba con devolvèrsela y ella retrocedìa. A veces deseaba agarrarla del pelo y golpearle la cabeza contra la pared. Nunca lo hice, pero lo deseaba. Y evitaba a mis hermanos pequeños. Tambièn ellos habían comenzado a crisparme.

A veces, mientras comìa tranquilamente junto al fuego o descansaba en el khat, lo recordaba súbitamente todo, todas las cosas que me habían hecho, todos los horrores. Entonces me levantaba y corrìa a casa de Mayadin.

-¡Màtame! –gritaba como la loca que creían que era-. ¡Venga! Te matarè yo también a ti y acabarà todo.

O me despertaba en medio de una pesadilla y corrìa a su casa de noche. Estaba tan aterrorizado que ni siquiera se dejaba ver. Llamaba a sus criados para que le defendieran y al día siguiente iba a visitar al sarpanch para hablar de lo que iban a hacer conmigo. Todos creían que la única razón de que tuviera el valor para comportarme de ese modo era que me protegía alguien. Me reìa a carcajadas al verles encogerse asustados.

Yo también tenía miedo, pero lo disimulaba. Tenía miedo por mis padres. A mì no podían hacerme nada màs horrible de lo que me habían hecho ya. Y seguía viva. Era lo único que me importaba. Me habían torturado y violado, pero me vengarìa...

Pasò el mes de ashar y llegaron las lluvias. Mi padre estaba tan preocupado por mi seguridad que no hacìa màs que repetirme que no dijera aquellas cosas porque alguien me matarìa.

Phool Singh, el thakur de Narihan, el único thakur en quien confiaba, vino a avisar a mi madre.

-Si se presenta en tu casa alguien de mi casta, o incluso de mi familia, no los dejes entrar... ya no puedo ayudarlos.

Mi madre le preguntó por qué.

-No puedo responder por mi casta. Esconde a tu hija, ¡enciérrala! Los hombres de mi casta son como perros.

Ni siquiera confiaba en sus hijos. Nos habían contado que ayudaba a otras personas pobres, no sólo a chicas como yo, sino también a personas de otras castas inferiores y a musulmanes. Pero a mí todos los hombres me parecían chacales. Todos querían devorarme, destrozarme. Acechaban en la oscuridad como tigres, ansiando mi carne.

Mi buey tenía los ojos apagados, vacíos. Se había acatarrado durante el monzón, y cuando parecía que se estaba recuperando, recayó. Temblaba y vomitaba. Le di agua y lo metí en la casa para que entrara en calor. Se tumbó y lo abracé, le acaricié el pescuezo y le hablé suavemente. Pasamos así toda la noche.

Por la mañana, estaba muerto. Había muerto sin un gemido, oyendo mi voz que le susurraba todo lo que íbamos a hacer juntos.

Seguía lloviendo torrencialmente. El cielo estaba gris y la calle era un barrizal. Nadie nos echaría una mano para mover el cadáver, pero había que intentarlo de todas formas. Pedí ayuda en vano hasta que unos barrenderos, los más pobres de la aldea, nos ayudaron a sacarlo de la casa y subirlo a su carro. Se lo llevaron y lo echaron al Yamuna.

Con él, bajo la lluvia, se fueron mis lágrimas.

18.

Dormí mal, como de costumbre.

Hacía días que llovía torrencialmente. Aquella mañana al fin había despejado. La atmósfera estaba limpia y fresca. Pero yo no hallaba paz en aquella calma. Sólo amenazas... Estar siempre alerta me había agudizado los sentidos.

Me encontraba echando estiércol en un campo cuando distinguí a un hombre a lo lejos. Al acercarse, reconocí sus dientes amarillos y su extraña nariz. Era el sarpanch de la aldea vecina.

Él no me reconoció. Me hizo la pregunta habitual. Me preguntó dónde vivía Phoolan Devi.

Señalé con cautela la casa de Mayadin.

-¿Se aloja allí ahora?

Le pregunté por qué quería saberlo.

-Vendrán a buscarla esta noche –dijo.

-¿Quiénes? ¿Por qué? No ha hecho nada malo.

-Es peligrosa. Se relaciona con dacoits.

Me preguntó cómo me llamaba y le respondí que Bhuri. Me miró entrecerrando los ojos y se fue. Corrí a casa tan pronto como pude.

Mi madre no creyó mi historia. Le supliqué que me acompañara a buscar protección a la comisaría de Kalpi. Al final accedió sólo porque necesitaba ayuda para llevar los sacos de simiente, pues había que sembrar después de las lluvias. Cuando llegamos al edificio que tenía un letrero azul y rojo, dejó que

hablara yo. Pero estaba allí el mismo subcomisario que me había echado la última vez y que se limitó a reírse y a decir que le tenía hartos con mis quejas.

-Tan pronto les acusas de violarte como dices que van a ir a raptarte los thakures. ¿Quién desearía raptarte? Anda, vete a casa. Al final encontrarán a alguien que se case contigo.

No podíamos hacer otra cosa que comprar las semillas y regresar. Cada saco pesaba catorce kilos. Yo me puse uno en la cabeza y mi madre otro. En las afueras de la ciudad empezó a llover otra vez. Caminábamos con dificultad y poco después arreció de tal manera que casi no se veía el camino. Le dije a mi madre que debíamos habernos quedado en la ciudad, donde me sentía más segura. Estaba cansada y la lluvia me hacía tiritar. Me habría gustado sentarme allí, en algún lugar donde nadie me conociera, y no volver a levantarme. Pero mi madre quería regresar.

Tuvimos que cruzar un riachuelo bajo el aguacero con los sacos sobre la cabeza. Estaba crecido y la corriente se arremolinaba a nuestro alrededor. Se me pegaba el sari al cuerpo, completamente empapado. Cuando llegamos al fin a casa, era tarde y estábamos agotadas pero todavía había trabajo que hacer. Tuve que recoger las vacas a oscuras y darles de comer mientras mi madre preparaba unos chapatis. Cuando al fin acabé, estaba tan rendida que no podía comer.

-No te preocupes, Phoolan -dijo mi madre-. Quitate el sari para que se seque y vete a dormir.

Me daban más miedo los thakures que la policía. Cuando le dije al subcomisario que me encerrara en la celda, se rió de mí diciendo que le encantaría...

Sólo una persona hubiera podido protegerme del miedo y la deshonra: el marido que no tenía. Sin marido era como un conejo en las garras de un tigre.

Supliqué a mi madre que me escondiera en algún sitio.

-¿Pero dónde, Phoolan? -me preguntó.

¿Para qué desearían raptarme? Para lo que los hombres siempre querían de mí, pensé. Querían hacerme daño y humillarme y luego tal vez matarme... pero el sonido de la lluvia intensa en el tejado interrumpió mis lúgubres cavilaciones... hasta que desperté sobresaltada al oír un estruendo.

Golpeaban el muro del patio con tanta fuerza que creí que se había derrumbado y que la lluvia estaba a punto de arrastrar la casa. Era algo que ocurría a veces en las casas que estaban junto al río como la nuestra. Pero el muro no se rompió.

La puerta de madera se salió de sus goznes y vi la silueta de varios hombres uniformados. Irrumpieron en la casa y agarraron a mi padre, que estaba durmiendo en el establo junto a la puerta.

-¿Dónde está esa putilla? ¿Dónde está Phoolan?

-Está durmiendo. No sé dónde...

Con los uniformes caqui no parecían thakures, sino policías. La luz de sus linternas iluminaba las cortinas de lluvia y comprobé que llevaban fusiles. Algunos movían en todas las direcciones el haz de luz de las linternas para localizarme, mientras otros ataban rápidamente a mi padre con una soga. Mi madre salió corriendo al patio con una lámpara para enfrentarse a ellos.

-No puedo soportarlo más -gritó furiosa-. ¿Cómo os atrevéis a irrumpir aquí en plena noche de esta forma?

Pero de poco valían las protestas de una mujer. También mi madre debía de creer que eran policías enviados por Mayadin o por el sarpanch. No iba a arriesgarme. Me deslicé hacia la parte de atrás de la casa. Con suerte, podría saltar al patio de al lado. Miré hacia atrás. Los hombres estaban golpeando a mis padres.

-¿Dónde está? ¡Decídnoslo!

Al ir a saltar la tapia me di cuenta de que habían rodeado la casa pues vi luces por todas partes. Debía de haber por lo menos doce hombres en la parte de atrás y supuse que habría más en la calle. Me

dejè caer y volvià cautelosamente a la cocina. Reparè en los haces de hierba que secàbamos para usarlos como escobas para el patio; quizá consiguiera esconderme debajo... pero era inútil. Cogì uno de los haces. Era todo lo que podía hacer contra sus fusiles. Habían cercado la casa como un ejército y habían invadido el patio. Les oìa en la cocina dando patadas a los cacharros y rompiéndolo todo con los cañones de sus fusiles.

Luego oì los gritos de mi hermano pequeño pidiendo socorro.

-¡Nos llevaremos a èste en su lugar! –gritò un hombre-. Decidle a Phoolan que vaya a buscarle cuando quieran.

Tal vez si no hubiera llovido tanto, habría dormido en la azotea como siempre que me sentía amenazada y habría logrado escapar. Aunque acaso tuviera razón mi padre y nadie puede escapar a su destino. Dejè caer la escoba y me dirigì hacia las luces.

Mi padre seguía atado como un animal listo para el matadero y mi madre estaba de rodillas bajo la lluvia, delante de los hombres, suplicándoles que dejaran a Shiv Narayan.

-¡Yo soy Phoolan Devi! Matadme si querèis, pero dejadle a èl.

Los hombres se volvieron hacia mì y uno se adelantò y me taladrò con su mirada de serpiente dispuesta a atacar a su presa.

Me dio una bofetada.

-¡Largo de aquí! ¿Crees que vas a hacernos creer que eres Phoolan Devi? ¡Valiente mierdecilla!

-¡Pero es Phoolan! –chillò mi madre-. ¡Llevàosla, pero dejad a mi hijo!

El hombre que me había abofeteado se aproximò a mì de nuevo con la linterna. Me la acercò a la cara y observò mi blusa y mis enaguas, bajándola hasta mis pies descalzos. Luego alzò la luz para examinar mi rostro.

-¿Eres Phoolan?

Seguramente se imaginaba a alguien mayor. Me mirò como si hubiera cometido un error y estuviese haciéndole perder el tiempo.

No le veìa bien, pero era un individuo delgado, no muy alto y tenía la voz grave.

-Sí, -dije en un balbuceo-. Soy... Phoolan.

El hombre se dirigió hacia mi madre.

-¿Es una broma? Es demasiado joven para ser dacoit.

Yo todavía creìa que eran policías de otro distrito. Parecía que había dos jefes, el delgado que me había abofeteado y otro màs alto y corpulento, que hablò groseramente al primero.

-¿Te la tiras o la matamos ya? Hemos hecho todo este camino por una puñetera muchacha. No vamos a dejarla sin màs, la gente no nos tomarìa en serio. Venga, Vickram. ¿A què esperas?

-No me atosigues. Haremos lo que yo diga.

-Eh, es mallah como nosotros –gritò uno de los hombres desde las sombras. Pero el alto siguió incitando a su compañero.

-Hagamos el trabajo para el cual hemos venido. Si no la aprovechas tù, lo harè yo. Así que decídete.

El de la voz grave me observò durante unos segundos y luego se irguió.

-Nos la llevamos. Dejad al chico.

Mi madre había supuesto que el llamado Vickram era un mallah como nosotros. Se arrojò al suelo delante de èl y le tocò los pies.

-¡Te lo suplico, déjala aquí, déjala en paz! Ella no ha hecho nada malo.

-No puedo dejarte a tu hija.

Los hombres de la banda empezaron a murmurar detrás de él. Vickram retrocedió para hablar con ellos y no pudo oír lo que decían. Seguí allí de pie muerta de miedo convencida de que estaban planeando matarme.

-¡Amma, ayúdame, amma! –dije, lloriqueando.

Mi padre se puso a dar gritos para despertar a los vecinos. La gente empezó a salir de sus casas con lámparas para ver lo que pasaba y los hombres giraron en redondo y les apuntaron con los fusiles.

-Quietos, ni un paso más –les advirtió uno-. Apartaos.

El individuo alto, de hombros anchos, movió la cabeza lentamente y escupió.

-¡Soy Babu Gujar Singh! ¡Y os juro que os mataré a todos!

Se produjo una súbita conmoción a mi alrededor. Un hombre me agarró del brazo y me arrastró mientras otro me empujaba. Oí disparos. Disparaban al aire para asustar a los aldeanos. No podía desasirme de los dos hombres que me arrastraban, descalza. En pocos segundos habíamos dejado atrás las casas y bajábamos hacia el río. A mis espaldas resonaban los disparos en la noche y la voz de mi padre pidiendo socorro.

Estaba segura de que iban a matarme. Lo harían en cualquier momento. El miedo a la muerte era una sensación extraña. Lo sentía en la garganta mientras bajaba tambaleante la cuesta hacia la orilla del río entre los dos hombres, medio a rastras, medio a empujones, como una brizna de paja en una desbandada. Me sorprendí rezando para que no me violaran antes de matarme.

Habían apagado las linternas y cuando alcanzamos el río ya no se oían los gritos procedentes de la aldea. Me sentía rodeada de fantasmas. Estaban desamarrando una barca.

-¿Por qué seguir? ¡Se lo haremos aquí y así no tendremos que llevárnosla! –dijo uno.

-¡Que nadie la toque! Haremos lo que yo diga –contestó otro.

Me alzarón y me echaron en la barca.

-Vigiladla –gritó un tercero-. Es mallah y sabe nadar bien.

Los fantasmas eran bastante reales. Me rodearon en la barca, cercándome por todas partes para impedir que saltara. Ni siquiera conseguía vislumbrar el río detrás de sus gruesos cuellos, sus anchos hombros y sus fusiles. No veía más que la lluvia torrencial iluminada por los relámpagos.

Llegamos a la otra orilla. Un hombre me empujó.

-¡Venga, deprisa!

-Adelante, por ahí. Si intentas escapar te matamos.

Continué andando a trompicones por el sendero de la orilla del río; se me hundían los pies descalzos en los embarrados surcos que las ruedas de los carros habían dejado. Me seguían de cerca. No podía verlos, pero cuando tropezaba me empujaban con los cañones de los fusiles. Tuve que levantarme las enaguas hasta las rodillas para cruzar los charcos. La lluvia me golpeaba los ojos y sentía los arañazos de los espinos en las piernas y los fuertes latidos de mi corazón, como si fuera a explotar.

-¡Camina! ¿Adónde crees que vas? ¡Camina!

El miedo me secaba la boca, pero sólo podía beber agua de lluvia. Alcè la cabeza sin dejar de caminar y sorbí la lluvia que me caía en las mejillas.

-Juro que voy a tirarme a esta chica, Vickram Mallah.

Oí detrás la voz grave del que se llamaba Vickram.

-No –dijo-. ¡Lo haré yo primero!

La ropa se me pegaba al cuerpo; la lluvia la había convertido en finos harapos. Me sentía atrapada en una pesadilla, medio desnuda, desvalida, intentaba correr pero apenas avanzaba porque se me hundían los pies en el barro.

Tenía aún la boca seca de miedo. Me armé de valor y les supliqué:



-Por favor, hermano, dame un poco de agua.

-¡No soy tu hermano, soy tu marido! –dijo uno, riéndose groseramente.

Me empujaron una vez más.

El que me daba menos miedo era Vickram, el mallah. Aunque hablaba poco, cuando se dirigía a sus hombres lo hacía con voz tranquila, mientras que el otro, el que había gritado que se llamaba Babu, insultaba a los hombres y les hablaba siempre a voces.

Olia como un animal y a la débil luz del amanecer distinguí vagamente sus rasgos. Tenía la nariz grande, los dientes agudos de felino y un solo ojo. El otro lo tenía blanco.

No dejaba de darme empujones con sus manazas, comentando entre risotadas lo mucho que iba a disfrutar conmigo.

Caminamos toda la noche, a campo traviesa, por senderos y barrancos. La lluvia había cesado al fin y los hombres se detuvieron en un cruce de caminos junto a un riachuelo. Se lavaron la cara y se enjuagaron la boca. Me tumbé boca abajo entre dos rocas y bebí del arroyo. Estaba empapada y helada, me palpitaban las sienes y las piedras del camino me habían hecho cortes en los pies... Hacía horas que no aguantaba las ganas de orinar.

-Por favor –rogué-. Tengo que hacer mis necesidades.

-¿Nos tomas por idiotas? –preguntó Babu-. ¿Crees que vamos a dejarte escapar?

-¡Déjala! –dijo Vickram.

-Ve...

Vi sus rostros negros a la luz del amanecer, fieros y horrendos. No parecían policías, aunque todos llevaban uniforme, con cartucheras sobre el pecho, mochilas y botas gruesas de suela de goma para no hacer ruido al caminar.

Miré a mi alrededor. Nos encontrábamos en los barrancos, bastante arriba, rodeados de rocas y matorrales. Abajo, en algún lugar lejano, estaban las vegas y el río. Algunos hombres habían extendido mantas en el suelo para echarse, mientras otros dormían directamente sobre la tierra desnuda con la cabeza apoyada en la mochila. Me agaché detrás de un matorral, temblando ante la idea de que alguno se acercara sigilosamente. Volví y mientras me lavaba los pies en el río, vi que casi todos se habían dormido.

Me acerqué a Vickram, procurando mantener una distancia respetuosa.

-Por favor, hermano, déjame marchar ahora. Te lo ruego.

Aun así, en opinión del tuerto me había acercado demasiado.

-¡Eh, tù! ¡Ven aquí con Babu!

Se había enfadado al ver que me aproximaba a Vickram. Al parecer, él tenía sus hombres y Vickram los suyos. Se habían echado a descansar en sitios separados. Me parecía que no acababan de ponerse de acuerdo en cuanto violarme o matarme.

Retrocedí con las manos aún unidas, suplicando a Vickram.

-Por favor, hermano, déjame volver a casa...

-No tengas miedo –me respondió.

Sacó de la mochila un sari y unas sandalias de plástico y me los dio. El ogro nos observaba...

-Ten cuidado –dijo maliciosamente-. Empezaré a hacerse ilusiones... más vale que vengas aquí conmigo, lagartuela.

Se acercó, me agarró del pelo y me llevó a rastras adonde se había sentado.

-Quédate aquí. Y deja de llamarme hermano.

Me tiró al suelo y se sentó a mi lado. Vickram se mantuvo en silencio y yo estaba demasiado asustada para moverme. Intenté suplicarle con la mirada que me ayudara.

Me indicó con un gesto que esperase.

Acurrucada allí, coloqué la cabeza entre las piernas y no me atreví a volver a levantarla. Algunos hombres habían abierto sus mochilas y estaban comiendo galletas saladas. Yo tuve que conformarme con agua. Durante toda la noche, durante la carrera demencial por los campos y la jungla, pensé que había caído en manos de policías. Pero entonces estaba segura de que eran bandidos. Me habían acusado de ser una dacoit que vivía en la selva y salía sólo para robar y ahora me habían raptado auténticos bandidos. No tenían cuatro brazos y cuatro orejas como decía Rukmini, pero de todos modos eran monstruosos. Tenían la cara sucia y oscura, los rasgos toscos, grandes bigotes y una cinta atada sobre la frente y yo apenas entendía lo que hablaban. ¿Por qué me habían raptado? Si los habían contratado para que me castigaran, ¿por qué no lo habían hecho ya? ¿Por qué no me violaban y me mataban ya? En la aldea habría tenido alguna posibilidad de escapar y defenderme, pero allí en la selva no podía hacer nada. Ni siquiera sabía dónde estaba.

Lo único que sabía era que de momento debía mi salvación al llamado Vickram, el que los otros habían dicho que era mallah como yo. Pero él no me hacía más caso que a un pez varado en la arena. Babu el tuerto no era mallah. Era más alto que Vickram. Había comentado que era "gujar". Yo nunca había oído nombrar aquella casta, pero debía de ser thakur.

Los hombres estaban comiendo y bromeando. Ninguno me dirigía la palabra. Hablaban de rupias. Yo me devanaba los sesos intentando encontrar la forma de salvarme. Ignoraba si mis padres habían ido a la policía, ni si estaría detrás de aquello Mayadin, el sarpanch o los dos. Recé con la cabeza entre las rodillas y los ojos cerrados: "Dios mío, si existes, si puedes verme, haz que me liberen. Haz que el que se llama Vickram me ayude". Pero en el fondo de mi ser estaba segura de que si Dios existiera yo no me encontraría con aquellos bandidos.

Llevábamos allí poquísimo tiempo cuando recogieron las mochilas y se calzaron. Yo me vestí también, me puse el sari que me había dado Vickram encima de las enaguas mojadas e iniciamos la marcha.

Babu me hacía caminar delante de él. Si tropezaba, me insultaba. Me preparaba para los golpes, pero no llegaban. Sentía su único ojo en mi espalda. No tenía la menor idea de hacia dónde nos dirigíamos.

Caminábamos en fila india por tortuosos senderos que las lluvias habían abierto en las colinas. El terreno a mi alrededor era pedregoso y pelado, se veían muy pocos árboles; no había campos cultivados ni animales ni gente.

Después de caminar durante una hora más o menos divisé espirales de humo que se elevaban en el aire. Provenían de una aldea de aspecto tosco encajonada entre dos barrancos. Habían cortado los árboles y apilado los troncos cerca de las cabañas. A poca distancia de la aldea había una cabaña pequeña, medio oculta en la tierra. Nos acercamos y nos recibió un hombre. Parecía que no tenía miedo de los bandidos. Le pidieron ropa para mí y algunas cosas para ellos. Se dirigió hacia la aldea y volvió con unos pantalones negros, una camiseta azul de manga corta y varios pares de zapatos de suela de goma. Babu señaló los zapatos y me dijo que buscara un par que me sirviese. El hombre hizo un gesto señalando la cabaña. Comprendí que quería decir que me cambiara allí. No parecía extrañado de verme con aquellos hombres.

Había un anciano sentado cerca en un taburete, que nos observaba, y pensé que podía pedirle que fuera a la aldea a pedir ayuda, pero los bandidos rodearon la cabaña mientras yo me cambiaba. Serían más de treinta en total.

Los pantalones eran negros, de los que usaban los hombres. Me los puse debajo de las enaguas. Me dejé la blusa debajo de la camiseta y doblé el sari bajo el brazo. Sin el sari no tenía con qué cubrirme la cabeza y el pelo me caía suelto. Babu esperaba fuera de la cabaña, recostado en un viejo khat que temblaba bajo su peso. Me agarré del pelo y me hizo sentarme a su lado.

Vickram estaba de pie a cierta distancia.

-Quítale las manos de encima –le dijo, en un tono seco y amenazador.

Cinco o seis de los hombres de Babu le rodearon de pronto, apuntándole con los fusiles. Èl permaneció alerta mientras Babu se tendía como un cebòn en el catre, sin soltarme.

-¿Por què quieres protegerla? –preguntò el tuerto-. ¿Por què a ella? Hemos tenido muchas otras chicas antes. ¿Què tiene de especial èsta? ¿Estàs de su lado, es eso?

-Te dije que no la tocas. Pertenece a mi comunidad.

-¿Y què? ¿A quièn le importa? Ni siquiera la conoces. No es de tu familia.

-Si la tocas, te pego un tiro –dijo Vickram.

-Si disparas, dispararè yo también, ¿y luego què? ¿Es que vamos a matarnos por esta descarada? ¡Es a ella a quien debemos matar!

Los otros hombres se miraron unos a otros. No entendían por què discutían sus jefes.

-¿Què diablos hacemos con esta puñetera? –preguntò uno-. Tendríamos que habernos librado de ella hace tiempo, ¿eh, Babu?

Vickram no se movió.

-No te precipites, Babu. Hasta ahora has hecho lo que has querido y lo hemos aguantado. ¡A èsta no la toques!

¿Me protegía sòlo porque yo era mallah? Al parecer, no era la única que no lo entendía. Los hombres comentaban en susurros que nunca habían visto así a Vickram, preguntándose què pasaría. Yo esperaba que se debiera a mi condición de mallah y aunque èl era un bandido y yo únicamente una pobre campesina, se había conpadecido de mì. Fuera cual fuese la razón, era la primera vez que un hombre intentaba defenderme. No podía creerlo.

Babu cedió. Me echò del khat como un chiquillo cansado de jugar a un juego que estaba acostumbrado a ganar. Pude sentir la còlera creciendo entre los dos hombre y deseè que ganara Vickram; no por èl, sino por mì. Mi cuerpo no podía soportar màs torturas. Sentía tal odio hacia los hombres que mi único deseo era ser también hombre. Odiaba a los hombres, pero lo único que deseaba era ser como ellos, tener su poder y su libertad, y no un trozo de carne con la que divertirse.

La tarde transcurrió lentamente. Me acostè en el suelo, pero no pude dormir. Cuando se hizo de noche dejamos la cabaña y nos pusimos de nuevo en marcha. Oì a uno de los hombres decir que nos dirigíamos a una aldea llamada Raipur. Nunca había oído aquel nombre y seguía ignorando dònde nos encontrábamos. La selva había sido siempre para nosotros un lugar lleno de peligros terribles. Nos repetían constantemente que no saliéramos de las llanuras, que no abandonásemos nunca los senderos. Lo único que sabía era que estaba lejos de las riberas del Yamuna.

Caminamos durante toda la noche de nuevo, haciendo breves altos para descansar de vez en cuando. Al llegar por la mañana a otra aldea, nos detuvimos a cierta distancia de la misma, como el día anterior. Incluso desde lejos, pude advertir que se trataba de una aldea pròspera. Las casas eran sòlidas y bien construidas, con ventanas y grandes puertas de madera.

Enviaron a uno de los hombres a buscar a un tal Raja. Por el tono que empleaban al mencionarle tenía que tratarse de alguien importante; supuse que sería un príncipe local o un brahmán. Esperamos todo el día; al fin apareció, casi al atardecer. Llegó con otros dos hombres en una motocicleta. Uno conducía y Raja y el otro se sentaban de lado. Los dacoits saludaron a Raja con una inclinación y algunos se acercaron a tocarle los pies. Vestía bien, como los políticos que visitaban a veces nuestras aldeas. Llevaba camisa blanca, pantalones negros y zapatos de cuero brillantes.

Se fijò en que le estaba mirando. Me había mantenido todo lo lejos posible de la banda, sin abrir la boca, para que el tuerto no se enfadara.

-Es sòlo una niña, Babu –afirmò uno de los hombres que había llegado en la motocicleta.

Raja mirò a la banda.

-Que no la toque nadie.

-Ya se lo he dicho yo –intervino Vickram.

Pero los bandidos protestaron.

-Entonces, será mejor deshacernos de ella. Vickram no quiere tenerla. Y ella no puede correr muy deprisa. Es un estorbo.

¿Què significarìa deshacerse de mì, matarme o dejarme allí en la selva? Estaba segura de que si me abandonaban cerca de una aldea encontrarìa el camino. Era una chispa de esperanza. Alcè la cabeza para mirar al ogro, esperando a que accediera.

Babu moviò la cabeza. No estaba de acuerdo.

Era como si mi presencia hubiera dividido a la banda. Parecían dos grupos diferentes: los mallahs a un lado y los thakures al otro. Y los thakures no querían soltarme.

-Hicimos un largo camino para raptarla y no vamos a soltarla sin màs ahora –dijo Babu-. Si lo hiciéramos, dirían que nos han engañado.

Me preguntè a quiènes se referìa. ¿Por quièn habían sido contratados? No era difícil de adivinar de quièn se trataba...

Raja intentò convencer a Babu.

-Sòlo es una pobre chica. No te ha hecho nada.

Al parecer, Raja sentía compasión por mì, como Vickram. Hablaba bien, había de ser alguien importante, pensé. Tanto Vickram como Babu se dirigían a èl con respeto, aunque Babu estaba claramente irritado con sus comentarios.

-Siempre te he dicho que no estaba bien lo que haces, Babu. ¿Por què andas continuamente persiguiendo chicas de esta forma? –le preguntò Raja-. No piensas en otra cosa. Te he dicho que las dejes en paz. Un dìa te mataràn.

-¡Me importa un bledo! ¡Me acostarè con èsta aunque sea lo último que haga! No la soltarè.

-¡No le pondrás un dedo encima! –dijo Vickram.

-O nos libramos de ella –dijo Babu amenazadoramente- o nos libramos de Vickram.

Clavè mis ojos en Vickram, rogándole silenciosamente que me salvara. Se acercò a mì y alzò la luz de la linterna esta vez hacia su propia cara.

-Mírame bien –me dijo.

Su rostro era agradable, alargado, de nariz fina. Tenía un bigote ralo y la piel clara y casi tan tersa como el cutis de una muchacha. A pesar de la cicatriz que tenía sobre el ojo izquierdo, había algo en su expresión que me hizo confiar en èl.

-Soy Vickram, el mallah. Recuerda mi nombre y no olvides mi cara.

-¿Pero què te propones? –vociferò el tuerto-. ¿Què intentas demostrar, que eres mallah? ¿Lo haces para fastidiarme?

-Quiero que pueda reconocerme, eso es todo. Vamos a dejarlo ya, ¿de acuerdo?

Vickram volvió con sus hombres. Raja asintió, indicando que la cuestión estaba zanjada. Volvió a su motocicleta y antes de montarse, los bandidos le hicieron una reverencia y le tocaron los pies uno a uno. Cuando se alejó entre una nube de humo y polvo, llegaron de la aldea unos hombres con patatas y chapatis. Los bandidos olvidaron sus desavenencias y se sentaron a comer. Yo seguí apartada de ellos y Babu seguía sin apartar su único ojo de mì.

-¡Eh, tù! –vociferò-. Como intentes escapar te pegaré un tiro.

Vickram llamaba tìo a uno de los hombres que habían llevado la comida de la aldea. Se reunió con los otros tres bandidos que parecían hombres de Vickram. Yo había entendido sus nombres: Madhav, Raghu Nath y Bharat. El tìo de Vickram se llamaba Bare Lal.

Cogió un plato de comida y me lo dio. Al parecer, los hombres de Vickram no se alejaban mucho de su lado. Todos estaban comiendo menos èl, que fumaba un cigarrillo, absorto en sus pensamientos.

-¡Anda, come! –le animò Bharat-. Todo irà bien, Mastana, no te sientas culpable.

Había oído a sus hombres llamarle Mastana antes.

Era una palabra de afecto y admiración, un apodo para alguien alegre y apuesto, y me sorprendió que alguien llamara Mastana a un bandido. Tampoco había visto a nadie que fumara tanto. Lo hacía con expresión seria, y cuando lo había fumado hasta el filtro sacò otro de la cajetilla y lo encendió con el primero.

-No debíamos haberla raptado –dijo al fin-. Nos engañaron.

Babu sonriò con la boca llena. Me señaló con un dedo manchado de mantequilla.

-Si esa chica es tuya –observò-, ¡tambièn es mía!

De repente cogió el fusil y disparò. Oì una explosión cerca y me tirè de costado. Pero sòlo era un juego. Todos los hombres se rieron al verme hecha un ovillo en la hierba, temblando del susto. Vickram no hizo comentario alguno.

En cuanto acabamos de comer nos pusimos de nuevo en marcha, a oscuras. Bajamos por los barrancos hasta el Yamuna, donde nos esperaba un barquero. Fuimos rìo abajo hasta una aldea llamada Bejamau. Llegamos de dìa, cuando la gente se estaba bañando y lavando la ropa en el rìo. Todo el mundo parecía reconocer a Vickram. Le rodearon, contentos de verle y acosándole con preguntas. Luego se fijaron en mì.

-¡Tienes otra chica! –dijeron, con extrañeza-. ¿Por què la has traído aquí?

-Eso no os importa. No tenèis que preocuparos por ella.

Bajaron de la barca todos los hombres menos cuatro que se quedaron vigilándome.

-No te muevas –me advirtieron-. Si no haces lo que te mandamos, te mataremos, ¿entendido? Aquí no manda Vickram. Aquí manda Babu y es peligroso. Vale màs que le obedezcas.

Los otros se alejaron por la orilla hacia los escalones que llevaban desde el agua hasta un templo. A los pocos minutos, volvió a buscarme Bare Lal, el tìo de Vickram. Un “sadhu” se sentaba inmóvil en una estera delante del templo, con las piernas cruzadas. Era muy viejo y estaba casi desnudo y cubierto de cenizas blancas. Parecía todo huesos. El cabello le caía largo por los hombros. Mantenía los ojos cerrados.

Bare Lal me acompañò.

-Se llama Sidh Baba. Puedes saludarle.

Era un hombre santo, un gurù, a quien parecían venerar Vickram y sus hombres. Se arrodillaron todos y le tocaron los pies mientras èl rezaba en susurros. Luego se retiraron a una distancia respetuosa.

Vickram hablò con èl.

-Perdònanos lo que hemos hecho. Hemos raptado a esta chica. Perdònanos esta mala acción y dànos fuerza para protegerla.

Babu lo oyò pero no intervino. Un hombre me dio un codazo. Me acerquè a arrodillarme tambièn y le toquè los pies, gimiendo de alivio.

El santo abrió los ojos. Le brillaban como brasas redondas en su pàlida cara. Dijo algo que no entendí y uno de sus devotos lo tradujo.

-¿Què haces con estos dacoits a tu edad?

Yo estaba tan aturdida que no sabía què decir.

-Ya estoy harto –dijo Babu furioso.

El santo le mirò fijamente y murmurò algo que el devoto tradujo también.

-Cállate y siéntate tranquilamente, por favor.

Babu mirò a sus hombres y se sentò.

El devoto se inclinò hacia el santo para oír lo que decía a continuación y luego le susurrò algo a Vickram.

Los hombres me llevaron lejos de allí. Yo no entendía lo que pasaba, sòlo que había estallado otra vez la discordia y que aquel hombre extraño, cubierto de cenizas, sentado delante de su templo, tenía el poder de hacer que Babu le obedeciera.

Bare Lal me dijo que el sadhu bebía únicamente leche, hablaba sòlo por la nariz y casi nunca dirigía la palabra directamente a nadie como había hecho conmigo. El templo era pequeño y tenía el suelo de mosaico blanco. Se alzaba en lo alto de la escalinata a la orilla del río, pero con el monzòn el agua había cubierto los escalones y llegaba hasta la puerta del templo. No había alcanzado a ver el templo blanco desde la barca. Parecía tan tranquilo y seguro bajo el cielo azul que no pude contener el llanto. ¡El santo me había hablado! Su templo estaba dedicado a Siva, el dios risueño que vivía en la montaña sagrada, cuya còlera tenía el poder de destruir a los demonios. ¡Tal vez Siva me protegiera ahora!

Me llevaron otra vez al río y partimos de nuevo, todos en la barca. Nadie dijo adònde íbamos. Nadie me dijo: Vas a ir a casa, Phoolan. Cayò la noche y al poco rato bajamos en la otra orilla del Yamuna. Teníamos que volver a caminar, subiendo de nuevo las escarpadas laderas de los barrancos, esquivando las piedras cortantes de caliza y los zarzales secos. Si me agarraba aunque sòlo fuera un segundo a la rama de un árbol para recuperar el aliento, oía detrás de mì una voz ordenàndome que siguiese.

Hacia dos noches que no veía a mi familia.

19.

Los bandidos habían rodeado algunas casas grandes de tres plantas que pertenecían a familias ricas. Habían irrumpido en la aldea, subiendo rápidamente a las azoteas, y agitaban las antorchas y disparaban en la noche como diablos. Desde allí arriba podían controlar toda la aldea. Babu Gujar daba voces por un megáfono que llevaba siempre uno de los hombres.

-¡Soy Babu Gujar Singh y vosotros sòlo sois perros!

Por la mañana habían dividido la aldea en “sectores”. Vickram y sus hombres se hallaban en la otra parte, pero Babu me había obligado a ir con èl y ahora estaba sentada en una carreta, vigilada por dos hombres de Babu, asistiendo aterrada a mi primer saqueo.

Algunos hombres de Babu corrían por la casa buscando chicas. Los demás irrumpían en las habitaciones y sacaban a rastras baùles que abrían rompiendo la cerradura a tiros. Se guardaban en los bolsillos puñados de joyas de plata y oro y fajos de rupias, y golpeaban a las mujeres que gritaban protestando. Nadie oponía resistencia. Los hombres que vivían allí habían corrido a esconderse al oír los disparos. Yo solamente podía ver sombras huyendo en la oscuridad y oír lamentos aterrados.

De pronto Babu gritò a los hombres que me guardaban.

-¡Enseñadle lo que hay que hacer!

Me llevaron a una habitación de la casa. Los hombres de Babu lo estaban destrozando todo. Vaciaban las alacenas, volteaban los colchones y los abrían a cuchilladas. Dos mujeres sollozaban histèricas acurrucadas en un rincòn, con la cabeza cubierta por el sari. Babu estaba muy excitado. Gesticulaba

enseñando los dientes y sacando su único ojo fuera de su órbita. Se pavoneó con su fusil en la mano por la habitación y señaló un cofre de madera con un candado de hierro grande.

-¡Abridlo!

Las mujeres chillaban. Una sacó una llave del sari y manipuló la cerradura con nerviosismo. Abrió el cofre.

-Coge las joyas y dales una paliza de regalo. ¡Venga! ¡Mira, así!

Le dio una patada, riéndose como un loco.

-Fíjate bien en ella –vociferó luego-. Es Phoolan Devi. Ha nacido una dacoit y voy a casarme con ella.

-No puedo pegar a estas mujeres –le dije-. No me han hecho nada.

Empecé a llorar como ellas y Babu se acercó a mí y me rodeó con un brazo, acariciándome.

-¿Qué te pasa, amorcito?

Las mujeres me suplicaron que no les pegara. Se quitaron los brazaletes de oro y me los dieron. Yo se los di a Babu.

-¡Vamos! ¡Pégale a esa! Pregúntale dónde está lo demás. Vas a aprender a ser dacoit.

Me negué a hacerlo. No sabía por qué se empeñaba en mezclarme en aquello. Yo no quería ser dacoit. Quería alejarme de ellos o quedarme allí con aquellas mujeres y morir con ellas si era necesario.

Mientras Babu se embutía los brazaletes de oro en los bolsillos, vio a una muchacha que corría a esconderse en un corredor. Tendría la misma edad que yo, no más de dieciséis años. Babu hizo una seña a sus hombres y tres de ellos la arrastraron temblorosa a su presencia. Le alzó la cabeza para verle bien la cara y les hizo otra seña. Se la llevaron fuera. La oí gritar suplicándoles que la dejaran. La estaban violando. Me tapé los oídos, no soportaba escuchar sus lamentos. Estaba pidiendo clemencia, no podía hacer nada para detenerles y yo no podía hacer nada para ayudarla. Yo era otra prisionera. Babu la había cogido como quien coge un pedazo de carne y se la había dado a sus hombres. También yo al igual que ella había sido una presa impotente. Me resultaba imposible aguantar un segundo más. Salí corriendo de la habitación. Pero en el patio me alcanzó un bandido.

-¿No te gusta? ¡La putita se cree demasiado buena para quedarse con nosotros! –voceó. Me levantó y me dejó en la carreta que había frente a la puerta. Todavía oía los gritos de la chica en la noche, los gritos de una niña...

¿Por qué me había dejado Vickram con aquellos hombres? Me había abandonado al capricho de un bandido que violaba chicas como quien hace de vientre. Salió por la parte de atrás de la casa subiéndose orgulloso la cremallera de los pantalones, ajustándose el cinturón y con una enorme satisfacción reflejada en su único ojo. Se sentó en el carro y empezó a acariciarme, diciendo que iba a casarse con aquella tierna pollita que había intentado escapar, como si fuera graciosísimo.

Los hombres habían acabado el saqueo y se retiraban disparando al aire, mientras se apresuraban a reunirse con Vickram. Él y sus hombres habían robado un tractor con una carreta a dos campesinos y Vickram lo conducía. Me sentaron sobre la rueda de repuesto con Madhav, uno de sus hombres, a un lado y un thakur al otro. La cabeza me daba vueltas.

-No te preocupes –me dijo en un susurro Bare Lal-, te libramos de sus garras.

Era el tío de Vickram, el que me había dado la comida.

Pero Babu le oyó.

-¡Eh, tù! –vociferó-. ¿Qué le estás susurrando?

Bare Lal no le hizo caso. Era el único que hablaba conmigo. Al principio le tomé por thakur, porque era alto y llevaba bigote. Tenía piel de hombre rico, y una expresión feroz. Pero me tranquilizaba que se ocupara de mí, porque era mayor que los demás y esperaba que me protegiese.

Viajamos durante horas. Al amanecer, paramos en un claro. Supuse que estábamos cerca del Yamuna porque oí a Vickram proponerle a Babu que si me permitían que me fuera con los dos campesinos, éstos me enseñarían la carretera de Auraiya. Yo sabía que era una ciudad a la otra orilla del Yamuna, siguiendo río arriba desde mi aldea.

Algunos aceptaron. Opinaban que debían dejarme libre, que no merecía la pena reñir por mí. Yo era un problema demasiado grande.

-No necesitamos llevar con nosotros un pájaro enjaulado –dijo un hombre.

El corazón empezó a palpitarme esperanzado. Podía distinguir las paredes rojas y los tejados de paja de una aldea no muy lejana. Me arrodillé delante de Babu con las manos unidas. Le toqué los pies suplicándole que me liberara.

-De acuerdo. Puede irse adonde quiera.

Yo no sabía si creerle o no. Levanté la cabeza para mirarle directamente a su único ojo repugnante, para comprobar si se estaba burlando de mí.

-Vamos, pollita mía, ¡a ver si consigues escapar!

Me levanté y di unos pasos vacilante de espaldas a él, pero no me atrevía a correr. Creía que estaba casi libre cuando oí un disparo.

Quedé paralizada. Advertí que tenía chamuscada una manga de mi camiseta. ¡La bala me había rozado! Salté a un lado como una cabra y permanecí allí temblando aterrada. Tenía miedo de que volviera a disparar, por eso no me atrevía a moverme. Estaba inmóvil, con los ojos clavados en la manga quemada, a pocos centímetros de mi corazón.

-¿Estás loco? –le gritó Vickram-. ¿Por qué has disparado?

Empezaron a discutir otra vez, y a amenazarse uno al otro con los fusiles. Yo seguía aterrada, no me atrevía a moverme.

-Sois mallahs, una miserable jauría de perros. No vamos a dejarla marchar sólo porque tú lo digas.

Me agarraron de los brazos y me llevaron de nuevo ante Babu.

-¿Todavía quieres escapar?

-No.

Me dio un puñetazo, me abofeteó, me levantó con la mano y me tiró al suelo. Luego empezó a quitarme los pantalones delante de los otros.

-Ya estoy harto de todo esto. Voy a tirármela aquí mismo. A ver si puedes hacer algo para impedírmelo...

-No la toques –dijo Vickram.

Intenté ponerme en pie, sujetándome a la rama de un árbol mientras él me rasgaba la camiseta y me dejaba el cuerpo al descubierto. Volvió a agarrarme la camiseta, me tiró al suelo y me dio la vuelta como si fuera un saco de grano.

-Déjame, por favor –le supliqué.

Oí entonces la voz de Vickram a nuestro lado. Hablaba con calma y sus palabras me horrorizaron.

-Perdóname, Babu –dijo-, no debemos reñir así por ella.

-Tienes razón –dijo Babu-. Hay bastante para los dos. –Sacó la espada de la funda del cinturón-. Vamos a partirla por la mitad.

Vickram no se inmutó.

-¿Por qué no haces bien las cosas, Babu? Ella no está casada. ¡Cásate con ella primero!

Babu soltó una risilla.

-Te apuesto un millón a que lo hago –replicó. La idea de casarse conmigo debía parecerle divertida de alguna forma perversa.



-Si es cuestión de dinero, te darè dos millones para que le permitas irse.

-¡Yo te darè cuatro, pero voy a quedàrmela! Yo no deajo escapar a una chica de tu casta, mallah. Me la quedo. Puedo hacer lo que me dè la gana con ella, y sòlo sirve para una cosa...

-Vamos al templo y asì podràs casarte con ella. Celebraremos una boda estupenda.

Babu soltò una carcajada.

-De acuerdo –dijo, y me soltò.

Me había salvado otra vez, aunque todavía no entendía por què. Era desconcertante. Hasta olvidè el miedo un segundo.

Vickram parecía el màs listo de los dos. Babu sòlo era un ogro ignorante que necesitaba demostrar su poder a mi costa. Los hombres de Vickram eran en su mayoría mallahs, màs algunos de otras castas inferiores. Los mallahs serían unos doce, el mismo número de thakures que tenía Babu. Los hombres de Vickram no corrian por las aldeas persiguiendo mujeres para violarlas como los de Babu Gujar. Al parecer, las dos bandas habían unido sus fuerzas. Viajaban de noche, se detenían en las aldeas para coger provisiones y descansaban durante el dìa. Lo planificaban todo. En algunas aldeas les ofrecían refugio, podían conseguir provisiones y, a cambio, repartían con los aldeanos parte de su botìn. En otras, saqueaban las casas de los ricos y violaban a las mujeres.

Al dìa siguiente, cuando pasábamos por una aldea llamada Madrapur, el ogro vio a una chica en el borde de la carretera y le pidió un poco de agua. Parecía la hija de un brahmán. Era esbelta y bonita y tendría unos doce o trece años. Se fue y volvió con un cántaro de agua, como habría hecho yo. No se proponían saquear aquel lugar, sòlo íbamos de paso, y la muchacha no suponía ninguna amenaza para los hombres. Pero eso no importaba. Babu la violò allí mismo.

Vickram había salido con sus hombres dejando a Bare Lal conmigo. Dos thakures me rodearon para que no viera lo que hacía Babu. Después esperamos durante horas mientras los hombres de Babu alborotaban por la aldea a plena luz del dìa. Casi todos los aldeanos habían huido aterrados, pero algunos se habían escondido. Me sentè en un khat junto al muro de una casa vacìa, flanqueada por dos thakures, esperando que volvieran Babu y sus hombres, escuchando los alaridos, los gritos y los ocasionales disparos. Aquellos ruidos excitaban a los thakures. Se burlaron de mì, pero temían a Babu y no se atrevieron a tocarme.

Cuando al fin regresò Vickram, Bare Lal le explicó lo que había pasado.

-Babu ha violado a una chica otra vez y los demás han registrado la aldea en busca de mujeres.

Vickram movió la cabeza.

-Pagarà por ello. Antes o después, alguien se lo hará a su madre.

A los dos thakures no les gustò oír aquello.

-No hables asì de Babu. ¿Quieres que se lo digamos?

Vickram no les hizo caso. Me había fijado en que sòlo hablaba con Babu; parecía realmente furioso con èl. Cogiò el megáfono y llamò a los bandidos. Anunciò que la policía se dirigía hacia allí. Los hombres aparecieron en el acto corriendo desde todas las direcciones, algunos de ellos sujetándose los pantalones.

Vickram me cogió de la mano y nos dirigimos hacia el bosque cercano mientras los demás bandidos nos seguían, dispersándose entre los àrboles. Los hombres se reunieron de nuevo en una carretera que pasaba por un puente sobre el Yamuna. Había un letrero que indicaba la dirección a Auraiya, pero tomamos el camino contrario. Mientras corriamos me fijè en una pintura de la diosa Kali, la diosa de la aniquilación, que había en el muro del jardín del templo. Tenía la expresión furiosa. Kali, igual que Durga, poseìa el poder de destruirlo todo, incluso a los demonios. Me hinquè de rodillas ante la diosa pintada de negro, con sus ocho brazos y su collar de calaveras, y le supliqué que me salvara de aquellos dacoits

diabólicos. Pero sentí que unos brazos me levantaban y oí una voz que sin duda pertenecía a uno de aquellos demonios, advirtiéndome que no me separara de ellos, pues la carretera no era segura.

Todos los bandidos cruzaron en tropel la puerta y entraron a refugiarse en el recinto del templo. Yo estaba aterrada creyendo que iban a casarme con el ogro allí mismo. Era incapaz de seguirles. Me apoyé mareada en la pared de fuera, sintiendo náuseas. Pero no podía vomitar. No tenía nada en el estómago, era sólo el miedo.

Babu no estaba dispuesto a dejarme allí.

-Si intentas escapar te mataré, te arrancaré la nariz y te sacaré los ojos.

Bharat me dijo que no me asustara.

-Ayúdame, Bharat, ayúdame. Quiero morir. Deja que me vaya y busque un pozo para tirarme. Tiene que haber uno cerca de aquí.

Bharat era un hombre bajo y rechoncho, de piel oscura y me sonrió al ver las lágrimas que me caían por las mejillas.

-¡No lo hagas, Babu me matará! ¡Me haría responsable a mí!

Meneé la cabeza.

-Aunque sobreviva, mi vida está destrozada.

No hubo boda. Todavía era de día y los bandidos estaban nerviosos por encontrarse cerca de la carretera. Hicieron sus ofrendas a Kali y nos marchamos corriendo. Nos dispersamos otra vez por la selva, avanzando sin detenernos mientras caía la noche. Debía de ser casi el amanecer cuando los hombres se encontraron y se detuvieron finalmente en un claro a descansar.

Se oía el sonido de una bomba de agua no muy lejos, en la oscuridad. Tenía que haber un pozo en algún sitio... los hombres de Babu colocaron una lona sobre unas estacas, haciendo un refugio para proteger a su jefe de la lluvia. Extendieron en el suelo una estera para que se echara y le dieron su almohada. Los demás se echaron bajo los árboles, en el suelo, con la mochila como almohada. Hacía frío y la tierra estaba empapada, pero Babu se instaló cómodamente en su tienda improvisada.

Chasqueé los dedos.

-No quiero dormir solo. Traedme a la chica.

Vickram todavía estaba levantado, con uno de sus cigarrillos negros en la mano.

-Tienes que dormir un poco –le dijo a Babu-. Mañana te casarás con ella. Necesitarás todas tus fuerzas.

-¡Vete al cuerno! La quiero ahora.

Oí la voz de Vickram en la oscuridad. Me decía que obedeciera a Babu.

-Haz lo que te dice. Ve a acostarte con él...

Empecé a sollozar.

Vickram me hizo un gesto con la cabeza para que le obedeciera. Me levanté de mala gana y entré en la tienda. Me eché sollozando junto a Babu. Él se incorporó, apoyándose en un codo, y me inspeccionó con su terrible ojo.

-¡Oooh! –gruñó-. ¡Es una putilla preciosa!

Empezó a acariciarme con sus manos repulsivas. Cerré los ojos y recé a Kali, pidiéndole que me susurrara al oído el momento adecuado para escapar.

Oí a Vickram fuera de la tienda.

-¿Vas a casarte con ella mañana?

-¿Eh? Sí. Pues claro.

-Eso es lo que dices ahora, pero seguro que no lo harás.

-Cállate y dame un cigarrillo.

Oí a Vickram alejarse y sentí el peso del cuerpo del ogro sobre mí. Luego oí que Vickram volvía; y finalmente un súbito silencio.

Abrí los ojos y vi a Vickram y a Bare Lal en la tienda. Babu estaba encima de mí y no los había visto.

-¿Dónde está mi cigarrillo? –gruñó.

Vickram tenía su fusil en la mano.

-¡Perro miserable!. Levántate ahora mismo o no te daré un cigarrillo sino un balazo en la nuca.

El ogro se volvió frenético para levantarse, pero sus piernas estaban enredadas con las mías. Vickram le disparó.

Lancé un grito. Creí que me habían matado. Oí otros dos disparos y sentí algo cálido. ¡Era sangre!

-¡Estoy muerta! –grité-. ¡estoy muerta!

Intenté salir de debajo de él como fuera. Alguien trataba de ayudarme. Alzaron el cuerpo del ogro, pero cayó de bruces con un ruido sordo. Seguía con las piernas atrapadas y no podía levantarme. Sonaron más disparos que venían de fuera. Hubo gritos y carreras y después otra vez el silencio.

Cuando al fin conseguí salir de la tienda, había cadáveres por todas partes. Cuatro hombres de Babu Gujar habían muerto, así como todos sus ayudantes. Además otros dos habían caído cuando intentaban escapar. Salí a todo correr hacia el pozo y hundí mis manos en el cubo de agua, sollozando de miedo mientras me lavaba la sangre del ogro que tenía en el cuello. Vi sombras que saltaban de alegría a lo lejos, en una danza frenética. Eran Vickram y sus hombres pateando el cadáver del ogro.

La muerte había pasado rozándome, dejando un olor repulsivo de sangre y carne quemada. Desde que estaba con los bandidos, me había acostumbrado a que dispararan al aire. Era un ruido como los fuegos artificiales del festival de Diwali. Pero en esa ocasión el estruendo de un disparo junto al oído había sido como un trueno, y el olor a pólvora tan intenso que por eso creí que me habían matado. Tenía la blusa empapada de sangre y sudor. Percibí una sombra que avanzaba hacia mí, un hombre alto con bigote.

Era Bare Lal.

-Todo ha terminado –me dijo-. Vamos.

Su fiera expresión dio paso a una sonrisa.

-¿Y los otros? –le pregunté.

-Escaparon como ratas –me respondió, en un tono triunfal.

Vickram estaba sentado junto al cadáver del ogro, escribiendo algo en un trozo de papel a la luz de su linterna.

-¿Qué está haciendo, phoopa? –pregunté a Bare Lal. Seguía temblando y le llamaba tío con respetuoso temor.

-Está escribiendo que ha matado en nombre de Phoolan Devi. Es la norma.

Doblé el trozo de papel y lo deslizé en el bolsillo de la chaqueta del ogro muerto, luego le coloqué el fusil sobre el pecho sin vida y la espada cruzada sobre el mismo en la mano. El botín del día anterior hinchaba los bolsillos de Babu. Vickram no lo tocó.

Los demás thakures habían huido, pero los hombres de Vickram estaban todos allí. Se habían puesto a cubierto al empezar el tiroteo. Salieron de sus escondites y felicitaron a Vickram, asegurando que todos estaban hartos de aquel perro que violaba y tiranizaba a todo el mundo. Eran unos veinte. Quince eran mallahs, dos eran brahmanes y algunos otros pertenecían a la casta de los chamares, de curtidores. Para los hombres de Vickram, Babu no era sólo una vergüenza, sino que les daba mala fama; y los bandidos, según había empezado a comprender yo, dependían en gran medida de su reputación. Necesitaban personas de confianza para conseguir información y provisiones.

Habían estado preparando la emboscada durante varios días, utilizándome para distraer al ogro en espera del momento adecuado. Yo había sido el cebo de la trampa. Gracias a mí habían podido pillarle desprevenido. Por un segundo, me olvidé de que yo también podía haber muerto. Vickram el mallah había conseguido vengar las ofensas de Babu el thakur.

Abandonamos el lugar de la matanza y nos internamos en la noche a un paso agotador, hasta que llegamos a un lago inmenso. Corrieron todos a lavarse la cara y las manos. El miedo, al fin, dejó de atenazarme el estómago, y el corazón me empezó a latir de modo más pausado. Sabía que aquellos hombres eran peligrosos. Vickram había matado a Babu como si nada. También Bare Lal había matado a un hombre y Bharat le había disparado a otro. Raghu Nath y Madhav habían acabado a su vez con un hombre cada uno y yo todavía no sabía lo que me tendrían reservado, aunque no me importaba. Me lavé la ropa manchada de sangre del ogro. El aire de la noche era frío, pero refrescante, como el agua del lago.

Me volví hacia Bare Lal.

-Tengo hambre, phoophá –le dije.

-Comeremos cuando lleguemos a la aldea. No queda lejos.

El sol ya estaba alto cuando llegamos. Había mucha animación y Vickram empezó inmediatamente a repartir rupias, anunciando que Babu había muerto.

-¡Viva! ¡Larga vida a Vickram! –le aclamaban los aldeanos.

Eran todos mallahs. Se alegraban de verse libres del ogro que había violado a sus esposas e hijas. Parecía que toda la aldea había acudido a rodear a Vickram para tocarle en señal de gratitud. Le pusieron una guirnalda sobre los hombros como si fuera un dios. Le oí preguntar a uno de sus hombres si yo había comido ya. Señalaron hacia mí. Yo estaba comiendo dal y chapatis, sentada a cierta distancia.

-Bien –dijo él.

Esperaba que me permitiera marcharme por fin. Le pregunté a su tío.

Bare Lal hizo una mueca.

-Ha matado a un hombre por ti, Phoolan. Le debes la vida. Ahora tienes que obedecerle. ¡Quién sabe lo que te pedirá! Has de ser paciente.

Vickram no me había hablado nunca directamente. Pero yo me daba cuenta de que me observaba. No sabía por qué ni me interesaba. Me había salvado de la humillación y la muerte. Era el primer hombre capaz de defenderme. Mi padre, aquel hombre desvalido, nunca había hecho nada más que llorar y suplicar. Aunque sólo hubiera sido el cebo para su emboscada, ¡Vickram me había vengado! Aun en el caso de que tuviera que morir, agradecía a la diosa Kali y a todos los demás dioses aquel favor.

Vickram fue el primer hombre que me trató como a un ser humano y no como a una esclava o un trozo de carne. Decidí que le pediría un favor más si me dejaba volver a casa. “Hermano –le diría-, véngame de Mayadin. Líbrame de ese demonio. Obliga a la gente de mi aldea a tratarme como a un ser humano. Diles que Phoolan Devi no es una paria. Permíteme saborear la victoria, como yo a ti”.

20.

La noticia de la muerte de Babu Gujar se extendió rápidamente por el Yamuna. En una aldea llamada Asta salieron todas las mujeres a agasajar a Vickram.

-Hiciste una buena obra –le dijeron-. ¡Lástima que tardaras tanto!

Parecía que les caía bien a todos.

Decían que era valiente y justo, que nunca había maltratado a una mujer y que daba dinero a los pobres... Pero a mí me asustaba igualmente. Le había visto matar a Babu y a sus ayudantes a sangre fría.

El recuerdo de aquella matanza brutal me estremecía. En las aldeas, la gente moría de parto, fiebres, enfermedades y picaduras de serpiente. Pero yo nunca había presenciado una muerte violenta, nunca había visto un cuerpo humano quedarse repentinamente inerte de aquella forma, nunca había oído la carne chamuscada de una herida de bala. Y lo había presenciado tan perdida en los abismos de mis propios terrores que quedaría grabado en mi mente para siempre. Babu parecía un animal en celo, gruñendo y resollando. Vivió para violar, fue todo lo que hizo, hasta que le reventaron la cabeza. Pero yo me libré. ¡No pudo violarme! Fui la última mujer que vio y la única que no pudo poseer. Y todavía más, había sido el agente de su muerte.

Sentí una emoción jubilosa, nueva e intensa, la satisfacción de repartir justicia. Era como caminar bajo el sol matinal cuando la bruma del río se ha despejado. Decidí que no volvería a mi aldea cuando me liberaran; así no podrían seguir persiguiendo a mi familia. Me iría a ayudar a Rukmini y a cuidar de sus hijos.

Los bandidos me habían ordenado que esperara en la barca que estaba amarrada en el Yamuna. Vickram contratava los servicios de algunos barqueros mallahs sin problema. Él no robaba las barcas ni aterrorizaba a los barqueros, sino que les pagaba las tarifas habituales. La gran barca de madera se balanceaba tranquilamente en las aguas tranquilas y brillantes. La arena era gris, no amarilla como la de mi aldea. Y no había huertos. El río cruzaba un valle estrecho. Las laderas estaban secas, cubiertas de matorrales, con muy pocos árboles. La suave luz del sol chispeaba en el agua. Me pregunté cuántos días habían pasado desde que me habían raptado los dacoits. Unos cinco o seis, quizá, no podía saberlo. Con ellos el tiempo transcurría de una forma distinta. Vivían tanto de noche como de día, comían en lugares distintos, a cualquier hora, dormían donde podían, en los claros del bosque o en los campos, y siempre avanzando, nunca retrocedían.

Los bandidos no tenían corrales que barrer, no tenían que moler el trigo para hacer chapatis, ni vacas que cuidar, no tenían que sembrar ni recoger las cosechas. Pocos días antes, me daban miedo. Pero entonces casi me sentía orgullosa al ver el respeto que les demostraban los aldeanos.

Dos hombres se quedaron de guardia conmigo en la barca mientras los otros acudían al templo. Agotada de tantos pensamientos y emociones, me quedé dormida con el suave balanceo de la barca.

Desperté sobresaltada. Bare Lal había vuelto con noticias:

-Hemos elegido jefe a Vickram. Todos los hombres están de acuerdo. Ahora quiere verte. Nos preguntó qué deberíamos hacer contigo y hemos decidido que vas a ser suya.

Temblé de pies a cabeza.

Bare Lal y los dos hombres que me vigilaban me llevaron al templo y me indicaron que me sentara. Vickram y los demás hombres estaban sentados en la escalinata. Era más joven que la mayoría de ellos, tendría unos veinticinco años, pero todos lo trataban con respeto, incluido su tío. También era el más delgado. Yo nunca le había visto de cerca a la luz del día. No parecía muy fuerte. Tenía la piel pàlida, y su largo cabello negro estaba todavía húmedo del baño. Vestía uniforme de policía. Se había puesto la cartuchera cruzada sobre el pecho y el fusil, con el que había matado a Babu, colgado del hombro. También llevaba un pañuelo blanco de algodón atado sobre la frente.

Me miró entrecerrando sus oscuros ojos. Advertí sus ojeras de cansancio.

-¿Te gusto? –me preguntó.

Nadie me había hecho una pregunta así. Bajé la cabeza, sorprendida y desconcertada. Enrojecí, confusa. No sabía qué contestar.

Oì las risas de los hombres a mi alrededor, bromeaban y hacían comentarios que no entendía. Soltè una risilla y me echè a llorar. No podía contenerme. Estaba disgustada y emocionada al mismo tiempo. Había imaginado que me decía que podía marcharme, que era libre, tal vez incluso que me acompañaría triunfalmente; pero seguía siendo su prisionera y no tenía ni idea de lo que quería decir con aquella pregunta.

Se acercò a mì y me acariciò el pelo con suavidad.

-No llores –me dijo-. ¿Por què lloras? No voy a hacerte daño.

También su actitud era nueva para mì. Sòlo mis padres me habían demostrado ternura. Nadie me había acariciado así, y desde luego ningún hombre.

-Contèstame, Phoolan. ¿Te gusto?

Intentè sonreírle entre las làgrimas.

Sus hombres le animaban.

-¡Quèdatela, Mastana! Dale mucho amor, para que olvide todo lo demás. ¡Dale un montòn de amor!

Creì que se referían a algo dulce y exquisito porque aseguraban que me haría olvidar todas las desgracias que me habían pasado.

Usaban muchas palabras que yo no entendía. Al principio, pensé que se expresaban mejor que yo, pero después comprendì que mi dialecto era distinto del suyo y que en ciudades como Orai el dialecto era distinto también. el juez, el abogado y el carcelero habían empleado palabras que yo no conocía. En mi aldea hablábamos “bundelkhandi” y Vickram hablaba un dialecto llamado “chaurasi”. Muchas palabras eran diferentes y a mì me costaba entenderle. Desconocía la palabra amor en su dialecto. Y deduje que probablemente se trataba de un alimento, algo que se comìa, porque era algo que dabas, algo dulce y exquisito, dada la forma en que se referían a ello. Pero entendí sus gestos...

Èl se sentò frente a mì y me secò las làgrimas de las mejillas con la mano.

-Sè todo lo que te ha ocurrido. Sè lo que te hicieron los thakures. ¿Todavía los odias?

-Ni siquiera sè quiènes fueron.

-Entonces, olvida el pasado. Con nosotros no volverá a ocurrir nada igual.

Los demás hombres guardaron silencio. Lo lamentaban por mì.

-Pobrecita –dijo Bare Lal-. ¡Mira còmo llora!

Su compasión me hizo llorar àun màs.

Me sentía extraña. Feliz, pero asustada. Un hombre me había acariciado suavemente, me había acariciado el pelo y rozado las mejillas. Me había acariciado como mi pobre padre, pero su mano tenía una fuerza que mi padre nunca había tenido. Supe que podía confiar en èl, algo que nunca había sentido por un extraño ni por ningún hombre antes. Dejè de llorar poco a poco, se secaron mis làgrimas. Tal vez fuera feliz si me quedaba con èl. Se acabarían las palizas, el dolor y las humillaciones.

-Dime lo que piensas de mì. ¿Crees que soy digno de ti?

La pregunta me hizo reír. Todos los hombres de la aldea querían que las mujeres los respetaran, pero nunca preguntaban si lo merecían. Las mujeres seguramente habrían contestado que no.

-No te rías. Hablemos en serio. Tienes que decirlo delante de todos. ¡Dilo! Quiero oírtelo decir...

-Vamos –insistiò un hombre-, ¡dilo! Si no lo haces, no llegaremos a ningún sitio. ¿Te gusta o no te gusta? ¿Sì o no?

El tío de Vickram me dijo que no tuviera miedo.

-Si no te gusta ya encontraremos otra forma de que puedas quedarte, pero no tendràs que vivir con èl. Dinoslo.

Respirè profundamente.

-Sí, me gusta.

-¡Más alto!

-SÍ, ME GUSTA.

-Otra vez.

-No. Os estáis burlando de mí.

Se echaron a reír.

-Muy bien –dijo Vickram-. Es suficiente.

Me había raptado, me había arrancado de mi familia; y nadie más que él me protegía.

Envió a unos hombres a buscar provisiones y los demás volvimos a la barca.

Volvieron con bolsas de papel llenas de galletas y dulces. Empezó la fiesta, dispararon tiros al aire y se pusieron a cantar canciones de boda; pero Vickram les interrumpió:

-¡Esperad! Primero tenéis que hacer todos una promesa. Tenéis que jurar que soy vuestro jefe y que me obedeceréis. Que nunca intentaréis hacerme daño y que trataréis a esta mujer como si fuera vuestra madre o vuestra hermana. ¡Juradlo!

Los hombres se inclinaron hacia el río uno por uno y cogieron agua con las manos.

-Juro que Vickram es mi jefe –dijeron todos. Abrieron luego las manos, dejando que el agua volviera al río.

Y lo repitieron.

-Juro que trataré a Phoolan como si fuera mi hermana y que si alguien rompe este juramento, morirá.

Habían llevado comida abundante y guirnalda de flores rojas y blancas para la ceremonia. Partimos río abajo y regresamos a la selva. Vickram quería música y todo lo que formaba parte de una verdadera boda, pero yo protesté.

-No puedo casarme contigo. Ya me casé cuando era pequeña.

-¡No vuelvas a decir eso! ¡No estás casada! No menciones tu primer matrimonio. ¡Yo soy tu primer marido!

Me puso una guirnalda de caléndulas al cuello y luego le puse yo otra a él. Me hizo una marca de tika en la frente. La señal roja significaba que estaba casada. A la sombra de la inmensa higuera, con toda mi nueva familia de forajidos como testigos, ¡Phoolan Devi se había casado con un dacoit! No hubo baraat, ni templo, ni música, sólo gritos de júbilo en la selva y disparos de fusil que asustaron a los loros de los árboles y ahuyentaron a los chacales.

El sol se ponía al otro lado del río. Yo casi no había hablado durante la ceremonia. Cohibida por el sencillo ritual, tenía la extraña sensación de que todo era un sueño. Aunque Vickram era amable conmigo, me intimidaba más que los otros hombres de la banda, sobre todo desde que Bare Lal había contestado a mi pregunta sobre el amor con una risilla.

-¿Que si se come el amor? ¡El amor no se come, Phoolan, se hace! –me había dicho-. Un hombre y una mujer juntos, ¿entiendes? Eso es lo que significa dar amor. No tiene nada que ver con los dulces que se comen.

Decidí que el amor resultaba complicado. Cuando pensaba que amaba a mi buey era una cosa, cuando Vickram me preguntó si me gustaba era otra, y cuando el tío Bare Lal se rió y me dijo que amor era lo que un hombre y una mujer hacían juntos, ¡se refería a algo muy distinto!

Yo sólo había conocido la violencia y me daba mucho miedo el amor...

El sol se había puesto y era hora de dejar las riberas, donde había muy pocos árboles para ocultarnos. Subimos de nuevo a la barca y partimos hacia Raipur. Allí amarramos la embarcación. Vickram mandó a los hombres volver a ocultarse en el bosque, excepto a Madhav, que tenía que acompañarnos a

buscar comida y provisiones. Me dijo que íbamos a visitar a su familia: me explicó que allí vivían su tío y su abuelo.

Pero era sólo un pretexto. Él no tenía ni tíos ni abuelos en la aldea. Quería que estuviéramos solos. Madhav fue a llevar las provisiones a los hombres y Vickram me llevó a una casita de las afueras de la aldea, cerca del bosque, la casa de una persona rica construida con cemento. Pertenece a un miembro de su familia, un primo suyo, no un tío.

Me presentó.

-Ésta es Phoolan, vuestra pariente. ¡Acabo de casarme con ella!

Todos en la casa me saludaron con cordialidad. Casi no les veía a la luz de las lámparas de aceite, pero había tres o cuatro hombres. Bajé los ojos. No tenía sari para cubrirme la cabeza.

-Es estupendo, Vickram.

-Va a dormir un poco. Está muy cansada.

Me llevó arriba, a una habitación pequeña. Había una cama de madera, una manta y un taburete en un rincón. Me inquietaba pensar qué pasaría a continuación. Pero al menos estábamos en una aldea, pensé, y había gente. Me tranquilicé.

Me dormí oyendo su voz grave abajo. Dormí tan profundamente que cuando me desperté no sabía dónde estaba. Me incorporé sobresaltada.

Lo recordé todo.

-¿Ha llegado tu abuelo? –pregunté.

-No.

-¿Dónde está? ¿Va a venir?

-Digamos que el abuelo soy yo. Ahora estamos casados y vamos a vivir juntos. Los demás no estarán siempre con nosotros, ¿comprendes?

Me desperté del todo. Recordé que nos habíamos casado, pero ¿qué significaba aquel matrimonio? ¿Era una especie de farsa o estaba realmente casada? ¿Qué iba a decir su familia de mí? No se oía nada abajo. Se habrían marchado. Estaba sola con él. Me sentí angustiada.

-Tienes que quitarte el uniforme.

Me dio un “lungi” para que me lo pusiera.

-No... delante de ti no puedo.

-De acuerdo, me iré abajo.

Un lungi es una prenda masculina y yo no sabía cómo ponérmela. Tenía que hacerlo envolviéndome en ella, y me quedé allí sentada esperando en la cama a oscuras. No había ventanas en el cuarto. Si estábamos casados de verdad, tendría que obedecerle, pero ¿y si no era así? ¿Qué iba a hacer yo allí completamente sola con aquel hombre?

Vickram volvió, se sentó en la cama a mi lado y me cogió la mano.

-No te preocupes, no voy a hacerte daño. ¿Tienes miedo?

-Sí –contesté.

Le dije que tenía miedo de todos los hombres de la banda.

-¿Por qué? Ahora estamos casados. Fueron ellos quienes lo propusieron. Y fueron nuestros testigos.

-Mis padres me darán una paliza por esto.

-Iremos a ver a tus padres y les pediremos su bendición. ¿No comprendes que ahora estás casada? Me he casado contigo para siempre y es una suerte que estés casada. Babu les hizo cosas terribles a otras chicas y nunca encontrarán marido...

-¿Por qué obran tan mal los hombres? –le pregunté-. ¿Por qué me raptasteis?

-Lo pasado, pasado está. Olvídalo. Háblame de tus padres políticos. ¿Quiénes eran? ¿Dónde viven?



No me atrevìa a contárselo. Los recuerdos estaban profundamente enterrados en mi memoria, eran muy lejanos, y había pasado mucho tiempo.

-Me vengarè de todos los que te han hecho daño y te han maltratado. No tengas miedo, cuéntamelo todo.

Se lo contè. Le expliquè que era sòlo una niña, y que èl era viejo y perverso. Le dije que la aldea se llamaba Maheshput. Le contè lo que había ocurrido allí. Se lo expliquè todo.

-¿Me juras que es verdad?

Lo jurè.

-Muy bien. Ahora olvídalos. Olvida el pasado... ¿Te gusto?

-Sí, me gustas.

-¿Puedo echarme a tu lado?

-¡Oh, no! La gente de aquí me castigarà.

-Pero te he traído aquí para que te conocieran. Querìa que supiesen que eres mi esposa. ¿Por què iban a castigarte?

Le hablè de Mayadin, del hijo del sarpanch, de la policìa, de los thakures que iban a buscarme a mi aldea.

-¿Es cierto que te violaron?

Bajè la cabeza. No podía hablar. Querìa esconderme, taparme la cara, desaparecer de su vista. Empecè a llorar.

-Lo sè... No me cuentes nada màs. No se lo digas a nadie nunca. Ya has sufrido bastante. Està bien que me lo hayas contado. Ahora escùchame. Tienes que hacer lo que te diga, lo que te diga yo y nadie màs. Todo irà bien si me escuchas y me haces caso. No le digas nunca a nadie lo que hacemos, los sitios donde nos escondemos. Te pegarè si lo haces. Y ahora escùchame bien. No voy a forzarte, no estoy enfadado y no quiero hacerte daño. Si te gusto, si me amas, ya me lo diràs algùn día cuando quieras. Quédate en la cama, yo dormirè en el suelo. No tengas miedo, Phoolan...

-No tengo miedo. Puedes dormir en la cama –le dije-. Quédate a mi lado, pero no demasiado cerca.

Habíamos hablado durante horas y tenía la cabeza pesada y me escocían los ojos de cansancio. Nunca había hablado así con nadie. Siempre eran òrdenes: ven aquí, haz eso, càllate. O insultos. Hablar era algo nuevo para mì, decir lo que pensabas, y lo que sentías, explicar las cosas que te agobiaban, expresar el dolor que te oprimìa el corazón.

Era dulce y doloroso poder hablar sin vergüenza y sin miedo a aquel hombre a quien apenas conocía, a quien mi familia no conocía y que me había raptado. Sentía respeto por èl tanta gente y era tan apuesto que yo no podía creer que perteneciera a mi comunidad. Ni que yo le perteneciese a èl ahora.

Me besò. Era el primer hombre que lo hacía. Fue la primera vez que un hombre me preguntò si tenía miedo, si era feliz.

Yo no sabìa si aquel momento de calma y seguridad se llamaba amor. Pero pensando en ello muchos años después, me preguntaría por què no me dejó marchar aquel hombre, si me amaba como decía. Si lo hubiera hecho, no me habría convertido en una bandida. Habría tenido una familia, hijos, ganado en el establo, fuego en el hogar.

O tal vez hubiera muerto y nada hubiese importado.

21.

¿Quería irme a casa? No.

¿Creía otra vez en Dios? Sí.

¿Tenía esperanzas? Sí.

Pero decirle a un hombre que le amaba...

No, no podía hacerlo. No podía convencerme de que le pertenecía, de que iba a protegerme.

Le había dicho que tenía sueño, sin embargo, no podía dormir. Permanecí echada con los ojos muy abiertos, mirando fijamente la oscuridad. Él me había prometido que no me haría daño, pero era más fuerte que yo y era un hombre, y un hombre para mí significaba violación. Hablar con él me había ayudado a olvidar, pero retrocedía instintivamente cuando se acercaba a mí. No podía evitarlo. Necesitaría más de una noche para recuperar mi confianza. Y seguía siendo su prisionera.

Intenté comprender, allí echada, por qué aquel hombre era cariñoso conmigo mientras todos los demás sólo había querido humillarme. Yo era una campesina pobre y simple, ingenua e ignorante, y él sabía leer y escribir y sobrevivir en la selva. Comprendía también que era él quien controlaba mi destino, aunque me había dicho que si no quería permanecer en la selva, nos iríamos a vivir a la ciudad. Era demasiado para ser cierto, demasiado para creer en ello.

El mundo seguía lleno de amenazas y yo caminaba por él lo mejor que podía, aterrorizada a cada paso. Tenía dieciséis años, sólo era mujer desde el último monzón, pero ya me había casado dos veces y soportado más dolor que ninguna otra de mi familia. Mi madre nunca había sufrido a manos de mi padre. Él nunca se mostraba violento, era ella quien decidía por él. Rukmini no tenía miedo de los hombres, Choti se reía de ellos y Bhuri era demasiado pequeña para saberlo. Pensé en los insultos que me habían abrumado: era una chica mala, una mujer perdida, una perra y una puta. Había estado en la cárcel, avergonzado a mi familia y a mi aldea. Y yo sólo había reclamado a Mayadin lo que nos pertenecía.

Al fin me quedé dormida. Dormí tan profundamente y durante tanto tiempo que cuando desperté el sol ya estaba alto. Vickram se había bañado. Estaba vestido, sentado en el taburete leyendo. Me había despertado un sonido de voces. Habían llegado Bare Lal y Madhav. Estaban muy contentos.

-¿Todavía estás dormida? –me preguntó Bare Lal-. ¡Es hora de levantarse!

-¿Has dormido bien en esa cama? –intervino Madhav, bromeando.

Los dos se rieron. Luego se fijaron en mis joyas: un reloj y un collar que me había regalado Vickram la noche anterior. Era un collar de oro. “No lo he robado –me había dicho solemnemente-. Pedí dinero prestado a mi padre y mandé que lo compraran en la ciudad para ti”. Yo ni siquiera sabía leer la hora. En cuanto al collar, era la primera vez que tenía algo de oro. El aro que llevaba en la nariz era de plata y las pulseras de plástico.

Bare Lal lo examinó todo y rió a carcajadas.

-¿Eres la gran dacoit que robó todo eso?

-¡No le hables así! –le dijo Vickram.

-De acuerdo, lo siento –dijo Bare Lal ceñudo-. Tenemos que marcharnos antes de que llegue la policía. Llevamos aquí veinticuatro horas. Demasiado tiempo.

-Todavía no –dijo Vickram-. Antes tengo que hacer una visita...

Fuimos los cuatro solos en la barca a una aldea llamada Bejamau. Era una aldea grande, con muchas casas pequeñas de barro y algunas más grandes de hormigón, como mi aldea. Vivía en ella mucha gente de muchas castas distintas, pero la mayoría era jatav. Vickram me cogió de la mano y me llevó por la calle principal que cruzaba la aldea, pasado el pozo donde se reunían las mujeres con cántaros en la cabeza. Se detuvo delante de una casa pequeña.

-¡Amma! –dijo, con una risilla, empujando la puerta de madera-. Quiero que conozcas a Phoolan, tu nueva hija.

Había cinco mujeres sentadas en el patio. Yo no sabía quién era su madre. Procuré soltarme la mano (no era correcto estar así delante de su familia), pero él se rió y volvió a cogérmela.

-Buppa, ésta es Phoolan, tu nueva hija.

Su padre me observó en silencio. Era joven, mucho más joven que el mío. Luego, una mujer muy anciana se inclinó delante de Vickram y le tocó los pies.

-¡Phoolan, ésta es mi suegra!

No lo entendí inmediatamente. Aún estaba demasiado desconcertada por el hecho de que él me cogiera de la mano delante de tantos extraños y me sentía incómoda por mi atuendo. Llevaba pantalones y camisa de hombre delante de todas aquellas mujeres vestidas con saris. Ni siquiera podía cubrirme la cabeza. Luego caí en la cuenta. ¡Su suegra! Eso quería decir que estaba casado...

Una de las mujeres tenía una niña en su regazo. Era una mujer joven y muy guapa. La niña no debía de haber cumplido aún los tres años y era preciosa. Yo no podía apartar los ojos de ella. Tenía los mismos rasgos delicados y el mismo tono de piel que Vickram.

-¿Es tu hermana o tu hija? –le pregunté.

-No lo sé. ¿Quién sabe?

¡Lo tomaba a broma! La madre de la niña me sonrió. También parecía contenta y no estaba cohibida como yo en absoluto. Vickram me presentó.

-¿Sabes quién es, Rajeshwari?

-No.

-Es Phoolan. Mi esposa.

Yo estaba segura de que Vickram había raptado a aquella muchacha igual que a mí y que se estaba burlando de ella.

Pretexté que tenía que orinar urgentemente y procuré salir de allí lo antes posible. Pero tío Bare Lal estaba hablando fuera con unas personas. Se extrañó al verme y me agarró.

-¿Adónde vas, Phoolan? ¿Qué pasa?

-Déjame en paz. No me hables.

¿A cuántas mujeres había raptado igual? Rajeshwari tendría unos veinte años, era mayor que yo, más guapa, una muñequita delgada de preciosa piel clara. ¿Querría decir aquello que Vickram poseía una esposa en cada aldea? ¿Cuántas? ¿Tendría hijos en todas partes? Su tío no me soltaba.

-No debes ir a ningún sitio sola. No debiste salir de la casa.

-Quiero ir a orinar.

-Hay una habitación en la casa. Usa el orinal.

-¡Déjame en paz! ¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer? ¡Puedo ir adonde quiera!

Me senté en la barca con los brazos cruzados, disgustada. Madhav fue el primero en encontrarme. Vi su rostro oscuro atisbando sorprendido por la borda. Se reflejaba un infantil regocijo en sus rudos rasgos de dacoit. Vickram estaba también detrás de él, también de muy buen humor. Por lo visto, aquello les parecía muy gracioso.

-Ven, te presentaré como es debido.

-¡No! Eres un hombre perverso. ¿A cuántas mujeres has raptado y destrozado igual? ¿Y por qué te ríes?

Me agarró con ambas manos la cintura y me sacó de la barca.

-¡Déjame! ¡Déjame en paz!

La gente nos miraba atónita. Pero Madhav había comprendido a qué me refería e intentó aclarar las cosas.

-No lo has entendido. Ella es su primera esposa. Los casaron cuando eran muy pequeños. No debes odiarla y tampoco enfadarte con él. ¡Ven!

-No. ¡Dejadme en paz! Estoy bien aquí.

A Vickram no le quedó más remedio que ir en busca de su mujer para que ella me lo explicara. La pobre chica tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Ahora somos hermanas. ¿Por qué te enfadas conmigo? Yo no tengo nada contra ti. Soy muy afortunada. A partir de hoy te entrego a mi marido. Deja de comportarte así. ¡Piensa en mí! Si no te agrado, Vickram se enfadará conmigo.

Me sentí muy confusa. Y cuanto más me suplicaba ella, más confusa me sentía yo. Los aldeanos nos observaban sentados debajo de una higuera. Al parecer, les divertía mi enfado.

-¿Es la nueva esposa de Vickram? –preguntaron-. ¡Dónde la habrá encontrado!

Sí, era yo, Phoolan, y me sentía estúpida. Aparte de mi familia y de mi aldea desconocía todo. Perdía el control y me ponía furiosa por cosas que no entendía. Rajeshwari parecía afable y no era extraño que un hombre tuviera dos esposas, sobre todo si se casaba joven la primera vez y podía permitirse mantenerlas. No es que la idea me entusiasmara, pero así era. Vickram no había hecho nada malo.

-Quería que todos supieran que nos habíamos casado –me explicó-. No quería mantenerlo en secreto y que mi familia no se enterase...

Al fin le dije que lo comprendía. Me resultaba difícil encontrarme de pronto en otra comunidad, donde la vida era distinta. Los parientes de Vickram eran mallahs, pero no eran tan pobres como mi familia. Su casa era de ladrillos y cemento y tenían un patio grande con muchas habitaciones para ellos y el ganado. Disponían de alimentos suficientes y guardaban muchos más almacenados en la casa. Yo no estaba acostumbrada a eso. Aquellos mallahs vivían como thakures comparados con mi familia. Vickram había ido a la escuela. No había ningún Mayadín que les golpeará y les humillase, ni thakures que les obligaran a trabajar como esclavos por nada. Ellos no tenían que vivir aterrorizados. Podían reír y bromear y discutir las cosas abiertamente. En mi casa nos golpeaban antes de que abriéramos la boca, llorábamos sin haber conseguido decir una palabra y lo primero que pensábamos al despertar por la mañana era dónde podríamos encontrar comida aquel día.

Comimos con toda la familia, una comida abundante con montones de chapatis y dal, y luego nos preparamos para marcharnos. La suegra de Vickram me regaló doscientas rupias y los demás me dieron billetes de cinco o veinte rupias. Unieron las manos deseándonos felicidad y se inclinaron para tocarme los pies. Las mujeres incluso me acariciaron el pelo con admiración.

Cuando ya nos íbamos, Vickram cogió en brazos a su hijita y le dijo:

-Mira, es tu nueva amma. Dile adiós.

La niña tenía la misma nariz recta, los mismos ojos grandes y cálidos y la misma tez clara que su padre. También tenía el pelo tupido y negro, muy bonito. Corrió detrás de mí e intentó trepar por mis pantalones, llamándome amma. Pensé que sería agradable tener hijos algún día como todo el mundo. Me pregunté qué pensaría realmente de mí la madre de la niña. Esperaba que al menos me considerara guapa y digna de Vickram. ¿Pero qué pensarían los demás? No habían preguntado nada acerca de mi familia y de mi aldea. Vickram sólo les había dicho: "Me he casado con ella". Era como si hubiera salido de la nada. Hacía sólo unos días que había visto por última vez a mis padres, a mis hermanas y hermano, los campos de Mayadín, el río y las vacas, pero todo me parecía muy lejano.

De casa de su familia fuimos al templo, que no quedaba muy lejos, en un lugar llamado Ghatapara, a ver al hombre santo cubierto de cenizas. Vickram se postrò ante èl y le explicó las circunstancias de la muerte de Babu Gujar.

-Hiciste una buena obra –le aseguró el sadhu con su voz nasas-. ¡Deberías haber matado a ese demonio hace mucho tiempo!

Luego abrió los ojos que ardían como brasas en su rostro blanco y me habló:

-¡Has vencido al demonio, eres la encarnación de la diosa Kali!

Sus palabras eran una bendición de los dioses que yo creí que me habían abandonado cuando me enviaron a la cárcel. Antes había buscado a Dios por todas partes. Iba al templo con buppa a rezar y a pedir su protección. Pero en aquella comisaría pensé que me habían abandonado todos los dioses. Renegué de mi destino y los maldije por permitir que me castigaran injustamente. Quienes merecían el castigo eran los otros, los que siempre querían hacerme daño. Pero a ellos nunca les pasaba nada.

Bajè a la orilla del río para bañarme, a purificarme para rezar en el templo. ¡Dios no me había abandonado! No estaba sola en el mundo. Dios me protegía. Recè mucho rato. Di las gracias a Dios por haberme librado del demonio, por darme fuerzas para sobrevivir y por haberme enviado a alguien que me defendiera.

Iba a caminar a su lado por la selva, comería y dormiría pacíficamente a su lado y olvidaría, si podía.

Nos reunimos con los hombres y dejamos el abrigo de la selva para cruzar una llanura donde habían acampado muchos campesinos. Estaban construyendo una presa cerca de allí y la gente utilizaba la tierra removida por las gigantescas màquinas para hacer ladrillos.

-¿Quiènes sois? –nos gritò un campesino-. ¡Largo de aquí!

Madhav le agarrò por el cuello.

-¡Somos la banda de Vickram! Dime còmo se llama aquella aldea de allí.

-Maheshpur.

Recordè el nombre.

-Es la aldea de mis parientes políticos –dije-. Es donde me encerraron y golpearon.

Pero no recordaba la casa. Me había esforzado demasiado por olvidar. Sòlo recordaba los montones de leña en la puerta. Nos encaminamos a la aldea. Vickram preguntò a los campesinos si conocían a un tal Putti Lal.

Encontramos a un hombre que respondió que sì, que le conocía.

-Indícanos dònde vive –le ordenò Vickram-. ¡y luego esfúmate!

Allì era donde me habían torturado por primera vez. En aquella aldea vivía el hombre cuyo recuerdo todavía me producía pesadillas. Pero cuando Vickram me dijo que podría hacer con èl lo que quisiera, incluso estrangularle con mis propias manos, empecè a temblar de miedo. Había deseado la venganza con todo mi ser, pero cuando se me presentò la ocasión de saborearla, fue demasiado brusco. Me entusiasmaba pensar que los hombres de Vickram saquearían la casa, pero no me atrevìa a vengarme personalmente.

Vickram me agarrò del brazo y me zarandè.

-Es ahora o nunca. ¡Hoy te convertiràs en una verdadera dacoit!

Echò la puerta abajo a patadas y entrò en el patio.

-¿Dònde està Putti Lal? –gritò.

Salió de la casa un anciano y se apresurò a contestar:

-Soy yo. Soy Putti Lal.

Era èl. Parecía màs viejo de lo que yo recordaba. Vestìa un pijama arrugado y zapatillas y parecía medio dormido. Los hombres lo miraron vacilantes.

-¿Es èse? –me preguntaron. Les parecía màs un padre o un abuelo.

-¿Te casaste con Phoolan Devi? –le preguntò Vickram.

-Sì.

-A ver si de verdad la conoces. ¿Còmo era ella?

-¡Oh, era perversa, una autèntica puta!

Yo estaba de pie detrás de Vickram y oì lo que decía. Sentí los latidos del corazón en la cabeza. Aquel perro maligno no se daba cuenta de lo que estaba a punto de pasarle. Le sonreía a Vickram con satisfacción. Debía de creer que los hombres de Vickram eran policías.

-¡Asì que tù eres el perro sanguinario! ¿Te casaste con una niña de once años y te atreves a decir que era una puta? ¡Tù tenías treinta y cinco años y eras viudo!

Se hizo a un lado y me iluminò la cara con la linterna.

-¡Mìrala, Phoolan Devi! ¿La reconoces?

Los hombres de Vickram saltaron sobre èl sin darle tiempo a contestar. Lo arrastraron a la calle y empezaron a apalearle.

-¿Còmo es Phoolan? –le preguntaban una y otra vez-. ¿Què es?

Le golpearon sin piedad, como me había golpeado èl a mì. Oì que le crujían los huesos y le vi escupir dientes rotos suplicándoles que le dejaran. Yo busqué a la mujer que me había maltratado sin motivo y que había estado a punto de matarme de hambre. ¡Me encargarìa de ella personalmente! Pero no apareció por parte alguna. Encontrè algunos regalos de mi madre, cacharros y utensilios, y la vaca que le habían dado mis padres a Putti Lal como parte de mi dote. La saqué de la casa, pero Vickram me detuvo.

-No podemos llevárnosla. Es mejor dar una buena paliza a este cabròn para que aprenda a no llamarte puta.

Vickram cortò una rama gruesa de un árbol del paraíso que había delante de la casa. Luego me la dio.

-Ahora te toca a ti. Venga.

Los hombres le habían atado las manos a la espalda, como me había hecho èl a mì una vez. La pequeña puta lo recordó entonces todo: el cuchillo, los abusos, la violación, la serpiente asquerosa que le había puesto en la mano y en la boca. Los golpes cuando lloraba aterrada. Y còmo la había aplastado con ese cuerpo gordo cuando intentò escapar...

Y se lo hice yo a èl. Por primera vez en mi vida golpeè a alguien como me habían golpeado a mì. Tenía el poder. Todos los hombres estaban detrás de mì y me animaban. Lo apaleè cada vez màs fuerte, saciando al fin medio enloquecida mi sed de venganza.

La vara del árbol del paraíso no hacìa tanto daño como un lathi, pero le rasgò la ropa y le arañò la piel, dejándole grandes marcas rojas. Golpeè la serpiente que tanto me había aterrado. La golpeè hasta que se murió.

-¿Volveràs a hacerlo? –le gritè.

Le aplastè la serpiente. Le golpeè con la vara en el mismo lugar donde había intentado acuchillarme a mì y saltè sobre su serpiente y se la aplastè.

Vickram echò la cabeza hacia atrás y se riò de mi locura.

-¡Què paliza! ¿Habèis visto lo que acaba de hacer?

Putti Lal pedìa clemencia, me suplicaba que le perdonara entre gemidos. Los hombres seguían animàndome.

-¡Màtalo! ¡Mata a ese cabròn! ¡Venga!

Se cubrió la cabeza con las manos y se arrastrò a mis pies, para tocármelos. Graznò, intentaba pedir socorro, pero no le quedaba voz.

-¡No os acerquéis! –gritaron los hombres-. ¡Dejadla terminar! Es Phoolan Devi y està castigando al perro cabròn de su marido.

Los aldeanos no se atrevieron a asomar la nariz, de todos modos; sòlo algunos, que debían de tener algo contra èl porque unieron sus gritos a los de la banda para animarme.

Vickram le agarrò por el cogote. Seguía suplicando entre gemidos que nos apiadáramos de èl, como le había suplicado yo. Le sangraba la cara. Dos hombres le sujetaron mientras Vickram esperaba a que abriera los ojos.

-¡Yo soy el marido de Phoolan Devi! ¿Me oyes? ¡Te juro que te matarè si vuelves a decir que lo eres tù! ¿Eres el marido de Phoolan Devi?

-No. No.

-¿La torturaste?

-Sì, lo hice.

-¿La abandonaste?

-Sì, fui yo quien la devolvió.

-¿Còmo es ella?

-Es una diosa, es una buena mujer. Yo soy el culpable. ¡Todo fue culpa mà!

Estaba casi desnudo, con el pijama hecho jirones y la entrepierna llena de sangre. Los hombres le soltaron y cayò al suelo. Pero la còlera que se había liberado en mi interior no remitía. Quería destrozarle, arrancarle las entrañas. Vickram me contuvo.

-Ya basta. Si quieres seguir, te darè un arma. ¿Quieres matarlo?

-No.

¡Matarlo sería demasiado bueno para èl! Sería demasiado poco por lo que me había hecho. No era suficiente. Quería destrozarle la serpiente.

Los hombres volvieron a alzarlo y lo llevaron por la aldea desnudo y ensangrentado, con las manos atadas a la espalda, golpeándolo durante todo el camino hasta la carretera principal.

Un aldeano nos dio una sàbana para cubrirle la cabeza y lo dejamos por muerto a un lado de la carretera. Era de noche y yo confiaba en que pasara un carro o un camión y lo atropellase.

Vickram dejó una nota para èl: *Aviso: ¡Esto es lo que les pasa a los viejos que se casan con niñas!*

Màs tarde supe que la policía lo había encontrado al día siguiente en el mismo sitio, todavía con vida. Ni siquiera había podido volver a su casa a rastras.

Me sentía aliviada. Bien. En mi vida había sentido aquel alivio. Siempre lo había aceptado todo. Había soportado todas las palizas, tragándome la còlera. Aquella noche había probado la venganza por primera vez en mi vida. ¡Y lo había hecho yo misma!

Cuando nos marchamos de Maheshpur, me jurè que actuarìa igual con todos los cabrones como èl. ¡Los aplastarìa! De lo contrario, no habría justicia para las chicas como yo. Lo único que se podía hacer con los hombres de su calaña era aplastarles la serpiente para que no pudieran volver a usarla. ¡Èsa sería mi justicia!

La selva iba a ser mi hogar, mi aldea, y los hombres que me acompañaban serían mi familia.

Después de la satisfacción de aquella noche, Vickram me dijo:

-No pienses nunca en el futuro, Phoolan, piensa sòlo que hoy estàs viva y mañana puedes estar muerta. No es una vida fácil, pero no esperes ninguna otra. ¿Crees que podràs hacerlo?

-Sì –le contestè.

22.

Nos movíamos habitualmente por las riberas del Yamuna, cerca de las aldeas, aunque a veces teníamos que cruzar bosques y selvas. No cesábamos de desplazarnos, corriendo siempre. Recorriamos grandes distancias, normalmente de noche. Se me enganchaba el pelo en las ramas bajas y los arbustos espinosos me rasgaban la ropa. Pero Vickram me cogía de la mano para que no me rezagara y cuando me quedaba sin aliento gritaba:

-¡Vamos, que puedes hacerlo!

La marcha era implacable. Recorriamos kilómetros seguidos durante la noche, cruzábamos afluentes de corriente rápida de un salto. Cruzaba primero Vickram y luego gritaba:

-¡Salta o vendré a empujarte!

No me dejaba descansar hasta que por la mañana llegábamos a nuestro destino.

En algunos sitios el río atravesaba bosques densos y en otros serpenteaba por barrancos rocosos y empinados. Lo más difícil era escalar las laderas peladas. No había donde apoyar los pies ni nada para agarrarse. La tierra arenosa se desprendía cuando tratabas de avanzar, te arrastraba y había que intentarlo de nuevo. Pero yo estaba orgullosa de mí misma. Al poco tiempo, ya no resbalaba cuando escalábamos los barrancos y llegaba a la cima a la vez que Vickram.

Nos trasladábamos siempre de noche y a veces nos seguían los tigres. Se oían sus gruñidos en la oscuridad. Vivía en la naturaleza, entre los gritos de los animales invisibles: los graznidos de los pájaros, los gruñidos de los jabalíes y los silbidos de las serpientes. La selva era espeluznante pero hermosa y cuando más tiempo pasaba, más aprendía. Si tenías sed, sólo había que alargar la mano para coger un delicioso higo silvestre. A veces oíamos disparos de los cazadores que tiraban a los ciervos o a los conejos y los hombres asaban un animal entero sobre una fogata y se lo comían. Yo no había probado la carne nunca. Era vegetariana, como mi padre. Él creía que estaba mal matar a un animal sólo para comérselo. De todos modos, en las aldeas casi nunca se comía carne. Y casi todos los alimentos de la banda procedían también de aldeas, patatas y garbanzos o lentejas, y trigo para hacer chapatis. Los pastores nos daban leche y los campesinos nos daban huevos. Y teníamos mangos en abundancia, todos los que quisiéramos. Sólo había que cogerlos de los árboles.

Los informadores de las aldeas nos decían qué casas saquear y a quién castigar. Vickram el mallah tenía una red de espías. Pertenecían a su familia o a su comunidad, o eran aldeanos a los que había vengado de un sarpanch cruel o de un thakur que los acosaba. Yo me acordaba de mis padres y a veces lloraba. No sabía si Mayadin y los demás seguirían torturándolos. Quería volver a verlos, pero Vickram me explicó que no podía hacerlo todavía, que los thakures no me dejarían en paz. Me querían muerta. Tenía que esperar.

Estaba convirtiéndome en dacoit a mi pesar. Vestía un uniforme de inspector de policía con dos galones y Vickram uno con tres. Pero había algo que debía aprender...

Los hombres se divertían al principio simulando que disparaban a mi lado, cuando yo dormitaba y gritaban "¡Pum!", sólo para verme saltar aterrada. Vickram me había advertido que no hablara mucho con ellos. Debía hacerlo sólo con su tío Bare Lal. Tenía que pedirle a él la comida o la bebida y no hablar nunca con Vickram en presencia de los hombres. Parecía que les caía bien, pero me asustaban.

-No les des muchas confianzas –me advirtió Vickram-. Son peligrosos, no tienen moral. Sólo puedes confiar en ti misma.

A él le obedecían porque era el jefe y, en principio, también a mí, pero Vickram me dijo que no quería que estuviera indefensa. Decidí aprender a usar el fusil para que dejaran de fastidiarme con su pum pum.



Vickram me dio su 306, un fusil ligero, me explicó, pero muy bueno. Era casi tan grande como yo y me costaba mucho levantarlo.

Colgó un blanco de un árbol.

-Venga, aprieta el gatillo...

La explosión fue tan estruendosa que solté el fusil.

A los hombres les pareció lo más divertido del mundo. Pero yo recogí el arma y volví a disparar. Al principio cerraba los ojos cada vez, pero asentando los pies con firmeza y apoyando bien la culata en el hombro. Los hombres protestaron por el desperdicio de balas y Vickram les dijo:

-No me importa ni aunque gaste diez cajas. ¡Quiero que aprenda a disparar bien!

Yo no soportaba el estruendo de los disparos que estallaban justo en mis oídos. Pero a las pocas semanas al menos podía aguantar el fusil y disparar. Tardé dos o tres meses en apuntar a un blanco con alguna posibilidad de acertar.

Una mañana, oímos silbar a un centinela cuando el sol todavía no se había alzado sobre los árboles. Estábamos tendiendo la ropa a la orilla del río. ¡Era la policía!

Tanto mejor, me dije. Que nos detengan y nos metan en la cárcel. Algún día me dejarían en libertad, porque no había hecho nada malo. Pero corrí a la barca como los demás y la policía abrió fuego tan pronto como la empujamos al Yamuna. La corriente nos detenía, éramos un blanco fácil y la policía lo sabía. Vi agentes en lo alto de un barranco. Habíamos caído en una emboscada y no tenían intención de capturarnos vivos.

-¡Ponte a cubierto! –me gritó Vickram. Me agaché con los demás hombres mientras él se zambullía en las aguas embravecidas. Desapareció bajo la espuma en un momento. Le lancé un salvavidas. Sólo se le veían los brazos. Sujetaba el fusil en el aire. Cada vez que sacaba la cabeza, disparaba.

-¡Dispara, Phoolan, dispara! –me gritó.

Disparé dos veces, a ciegas, a las laderas.

La policía se proponía matarnos. Las aguas del río eran tan turbulentas que nos habían empapado por completo y los hombres casi no avanzaban remando contra corriente. Vickram se agarró al salvavidas. No podíamos dejar que la corriente nos arrastrara hacia Kalpi porque la policía seguramente estaría esperándonos. Siguieron disparando hasta que nos perdieron de vista. Por fin llegamos a un recodo del río, con colinas boscosas a ambas orillas. Nos detuvimos en un lugar donde la corriente era menos fuerte y los hombres consiguieron subir a Vickram. No había heridos, pero tuvimos que abandonar la barca y correr durante horas hasta estar seguros de que la policía había perdido el rastro.

Pasamos tres días escondidos, sin comida ni bebida. Vickram no cesaba de preguntarme si estaba bien, si podía aguantar. Le contestaba que sí. No quería parecer más débil que los hombres. Ellos tocaban música y cantaban y bailaban, o jugaban a las cartas, como si no les molestara en absoluto el estómago vacío. Empecé a darme cuenta de lo dura que era su existencia.

Casi ninguno había elegido esa vida. Se habían visto atrapados en pleitos por tierras o enemistades familiares como la mía con Mayadin. No pudieron conseguir que la policía les hiciera justicia y se la habían tomado por su mano. La policía únicamente les había dado palizas mientras los ricos a los que acusaban se reían complacidos. Parecía que los ricos nunca estaban satisfechos y siempre querían más. Ni siquiera los que se habían hecho bandidos por el dinero estaban contentos. Cuando consiguieron el dinero, descubrieron que no podían gastarlo ni regresar a sus aldeas. Se veían obligados a seguir corriendo de noche y escondiéndose durante el día.

Tal vez fuera el hambre, pero yo ya no quería volver con mis padres, aunque no sabía la clase de vida que tendría en la selva con aquellos hombres. Parecía que íbamos a estar siempre del río a la selva y

de la selva al río. No había ni una sola mujer con quien pudiera hablar, sólo hombres con quienes tenía que ser cauta pese a su juramento de lealtad y a la presencia de Vickram. Comía sola y me mantenía a cierta distancia de los demás. Yo no era más que una mujer, una mujer que tomaba la comida preparada por un hombre, pero mujer al fin y al cabo, con los problemas de una mujer que había de vivir entre aquellos hombres lo mejor posible. Tenía que bañarme en un rincón apartado y estar siempre alerta, por las fieras salvajes y los hombres.

Eran bandidos. No había leyes ni restricciones que los detuvieran, pero nunca intentaron engañarme ni abusar de mí. Nunca dijeron una grosería. Fueron siempre respetuosos. En las aldeas había todo tipo de costumbres y normas, pero a veces los hombres actuaban como perros. Decidí que me gustaban las selvas y los montes. Por primera vez me trataban con respeto. Me acostumbré a luchar con los mosquitos y a esperar: esperar a que cayera la noche para recoger las cosas y trasladarnos; esperar a que el explorador regresase de la aldea más cercana con comida e información sobre posibles saqueos.

Dos informadores habían pedido a Vickram que se ocupara de un hombre rico de su aldea que no pagaba a los pobres que trabajaban para él. Se decidió hacer un saqueo y se localizó la casa. Yo escuché con atención las órdenes de nuestro jefe. Había que ir siempre de dos en dos, nunca uno solo; no dejar que nadie se acercara durante la acción; silbar si uno mismo o el compañero estaba en peligro; detenerse y reagruparse cuando se oía un silbido...

Aquella misma noche, Vickram vigilaba solo sobre la tapia de una azotea conmigo a su lado.

-El jefe tiene que estar en un sitio alto para dominar la aldea y controlar a la banda mientras saquean las casas.

Me dijo que tenía que aprender a hacer lo que él.

-Dispara al aire. Es la señal. Así avisamos a los aldeanos.

Hice lo que me mandaba y disparé al aire mientras él gritaba por el megáfono:

-¡Los ricos son los verdaderos enemigos de los pobres! ¡Les habéis hecho la vida imposible y vais a pagar por ello!

Gritó luego su nombre y el mío:

-¡Soy Vickram Mallah y aquí conmigo está Phoolan Devi! –Se volvió hacia mí y sonrió.

La víctima de un saqueo tenía que saber siempre quién le castigaba y tenía que enterarse también toda la aldea. Era el código de los bandidos.

No sé si aquella noche alguien se daría cuenta de que yo era una mujer. Los aldeanos estaban mucho más asustados que yo. Yo no estaba asustada, a pesar de los disparos y el pánico. Los aldeanos salieron de sus casas y huyeron en todas direcciones, pero nosotros no corrimos mucho peligro. Habían entrado en la aldea unos quince hombres mientras el resto se desplegaba por los campos para vigilar.

No bastaba con saquear la casa de los ricos, también había que darles una lección. Aquella vez yo no participé. Los hombres se encargaron de apalear al rico que explotaba a los aldeanos. Cuando acabaron, se retiraron disparando al aire y llevándose el oro, la plata y el dinero que habían encontrado en la casa.

Mi aprendizaje de dacoit había empezado.

A veces las bandas unían fuerzas. La primera banda con la que nosotros nos unimos la dirigía Baba Ghanshyam, un individuo alto y fornido, de barba larga y pelo largo que se recogía con un turbante blanco. Tenía un aspecto aterrador, pero sus ojos revelaban su inteligencia y me habló con delicadeza cuando le conté que me habían raptado. Le dijo a Vickram que yo no tenía por qué estar con una banda de dacoits y que debían dejar que me fuera. Vickram le explicó que yo tenía enemigos y que si me entregaba a la policía, sería necesario pagar una fianza para impedir que me mandaran a la cárcel. Decidieron celebrar su

unión con dos saqueos, así conseguirían dinero para la fianza. Acordaron llevar a cabo las incursiones en el distrito de Kalpi, sólo para burlarse de la policía.

En la primera aldea todo salió como de costumbre. Pero en la segunda, nos rodeó la policía.

Vickram quería que yo insultara a la policía por el megáfono.

-¡Diles lo que piensas de ellos, vamos! ¡No olvides que son los mismos que te maltrataron!

Yo era demasiado tímida para gritar por el megáfono. Al principio estaba segura de que no podían oírme, tenía una voz muy débil. Pero resultaba embriagador gritar en la noche de aquella forma.

-¡Perros! ¡Malditos perros! –grité.

Vickram cogió el megáfono y su voz retumbó aterradoramente.

-¡Habéis destrozado la vida de Phoolan Devi! ¡Vosotros la torturasteis y ahora vais a pagarlo!

Los disparos parecían llegar de todas partes y la policía se retiró. Mientras tanto, yo huí con el resto de la banda. Pero en las afueras de la aldea me enredé en un alambre espinoso. Se me enganchó el pelo y no podía soltarme. Los demás desaparecieron en la oscuridad.

De pronto vi que se acercaban dos sombras. Vestían uniforme. No podía distinguir si eran policías o bandidos.

Contuve la respiración.

-Eh, ¿has visto pasar a alguien? –me gritó uno.

Eran policías.

-No –musité. Por suerte aquella noche no había luna y no pudieron verme. Se engancharon también en la alambrada y no me prestaron más atención. Pero enseguida se soltaron y vi alejarse y desaparecer la luz de sus linternas.

Seguí intentando liberarme. Me rasgué el uniforme y aun así continuaba enganchada, pero no me atrevía a pedir socorro. Llevaba allí una hora o al menos eso me parecía, loca de desesperación, cuando oí a Vickram.

-Phoolan, ¿dónde estás? ¡Phoolan!

-¡Aquí! –contesté-. ¡Estoy aquí!

Vickram me cortó el pelo con su navaja.

-¡Dos sipahis! ¿Por qué no disparaste?

-¡Estaba sola, no podía matarles a los dos!

Èl y Madhav habían dejado a los otros para volver a buscarme. Creían que me había sorprendido la policía. La expresión de Vickram manifestaba la cólera que sentía debido al peligro al que se habían expuesto al venir a buscarme. Me pareció ver también miedo, no por sí mismo, sino por mi seguridad. Echamos a correr otra vez y sentí otra vez su mano en la mía. Los policías de Kalpi no estaban lejos. Oíamos el ruido de sus furgonetas detrás. Seguramente habían pedido refuerzos. Yo estaba ya tan cansada que tropezaba a cada paso y Vickram me cogió y me llevó a cuestas. Llegamos al Yamuna y subimos a la barca, pero mientras estábamos cruzando vimos que había policías en la otra orilla.

-¿Quién va? –gritaron en la oscuridad.

-Soy el subcomisario de Kanpur –dijo Vickram.

Creyeron que era un subcomisario porque nunca hubieran imaginado que un bandido se expresara tan bien. Vickram sabía incluso inglés.

-Estoy al mando –añadió.

Guiamos la barca corriente abajo hasta perdernos de nuevo en la oscuridad y desembarcamos. La carrera empezó una vez más, pero aquella noche no vimos más policías. Habían perdido el rastro. Al amanecer, estábamos lejos, en la selva, cantando y bailando como niños, mientras contábamos el botín.

No hubo más saqueos durante un tiempo. Se me habían endurecido los pies de correr y estaba más fuerte también. Las dos operaciones siguientes consistieron en sendos raptos, ambos a thakures. Al primero lo denunció un hombre por violar a su hija y el segundo era confidente de la policía. Yo ni siquiera los vi. No quise. Me repugnaban. Los hombres les castigaron con los lathis y más tarde cobramos los rescates.

Después, las dos bandas se separaron. Vickram y Baba Ghanshyam dividieron el territorio en dos sectores. Vickram había decidido que los hombres de Baba me prestaban demasiada atención.

Ya llevaba más de tres meses corriendo por la selva con Vickram. Debía de tener dieciocho años, pero el barbero me había cortado el pelo muy corto y hacía mucho que no me ponía un sari. Vivía como los hombres, vestía como ellos y comía lo mismo que ellos. Dormía donde ellos dormían, bajo las estrellas, o bajo una lona impermeable con Vickram, mi marido. Él me había enseñado muchas cosas. Y sobre todo, estaba aprendiendo a no tenerle miedo. Estaba aprendiendo a confiar en aquel hombre.

Madhav era primo de Vickram. Sabía escribir y contar. Llevaba las cuentas del dinero de la banda. Metía los fajos de rupias en los sobres y escribía las cantidades en un cuaderno. Vickram volvía luego para contarlos delante de todos y guardaba los sobres en una mochila. Cuando llegaba el momento, lo repartía. También distribuía los fusiles, y si algún hombre quería dejar la banda, tenía que devolver el fusil o comprarlo.

Yo observaba y escuchaba.

Aunque se suponía que no debía hablar con los hombres, empecé a entablar relaciones amistosas con los más allegados a Vickram: el alto Madhav, que hablaba siempre poco y a quien le gustaba leer libros; Bharat, otro primo lejano de Vickram, y Raghu Nath. Bharat y Raghu Nath estaban siempre cantando y bailando como dos pequeños monos.

Bharat empezó a llamarme hija, sólo por burlarse, y aunque era bajo y rechoncho insistía en cruzar los ríos llevándome a cuestas cuando bajaban crecidos. Tenía la cara oscura y una risa fuerte y resonante. Siempre estaba bromeando y hasta robar le parecía una travesura. Me contó que solía robar mantas en su aldea a la gente mientras dormía, para lo cual cortaba siempre un espino que arrojaba a su víctima mientras escapaba. Se hizo famoso como ladrón de bicicletas. Su técnica consistía en pedir que lo llevaran. Luego preguntaba a quien se hubiera prestado a llevarlo si podía parar un momento para orinar. Normalmente, el propietario de la bici también sentía ganas de hacerlo y entonces Bharat volvía y escapaba con la bici. Me dijo que había robado más de cien bicicletas antes de que la policía le atrapara y le diese una paliza de muerte.

Todos se rieron cuando Bharat contó esto, pero me fijé en que los hombres no contaban anécdotas de sus hazañas cuando estaban contentos. Solían hacerlo cuando se sentían tristes, cuando se enteraban de que la policía había capturado o matado a alguien.

Durante el día Vickram se dedicaba a leer. Era un libro sagrado, como la historia de Rama que nos leía el brahmán de nuestra aldea, y lo guardaba en las ramas de un árbol para que nadie lo manchara. Decía que el libro no debía tocar nunca el suelo porque era puro y el polvo de los pies de la gente lo ensuciaría. Un día, dejó el libro en su regazo y me dijo que eligiera un emblema. Elegí a la diosa Durga. Yo me guiaba por ella por el afán de justicia y venganza. Era lo que me daba fuerzas. Tal como yo lo veía, nuestro trabajo de dacoits consistía en castigar a los ricos por sus malas obras.

Mi lenguaje también había cambiado y también mis hábitos. Había olvidado cómo se hacían los chapatis y se iba a buscar el agua al pozo. Pero había aprendido a limpiar y a cargar un fusil...

En la selva cocinaba siempre uno de los hombres y a mí me servían como a los demás. El agua era de todos. Tanto la del río como la de los manantiales, y siempre había fruta al alcance de la mano. Yo era

libre como un pájaro, pero añoraba a mi familia. Le dije a Vickram que necesitaba ver a mis padres y a mis hermanos. No sabía nada de ellos desde que me habían raptado durante el monzón, en el mes de “shraavan”, y ya casi había pasado el mes de “margsheersh”, el más frío del invierno, que seguía siempre a las lluvias. Deseaba volver a mi aldea.

Vickram me dijo que no podía ir sola. No quería que me capturaran o que me obligasen a entregarme a la policía. Durante un tiempo habló de guardar dinero para pagar la fianza, pero ya ni se acordaba. Accedí a acompañarme, pero me hizo comprender que no había ninguna posibilidad de que me quedara. Me detendrían y ya sería inútil alegar inocencia y decir que había sido víctima de un rapto. Phoolan Devi se había hecho dacoit; nunca más podría ir a buscar agua al pozo ni cuidar del ganado, era la esposa de Vickram el mallah, el dacoit que imponía justicia y venganza.

Cuando nos separamos de la banda de Baba Ghanshyam decidimos operar en distintos sectores de Uttar Pradesh. En el nuestro, figuraba mi aldea. Un día llegamos bastante cerca. Yo quería ir enseguida, pero Vickram envió a un hombre a comprobar que no había peligro. El explorador volvió con noticias inquietantes. Mi madre le había dicho que no tenían ni dinero ni comida y que mi padre estaba enfermo. La policía les había quitado todas las provisiones y los acosaba casi a diario. Le explicaron que estaban destrozados de la pena y la vergüenza. Pero el explorador añadió que la aldea estaba tranquila de momento; celebraban una fiesta en la aldea vecina y había acudido todo el mundo.

Vickram decidió ir aquella misma noche: nos acompañarían Bare Lal, Madhav y Bharat, mientras los demás nos esperaban en los campos de los alrededores. Bare Lal nunca dejaba a Vickram entrar solo en una aldea.

Les guié en la oscuridad hasta mi casa, caminando junto a los muros de barro como había hecho tantas veces, pero entonces con Vickram detrás de mí. Efectivamente la aldea estaba tranquila. Los perros ladraban a lo lejos y se me saltaron las lágrimas cuando llegó hasta mí el olor familiar a forraje y boñigas. La última vez que Vickram había estado allí, había echado la puerta abajo de una patada. Aquella noche, entró detrás de mí en el patio. Esperamos a que saliera mi madre.

Ella casi escapa corriendo al ver el uniforme de Vickram, creyendo que era otra vez la policía.

-¡Amma, amma! ¡Soy yo, Phoolan!

Estaba muy delgada. Advertí las arrugas profundas de su cara. Y también el rostro inexpresivo de mi padre. Era como si hubiera llorado tanto que ya no pudiese sentir ninguna otra emoción. Me abrazó con fuerza. Parecían más agotados y atormentados que nunca, y mi padre se encontraba en un estado lamentable. Me soltó y se sentó en el suelo como una muñeca de trapo, cubriéndose la cara con las manos y musitando una oración.

Le di doscientas rupias a mi madre.

-Toma, amma. Ahora no tengo más.

-No quiero tu dinero. Quiero que vuelvas a casa. No tenemos nada que comer. La policía nos golpeó a tu padre y a mí y se llevaron todo el grano que teníamos. Por tu culpa no tenemos nada. ¡Nadie nos ayudará!

Mi padre alzó la vista y dijo entre gemidos:

-¿Por qué te ha llevado el destino, Phoolan? ¿Por qué nos hace esto el destino?

Mi madre se sentó en el khat y empezó a llorar también. me acuclillé y apoyé la cabeza en su regazo.

-No llores, amma –le dije-. Las cosas son así. Mi vida es una batalla y ahora lo es también la vuestra, por mi culpa. ¡Voy a darle una lección a Mayadin!

Bhuri y Shiv Narayan se despertaron con el ruido. Bhuri había crecido, debía de tener unos nueve años, pero estaba más delgada que antes.

-¡Phoolan! ¡Creía que los malos te habían llevado! –dijo-. ¿Te has vuelto mala tú también?

Vickram nos observaba en silencio y mi padre le miraba con ojos apagados.

-Has destrozado la vida de mi hija –le dijo-. ¡Dios no te lo perdonará nunca!

-No, anciano, nosotros la hemos salvado. Mírala, todavía está viva, ¿no es así? Matamos a Babu Gujar por ella y yo me he casado con ella. La estoy protegiendo. Si la dejáramos aquí con vosotros, vendrían los thakures a matarla. Si se entregase a la policía, los chacales harían lo mismo que la última vez.

-¡Has destrozado su vida, Vickram Mallah!

-¿A cuántos hombres tenemos que matar para que ella pueda vivir en paz aquí, buppa, a cuántos? Aquí todos la maltratan. ¡Pero si de verdad lo quieres, haré que se entregue!

Mi padre no dijo nada más.

El joven de uniforme que llevaba un fusil al hombro contempló a mi anciano padre con compasión. Él se había llevado a su hija, pero devolvérsela a su sumiso y desdichado padre sería condenarla a muerte. No había nada que añadir. Amma unió las manos en actitud implorante, se inclinó y nos bendijo. Mi padre le dijo a Vickram:

-Cuidala, por favor.

Vickram se arrodilló y le tocó los pies, susurrando:

-Te lo ruego, buppa, perdóname...

Teníamos que marcharnos. Era demasiado peligroso dormir allí y los hombres querían ver la fiesta. Habría músicos y bailarinas, pero a mí sólo me interesaba una cosa: quizás estuviera allí Mayadin también...

Él era el culpable de las injurias, las palizas y el hambre que estaban destrozando a mi familia. Él había destrozado mi vida, no Vickram.

Oímos la música y vimos las luces a lo lejos.

Había un tablado y centenares de personas sentadas delante, pero mis padres no irían a esa fiesta. La música y las flores no eran para ellos. El banquete no era para ellos.

-Quiero a Mayadin –dije.

La banda llegó disparando al aire, como siempre. Nadie se movió; quedaron todos paralizados del miedo. Rodeamos el tablado y yo cogí el micrófono.

Todos se quedaron mirándome asombrados. No podían creer que fuera Phoolan Devi, la hija de Devidin, quien estaba delante de ellos, vestida de dacoit y con un fusil en la mano.

-Se acabó la fiesta, perros. ¿Dónde está Mayadin?

Nadie rompió el asombrado silencio. Yo creía que Mayadin estaba allí, escondido en algún sitio...

-¿Nadie lo sabe? Bueno, ¿sabéis lo que voy a hacerlos a todos?

El silencio era tan absoluto que podía oírles mearse de miedo en las esteras que habían colocado sobre la hierba. Luego intentaron darme tímidas excusas.

-¡Nosotros no tenemos la culpa! ¡Nosotros nunca te hicimos nada! ¡Deja que nos marchemos!

Ellos nunca hacían nada, nunca veían nada, nunca movían un dedo para ayudar a nadie.

-¡Fuera de mi vista todos, no quiero verlos!

Tendría que haberlos registrado uno por uno. Él estaba allí, yo tenía razón, pero sólo lo supe al día siguiente. Se había tirado al suelo detrás de alguien para que no le viera y había conseguido escapar arrastrándose. Había huido como todos, aterrorizado por Phoolan Devi, la paria de la aldea de Gurha Ka Purwa.

Aquella noche sentí que me invadía de nuevo la fuerza que produce la cólera. Ver a mis padres hambrientos, llorando y temblando de miedo y ver luego a pocos metros a los aldeanos riendo y disfrutando del espectáculo... fue como una explosión en mi espíritu. Creo que si hubiera encontrado a Mayadin en aquel momento le habría matado sin pensarlo un segundo. Y si hubiese habido algún policía

entre la multitud, le habría hecho bailar a balazos. Pero Vickram dio la orden de retirada. Procurò calmarme:

-Escucha, Phoolan. Enviaremos un mensaje a su cuñado. ¿Còmo se llama? Mansuj. Le diremos que la policia quiere verle. Èl es el verdadero culpable. Èl no te violò pero fue quien animò a los otros a hacerlo. No puedes matar a una persona de tu familia, de tu propia comunidad. Quedarías maldita para siempre, arruinaría tu nombre. Y tus padres sufrirían todavía más. Nosotros te lo traeremos. Podràs hacer lo que quieras con èl.

No me satisfacía, pero serviría de momento. Los hombres que creían que podían abusar del honor y arruinar la vida de Phoolan Devi, una pobre muchacha mallah indefensa, merecían morir. Permitir que vivieran era permitir que destrozasen la vida de otras jóvenes. Pensé en ello durante la larga noche en la selva. Pensé en la cara ojerosa de mi madre, en los ojos sin vida de mi padre y en Mayadin. Èl había escapado como un reptil cobarde al verme. Pensé en lo que me había dicho Vickram. Había intentado explicarme las diferencias entre castas, y las normas sutiles pero implacables que las regían. Un mallah podía robar a un thakur si era rico y castigarle si era un violador. Si el thakur era honrado, entonces el mallah le respetaría, pero un mallah defendía siempre a otro mallah. La venganza sòlo podía imponerse en nombre de alguien de tu propia comunidad. Yo debía la vida precisamente a esta norma, a esta ley no escrita. Pero aún no podía aceptarla, no podía guiarme por ella, porque era mujer. Yo no tenía sitio en aquella jerarquía de castas. Era inferior a todos ellos y los demonios a quienes tenía que matar eran más taimados. Pertenecieron a la casta que fuese, todos eran hombres. Al día siguiente me trajeron al sustituto de mi venganza.

Mansuj era feo, escuálido y miope. Reconocí su cara y su forma de mirar siempre furtivamente. Era unos de mis demonios. Había resultado fácil hacerle salir de su escondite. Un aldeano le avisò de que quería verle un policia y èl creyó que en ese caso no sería peligroso salir de casa. Todavía llevaba la ropa elegante del día anterior, dhoti y kurta limpios, como los políticos, y una capa. El miedo no formaba parte de su vida, hasta que me vio.

Había seguido a Vickram y a sus hombres hasta el bosqu, creyendo que eran policias. Pero al verme a mì y ver el fusil, se arrojò a mis pies, suplicando perdón con voz aterrada y temblorosa.

Lo admitió todo. Había sido èl quien había inventado la historia del robo. Había sido èl quien había dicho a los policias: "Es una desvergonzada, podèis hacer con ella lo que queràis". Y ahora estaba llorando, suplicándome que le dejara marcharse.

-Mìrale, Vickram –dije-. Así estaba yo en la comisaria. Lloraba como èl, suplicándoles que me permitieran irme. ¡Pedía ayuda y èl ni se inmutò!

-No fui yo, Phoolan –dijo Mansuj entonces-. Me mandò hacerlo Mayadin. Fueron los otros. Yo sòlo hice lo que me ordenaron.

-Me echaste a las zarpas de aquellos malditos policias delante de mi padre. "Cogedla, coged a la puta y castigadla". Aquel día lloraba y sigo llorando. Mìrame...

Vickram había estado observando al hombre que temblaba a mis pies, escuchando su confesiòn.

-Llevadlo a la carretera –les indicò a sus hombres-. Ella lo hará.

Le sacaron del bosque a rastras hasta la carretera y allí le ataron. Vickram me dio el fusil.

-Venga, hazlo aquí –me dijo-. Dispara.

De pronto era yo la que estaba asustada. Èl se encontraba de rodillas, atado, gimiendo. ¡Cuànto había deseado golpearles, verles temblar de miedo...!

-No puedo.

-Si puedes. Tienes que hacerlo. Si no le disparas tù, yo no puedo matarlo por ti. Recuerda lo que te hizo. Fue a ti, no a mì.

Cerrè los ojos y disparè.

Tres hombres dispararon al mismo tiempo que yo. Abrì los ojos y vi su cuerpo tendido en el camino. Estaba muerto, inmòvil. La sangre empezaba a empapar su bonita ropa.

Me había liberado del miedo a disparar contra un hombre, me había liberado de la vacilación. Me había vengado con algo màs que palabras, gritos o làgrimas. Tenía en mis manos el medio de imponer justicia: para eliminar a un demonio bastaba con que afirmara bien los pies en el suelo, cerrase los ojos y apretase el gatillo. Ya no podría hacerle daño a nadie. Era sencillo y terrible.

Me acerquè al cadáver y le di una patada.

-Si no lo hubieras hecho no habrías muerto así.

Vickram puso una nota sobre el cuerpo. Antes me la leyò:

-Esto es lo que os espera, perros policías. Phoolan Devi.

Ya no había vuelta atrás.

Al dìa siguiente, la policía puso precio a mi cabeza. No era posible la rendición, dispararían a matar en cuanto me vieran. Me había convertido en una criminal, como los demás.

Pero lo que ellos llamaban crimen yo lo llamaba justicia.

23.

Todavía no había amanecido cuando el centinela silbò para avisarnos de que se acercaba alguien. Estábamos en un campo de hora cerca de mi aldea. Las matas altas nos ocultaban. Distinguì unas figuras que avanzaban lentamente a la débil luz y que pronto llegarían lo bastante cerca para abrir fuego contra nosotros. Los hombres se pusieron rápidamente las botas, agarraron los fusiles y se agazaparon.

Venían por lo menos cien hombres. Eran de mi aldea y reconocí a la persona que los guiaba.

-¡Alto! Es mi madre.

¿Què hacía ella con toda aquella gente? Habíamos enviado aviso de que iríamos a verla antes de marcharnos de la región, pero no debía decirle nada a nadie.

Vickram estaba nervioso.

-A lo mejor trae a la policía...

A su lado iba el pradhan, caminando a la cabeza del tropel de aldeanos. Aparte de mi madre, eran todos hombres, todos los ricos de la aldea. Caminaban despacio, cual peregrinos y llevaban guirnaldas de flores como si fueran al templo. No vi uniformes, ni fusiles.

Vickram esperò a que se acercaran màs para que pudiesen oírnos.

-¿Què querèis?

-Venimos a saludaros –dijo el pradhan-. Venimos con su madre. Ella es también nuestra madre y su hija Phoolan es una diosa. Venimos a pedir a Phoolan que bendiga nuestras casas, que las purifique con su presencia.

Llevaban guirnaldas de flores y bandejas llenas de dulces y rupias como ofrendas. Se inclinaron humildemente ante mì, con las manos unidas. Algunos se arrodillaron y tocaron el suelo con la frente.

-Namastè... Namastè...

¡Me saludaban como si fuera una diosa!

Les mirè fijamente a todos, al pradhan y a todos aquellos hombres con caras de terratenientes repugnantes, contemplè sus carrillos gordos y satisfechos, sus bigotes. Habían ido a postrarse y a pedir la bendición de Phoolan Devi.



-¡Al infierno! ¡Todos vosotros! –gritè.

¡Y mi madre estaba con ellos!

-Y tÙ –exclamè-. ¿Còmo te atreves a venir aquí con ellos? ¿Sabes lo que me hicieron y estàs de su parte? ¿Dònde estaban todos cuando salì de la cárcel? ¿Dònde estaban cuando les suplicaste que te dejaran dinero para la fianza? ¿Dònde estaban todos estos hombres cuando nos prohibieron sacar agua del pozo?

-Tienes que perdonarles, Phoolan. Si aùn te queda algo de piedad, tienes que perdonarles.

Tenìan miedo. Les corroìa el miedo desde que había ejecutado a Mansuj. El sarpanch estaba allí plantado en medio de todos. Amartillè el fusil apuntè, pero Vickram me detuvo.

-Oigamos antes lo que tiene que decir...

-Eh, tÙ –gritè al sarpanch-. Acércate, cabròn, sepárate de los demás... Vamos, habla.

Empezaron otra vez las mentiras y las excusas. No había sido culpa suya, no había sido idea de èl, no había sido èl. Me habían obligado a soportar atrocidades espantosas, pero èl no había tenido nada que ver con aquellas injusticias. A todos les hubiera encantado que yo dejara de existir, que Phoolan, la muchachita mallah que había sido torturada, humillada y expulsada de la aldea, hubiera desaparecido, se hubiese perdido en el silencio y la vergüenza. Pero allí estaba yo, ¡una diosa!

-¿Quièn ordenò que me raptaran?

-¡Yo no, yo no le dije a Vickram que lo hiciese! ¡No fui yo!

Me volví hacia Vickram. Estaba pàlido de còlera. Taladrò al sarpanch con la mirada y avanzò hacia èl.

-¿Es que has olvidado quièn soy? Mírame bien, soy vickram el mallah, y fue tu familia quien me pidió que lo hiciera. No la querìais en la aldea. ¿Me llamas mentiroso?

Le golpeò la cara con la culata del rifle.

-Atadle –ordenò.

Los aldeanos retrocedieron musitando sus patèticas sùplicas mientras los hombres ataban al sarpanch como a un pollo. Cuando le soltaron rodò retorciéndose por el suelo hasta llegar a mis pies. Me tocò los zapatos con la frente.

-Perdòname, perdòname –lloriqueò-. Por favor, suéltame, oh diosa. ¡Eres verdaderamente una diosa! ¡Eres Durga!

-¿Y quièn eres tÙ? ¡Cabròn! Cuando vivìa en tu aldea como una persona normal y corriente decías que era perversa. Ahora dices que soy una diosa.

Cogì el lathi y le crucè con fuerza la espalda. Sòlo le golpeè una vez. Le dejè allí, humillado y reducido a la nada, con la cara sobre la tierra húmeda.

Algunos aldeanos se acercaron y les pusieron guirnaldas a nuestros hombres. Uno me ofreció una bandeja llena de flores y rupias.

-¡No quiero vuestros regalos! No quiero vuestro dinero. ¡Lo quemarè delante de todos!

La multitud empezó a vitorear.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! ¡Larga vida a Phoolan Devi!

Había perdonado al jefe mentiroso y patético, y ahora cantaban mis alabanzas. Cogì el fajo de billetes de la bandeja. Debía de haber por lo menos veinte mil rupias. Le prendì fuego. Estaba asqueada. Pero al mismo tiempo, también me sentía emocionada. Tenerlos allí a mi merced me producía una sensación jubilosa, como tener el estòmago vacío y poder hartarse. Todos me suplicaban que fuera a sus casas, que compartiese sus alimentos y les diera mi bendición y mi protección. Decidì acompañarles, pero comerìa en casa de mi padre. Compartirìa sus alimentos y su pobreza. Mi padre se quedó paralizado por el

terror y por el asombro al ver llegar a todos aquellos aldeanos importantes cantando que la hija de Devidin era una diosa. Èl sòlo conocía el miedo y temía por mi seguridad.

-Ten cuidado, Phoolan –me dijo-. Fuiste tù quien matò a Mansuj, ¿verdad? Lo sabìa, estaba seguro. Vino la policìa y yo estaba seguro de que habìas sido tù. No debiste hacerlo, Phoolan. ¡Obraste mal, muy mal!

-Ya es demasiado tarde. Lo hice y ya està. ¿Preferirìas que olvidara también? recuerdas la celda en que me encerraron. Le oìste decirle a la policìa que me torturara. ¿Es que lo has olvidado? Tù llorabas. “Dejadla, no le hagáis daño”, les suplicabas. Mansuj tuvo la culpa. Y yo no lo olvidè. Le matè, ¡y hoy voy a matar a Mayadin también!

Mi padre cayò de rodillas.

-Reza, padre, reza por tu hija Phoolan.

Todavía se oían fuera los gritos de los aldeanos.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! ¡Ella se ha apiadado de nosotros! ¡Larga vida a Durga! ¡Ha perdonado al sarpanch!

-Escùchalos, padre, escùchalos...

Cientos de personas rodeaban la casa. Abrì la puerta para que mi padre las viera. Estaban de rodillas también, como si la casa fuera un santuario.

Se le iluminò poco a poco el rostro. Nunca le había visto aquella expresiòn. El brillo volviò a sus ojos apagados. Le había dado una fuerza que nunca había tenido mediante el miedo que inspiraba mi presencia y el fusil. Se levantò, orgulloso por primera vez en su vida de ser el padre de Phoolan Devi, la diosa venerada por toda la aldea. Por primera vez en su vida de mallah pobre, toda la aldea le rendìa homenaje.

-Ahora te respetan –le dije-. Nunca lo habían hecho.

Me di cuenta de que se sentía orgulloso, tanto que desviò la mirada tímidamente.

La gente se apartò para dejar pasar a un hombre. Vestìa harapos de pobre y se paraba cada pocos pasos, se arrodillaba y tocaba el suelo con la frente, como si se dirigiera al templo a pedir perdòn. Era Mayadin, que se arrodillaba y rozaba el suelo con la nariz como si yo fuese una divinidad. Vestìa handrajos en vez de su ataviò habitual y llevaba en las manos una bandeja de plata llena de rupias. Había muchísimos fajos de billetes en la bandeja. ¡Creìa que podía comprar su vida!

-¡Mira, buppa! ¡Mira quièn viene! ¡Se atreve a venir a tu casa! ¡Voy a matarle ahora mismo!

Pero Vickram agarrò el cañòn de mi fusil y Madhav me lo quitò de las manos.

-¡No lo hagas! Sería nuestro final. Arruinarìa nuestra reputaciòn.

-¿Tengo que dejarle vivir por vuestra reputaciòn? ¿Es eso lo que me pides?

-No –dijo Vickram-. Por tu padre. Este hombre es su sobrino, pertenece a su familia, a vuestra comunidad. Tienes que perdonarle por tu padre. Mira a tu padre, escucha lo que dice.

Mi padre volviò a arrodillarse.

-¡A èl no! No a nuestra familia. Phoolan, te lo ruego...

Mayadin se acercò y nos ofreció su dinero. Tenía la cara negra de miedo. Se arrodillò y depositò con manos temblorosas la bandeja a mis pies, tocando el suelo con la frente. Estaba a mi merced.

-No quiero tu dinero inmundo.

Me habría gustado segarle la cabeza con una hoz. Deseaba matarle. Pero era como si me estuvieran engañando para impedírmelo y el desaliento me enloquecía. Madhav no me devolvía el fusil y el chacal de Mayadin intentaba presentarme sus respetos.

-Perdòname, Phoolan. Sàlvame, Phoolan. Harè lo que me digas. Darè la tierra a tu padre. Le darè todo lo que tendrìa que haberle entregado el mìo.

Mi padre seguía de rodillas, llorando e implorándome que perdonara a Mayadin.

-Dèjale –insistiò Vickram-. Te està pidiendo perdón. Perdónale, hazlo por tu padre.

Yo ya no sabìa què decir.

-¡Làrgate de aquí con tu dinero inmundo! ¡Te perdonarè tu miserable vida por nada, porque eso es lo que vale, nada!

Los aldeanos vitorearon y cantaron de nuevo:

-¡Larga vida a Phoolan Devi!

Me aclamaban porque me había visto obligada contra mi voluntad a perdonar una de sus hienas.

Vickram cogió el dinero y Mayadin le agradeciò efusivamente que aceptara su ofrenda.

Le puso una guirnalda al cuello y le hizo la señal roja de afecto en la frente.

¡El traidor de Vickram había aceptado el dinero que yo había rechazado! Exigì que me explicara inmediatamente por què... Me llevò a un lado.

-Escùchame bien, Phoolan. Tienes que respetar los deseos de tu padre y perdonar a sus parientes.

Le mirè furiosa y èl me repitió lo mismo. Pero era imposible que me convenciera de que aquello era lo correcto. Si había cedido y perdonado la vida a Mayadin era sòlo porque mi padre estaba llorando y yo no lo soportaba.

Y por la tierra, la tierra que le habían robado y que había sido la causa de todo. Mayadin iba a darle la tierra, pensaba hacerlo, pero mi padre se negaba a aceptarla.

-Sòlo quiero cinco bighas de tierra, Phoolan. Eso es màs que suficiente.

-¿Y por què no ochenta? Es lo que te robò tu hermano. Es tuyo. Perteneció a tu padre.

-Es suficiente, Phoolan. No necesito màs.

-Buppa, mientras tenga un megáfono para gritarles y un fusil para asustarles, cantaràn mis alabanzas porque no pueden hacerme daño. Ahora son ellos quienes temen por su vida, por eso son amables contigo y Mayadin se ofrece a devolvete la tierra que te robò. ¿Pero què ocurrirìa si algùn dìa yo ya no tuviera un fusil, si ya no me temiesen?

-Cinco bighas. No quiero màs.

Firmaron un papel poniendo cinco bighas de tierra a nombre de mi hermano Shiv Narayan. Después, el ladròn quiso postrarse ante mì otra vez y agradecer mi clemencia, pero yo no soportaba ni siquiera mirarle.

-¡Vete al infierno! No te acerques a mì. Si vuelvo a verte te mato.

Vickram se guardò las cincuenta y cinco mil rupias de Mayadin.

Yo estaba segura de que lamentarìa haber hecho caso a mi padre. A partir de entonces, me ponìa furiosa cada vez que pensaba en Mayadin. Le había tenido en mis manos y le había dejado marcharse en vez de apretar el gatillo hasta que no le quedara un soplo de vida.

El hecho de que hubiera salvado su miserable vida significaba que yo siempre había tenido razón. En realidad, no había justicia.

Dejè a la multitud alborozada y caminè a un lado y a otro del patio. Bhuri y Shiv Narayan me seguían.

-¡Dejadme en paz! –les gritè.

Me habían obligado a perdonar a Mayadin y había visto a Vickram aceptar su dinero. No dejaba de darle vueltas. ¿Còmo podìa haber actuado así Vickram con su enemigo? ¿Dònde estaba su honor? ¿Podìa confiar en èl o serìa tan falso como los demás?

-¿Còmo has podido hacerme esto, Mastana? –le preguntè-. ¿Còmo has podido aceptar su dinero después de lo que sabes de èl? ¿Quièn eres en realidad?

-Tienes que entender que sòlo lo he hecho para proteger tu reputación. Èl nunca te hizo daño directamente, no fue èl quien me pidió que te raptara.

-Èl me acusò de robo. ¿No es bastante hacer que me detuvieran? Èl firmò la denuncia. Si no me hubiese denunciado a la policía, si me hubiera protegido como a un miembro de su familia, ¡nunca habría tenido que soportar tantas humillaciones!

Estaba agotada. No quería escuchar más razones. No podía sentarme, no podía beber, no podía tranquilizarme. Sólo podía gritar:

-¡Callaos todos, callaos! ¡No quiero que me expliquéis nada! ¡Estoy harta!

No podía dejar de dar vueltas y vueltas al patio, como había hecho en la comisaría.

-Si las cosas son así –gritè-, ¡me marchó!

Entonces mi padre me agarrò del pelo como si todavía fuera una niña.

-No te enfades, Phoolan, càmate. Al fin y al cabo, soy tu padre y sè cosas que tù ignoras. Tenemos que perdonar, Phoolan. Pide a los dioses que te ayuden. Los dioses saben perdonar. Si eres la reencarnación de Durga, tienes que perdonar... -Hizo una pausa. Estaba llorando otra vez-. Todavía eres mi hijita y sè que no le mataràs. Prométemelo.

-¿Por què sigues llorando, buppa?

-Por favor, Phoolan, te lo suplico. No le mates.

-¡Deja de llorar! De acuerdo, de acuerdo, no le matarè.

Estaban todos allí de pie, mi hermano y mi hermana, mi madre y mi padre, con las manos extendidas. Veìa detrás de ellos a los aldeanos que seguían en la calle, observándome. Salí y me alejè de allí corriendo.

Vickram y sus hombres me siguieron hacia el río. Tenía làgrimas en los ojos, pero no mirè atrás. Gritè que volverìa a verlos tal vez dentro de seis meses... me referìa a mi familia, no a los vecinos. Y mientras corrìa, comprendì lo que me aguardaba. Tenía que endurecerme. No todas las victorias se ganan a tiros. Había aprendido mucho volviendo a la aldea como bandida. Siempre lo había supuesto, pero aquella visita me había permitido comprobar la cobarde sumisión de todos. Lloraron cuando me marchè, pero no era porque me iba. Por eso sólo lloraba mi padre; los demás lloraban de alivio, en realidad. Durga había perdonado a su aldea y no se había vengado. Se despedían de mi fusil. Tenían miedo del poder, de cualquier clase de poder, era lo único que adoraban.

Yo había aprendido los compromisos que había que hacer con la justicia: podías matar a èste, Phoolan, pero has de perdonar a aquel otro... Y también había aprendido a no esperar la paz. Nada en este mundo me traerìa la paz.

Cruzamos el río antes de ponerse el sol y seguimos hacia el bosque durante toda la noche.

Yo caminaba en silencio. Vickram seguía intentando explicarme su actitud pero yo me negaba a hablar con èl.

-Tus padres sufrían mucho. Tenías que perdonar a aquel tipo por ellos. Ya tendràs tu oportunidad más adelante, otro día. ¿Què importa?

No quería hablar con èl, no contestè a sus preguntas, y me negué incluso a comer. Sus hombres también estaban enfadados con èl. También ellos querían saber por què había acabado en su bolsillo la ofrenda de Mayadin. Pero èl era el jefe y aquel dinero no era un botín, así que tuvieron que aceptarlo.

Después de muchas horas de marcha llegamos a una aldea de la selva llamada Simra. Me instalè lo más lejos posible de Vickram, con los pies descalzos en un arroyo fresco, y contemplè el bosque que me rodeaba. A partir de entonces, aquèl fue mi hogar, mi vida.

Algo se quebrò en mi interior mientras contemplaba los árboles. Ya no sabìa què hacer. Estaba cansada de pensar.

Observè a un pajarillo de alas azules que revoloteaba lejos de la orilla. Èl sòlo tenía que dar gracias a Dios por los insectos que comìa, era capaz de volar por encima de los àrboles màs altos, hasta la luz, podía cantar en mi cielo, entrar en las casas, picotear el grano de los graneros, y nadie le impedirìa beber agua donde quisiera. No tenía que obedecer las leyes de los hombres. Yo todavìa tenía que hacerlo. Comparada con el pájaro, era impotente.

Nos quedamos en la aldea ocho días. La decepción me consumìa tanto como el disgusto por haberme visto obligada a ceder a la voluntad de los demás, a aceptar el chantaje de las làgrimas. Había sido embriagador oír a la multitud gritar “Larga vida a Phoolan Devi”, pero resultaba humillante saber que sòlo me vitoreaban porque eran cobardes. Era humillante saber que sin Vickram no me habrían proclamado diosa ni se habrían postrado a mis pies. Sin èl, me habrían obligado a callar hacia mucho tiempo.

Sri Ram era el maestro de Vickram, el bandido que le había enseñado todo. Habían estado juntos en la cárcel, pero a Vickram le habían puesto en libertad mientras Sri Ram seguía en la cárcel de Kanpur esperando juicio por robo y otros delitos. Yo sabía que Vickram admiraba a aquel dacoit mayor, pero como no hablaba con èl desde lo que había pasado con Mayadin, fue su tío quien me contò que habían dejado en libertad a Sri Ram y a su hermano Lala Ram. Vickram había pagado ochenta mil rupias de fianza. Al menos aquello explicaba por què había aceptado el dinero de Mayadin...

A la mañana siguiente, Vickram fue a pedir prestada una moto a la aldea. Anunció que por la noche iríamos a hacer ofrendas al templo y a repartir dulces y dinero por las aldeas para celebrar la libertad de Sri Ram.

-Quiero que le recibáis todos como a vuestro jefe –añadiò Vickram cuando se iba. Pero yo tenía la impresión de que la llegada de Sri Ram era una cosa mala. Los hombres también estaban inquietos. Era la historia de siempre: los mallahs y los thakures no podían llevarse bien.

Se hizo de noche y Vickram aún no había vuelto. Cenè sin mucho apetito con los hombres, escuchando sus quejas y me dispuse a dormir.

-Los hermanos Ram son peligrosos –me había advertido tío Bare Lal mientras cenábamos-. Procura mantenerte a distancia si vienen. Son thakures y Sri Ram tiene las mismas malas intenciones que Babu Gujar. No te acerques a èl.

El centinela nos despertó temprano. Había oído acercarse un tractor.

-Somos nosotros –gritò Vickram. Le acompañaban diez o doce hombres y uno de ellos era Sri Ram. Vickram vino enseguida a buscarme.

-Ven a saludarle... vamos, Phoolan. Tienes que presentarle tus respetos.

Había colocado un colchòn debajo de un árbol e invitò a Sri Ram a sentarse. Luego le puso una guirnalda al cuello y anunció:

-Ahora tù eres nuestro jefe...

Sri Ram vestìa unos pantalones sucios y una camiseta. Era pelirrojo, tenía los ojos enrojecidos y me mirò lentamente de pies a cabeza.

-¡Asì que èsta es Phoolan!

Volvió a mirarme de arriba abajo como miran siempre los thakures a las mujeres mallahs, retorciéndose el bigote rojizo. Sentí una aversión instintiva hacia èl. Si hubiera sido una diosa como decía la

gente de mi aldea, habría transformado la guirnalda de flores que llevaba al cuello en una soga o en una serpiente en aquel mismo instante.

-¡Así que ésta es Phoolan! –repitió-. ¡Y se acuesta con todos! ¡Es la chica de la banda!

Vickram se enfadó.

-No hables así de ella –dijo-. Estamos casados. Es mi esposa...

Bare Lal se había acercado rápidamente a su sobrino y Bharat y Madhav se llevaron la mano al fusil. Sri Ram les había insultado también a ellos con aquel comentario.

-Phoolan es nuestra hermana. ¿Es que no respetas a nadie? –intervino Bare Lal.

Vickram se volvió y le indicó con un gesto que se callara, pero Bare Lal miró a los otros hombres y le dijo:

-Échalo de aquí. No queremos que se quede. Puede ser tu jefe pero no el nuestro.

Sri Ram alzó la voz para hacerles callar.

-Me tiene sin cuidado que os guste o no. Vickram me ha nombrado jefe –vociferó, y sin dirigirles una mirada más, se llevó aparte a Vickram para hablar con él.

Los hombres murmuraban disgustados y yo me escabullí hacia la linde del claro del bosque donde nos encontrábamos y me senté junto a un árbol. Mi intuición me decía que desconfiara de Sri Ram. Decidí que moriría antes que tocarle los pies, después de los comentarios que había hecho.

Vickram se me acercó a los pocos minutos y me susurró al oído:

-Tienes que disculparle, Phoolan. Sabe que ha cometido un error diciendo aquello. No se repetirá, me lo ha prometido.

Vi que Sri Ram nos observaba acariciándose el bigote y sonriendo. No sabía si había prometido o no lo que decía Vickram, pero sentía su falsedad y su lujuria.

-No le dejes quedarse, Vickram. ¡Me desnudaba con la mirada!

-Ya te he dicho que lo lamenta. Se lo debo todo, Phoolan. Por favor, ven a sentarte con nosotros. No me hagas quedar mal delante de él.

Fui a sentarme con ellos, pero lejos de Sri Ram, mientras Vickram hablaba de mí. Le explicó cómo me había tratado Babu Gujar. Con ello le estaba indicando, sin manifestarlo abiertamente, que si alguien me tocaba le mataría. Sri Ram le escuchaba, asintiendo. Luego se levantó, y delante de todos se inclinó hacia mí con las palmas unidas.

-Por favor, discúlpame. No lo dije con mala intención.

Estaba mintiendo. Yo lo sabía, aunque Vickram no se diera cuenta. Veía la lujuria en sus ojos enrojecidos...

Poco tiempo después, estaba yo un día sentada tranquilamente bajo un árbol lejos de los hombres y se acercó Sri Ram y se sentó a mi lado. Había llegado el monzón y lloviznaba. Me había resguardado de la lluvia debajo de una higuera.

-¿Qué haces, “bahani”? –me preguntó Sri Ram.

-Nada –contesté-. Es evidente. Me resguardo de la lluvia.

No me gustaba que me llamara cuñada. Echó una ojeada a mi alrededor y me di cuenta de que estaba comprobando que no había peligro. Me levanté y me puse fuera de su alcance rápidamente.

-¿Quién te crees que eres, zorrilla? ¡Una mierdecilla! ¿Crees que vales más que yo? ¿Cómo podéis creerlos, gentuza de casta inferior, que sois mejores que nosotros? Algún día te enseñaré a obedecerme.

Corrí llorando hacia Vickram mientras él gritaba a mi espalda.

-¡Miente! ¿Por qué la tienes en la banda? Es una desvergonzada. No hace más que provocarme. ¡Deshazte de ella!

Los hombres de Vickram le apuntaron con los fusiles y le advirtieron que no hablara así. Vickram tuvo que calmarles, llevándolos aparte e intentando quitar importancia a lo que todos ellos sabían perfectamente, que Sri Ram era un thakur y que les despreciaba. No querían que fuera su jefe. No compartían el respeto de Vickram por él. Sri Ram podría haber enseñado a Vickram a ser un bandido, y la prisión podría haberles unido, pero los otros no tenían nada en común con él. Empezaron a dejar la banda uno tras otro.

Se marcharon primero los mayores. La tensión iba en aumento y sabían por experiencia que habría problemas. Ragú Nath y Bharat ya no cantaban como antes. Algunos de los mayores intentaron convencer a Bare Lal de que se fuera con ellos, pero aunque había hablado claramente en contra de Sri Ram, insistió en quedarse.

-Sè que me estoy haciendo demasiado viejo para esto –explicò-, pero tengo que cuidar de mi sobrino.

Había una docena de thakures con nosotros entonces, reclutados todos por Sri Ram. Comían aparte y hablaban solo entre ellos. También se había unido a la banda su hermano Lala Ram. Según nuestros hombres, él no era tan peligroso como su hermano y se parecían muy poco. Lala Ram tenía la piel oscura y el pelo negro. Era bajo y rechoncho. Era el más joven de los dos, pero eso no le impedía criticar a su hermano, reprendiéndole delante de todos por su mal comportamiento.

En las incursiones, Sri Ram perseguía siempre a individuos de nuestra comunidad. Les golpeaba y les hacía arrastrarse delante de él, insultándoles.

-Dilo, mallah –solía gritarles-, di que eres un perro.

Estoy segura de que si hubiera podido hacerlo impunemente habría violado también a las mujeres mallahs, pero todos los hombres le vigilaban, incluido su hermano.

Mientras tanto, los mallahs que ya no confiaban en Vickram debido a su devoción por Sri Ram empezaron a apoyarme a mí. Me protegían las veinticuatro horas del día y sólo aceptaban órdenes mías, no las de su supuesto jefe. Esto enfurecía a Sri Ram. Siguió insultándome a espaldas de Vickram, llamándome puta de casta inferior. Le advertí que tuviera cuidado con lo que decía.

-Mierda insolente –me dijo-. ¿Cómo te atreves a contestarme? ¿Cómo te atreves a pretender ser el jefe?

Se estaba creando una situación peligrosa. Los hombres no dejaban de reñir. Si un thakur decía algo, los mallahs se oponían a lo que fuera. Si los hombres de Sri Ram querían hacer algo, los hombres de Vickram deseaban lo contrario. Pero de alguna forma consiguieron hacerse con un abundante botín y el dinero y las provisiones no faltaban, aunque los hombres estaban convirtiéndose en enemigos. Yo seguí advirtiendo a Vickram que tuviera cuidado. Sabía que Sri Ram era malvado. Intenté convencer a Vickram de que se separase de él y de su banda de thakures, pero él insistía en que estaba equivocada.

-Sri Ram es un hombre justo –me decía. Yo estaba segura de que el diablo pelirrojo quería matarnos, pero a Vickram le cegaba la admiración que sentía por él y no veía la trampa que se preparaba para cerrarse a nuestro alrededor.

Pero no podía pasar por alto el hecho de que si Sri Ram castigara siempre a los mallahs y perdonase a los thakures, ni dejar de oírle llamarnos siempre casta de campesinos desgraciados cuyos hombres sólo servían para lavarle los pies a él y las mujeres sólo eran buenas para una cosa. Vickram empezó a comprender que había cometido un error.

Además había oído rumores, aunque al principio no quiso creerlos: Sri Ram estaría con nosotros, los mallahs, sólo mientras le conviniera; se proponía matarnos y hacerse con nuestro dinero a la primera ocasión. Era evidente que a Sri Ram no le gustaba que Vickram y yo fuéramos tan populares entre las

castas inferiores por defenderlos de los thakures. Una vez en un saqueo se puso furioso porque un mallah de nuestra banda le llamó animal salvaje por maltratar a un campesino.

Vickram y yo empezamos a dormir aparte, con los fusiles dispuestos, pretextando que un informante nos había dicho que la policía se preparaba para una emboscada. Los otros mallahs montaban guardia, durmiendo desplegados en diferentes lugares. De esa forma era más difícil que los hombres de Sri Ram nos sorprendieran.

Las incursiones eran casi un alivio. Llevábamos a cabo una tras otra, corriendo por la selva sin descanso, de un bosque al siguiente.

A veces pasábamos días y noches sin dormir. Yo era la única mujer y no podía hablar con nadie de mis problemas. Solíamos acampar lejos de los ríos, sin gota de agua para lavarnos. Caminaba durante días seguidos renegando del dios que me había hecho mujer. Al final, alguien oyó mis maldiciones y nuestros hombres empezaron a llamarme Phool Singh, la versión masculina de mi nombre. Era un tributo a mi fortaleza, pero cuando Phool Singh tenía dolor de tripa habría dado miles de rupias por poder bañarse y refrescarse en el Yamuna al atardecer.

Los hombres de nuestra banda me trataban y me hablaban como a un hombre, pero con Sri Ram todo seguía igual. Me lanzaba miradas lujuriosas, tironeándose del bigote y murmurando obscenidades con su boca.

Un día le devolví la mirada y le hice un gesto como si le cortara el bigote.

-¡Mírala, mírala! –exclamó-. ¡Ahora me amenaza!

Al fin Vickram propuso que hiciéramos cuentas y nos separásemos en dos bandas.

-Ahora tienes el dinero y los hombres. Puedes organizar tus propias operaciones. No tendría que haber estos problemas de casta. Eres thakur, así que haz una banda de thakures y nosotros seguiremos con la nuestra.

Pero Sri Ram tenía otros planes.

-Vamos –le dijo-, coge mi fusil si quieres y mátame o me mataré yo. Lo único que quiero es quedarme contigo, Vickram. Eres como un hijo. ¿Por qué me sacaste de la cárcel si no querías que estuviéramos juntos?

Me miró por encima del hombro y añadió:

-Tu problema es ella. Le haces demasiado caso. Has perdido la cabeza. Ya no me respetas, por su culpa, así que adelante, ¡mátame si eso es lo que quieres!

Incluso empezó a sollozar y se arrodilló delante de Vickram.

-¡De acuerdo, de acuerdo! Olvida lo que he dicho. Quédate...

Sri Ram se levantó entonces y le palmeó a Vickram la espalda. En realidad, se estaba felicitando a sí mismo.

Fue idea suya permitir que los hombres se divirtieran un poco jugando una partida de "kabaddi". Dijo que nos distraería. Habíamos acampado en un claro amplio. Trazó una línea en el centro. Luego montó un número eligiendo los equipos al azar.

-Vickram y yo seremos los capitanes, pero los equipos no estarán divididos por castas. ¡Lo echaremos a suertes!

Se metió una piedra en un puño y una hoja en el otro y movía la cabeza de un lado a otro como un gran loro rojo.

Los hombres se dividieron en dos equipos, uno de un equipo tenía que correr al otro lado gritando "¡kabaddi!" e intentando tocar a su adversario mientras los hombres del otro equipo intentaban agarrarle. Yo había jugado muchas veces a aquello en la aldea, de pequeña, pero entre hombres era mucho más



rudo. No tenía intención de participar. No pensaba dejar que un hombre me tocara y además tenía otros motivos...

Los hombres habían dejado los fusiles para jugar. Yo vigilaba desde lejos, asegurándome de que podía ver todo el claro desde mi lugar de observación. Sri Ram me vio agachada en silencio junto a mi mochila y gritò:

-Vickram, dile que deje el fusil y venga a jugar. ¡Es una buena corredora!

Pero Vickram me había dicho que no me moviera. Me había dicho que vigilara a Sri Ram y que no soltase el fusil a partir del momento en que èl, Vickram, dejara el suyo.

La vida se estaba volviendo insoportable. Tenía que estar siempre alerta, observando cualquier movimiento a mi alrededor.

El juego se convirtió en un torneo y a cada partida yo tenía que vigilar a los hombres con el temor de que, si Sri Ram no nos atacaba, pudiera sorprendernos la policía en plena partida, sin armas.

Màs o menos una semana después de aquello, estaba un día sentada junto al río al atardecer mientras los hombres se preparaban para jugar, cuando una bala me pasó silbando junto a la cabeza, muy cerca. Todos los hombres se habían puesto a cubierto rápidamente al oír el disparo; todos excepto Sri Ram, que seguía tranquilamente allí plantado con una sonrisilla taimada.

-¡Lo siento! Tirè a un pájaro.

Había disparado contra mì deliberadamente. Le había visto coger el fusil, hacer como que apuntaba hacia arriba y luego bajar el cañòn. Ahora le iba tocar bailar a èl... Alcè el rifle, moví el cañòn a la izquierda y derecha y le apuntè a la cabeza.

Dio media vuelta y echò a correr gritando.

-¡Fue sin intención! –le gritè-. Todavía no sè sujetar el fusil con firmeza.

Bajè el rifle y los hombres se echaron a reír. Nuestras miradas se encontraron durante un instante. Vi en la suya todo el odio y la frustración de un thakur que no conseguía aplastarme ni asustarme. Esperaba que èl hubiese visto en la mì orgullo y desprecio. Esperaba que hubiese captado el mensaje de que le habría matado si Vickram no hubiese estado allí.

Los hombres esperaban un enfrentamiento, pero Vickram se limitò a reírse intentando apaciguar los ànimos.

-¡Querías matar un pájaro y Phoolan también! ¿Por què corrias?

Vickram me indicò con un gesto que me calmara. Tenía miedo a un enfrentamiento entre las dos bandas que acabara en una matanza. Yo no sabìa ni siquiera durante cuànto tiempo creerìa vickram que podría sostener esa situación. Ya nunca estábamos juntos. Casi no hablábamos para no provocar la envidia de Sri Ram.

Un día, un aldeano nos invitò a la boda de su hija. Solíamos ir a las fiestas de las aldeas y si los padres eran pobres, Vickram y yo les dábamos dinero para ayudarles a pagar la dote. A veces yo sustituìa a la madre en la ceremonia de entrega de regalos al novio. Los aldeanos nos protegían porque utilizábamos el dinero de los ricos para ayudar a los pobres, y yo no había olvidado lo que había tenido que luchar mi familia y el hambre que habíamos pasado para pagar nuestras dotes.

Aquel día, cuando nos íbamos a la boda, Sri Ram decidió de pronto que quería acompañarnos. Y quería llevar también a su hermano Lala y a algunos hombres. Hacìa varios días que Lala Ram procuraba calmar a su hermano y la tensión entre nosotros había disminuido. Decidimos aceptar que vinieran con nosotros. La luna estaba alta y el viento soplabla en las llanuras cuando emprendimos la marcha. Casi todos los hombres de Vickram se habían ido ya a la aldea para comprobar que no había peligro, pero tío Bare Lal iba con nosotros y con Sri Ram y sus hombres.

Cruzamos los campos de cultivo hacia el camino de la aldea y allí encontramos a un hombre que esperaba junto a un montón de sandías. El hombre me reconoció:

-¡Eh, Phool Singh, mira! –dijo-. ¡Tengo sandías muy buenas para ti!

Llevábamos un buen rato caminando y estábamos lejos del campamento. Yo tenía sed. Lala Ram aceptó un trozo de sandía y me animó a que tomara otro también.

-¡Pruébala! Es muy buena.

Lala Ram permaneció a mi lado mientras Bare Lal acompañaba a los demás hombres que se habían desplegado por el campo, moviendo a un lado y a otro las linternas por si era una trampa. No me fijé en que Sri Ram se había quedado atrás.

Vickram tomó un trozo de sandía y empezó a comerlo, y continuó hablando con aquel hombre junto al montón de fruta a la orilla de la carretera. De repente, se oyó un tiro y luego otro, y Vickram se derrumbó en el suelo.

Disparé inmediatamente al aire para avisar a los demás, creyendo que era una emboscada de la policía. Me daba vueltas la cabeza. A la luz de la luna, no veía más que sombras, pero de pronto vi acercarse a Lala Ram. De repente comprendí que había sido Sri Ram quien había disparado. Apunté con el fusil a Lala Ram.

-¡Atrás o disparo, cabrón!

Disparé por encima de su cabeza para demostrarle que hablaba en serio.

No había rastro de Sri Ram.

-¡Sé que has tirado contra Vickram! –grité a la noche para que él me oyera-. ¡Si disparas, mato a tu hermano!

Oí a alguien correr detrás de mí y apareció Sri Ram.

-¿Qué quieres decir? –preguntó-. Estoy aquí. Yo no he disparado. Ha sido el hombre de las sandías. Seguro que está involucrado. Yo estaba meando detrás junto a unos árboles.

-¡No te muevas! –le dije. Seguí apuntando a su hermano con el fusil. El hombre de las sandías seguía allí, paralizado de miedo. Si hubiera sido el cebo de una emboscada, habría corrido a esconderse al oír el primer disparo.

Estaba sola, cercada, pero oía los gritos de nuestros hombres que volvían corriendo de la aldea. Los hombres de Sri Ram no se atrevieron a moverse ni un milímetro. Esperaban una señal de su jefe. Yo tenía a su hermano en el punto de mira y estaba calculando las posibilidades de disparar a Sri Ram antes de que él me disparara a mí.. creía que Vickram había muerto y no me importaba vivir o morir.

-Phoolan... ven...

¡Era la voz de Vickram!

Se levantó con el fusil en la mano. Lloré aliviada al oírle, sentí las lágrimas en mi cara, pero no aparté los ojos de los dos hermanos. No moví el fusil.

Me acerqué más a Vickram mientras esperábamos que llegaran nuestros hombres.

-No te muevas o nos matará a los dos –me susurró Vickram-. Le vi hacerlo, pero no acuses a nadie, hagas lo que hagas no digas nada.

Gritó hacia los dos hombres con voz grave.

-Que nadie se mueva. No estoy muerto.

Podía ver las manchas de sangre de su uniforme a la luz de la luna. ¡Le habían disparado por la espalda! Eso sólo lo haría un cobarde como Sri Ram. Era el único que estaba detrás de nosotros. Los demás iban delante de mí, pero él se había rezagado y ningún otro hubiera disparado a Vickram por la espalda.

Le habían disparado con un arma calibre doce. La sangre le salía a borbotones, tenía la ropa quemada y olía a azufre. Pero Vickram había hablado con firmeza. No quería que se dieran cuenta de lo malherido que estaba. Le pidió un trapo al hombre de las sandías.

-Cualquier trapo –le dijo.

El hombre se quitò la camisa y se la dio.

Vickram se la atò a la cintura, tapándose la herida, y me susurrò otra vez.

-No te preocupes, Phoolan, no es grave. Todavía puedo aguantar. Mantèn la calma y espera a que lleguen los otros.

Me di cuenta de que la bala le había entrado por encima de la cintura, aunque no distinguía el punto exacto. Sangraba mucho, le caía la sangre por los pantalones y sobre los zapatos. Pero èl no hacía caso. Mantenìa una expresión inmutable.

Al fin llegaron nuestros hombres.

-¿Què ha ocurrido? –preguntò Bare Lal-. ¿Està malherido? ¿Quièn lo ha hecho?

-No lo sabemos –dijo Sri Ram-. Este campesino tiene algo que ver.

Los hombres se volvieron hacia el campesino, que estaba demasiado aterrado para moverse. Vickram intervino rápidamente.

-Dejadle –dijo-. Èl no sabìa nad. Que nos traiga un carro, de prisa.

Vickram seguía en pie con el fusil en la mano, rodeado ahora por sus hombres. Èramos diez. Contè a los hombres de Sri Ram. Eran once.

Vickram hablò despacio.

-Si os acercáis, os matarè. Y no sè a cuàl de vosotros darè...

No se movieron.

-Alguien me disparò por la espalda y sè quièn fue. No quiero volver a veros. Sois una pandilla de cobardes. Despreciables e inmundos. ¡Largo de aquí! ¡Largo!

Nuestros hombres comprendieron que Vickram intentaba evitar un baño de sangre y los hombres de Sri Ram también se dieron cuenta. Si alguien habría fuego, acabaríamos todos muertos allí en los campos. El odio era tan palpable que yo esperaba que empezara el tiroteo en cualquier instante. El silencio era tan absoluto que se oía el susurro del viento en la arena.

Sri Ram fue el primero en moverse. Se volvió e indicó a sus hombres que le siguieran con un leve ademàn.

Se alejaron lentamente, retrocediendo sin apartar los ojos de nosotros. Y luego, en el silencio de la noche todos oímos el sonido de sus pasos, corriendo, huyendo como ratas.

Vickram siguió en pie hasta que se hizo otra vez el silencio. Entonces se dejó caer en una roca a un lado del camino. Le alcè la cabeza y le coloquè la mochila debajo. Bare Lal acercò la linterna a las heridas de Vickram.

-Ha tenido suerte –dijo-. Dos balas, cada una a un lado de la columna. Un poco màs abajo y habría quedado paralizado.

Vickram estaba pàlido. Temblaba y sudaba copiosamente.

-Està bien. No va a morir. Se curarà –dijo Bare Lal.

-Me duele, Phoolan. ¡Me abrasa! Échame agua...

Corrì al arroyo y llenè la cantimplora, sollozando. Me preguntaba què sería de mì si èl morìa. Cuando volví corriendo a su lado sentí frìo en mis mejillas húmedas.

La camisa que se había atado a la cintura sobre las heridas estaba empapada de sangre. Dos agujeros perforaban la parte inferior de su kurta, justo sobre la cadera. Las balas debían de haberle atravesado. Le echè agua despacio en las heridas. No le aliviò. Seguía sangrando mucho...

Oì a los hombres susurrar que no saldría de aquèlla, que iba a morir. Rogué a Dios que no me lo quitara. ¡Maldita sea –exclamè-, no me des un hombre para que me proteja y luego me lo quites! ¡Maldita sea!

Renegué de todos los dioses, moviendo la cabeza con còlera e impotencia y me arrodillè junto al único hombre al que había entregado mi amor.

A la media hora volvió el campesino de la aldea con otro hombre que guiaba un carro de bueyes en el que instalamos a Vickram. Yo me sentè y le puse la cabeza en mi regazo mientras el carro se ponìa en marcha dando tumbos. Debí de sentir mis làgrimas caerle en la cara. Abrió los ojos.

-No llores, Phoolan, no llores. Estoy mejor. Ya no me duele. Ha desaparecido el dolor.

-Estoy asustada. ¡No quiero que te mueras!

Llegamos a la aldea. Allì nos cambiamos de ropa rápidamente para ir a Orai. El hombre del carro dijo que Vickram sangraba demasiado para ir en autobús y se ofreció a llevarnos èl. Propuso decirle al mèdico que Vickram había tenido un accidente y que èl le había encontrado. Me quitè la cartuchera y el fusil y se los di a uno de nuestros hombres. Saquè un sari de la mochila y me lo puse encima del uniforme. Phoolan Devi tenía que parecer la esposa de un campesino al que habían encontrado herido a la orilla de la carretera. Le quitè a Vickram el reloj y las joyas para dárselos al hombre del carro e iba a entregarle también mis pulseras cuando Vickram me dijo:

-No, quédatelas.

-¿Por què? Es pobre y corre un gran riesgo.

-Eres mi esposa. Quiero que conserves las joyas que te regalè –me dijo. Intentò sonreírme-. Hacìa mucho tiempo que no te veìa con sari.

Se incorporò.

-Mira, puedo moverme. Todo se arreglarà...

Nuestros hombres volvieron de mala gana a la selva. Vickram había de ser atendido en una ciudad y en las ciudades había demasiada policìa. Bare Lal dijo que èl nos acompañaría. Se despojò del uniforme y se puso unos pantalones y una kurta. Nos fuimos los tres. Tenìamos que confiar en el aldeano del carro. Al menos parecía astuto. Nos aconsejò que dijéramos que a Vickram se le había echado encima un camión marcha atrás y le había atravesado con dos barras de hierro.

Todavía era de noche cuando llegamos a Orai. Procuramos mantenernos a la sombra, fuera de las luces de la calle, para pasar desapercibidos. Si nos paraba la policìa reconocerian a Vickram. Estaba inconsciente y el colchòn que le habíamos colocado debajo estaba empapado de sangre.

Bare Lal y el carretero nos dejaron bajo un árbol del paraíso y fueron en busca de un mèdico. Pero volvieron enseguida diciendo que los mèdicos que había se negaban a atenderle o exigían que informáramos primero a la policìa. Cuando encontraron a un mèdico joven dispuesto a venir ya era de dìa, pero querìa cien rupias. Echò una ojeada a Vickram y afirmó:

-No resistirà, ha perdido demasiada sangre.

Luego nos mirò a nosotros y nos preguntò còmo se llamaba y de dònnde era. Querìa verle las heridas, pero Bare Lal le interrumpió:

-Si estàs dispuesto a operarle, de acuerdo. Si no, déjale.

Al mèdico no le gustaba aquello. Tomò el pulso a Vickram.

-¡Si no se hace algo enseguida, va a morir!

Abrió la bolsa. La larga aguja me trajo malos recuerdos. Yo no sabìa nada de medicina y sòlo me habían puesto una inyección hacia mucho tiempo, de pequeña, cuando mi padre me rescatò de Putti Lal.

Bare Lal le pagò sus cien rupias y le dijo que se marchara. El carretero se dirigió a la ciudad una vez màs en otro intento de traer a un mèdico. Ya era media mañana y los curiosos nos rodeaban para

enterarse de lo que pasaba. Eran jatavs y de otras castas inferiores y algunos nos llevaron leche caliente para Vickram, pero no podía tomarla. Aunque la inyección le había reanimado, seguía teniendo la cara de color arena y los labios amoratados. Bare Lal y yo llevamos el carro a la sombra y esperamos. El tiempo pasaba lentamente. Yo lo abrazaba desvalida. Pronto llegó el mediodía y no había rastro del carretero ni del médico.

Casi no oía a Vickram. Su voz, siempre tan grave, era un susurro. Me dijo que debíamos ir en taxi a Jhansi a buscar a su hermano Rampal.

-Da clases en una escuela...

Yo nunca había estado en una ciudad tan lejana ni tan grande. Habrá cientos de escuelas, me dije. Pero Bare Lal conocía a alguien que podría indicarnos dónde encontrar al hermano de Vickram. Tardaríamos varias horas por carretera y cuando llegáramos sería tarde, pero no nos quedaba otra salida. Volvió el carretero y nos confirmó que nadie nos ayudaría. Vickram había perdido otra vez el conocimiento. Le metimos en un taxi envuelto en una manta y nos fuimos.

Viajábamos hacia el sur por una carretera asfaltada con mucho tráfico, dejando el Yamuna detrás. Nunca había ido tan lejos por una carretera ni había viajado nunca en coche, pero en aquellos momentos estaba demasiado trastornada para pensar en ello. Le pregunté a Bare Lal quién era el hombre que él conocía en Jhansi.

-¿Es de confianza? ¿Sabe algo de Vickram?

Me respondió que no me preocupara.

-Es un "pandit", un hombre importante que tiene muchos trigales. Rampal trabajaba para él y sabrá dónde localizarlo.

Recé en silencio para que tuviera razón. Vickram temblaba y de vez en cuando pedía agua; luego guardaba silencio. El taxista se dio cuenta, pero no dijo nada.

Jhansi quedaba casi en la frontera de otro estado, Madya Pradesh. Dominaba la ciudad una fortaleza roja que se alzaba en una colina, donde había vivido en otros tiempos un maharajá. Era mucho más grande que Orai, tenía edificios altos de muchas plantas y yo nunca había visto tanta gente. Llegamos al atardecer. Los puestos y las tiendas estaban iluminados. Pero para mí sólo existía Vickram. Respiraba tan lentamente que casi no le oía.

El pandit era un hombre rico que vivía en una casa grande de cemento. Bare Lal entró y salió enseguida con él.

-¿Quién eres? –me preguntó el pandit al verme de pie junto al taxi. Vestía con elegancia y tenía el cabello gris.

-No importa –dije-. ¿Dónde se encuentra Rampal?

-A esta hora no está aquí. Tendrás que volver más tarde. ¿Eres la esposa de Vickram?

-Sí.

Debió de tomarme por la primera esposa de Vickram y lo dejé así. Tenía miedo de que hubiera oído hablar de Phoolan Devi. Nos dijo que podíamos pasar y esperar en la casa y decidí arriesgarme a decirle la verdad.

-Vickram está conmigo –le dije-. Está herido y necesita ayuda.

El pandit llamó a su esposa y ambos miraron el interior del taxi. Había mucha gente a nuestro alrededor, que observaba al hombre pálido y sudoroso tendido en el asiento trasero, envuelto en una manta.

El pandit mandó al taxista que acercara el vehículo a la puerta marcha atrás y echó a los curiosos. Luego él mismo sacó a Vickram del taxi y lo llevó a la casa. Bare Lal pagó al taxista y se quedó viéndole alejarse angustiado. El taxista había visto la sangre...

Entramos en una habitación espaciosa con estantes llenos de provisiones. En el centro había una cama grande y el pandit echò en ella a Vickram. Observò sus manos manchadas de sangre, la manta empapada y su cara pàlida.

-¿Què ha pasado?

-Por favor, necesitamos ayuda.

Yo no podía màs, estaba desesperada. No sabìa que màs podía decirle.

-¿Què esperàis que haga por vosotros? ¿Le han disparado, verdad?

Le expliquè todo lo que había ocurrido. Resultaba absurdo intentar engañarle. De todas maneras, seguro que sabìa que Vickram era un bandido porque conocía a toda su familia.

-Fue una emboscada. Va a morir. ¡Ayùdanos, por favor! El dinero ni importa, lo conseguiremos como sea, ¡pero hay que encontrar a alguien que nos ayude!

-Esperad –dijo-. Harè una llamada.

Le oì hablar en la habitación de al lado, pero no sabìa con quièn hablaba.

-No lo sè –decìa-, sòlo me han explicado que se clavò en la espalda una barra de metal...

Por un momento creì que había alguien con èl en la habitación. Luego comprendì que el pandit era realmente rico. Tenía electricidad y teléfono. Sabìa que existía, pero me parecía un enigma tan grande como la maraña de cables que colgaba de los postes de la luz en la calle.

Vickram estaba tendido en la cama inmòvil y Bare Lal y yo esperamos a su lado. Al menos había dejado de sangrar. Yo tenía miedo de que se hubiera desangrado. Pero moviò sus finos labios y, escuchando atentamente, le oì pedirme que le cogiera las manos.

Las tenía heladas. Se las frotè despacio para calentárselas. Su cara parecía espectral bajo la luz eléctrica. Como la de un muerto.

El pandit no conseguía convencer al mèdico. Acabò contándole una historia sobre una pelea entre tres hermanos, diciendo que el tercer hermano había intentado separar a los otros dos y se había disparado un arma. El mèdico insistía en que, fuera cual fuese la historia, tendrìa que informar a la policìa. Y pidió doscientas cincuenta mil rupias. El pandit nos preguntò si estàbamos de acuerdo. Bare Lal se puso al teléfono. El mèdico finalmente aceptò cien mil rupias al contado y treinta mil después de la operación. Prometiò al pandit que encontrarìa el dinero.

Al poco rato llegó el hermano de Vickram. Yo no le conocía. Era màs bajo y màs fornido que su hermano, de hombros anchos, caderas estrechas y voz aguda, casi femenina. Al ver a Vickram se echò a llorar y me saludò respetuosamente como su cuñada. Pero su presencia no resultò muy útil. Se dejó caer junto a su hermano y no parò de lamentarse de que iba a morir.

Le dije que se calmara. El trato por teléfono me había dejado completamente desesperada. Teníamos que llevar a Vickram desde la casa a un molino que se encontraba en un campo que pertenecía al pandit. El mèdico le operaría allí. No podíamos quedarnos en la ciudad. El taxista que nos había llevado había visto la sangre y quizás hubiera avisado a la policìa.

A medianoche llamamos a otro taxi. Envolvimos a Vickram en otra manta, alzándole Bare Lal de un lado y Rampal de otro. Parecía enfermo, tal vez borracho, y el taxista no hizo preguntas. Bare Lal era alto y con el bigote parecía thakur. Su expresión feroz acallò al taxista. El pandit no nos acompañò. Nos despidió en la puerta. Yo subì al asiento delantero del taxi, con el sari sobre la cabeza.

Una hora después llegamos al gran molino. En la puerta nos esperaban tres hombres. Se pusieron a trabajar en cuanto se fue el taxi.

Nos pidieron que esperáramos fuera y llevaron a Vickram a una habitación vacìa. Yo le oì hablar débilmente.

-Agua, Phoolan. Un poco de agua, Phoolan...

Salió uno de los médicos y preguntò quièn era Phoolan.

-Ella. Es su esposa –dijo Rampal irreflexivamente. Esperè que no nos relacionaran con Phoolan Devi y Vickram el mallah. Nuestro nombres eran conocidos y habían puesto precio a nuestras cabezas. Seguí al mèdico a la habitación, con la cabeza cubierta por el sari. Vickram estaba desnudo, boca abajo, sobre una mesa. Le habían cortado el uniforme con tijeras. Un mèdico le estaba lavando las herids con una esponja. Ya no me llamaba. Sòlo le veìa de perfil. Todavía estaba pàlido, pero parecía tranquilo, como si estuviera dormido.

Me quedè unos minutos mirando lo que hacían. Sacaron de los maletines instrumentos metàlicos y los colocaron en hileras sobre bandejitas blancas.

-Ahora tenèis que salir –me dijo un mèdico-. Esperamos que el anestésico le haga efecto para operarle.

Yo no querìa irme. No me fiaba de ellos. No me fiaba de nadie. Habían empezado a cortarle la espalda con un cuchillo plateado muy fino. Los bordes de la herida colgaban abiertos a ambos lados. Los dos médicos hicieron una señal al tercero para que me sacara de allí.

Mientras esperábamos en la sala preguntè a tìo Bare Lal:

-¿Què es anestésico?

-Hace dormir para que no se sienta la operación. No te preocupes.

Rampal lloraba a su lado, retorciéndose las manos. Yo me acurruquè junto a ellos en el suelo del vestíbulo vacío. Veìa por la ventana la noche oscura y la luna fría, la misma luna que la noche anterior, cuando Sri Ram había disparado a Vickram.

-Atraparemos al maldito cabròn pelirrojo, Bare Lal.

-Vickram lo hará.

Pese a todo, no estaba cansada. Vi otra vez el campo y oì el sonido estruendoso de los dos disparos casi simultàneos; y vi a Vickram desplomarse de nuevo. En aquel momento había creído que estaba muerto. Si el diablo pelirrojo hubiera apuntado mejor habría provocado una matanza. Si Vickram no hubiese tenido tanto aplomo nos habrían matado a todos.

Vickram era inteligente y leal. Precisamente su lealtad había permitido a aquellos traidores sorprenderle. Me había enseñado muchas cosas: que los rìos nacían muy lejos en las montañas donde vivían los dioses; que nuestro país era tan grande que no tenía fin. Èl sabìa leer los periódicos y los libros, hablaba bien, era justo y sincero y me había dicho que me amaba. Yo también le amaba a èl, le amaba como a un hermano, como a un padre, como a un jefe. Èl era parte de mì, era parte de mi alma y de mi ser. No podía morir, porque si èl morìa, me morirìa yo también.

-No llores, Phoolan. Todo irà bien.

-Lo sè, Bare Lal.

Durga le salvarìa.

A la mañana siguiente, casi al mediodía, le oìmos llamarme.

-Phoolan, ven, ¿dònde estàs?

Corrí a la habitación.

-Me siento mejor. ¡Mucho mejor!

Me sonriò y no pude contenerme. Me echè a reír, aliviada al oír su voz.

25.

Escuchè atentamente lo que decía el mèdico, acuclillada en el rincón de la habitación con el sari sobre la cabeza. Le había quitado algunos puntos de la herida y estaba cambiándole las vendas. Casi había terminado.

Vickram se había encogido mientras le quitaban los puntos, pero no había gritado ni una sola vez.

-¿De què estàs hecho? –le preguntò el mèdico.

-He oído que andan por la zona dos dacoits –añadiò luego, como de pasada-. Vickram mallah y Phoolan Devi. Y que uno de ellos, Vickram, està herido.

-Supongo que no creeràs que nosotros somos dacoits –dijo Vickram.

-No, no, pero dicen que se esconden en algún sitio. El pueblo està lleno de policías y están registrando todos los hospitales y las clínicas...

Por lo que sabíamos, el mèdico podía habernos denunciado ya, pero Vickram mantuvo la calma.

-Una semana màs en cama y estaràs bien –dijo el mèdico, dándole unas palmadas en la espalda-. Queda una bala que no hemos podido extraer. A partir de ahora tendràs que andar con cuidado. Dijiste que eras camionero...

-Asì es.

-Bueno, pues ahora tòmatalo con calma.

Había desconfiado de nosotros desde el principio. Por eso había pedido tanto dinero. Vickram todavía no podía caminar bien, pero sin duda era hora de marcharnos.

El mèdico anunció que volverìa al dìa siguiente, como de costumbre. Había venido todos los días desde la operación, pero en todas las ocasiones solo. Yo no había visto màs a los otros dos. Se detuvo en la puerta del molino para despedirse y me di cuenta de que intentaba ver mi cara bajo el sari.

-Namastè –me dijo.

-Namastè, sahib.

Volvi adentro.

-¿Te ha preguntado algo, Phoolan?

-No, pero nos observa atentamente a Bare Lal y a mì.

-Tienes que dejarme aquí. Si viene la policía por mì no importa, pero no quiero que te maten a ti. Yo sabìa que no podrìa comer ni dormir si lo hacìa, que no soportarìa la preocupación.

-No puedo dejarte aquí solo.

-No hay otra solución. A mì me resulta imposible caminar y no quiero que nos atrapen a los tres. Quiero que te marches de aquí inmediatamente con Bare Lal.

Pero yo siempre había sido terca, desde pequeña. Se me ocurrió una idea. Había camiones que iban y venían continuamente desde la otra parte del molino y fui a hablar con algunos conductores. Les expliquè que mi marido estaba enfermo y les preguntè si aceptaban llevarles a èl y a su hermano a Kanpur. Uno de los conductores se dirigía hacia allí y acordamos un precio.

El mèdico le había advertido a Vickram que no se moviera. Cuando intentò caminar dijo que sentía como si le hubieran partido por la mitad. Apretò los dientes y Rampal le sostuvo.

Menos de una hora después de que se hubiera marchado el mèdico, Vickram y Rampal estaban en camino. No iban a Kanpur. Rampal pararìa el camión antes y bajarían. Irían a una pequeña aldea, donde conocían a un tendero que podrìa esconderlos. Bare Lal y yo volveríamos en tren a Orai y desde allí iríamos a Gauhani, la aldea donde vivìa la familia de Vickram. Recogeríamos el dinero que había dejado en casa de sus parientes y luego nos reuniríamos con èl. Necesitábamos el dinero para seguir escondidos. La cantidad que el mèdico se había embolsado por la operación habrìa servido en mi aldea para comprar una casa y ganado, y alimentar a una familia entera durante un año y medio. Yo no sabìa contar, pero podía calcular el



valor de un fajo de rupias, y no nos quedaban muchos fajos. Necesitábamos urgentemente más dinero y de momento era impensable organizar una incursión para conseguirlo.

Llegamos a Gauhani al caer la noche y descubrimos que estaba vigilada por la policía. Habían montado una tienda junto al pozo de la aldea y había policías sentados fuera, esperando. No sé lo que esperaban, pero cuando el sipahi que estaba de guardia vio a una mujer menuda con la cabeza cubierta por un sari pasar tímidamente junto a los muros de barro, acompañada por un thakur bien vestido, ni siquiera se le ocurrió que hubiera algo extraño en ello.

El tío de Vickram no nos creyó.

-Ha muerto. La policía lo ha dicho. ¿Quién eres tú para venir a buscar su dinero? –preguntó.

Añadió que de todas formas no lo tenía.

-¡Si no os marcháis inmediatamente, llamaré a la policía!

Vickram me había dicho que había entregado cincuenta mil rupias a su tío, pero al parecer él prefería no creer que Vickram seguía vivo. De allí fuimos a ver al padre de Vickram, que vivía a pocas calles. Pasamos delante de un policía que dormitaba apoyado en el fusil. Pero el padre de Vickram tampoco nos creyó.

-¡Es mentira! La policía me dijo que ha muerto. Nos enseñaron fotografías.

Le pregunté a quién creía, si a mí o a la policía. Me conocía de la vez que Vickram me había llevado allí después de nuestra boda. Se echó a llorar cuando le conté lo que le había pasado a su hijo, pero me explicó que Vickram había dejado todo el dinero en casa de su tío y que él no tenía nada, sólo una gran familia que alimentar. Había también tres hermanas mayores que estaban casadas ya, Vickram era el cuarto hijo y Rampal el quinto, y después de ellos había otros dos chicos y tres chicas. Dijo que sólo podía darnos veinte mil rupias. No tenía sentido discutir con él. Estaba a punto de amanecer. Cogimos las veinte mil rupias y nos dirigimos a casa de una tía de Vickram que vivía en una aldea vecina.

Ella se deshizo en lágrimas al saber que su sobrino estaba herido pero todavía vivo. También había creído que Vickram había muerto y aseguró entre sollozos que no tenía dinero. Yo estaba empezando a perder la paciencia...

-¡Vickram te entregó quinientas mil rupias! ¡Nos los ha dicho! Por eso nos mandó aquí. Sólo necesita cincuenta mil de momento.

La mujer repitió que no tenía nada. Me pregunté a cuántas personas más tendría que suplicarles que me dieran el dinero de Vickram.

-Espera que vuelva. ¡Ya verás!

La mujer se quitó las pulseras y los pendientes.

-Toma... véndelo, y también mi collar. ¡Es todo lo que tengo!

Lo rechazé, pero Bare Lal me indicó que lo cogiera.

-Necesitamos dinero.

Tenía razón. Me di cuenta de que sin los uniformes y sin los hombres estábamos desvalidos. La frustración me crispaba, empezaba a ponerme nerviosa. Llevábamos demasiado tiempo en la zona, intentando conseguir ayuda de una familia que, al parecer, sólo apreciaba a Vickram mientras estuviera vivo y con los bolsillos bien llenos. Nos arriesgábamos demasiado permaneciendo tanto tiempo en su aldea. Se me ocurrió otro plan, que expuse a Bare Lal: iría a mi aldea. Mis padres no tenían nada, pero Mayadin tenía mucho...

Nos marchamos a pie, el thakur y la mujercilla del sari, y nadie nos detuvo. Caminamos hasta el Yamuna, y allí seguimos en barca. Desembarcamos en Gorha, una aldea que queda a pocos kilómetros de la mía. Allí le pedimos a un aldeano que fuera a decirle al sarpanch que Phoolan Devi había vuelto.

Bare Lal estaba preocupado y yo sabía que corríamos un gran peligro. Podían acudir directamente a la policía. La diosa con su fusil y su uniforme era ahora una mujercilla con sari y su banda estaba lejos, en la selva. Tenía miedo, pero sabía que el miedo era también mi arma. Y así fue. Estaban demasiado asustados para avisar a la policía. Siguiendo las instrucciones, acudió a nuestro encuentro en los campos una delegación de mi aldea, encabezada por el sarpanch. Dejé que creyeran que mis hombres me cubrían con sus fusiles esperando en los árboles, y les expliqué que, lejos de estar muerto, tal como esperaban todos, Vickram se estaba recuperando. Nos habían enviado a recoger aportaciones para su fondo de recuperación. Quería que nos dieran diez mil rupias cada uno.

Me revolvió el estómago ver al muy hipócrita de Mayadin arrojarse otra vez a mis pies y rogar por la curación de Vickram. Tuvo el descaro de preguntar si podía ir a presentar sus respetos a Vickram también. le contesté que ya me había hecho bastante daño y les recordé a todos que Vickram protegía su aldea... en otras palabras, que si no pagaban, los thakures saquearían la aldea y Vickram y yo no moveríamos un dedo.

Volvieron aquella misma tarde con el dinero.

-¡Oh, qué gran idea! –exclamó Bare Lal, riéndose-. ¡Has conseguido todo ese dinero sin disparar un tiro! ¡Vinieron a entregárnoslo encantados!

Los aldeanos de Gorha nos ofrecieron dinero también cuando se enteraron de que Vickram estaba herido.

-Os lo damos con gusto, no queremos que nos lo devolváis –dijo el sarpanch.

Incluso los aldeanos pobres nos llevaron cien o doscientas rupias cada uno. Una mujer manifestó que consideraban a Vickram su salvador.

-Los thakures venían siempre y rompían las piernas a la gente y violaban a las chicas.

Añadieron que les complacía presentar sus respetos a Vickram.

Yo no sabía contar el dinero, pero Bare Lal me explicó que ya teníamos todo lo que necesitábamos. El paso siguiente era encontrar a los hombres. Sabíamos que estarían escondidos en algún sitio cerca de una aldea llamada Asta y tuvimos que volver andando hasta el puente de Kalpi y tomar allí el autobús de Orai en dirección a Asta. Cuando llegamos, nadie sabía nada de ningún dacoit. No encontramos rastro de ellos hasta que nos fijamos en un individuo que caminaba por un campo cargando un pesado saco. Me acerqué a él y le pregunté si sabía algo de la banda de Vickram. Negó con la cabeza, así que le informé de quién era yo.

-¡Tú no eres Phoolan! –se burló él-. Ella lleva uniforme y va a caballo. Ella no va andando como una campesina, ni usa sari.

-¡Mírame bien, estúpido! Fíjate bien en mí...

-¡Oh, bahanji! Perdóname, Phoolan. No te había reconocido. Estas provisiones son para los hombres de Vickram. Raghu Nath me pidió que se las llevara.

¡El pequeño Raghu Nath!

-¡Ve a decirles que estoy aquí!

Me moría de ganas de reunirme con los hombres, quitarme el sari y coger de nuevo el fusil. Luego volveríamos a buscar a Vickram.

Los hombres también creían que había muerto. Los periódicos habían dado la noticia de que la policía habían incinerado su cuerpo en las colinas y ahora estaba protegiendo a su familia contra un posible ataque de Sri Ram y sus hombres. Habían hecho a sus padres firmar un documento oficial que confirmaba que Vickram había muerto. Raghu Nath me enseñó el periódico y me lo leyó. La policía explicaba que le había incinerado porque no podían enseñar el cuerpo a la familia.

Raghu Nath me trajo mi uniforme.

-Por favor, pòntelo, Phool Singh. Ahora tú eres el jefe. Todos estamos de acuerdo en que lo seas.

Les dije que Vickram no había muerto.

-¡La policía miente! ¿Creéis lo que digo yo o lo que dice ese periódico?

Les expliqué que la operación había costado muchísimo dinero y que Vickram se estaba recuperando, pero que seguía siendo su jefe.

-Volveré en cuanto pueda caminar –les prometí.

Pero no había llegado el momento de ponerme otra vez el uniforme. Bare Lal y yo teníamos que volver solos a buscar a Vickram. Los hombres querían acompañarnos, pero les hice comprender que era demasiado peligroso viajar en grupo y les prometí que regresaríamos en unas dos semanas. Sólo me llevé el fusil. Bare Lal dijo que llamaríamos demasiado la atención si llevábamos armas, pero yo no quería viajar con tanto dinero sin ningún medio para defendernos.

-¿Tienes miedo a los dacoits? –preguntó Raghu Nath, bromeando.

Hora y media después dejamos el campamento y volvimos sobre nuestros pasos hacia la carretera principal de Kanpur que conducía a la aldea donde se escondía Vickram con su hermano Rampal. Cerca de la carretera, nos detuvimos en algunas aldeas buscando un sitio para esconder los fusiles. En una de ellas nos enteramos de que la policía había detenido a Sukpal, otro hermano de Vickram. Le habían golpeado para sacarle información y la policía alardeaba de que estaban a punto de detenerme a mí y al dacoit que me acompañaba. Habían una recompensa de diez mil rupias por mi captura y cinco mil por la de Bare Lal. Era mucho menos dinero del que llevábamos encima, pero suficiente para alimentar a un delator durante mucho tiempo. Teníamos que andar con cuidado. Y nos advirtieron que nos resultaría imposible llegar a la carretera. Había policías por todas partes.

Bare Lal y yo permanecimos en los campos, con la cabeza agachada. Las advertencias estaban bien fundadas. Debía de haber cinco o seis subcomisarios con furgones llenos de hombres uniformados.

Era demasiado tarde para volver atrás, no podíamos regresar con el fin de avisar a la banda y Bare Lal temía que hubieran capturado ya a uno de los hombres y que éste hubiera explicado a la policía nuestros planes; ¿cómo sabían, si no, que me acompañaba otro dacoit? Decidimos separarnos. Ocultamos las armas en un agujero utilizado para almacenar la mostaza. Bare Lal fue a esconderse en la selva mientras yo trataba de ponerme en contacto con el pradhan de una aldea próxima llamada Kothi-Shala. Podíamos confiar en él y quizá tuviera más información.

Faltaba poco para el amanecer cuando localicé la casa. Llamé con suavidad a la puerta de madera.

-¿Quién es?

-Phoolan...

Me hizo pasar, muy nervioso.

-¿Ha venido la policía?

-Sí. Están buscando en todas partes. Saben que estás en la zona. Incluso saben que llevas puesto un sari azul. No puedes quedarte aquí. Andan por la aldea durante todo el día.

Me dio un lungi y me quitó el sari y me envolví en el paño blanco y largo. Luego, con un cántaro de agua al hombro salí tranquilamente por el camino de la aldea.

Me salieron al paso dos policías.

-¿Adónde vas?

-Al campo, a hacer mis necesidades.

Era una ventaja tener dieciocho años y aparentar sólo quince. Con enaguas y lungi parecía una muchacha de la aldea que iba a lavarse. No se molestaron en mirarme dos veces. Phoolan Devi tenía fama de ser una bandida peligrosa. Igual que el aldeano que me había encontrado, la policía imaginaba que me doblaba la estatura, que iba armada hasta los dientes y que galopaba por los campos en un caballo blanco.

En las afueras de la aldea había un huerto de mangos. Me subí a uno muy grande y me escondí entre el follaje. Hacía calor y enseguida me sentí muerta de sed, pero era demasiado arriesgado acercarme al pozo. Calmè mi sed con un mango jugoso. El fruto dulce me proporcionò alimento, pero no sabía hacia dònde dirigirme a continuación. Detrás de mì había una aldea llena de policías, y lo mismo delante. Subí a las ramas màs altas, rezando para que nadie me viera entre el follaje mientras esperaba a que se hiciera de noche.

Cuando oscureció lo suficiente, bajè del árbol, volví a la casa del pradhan y llamè de nuevo suavemente a la puerta.

Estaba todavía màs nervioso que la última vez.

-¡La policía sigue aquí! –me susurrò en la oscuridad.

Me habían visto en todas partes durante el día, al parecer. Todos los aldeanos buscaban la recompensa. Pero la otra noticia era peor. Habían detenido a uno de nuestros hombres. Se llamaba Ramkesh. Le habían capturado en el puente de Kalpi y era quien les había dicho que Vickram estaba con su hermano. Por eso habían detenido a Sukpal y le habían golpeado. Se habían equivocado de hermano.

-No puedes quedarte aquí –me dijo el pradhan-. Es posible que vuelvan en cualquier momento. Andan diciendo que Vickram ha muerto, que estàs sola, y que te atraparàn sin problema. Lo están registrando todo, aunque sòlo tienen una ligera idea de tu aspecto.

-Tengo que encontrar a Bare Lal. Se esconde en la selva. Planeamos reunirnos esta noche junto al hoyo de la mostaza, para recuperar los fusiles.

Èl accedió a ir a buscarle. Antes de irse me dio algo de comida. Mientras comìa, intentè pensar què haría si habían detenido también a Bare Lal. Èl llevaba el dinero, y seguramente le matarían a tiros si le encontraban.

Había pasado casi una hora cuando volvió el pradhan, jadeante. La policía le había parado y le habían interrogado. Le habían advertido que no les gustaba verle andando por la aldea de noche. Pero había encontrado a Bare Lal. Tenía los fusiles y estaba fuera vigilando. Me dio ropa que me permitiría correr: unos pantalones de hombre, una camiseta roja y unos zapatos. Bare Lal y yo salimos arrastrándonos a gatas en la oscuridad por las cunetas junto a los muros de barro, hasta que llegamos a campo abierto. Decidimos que intentaríamos llegar a una aldea llamada Bhabroli antes de que amaneciera. Era demasiado peligroso dejarnos ver a la luz del día. En aquella aldea vivía una hermana de Vickram que podría escondernos al menos durante un tiempo.

La fatiga empezaba a vencerme. Me pesaban màs las piernas al correr. Había pasado casi todo el día en las ramas de un árbol, y llevaba tanto tiempo sin dormir que casi no recordaba còmo se hacía. Creìa que no conseguiríamos llegar a la aldea antes de que saliera el sol, pero Bare Lal conocía el camino y me obligò a aguantar. Asegurò que si teníamos suerte estaríamos allí al amanecer.

La aldea estaba tranquila. Al llegar a las primeras casas, inspeccionè el camino para asegurarme de que no había policías y de pronto una figura saltò delante de mì.

-¡Oh, Dios mìo! ¡Una mujer! Me ha pisado. ¡Me ha pasado por encima!

Era un anciano que estaba durmiendo en una estera en el suelo junto a su casa. Había tropezado con èl. Yo llevaba pantalones y zapatos y un fusil al hombro y todavía era de noche, pero el hombre gritaba que una mujer le había pisoteado. Me detuve, pero oímos a alguien que salía de la casa y Bare Lal tirò de mì. Èl seguía corriendo pero yo no aguantaba màs. Me echè a reír a carcajadas. No podía parar. Me reía y corría y lloraba al mismo tiempo.

-¿Còmo supo que era una mujer, Bare Lal?

-No lo sè, tal vez por el peso. Eres demasiado ligera.

-Pero si sòlo tropecé con èl.

Creo que en mi vida me había reído tanto. Seguía riéndome como una loca cuando encontramos la casa de la hermana de Vickram. Nos perseguían, corriamos peligro de muerte, tenía los nervios a punto de estallar y estaba agotada, pero no dejaba de reirme... ni siquiera conseguí hacerlo cuando la hermana de Vickram se deshizo en lágrimas al abrirnos la puerta.

-Ha muerto. ¡Mi hermano ha muerto! -dijo llorando a lágrima viva.

Tuvimos que contárselo todo para que se calmara. Me di cuenta de que amaba a su hermano y que estábamos seguros con ella, de momento; es decir, hasta que encontrásemos un sitio para esconder los fusiles y nos marcháramos. Era difícil encontrar un buen escondite para un fusil. Si los dejábamos en un montón de basura o los enterrábamos en el suelo, se oxidarían y después se encasquillarían. Todavía seguíamos buscando un sitio cuando amaneció y ya resultó imposible salir de la casa. No nos quedó más remedio que arriesgarnos a pasar allí el día.

El cuñado de Vickram se ofreció a ir a Orai a comprar un periódico. Querían saber qué le había pasado al joven Sukpal, y nosotros necesitábamos informarnos de lo que hacía la policía. Volvió a las tres horas y nos leyó el periódico.

Habían matado a Bharat y a Madhav, los dos hombres de confianza de Vickram. Les habían preparado una emboscada en la carretera de Delhi.

Sentí un estremecimiento, una tristeza enorme. Bharat me había tomado mucho cariño y solía llamarme hija. Pero me sentía peor cuando pensaba en Vickram. Eran los hombres en quienes más confiaba. Madhav era primo suyo, hijo de la hermana de su padre. Era un hombre alto y corpulento, con la cara picada de viruela. Nunca hablaba demasiado, pero siempre estaba leyendo o escribiendo. Era un hombre instruido y llevaba las cuentas de la banda.

Vickram me había contado una vez que se había hecho bandido por Madhav. Él se había enamorado de una chica llamada Kusuma. Ella pertenecía a otra casta, y sus padres se escandalizaron cuando les habló de Madhav, entre otras cosas porque ya le habían buscado marido. Pero ella no renunció a Madhav. Al final se fugaron juntos. La familia de la chica acusó a Madhav de raptó y mandaron secuestrar a un tío de éste para vengarse. No volvieron a ver a su tío y Madhav le pidió a Vickram que le ayudara a tomarse la revancha. Tenían menos de dieciséis años y, de venganza en venganza, se habían convertido en dacoits. Aquella mujer siempre le había traído muy mala suerte a Madhav. Durante un tiempo, antes de que yo me uniera a la banda, ella lo había acompañado a la selva. Pero quedó embarazada y no pudo seguir con ellos. Vickram aseguraba que obligó a Madhav a llevarla a vivir a otro sitio. Así había acabado instalándose en Delhi, con el objetivo de mantener el anonimato. Pero la policía debió enterarse. Habían matado a Madhav con Bharat cuando los dos intentaban encontrarla. Era un hombre amable que había ido a la escuela hasta los catorce años y habría podido continuar sus estudios si no la hubiera conocido. Y yo no conseguía dejar de pensar que estaría vivo si no se hubiese enamorado de ella.

Con la muerte de Madhav y Bharat, Vickram se había quedado solo. El periódico decía también que habían pagado una recompensa de cinco mil rupias por cada uno a un confidente. Teníamos que ser muy cautelosos. Nuestra vida valía mucho.

Esperamos que oscureciera para irnos. Yo me había puesto un sari de la hermana de Vickram y Bare Lal ropa vieja de su marido. Fuimos a Orai a pie y tomamos el autobús hacia Kalpi. Bajamos al poco rato para seguir por una carretera de tierra hacia la aldea donde se escondía Vickram en casa del tendero. Rampal seguía con él.

La risa maniaca me había abandonado. Teníamos el dinero y habíamos escondido los fusiles en otro agujero de mostaza cerca de la aldea de la hermana de Vickram, pero le llevábamos noticias amargas.

Antes de que pudiera decir nada, sin embargo, me cogió en brazos y bailó, dando vueltas, muy contento.

-Tenía miedo de que te hubieran matado. Han pasado tres días.

Yo también estaba contenta, y no sabía cómo comunicarle que sus dos mejores amigos habían muerto, que uno de sus hermanos estaba en la cárcel y que sus hombres se habían dispersado.

Le enseñé el periódico...

Empezó a llorar mientras lo leía. Me dolía ver llorar al hombre al que amaba. Procuré animarle, le expliqué que me había enfadado mucho con sus parientes.

-No quiero saber nada de ellos –afirmó-. Todo es culpa suya. En mi aldea siempre hay peleas con los thakurs. Mi padre y mis tíos se peleaban con ellos desde antes de que naciera yo. Y la familia de Madhav también.

Parecía mi propia vida.

-La familia de Kusuma le dijo que Madhav no le convenía, que no pertenecía a su casta... -Vickram meneaba la cabeza-. Si todos tuviéramos los mismos derechos, Madhav y yo nunca habríamos sido dacoits, Phoolan.

Yo sabía que lo necesitaba a mi lado en todo momento, me costaba imaginar qué habría hecho si hubiera muerto, como Bharat y Madhav. Todavía estaba débil pero parecía mucho mejor. Le había vuelto el color a las mejillas: ya no estaba tan pálido. La bala seguía aún en su espalda, pero al parecer ya no había riesgo de infección. Podía caminar un poco, aunque le resultaba doloroso y me fijé en que no conseguía enderezarse del todo. Procuraba disimularlo pero debía de dolerle mucho. Tuvo que echarse enseguida.

Apoyó la cabeza en mi regazo y me habló con ternura.

-Tú puedes curarme. Me alivia mucho sentir tus manos suaves y cálidas.

Sonreí. El médico me había prohibido que le tocara las heridas, porque podrían infectarse.

Le di un masaje despacio, suavemente.

-¡Qué manos tienes, Phoolan... me encanta el tacto de tus manos! Cuando me tocas desaparece el dolor. Es verdad. Eres una diosa. Gracias a ti sigo vivo. Quédate conmigo...

Me dijo cosas que nunca me había dicho. Me rogó que le perdonara.

-He destrozado tu vida.

Le contesté que no era verdad, que me había salvado.

Esperamos muchos días en la casa del tendero, hasta que Vickram recuperó las fuerzas y la policía dejó de buscarnos.

Yo sabía que dos chicos de mi aldea estudiaban derecho en una ciudad grande, en Lucknow. Creía que estaríamos más seguros en otro distrito y las ciudades me parecían un buen lugar para escondernos. Conseguí establecer contacto con ellos y nos dirigimos allí en taxi, cruzando el puente de Kalpi, agachados, vigilando por si había sipahis.

Encontré a los chicos y ellos nos presentaron a un abogado. Yo tenía la esperanza de que conseguiríamos hacer un trato con la policía y Vickram parecía aceptar la idea. El abogado propuso que nos fuéramos a Nepal mientras él intentaba negociar. Allí estaríamos seguros. También nos dijo que conocía a un médico que podría operar a Vickram otra vez.

Salimos hacia el norte, hacia el Himalaya.

Fuimos en el coche del abogado a las montañas, yo, mi esposo inválido, mi tío Bare Lal, los dos chicos y el abogado. Yo ya me había acostumbrado a viajar. Había visto las ciudades y los ferrocarriles y las multitudes que iban siempre de un lado a otro con carteras y fiambreras. Estaba acostumbrada a los horizontes lisos de nuestro país, que, según Vickram, era tan grande que no terminaba nunca, y conocía los barrancos yermos y vacíos. Pero cuando cruzamos la frontera de Nepal y la carretera empezó a subir por las montañas, me embargó una sensación de calma y asombro.

Según las historias que leía el Brahmàn de la aldea, los dioses vivían en las montañas. Comprendí entonces por qué habían decidido vivir allí, rodeados de cumbres blancas. El aire era luminoso y fresco. En los fértiles valles bañados por el sol todo era paz y belleza. Y sobre todo, podíamos pasear libremente, sin preocuparnos de que nos reconocieran.

Era la primera vez en mi vida que no tenía miedo de nadie, ni de los thakures ni de la policía. Era la primera vez que Vickram y yo estábamos verdaderamente juntos, como una mujer corriente con su esposo. Le dije lo mucho que le necesitaba. Ya no tenía miedo. Ya no rehuía su contacto. Recibía contenta su abrazo. Confiaba en él. Vickram tuvo que notar lo también. Una tarde, mientras caminábamos por las calles, se volvió a mí y me dijo:

-Te debo la vida, Phoolan...

Vickram fue solo al médico. Luego me explicó que le habían mirado el interior del cuerpo con una máquina. Que le había dicho que era imposible operarle. La bala se había alojado en la columna y siempre le causaría dolor. No podían hacer nada. Era demasiado peligroso intentar extraerla, y debería tener cuidado siempre: una caída o un movimiento brusco podían dejarle paralizado.

Él no se mostraba preocupado.

-Bien –dijo-. Nos vamos. Tengo cosas que hacer.

A mí me asustaba volver a la selva. Éramos felices en las montañas.

-Quedémonos unos días –le supliqué-. Descansemos un poco más.

Bare Lal estaba de acuerdo.

-De momento tenemos suficiente dinero –argumentó-. Deberíamos quedarnos aquí. Somos libres de hacer lo que queramos.

Seguí buscando excusas para continuar allí, para prolongar la alegría de dormir toda la noche sin pesadillas, la dicha de vivir como cualquiera. El abogado nos informó de que estaba investigando la posibilidad de que nos entregáramos. Dijo que miraría lo que podía hacer. Tendríamos que pagar, claro, y yo recordé el pleito de mi padre contra Mayadin... ya no tenía tantas esperanzas.

Mientras estábamos allí, le pedí a Vickram que me llevara al cine. Nunca había ido. No sabía cómo era, aunque había visto los carteles en los pueblos.

Cuando salimos de la inmensa sala a oscuras, no recordaba la historia, sólo a la gente corriendo y cantando. Al principio creí que estaban frente a mí, vivos, y cuando una mujer disparó con un revólver a un hombre, creí que le había matado de verdad. Pero luego al ver que la cara se les agrandaba tanto, empecé a caer en la cuenta de que aquello no era posible.

Bare Lal me explicó que una máquina había captado su ser para hacer imágenes vivas de ellos. Yo quería volver inmediatamente al cine, pero Vickram tenía otros planes.

-Quiero vengarme –declaró.

26.

Bare Lal estaba de acuerdo conmigo. Era demasiado peligroso regresar a los yermos del Yamuna.

-Tienes bastante dinero. Puedes quedarte en la ciudad y olvidar tu vida anterior. ¿Qué vas a hacer en la selva, perseguir a Sri Ram y a Lala Ram para matarles? –le reconvino, moviendo la cabeza, irritado-. Todo eso se acabó.

Vickram tenía veinticuatro años y yo casi dieciocho. Estábamos a tiempo de cambiar de identidad; Vickram podría encontrar trabajo y llevaríamos una vida normal. Él era ingenioso, yo estaba segura de que sobreviviría en la ciudad, y de que me enseñaría a sobrevivir a mí.

-Si de verdad quieres volver a la selva –le dije, decidida-, déjame a mí aquí, ya no quiero continuar con esta vida.

-No –repuso Vickram-. Tienes que venir conmigo. Ahora que Bharat y Madhav han muerto, te necesito. ¿Es que no significa nada para ti?

Una esposa tenía que ser fiel a su marido hasta la muerte. A mí me habían casado con un monstruo cuando todavía era una niña y ahora estaba casada con un bandido. Pero aunque llevaba puestas las joyas que Vickram me había regalado, no había sido una boda adecuada. Mi madre y mis hermanas no habían estado allí para bañarme con aceites. Yo no era una esposa que mantenía el fuego de la cocina encendido y preparaba los chapatis; yo era Phoolan Devi la dacoit, esposa de Vickram Mallah el dacoit. No quería tener que seguir corriendo de noche, escapando siempre de la policía o de otros dacoits, pero no habría podido vivir en la ciudad sin él. No era lo bastante lista, y no sabía cómo funcionaban allí las cosas. En la ciudad hay que saber leer y escribir, porque si no a la gente le resulta fácil engañarte. Y yo sólo sabía leer las caras y entender lo que la gente decía. Sabía distinguir una cara sincera de una falsa y una promesa que se cumpliría de otra que se rompería; pero eso no bastaba. Una mujer no podría vivir sola en la ciudad. Constituiría una presa fácil. Sin marido, no tenía a nadie, y sin familia me considerarían una prostituta. Sin un hombre que me defendiera, podía tomarme cualquier hombre.

Estábamos otra vez en el mes de shraavan, la temporada del monzón. Eso significaba que había pasado un año desde que me habían raptado. Y sabía que nacer mujer era nacer impotente, ser incapaz de existir sola. Tendría que volver a la selva...

Pero antes fuimos a hacer ofrendas al templo de Ghatapara, a la orilla del Yamuna, donde vivía el anciano sadhu cubierto de cenizas, cerca de la aldea de la primera esposa de Vickram. Los dacoits siempre entregaban un tercio de su botín a los dioses. Era indiferente que hubiera templos o que hubiese mezquitas en el territorio en que actuábamos, teníamos que dar a los dioses lo que les correspondía. Vickram cumplía siempre con los rituales.

Él rezó en el interior del templo mientras yo rezaba fuera, al final de la escalinata del río, observando a los peregrinos que habían ido a beber y a usar el pozo. Estábamos otra vez en una región donde podían reconocernos.

Luego viajamos a pie durante horas, chapoteando en los torrentes. Casi había olvidado lo que era andar por los campos, pero ya no había vuelta atrás. Íbamos a Gauhani, la aldea de Vickram. Él estaba decidido a ajustar cuentas. Había cambiado, era más cruel y rencoroso, sobre todo con los thakures. No cesaba de repetir que no se habría hecho dacoit si su padre no le hubiera embarcado en una guerra sin cuartel con los thakures. Afirmaba que su padre le había destrozado la vida. Explicaba que era un individuo pendenciero que andaba siempre peleándose con los thakures de su aldea. Después de que Vickram ayudara a Madhav a vengar la desaparición de su tío, habían ido a su casa unos thakures y habían intentado violar a sus hermanas. Él y sus primos Madhav y Bharat les habían perseguido. Hubo un tiroteo y murieron tres personas. Los chicos ya no podían escapar de su destino.

Vickram fue directamente a casa de su padre cuando llegamos a la aldea.

-¡No vuelvas a llamarme hijo! –le espetó. Apareció su tío y Vickram perdió el control y le amenazó con matarle porque se había gastado su dinero-. ¿Por qué debería dejarte vivir? –le preguntó-. Prácticamente acusaste a mi esposa de querer el dinero para ella.

Le recordé lo que me había dicho él a mí cuando quise matar a Mayadin: no puedes matar a un miembro de tu familia. Bufó indignado.



-No me dejaràs olvidarlo nunca, ¿verdad? –repuso, meneando la cabeza. Echò a su tío a la calle y nos marchamos rápidamente. Vickram estaba deprimido. Dijo que a su familia sólo le interesaba el dinero.

Encontramos a Raghu Nath escondido en una casa de una aldea vecina. Siempre me había gustado Raghu Nath. Era bajo y muy flaco, pero ágil y listo como un mono. Había conseguido esquivar a la policía y estaba esperándonos. Mientras tanto, había formado una nueva banda de cinco hombres. Tío Bare Lal todavía estaba con nosotros y teníamos un nuevo recluta llamado Misra, un joven fornido que había enviado Sukpal para que sustituyera a Madhav como guardaespaldas de Vickram. Eso significaba que teníamos nueve hombres. En cuanto recuperáramos los fusiles, la banda de Vickram volvería a la acción.

En cuanto nos reunimos, llevamos a cabo dos incursiones en las aldeas vecinas. Vickram quería que todo el mundo supiera que estaba vivo. Se disgustò mucho cuando se enterò de que la policía había matado a un pobre pastor de las colinas para hacerle pasar por èl. Le habían puesto un uniforme como el que llevaba Vickram y le habían colocado un fusil sobre el pecho. Luego le habían hecho una fotografía para que todos el mundo creyera que era Vickram antes de incinerar su cuerpo. La familia de Vickram había cumplido con todos los ritos el decimotercer día de su muerte. Nos contaron que había sido el subcomisario de policía quien había montado todo el número para desacreditar a Vickram con el fin de que los aldeanos no ayudaran a persona alguna relacionada con èl y nadie pudiese utilizar su nombre.

Para demostrar que seguía vivo, Vickram mandò hacer un tampón con el que sellar nuestros pillajes. Decía, con grandes letras en tinta azul: PHOOLAN Y VICKRAM HAN VUELTO DEL CIELO.

-No quiero que piensen que haces todo esto tù sola –me dijo, riéndose.

Lo estampaba en las puertas de las casas de los ricos como una maldición.

Después de las dos operaciones nos retiramos a los barrancos del norte del Yamuna y Vickram escribió una carta explicando dònde estábamos escondidos e invitando a la policía a ir a buscarnos. No tardaron en aparecer.

-¡Aquì estoy! –gritò Vickram por el megáfono-. Soy yo, Vickram Mallah. ¿No creíais de verdad que había muerto, a que no? ¡Miradme, sipahis! ¡Mis días de dacoit no han terminado!

Nos habíamos desplegado en una zona alta. Los hombres se encontraban agazapados esperando a abrir fuego, pero Vickram estaba de pie en el saliente de una roca. Parecía que disfrutaba exponiéndose al peligro. Los desafiò a avanzar e intentar cogerle y cuando retrocedieron, suponiendo que se trataba de una trampa, les insultò.

-No escapèis. ¡Volved a luchar, cobardes!

Corrió tras ellos, saltando entre las rocas y la maleza como un lince y disparando. Las balas de la policía pasaban rozándole la cabeza, pero no se ponía a cubierto, como si no le importara nada. Incluso acorralò a algunos.

-¡Manos arriba! –gritò-. ¡Decidlo! ¡Larga vida a Vickram Mallah! ¡Decidlo!

Bajaron las armas y èl les disparò a los pies para que bailaran.

Yo estaba en el saliente sobre èl, disparando para cubrirle y observando la retirada de la policía. Era un buen jefe. Apuntaba mejor que la policía, sabía predecir sus reacciones y conocía de memoria el terreno. Sabía que no se atreverían a internarse en los barrancos para perseguirnos. Y pese a sus heridas, podía saltar màs rápido que una gacela, siempre un paso màs allà de su campo de tiro. Parecía que estuviera tentando al destino, desafiando a la muerte a ir a buscarle otra vez.

Los policía volvieron a su vehículo. Nos habría resultado fácil matar a algunos pero no lo hicimos. No queríamos matar sin motivo. Una cosa era vengarse de un enemigo y otra muy distinta defenderse durante un saqueo, pero Vickram actuaba honorablemente incluso durante una emboscada. Había conseguido lo que quería: la policía había visto con sus propios ojos que todavía estaba vivo. Vickram y Phoolan habían vuelto del cielo.

Lo analizaba todo conmigo entonces. Elaboràbamos los planes juntos y luego consultàbamos a los hombres. Llevaba una vida de bandidos como antes, pero yo tuve tiempo para visitar a mis padres. Vickram me acompañò y los hombres se escondieron en la aldea vecina. Mi madre se alegrò de verme otra vez, pero nos preguntò por què no nos entregàbamos los dos antes de que nos mataran. Vickram le respondió que era exactamente lo que se proponía hacer en cuanto hiciese lo que había vuelto a terminar con la ayuda de Durga. Mi padre le suplicò que no matara a nadie.

-Matar a un ser humano es lo peor del mundo. Te condenaràs para toda la eternidad –me advirtió.

Le prometì que no lo haría. En cuanto a entregarnos, era algo de lo que todos los dacoits hablaban algùn día. Significaba negociar las condiciones con la policía, tener dinero para la fianza y luego, quizá, ser capaz de dejar la selva para siempre. Pero yo realmente no creìa que fuese posible.

Contemplè mi aldea de barro y paja sin saber si sentía pena o consuelo. Las casas, el ganado, los campos y el pozo, las fatigas miserables de mi comunidad, todo aquello ya no me importaba. Tenía la libertad de la selva. Comprendì que respiraba mejor en los barrancos baldíos que en aquel desierto de pobreza.

Antes de marcharnos, vino a verme una mujer y se arrojò a mis pies.

Era Kusuma, la mujer que Madhav intentaba encontrar en Delhi cuando lo mataron. Había conseguido llegar a mi aldea y había esperado a que yo fuera. Me suplicò que la llevara conmigo. Dijo que quería ser bandida también y vivir con nosotros. Lloraba y agitaba las ajorcas, ofreciéndomelas a cambio de protección.

-¡Querían meterme en la cárcel por cómplice! No tengo dinero, estoy asustada y sin Madhav no hay nadie que me ayude. ¡Por favor!

Volvió a echarse a mis pies sin dejar de llorar.

Me apiadè de ella, pero cuando me reuní con Vickram y los demás, èl no se alegrò nada de verla. Al principio creì que era sòlo porque no quería a una mujer con nosotros en la selva. Me llevò aparte y me explicó que había creado muchos problemas cuando había estado con ellos, que provocaba a todos los hombres. Pero aún así a mì me daba làstima. No tenía quien la protegiera y yo sabìa muy bien lo que era aquello. Convencì a Vickram de que le diese una oportunidad.

Los problemas comenzaron inmediatamente. Coqueteaba con todos los hombres, incluido Vickram. Era toda una mujer, guapa pero tonta, y siempre pidiendo piedad hecha un mar de làgrimas o intentando seducir a alguien. Era como si no pudiera evitarlo.

Bare Lal fue el primero en quejarse:

-Me sigue a todas partes y se contorsiona delante de mì. ¡Un viejo como yo! Haz algo, Vickram. ¡Èchala de aquí o le darè una paliza por desvergonzada!

La llevè aparte y procurè convencerla de que no hiciera aquellas cosas. Le dije que dejara en paz al anciano. Pero me di cuenta por su mirada de que no le importaba.

-¿Es porque es el tío de Vickram, es por eso? ¿Por eso le provocas, porque Vickram es el jefe?

Sacudió la cabeza.

-De ahora en adelante –le ordenè-, te quedaràs conmigo. ¡No te acerques a los hombres!

Pero era pedir lo imposible. Aquella mujer era la encarnaciòn de Sita, la diosa del placer. Pero también sabìa ser útil. Cocinaba e iba a buscar agua al río. Ni siquiera mientras hacìa chapatis en la plancha de hierro podía dejar de hablar con los hombres y hacerles muecas.

El siguiente fue Raghu Nath, el pequeño Raghu Nath, que era hábil como un mono, pero no lo bastante sensato. Se fue con èl para que le hiciera el amor.

Su desvergüenza me repugnaba.

-Andas siempre persiguiendo a los hombres. Primero uno y luego el otro. ¿Me ves a mí andar por ahí hablando con todos los hombres de la banda? ¿Puede saberse qué clase de mujer eres?

-¡Oh, bahanji! –repuso, inclinando la cabeza a un lado y llamándome hermana mayor para ganarse mi comprensión-, tú eres distinta. Yo no puedo vivir sin hombres. Yo soy así.

Añadió que de todos modos no le interesaba Raghu Nath, porque era insignificante en la banda.

-Quiero estar con Vickram.

Enrojecí de vergüenza y le di una bofetada. Luego fui a ver a Vickram para preguntarle qué le había dicho a él.

-¡Está loca! –me contestó, encogiéndose de hombros-. Quería que la tomara por esposa en tu lugar.

-Algo harías para animarla. ¿Por qué no me lo contaste?

-No. Dijo tonterías y maldades. Aseguró que era más guapa que tú y que ella me quería más. Así que le pregunté qué haría contigo y me respondió: “podemos librarnos de ella”. La eché a puntapiés. Yo no la quiero, Phoolan, ya lo sabes. Pertenece a todos.

-¿Por qué no me lo habías explicado?

-Porque no deseaba disgustarte. Lo único que tenemos que hacer es dejarla en la carretera. Encontrará el camino para volver a Delhi.

La fe de Vickram, su franqueza y la sinceridad que había entre nosotros hacía que me fiara de él. No dudé de su amor ni un momento y eso precisamente hizo que me apiadara de ella otra vez.

-Somos su única familia –le dije-. No podemos dejarla tirada en la carretera. No sabes lo que le hará la policía. Esperemos a que se vea su causa en el juzgado. Que se vaya después.

Vickram accedió.

-¡Lo que tú digas, Phool Singh!

Era de noche, todos dormían y lo que yo había estado esperando durante tanto tiempo al fin ocurrió.

El centinela los vio llegar y en un instante estábamos todos de pie con los fusiles en la mano. Era una delegación de la aldea, unos doce hombres. Les conocíamos y creíamos que podíamos confiar en ellos. No llevaban armas y dijeron que querían hablar con Vickram sobre su pelea con Sri Ram.

Yo sentía la tierra temblar bajo mis pies. Esta vez es el final, me dije. Habíamos construido una cabaña provisional bajo un árbol del paraíso, con madera y ramas e invitamos a uno de los aldeanos, un terrateniente rico, a acercarse y decir lo que tuviera que decir.

-Hemos venido para tratar de poner fin a los problemas entre tú y Sri Ram. Él jura que no intentó matarte, aunque hay otros que dicen que les gustaría hacerlo. Hay hombres malos por ahí. Tienes que negociar con él, Mastana, por el bien de todos.

Vickram apretó los puños.

-¡Dispararé en cuanto le ponga la vista encima!

Yo tenía la impresión de que nos estaban tendiendo una trampa, aunque no podía verla todavía. Aquellos hombres sabían que Vickram admiraba a Sri Ram y contaban con su lealtad. Pero mi corazón femenino no era tan confiado...

-Sri Ram no consiguió matarle la primera vez –le dije al emisario-, y ahora quiere una segunda oportunidad. Por eso os ha enviado, ¿verdad?

-No debes escuchar a esta mujer, Vickram. Ella no debe opinar sobre estos asuntos. Tienes que decidirlo tú. Sri Ram dice que él no disparó. Es thakur y era el jefe de tu banda. Debes escucharle antes de acusarle.

Vickram se quedó pensando un momento y luego dijo:

-De acuerdo, traedle...

Los aldeanos se fueron y yo le pedí a Vickram que no atendiera a sus razones.

-No vuelvas a relacionarte con èl. No lo necesitamos.

-Podemos escuchar lo que tenga que decir. ¿Què importancia tiene?

Sri Ram había sido su maestro, se lo había enseñado todo, incluso la traición. Y Vickram lo sabía. Antes quería matarle, pero ahora estaba dispuesto a verle otra vez. Yo no lo entendía. Èl era thakur, había dicho el aldeano, había sido el jefe de Vickram, pero yo no era nada. Decidì que si no podía convencerle, dejarìa que se equivocara. Era el dueño de su propio destino. ¡Pero si Vickram no mataba a Sri Ram, lo haría yo!

Tenía miedo de que si Sri Ram conseguía engañar a Vickram y convencerle de que no había intentado matarle, la próxima vez lo intentara conmigo. Me odiaba, me consideraba una putilla mallah, y por lo que yo sabía quizá fuera a mì a quien realmente quisiera matar.

Todavía era de noche cuando volvieron los aldeanos con Sri Ram y su banda. Los hombres estaban crispados. Todos se oponían a que volviera aquel thakur. Tampoco ellos querían la reconciliación. Procurè mantenerme lo màs lejos posible de la discusión, agachada en la hierba con el fusil listo para disparar. Desde mi posición, le vi felicitar a Vickram por su restablecimiento y sentarse a conversar con èl. Sòlo Lala Ram se acercò a mì y se inclinò, volviendo luego a reunirse con sus hombres. Seguì sentada observándoles durante lo que me pareció una eternidad. Ya casi había amanecido y una débil luz cubrìa los campos. Vickram se levantaba de vez en cuando, daba unos pasos y volví a sentarse. Seguramente le resultaba difícil contener la còlera.

Los hombres de Sri Ram se habían sentado a un lado del árbol del paraíso y nuestros hombres al otro. No intercambiaron ni una sola palabra. En medio de aquel silencio pude oír lo que decía Sri Ram:

-Quitate de la cabeza que disparè contra ti. Fue el campesino. Èl quería que creyeses que había sido yo. He rezado para que siguieras vivo y aquí estàs, hermano, sano y salvo.

Luego alzò màs la voz para que le oyera yo:

-Llà mala. Parece que todavía està enfadada conmigo.

No me moví. Sospechaba que Vickram estaba simulando que le creía, pero no sabía lo que planeaba. Si estaba simulando, yo también tendrìa que hacerlo. Pero no me moví.

Salió el sol. El aldeano que había hecho de intermediario se marchò y las dos bandas levantaron el campamento para refugiarse en la selva. Ellos eran ocho y nosotros nueve, sin contar a Kusuma.

Me había olvidado de ella. Pero en cuanto quitamos las estacas para recoger las tiendas, corrió hacia Sri Ram y se arrojò a sus pies. Había decidido que èl, el thakur, era el verdadero jefe y estaba dispuesta a interpretar su danza de seducción para èl. Era un hombre feo y espantoso, pero Kusuma era la clase de mujer que sòlo busca hombres poderosos. Le seguía con sus miradas y gracias como una gatita perdida. Como Sri Ram el thakur pretendía reclamar su puesto de jefe, a Kusuma ya no le interesaba Vickram el mallah.

Intentè advertir a Vickram de lo que ella estaba tramando mientras cruzábamos los campos y subíamos las colinas, pero no le dio importancia.

-Es una infeliz. Déjala que haga lo que quiera –se limitò a responder.

A Sri Ram tampoco le importaba, ni siquiera cuando su hermano, que era màs sensato que èl, le puso sobre aviso. Se limitò a encogerse de hombros.

-Si quiere andar detrás de mì –le dijo-, déjala que lo haga.

Se pavoneò delante de ella entre sus hombres, con sus trajes de safari. Nosotros los mallahs sòlo teníamos los uniformes que comprábamos a los policías que necesitaban dinero. Sri Ram quería saber còmo había conseguido Vickram que le curaran las heridas, pero Vickram no se lo dijo. Le explicó que las heridas se habían curado solas, sin màs.

Sri Ram insistía en lo que llamaba el “incidente”, procurando convencernos de que él no era el responsable e intentando averiguar quién nos había ayudado.

-Nadie. Encontré un buen escondite y esperé –fue todo lo que le dijo Vickram.

Aquella noche las dos bandas durmieron separadas, excepto Kusuma que se echó desvergonzadamente junto a Sri Ram.

Pero Vickram y yo no dormimos. Pasamos toda la noche despiertos hablando de Sri Ram. Vickram me pidió que no le provocara, que mantuviese la calma durante unos días.

-Todavía me debe el dinero de la fianza. Ajustaremos las cuentas con él y nos haremos ricos y después seguiremos caminos distintos.

Pasaron otros dos días y Sri Ram y sus hombres seguían con nosotros y él todavía intentaba provocarme.

-Vaya, Phool Singh, ¿me has perdonado? Soy tu hermano y tú eres mi hermana –me decía-. ¿Por qué no vienes aquí conmigo, bahanji?

Yo no tenía la menor intención de acercarme a él. No le había creído en absoluto, ni sus palabras ni su mirada. Leía en su cara que estaba mintiendo.

Estaba lloviendo y habíamos caminado por la selva durante la mitad de la noche. Ya casi habíamos llegado al sector de Vickram, cerca de Bejamau, la aldea de su primera esposa. El terreno estaba empapado y la marcha resultaba difícil. Cuando al final nos detuvimos para acampar fue muy trabajoso clavar las estacas para las tiendas en la tierra blanda. Yo estaba agotada pero no podía dormir y permanecí echada escuchando la lluvia. Al fin dejó de llover y por la mañana salió el sol y todos se levantaron para hacer sus necesidades y lavarse antes de recoger de nuevo el campamento.

Tropecé de frente con Kusuma, que estaba plantada delante de los hombres, con bragas y sujetador negros. Me indigné tanto que por una vez me dirigí directamente a Sri Ram.

-¿Qué hacéis aquí los dos? Dile que se tape.

-No todas las mujeres son como tú, Phool Singh. A ella le gusta y no le importa demostrarlo.

Una mujer de nuestra comunidad nunca se habría atrevido a comportarse así. ¿Cómo podía imponernos de aquel modo su espectáculo de indecencia? Le dije a Vickram que era necesario hacer algo al respecto. Él también estaba enfadado. Agarró a Kusuma del pelo y rompió una rama de un árbol.

-Te pedí que no causarás más problemas –le dijo-. ¿Es que sólo entenderás una paliza?

-Puedo hacer lo que quiera –gritó ella.

Su insolencia al parecer le irritó todavía más. La tiró al suelo y la golpeó. Los hombres se quedaron mirando, unos despectivamente y otros con una sonrisa. Nadie abrió la boca. Ella chillaba y pedía socorro a voces, pero su salvador pelirrojo ni se inmutó. Me repugnaba verla casi desnuda, con el pecho al aire y meneando las caderas flácidas. Estaba roja debido a la paliza de Vickram y seguía proclamando entre lágrimas su amor por Sri Ram. Pero él ya había conseguido lo que quería de ella y no iba a mover un dedo por una despreciable mujer de casta inferior como ella, una “nayan”. ¡Que se ocuparan aquellos mallahs!

Seguro que en ese momento me sentía yo más avergonzada que ella. Parecía que no entendía que los thakures despreciaban a las castas inferiores. Sobre todo si acababan de acostarse con una de sus mujeres.

Yo no soportaba verla humillada.

-¡Échala, Vickram! –gritó-. Que se vaya.

Me volví hacia ella.

-Te portas como una prostituta, Kusuma. Elegiste a Raghu Nath, provocaste a Vickram pero él no te quiso, y ahora estás con Sri Ram. Decídate de una vez. No sigas acostándote con todos. Si te gusta Sri Ram, dilo, ¡vive con él y cástate con él!

-i Càstate tÙ con èl y yo me casarè con Vickram!

Le crucè la cara con todas mis fuerzas, sin pensarlo siquiera.

Girò en redondo y cayò al suelo.

-¡No vuelvas a decirlo! –le advertí.

Vickram tenía razón, sòlo entendía los golpes. Si hubiera sabido entonces lo malvada que era aquella mujer la habría aplastado como a un gusano mientras estaba allí tirada en el suelo.

En la mañana luminosa sentí que el peligro se acercaba, una sombra que daba vueltas a nuestro alrededor como un buitre. Ya sabía entonces que la muerte tiene un olor, y la oía acercarse.

Vickram tuvo que notar algo también. aquella mañana determinò que las dos bandas debían separarse. Decidió que fuèramos por distintos caminos al templo de Siva, donde hacíamos siempre las ofrendas. Sri Ram estuvo de acuerdo. Parecía que no le importaba que Vickram diera las òrdenes. Era extraño.

Por la tarde, llegamos al pequeño templo blanco de la orilla del río, en Ghatapara, donde se sentaba el sadhu Sidh Baba. Vickram había resuelto pedirle el dinero a Sri Ram y separarse definitivamente de èl. Le enseñò el libro de cuentas que había llevado Madhav, para que lo examinara.

-Muy bien –dijo Sri Ram-. Dame dos días.

El sol se estaba poniendo cuando Vickram vino a sentarse a mi lado junto al Yamuna. El río estaba crecido por el monzòn, el agua cubría la escalinata del templo como la primera vez que yo había estado allí. Era un torrente pardo y embarrado. Lloviznaba. El viento nos lanzaba a la cara las gotas finas y refrescantes.

Yo tenía los pies en el agua y espantaba a los insectos que intentaban picarme en las pantorrillas con una rama de árbol del paraíso.

Vickram me acariciò la cabeza, sonriendo.

-Juegas como una niña. ¿Puedo jugar yo también?

-Claro, juega.

Èramos dos niños con uniformes y fusiles al hombro. Èl golpeò el agua con la rama y se volvió de pronto hacia mì.

-He destrozado tu vida, Phoolan –me dijo, muy serio-. He obrado muy mal.

No le contestè.

-¿Què sería de ti si yo muriera?

Yo no esperaba aquella pregunta.

-No va a pasarte nada. Si nos separamos de ellos todo irà bien.

-Hoy tengo un extraño presentimiento –añadiò.

-Si es así, marchémonos hoy, ahora mismo...

Se le llenaron los ojos de làgrimas. Parecía muy joven y muy asustado de pronto.

-No pasará nada, Mastana –me apresurè a tranquilizarle-. Ya escapaste una vez a la muerte. No pasará nada.

Querìa demostrarle mi fortaleza y mi valor, pero me acongojaba verle llorar. Vi por encima del hombro a Sri Ram y a Lala Ram en lo alto de la escalinata, junto a la puerta del pequeño templo. Allí estaba con su melena rojiza de diablo. Seguramente había intentado oír lo que hablábamos, sentados junto al agua como niños.

Vickram metió las manos en el río y se echò agua en la cara para lavarse las làgrimas. Las gotas le resbalaron por el fino bigote y me fijè en que le temblaban los labios. Nunca olvidarè su expresión aquella tarde, mientras se ponía el sol, rojo como la sangre.

-Vamos. Dentro de dos días habrá pasado todo y podrè ver a mi familia –dijo Vickram-. Quiero ir a ver a mi padre y decirle que no sentía lo que le dije la última vez.

Tomamos dos barcas y nos deslizamos suavemente por el río bajo la lluvia hasta la desembocadura de un afluente cerca de Bejamau, la aldea de la primera esposa de Vickram. Los hombres estaban cansados. Hacía varias noches que no dormíamos bien. Bare Lal amarrò la barca bajo unos árboles y nos dispusimos a dormir. Al poco rato, Sri Ram roncaba en su barca, rodeando con el brazo a Kusuma, que estaba echada boca abajo a su lado. Lala Ram y los demás thakures dormían profundamente también. pero yo estaba pensando en Vickram y en sus lágrimas. Èl, como yo, había notado el peligro. Y tenía que haberlo sentido muy profundamente para llorar así. Decidì que era necesario hacer algo. Me levantè en silencio y despertè a Misra, el guardaespaldas de Vickram.

-Escucha –le susurrè-. Vickram ha llorado mucho hoy. Vamos a matar a esos dos. Tù matas a uno y yo al otro...

-No. Antes has de avisar a Vickram. No podemos hacerlo solos.

-Estàn roncando. Tiraremos sus armas al río sin que se enteren.

-No. Si quieres llevarlo a cabo ahora, despierta a Vickram y díselo.

Le despertè suavemente.

-No podemos arreglar así las cosas –repuso.

-Quiero matarles ahora.

-Estàn dormidos, Phoolan. No voy a matar a nadie mientras duermo. Y es a mì a quien le corresponde hacerlo, no a ti.

Sonriò al ver mi decepción.

-No te manches las manos. Soy yo quien tiene que acabar con ese demonio.

Era demasiado tarde, de todos modos. Alguien refunfuñò que estábamos molestando. El demonio se había despertado. Oimos la voz ronca de Sri Ram que llegaba desde el fondo de su barca:

-Estos malditos mallahs no paran de parlotear día y noche.

Tendría que haberle matado aquella noche. Debía haberlo hecho sola, sin ayuda de nadie. Podría haberme deslizado como una culebra a su barca, tirar sus armas al Yamuna y disparar contra Sri Ram a quemarropa. Sus hombres habrían huido. Y Vickram no hubiera muerto al día siguiente.

¿Pero quièn era yo para desafiar al destino?

27.

La aldea de Bejamau quedaba oculta en un barranco a pocos cientos de metros de las riberas del Yamuna; se llegaba por un camino de tierra que serpenteaba por la ladera de la montaña. Vickram pidió a su tío Bare Lal que nos acompañara a visitar a su familia. No había visto a su primera esposa ni a sus hijos desde que le habían herido. Invitò a Lala Ram a acompañarnos también, para que Sri Ram no sospechara que tramábamos algo si íbamos solos.

Yo había pasado la mañana en un silencio tenso, con los nervios de punta. Sri Ram había anunciado que iba a casarse con Kusuma. Perfecto, pensé yo, aunque su hermano no estaba de acuerdo. Según èl, un thakur no podía casarse con una nayan, cuya función era servir a los demás. Se quejò de que ella era impura. Pero a Sri Ram al parecer no le importaba.

-Puedes decir lo que quieras –le contestò a su hermano-, voy a quedarme con ella.

Añadió que la convertirían en su criada y que les serviría a todos, que podría darles masajes, lavarles los pies y quitarles los piojos. Les ordenó a sus hombres que esperaran junto al río y la llevó con él hasta la aldea.

Tío Bare Lal iba delante con los demás, y yo le seguí por el camino empinado, calculando nuestras posibilidades: Vickram y yo, más ocho hombres, contra Sri Ram y Lala Ram, más siete thakures... Raghu Nath se había marchado hacia dos días, cuando Vickram había pegado a Kusuma y planteado a Sri Ram la cuestión del dinero. Él compartía mi aprensión. Era listo y temía el enfrentamiento que se produciría entre los dos hombres.

Yo odié aquel día incluso antes de que empezara...

La tarde transcurrió despacio. Vickram estaba preocupado por su hijito, que tenía fiebre. Vickram no me había dicho nada; su esposa ya estaba encinta la primera vez que me llevó a ver a su familia. Así que todavía no había visto a su hijo. Estaba en la selva cuando se enteró de que había nacido y la noticia le entristeció. Al ver al niño se puso de un humor extraño. Yo también me sentía inquieta. El bebé estaba enfermo y vomitó en mi regazo. Me preocupaba que creyeran que le había echado una maldición porque Vickram se había casado conmigo, pero la madre del niño estaba contenta de verme.

-No me olvides, hermana –me pidió cuando nos marchamos.

Le di dinero para el niño sin que Vickram lo supiera.

El bebé no se parecía a Vickram; tenía los rasgos de la madre. También vimos a su hija. Seguía pareciéndose a su padre, aunque había crecido y engordado. La desperté de la siesta y me alegró ver que todavía me recordaba.

Volvimos a las barcas. Lala Ram seguía protestando por el matrimonio de su hermano y Kusuma seguía intentando provocarme.

-Voy a casarme mañana, bahanji. ¿Qué te parece?

Le dije que me alegraba por ella.

Incluso Vickram felicitó a Sri Ram.

-Haremos una gran fiesta –le dijo.

Pero yo quería saber qué planeaba Sri Ram. Hacía dos noches que no dormía bien. Me asustaban las premoniciones que tenía. Había visto a Sri Ram con el libro de contabilidad en la mano mientras Vickram estaba con su hijo. Oí que le susurraba a su hermano:

-Este perro mallah cree que puede decirme lo que tengo que hacer. ¡Se atreve a pedirme dinero!

Sabía que las cosas no saldrían como Vickram había planeado.

Fue un alivio que al fin llegara la noche. Me alegraba de que hubiera terminado el día. Habían preparado un lecho para Vickram bajo una lona colgada de unas ramas para protegerlo de la lluvia. Se echó, agotado. Con la almohada bajo el brazo, le pregunté a Bare Lal dónde dormiría yo. Vickram se incorporó y me tocó la mano.

-Ven conmigo –me pidió, con ternura.

-No, estás cansado.

Desde que le habían herido, le dejaba dormir solo. Los médicos me habían dicho que necesitaba recobrar las fuerzas. Aunque él nunca se quejaba, yo me daba cuenta de que la bala alojada en la espalda todavía le causaba dolor. De todas formas, en la selva nos cohibían los demás y dormíamos separados, aunque también lo hacíamos por seguridad. Pero llevaba tanto tiempo sin acostarme cerca de él... no estaba acostumbrada. Le dije que era peligroso y que me daba apuro, pero él insistió.

Me eché a su lado. Él cogió mi fusil y lo dejó cerca, junto al suyo.

Oí a Bare Lal susurrar en la oscuridad.

-Phoolan, hemos encontrado una cama para ti.



-Es igual –dijo Vickram-. Se queda aquí conmigo.

Estábamos tan cansados, tan agotados... La lluvia caía suavemente sobre la lona y el viento susurraba en los árboles y yo debía de estar demasiado cansada para prestar atención al amenazador silencio. ¿Por qué me adormilé aquella noche después de tantas otras pasadas en vela y alerta, por qué precisamente aquella, una noche en la que sabía que iba a suceder algo terrible? La seguridad de tener a Vickram cerca calmó toda mi angustia. Nos quedamos profundamente dormidos.

Iba a ser nuestra última noche juntos, la única noche que ignoramos nuestra norma de seguridad en la selva y dormimos como marido y mujer.

Cuando oí los disparos no sabía dónde estaba. Hubo una explosión ensordecedora, luego más explosiones. Me zumbaban los oídos y me daba vueltas la cabeza como si estuviera narcotizada. Vickram seguía a mi lado, pero su voz me llegaba débil, lejana y confusa.

-Phoolan, ha sido él. El cabrón me ha disparado...

Busqué los fusiles a tientas en la oscuridad, pero habían desaparecido. Vickram se incorporó buscando también su fusil, y Sri Ram volvió a dispararle.

-¡Dame mi fusil y te demostraré lo valiente que eres, cabrón!

Sri Ram le dio una patada en el pecho.

-Phoolan, me estoy muriendo –me dijo Vickram.

-No, no –dije yo-. No es nada. No veo nada...

No podía creer lo que me decía. Pensé que estaba soñando. Vickram seguía sentado, hablando como si no pasara nada. La figura borrosa que estaba delante de nosotros, entonces lo vi, era Sri Ram. Había disparado dos o tres tiros contra Vickram, pero yo estaba ilesa.

-¡Perro sarnoso! –exclamó. ¡Creías que eras el jefe de esta banda, creías que podías dar órdenes!

Yo no entendía lo que decía. No podía levantarme. Estaba aturdida y percibía un olor repugnante que enseguida identifiqué. Era el cloroformo que utilizábamos para los secuestros. Lo sentí en toda la cara, en la boca y en los ojos. No sabía dónde estaba pero oía los insultos y maldiciones de Sri Ram. Luego vi que golpeaba en la cabeza a Vickram con el cañón del fusil.

-Quieto –grité-. No le mates. ¡Mátame a mí en su lugar!

Me golpeó con la culata del fusil y caí al suelo.

¿Dónde estarán los otros?, pensé. Me arrastré hasta el khat. Vickram estaba allí, tendido en el suelo.

-Me estoy muriendo, Phoolan, me estoy muriendo... -repetí, en un balbuceo.

Sri Ram me agarró del pelo, alguien me sujetó los pies y algún otro, los brazos. Sólo oía el eco de mis gemidos que resonaban en el bosque inmenso.

-¡Matadme! ¡Matadme!

Me habían separado de Vickram. No sabía si seguía con vida o no. Pero yo sí estaba viva, en algún sitio en la oscuridad.

Luego vi a cuatro hombres de los nuestros en el suelo. Tío Bare Lal estaba muerto. Estaba tirado sobre un charco de sangre con un trapo junto a su cara que debían de haber empapado en cloroformo. Los otros permanecían atados, pero no conseguí distinguir si estaban vivos o muertos.

La lluvia que me caía en la cara me despejó un poco el sopor agobiante y nauseabundo. Supuse que habían narcotizado a los hombres y les habían quitado los fusiles. Aquello era lo que habían estado planeando durante dos días, por eso habían dormido tan profundamente la noche anterior. Pero yo seguía con vida y comprendí horrorizada que no iban a matarme inmediatamente.

Kusuma cayó sobre mí y empezó a quitarme las joyas: pulseras, el collar de oro, todos los regalos que me había hecho Vickram. La hiena ladrona me despojó de cuanto tenía, riéndose. Me quitó el reloj y

un anillo que llevaba la cabeza de Durga. Luego me arrancò la ropa y me dejó desnuda para que los hombres me ataran de pies y manos.

Me echaron a unos zarzales y me pisotearon el pecho para que me hundiera en ellos.

Sabían bien lo que hacían. Sentí que las espinas se me clavaban como cuchillos. Luego me llevaron al río y me echaron en la barca.

Les oí soltar la soga y la barca empezó a moverse. En aquella noche clara empecè a comprender el espanto que me aguardaba: iban a torturarme. Echada en el fondo de la barca alcè la vista y vi al diablo pelirrojo. Se estaba riendo.

-¿Y bien? ¿Què vas a hacer ahora? –me preguntò con desprecio.

-¿Por què no me habéis matado a mì también?

-Oh, tù todavía puedes ser muy útil.

Estaba plenamente consciente. Percibía el ruido de los remos y el golpeteo del agua en el casco. Veía el cielo y las estrellas y sentía la lluvia caer sobre mi cuerpo. Y recè. Procurè convencerme de que Vickram no había muerto, de que me protegería. Luego oí que la barca tocaba tierra otra vez. Me vendaron los ojos.

Estaba en una aldea. No sabía cuál. Sri Ram despertó a los aldeanos a gritos.

-¡Ella ha matado a Vickram el mallah! La pequeña puta le ha matado. ¡Pero nosotros la atrapamos! ¡Venid a ver!

Me di cuenta de que había gente cerca cuando me tiraron al suelo. Y entonces todo empezó... Sri Ram fue el primero, luego los demás, los thakures, todos los que estaban por allí.

Sri Ram les animaba, les decía que lo hicieran, que se aprovecharan de mì mientras ellos me tenían a su merced de aquella forma.

Me pasaron de un hombre a otro.

-¡Díselo! –gritaba Sri Ram-. Cuéntales lo que le ocurrió a Vickram. ¡Confíesalo, maldita perra! Confiesa que le mataste.

Durante la primera hora todavía tenía fuerzas para suplicar. Implorè a Kusuma que me ayudara. No la veía, pero oía su voz, tan seca como la de un cuervo.

-Llama ahora a tu marido para que te salve –graznaba-. Eras tan orgullosa, creías que eras màs lista, ¡ahora te están dando lo que mereces!

No sabía en què aldea estábamos. No sabía las horas, los días o las noches que habían transcurrido. Me llevaron de una aldea a la otra, a cuatro o cinco por lo menos, y en cada una me paseaban desnuda para que me vieran. Y en todas, Sri Ram me llamaba puta mallah, y decía que yo había matado a Vickram y me tiraba al suelo y animaba a los aldeanos a aprovecharse de mì cuanto quisieran. Oía las voces de los hombres, pero no sentía nada. Mi ser ya no existía. Creía que había muerto, como Vickram. Oí que Lala Ram le decía a su hermano:

-Màtala. No la lles de esta forma de aldea en aldea.

Yo también le supliqué que me matara.

Caían sobre mì como lobos. Me arrastraban y me alzaban y me caía y me arrastraban y me levantaban sujetándome del pelo una y otra vez. Me hicieron cosas que nunca podrè olvidar, y en mi mente aparecían multitudes de rostros y yo estaba desnuda delante de ellos. Los demonios surgían sin cesar del fuego del invierno para violarme. Recè a todos los dioses y las diosas, les pedía ayuda, les supliqué que me permitieran vivir, que me permitiesen correr por los campos húmedos y subir a los barrancos, que me permitieran vengarme y matar al demonio pelirrojo. Luego volvió la oscuridad y otro hombre gruñía sobre mi cuerpo, un anciano, un fantasma, que sudaba con el hedor de la muerte.

Y luego todo terminó.

Estaba echada en un khat. Sentí el sol en los párpados, y después, el calor en todo el cuerpo abrasándome las heridas. Estaba en algún lugar cerca de una aldea, todavía desnuda, pero sin venda en los ojos.

Oí gritar a los hombres.

-No, no, está muerta. No voy a tocarla.

-Morirá pronto si no le dais un poco de agua.

Era una voz de mujer.

Me dio un sorbo de agua. Intenté seguir con mis ojos cerrados al final de la cuerda que aún me ataba, hasta que vi una mano que la agarraba con fuerza como la correa de un perro.

Tenía el cuerpo lleno de cardenales y sangre. No sabía cuántos días y noches había durado todo.

-Te lo suplico, hermana, tápame. Por favor, tápame. Soy mujer como tú...

Pero la mujer desapareció y vi a Sri Ram de pie en su lugar.

-¡Mierda asquerosa! ¡Perra mallah! Creías que podías amenazarnos y darnos órdenes. ¿Comprendes ahora a quién perteneces? ¿Recuerdas ahora por qué naciste?

La mujer me tapó con una manta. Me acurrugué debajo de ella y cerré los ojos muerta de dolor y espanto.

Èl me agarró y me tiró del khat. Empezó a golpearme otra vez con un lathi y la manta cayó al suelo. Me sujetó del pelo y me levantó para mirarme la cara.

-Ahora estás al nivel que te corresponde... pura basura.

Les oía discutir. Uno quería matarme inmediatamente.

-Si no, morirá y entonces no podrás matarla.

Otro dijo que debían entregarme viva a la policía porque así podrían reclamar la recompensa. Si me golpeaban mucho más, no podrían enseñar mi cadáver en los periódicos porque la gente pensaría que me había maltratado la policía.

Sri Ram repuso que èl tenía su método y que quería que me violaran todos los thakures del mundo. Le contestaron que ya no desearía hacerlo nadie.

Intenté meterme de nuevo bajo la manta. Pero uno de ellos me cogió por los hombros y otro por los pies. Quedé otra vez al aire. Me llevaron al río y me echaron en la barca.

Los cuatro hombres de nuestra banda seguían allí atados. Estallé en sollozos al verles. Les habían roto las muñecas, tenían los labios amoratados y toda la cara ensangrentada.

-¿Y Vickram? ¿Ha muerto?

-Shhh. No hables... Sí.

Oí que hablaban de provisiones y luego la barca partió rumbo a Simra, la aldea a la que habían ido a vernos los thakures simulando la reconciliación.

Una vez allí, nos hicieron salir. Nos pusieron en la orilla, atados y tumbados en hilera bajo los árboles del paraíso. Lala Ram y uno de sus hombres anunciaron que iban a buscar a la policía. La policía podría simular una emboscada y matarnos. Lo habían planeado todo perfectamente desde el principio, y los aldeanos que vinieron a propornernos la tregua entre Vickram y Sri Ram también estaban implicados. Oí cómo Sri Ram les reclamaba su dinero. Le habían contratado para que acabara con nosotros porque pertenecíamos a una casta inferior pero no admitíamos el mando de los thakures. Aseguraban que éramos una tribu miserable y que ahora nos habían enseñado cuál era nuestro sitio. Habían matado a Vickram para recordarnos quién daba las órdenes. Querían que la gente creyera que lo había hecho yo para demostrar que era una puta traidora, y además esperaban cobrar la recompensa y dejar que la policía participara en la gloria.

Tenía el cuerpo muerto pero la mente me funcionaba de nuevo. Me enteré de todo y oí también que los aldeanos decían que era indigno mostrar a una mujer de aquel modo en la aldea. No eran thakures,

sino aldeanos pobres y querían que los thakures me vistieran. Ellos no sabían lo que habían planeado y no comprendían por qué Sri Ram pretendía informar a la policía. Sri Ram les insultó pero no le permitieron que nos dejara allí. Decidieron ir a consultar al brahmán.

Un aldeano volvió con unos pantalones y una camisa.

-Levántate y lávate –me dijo.

El aldeano que me había traído la ropa me obligó a ponerme las botas en los pies hinchados, pero seguía atada y no podía hacerlo sola. Me desató las manos.

-Que se vista mientras voy a buscar a mi padre –añadió.

A pesar del dolor y las heridas, conseguí ponerme los pantalones e intenté hacer lo mismo con la camisa. Me agaché en la orilla, metí las manos en el agua y me las llevé a la cara. Sri Ram seguía discutiendo cuando volvió el aldeano con un anciano que vestía una kurta blanca larga.

¡Le reconocí! Era un brahmán. ¡Me conocía! ¡Me salvaría!

-Sri Ram Thakur –dijo el anciano-, ¡está bien que hayas mandado matar a ese Vickram! ¡Era un maldito dacoit! ¡Y debes eliminar a este demonio del mismo modo!

El hijo me había traído ropa pero ahora el padre quería que me mataran. Sri Ram se alegró de encontrar un aliado poderoso. ¿Es que no había nadie que me ayudara?

-Llévalos a mi casa –propuso el brahmán-. Allí daremos las gracias por la muerte de Vickram.

Casi no me sostenía en pie, pero me obligaron a caminar delante de ellos. Resbalaba y se me doblaban las piernas, los árboles giraban a mi alrededor, pero el anciano me empujaba.

-Camina, maldita perra. ¡Muévete!

Su tono era cruel y despiadado.

Aunque la aldea estaba cerca del río, el camino me pareció tan largo que creí que me moriría antes de llegar. Dos hombres me sujetaban en silencio. Kali pertenecía a la banda de Sri Ram, pero era de una casta inferior, como el otro. Sri Ram aseguraba que un thakur se volvería impuro si me tocaba, así que tenían que hacerlo ellos. Avancé tambaleándome, aturdida por el sol. Calculé por la posición de mi sombra que debía de ser mediodía. La aldea parecía desierta. Era como si en esa ocasión nadie quisiera ver el espectáculo de mi humillación. Algunos ancianos me miraron al pasar hacia la casa del brahmán. Era una casa grande, con el suelo de cemento, pero el anciano hizo que me llevaran a una cabaña de barro y paja que quedaba a un lado. Los dos hombres de Sri Ram se quedaron de guardia. Kali entró conmigo y el otro se quedó esperando fuera.

Se sentó en el suelo y me miró fijamente.

-No está bien lo que han hecho. Es repugnante.

-Ayúdame, Kali. Mátalos. Mata a Sri Ram. Haré lo que quieras durante el resto de mi vida, pero mátale por mí.

-Son demasiados.

-Entonces dame el fusil y deja que me vaya. Tienes que ayudarme. Tú no eres thakur como ellos. Apíadate de mí.

-No puedo hacerlo. Me matarían.

Oí las risas de Sri Ram y de Kusuma en la casa. Seguramente estaban celebrando la boda... y la muerte de Vickram. Yo ni siquiera sabía por qué estaba viva. Mataban a los hombres pero violaban y torturaban a las mujeres para recordarnos su poder sobre nosotras. El dolor volvió, como siempre, al revivir lo sucedido. Tenía una espina del zarzal clavada tan profundamente que se me había hinchado la espalda. Me dolía el menor movimiento. Sentía todo el cuerpo roto. No me quedaba ni un gramo de fuerza, ni siquiera fuerza de voluntad para borrar las imágenes de mi mente: desnuda y humillada delante de miles de personas. Jamás podría olvidar sus miradas.

El brahmán y Sri Ram aparecieron en la puerta de la cabaña cuando se estaba poniendo el sol. Van a matarme, pensé.

-Que me la traigan primero a mi –dijo el brahmán.

-De acuerdo. Adelante y pásalo bien.

Había llegado a creer que aquel anciano merecía mi respeto, le había llamado padre la última vez que le había visto ¡y ahora iba a violarme también!

Los dos guardias me sacaron y me llevaron a empujones a la casa, todavía con las manos atadas. Atravesamos una habitación hasta un patio grande que había en la parte de atrás.

Los dos guardias parecían dispuestos a quedarse pero el brahmán les ordenó que se fueran.

-¡Vosotros esperad en la casa! No os necesito.

El patio era grande y el sol de la tarde había calentado la tierra rojiza.

El brahmán señaló el tonel de agua del rincón.

-Bebe.

Caí a sus pies, sollozando.

-Buppa, por favor, no lo hagas. No me fuerces. No lo hagas tú también.

-Nunca haría eso. Ahora, tranquilízate, hija. Bebe y recupera las fuerzas. Pero si me matan después, no permitas que se salgan con la suya. Hazles a ellos lo mismo que te han hecho, Phoolan Devi. ¡Durga te dará la fuerza necesaria para vengarte!

Tardé un momento en entenderlo. El anciano tenía los ojos llenos de lágrimas. Iba a ayudarme, ¡iba a salvarme!

Me dio un vaso de agua y un viejo fusil del calibre doce. Tenía tres balas en la mano. Era un arma de fabricación nacional y supuse que no creería que podía matar a Sri Ram con eso.

-Bebe y toma esto. Lo necesitarás.

Casi no tenía fuerzas para tragar.

-¿Quieres comer algo?

-No. Nada, sólo agua.

Poco a poco me calmé y empecé a respirar de nuevo. Dejaron de temblarme las piernas a los pocos minutos. Pero los guardias estaban llamando a la puerta del patio y oí también a Sri Ram gritar desde fuera.

-Eh, brahmán, ¿quieres que te mande refuerzos? ¡Ja, ja!

El anciano todavía tenía lágrimas en los ojos, pero contestó:

-¡Déjame acabar lo que estoy haciendo!

Me señaló el muro de barro del patio. Normalmente yo lo habría saltado sin dificultad, pero en aquel momento me resultaba imposible incluso ponerme de pie. Me enseñó un agujero que había en la parte inferior y empezó a agrandarlo con las manos. Me ayudó a pasar, empujándome por los hombros mientras yo me encogía y empezaba a sacar los pies. Al otro lado del muro había campos. Me alargó el fusil a través del agujero y luego pasó él y me ayudó a caminar. Cruzamos un maizal, dando traspiés, hasta un árbol del paraíso que había en el centro.

-Puedes esconderte aquí. Ahora tengo que volver a la casa.

-Quédate conmigo. Te matarán, buppa.

-¡Oh, no lo creo! Soy muy viejo y me tienen un poco de respeto. Enviaré aquí a los dos guardias. Diré que te has escapado con ellos. No pintan nada con esos thakures y harán lo que yo les ordene.

-Él no respeta a nadie, buppa. Te matará a ti y también a tu familia.

-Mi familia ya se ha marchado de la aldea. Les mandé irse a primera hora. No temas por mí. Dios me protege.

Lo contemplè mientras regresaba a la aldea, su turbante blanco desapareció en el maizal. Un thakur respetaría a un brahmán siempre que le conviniera, pero aquel anciano no pertenecía a la casta de Sri Ram y yo estaba segura de que tendría que pagar con su vida haberme liberado. Era viejo y delgado, tenía el cabello gris, pero también tenía más valor que todos ellos.

Me quedè echada debajo del árbol, escondida entre la hierba alta, abrazada al fusil. No tenía fuerzas para moverme ni un milímetro, ni siquiera para salvar la vida. Cerrè los ojos y sentí que me vencía el sueño.

¡No! ¡No puedo dormir!

La última vez que me había quedado dormida habían matado a Vickram. Sabía que ahora me tocaría a mí si me dormía.

Oí gritos en la casa del brahmán y vi a dos hombres que corrían en mi dirección. Eran Kali y el otro guardia. ¿Les habría convencido el brahmán de que se unieran a mí o se propondrían capturarme otra vez? Alcè el cuerpo dolorido y avancè tambaleándome por el campo.

-Eh, ¿dònde estàs, Phoolan? ¡Espèranos!

Daba igual. No podía correr. Alcè el brazo y me dejè caer al suelo.

-¡Levántate, rápido!

Me sujetaron entre los dos y me arrastraron por el campo. No podíamos correr muy deprisa pero la noche estaba cayendo y la oscuridad nos protegería. Al poco rato llegamos a un río de riberas empinadas y cubiertas de matorrales. Se oían detrás gritos y disparos. Subimos a lo alto de la colina. Desde allí divisábamos la aldea a lo lejos. Ya casi era de noche pero yo sabía perfectamente lo que estaban haciendo el demonio pelirrojo y sus thakures, sabía que estaban golpeando, torturando, matando.

Kali y el otro guardia estaban tendidos a pocos metros de mí.

-Tìta –me dijo uno de los dos en un susurro-, los mataràn a todos y luego nos perseguirán a nosotros.

Llamas y humo se alzaban en el cielo nocturno. Sri Ram había incendiado la aldea. Más tarde supe que no sòlo había matado a los demás hombres de Vickram, sino que mandò a sus hombres atar y golpear al brahmán y luego èl mismo lo rociò con gasolina y lo quemò vivo.

Vimos las llamaradas y las siniestras nubes de humo. Luego cayò la noche como una cortina negra.

Permanecimos escondidos en los matorrales, inmóviles como ratones.

Había escapado milagrosamente del baño de sangre de Sri Ram. Jurè que, si sobrevivía, la venganza de Vickram sería también la mía.

28.

No pudimos dormir. Yo llevaba más de dos días sin comer. Al tercer día, por la mañana, vimos desde nuestro lugar de observación que un ejército de policías rodeaba la aldea.

El hambre era una cosa, pero lo peor era la sed. Estábamos muriéndonos de sed. La cima de la colina reseca se había convertido en una trampa, rodeada de campo raso que no podíamos cruzar hasta que no estuviéramos seguros de que no había peligro. Teníamos que quedarnos allí escondidos vigilando, no había otra salida. Los buitres planeaban sobre nosotros. Conteníamos la respiración para oír el más leve movimiento, una rata que corría tras la maleza, o el aullido de una hiena en plena noche. Podía oír en el silencio los latidos de mi corazón, sus golpes sofocantes en mi pecho.

Tenía tanta sed que estaba dispuesta a bajar sin más a la aldea incendiada y entregarme a la policía. Me matarían a tiros, pero ¿en realidad, qué importaba? Sin agua, moriríamos pronto. ¿Qué sentido tenía esconderse? Aun en el caso de que consiguiéramos salir de allí, tendríamos que seguir escondiéndonos de la policía por un lado y de Sri Ram y su banda de thakures por otro.

Èl quería convencer a la gente de que yo había matado a Vickram. Me había arrastrado por las aldeas desnuda como a una loca, un demonio, y ahora estábamos atrapados. Seguía con vida, pero ¿por cuánto tiempo? La débil esperanza de que Vickram no hubiera muerto, de que sólo estuviese herido y escondido en algún lugar de la selva, iba apagándose a medida que transcurrían las horas. El perro thakur había calculado bien a quién matar primero. Ya no podía soportarlo. Decidí bajar de allí, cruzar los campos y morir por un sorbo de agua.

Me levanté y, al hacerlo, oí un leve sonido susurrante en los matorrales junto a mis pies.

Apareció una culebra grande de escamas amarillas y negras, que se desenroscó lentamente y alzó la cabeza.

Quedé paralizada.

Me agaché lo más despacio posible, dispuesta a saltar. El animal me observaba con sus ojos dorados en la negra cara como si fuera a decirme algo. Yo también me quedé mirándola; y, de pronto, sin poder evitarlo, estallé en llanto. Lloraba con grandes lágrimas tristes y solitarias, las lágrimas de una niña asustada.

-¿Quién eres? ¿Vienes a matarme? ¿Te ha enviado Dios a hacerlo?

Me escuchó sin moverse. Los dos muchachos retrocedieron asustados.

-¡Mátala, tìta, va a morderte!

-¿Quién eres? Si te ha enviado Dios a matarme, adelante. Si te ha enviado a protegerme, entonces ayúdame...

Alargó el cuello y movió la fina cabeza a ambos lados. Las culebras me seguían desde pequeña, pero no acostumbraba a dirigirme a ellas de aquel modo. Mi madre me enviaba a casa de mi abuela durante el monzón, cuando la aldea se inundaba y se llenaba de serpientes. Todos los años moría algún aldeano que había sido mordido por una de ellas y mi madre tenía miedo de que a mí me sucediera lo mismo. Algunas culebras me asustaban y otras no. Pero nunca se me había ocurrido hablarles. No sabía a qué clase pertenecía aquella, así que tampoco sabía si resultaba peligrosa, pero era tan grande y tan fuerte que, aunque seguramente su mordedura estaba cargada de veneno, casi parecía que hubiera venido sólo para hablar conmigo.

Así que hablé. Le hablé de mis sufrimientos; de Sri Ram y de la pesadilla por la que acababa de pasar. Ella movía la cabeza a ambos lados, escuchándome y observándome.

Los dos muchachos estaban atónitos.

-A lo mejor es alguien que conoces –susurró Kali-. Alguien de tu banda. Mira cómo te escucha.

La culebra hinchó el cuello sin apartar los ojos de los míos y emitió un sonido silbante. Me escuchaba, no había duda. Ya no sentía la garganta seca como un segundo antes, ya no tenía sed.

De repente se dio media vuelta y se deslizó hacia una roca. Subió y se quedó mirando a lo lejos; luego se volvió hacia mí. Repitió dos veces el mismo gesto: miraba primero a lo lejos, siempre en la misma dirección, y luego se volvía hacia mí.

-¿Tengo que seguir ese camino? –le pregunté.

Movió la cabeza a ambos lados y volvió a silbar.

Luego giró la cabeza y señaló con ella. Kali también lo entendió.

-Te está diciendo que la sigas, tìta. ¡Te está enseñando el camino!

-¿Es verdad? ¿Me lo enseñarás?

Unì las manos y me inclinè, rezando aliviada.

-Quienquiera que seas, no me abandones ahora. Protégeme y dame fuerzas para sobrevivir.

La culebra avanzò majestuosamente.

Los tres la seguimos. Dimos un rodeo por un peñasco que había al otro lado de la colina y nos alejamos de la aldea. Cruzamos las lomas llenas de matorrales bajo un sol abrasador y llegamos a una arboleda. Llevábamos quince minutos caminando por aquel terreno abrupto en el calor de la tarde, cuando apareció un arroyo. ¡Llegaba de un pequeño manantial que había en las rocas! ¡Nos habíamos salvado!

Bebì un buen rato, llevándome el agua a la boca con las manos. Luego me la echè por la cara y por la cabeza. Me lavè las heridas. El agua suave y fresca sobre el cuerpo hinchado me dio esperanzas; recuperè las fuerzas, y, con ellas, el deseo de sobrevivir.

Cerrè los ojos y le recè a la culebra: quienquiera que seas, quédate a mi lado, sè mis ojos dorados, enséñame el camino y te obedecerè.

Cuando los abrí, había desaparecido.

Kali y el otro muchacho, que se llamaba Charan, caminaban delante de mì por un trigal inmenso.

En cuanto oíamos el màs leve ruido, nos agachábamos, desaparecíamos en la hierba como la culebra. La sed volví a abrasarnos la garganta y apenas hablábamos. Yo había decidido volver por Simra hasta el Yamuna, y luego seguir el río hasta la casa de una de mis tías maternas, que vivía cerca de una aldea llamada Delkhan.

Quizá la culebra nos guiara realmente porque llegamos a la aldea sin que nadie nos viese. Avanzamos con cuidado hacia las primeras casas. Los mallahs vivían en lo alto de la aldea, cerca de las colinas. El centro de la aldea quedaba màs abajo, junto al río. Esperamos a que anoheciera para cruzarla y llegar a casa de mi tía.

Les dije a Kali y a Charan que esperasen escondidos en la acequia mientras yo entraba. Mi tía estaba haciendo chapatis en el patio. Estaba sola, así que avisè con un silbido a los muchachos. Mi tía se asustò al verme con dos hombres de uniforme. Me abrazò y me preguntò què me había pasado. No le expliquè nada. Estábamos en una región controlada por los thakures y Sri Ram tenía espías en todas partes. La mejor protección era el silencio. Además, estaba demasiado cansada y dolorida para repetir todo lo que le había contado a la culebra de la colina.

De pronto oí unas voces detrás de mì. Al principio no pude determinar de dònde procedían, pero me volví y vi unas figuras. Eran aldeanos y me habían reconocido.

-Agarradla –gritó uno-. La entregaremos a la policía.

Sin pensarlo siquiera, me puse a cubierto detrás del ganado del patio y gritè:

-¡Cabrones! ¡Perros! ¡Os mataré!

Cogí el fusil y disparè al aire, sòlo una vez. Los aldeanos huyeron despavoridos y yo salí corriendo por la parte de atrás, seguida por Kali y Charan. Me proponía volver sobre mis pasos y alejarme de la aldea. Pero alguien se cruzò en mi camino. Era uno de mis primos, Ram Sevak.

-Por ahì no, que es por donde vienen. Hay màs y te buscan.

Sòlo quedaban los barrancos, la selva y la noche. Pero allì la selva era demasiado cerrada y montañosa. Era difícil abrirse paso por ella sin botas gruesas y sin machetes. A poca distancia de la aldea volvimos a bajar al río y decidimos arriesgarnos a tomar la carretera principal. La carretera atravesaba otra pequeña aldea y la gente nos miraba murmurando. Era noche cerrada, pero los aldeanos todavía no dormían.

-Es Phoolan Devi. Es ella. ¡Tenemos que decírselo! Nos explicaron que les habían dado la noticia de que me habían matado con Vickram. Nos siguieron hasta el templo que quedaba a las afueras de la aldea,



deseosos de conocer los detalles, de saber por qué estaba sola y quiénes eran los dos muchachos que me acompañaban. Tuve el tiempo justo de contestarles antes de ver una banda de hombres que bajaban por el camino, con uniformes y fusiles.

A primera vista, los tomé por dacoits.

-¿Quiénes sois? –grité.

-¿Y tú? –replicaron-. ¡Identificate!

-Soy yo, Phoolan –respondí, creyendo que se trataba de la banda de Baba Ghanshyam. Rápidamente, algunos saltaron a la cuneta para ponerse a cubierto y empezaron a disparar, mientras los otros se ocultaban. Comprendí que había cometido un grave error y le ordené a Kali que se pusiera igualmente a cubierto. Eran policías. Yo también disparé, sólo una vez, para cubrir mi retirada. Ya no me quedaba más que una bala.

En mi huida a través de la noche, perdí a mis dos compañeros. Uno de ellos se dirigió hacia la selva y el otro desapareció en los campos. Yo también dejé la carretera y pronto estaba otra vez en terreno montañoso, ascendiendo y descendiendo torrenteras, volviendo a subir como me había enseñado Vickram, desesperada por alcanzar la sierra, mientras los disparos resonaban abajo, en la oscuridad. Por último, llegué a un barranco que tenía al fondo un torrente. Sobre las aguas embravecidas colgaba un árbol. Me agarré a la rama más larga y salté. Me torcí un pie al caer al otro lado. Todavía se oían disparos detrás de mí. Pero seguí avanzando. Era imprescindible que llegara a la cima del barranco. Trepé otra vez a la copa de un árbol pequeño. No era muy fuerte, pero tenía que hacerlo. Continué hacia el final de una rama. Crujía peligrosamente bajo mi peso. No me atrevía a moverme.

No podía moverme. Se me doblaban las piernas. Me faltaba el aliento y el corazón me latía con tanta fuerza que creía que iba a estallar. No sabía qué camino seguir. La costumbre me había llevado al barranco, pero quizás hubieran rodeado todo el valle. Ni siquiera estaba segura de que fuese la policía. Podían ser thakures. O Sri Ram y sus hombres, que me perseguían todavía.

Al cabo de una hora aproximadamente, distinguí las luces de unos vehículos que se acercaban a la aldea. Resonaron en las laderas gritos de órdenes y consignas. Me sentí casi aliviada. Eran refuerzos policiales e iban a llevar a cabo una búsqueda casa por casa.

Bajé despacio del árbol, tanteando cada rama antes de apoyarme en ella. Si se rompía alguna, sería una caída de varios metros hasta el suelo. Cuando al fin llegué abajo, me tumbé para recobrar el aliento. Estaba llena de cortes y arañazos y seguía oyendo los disparos a lo lejos. Seguramente me habían buscado por los campos, disparando a las sombras, o a los dos muchachos. Pero de momento estaba fuera de su alcance. Sabía que no subirían allí a oscuras, por miedo a una emboscada. Entonces caí en la cuenta de que debían de creer que estaba con la banda. Cuando les había gritado mi nombre ellos fueron incapaces de imaginar que estaba sola.

Habría sido una locura por mi parte descubrirme de aquella forma. Y cuando grité a Kali que se pusiera a cubierto los policías saltaron también a las cunetas. ¡Sin duda creían que era la banda de Phoolan Devi la que estaba delante de ellos!

La segunda bala me había dado otra oportunidad, pero si me encontraban entonces, la tercera sería para mí. Decidí que me mataría antes de darles el placer de poder atraparme.

Divisaba a los policías al fondo de la colina. Había muchos buscando en los campos, y otros estaban reuniendo a los aldeanos para registrar las casas y los graneros. Veía las linternas y les oía gritar órdenes con nerviosismo. Estaban asustados. Creían que buscaban a una banda de dacoits.

Ya no había banda. Vickram había muerto y yo estaba sola. Estaba físicamente destrozada. Tenía dieciocho años y cicatrices de las torturas de aquellos hombres que no eran hombres sino bestias y perros sanguinarios. Me habían roto las muñecas en la comisaría, y no se me habían curado bien. Apenas podía

sujetar el fusil para disparar. Tenía que sujetarlo con las dos manos y sólo me quedaba una bala. Pero para los sipahis me había convertido en Phoolan Devi la intocable, ¡la reina de los bandidos!

Aquella noche le prometí en silencio a la culebra que era mi aliada, que no volvería a ser mujer. Todo lo que hiciera a partir de entonces lo haría como hombre.

El mal había dejado su marca en mí. Había sobrevivido a la maldad y no tenía nada que perder. Era más fuerte que nunca.

29.

Al otro lado de la colina había un río que se había convertido en un torrente impetuoso con las lluvias monzónicas. Yo estaba muy débil para cruzarlo a nado así que seguí un rato a pie por la orilla. Se me hundían los pies en el barro. Luego continué descalza por la selva. Enormes búhos, blancos como fantasmas a la luz de la luna, me observaban desde las ramas. Caminé sin detenerme un instante, con la mente en blanco. Mi único pensamiento era que tenía que avanzar.

Al amanecer, atravesé otro valle y tomé la ruta hacia Kalpi. En las afueras de un pueblo, subí a un árbol del paraíso y esperé durante horas, dormitando pero alerta. Luego hurgué el fusil con un palito para limpiar la recámara. Cuando iba a cargarlo se me cayó de la mano el último cartucho. Quedó en el suelo junto al árbol.

Me disponía a bajar para recuperarlo, cuando aparecieron en el camino unos doce policías que se pararon a la sombra del árbol, justo debajo de mí. Tenían las botas llenas de barro. Se las sacaron y empezaron a sacudirlas golpeándolas contra el tronco. Oía claramente lo que decían. Hablaban de mí.

-Ya estoy harto. A estas horas tiene que estar muy lejos de aquí.

-Vete a saber dónde se esconde.

Me quedé inmóvil como una culebra en las ramas, con los ojos clavados en el cartucho, tirado a sus pies...

Pero ellos no sabían mirar. Tenían los ojos como botones bien cosidos. No alzaron la cabeza ni una sola vez. Incluso me encaramé de donde estaba sentada a una rama más alta y ni siquiera me oyeron. Tampoco sabían escuchar.

La supervivencia era algo que se aprendía. Cada cual ha de cumplir su destino y yo había empezado a creer que el mío era sobrevivir. Sobrevivir para vengarme era lo que me impulsaba. Nunca olvidaría lo que me había hecho sufrir el diablo pelirrojo. Matarlo sería demasiado bondadoso. Le cortaría en trozos, uno hoy y otro al día siguiente, para que pudiera verme echarle a los perros pedazo a pedazo, lenta, muy lentamente. Ni siquiera olvidaría después de la muerte, en vidas futuras. Tan intenso era mi deseo de venganza que hacía que me despertara por la noche. Intentaba dormir recordando la cara de Vickram, volviendo a oír las palabras tiernas que me había dicho antes del final; pero no lo conseguía. Las imágenes de mi humillación seguían repitiéndose en mi mente, ya no podía ver la cara de Vickram y gritaba aterrada. Mi cuerpo era una herida inmensa, estaba muerta y no podía detenerme mientras caminaba y caminaba intentando avanzar, intentando llegar a casa.

La esposa de un pastor me encontró y me cuidó en su cabaña. Tenía las manos rotas y ella preparó un ungüento para calmar el dolor. Mientras esperaba que se me curaran, conseguí enviar un mensaje al hermano de uno de nuestros hombres muertos.

Unos mallahs de mi comunidad vinieron a buscarme en barca. Y vi a mi madre otra vez.

Ella se golpeò el pecho como una mártir, pidiendo a gritos perdón por haberme traído al mundo, por los nuevos horrores que había tenido que soportar. Ya sabían lo que me habían hecho. La noticia había llegado a todas las aldeas. Mi madre me cuidò, me bañò y me cubrió de compresas; y al final, después de otros dos días, conseguí dormir.

Por primera vez en mi vida, la gente de mi aldea estaba de mi parte, incluso el sarpanch. Su hijo Suresh me regalò un fusil, para compensarme. Yo sabìa que era únicamente porque entonces tenían más miedo de los thakures que de mì, pero lo aceptè.

Volví a la selva, con mi fusil. Mi primer objetivo era crear mi propia banda.

Contactè con un dacoit llamado Balwan, un pastor de la casta gadariya, que me permitió actuar con su banda durante unos días, el tiempo suficiente para secuestrar a dos mercaderes ricos de la casta "vaishya" y cobrar cincuenta mil rupias de rescate por cada uno. A mì me tocaron veintiocho mil rupias.

Balwan tenía unos doce hombres. Me propuso que me uniera a su banda para dirigirla entre los dos, pero yo no quería volver a verme en esa situación. Ya no necesitaba la protección de nadie y no estaba dispuesta a aceptar órdenes. En adelante sería yo quien las diera y tendrían que obedecerme a mì. Sabìa que en una banda con dos facciones podían surgir rivalidades de casta y disputas. Y también que Balwan era un exaltado, que no vacilaría en matar a sus propios hombres si recelaba de que eran confidentes. Había liquidado a algunos jatavs de su banda, por sospechar que habían matado a su hermano. Yo me negaba a ser testigo nuevamente de enfrentamientos entre dacoits.

Como no deseaba unirme a èl, Balwan me ofreció dinero para comprar armas y provisiones. Pero tampoco quería deber nada a nadie. Sabìa que para imponer tu voluntad era esencial la independencia.

Hablè con èl durante horas y tomè una decisión.

-Es muy simple, Balwan –le expliqué-. Ya no me considero una mujer. No necesito la ayuda ni la protección de nadie. Quiero controlarlo yo todo. Si acepto un arma de ti, te la pagarè.

Desconfiaba de Balwan. Era de los que se habían hecho bandidos por dinero. Había empezado como ladròn de poca monta, robando ovejas y cabras. Era demasiado excitable y no me inspiraba confianza. Para èl todo se reducía a dinero. Yo necesitaba hombres que tuvieran otros motivos.

-Si hay aquí hombres que quieran seguirme –le pedí-, permíteles que lo digan, pero yo decidirè si los acepto o no.

El primero en dar un paso al frente fue Lakhan, un individuo alto, de treinta y tantos años, con barba muy tupida y el pelo largo sujeto en la nuca; Lakhan se convertiría en mi amigo y mi hermano. En su vida anterior había trabajado en un banco. Era inteligente y parecía honrado, así que decidì que fuera mi contable.

Mientras estaba con Balwan, se puso en contacto con nosotros su antiguo jefe, el temible dirigente de una conocida banda de musulmanes. Baba Mustakim tenía buena reputación entre los dacoits. Era famoso por su honradez, así que aceptè un encuentro. Me sorprendió comprobar que no parecía en absoluto un bandido. Era cortès, y vestìa muy bien. Explicó que se había enterado de lo ocurrido y que también èl quería ayudarme. Le comprè un fusil automàtico, un arma muy valiosa. Le di las veinticinco mil rupias que tenía y me dijo que ya le pagaría el resto más adelante.

Estuvimos hablando toda la noche. Los musulmanes eran pobres en general y tenían tanto miedo de los thakures como mi propia comunidad. Baba Mustakim estaba decidido a unirse a mì y hasta la madrugada no comprendió finalmente mis motivos para rechazar su ayuda.

-Si no quieres mi ayuda, entonces coge a diez hombres de mi banda –me ofreció generosamente-. Elígelos tù misma.

Yo quería hombres que se llevaran bien entre ellos, pero ante todo que se sintiesen impulsados por el ansia de venganza. Un hombre que sòlo buscara violaciones y rupias era un mal dacoit, mientras que un

hombre que odiase a mis enemigos sería un buen dacoit. Eso era lo que pensaba. Fue una decisión que lamentaría.

Los llevè aparte uno por uno y les hice la pregunta esencial:

-¿Quieres que sea tu jefe?

Si la respuesta era afirmativa, les hacìa una segunda pregunta:

-¿Me consideras un hombre o una mujer?

Tenía prisa. Estaba deseando encontrar al diablo pelirrojo y así se creò mi banda. Estaba formada por Man Singh, que sería mi lugarteniente, mi hermano. Y por Baladin, Ramdas, Jhallar, Laltu, Jageshwar, Muniram y Kharag, al que apodamos Visnù porque siempre estaba haciendo disparates, como preparar infusión de rupias. Ya tenía además a mi contable, Lakhan. Todos pertenecían a castas de pastores y curtidores, castas compatibles con la mìa.

Man Singh era alto, llevaba barba y una melena rizada que le llegaba a los hombros. Al principio su aspecto me asustò. Tenía profundas arrugas en la frente, mirada penetrante y nariz aguileña; pero Baba Mustakim me aseguró que era uno de los miembros màs antiguos de su banda y que sería una gran ayuda para mì. Y me explicó también que se había hecho dacoit por la misma razón que yo. Sus dos tìos se habían negado a compartir la tierra que habían heredado con su hermana, la madre de Man Singh. Habían denunciado a Man Singh a la policìa porque solìa aprovisionar a Baba Mustakim, que era de una aldea vecina y su amigo de la infancia. La policìa fue a buscarle y matò a su hermano. Man Singh escapò y se uniò a los dacoits.

Baba Mustakim congregò al resto de sus hombres y les mandò ponerse firmes.

-Jurad delante de Alà que nunca mirarèis a Phoolan Devi como mujer. Jurad que la considerèis vuestro hermano. Si alguno de vosotros rompe este juramento, lo matarè. Ella es mi hermano también el vuestro. ¡Alabado sea Alà!

-¡Larga vida a Phool Singh!

Me atò a la cabeza el pañuelo rojo, símbolo de la venganza de Durga.

Y me hizo un regalo antes de marcharse con sus hombres al campamento de las montañas: un sello como el que había mandado hacer Vickram para que todos supieran que aún seguía vivo. Èste tenía mi nombre. Decía:

#### PHOOLAN DEVI REINA DE LOS BANDIDOS

Lo estrenè dos días después para estampar mi nombre durante un saqueo, tal como había hecho Vickram. Balwan y Baba Mustakim insistieron en acompañarnos con sus hombres en nuestra primera operación, una incursión a plena luz del día en el centro de una bulliciosa ciudad. Y no cualquier ciudad, sino Kalpi, donde haría unos tres años me habían retenido en la comisaría.

Hacìa un calor sofocante. Era otra vez verano y el sol caìa con fuerza. Iniciamos el ataque a las tres de la tarde, la hora màs calurosa. Nuestro objetivo era secuestrar a dos mercaderes ricos del bazar de los orfebres. Destrozamos los escaparates de las tiendas a culatazos y los hombres escaparon, abandonando los preciosos collares y brazaletes. Animados por Baba y por mì, los pobres saltaron sobre aquel tesoro.

-¡Coged lo que querèis! ¡Servios vosotros mismos! –gritaba Baba Mustakim, riéndose. Parecía entusiasmado haciendo la incursión conmigo y para mì era un placer ver las manos escualidas de los pobres llenas de baratijas brillantes, pero ya teníamos a los rehenes y había llegado el momento de marcharnos.

Habíamos planeado cruzar la vìa fèrrea y ponernos a salvo en el bosque, pero la policìa nos estaba esperando detrás de los sacos de arena que había junto a las vÌas. No habían abierto fuego porque

esperaban cogernos a todos y como yo iba delante, abriendo la marcha, me vi atrapada en una súbita lluvia de balas.

-¡Corre, Phoolan, corre! –me gritò Baba.

Me tirè al suelo para ponerme a cubierto mientras las balas pasaban silbando a mi alrededor; el aire se llenò de olor a pólvora. La policía estaba a un lado de la vía y nuestros hombres retrocedieron al otro, respondiendo a los disparos. Y yo quedè atrapada en medio.

Las piedras de debajo de las traviesas volaban por el aire a mi alrededor. La policía también lanzaba granadas. Volví arrastrándome con los hombres, convencida de que no saldríamos de allí con vida. No sè còmo conseguimos llegar al puente del ferrocarril del Yamuna, agachados detrás de las piedras que se amontonaban bajo las vías. Allí, nos dividimos en pequeños grupos y escapamos.

Al anoecer, nuestros dos rehenes seguían vivos de milagro. Además de aterrados, estaban agotados y deshidratados de correr sin descanso durante tanto tiempo, bajo el calor abrasador.

Los hombres habían acordado reunirse en Giloli, la aldea de Baba Mustakim. Nosotros llegamos a las diez y a medianoche los demás. Acabábamos de reunirnos al fin todos, cuando la policía cayò de nuevo sobre nosotros abriendo fuego. No nos quedò màs remedio que abandonar a los rehenes. Con nosotros habrían muerto.

Nos conformamos con amenazarlos en el momento de la liberación:

-Si no nos mandàis el dinero ya sabéis lo que pasará, volveremos. ¡Prometed que pagarèis!

-¡Pagaremos! ¡Pagaremos! –gimotearon.

El enfrentamiento en la vía fèrrea había durado horas, pero no había muerto nadie y yo salí de èl sin un arañazo.

¡Habìa sido emocionante llevar a cabo una incursión en una ciudad! Había demostrado que podía dirigir una banda tan bien como cualquier hombre; había guiado a mis hombres en la batalla y habíamos salido ilesos. Estaba convencida de que alguien me protegía, un espíritu que ansiaba la venganza tanto como yo.

A veces, después de haber establecido un plan, oìa la voz de una niña, que me susurraba: “No vayàis por ahì, Phoolan, la policía està esperàndoos...”

La niña era la diosa Durga, que me protegía. Los hombres también lo creían. Mi convencimiento les daba valor.

-Gracias a ti salimos vivos de allí –decían todos.

Baba Mustakim decía que yo daba suerte. Y Balwan estaba de acuerdo.

Cedì y aceptè su compañía y la ayuda de sus bandas.

Fuimos aliados durante seis meses.

En ese tiempo llevamos a cabo una incursión el dìa de diwali, la fiesta de la luz. Ese dìa, todo el mundo barre y limpia la casa en honor a la diosa Lakshmi, esposa de Visnù, que no soporta la pobreza ni la suciedad. En mi aldea solíamos dar una nueva capa de boñiga a las paredes. Pintábamos signos en el suelo y los muros y por la tarde encendíamos las luces y poníamos velas y lámparas de aceite en todas partes. En las ciudades adornaban las calles con guirnaldas de bombillas de colores.

Habíamos inspeccionado durante un tiempo una aldea en la que vivía un terrateniente rico, un individuo que tenía muchas propiedades. Cada vez que un campesino contraía deudas o empeñaba su tierra, aquel buitre avaro se aprovechaba. Nunca ampliaba los plazos del préstamo, jamàs aceptaba un atraso en los pagos, y si faltaban unos cientos de rupias, despojaba a las familias de todo cuanto tenían. En nombre de los pobres y en honor de la diosa Lakshmi, decidimos escarmentar a aquel individuo...

Nos habían dicho que tenía muchísimo dinero escondido en casa y empezamos amenazándolo. El día de diwali por la mañana, un mensajero envió una carta nuestra.

“Devuelve a los pobres la tierra que les has quitado...”

Envió una respuesta inmediatamente.

“Ya he recibido toda clase de amenazas de los dacoits...”

Al día siguiente, le hicimos una breve visita.

Vivía en una gran mansión que se alzaba entre hermosos jardines rodeados de muros fortificados. Nos habían informado de que tenía cuatro o cinco hombres armados, pero sus criados y sus guardias huyeron nada más vernos. Sumábamos unos cincuenta, además de campesinos despojados que se nos habían unido. Era un anciano y no fue difícil vencerle. Le abofeteé.

-Muy bien, anciano. Te crees un maharajá, pero no tienes nada. ¡Explotas a los pobres! Les persigues y les quitas la tierra y todo lo que poseen. ¿Cuál es tu excusa?

-No, no, bahanji, yo no he hecho daño a nadie. ¡Tengo derecho!

-¡No me llames hermana! ¿Dónde está el botín?

Tenía tanto miedo que nos enseñó dónde lo guardaba sin oponer resistencia. Sólo tuvimos que cavar en su precioso jardín y allí estaba. En mi vida había visto tanto oro, tanta plata y tantas joyas. Era como si supiera que nunca pagarían los préstamos... Se había limitado a meter en vasijas de barro todo lo que le daban en prenda por los préstamos. Había una vasija llena de oro, otra llena de plata y otra llena de títulos de propiedad que la gente había empeñado también.

-¡Vas a devolver lo que les has robado a todos sin excepción!

Subí a la azotea de la mansión y llamé por el altavoz a todos los aldeanos que habían empeñado las joyas de su esposa, las tierras y hasta sus casas. Les pedí que fueran a recuperar sus propiedades. Acudieron a recoger sus escrituras y corrieron locos de alegría y asombro a decírselo a los que vivían más lejos.

-¿Sigues siendo terrateniente, anciano?

-No, no, lo juro.

Cogimos para nosotros todo el dinero que pudimos, casi dos millones de rupias, según mi contable Lkhan, pero tuvimos que dejar lo demás, las joyas que no reclamó nadie. Pesaban demasiado para llevárnoslas.

Otra vez, en un pueblo, repartimos parte del dinero que les habíamos quitado a los pañeros del bazar. Unas cien mil rupias. La gente se apiñaba a nuestro alrededor, llamando a gritos a todo el mundo.

-¡Phoolan Devi y Baba Mustakim están repartiendo dinero!

Pero yo ansiaba otra satisfacción diferente...

Y entonces, para aumentar mi frustración, perdí a Sri Ram y a Lala Ram por minutos. Un informador nos había dicho en qué aldea se escondían y nuestros hombres la rodearon. Localizamos la casa, pero cuando llegamos no había nadie. Cogimos a unos aldeanos y les golpeé con los puños.

-¿Dónde están? –les grité-. ¿Adónde han ido?

Un aldeano confesó que habían escapado vestidos de mujer, y recordé a dos mujeres que había visto hacía unos quince minutos. Incluso le había comentado a Baba que tenían unos andares muy raros. ¡Entonces comprendí que iban hacia el bosque y llevaban leña! Con razón había notado yo algo extraño, no eran lo que aparentaban. Pero Baba Mustakim me había advertido que no me metiera con mujeres porque nos daría mala fama.

Estaba fuera de mí. Insulté a los aldeanos por esconder al perro pelirrojo. Les desnudé y les golpeé. Disparé al suelo para obligarles a bailar y los paseé desnudos por la aldea oyéndoles cantar mis alabanzas.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! ¡Larga vida a Phoolan Devi!

-Sal, Sri Ram, dondequiera que estès. ¡Sal si tienes huevos! –gritè por el megáfono.

Aquella tarde descarguè mi còlera en los hombres que les habían protegido. Eran los mismos que me habían dejado desnuda e indefensa, los que habían presenciado còmo me torturaban sin mover un dedo. Me hervía la sangre. Necesitaba hacerles sufrir lo mismo que ellos a mì. Les golpeè la entrepierna con la culata del fusil. Querìa aplastar la serpiente que representaba su poder sobre mì...

¡Aplastè, quemè y atravesè!

Y luego me reì viéndolos brincar como caballos castrados y caer a mis pies llorando como mujeres, suplicando y pidiendo clemencia como había hecho yo.

La gente de mi casta se enterò de todo esto. Si una madre querìa proteger a su hija o un padre a su esposa o a su hermana, sabían que no tenían màs que decir a los violadores que Phoolan Devi les castigarìa.

Y lo hacìa.

Ayudè a los pobres dándoles dinero y castiguè a los malvados con las mismas torturas que imponían ellos a otros, porque sabìa que la policìa nunca escuchaba las quejas de los desvalidos. Sabìa que cientos de muchachas se habían visto obligadas a someterse a abortos peligrosos para evitar la vergüenza o a arrojarse al rìo o al fondo de un pozo porque las trataban como prostitutas y tenían miedo. Todas tenían miedo.

Si veìa a una sirvienta en casa de un thakur cuando hacíamos una incursión, preguntaba cuàles eran sus obligaciones.

-Oh, es sòlo una criada –decían siempre los thakures.

Pero si llevaba aparte a la chica y le preguntaba a ella, su respuesta solìa ser diferente.

-Beben toda la noche y los hombres me torturan, el padre y el hijo y los tìos, hacen lo que quieren conmigo...

Me lo dijeron muchas veces.

Por eso, siempre que lo hacían, aplastaba la serpiente que utilizaban los hombres para torturar a las mujeres. Los mutilaba. Era mi venganza y la venganza de todas.

Impartì justicia en las aldeas de mi regiòn, donde la única justicia era el lathi y donde los mallahs eran los esclavos de los thakures.

-¿Quièn te ha robado? ¿Quièn te ha golpeado? ¿Quièn te ha quitado la comida? ¿Quièn te ha prohibido usar el pozo? ¿Quièn te ha robado el ganado? ¿Quièn ha violado a tu hija, a tu hermana o a tu esposa?

Llevaban al culpable ante mi tribunal. Se le obligaba a sufrir lo que èl había hecho sufrir a otros. Se le desnudaba y le propinaban una buena paliza delante de todo el pueblo. Luego se le hacìa bailar y cantar una canción con mi letra:

¿Què haremos con èl?

Que baile, que baile...

¿Què haremos con èl?

¿Matarle o que baile?

A veces cantaban y bailaban desnudos delante de los aldeanos.

-¡Phoolan Devi es muy buena y amable! –debían decir.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! –respondían los aldeanos.

A veces no bailaban...

Había un anciano, un cerdo inmundo, que violaba a todas las jóvenes de las aldeas de su distrito. Lo llevamos a la selva con nosotros y le retuvimos durante ocho días.

-Cuéntamelo todo –le dije-, sólo quiero estar segura, y luego te dejaré marchar.

Así lo hizo, me dio todos los nombres, todas las chicas y mujeres a quienes había torturado y humillado. Reconoció incluso que había utilizado a muchachitos; y luego a cualquier criatura hembra: ovejas, cabras o perras. Había violado también a su hija y a su nuera.

Aquel thakur era un perverso y un sádico. Nada podía satisfacer su lujuria voraz. Los hombres de mi banda se sintieron asqueados.

Primero la serpiente, luego las manos, luego los pies...

Se los corté.

Lo hice ante la imagen de Durga, para aplacarla.

El último día, uno de los hombres acabó con él de un balazo.

30.

“¿Qué pelo tan bonito tienes...”

Era la voz de Vickram, grave y alentadora.

La oía a menudo, y al hacerlo, volvían los recuerdos...

Sentada a la orilla de un río, recordé una vez que me estaba bañando al atardecer, poco después de la muerte de Babu Gujar. Todavía estaba asustada. El olor a muerte me seguía a todas partes y me parecía que no podía eliminarlo lavándome. Habíamos recorrido la selva durante días, escalando colinas y cruzando arroyos, para llegar a aquel punto del río, cerca de Asta. Estábamos en lo más recóndito de la selva, en un lugar en el que confluyen cinco ríos. El monzón lo había convertido la zona en un lago inmenso. Había agua por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista.

Yo tenía el pelo tan largo y apelotonado de sudor y suciedad que no se me desenredaba sólo con agua. Vickram me había dado una botella de aceite.

-Utiliza esto.

Yo no había visto nunca aceite en una botella, y oía tan bien que supuse que sería carísimo.

-Ponte lo que quieras y luego pásala.

Cuando le di la preciosa botella a tío Bare Lal se le resbaló de las manos húmedas y se rompió al chocar contra las piedras. Lancé un grito e intenté recoger el aceite antes de que se lo llevara el agua. Eché lo que había recuperado en un trozo de cristal. Me habría encantado enseñárselo a mi madre y a mis hermanas.

-Déjalo –dijo tío Bare Lal-. No importa. Hay mucho más en el mismo sitio.

Yo creía que algo tan precioso como aquello tenía que ser único en el mundo. El mundo para mí entonces no era muy grande: unas cuantas aldeas, el río, un bosque y algunos pueblos agrícolas, Kalpi y Orai. ¿Dónde iban a encontrar otra botella como aquella?, me pregunté. El aceite era más suave que el jabón más suave.

Vickram me había regalado un peine, pero me daba apuro bañarme delante de él, tenía miedo de que se acercara a mí en el agua. Él se dio cuenta y se alejó para bañarse también. Luché un rato con el peine y los nudos del pelo y estaba sentada en la orilla cuando regresó para sentarse a mi lado. Los cálidos rayos del atardecer me secaban el pelo y la humedad me lo ondulaba.

-¿Qué pelo tan bonito tienes –me dijo Vickram.



El sol se ponía lentamente en el cielo azul, una enorme bola de fuego anaranjada. Me entristecí al verlo hundirse en el lago.

-¿Qué piensas? –me dijo Vickram.

-El sol va a morir al agua –dije.

-¿Por qué crees eso?

-No hay más tierra, el mundo sólo llega hasta aquí, así que el sol se ahogará.

Era la primera vez que veía ponerse el sol en una extensión de agua tan grande, tanto que no veía la orilla. Pero ellos no entendían que mi mundo entonces tenía un límite, que terminaba donde terminaba mi campo de visión. Se echaron a reír y tío Bare Lal me preguntó:

-¿Así que crees que éste es el fin del mundo? ¿Qué hay entonces debajo de nosotros, otro mundo que crece?

Yo me había esforzado por entender lo que decían aquellos hombres. Sólo conocía las llanuras y el río. Desde pequeña siempre había visto al sol morir en la otra orilla del Yamuna y a un nuevo sol nacer por la mañana. El mundo era muy pequeño para mí, pero ellos me asustaban tanto que deseé haberme guardado la tristeza y la angustia.

Era una estupidez creer que el sol iba a morir al agua. Era tan hermoso y de un rojo tan intenso en el agua resplandeciente que sencillamente no podía morir así.

Volvimos al mismo sitio un mes más tarde, después de habernos casado. Todo era diferente. Las aguas había bajado, la bruma era más ligera y yo ya no estaba asustada. Vickram me dedicó el tiempo necesario para explicarme las cosas.

-Verás, no es el fin del mundo. El sol no muere. Cada mañana vuelve a salir para ti. Y esta tarde no caerá al agua. Se va a dormir a otra parte del país y sale en otro lugar.

Yo ignoraba qué era un país. No había oído nunca esa palabra.

-Un país es, por ejemplo, la India. La India es nuestro país. Es muy grande. Y el mundo es todavía más grande. Hay muchísimos países.

Corriendo por la selva con Vickram, cruzando las llanuras y los ríos, había empezado a comprender lo grande que era mi país y creía que nunca sabría dónde terminaba.

Vickram me había dicho que la India llegaba hasta el mar.

Yo no había visto el mar. Había muchos países en el mundo. China estaba al otro lado de las montañas, y América estaba al otro lado del mar. ¿Pero cómo era posible que América no fuera a la deriva? Me pregunté si estaría amarrada con una soga.

-El mundo es redondo, Phoolan. ¡Todos los países y los mares del mundo están en un globo gigantesco!

El mundo era tan grande que el sol nunca moría. Simplemente giraba y giraba.

La primera vez que vi a Vickram dar dinero a los pobres en las aldeas, me pregunté por qué lo haría. Me hubiera gustado saber por qué no me lo daba a mí. Sólo con un billete de aquellos podría haber vuelto a mi aldea. Pero él los regaló todos.

Después, un día me dio un billete. Me dijo que valía cien rupias. Yo no sabía cuánto eran cien rupias. Para mí cinco o diez rupias era muchísimo dinero. No sabía contar, pero Vickram me enseñó a hacerlo cuando repartíamos dinero juntos en las aldeas.

-Dale quinientas a él y cien a él- me decía.

Aprendí a reconocer los billetes de cien rupias.

Escuchaba atentamente todo lo que èl me explicaba y hacìa lo que me mandaba. Yo no le había elegido, pero era mallah y me respetaba. Antes había escuchado a mi padre, sin embargo èl sòlo había intentado enseñarme la sumisión a la voluntad de los ricos y de los thakures.

-Mira a las demás chicas –solìa repetirme mi padre-, ellas no protestan, no contestan a sus superiores.

Recordaba còmo me lo decía. Según mi padre, había que quitarse los zapatos (si es que los tenias) y pasar por delante de un thakur descalza, de lo contrario podían pegarte por insolente. Si el sarpanch prohibía sacar agua del pozo, había que beber la del río. Pero según Vickram, podíamos permanecer calzados delante de cualquiera y podíamos beber agua del pozo como los demás. Todos teníamos idéntica dignidad ante Dios.

Olvidaba que Vickram había muerto y que yo seguía con vida. Oìa su voz y le veìa de nuevo sentado bajo un árbol, en la selva, mientras yo le escuchaba, le observaba y aprendìa de èl. Me gustaba oírle leer el periódico en voz alta. Lo había aprendido todo de èl. Fui su alumna silenciosa y atenta y, poco a poco, empecè a formarme mis propias ideas sobre los ricos y los pobres, sobre el dinero y los hombres.

Me gustaba verle con los hombres. Era un buen jefe, justo y amable. Lo único que nunca entendí de èl fue su lealtad al diablo pelirrojo, su confianza obstinada hasta el final... hasta su muerte. Nos hubiera sido posible escapar la tarde antes, cuando Vickram había llorado a la orilla del río, y se había sentido angustiado por lúgubres presagios. Y aquella misma noche, cuando yo había querido matar a Sri Ram, èl me lo había impedido.

“No puedes matar a un hombre mientras duerme...”

Y sin embargo, aquèlla serìa la trampa que le jugò el destino.

Lo último que me enseñò cuando murió a mi lado fue a no confiar nunca jamàs en nadie.

Pero lo peor estaba aùn por llegar...

Tal vez me protegiera Durga, pero aùn no había recibido la bendición de Sarasvati, la diosa de la sabiduría.

31.

Un informante nos había dicho que Sri Ram y su banda estaban escondidos en una aldea llamada Behmai.

Era una región de montañas altas y yermas y barrancos profundos, con muy pocos àrboles para cobijarse. Behmai estaba oculta en uno de los barrancos, muy por encima de las riberas del Yamuna. Los hombres aceptaron ir a buscar a los dos hermanos en cuanto supimos que estaban allí. Fuimos en tres barcas hasta donde podía llegarse por el río y luego seguimos a pie por las laderas arenosas.

Baba Mustakim, Balwan, Man Singh y yo estudiamos la táctica a seguir mientras viajábamos de noche. Sabíamos que Sri Ram tenía muchos hombres y que estaban bien armados. Eran todos thakures y podían conseguir todo lo necesario de las aldeas de la zona, tanto alimentos como armas o mujeres. Aunque estábamos en su territorio, los hombres de Baba Mustakim estaban nerviosos; y yo también. pronto llegamos a Ingwi, una aldea de pastores con cabañas de paredes de barro y tejados de paja. Acampamos a poca distancia cuando todavía era de noche. No pude dormir sabiendo que mi venganza estaba cerca.

Man Singh fue a Ingwi por la mañana para averiguar si alguien había visto a Sri Ram.

-Fue aquí adonde te trajeron –informò, a su vuelta.

Los aldeanos le habían indicado cómo se iba a Behmai. Le habían dicho que Sri Ram estaba allí. Y todavía más:

-Fue allí donde te humilló –añadió.

Al mediodía, hicimos otra parada para comer en lo alto de un barranco. Había pasado el mes de magh y había empezado phalgun. Al cabo de pocas semanas sería primavera. El cielo estaba despejado, era de un suave azul claro sobre la ladera arenosa de color anaranjado; el sol ya estaba alto. De pronto rompió el silencio un grito a través de un potente altavoz.

La voz amplificada de Sri Ram retumbó en los barrancos. Yo sabía que tenía un altavoz alimentado por una potente batería. Seguramente nos gritaba desde la terraza de una casa de Behmai; estaba insultando a Baba Mustakim.

-¿Crees que podéis cogermé, Mustakim? ¿Crees que tú y tus puercos musulmanes podéis cogermé a mí, a Sri Ram el thakur?

Luego insultó también a Balwan.

-Y tú, Balwan, pastor, casta de mierda. Ya os dimos una lección. ¿Queréis otra?

Le había avisado. Habíamos perdido la ocasión de pillarle desprevenido.

Los hombres se pusieron las botas y prepararon las armas en pocos minutos. Nos desplegamos y emprendimos la marcha. El terreno era duro y seco y no había árboles para ponernos a cubierto, pero no alcanzamos a ver la aldea hasta que hubimos descendido un buen trecho. Sri Ram seguía insultándonos.

Decidimos dividirnos en tres grupos. Baba Mustakim llevaría a sus hombres dando un rodeo para entrar en la aldea por un lado y yo a los míos para entrar por el otro. El tercer grupo, guiado por Balwan y Ram Avtar, tomaría el camino principal. Sri Ram no tendría más remedio que retroceder. Entonces caería en nuestra trampa. Contábamos con que el grupo de Balwan le empujara y le hiciese caer en nuestro fuego cruzado.

Mientras rodeábamos la aldea, oí un tiroteo estruendoso y los gritos de Balwan. Sus hombres estaban aterrorizando a la población. Yo seguía el lecho seco de un arroyo, que cruzaba un terreno lleno de matorrales que nos permitían cubrirnos; me preguntaba qué estaría pasando en la aldea. Seguramente habían entrado en la aldea ciegos de rabia por los insultos incesantes de Sri Ram contra la casta de pastores y los musulmanes. Los hombres seguían disparando y los aldeanos gritando. Debían de estar como locos, buscando a Sri Ram y a su banda. De pronto vi delante a unos hombres que huían por la parte de atrás de la aldea y comprendí que eran Sri Ram y su banda.

Disparé en su dirección y oí a Baba Mustakim, que llamaba a Balwan y a sus hombres para que se reunieran con nosotros. Yo les grité lo mismo:

-¡Aquí, aquí! ¡Se escapan!

Pero Balwan y sus hombres estaban demasiado preocupados por su saqueo. En el acaloramiento del momento, yo no me había dado cuenta de que dos de mis hombres, Man Singh y Baladin, habían ido a reunirse con ellos.

Baba Mustakim y yo nos reunimos en las afueras de la aldea con nuestros hombres y perseguimos juntos a Sri Ram y a su banda. Yo había visto unos cinco o seis hombres escapar de las casas por la parte de atrás y ahora nos sacaban ventaja. Estábamos muy lejos para ver quiénes eran, aunque yo estaba segura de que Sri Ram se encontraba en algún lugar delante de mí, parapetado en un peñasco o escondido detrás de un matorral. Distinguía figuras que pasaban rápidamente de una roca a otra levantando nubes de polvo y disparando en nuestra dirección antes de desvanecerse de nuevo. Habían huido ante Balwan y sus hombres y ya era imposible alcanzarlos. Los muy cobardes no se atrevían a dar la cara.

Seguimos un rato intercambiando disparos, obligándoles a continuar subiendo por el barranco; pero a unos mil metros de la aldea dejaron de disparar. Habían retrocedido y escapado. Ellos conocían bien

el terreno y nosotros no. Si avanzábamos, podíamos caer en una trampa. Decidimos volver a la aldea por si se proponían dar un rodeo y sorprendernos por detrás. Baba Mustakim estaba furioso y yo estaba fuera de mí. Sri Ram se había escapado por un pelo de su bigote rojizo.

Entramos en la aldea por el camino principal mientras nos llegaban los gritos y el llanto de las mujeres y los vitores de Balwan y sus hombres que disparaban al aire.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! ¡Victoria para Phoolan! –gritaban.

Aquel día murieron más de veinte hombres, veinte thakures.

Se había impuesto la locura. Las mujeres corrían en todas direcciones y sus alaridos, pidiendo clemencia, se oían por encima del estruendo del tiroteo.

Balwan quería incendiar la aldea.

-¡Imbéciles! –les gritó Baba Mustakim-. Es imposible. Hay familias. ¡Estáis locos!

Baba Mustakim dio orden de retirada.

-Es un desastre para nosotros –dijo-. ¡Los periódicos no hablarán de otra cosa! ¡Nos perseguirá toda la policía de la India! Tenemos que separarnos. Juntos no tendríamos ninguna posibilidad.

Balwan dejó la banda y no volvimos a saber nada de él. Baba Mustakim se llevó a tres o cuatro hombres, incluido Ram Avtar, y yo me llevé a otros siete, a Man Singh entre ellos.

La persecución que había augurado Baba empezó. Iba a durar mucho tiempo.

Durante los días siguientes, la radio no dejó de hablar de Behmai, la pequeña aldea del árido centro de Uttar Pradesh, y de Phoolan Devi, la dacoit que había ido allí a saciar su sed de sangre thakur: “Según los aldeanos, la reina de los bandidos llegó con toda su banda a matarles porque Sri Ram había matado a Vickram y la había violado a ella. Sri Ram es thakur y los hombres a los que han matado eran también thakures. Los aldeanos dicen que lo hizo Phoolan. La vieron y la denunciaron al ejército de policías que llegó a la aldea devastada, hoy habitada sólo por cabras, niños y viudas”.

En todos los periódicos que me leía Man Singh me llamaban loca sanguinaria, reina de los bandidos de Chambal, la región desolada de las riberas del Yamuna. Se organizó tal revuelo que el gobernador general del Estado dimitió por mi culpa. La historia se hinchó como el cuello de una culebra. Me describían como a un monstruo. Unos testigos presenciales declararon que medía dos metros, otros dijeron que era tan fea como un mono y otros que era bella como una diosa; y un día, una revista publicó una fotografía mía. Sólo que no era yo. Nadie me había hecho nunca una fotografía. Sólo los aldeanos de mi distrito sabían cómo era. Los periódicos se referían a lo ocurrido como una matanza llevada a cabo por los dacoits de casta inferior contra sus amos los thakures. A mí me llamaban reina de los bandidos, una pobre muchacha mallah cuyo amante había sido asesinado por thakures y que había empuñado la espada de doble filo de Durga, santa patrona de los dacoits.

Luego oímos por la radio que en Kanpur el gobernador general había pedido refuerzos. Todo el estado se encontraba en situación de alerta. Habían llamado al ejército y habían dado orden de disparar en cuanto nos vieran. Lo peor de todo era que Sri Ram, mi único enemigo, seguía vivo mientras que a mí me perseguían por la selva como a una tigresa sanguinaria acusada de devorar corderillos.

Pero nada me impediría encontrarle.

Si me enteraba de que alguien le había protegido, y solía ser alguien que mantenía buenas relaciones con la policía, me encargaba de él. Yo no mataba a nadie sin motivo, yo castigaba.

Me obsesionaba encontrar y castigar a Sri Ram; quería destrozarle y echar los pedazos a los perros. Quería ver cómo le devoraban, cómo le rasgaban la carne y le roían los huesos. Estaba sedienta de su sangre.

Me habían hablado de un pradhan, un hombre corrupto que tenía fama de tratar con la policía, que ahbìa ocultado a Sri Ram en su aldea durante un tiempo. Aquel pradhan andaba siempre a la caza de muchachas desvalidas para satisfacer sus apetitos, igual que Sri Ram.

Fuimos a verle de noche, haciéndonos pasar por sipahis. Yo vestìa mi uniforme, llevaba el fusil al hombro y un turbante blanco sobre el pañuelo rojo. Man Singh y los demás también llevaban el uniforme. El pradhan nos hizo pasar sin sospechar ni por un momento que Phoolan Devi estaba en su casa. Nos dio dinero, creyendo que yo era un joven agente de policía y Man Singh mi superior. Tenía la costumbre de untar la mano de los policías; también nos ofreció whisky. En la selva nadie bebìa nunca alcohol. Le pedimos agua y nos pusimos a charlar, tratando de sonsacarle.

Al poco rato, le dije que a mi jefe le gustaría relajarse un poco.

-No tendràs a una mujer disponible, ¿eh? Me han contado que siempre tienes una a mano.

-Oh, sì, ¡tengo muchas, muchísimas! Yo necesito una al día. Pero sòlo tengo que elegir a alguna de la aldea, hay montones de criaturillas. ¡Las he gozado a todas en un momento u otro!

-¿Cuànto les pagas?

-¿Pagar? ¿Por què quieres que les pague a esas perras? Una buena patada es suficiente para esas furcias de casta inferior.

Empezó a contarnos sus hazañas muy ufano. Los hombres escuchaban sin abrir la boca. Luego decidió proporcionarnos dos mujeres.

-¿Sòlo dos? –le preguntè, bromeando-. ¿Què vamos a hacer con dos? Necesitamos una para cada uno.

Soltò una risilla y llamò a su criado; le mandò a la aldea con la orden de volver con la hija de fulano y la esposa de mengano. Le dio una lista de nombres.

Mientras esperábamos, mencionè a Sri Ram.

-¿Por què le dejaste vivir aquí?

-Oh, Sri Ram es bueno para conseguir chicas. Las encuentra en todas las aldeas, en todas partes. Èl sì que sabe còmo conseguirlas.

-¿Què clase de mujeres?

-Mallahs, jatavs, las que quieras.

-La cuestión es que a mi jefe le gustaría pasar la noche con tu esposa...

-Oh no, no puede hacerlo con ella. ¡Ella es chatriya! ¡Aquì todos somos chatriyas y no hacemos esas cosas! Dile que sea paciente, que le encontraremos a una chica guapa, guapísima.

Llegaron dos jóvenes, dos pobres muchachas de piel oscura, vestidas de harapos. Tendrían unos quince o dieciséis años, tal vez menos. El pradhan les explicó lo que tenían que hacer para nosotros, babeando de lujuria. Yo no podía dejar de pensar en mì misma a su edad, escondiéndome asustada de hombres como èl, escondiéndome en los àrboles y en los establos y llorando desesperada de humillación.

-Oye, pradhan, me han dicho que en la aldea de al lado hay una chica guapísima...

-Sì, ya sè, la hija de un brahmán. Es muy hermosa.

-Iremos luego allí. Nos han informado de que Phoolan Devi y su banda andan por la zona y tal vez ella sepa dònde se esconden.

-¡Dejadme acompañaros! Ella es mucho màs guapa que las chicas de por aquí. Aquí todas tienen la piel oscura y son horrosas. Mis hijos también prefieren las chicas de piel clara y la hija del brahmán es muy blanca y muy guapa.

-No podemos llevarte. Si se enteraran nuestros superiores nos quedaríamos sin trabajo.

-Es una làstima. Bueno, da igual, todavía tenemos a estas dos. Adelante... yo me servirè otra copa.

Èl estaba ebrio, pero nosotros sòlo habíamos bebido agua. Se quitò la camisa tambaleándose y ordenò a una de las chicas que se tumbara. Ella obedeciò sin rechistar. Cerrò los ojos y esperò, aterrorizada y avergonzada, sabiendo que una mujer de su casta no tenía derecho a rechazar a aquel cerdo que pertenecía a la llamada casta guerrera de los chatriyas.

Me arranquè el turbante y agità la cabeza para que me cayera el pelo sobre los hombros, al tiempo que le colocaba el cañòn del fusil delante de las narices.

-¡Maldito perro sarnoso! ¿Sabes quièn soy?

-No. ¿Què pasa ahora?

-¿Querías una mujer, no?

Le golpeè la entrepierna con la culata del fusil y cayò a cuatro patas gimiendo, con el trasero al aire. Le golpeè los brazos y las piernas. Las dos jóvenes se acurrucaron en un rincòn temblando como corderillos. Las abofeteè.

-¿Venís corriendo en cuanto os llaman, verdad? Os tumbàis en cuanto èl silba...

-Nos golpea... no nos permitiría conseguir comida.

-Pues largaos de aquí, no os quedèis en esta maldita aldea. Marchaos a cualquier otro sitio.

El pradhan tenía un aspecto ridículo allí desnudo, a gatas, suplicándonos que le perdonáramos. Le atamos una soga al cuello como a un cerdo y le arrastramos por la aldea, llamando a todo el mundo para que le viera, a todas las chicas y mujeres que había violado.

-¿Le habías visto alguna vez desnudo como ahora cuando os violaba? Miradle bien –gritaba yo-. ¡Hacedle dar vueltas y bailar para vosotras!

Llegò corriendo su esposa y me suplicò clemencia. Alegò que tenía hijos que alimentar y que sin èl quedaría desamparada. ¿Eran todas cobardes, hasta la última de ellas? ¿Era yo la única que se rebelaba?

-Hoy me pide perdón, pero mañana cuando yo no estè, volverá a las andadas.

Era lamentable.

-No te preocupes, no voy a matarlo. Vivirà, pero te aseguro que no volverá a ser el mismo.

Llamè a uno de los hombres.

-¡Còrtasela!

-¿Què? ¿Por què no le matamos, sin màs?

-¡Còrtasela, o lo harè yo misma!

-¡Si tù eres capaz de hacerlo, yo también, bahanji!

Sacò la navaja que utilizaba para afeitarse, y le rebanò la serpiente.

Pero mis hombres decidieron que no era bastante. Insistieron en que teníamos que cortarle también la nariz. Era un soplòn, un confidente de la policía, y a los espías de la policía se les castigaba de ese modo. Así todo el mundo sabía de què lado estaba.

Le di a su esposa dinero para que le llevara al hospital, con la serpiente atada al cuello.

Unas semanas màs tarde, le vi de nuevo en su aldea.

Le preguntè còmo había acabado todo. Temblando todavía de miedo, me explicó que tenía que orinar por un tubo de plástico.

-¿Has venido para matarme esta vez? –añadió, patético.

-¿Por què iba a hacerlo, hermano? Ya no puedes hacer daño a nadie. ¿Q quièn ibas a herir ahora con ese tubo de plástico? ¿A quièn vas a denunciar con un agujero por nariz?

Así castigùè a algunos. La primera vez fue en un ataque de còlera, poco después de la muerte de Vickram. Pero luego lleguè a la conclusión de que era pura y simple justicia. Sin su òrgano ya no podrían perseguir a las mujeres.

Pero nunca matè sin motivo.

32.

El periódico decía que el gobernador general había ofrecido una recompensa de cien mil rupias a quien diera información para que me capturasen, y cinco mil por Man Singh. Había prometido que en seis meses me detendría, viva o muerta, y que Phoolan Devi dejaría de aterrorizar a la región. Vi en el cielo pájaros metálicos que escupían fuego. Había helicópteros sobre las copas de los árboles y camiones y jeeps en las carreteras. En los barrancos se desplegaron divisiones enteras del ejército.

No te fíes de nadie, me había dicho Vickram, ni siquiera de tus hombres. De ellos, todavía menos. Una recompensa de cien mil rupias podía tentar a Man Singh o a Baladin, o incluso a Lakhan, mi fiel contable jataw. Mi único amigo, el único en quien podía confiar realmente, era en mi Sten automático. Era un aliado que valía ciento ochenta mil rupias, más que mi cabeza, aunque sólo había pagado por él cincuenta mil a un pastor del valle del Chambal.

Habíamos encontrado al pastor en el monte, solo con su rebaño. Íbamos a escondernos en los páramos que quedan entre el Yamuna y el Chambal, una región de barrancos profundos y solitarios. Le pedí al pastor un poco de agua y como le vi mirar fascinado mi fusil, le pregunté si nunca había visto uno.

-Sí. Tengo uno en casa.

-¿De verdad? ¿Cómo lo conseguiste?

-Me lo encontré tirado en el bosque cuando pasaba con el rebaño.

-¡Vaya!, pues no se lo digas a nadie. Me gustaría verlo.

Yo esperaba que me trajera un viejo fusil del ejército, pero volvió con su esposa, su padre y otros pastores. Dejaron una gavilla de mijo a mis pies. Dentro estaba el fusil. Era un arma de primera, un Sten automático de tres velocidades. Lo saqué mientras los pastores me observaban asombrados, como si fuera una especie de dios por ser capaz de cargar, apuntar y disparar un fusil.

-¿Se lo robaste a la policía?

-¡No, lalloo, no! De verdad que lo encontré en las colinas.

Me había llamado muchacho, creyendo que lo era porque llevaba un gorro y sabía manejar un arma.

-¿Cuánto quieres por él?

-No quiero dinero. ¿Qué voy a hacer aquí con dinero? Quédatelo si quieres. Yo no sé usarlo. Aunque lo tengamos bien escondido nos da miedo que venga un thakur, nos pegue y se lo lleve.

Le di cincuenta mil rupias, una suma enorme para un pastor.

Su padre nunca había visto tanto dinero junto.

-¡Ahora eres rico, hijo mío! –le dijo-. Con esto podremos comprar tierra.

-¿Conocéis a Phoolan Devi? –les pregunté.

-Sí yo sí.

-¿Y cómo es?

-Es muy grande y muy fuerte. A veces viene a robarme las cabras.

-¿Cómo? ¿Que te roba las cabras? ¿Y no te paga?

-No, ella nunca paga.

-Entonces no es Phoolan –me quitó el gorro y dejé que el pelo me cayera suelto-. Mírame bien. Yo soy Phoolan Devi. ¿Soy como ella?

Se me quedó mirando boquiabierto, con los ojos desorbitados.

-La mujer del valle es muy grande y va con dos hombres, uno lleva un arma y otro un lathi y siempre están robando los animales.

-¡Esa mujer te engaña! Cuando vuelvas a verla, dile que miente y que has visto a la verdadera Phoolan Devi.

-¡No me creerà! ¡Y tienen un fusil! ¡Y el hombre nos pegarà con el lathi!

Esperamos dos días. Man Singh y los demás hombres estaban impacientes. Creían que el pastor mentía y que, aunque no lo hiciera, no merecía la pena intervenir en aquel asunto. Pero yo sospechaba que no tardarìa mucho en ver a mi doble. Según el pastor, iba una vez a la semana a robarles los animales. El segundo día por la tarde, llegaron una mujer y dos hombres.

Les observamos, escondidos detrás de los árboles. El pastorcillo se acercò y nos dijo que eran ellos.

-Nos han amenazado, dicen que no podemos dejar pastar aquí los animales si no les damos uno.

Cuando ya se marchaban, les alcanzamos. La mujer vestía un uniforme viejo y raído. Era mucho más grande que yo, pero se había puesto un pañuelo rojo como el mío a la cabeza.

-¿Así que tú eres Phoolan Devi y èsta es tu banda? ¿Sois sòlo tres?

-Sí, así es, ¡soy Phoolan Devi!

-Muy bien, pues yo soy policía. Estamos buscando a Phoolan Devi y voy a darte una paliza y a encerrarte en la cárcel.

Se asustò tanto que se meò en los pantalones.

-¡No, no, no es verdad! No soy yo, lo juro, nosotros somos de la aldea de allà abajo. Èste es mi marido y èse mi cuñado.

Les di un bofetón a cada uno y la mujer jurò que no volverìa a hacerlo, que no robarìa más cabras a los pobres. Confesò que llevaba haciéndolo seis meses. Había salido tan bien la primera vez que no pudo evitar repetirlo. Nos explicó que vendìa las cabras en el mercado, así que le ordenè que entregara el dinero que habían obtenido a los pastores.

-No lo tengo, nosotros también somos pobres. No poseemos tierra ni animales, sòlo lo hicimos para comer, ¡lo juro!

Al principio me había indignado; pero al verla luego con la camiseta y los pantalones viejos y aquel extraño turbante, me inspirò compasión. Y sus compañeros eran tan lastimosos como ella. Les di quinientas rupias a cada uno.

-Tomad. Comprad una bigha de tierra y no volvàis a robar cabras para alimentar a vuestra familia.

Los pastores se enfadaron. Pretendían que los matara a los tres. Aquella mujer les había arrebatado a sus animales y no tenían la menor esperanza de recibir ninguna compensación.

Les di también un fajo de rupias a cada uno para que se calmaran.

Me encantaba dar dinero a los pobres. Me gustaba mucho poder hacerlo. La primera vez que Vickram me dio un billete de cien rupias, nada me hubiera complacido más que correr a casa a dárselo a mi madre; pero entonces todavía era prisionera en la selva. Imaginaba la alegría de aquella gente cuando llegaba a casa con sus fajos de rupias, un dinero que no suponía riqueza, sino supervivencia. No eran riquezas lo que llevaban en la mano sino alivio, la tranquilidad de poder llenar el estómago, comprar grano para el invierno y leña para el fuego. Me habría gustado disponer de un montòn de dinero para dárselo a los que no tenían nada, como yo antes.

Y me encantaba sobre todo dar dinero a las mujeres. Pocas veces se lo entregaba a los hombres. Ellos tenían el recurso de trabajar en los campos, ir de una aldea a otra, conseguir dinero como fuera. Pero las mujeres no. Nadie las ayudaba, ni siquiera sus maridos. No les daban ni una rupia. Y sin dinero, se veían obligadas a soportar hambre y humillaciones, incluso a vender sus cuerpos como sacos de harina, mientras los hombres se lo gastaban todo bebiendo y jugando.

Los pastores me observaron repartir el dinero como si fuera Lakshmi en persona, la diosa de la abundancia. Pero por entonces yo ya sabìa que lo que les daba no era prácticamente nada.



En todas las incursiones que hicimos sólo vi auténtica riqueza una vez.

Cuando me separé de Baba Mustakim en Behmai, me quedé sólo con siete hombres. Mi lugarteniente Man Singh y mi contable Lakhan seguían conmigo. Buscamos refugio en el Chambal. Al final, se nos unió la banda de Ram Avtar, uno de los hombres de Mustakim, con lo que éramos veinticinco dacoits, casi todos musulmanes.

Decidimos saquear el palacio que daba al Yamuna, en Jagamanpur, una ciudad aislada al pie de las colinas en la llanura ribereña de Jalaun. El palacio era un edificio inmenso. A sus puertas, iban y venían centenares de personas pero huyeron cuando llegamos nosotros. Subí la escalinata de mármol hasta la terraza y luego otra escalera hasta la azotea.

-Me llamo Phoolan Devi –grité por el altavoz-. Vengo a saquear el palacio. ¿Dónde estás, rajà? ¡Dèjate ver!

Los criados surgían de cualquier parte y abandonaban a toda prisa el palacio. Las mujeres huyeron despavoridas, tropezando con los saris, al oír los tiros que disparábamos al aire. Me habían dicho que la esposa del maharajà sería un botín espléndido. Decían que iba cubierta de oro. Bajé de la azotea con la esperanza de capturarla.

-No os asustéis –les dije a las mujeres, tranquilizándolas-. ¡Sólo venimos a robar!

Pero mis palabras no las tranquilizaron lo más mínimo. Corrían en todas las direcciones como loros, con sus saris multicolores. Los hombres vestían brocados y sedas, y también huían. Agarré a uno y le puse el fusil en el estómago.

-¿Eres el rajà?

-¡No, no! El rajà es aquel que va corriendo por allí.

No le habría tomado por un rajà. Parecía un campesino, con el extremo del dhoti arrastrando detrás. No había tenido tiempo de atárselo bien y corría medio desnudo intentando recogerlo.

-¡Eh!, ¿por qué tienes tanta prisa? –le grité por el megáfono-. Vístete primero. Hemos venido a verte. Nos han dicho que no permites que entre en tu casa un solo dacoit, que los matas a todos...

Me eché a reír. Nunca había visto a un hombre correr tan rápido. Su dhoti aleteaba como una vela blanca al viento.

El anfitrión nos dejó explorar tranquilamente su desierto palacio. Pudimos admirar maravillados los corredores de mármol, los espejos de plata, las espadas y los fusiles colgados en las paredes. Cogí un sable de plata. La empuñadura estaba tachonada de perlas y piedras preciosas. Hasta la funda era de plata. Parecía muy antiguo y tenía una inscripción. Le enseñé el trofeo a uno de mis hombres y me explicó que las palabras inscritas eran el nombre del padre y el del abuelo del maharajà.

Lo empuñé como un guerrero.

-¡Miradme! –grité a los otros-. ¡Soy Durga!

Salí al balcón y lo agité hacia los sipahis que nos disparaban desde la ciudad.

-¡Alto el fuego! ¡Coged los sables, cobardes, y enfentaos a Durga!

Los dormitorios eran todavía más bellos. Encontré a unos hombres contemplando pasmados una cama enorme con cobertores y largos cortinajes rojos. Estaba cubierta de terciopelo. Un remanso suave en el que flotaban cojines de terciopelo también. me eché en ella y di vueltas sobre aquella tela de color rubí, mientras los hombres buscaban dinero y joyas; pero no había nada. Todo estaba en las paredes. Oro y plata, terciopelo y seda. Había alfombras en el suelo y muebles tachonados de piedras preciosas. Desvalijamos los cajones. En el palacio todo era de materiales preciosos, pero no había ni una rupia. Flores de todas clases, colocadas en grandes floreros, perfumaban el aire como un bosque en primavera. Pero nada de dinero.

Empezaron a irritarme tanto lujo y tanta belleza, el perfume y las flores. Aquel perro rajà dormía en un lecho cubierto de terciopelo mientras yo dormía en un suelo duro.

Aplastamos uno a uno los espléndidos jarrones, maldiciendo al jactancioso rajà. ¡La casa de mi familia era poco màs grande que su cama! ¡En su patio cabrían dos aldeas de mi comunidad!

Todavía se oían disparos fuera. La policía local disparaba desde lejos. No podían vernos porque el palacio era inmenso y estaba rodeado de huertos floridos. Eran pocos para iniciar el ataque y los refuerzos tardarían un rato en llegar.

Uno de los hombres se había vestido de rajà, con una chaqueta de brocado de seda y se contemplaba en un espejo de plata bruñida. Había tantos objetos maravillosos... pero eran demasiado pesados para transportarlos y resultaría difícil venderlos. Quise llevarme un narguilè de plata enorme, tan alto como yo, pero los hombres se rieron de mì.

-¿Nos imaginas corriendo por la selva con eso auestas?

Al cabo de una hora, habíamos encontrado poco que mereciera el esfuerzo, pero los hombres no querían irse todavía. Estaban probando todas las camas y sentándose a todas las mesas y bailando en las alfombras, jugando a ser príncipes, haciéndose reverencias y riendo como chiquillos. Tuve que agarrarles y zarandearles para obligarles a salir de allí.

Me había propuesto demostrar al rajà que podíamos entrar en su precioso palacio si queríamos, y ya lo habíamos hecho. Pero nos fuimos con los bolsillos vacíos.

Hora y media después estábamos en el centro de la pequeña ciudad, en el mercado. Allí, entre los campesinos que vendían pepinos y melones de sus huertos igual que mi madre, me sentí una majarani.

La gente se tiraba al suelo para tocarme los pies.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! –vitoreaban-. ¡Danos dinero, Phoolan!

Repartí tantas rupias que tuve que pedir màs a los hombres. Regalè un anillo que me había regalado a mì Baba Mustakim, todo lo que tenía. Conservè un tiempo el sable del rajà, pero era demasiado pesado para llevarlo encima y al fin se lo regalè a un pastor.

No hubo saqueo aquel día. Nos habíamos propuesto demostrar que èramos màs fuertes que el rajà que gobernaba la ciudad. Me había reído viéndole correr agarrándose el dhoti. Estaba contenta. Yo, una joven de casta inferior, se burlaba de aquel ridículo rajà.

No reía a menudo, y sabía que los hombres habían empezado a considerarme una amargada, siempre furiosa y agresiva. A veces tenían miedo hasta de hablar conmigo. Había momentos en que les odiaba a todos y otros en que les amaba como a hermanos. No confiaba en nadie desde la muerte de Vickram. En mi interior, aún estaba vacía.

Una tarde, mientras descansaba bajo un árbol en la selva cerca de Etawah a la hora del crepúsculo, me adormilè; despertè bruscamente con la sensación desagradable de que uno de los hombres intentaba abusar de mì, pero no había nadie a mi lado. De pronto descubrí que se trataba de una culebra. Era negra, con el cuello ancho. Llamè rápidamente al centinela. La serpiente se había enroscado a mi alrededor. Sentía sus músculos ondulantes, su piel fría apretándome.

-Corre, tengo una culebra encima. ¡Èchala!

El centinela era musulmán, pertenecía a la banda de Baba Mustakim.

-No te muevas –me dijo.

Los hombres sabían que me seguía una serpiente. Me rodearon todos.

-No la matèis –les ordenè-. Os prohìbo que lo hagáis.

Se marchò sin màs, probablemente molesta por el alboroto de los hombres. Me soltò lentamente y se alejò; antes de desaparecer en el bosque, volvió una vez la cabeza y me mirò.

La culebra era mi amiga. Yo creía que era el espíritu de una persona difunta que volvía a verme. Cuando lo hiciera otra vez, a los pocos días o semanas, le diría:

-Vaya, aquí estás, has vuelto.

Tal vez fuera la niñita...

Seguía oyendo con frecuencia la voz de la niña pequeña que me decía: "No bebas esa agua, no sigas ese camino, no te quedes más tiempo en la aldea...".

33.

Cuando oí en la radio que Baba Mustakim estaba muerto, lo primero que pensé fue quién le habría denunciado. Luego empecé a dudar de que fuera cierto. Había perdido la cuenta de los meses que llevaba corriendo por la selva con mis hombres de un valle al siguiente. El monzón había vuelto de nuevo y decidimos ir a Guloli, la aldea donde vivía la familia de Baba Mustakim. La noticia podría ser un invento de la policía para asustarnos, como habían hecho la primera vez que hirieron a Vickram.

Baba solía dejar la mitad de su dinero en casa de un pandit de Suroli, y había comprado camiones utilizando su nombre, Suttan. Su base financiera estaba allí, junto a su familia, en el corazón de una comunidad musulmana. Suroli era una aldea hindú, y Guloli, que quedaba al lado, era una aldea musulmana. El pandit era el único hinbù del círculo de Baba Mustakim. A mí nunca me había caído bien. Había algo en su aspecto que me inquietaba. Se había enriquecido gracias a Baba Mustakim y yo en el fondo sabía que si había muerto de verdad, ya no podríamos confiar en él.

Era noche cerrada cuando llegamos. Localizamos la casa, un hermoso edificio de cemento de dos plantas. El pandit Suttan nos recibió cordialmente y nos confirmó lloroso que la noticia era cierta, que Baba Mustakim había muerto.

-Iba a ver a su hermana en Dastampur. Estaba desarmado cuando lo cogieron. Le habían delatado. Murieron con él tres hombres que ni siquiera eran bandidos. La policía explicó que había habido un tiroteo, pero ellos no llevaban armas. ¡Qué desgracia!

La muerte de Baba Mustakim fue como la de un padre para nosotros, pero para el pandit suponía perder su principal fuente de ingresos. Nos dijo que éramos los únicos que podíamos ayudarlo y nos pidió protección. No le contesté. Llevábamos meses aislados y necesitábamos dinero. No habíamos podido llevar a cabo incursiones que sanearan nuestra economía, sólo algún que otro robo insignificante para poder sobrevivir y conseguir municiones. La incursión al palacio de Jagamanpur había sido infructuosa. Y, de momento, parecía imposible localizar a Sri Ram para saciar mi deseo de venganza. Se había desvanecido como un fantasma.

Mientras tanto, cada día oíamos por la radio que fulanito y menganito se habían entregado y que habían matado a algún otro, que había sido denunciado y luego asesinado por la policía... parecía que no quedara nadie en la selva, aparte de la banda de Phoolan Devi.

El pandit nos ofreció comida y nos preguntó dónde pensábamos escondernos. Le respondí que nos dirigíamos a Guloli, a casa del primo de Mustakim.

-Voy a ver a su familia con Man Singh y Baladin. Los otros tres hombres se quedarán contigo hasta que regresemos mañana.

Desconfiaba de Suttan pero no quería que se diera cuenta. Dejar a los hombres con él representaba una muestra de confianza.

Eran las cinco de la mañana, hora de ponerse en marcha. Hacía meses que no me atrevía a dejarme ver de día. Nos proponíamos pasar el día con Munna, un primo joven de Mustakim a quien yo conocía bien. Había estado en su casa varias veces. Cuando llegamos, Munna, su abuelo y yo hablamos un rato de Baba, recordando el tiempo que habíamos pasado juntos...

A las once de la mañana, oímos una serie de explosiones a lo lejos.

-¿Qué pasa, Munna?

-Oh, deben de ser fuegos artificiales.

-Ve a echar una ojeada.

Volvió aterrado. La policía había tomado la aldea. Los disparos llegaban de Suroli, la aldea vecina. Subí a la terraza con un chal sobre la cabeza para que no se me viera el uniforme. Había policías por todas partes. Estábamos sitiados. Alguien nos había delatado, probablemente el pandit. Estaba segura de que sus lágrimas eran falsas y que su expresión engañosa decía la verdad. Nadie habría pensado siquiera en delatarnos allí. En Guloli eran casi todos musulmanes y consideraban un héroe a Mustakim.

Bajé rápidamente de la azotea. Habíamos caído los tres en la trampa: Man Singh, Baladin y yo. La policía anunció por el altavoz que la zona estaba rodeada y que iban a evacuar a los aldeanos.

-¡La banda de Phoolan Devi se esconde en vuestra aldea! Todos los aldeanos tienen que identificarse ante la policía. Por favor, cooperad.

Iban a evacuar la aldea y luego nos perseguirían. Si intentáramos hacernos pasar por aldeanos sin documentos, nos cogerían. Oí el zumbido de un helicóptero sobre nuestras cabezas y el de otro que se acercaba.

Mientras los aldeanos salían de sus casas, muy nerviosos, Man Singh y Baladin buscaron un lugar por donde escapar, pero las calles estaban llenas de hombres uniformados.

-Ya han matado a tres hombres –dijo la voz del altavoz-. Tres bandidos de la banda de Phoolan Devi.

Tenían que ser los tres hombres que habíamos dejado en casa del pandit: Laltu, Ram Shankar y Subaran. Ya sólo quedábamos nosotros tres y Jageshwar y Kallu, que no sabíamos dónde estaban. Llevábamos tres fusiles automáticos. Yo tenía mi Sten, Man Singh tenía su 306 y Baladin su 303. Nuestro único consuelo era que íbamos provistos de munición abundante.

Al mediodía, habían evacuado a todos los aldeanos. La lucha empezó una hora después.

No nos quedaba más alternativa que pasar de una casa a la otra, por las calles y los patios, por los tejados y las tapias, disparando cuando ellos nos disparaban. No podíamos quedarnos quietos, aunque nos moviéramos sólo en círculos. También lanzaban granadas desde los helicópteros que destruían las casas a nuestro paso. Al poco rato, la aldea era un campo de batalla. Se proponían bombardear cualquier punto desde el que se disparaba un tiro, y en su pánico bombardeaban a sus propios hombres además de a nosotros.

Nos abríamos paso por las callejas, parapetándonos detrás de portones y puertas y escondiéndonos en los patios. Era imposible luchar cuerpo a cuerpo con ellos. Iban en grupos de doce, armados con ametralladoras.

Al caer la noche, nos refugiamos en una casa abandonada.

-¡Hemos matado a cinco hombres de Phoolan Devi! –anunciaron por el altavoz.

Habrían detenido a Jageshwar y a Kallu también. Llevaban la cuenta. Sólo quedábamos nosotros tres.

De pronto toda la aldea se llenó de luz como si se hubiera hecho de día. Habían llevado focos potentes para iluminar las calles. Las sombras fluctuaban en las paredes según pasaban de casa en casa, comunicándose con transmisores portátiles. Tenían una especie de contraseña para reconocerse entre ellos. ¡Ojalá supiéramos cuál era! Eran tantos que con el uniforme podríamos haber pasado desapercibidos

entre ellos. Procurè escucharles, pero era inútil, no entendía su idioma. No había màs salida que seguir moviéndonos de una casa a la siguiente. Cuando registraban una y se iban, Man Singh, Baladin y yo entràbamos detrás de ellos. Si rodeaban otra en el instante en que estàbamos dentro, sigilosamente saltàbamos la tapia a la contigua.

En un determinado momento, nos encontramos con que la casa en cuyo patio acabàbamos de aterrizar, estaba ocupada por doce policías. Permanecían dentro junto a la puerta, fumando a oscuras.

Man Singh agarrò el fusil y me mirò.

Negué con la cabeza. Eran demasiados. Indiqué a mis dos compañeros que se sentaran en un rincón del patio y simulasen que dormían. Yo hice lo mismo.

-Por culpa de esa maldita mujer no puede uno fumar tranquilo –decía un policía.

-Nadie sabe lo que ocurre. A este paso, acabaremos matàndonos unos a los otros. Ya hay algunos heridos.

Se levantaron para salir de la casa y les seguimos como si formàramos parte de su patrulla. Cuando entraron en la casa siguiente, volvimos sigilosamente al patio de la primera.

Se hallaban en todos los rincones, detrás de todas las tapias. No había salida. Lo esencial era permanecer juntos por si llegaba un enfrentamiento. Llevàbamos así toda la tarde, sin descansar ni un segundo. Estàbamos agotados. A veces les habíamos tenido tan cerca que yo estaba segura de que nos habían visto, pero seguían disparando a las sombras, delatándose.

No dormimos en toda la noche. Ni siquiera hablamos. Estuvimos escondidos entre los escombros de una casa que habían bombardeado durante el día.

La carrera de ratas empezó de nuevo al amanecer.

-Phoolan Devi lleva uniforme y turbante –informaron por el altavoz-. Los otros visten uniformes de policía.

Teníamos que cambiarnos de ropa. Miramos alrededor hasta que vimos ropa tendida en una azotea; nos abrimos paso hasta allí y la cogimos. La policía lanzó granadas detrás de nosotros desde el helicóptero y destruyeron la azotea. Tropezàbamos con los escombros que caían a nuestro alrededor. Habíamos conseguido lungis para Man Singh y Baladin y un sari para mì. Entramos en una casa, nos cambiamos y escondimos los uniformes rápidamente. Cuando acababa de atarme el sari y esconder la cartuchera y el fusil, se abrió de golpe la puerta del patio y vi a una patrulla de sipahis en la calle. Yo estaba en el patio pero, afortunadamente, Man Singh y Baladin estaban dentro en una de las habitaciones.

-¿Qué haces ahí? –me gritò un sipahi-. Se os ordenò evacuar. ¡Conseguiràs que te maten!

Me habían tomado por una joven musulmana. La contestè con la voz quebrada por el llanto.

-Estaba asustada y no sabìa què camino tomar...

-Pues has tenido suerte con todo este tiroteo.

Otro policía asintió con un gesto.

-Esa maldita Phoolan debe de estar igual en este momento. Tiene que haberse escondido en algún sitio...

Se olvidaron de mì y siguieron su camino. Había tenido suerte porque no sabían còmo era yo. Y además les ocupaban otros asuntos. Me fijè en que llevaban bidones de gasolina. No se limitaban a registrar las casas; las saqueaban también, como bandidos. Y se proponían reducir la aldea a cenizas para borrar las huellas de su pillaje. Ya olía a quemado. Las granadas habían provocado pequeños incendios en todas partes.

-¡Phoolan, entrégate! –decía la voz del megáfono-. Vamos, bahanji. No te castigaremos. No te mataremos.

Man Singh y Baladin querían entregarse. Estaban seguros de que moriríamos en aquella aldea. Yo ni siquiera me lo planteaba.

-Así es como cogieron a Mustakim y a los otros. Les aseguraron que no les harían nada y luego les acribillaron. Te juré que te mataré yo misma si te acercas a la policía, Man Singh.

Me dolía la garganta de sed pero no conseguíamos encontrar agua en ningún sitio. La policía había roto todos los cántaros de agua de las casas.

Habían pasado ya veinticuatro horas, era el segundo día por la mañana y la batalla empezó de nuevo.

La policía disparaba, nosotros contestábamos, saltando una tapia o deslizándonos por una callejuela; luego disparaban otra vez. Pasaban las horas y ellos seguían allí, registrando las casas que ya habían registrado, disparando a través de las puertas, lanzando granadas desde los helicópteros. Empezó a oscurecer, era necesario que saliéramos de allí como fuese. Pero resultaba imposible, no había escapatoria. Los aldeanos esperaban que la batalla terminara en los campos de los alrededores.

Poco a poco cesó el tiroteo y se hizo el silencio. Era casi de noche. Dieron la orden del alto al fuego por el altavoz. Tenían que haberse estado matando unos a otros en su búsqueda frenética para encontrarnos a nosotros. El humo de los incendios impedía respirar y todavía no habíamos encontrado agua. Aquella sería la segunda noche que pasábamos escondidos en una casa, sin esperanza.

El tejado de la casa se había hundido. Lo había destrozado una granada. Pronto no quedaría nada de la aldea. Anunciaron por el altavoz que iban a incendiar todas las casas. Si lo hacían estábamos perdidos.

Me estaba volviendo loca.

-¡Ya no aguanto más! –le dije a Man Singh-. ¡Voy a pegarme un tiro!

-Recuerda lo que dijiste: si tenemos que morir, al menos nos llevaremos a algunos por delante.

Me venció el agotamiento y me dormí, olvidando que estábamos acorralados como ratas. Me quedé profundamente dormida, y en el sueño, oí la voz de la niña pequeña: “Quítate los zapatos y ve a la parte posterior de la mezquita, allí hay una casa en ruinas. Escondeos allí”.

Desperté sobresaltada. La casa donde permanecíamos quedaba cerca de la mezquita. La había visto durante el día, pero la calle estaba llena de montones de cascotes de las explosiones. Tendríamos que arrastrarnos sobre los escombros de las casas bombardeadas para llegar.

Desperté a los otros.

-Baladin, Man Singh, vamos. Dejad las botas aquí.

-¿Qué te pasa? Hay policías por todas partes. Escucha, se les oye hablar en la azotea.

-Vámonos –repetí-. Nos esconderemos allí, detrás de la mezquita.

Apenas nos habíamos levantado para salir de la habitación cuando tuvimos que tirarnos boca abajo.

-¡Eh, vosotros! ¿Es que queréis que os maten?

Vimos las sombras y la luz de las linternas en las paredes. Y oímos más voces.

-No dispaes. Ya oíste la orden.

Nos habían tomado por policías y esperaban que les gritáramos la contraseña. No nos movimos. El silencio duró unos minutos.

-Eran perros –dijo uno al final-. ¡Ahí no hay nadie!

Se rieron aliviados y vimos alejarse las luces.

Nos arrastramos silenciosos como culebras sobre los escombros. Los haces de luces de las linternas jugueteaban en las paredes a nuestro alrededor, pero los policías no entraban en las casas a oscuras. Tenían miedo de hacerse daño o de que los acorraláramos. Cualquiera diría que tenían encontrarnos cara

a cara. Debían de haberles ordenado que se mantuviesen en grupos. Avanzamos arrastrándonos hacia la mezquita muy despacio, procurando no hacer el menor ruido.

Tuvimos que dar un rodeo hasta la parte de atrás. Realmente había una casa allí, una casa pequeña, una cabaña, y estaba en ruinas. Se había hundido el tejado, pero retiramos algunas piedras de la entrada y entramos a rastras. Man Singh se enterró en un montón de piedras. Yo me escondí debajo de otro y Baladin se tapó con la paja del tejado.

Procuramos cerrar los huecos con piedras, para que no nos vieran. Era como sellar nuestras tumbas. Pensé que si iba a morir, aquel sitio era tan bueno como cualquier otro. Estaba demasiado agotada para preocuparme.

No hablamos ni nos movimos hasta la mañana siguiente. Durante la noche, oí a un policía que pasaba por nuestro lado.

-Se ha marchado. Seguro que les han ayudado los aldeanos.

Sí, nos habían ayudado al principio. No nos habían delatado cuando corríamos de una casa a otra buscando un sitio para escondernos. Mientras evacuaban la aldea yo les había dado todo el dinero que me quedaba, casi cincuenta mil rupias. Creía que había llegado mi hora. Las mujeres lloraban por mí, diciendo: "¡Que Alà sea contigo!". Los musulmanes eran pobres, tan pobres como los mallahs. En una comunidad hindú, donde todo el mundo temía y respetaba a los thakures, no me habrían protegido.

Por la mañana, el altavoz confirmó lo que había dicho la policía:

-Podéis volver a vuestras casas. Phoolan Devi ya no está en la zona.

Oímos los pasos y las voces de la gente, sus gritos y llantos por la destrucción; era ya mediodía cuando me atreví a asomar la nariz por entre las piedras. El mayor tormento había sido la sed. Tenía la boca completamente seca y el olor de los helicópteros me había producido dolor de cabeza. De pronto oí un ruido extraño. Alcè la cabeza y me sacudí el polvo y la tierra del pelo. Una mujer gritó frente a mí. Acababa de agacharse y levantarse la falda para orinar cuando me vio. Al principio debió de pensar que era un diablo que salía del infierno, pero estaba dotada del juicio suficiente para comprender quiénes éramos.

-¡Sois los bandidos! Tenéis que iros de aquí. Han matado a mucha gente de la aldea y han destruido todas las casas. Por favor, marchaos enseguida. Habéis sido la causa de nuestra desgracia.

Nos abrimos paso hasta las afueras de la aldea. Los furgones de la policía seguían allí pero parecía que habían renunciado a la búsqueda. Los helicópteros habían desaparecido. Cruzamos los campos, agachados, hasta el Yamuna. Nos echamos al agua como perros sedientos, sin fijarnos en tres barcas del ejército amarradas un poco más arriba, dos en la orilla opuesta y una en la nuestra. Saqué la cabeza del agua y vi patrullas de policía en la carretera; pero ellos ni nos miraban. Llevábamos ropa corriente, rota y sucia. Éramos simples campesinos. Ellos buscaban a Phoolan Devi y a su banda. Oficialmente, habíamos escapado del cerco policial. Habían movilizado a unos mil hombres. La primera ministra, Indira Gandhi en persona, había declarado que quería que los dacoits responsables de la matanza de Behmai fueran juzgados. Bueno, Laltu, Subaran, Jageshwar, Kallu y Ram Shankar habían muerto.

Hundí la cabeza en el agua y bebí, intentando decidir qué hacer a continuación. Quería volver a casa del pandit para averiguar si nos había denunciado y cortarle la nariz si lo había hecho. Si no había sido él, era el único que podría ayudarnos. No disponíamos de dinero y la policía nos buscaba por todo el distrito. Nos alejamos, caminando tranquilamente con los fusiles debajo de la ropa. Habían pasado dos días intentando atraparnos, pero era como si Durga les hubiera vendado los ojos a todos.

Seguimos un canal que llevaba a las dos aldeas. Estaba seco y presentaba montículos de tres niveles a ambos lados.

Caminando por el lecho no podían vernos. Cerca de la casa del pandit encontramos a un hombre que estaba haciendo sus necesidades en el canal.

-No sigáis, la casa del pandit Suttan està llena de sipahis.

¡Así que lo había hecho è! El hombre nos explicó que le habían visto ir en moto a Kalpi para avisar a la policía. Pero no podíamos hacerle una visita. Conservaría su nariz, de momento. Salimos del canal y volvimos a la selva a campo traviesa.

Después supe que había sido uno de mis hombres quien nos había dado la posibilidad de escapar. Herido en la pierna por una granada y capturado por la policía, Kallu había dicho antes de morir que me había ayudado a volver a la selva. Incluso tenían a un policía sospechoso de aceptar un soborno por sacarme de allí en helicóptero. Paramos en la aldea siguiente, Tunna, para dar gracias a los dioses. A mí no me quedaba dinero, pero Man Singh y Baladin conservaban todavía algo. Los aldeanos huyeron aterrados al vernos llegar al templo. El brahmán estaba rezando con los ojos cerrados y yo alcè el fusil para indicar que no pretendíamos hacer daño a nadie.

-No tengáis miedo. Sólo venimos a hacer una ofrenda, a dar las gracias a los dioses por salvarnos la vida.

Man Singh me dio mil rupias y entreguè el fajo de billetes al brahmán, preguntándole por què había rezado.

-Estaba dando gracias por vuestra muerte. ¡Por la tuya y por la de Man Singh!

-¿Còmo?

-Todos dicen que habéis muerto. Han llevado tu cadáver a tu aldea para enseñàrselo a tus padres.

-¡Y te atreves a celebrar mi muerte después de todo lo que he ayudado a los jatavs!

-¡Es por Man Singh! Èl matò a siete hombres aquí en Tunna.

Era verdad. Tres meses antes de la matanza de Behmai, Man Singh había ido allí en una misión de venganza. Estaba a mi lado completamente cubierto de polvo y el brahmán no le había reconocido.

Pero no me enfadè. Comprendì que, vivos o muertos, nos habíamos convertido en una leyenda para ellos. Sólo veían nuestros fusiles, igual que la policía. La radio y los periódicos no cesaban de hablar de mí.

Podían haberlo hecho antes, pensé, cuando me maltrataban y era yo quien pedía justicia a gritos. Pero todo el mundo hablaba de los delitos de los pobres, no de los que se cometían contra ellos.

34.

-Si alguno de vosotros me traiciona, lo matarè –les decía siempre a mis hombres.

Dirigir la banda significaba desconfiar de todos y de todo. Por ejemplo, nunca permitía que dos hombres fueran juntos a una aldea. Dos hombres juntos podían conspirar, mientras que uno solo no causaría gran problema.

Ninguno desafió nunca mi autoridad; no porque tuvieran miedo sino porque confiaban en mí. Yo respetaba su confianza, me ocupaba de ellos. Procuraba que estuviesen seguros y bien alimentados y cuando nos perseguía la policía yo era siempre la última en correr. Esperaba a que se pusieran todos a salvo, como habría hecho Vickram.

Pero ya no tenía banda.

Después de la batalla de Guloli sólo quedábamos tres. La policía me buscaba viva o muerta. Pero yo no temía a la policía. Temía la traición. Habían prometido una recompensa muy alta por mi cabeza, tanto como para tentar al hombre màs fiel.



Y luego desapareció Baladin. Partió hacia la aldea más próxima diciendo que iba a buscar alimentos y no volvió. La comida se había convertido en un problema cotidiano. Éramos muy pocos para entrar en las aldeas y el único remedio que habíamos encontrado consistía en capturar a alguien y quitarle la comida.

Man Singh empezó a desanimarse cuando desapareció Baladin y nos vimos obligados a robar comida. Estaba cansado de huir, de tener que esconderse en los barrancos, de no poder transitar por los caminos ni bañarse en un río sin ver sipahis. Propuso que fuéramos a su aldea, Barahai, en el distrito de Almanipur. Según él, su hermano podría ocultarnos por un tiempo. Recorrimos los barrancos durante varios días. Pero cuando llegamos, el hermano de Man Singh intentó convencerle de que se entregara.

-Tienes que entregarte –le dijo-. ¡No queremos más bandidos por aquí!

Man Singh se pasó la noche atormentado por las súplicas de su familia. Finalmente, decidió quedarse y yo me fui sola a la selva.

No tenía contacto con nadie. No podía comer, beber ni dormir a horas regulares. Tenía que caminar de noche, como habíamos hecho siempre, y dormir durante el día, pero sola. A veces compraba comida a alguien en el campo y caminaba durante toda la noche para poder sentarme a kilómetros de distancia a comer sin peligro. Mi compañía eran los monos, los osos y los gatos monteses. La selva nunca permanecía silenciosa, sólo cuando se acercaba el peligro. Las aves siempre estaban cantando y sus gritos me decían cosas. Me avisaban cuando se acercaba un animal salvaje o un hombre. No sabía los nombres de las aves, pero aprendí a reconocerlas por sus gritos y sus colores. Distinguía las que picoteaban la corteza de los árboles de las que pescaban peces en el río con su largo pico. La presencia de los animales me confortaba. Siempre creí que estaban de mi lado. La risa de un mono me recordaba que no me hallaba totalmente sola. El oso gruñía de forma extraña, casi tranquilizadora. Y los pavos reales me acompañaban, hablándome durante todo el día.

Comía frutos y bayas silvestres y mordisqueaba una barra de sal. Me bañaba en los ríos cristalinos y dormía en los claros, porque de noche no es conveniente dormir debajo de un árbol. No puedes descansar bien pensando en lo que podría caer sobre ti. La sombra de un baniano o un árbol del paraíso resultaba agradable durante el día, pero de noche era mejor estar en un claro del bosque.

Durante casi tres meses sólo hablé con los animales. Me sentaba y reflexionaba en solitario.

El monzón quedaba lejos y la cebada y el mijo estaban crecidos. El agua escaseaba pero era posible acercarse a un pozo durante el día. A veces encontraba pastores y les preguntaba si sabían dónde había un manantial. El problema era comprobar que no estaba envenenada. Se rumoreaba que la policía había echado veneno. Yo miraba bien antes de beber. Si veía algún pez flotando panza arriba, no bebía; pero si nadaban y correteaban por el agua en bancos plateados, sabía que podía beber tranquilamente.

Siempre que veía a alguien, me alejaba. No confiaba en nadie. No me detenía nunca, subía a la copa de los árboles para ver si la policía estaba alrededor, y seguía avanzando. Las laderas de los barrancos, embarradas y resbaladizas durante el monzón, estaban secas y duras en la estación cálida. Tuve que escalarlos como pude a pleno sol, siempre en movimiento.

Una vez llegué cerca de mi aldea. Ni siquiera me había dado cuenta de que me encaminaba hacia allí y no sabía si debía entrar. Estaba tan flaca que la primera persona que me vio ni siquiera me reconoció. Entonces me di media vuelta.

Al fin me encontraron Muniram y Kharag, que había pertenecido a mi antigua banda. Muniram era de la casta de los alfareros. Yo le llamaba tío porque era mucho mayor que yo. A Kharag le llamábamos Misnù, el loco. Tenía una forma muy extraña de hacer infusiones cociendo monedas. ¿A quién podía gustarle la infusión de rupias? En realidad yo nunca la probé, pero me alegró ver de nuevo cómo la preparaba.

Me contaron que había llegado a sus oídos que Man Singh no se había entregado y decidimos buscarle.

Sólo quedaba un pariente de Man Singh en su aldea, un tío anciano, que vivía en una casa medio derruida. Habían matado a uno de sus hermanos en un tiroteo con la policía y el resto de la familia había huido y se había marchado a vivir a algún sitio de Orai. Su anciano tío nos explicó que Man Singh no se había atrevido a entregarse. Temía que la policía local le matara a tiros sin ponerse en contacto con sus superiores. Añadió que se había refugiado en casa de una tía, a tres horas de distancia. El tío de Man Singh nos acompañó a través de la selva y cuando llegamos a la aldea nos indicó que aguardáramos, pues prefería acercarse él primero. Nos quedamos junto a un canal, debajo de un árbol, en la oscuridad. A medianoche oímos pisadas...

-¡Dadme un poco de comida y vámonos de aquí!

Reconocí la voz, pero esperé a verle delante de mí para asegurarme de que estaba solo.

No confiaba en nadie en absoluto, ni siquiera en el miembro más antiguo de mi banda. No tenía forma de saber si realmente había tenido miedo o si había hecho un trato con la policía...

Pero no venía acompañado más que de su fusil. Salimos rápidamente de allí. Nos habíamos enterado de que Balwan había muerto en una emboscada en aquella zona. La llanura se convertía en un desierto en la estación seca y era muy fácil que nos vieran. La selva no quedaba lejos y resultaba más segura. Encontramos un claro y dormimos hasta mediodía; entonces los cuatro celebramos una reunión.

Man Singh nos explicó que ya no confiaba en su familia. Su tío, sin ir más lejos, le había aconsejado que nos matara y así él podría entregarse.

-Pues adelante –le dije-. Mátanos...

-Phoolan, llevo en tu banda desde el principio.

Parecía fatigado y triste. Había adelgazado. Tenía la frente arrugada y el largo pelo, que le caía en bucles hasta los hombros, sucio y enmarañado. Me miró meneando la cabeza.

-¿Cómo has aguantado completamente sola?

-Me las arreglé...

Procuraba disimular mis recelos. No creía que Man Singh los mereciera, pero era algo instintivo en mí desde que había muerto Vickram.

Decidimos buscar a los demás. Muslim, un primo de Baba Mustakim, estaba escondido en algún sitio de la región de Etawah, con cinco hombres de la antigua banda de Mustakim. La policía también había presionado a la familia para obligarle a entregarse. Todo el mundo hablaba de rendirse, pero yo no pensaba hacerlo.

Encontramos a Muslim casi por casualidad. Saqueamos una aldea cerca de Etawah. No fue gran cosa, pero era la primera operación que llevábamos a cabo en mucho tiempo. Habían pasado seis meses desde la última incursión a una aldea y, aunque formábamos un grupo muy reducido, yo quería que la policía supiera que todavía estaba viva. Seguían circulando toda clase de rumores, como siempre. Ahora se decía que me había suicidado. Un campesino, que quería vengarse de un hombre que le había robado la tierra, nos había indicado a quién asaltar y conseguimos algo de plata y oro y algunas rupias. Más tarde, cuando estábamos bañándonos en un manantial del bosque, vimos acercarse a un hombre con un saco a cuestas. Él también nos vio y dio media vuelta. Man Singh corrió tras él. El hombre reconoció que llevaba provisiones para Muslim.

-Ve y dile que Phoolan Devi y Man Singh le están buscando.

También él creía que me había adelgazado en los meses que había pasado sola en la selva. Yo, a mi vez, le dije que él estaba escuálido. Todos lo estábamos. Casi siempre comíamos sólo fruta, y soñábamos con chapatis, lentejas, arroz y mantequilla.

Muslim nos contò lo que había pasado en Dastampur. Había habido allí otra matanza y los periódicos aseguraban que los culpables éramos Muslim y yo. Supuestamente lo habíamos hecho para vengar la muerte de Baba Mustakim. La verdad era que Muslim ni siquiera estaba en la región y yo me encontraba escondida, sola, después de escapar de las granadas de Guloli. Según Muslim, había sido su comunidad de Guloli la que había decidido vengar a su hermano.

-Llegaron a Dastampur haciéndose pasar por sipahis y diciendo que querían recompensar a quien hubiera informado sobre Baba Mustakim. Así supieron quiénes lo habían hecho. Mataron a doce allí mismo, aunque Baba Mustakim fuera mi hermano, pero la policía afirma que fue cosa mía, y también tuya. Les resulta más conveniente.

Era muy peligroso que siguiéramos en el estado de Uttar Pradesh después de lo ocurrido primero en Behmai y luego en Dastampur. Decidimos cruzar la frontera y dirigirnos a Madhya Pradesh.

Allí pudimos llevar a cabo algunas incursiones y reunir cierto capital. Empezamos con un secuestro. Luego asaltamos algunos autobuses y robamos a algunos comerciantes ricos. El Gobierno de Madhya Pradesh no tardó en pedir que nos entregáramos.

La otra noticia procedente del transistor mágico era más dolorosa. Habían detenido y encarcelado a mis padres. Man Singh creía que lo habían hecho para que me entregara. Primero les habían dicho que había muerto y que tenían que identificar el cadáver. Mi abuela había intentado suicidarse cuando le dieron la noticia. Se tiró al río, pero la había salvado un barquero.

Mientras tanto, Sri Ram había desaparecido. Nadie sabía absolutamente nada de su paradero, ni siquiera si seguía con vida. Yo procuraba no pensar en él. Siempre que volvían a mí las ideas de venganza, traían consigo otros espantos. Lo que me habían hecho era la peor humillación a que puede ser sometida una mujer, y seguía sintiendo un odio tan intenso hacia los hombres, que a veces me ponía furiosa por nada y me volvía contra los míos sin motivo.

-¡Apartaos de mí! –les gritaba-. Dejad las armas y largaos. No quiero volver a veros.

Sabía que me respetaban, que confiaban en mí más que yo en ellos, pero no podía evitarlo, el odio y la aversión eran demasiado intensos. Por suerte ellos me conocían bien.

-Esperemos que se calme –se decían.

Me traían agua para que me tranquilizara o betel para mascar. Yo daba vueltas y más vueltas sin parar, en aquellos momentos no podía sentarme. Mascar el betel picante desde luego no me apaciguaba. Sentía una cólera profunda desde hacía mucho tiempo. Bullía en mi interior, nunca desaparecía. Olvidaba que aquellos eran mis hombres.

Los de mayor estatura se arrodillaban delante de mí intentando animarme.

-Así no tendrás que saltar para abofetearnos, bahanji.

Pero en aquellos momentos nada habría conseguido hacerme reír, excepto que me hubieran entregado a Sri Ram para echárselo a los perros.

Era como si hubiera comido algo envenenado y no pudiese vomitar. Hasta el día en que recibí un mensaje de su hermano Lala Ram.

“Tu enemigo ha muerto.”

Los hermanos Ram habían reñido por una mujer y Lala había matado a Sri. “Así que ha muerto por una mujer”, pensé. Aquél fue mi único consuelo. Al menos el diablo pelirrojo se había ido de este mundo. Hubiera preferido matarle con mis propias manos, pero, de todos modos, me sentía aliviada. Al reflexionar sobre ello, comprendí que ya no me importaba morir, porque él había muerto, mi enemigo había muerto.

Pero tenía otros enemigos. A partir de entonces renació mi antiguo odio hacia Mayadin y volvió a torturarme. Déjale vivo, me había dicho Vickram-, porque pertenece a tu familia. Sin embargo, yo deseaba saldar cuentas.

Era difícil acercarse a mi aldea. La policía había acampado a un lado de un pequeño bosque y nosotros plantamos nuestro campamento en el otro, en un lugar donde no podían vernos. Al anochecer, fui corriendo a la aldea. Pasè media hora buscando a Mayadin de casa en casa. Pero sòlo encontrè a algunos panchas. Y luego atacò la policía. Cuando empezó el tiroteo, mi primer impulso instintivo fue correr a refugiarme en mi casa. Casi había llegado cuando comprendì que pondría en peligro a mi familia. Retrocedì y salì de la aldea para reunirme con mis hombres, seguida por la policía. Nos retiramos en dirección al bosque e intentaron cortarnos el paso, así que volvimos hacia el río. Trataron de adelantarnos también allí. No nos quedó màs salida que zambullirnos en el agua, bucear hasta la otra orilla y perdernos en la oscuridad.

Estaba enfadada, pero màs tranquila. Había decidido que no morirìa hasta que hubiera castigado a Mayadin. No quería que pudiera reírse de mì y decir: “Esa zorra creyó que podía darme una lección y ha muerto”. ¡Oh, no! ¡Èl sería el último de la lista! Todavía merecía una lección.

Mientras tanto, me complacía haber podido dar otras lecciones. Había quitado dinero a los ricos y se lo había entregado a los pobres, había ayudado a algunas jóvenes a casarse pagando sus dotes, había castigado a los violadores, usurpadores de tierras y delatores.

Era yo quien tenía derecho a llevar la cabeza bien alta y no èl. Yo luchaba, mientras èl huìa siempre.

Man Singh seguía insistiendo en que teníamos que llegar a un acuerdo para entregarnos, pero yo no tenía intención de hacerlo. Todo lo contrario. Maldecía a la policía, enviándoles mensajes en los que les aseguraba que iba a amargarles la vida y a acosarles en sueños, que sembrarìa el terror y la destrucción a mi paso, como la diosa Durga.

Y era verdad. Cuando entraba en las aldeas, la gente huìa en todas direcciones y las calles quedaban desiertas. Ni siquiera tenía que alzar el fusil. Si agarraba a alguien, se hincaba de rodillas suplicándome que le perdonara; todos afirmaban que eran pobres chamares, jatavs o lo que fuese; nunca thakures. Pero yo reconocía a un thakur en cuanto le veìa. Siempre iban bien vestidos y estaban bien alimentados. No tenían la cara arrugada por la tristeza y la fatiga. Los pobres no necesitaban decir que lo eran.

Los periódicos contaban que Phoolan Devi le había cortado la nariz a èste o aquèl, en tal o cual aldea. Era como si cortándole la nariz a alguien ganara un punto y no haciéndolo, lo perdiese. Pero muchas de aquellas operaciones no eran obra mía, sino de otras bandas que se hacían pasar por nosotros. Yo nunca fui tan cobarde como para usar el nombre de otros. Siempre daba la cara y me presentaba a la gente, pidiendo que no olvidaran mi nombre, Phoolan Devi; y esperaba que los demás actuaran honradamente. Si un confidente nos pedía que castigáramos a alguien y cuando llegábamos a la aldea nos estaba esperando la policía, golpeábamos al confidente hasta que confesaba quièn le había mandado hacerlo y luego le cortábamos la nariz al hostigador. Pero si la incursión transcurrìa sin problemas, el confidente recibìa su parte.

Yo ya no podía confiar en nadie.

Muslim nos explicó que quería recuperar un dinero que había escondido en el distrito de Bhand. Jurò que se lo había dejado a un hombre de confianza que nunca había intentado engañarle ni mentirle. Pero yo tuve un mal presentimiento. Aquel individuo era thakur. No tenía nada contra èl, pero sabìa que el dinero era la causa de muchas traiciones.

Acampamos cerca de la aldea y Muslim fue solo. Nos mandò a un hombre con comida, alguien a quien hacía tiempo que yo no veía. Ragú Nath había pertenecido a la banda de Vickram al principio. Era listo como un mono y tenía buen olfato para la supervivencia. Había sido lo bastante inteligente para dejarnos dos días antes de que Sri Ram matara a Vickram. Luego había estado conmigo un tiempo y había desaparecido después de la matanza de Behmai.

Me trajo un cuenco de lentejas y un khat.

-Èchate aquí, bahanji –me dijo-. Come un poco y descansa.

Me alegrò volver a verle, pero aquel día no me encontraba bien y estaba de muy mal humor. No pude comer las lentejas. Le pedí que me encontrara huevos en la aldea.

Muslim se burlò de mì cuando volviò.

-No has comido las lentejas que te mandè. ¿Qué pasa? ¿Es que no me aprecias?

-No, no es eso. He venido a ayudarte a recuperar tu dinero, de lo contrario no estaría aquí.

Raghu Nath siguiò intentando convencerme de que me echara en el khat que había llevado, pero de pronto sentí una necesidad urgente de hacer de vientre. Dejè el fusil, cogí un jarro de agua y seguí un pequeño arroyo hasta alejarme del campamento lo suficiente para que no me vieran. De pronto aparecieron dos sipahis que casi tropiezan conmigo. Por suerte no llevaba el fusil y vestía pantalones y camisa.

-¡Largo de aquí, chaval estúpido! Estamos buscando a la banda de Phoolan Devi. ¡Làrgate antes de que te peguemos un tiro!

Corrí como un rayo a avisar a los otros. Sostenía el jarro de agua con una mano y con la otra me sujetaba los pantalones. Me dolía muchísimo el estòmago y me aterraba ir desarmada. El centinela me vio aparecer corriendo y cuando apenas había acabado de decir que estaba allí la policía, empezó el tiroteo.

Disparaban contra el khat, donde Raghu Nath había intentado que me echara y que comiese las lentejas que sabía que me gustaban mucho. Muslim respondía a los disparos de la policía, avanzando hacia ellos con siete hombres.

Cogí el fusil y disparè, para cubrirles. Man Singh me mirò preocupado. Les gritamos que retrocedieran, pues había demasiados policías y no resultaba posible enfrentarse a ellos. Disparamos mientras pudimos para ayudarles, pero tuvimos que retirarnos.

En el momento de hacerlo, me volví y me encontrè con la mirada de uno de los policías que habían tropezado conmigo en los matorrales. Me reconoció.

-¡Soy Phoolan Devi! –le gritè.

A pocos kilómetros vimos que llegaban refuerzos. Furgones llenos de policías. Nos habrían matado a todos si hubiéramos intentado luchar. Esperaba que Muslim y los hombres hubieran escapado.

Me había dejado los zapatos y todo el dinero que llevaba encima en el khat. También había dejado atrás otra parte de mi ingenuidad. Raghu Nath nos había delatado. Le había dicho a la policía dònde estábamos.

Pocos meses después nos enteramos de que Muslim no había muerto en el tiroteo. Estaba escondido en una aldea cerca de Bhind, en Madhya Pradesh. Èl también había cruzado la frontera del estado. Un enlace en la aldea nos dijo que había estado allí y que se había puesto en comunicación con alguien de la policía local. Iba a entregarse.

Al parecer, todos querían rendirse. Los hombres que seguían conmigo deseaban buscar a Muslim y entregarse con èl.

Man Singh también.

-Busquemos a Muslim al menos, para saber cuáles son las condiciones.

-Casi nos matan por su culpa. Escapò sin intentar localizarnos y ahora me entero de que està en contacto con la policia.

No confies en nada ni en nadie...

-Muslim no puede ser traidor. Un miembro de la familia de Baba Mustakim nunca nos traicionaria.

No le veiamos desde diwali. Estabamos en el mes de phalgun. Habian pasado tres meses cuando nos encontramos de nuevo en la selva, no lejos de la orilla del rio Sind.

Hablaba en voz baja, como si temiera algo. Yo estaba enfadada con el y le echè un rapapolvo por habernos dejado.

-¡Eres un traidor! La última vez nos abandonaste. ¿Què maquinas ahora? ¿Quieres vendernos a la policia, es eso?

-No, no, Phoolan. No soy un traidor. Ese hombre, el policia, fue a verme el por su cuenta y me pidió que me entregara, pero que tenía que convencer a Phoolan Devi.

-Pues entrégate si quieres, y si crees que vas a ser feliz en la cárcel, pero no cuentes conmigo.

-Pero Phoolan, sin ti no puedo hacerlo. No quieren negociar con nosotros si no te rindes tú también. dicen que Phoolan primero y que luego aceptarán a todos los demás en Madhya Pradesh. Escúchame, Phoolan. En Uttar Pradesh os matarán nada más veros. No podemos volver a poner un pie allí.

Guardò silencio un momento.

-¿Cuántos quedamos? –preguntò.

Aatma-Samarpan.

Rendición. Me enfurecía sólo con oír la palabra. Era una palabra que le había oído a los dacoits desde el principio y ahora la oía en la radio y la veía escrita en los periódicos. Hasta mis hombres la empleaban.

Yo no tenía idea de la campaña política que se estaba montando en torno a mí en aquel momento en las ciudades. Y aunque lo hubiera sabido y hubiese sido capaz de entenderlo, no habría reaccionado de otro modo a lo que dijo Muslim aquel día. Yo no sabía vivir en ningún sitio más que en la selva.

Lo rechazaba instintivamente.

Otros ya habían capitulado, pero eran todos hombres. Conmigo, Phoolan Devi, que era mujer, sería diferente. ¿Què iba a hacer, entregarme otra vez a más humillaciones? Habían matado a Neera, la esposa de Baba Mustakim, y habían llevado su cuerpo desnudo por las aldeas en un carro de bueyes. Ella sólo era la esposa de un dacoit, no suponía una amenaza para nadie. Sabía muy bien lo que me harían para demostrar que eran ellos quienes tenían el poder.

¿Aatma-Samarpan?

Nunca.

35.

Hacia casi tres años que no veía a Baba Ghanshyam, y cuando lo hice, todos los recuerdos volvieron a mí: Vickram, tío Bare Lal, Bharat y los demás... Pasè tanto miedo aquella noche, durante el monzón, la noche que me secuestraron.

Baba Ghanshyam tenía la piel tan oscura que parecía un búfalo con sus grandes ojos negros y saltones. Lo encontrè muy envejecido. Tendría unos cuarenta y cinco años entonces. Yo todavía no había

aprendido a contar, todavía calculaba el valor de un fajo de rupias por el grosor, y la edad de las personas por las arrugas de la cara.

Llegó sin armas y resultaba extraño ver sus manos rechonchas unidas sin un fusil cuando se inclinó para saludarme. Seguía llevando la misma melena larga recogida en un turbante blanco.

Lloró al verme, pero yo no estaba tan conmovida. Le acompañaba su hermano Gharam.

-Deberías haber venido solo.

-La misma Phoolan, la misma muchachita agresiva. Ni siquiera sabías sonarte la nariz, ni siquiera te atreías a hablarnos. Lo único que decías si alguno se acercaba era: “Cabròn, vas a morir, me habéis destrozado la vida, cabròn”.

Se echó a reír.

-¿Has venido a hablar de la rendición, como Muslim y los demás? No dejan de repetirme que si me entrego lo harán también ellos. ¿Qué es toda esta chàchara? ¿Qué tiene que ver conmigo que todos queráis entregaros?

-Escùchame, Phool Singh. Si te entregas con nosotros, conseguiremos condiciones honrosas.

-Diles a mis hombres lo que quieres comer –le dije-. Mandarè que lo traigan de Tehengur.

Como ya habíamos hablado a solas, las dos bandas podían reunirse para comer.

El sarpanch de Tehengur llevó personalmente la comida en una gran bandeja cubierta por un paño y la probò primero. Era una precaución necesaria. Me encantaba la leche cuajada dulce y la policía podía echar veneno fácilmente sin que se notara. También había que tener cuidado con el pan, la nuez de areca molida impediría percibir el sabor del veneno. Todos los alimentos dulces o salados que podían envenenarse tenían que probarlos antes los que nos los llevaban.

A continuación, todos comieron y cantaron, y luego hablamos en serio. Yo creía que aunque la policía nos persiguiera sin tregua, ayudada incluso por el ejército, no èramos una banda de gatos asustados.

-¡Que vengan! Tenemos armas y municiones suficientes para luchar contra ellos –dije-. ¡A mì no me da miedo morir!

Baba Ghanshyam me mirò disgustado y hablò entre dientes con su hermano.

-¿Qué pasa? Deja de mirarme de ese modo.

Pero había oído perfectamente. Le había preguntado cómo una niña testaruda podía dirigir una banda con la fama de la nuestra. Les resultaba increíble. Todavía recordaban cuando era una cautiva, aterrorizada e indefensa. Ahora se veían obligados a tratarme como jefe de la banda con el mismo rango que ellos. O superior. Casi todos los hombres de Ghanshyam llevaban uniformes harapientos. Hacía frío y algunos ni siquiera tenían jerseys. Mis hombres (Man Singh, Jay Bir Singh, Muslim y los demás) estaban bien vestidos y alimentados. Nosotros no parecíamos una banda de mendigos. Yo cuidaba de mis hombres.

-Tus hombres no tienen prendas de lana, Ghanshyam –señalè-. No cuidas de ellos. ¿Cuàntos son? ¿Dieciocho? ¿Cuànto les pagas?

-¡No me hagas preguntas, bahanji! –me contestò, indignado-. Puedes quedàrtelos, si quieres. Tal vez les guste.

-De momento, te ofrezco algunos jerseys. Tenemos muchos.

-No lo hagas. No seas demasiado amable con ellos. ¿Pretendes separarlos de mì?

-Sòlo intento ayudarte. No te enfades. Tengo tela impermeable, y mantas, jerseys y relojes. Creo que no les vendrían mal.

Ghanshyam aceptò.

Me daba un poco de pena. Llevaba a una mujer en la banda. Ella me explicó que se llamaba Munnì y que tenía cuatro hijos. Le había dado dos mil rupias.

-¿Por qué la retienes con vosotros? –le preguntó a Ghanshyam-. ¿Para que cocine y lave la ropa? Es peligroso. Ya lo verás. ¡Algún día hará algo más por tus hombres!

El sol había empezado a ponerse. Era hora de seguir cada uno por su lado.

Namastè...

-¿Qué quieres decir? No, espera. Quédate. Aún no hemos decidido nada. Si te entregas, nosotros lo haremos contigo. Vamos a discutirlo como es debido.

-Escúchame, Baba Ghanshyam. Has hablado con un policía y no sé lo que te habrá dicho él, pero si tú quieres entregarte es asunto tuyo.

-Mira, sólo vete a ver a Paras Ram y él te lo explicará. Sabes que puedes confiar en él...

Paras Ram era un agricultor, el sarpanch de la aldea de Bhadoriya. Era thakur y oficial del ejército retirado. Y aunque yo pocas veces mantenía buenas relaciones con un hombre, y menos con un hombre rico y thakur por añadidura, él siempre había sido absolutamente honrado en sus tratos conmigo. Sabía que podía ir a su aldea de noche para pedirle información sin miedo a caer en una trampa. Accedí a verle. Le dije a Ghanshyam que le haría saber el resultado de la visita.

Llegamos casi a mediodía y Paras Ram propuso que acampáramos en una aldea cercana que estaba abandonada mientras él mandaba que nos prepararan la comida. Nos la llevó personalmente, una fuente de samosas de guisantes y patatas fritas con mantequilla. Me senté en una manta frente a él y conversamos mientras mis hombres se disponían a dormir. Paras Ram siempre me hablaba como un padre. Era juicioso y amable conmigo.

-Entregarte sería una buena solución para ti, Phoolan. Eres joven y tu familia está sufriendo muchísimo por esta situación.

-¿A quién me entregaría? No confío en la policía.

-Me gustaría que te pusieras de acuerdo con un hombre a quien conozco. Es pariente mío, oficial del ejército en Jammu, en Cachemira.

-¿De verdad es pariente tuyo?

-Sí. Puedes confiar en mí. ¿Aceptarías verle?

-¿Cuándo?

-Mañana por la mañana.

Reflexioné un momento.

-De acuerdo.

A la mañana siguiente hacía mal tiempo.

Amaneció con una niebla cerrada y la visibilidad era mínima. La vieja aldea en ruinas llevaba décadas abandonada. Nos envolvía una quietud extraña. No era un pueblo fortificado pero quedaba totalmente oculto entre los barrancos. Yo tenía veintiséis hombres entonces. Les había mandado desplegar y tomar posiciones entre las rocas. Podría haber un regimiento entero allí fuera.

Hacia las diez, el centinela nos hizo señales de que se acercaba Paras Ram con alguien detrás. La niebla le impedía distinguirlo con claridad. Sólo era una figura borrosa. Esperé a que estuviera más cerca para poder ver mejor al otro hombre. Se protegía del frío con un gorro de lana y un manto que le cubría los hombros. Su aliento se hacía visible en la niebla húmeda.

Invité a los dos a sentarse en la lona impermeable, sin apartar los ojos del desconocido. Era un individuo grueso, de unos cuarenta y cinco años, y mirada astuta.

-¿De dónde eres?

-De Cachemira –contestó, con una sonrisa.

-Levántate, por favor.

Paras Ram intervino.



-Phoolan, hemos venido aquí de buena fe. No tienes que desconfiar.

Registré al visitante. Llevaba un revólver en el bolsillo, una grabadora en otro y también una cámara fotográfica. Lo dejé todo a un lado.

-Ya puedes sentarte. No intentes engañarme. Sé quiénes eres.

-Bien. Soy periodista en Delhi. Escribo en los periódicos.

-Primero eras de Cachemira y ahora resulta que eres de Delhi. Estás mintiendo. Sé de dónde eres.

¿Quieres que te lo diga?

-Sí. Adelante.

-Eres de la policía. Vienes de la comisaría de Bhind.

-¿Cómo lo sabes?

-Por tu cara. Lo leo en tu cara.

Paras Ram empezaba a ponerse nervioso, pero el visitante seguía sonriendo.

-Muy bien, no soy periodista. Pero podría ser tu padre, y tú podrías ser mi hija y no tengo nada contra ti. Tienes razón. Soy policía. Me llamo Rajendra Chaturvedi.

-¿A qué comunidad perteneces?

-Brahmán.

-¿Quieres comer algo?

-No, gracias.

Debía de tener miedo de que le envenenara. Me di cuenta de que estaba nervioso porque le había quitado el revólver. Él era un empleado del Gobierno y yo una bandida. Si no le devolvía el arma podría tener problemas con sus superiores.

Pero siguió sonriendo e incluso hizo bromas.

-Como me has despojado de mi revólver no tendré más remedio que hacerme también dacoit y quedarme contigo.

-Como quieras. Me gustaría. Un hombre más en la banda.

Vací el revólver. Saqué el cargador automático y me lo guardé en el bolsillo. Luego se lo devolví.

-Toma. Esto es lo que te preocupa, ¿no?

Estaba visiblemente aliviado y volvió a sonreír.

-Dicen que eres una dacoit terrorífica, pero veo que te comportas como una muchacha honrada.

-Entonces come ahora, si quieres demostrarme que no te asusto.

-¿No quieres matarme? ¿Juras que no intentarás hacerme daño?

-Lo juro por tu revólver. Lo jura Durga. Si mi enemigo viene a hablar conmigo, no le haría daño aunque fuera el hombre más abominable del mundo. Comparte conmigo esta comida sin temor.

De todas formas no comió.

Mientras yo comía me preguntó:

-¿Puedes devolverme la cámara?

-¿Para qué la quieres?

-¿Puedo hacer una foto, sólo una, como recuerdo?

-No.

Yo no había visto nunca una cámara tan cerca y no sabía cómo funcionaba. Ignoraba cómo salían de ella las fotos, pero la palabra fotografía era como una señal de alarma. Los hombres me habían advertido siempre que no dejara que me fotografiaran el rostro. Lo pondrían en los periódicos y en carteles en las estaciones de tren y luego todo el mundo me reconocería.

Le di la cámara a Paras Ram, no al policía.

-Todavía no confías en mí, aunque estoy desarmado. Sé que hay otras bandas en la región, no lejos de aquí. Cualquiera de ellas podría matarme. Pero he venido a verte a ti, Phoolan, y si me matan te echarán la culpa a ti.

-Nadie va a matarte. Bueno, ¿qué quieres?

-Tengo una proposición que hacerte. Si accedieras a entregarte a las autoridades de Madhya Pradesh, podría arreglarse.

-Mis padres y mis hermanos están en Uttar Pradesh. ¿Qué sería de ellos? ¿Quién les protegería?

-Lo único que quiero es que podamos discutirlo sin peligro para ninguno de los dos. Puedes confiar en mí. Estoy seguro de que podría llegar a un acuerdo.

Era ya de noche cuando se fue, protegido por mis hombres. Había dejado el coche en la carretera y tenía que caminar un buen trecho por los barrancos en la noche fría y neblinosa.

A los pocos días, me enseñaron un periódico con mi fotografía en la portada, comiendo con aquel hombre, y otra foto de toda la banda. Man Singh leyó lo que había escrito debajo.

“Phoolan Devi es una buena mujer. Haré todo lo posible por convencerla de que se entregue”.

¡Me había traicionado!

Yo no sabía cómo sacaban las fotografías de aquella caja, pero habría destrozado la máquina si hubiera sabido que iba a hacerlo. Me había asegurado que sólo pretendía hablar conmigo y luego decía en el periódico que me había conocido y que iba a entregarme. ¿Por qué lo hacía? Yo no había decidido nada.

Nadie había visto nunca mi cara en una fotografía. Aquel hombre me había colocado en una situación muy peligrosa.

Levantamos inmediatamente el campamento para volver a Uttar Pradesh. Viajamos sin cesar durante casi dos semanas, dando un gran rodeo hacia el norte, casi hasta la frontera de Rajasthan, para evitar que nos encontraran. Rajendra Chaturvedi podía pensar que yo iba a entregarme en su territorio, en Madhya Pradesh, pero eso tenía que decidirlo yo y sólo yo.

Muslim quería entregarse. Ghanshyam y Man Singh querían entregarse. Todos estaban esperando mi decisión. Yo no sabía por qué necesitaban que me rindiera yo si ellos deseaban hacerlo. Y yo me había vuelto todavía más recelosa. Reunirse con oficiales de la policía era arriesgado. Ya resultaba bastante peligroso cuando tenían armas y refuerzos, pero hablar con ellos era peor.

Había de actuar con mucha cautela. La policía de Uttar Pradesh reclamaba mi cabeza desde la matanza de Behmai. Yo dirigía la banda que la había llevado a cabo. Iban a matarme por ello.

Pocas semanas después, acampamos con Muslim y su banda cerca de una aldea de Uttar Pradesh llamada Ambapur.

En aquella ocasión vino a verme un grupo de hombres. El centinela me avisó.

-Son una docena más o menos. He visto un jeep abajo en la carretera. Hasta aquí se ha acercado sólo uno. De acuerdo. No lleva fusil.

-¿Quién es?

-Dice que se llama Mir Sahib y que es de Amraudha. Hay una mujer con ellos.

-Reténlos. Diles que esperen.

Nadie tenía idea de quién era ese hombre, ni en mi banda ni en la de Muslim. El centinela fue a interrogarle y volvió corriendo.

-Dice que ha traído a tu madre, bahanji. Está en el jeep con tu hermano Shiv Narayan.

Hacía por lo menos dos años que no veía a mi madre, pero mi primera reacción fue de cólera. Quería saber quiénes eran aquellas personas y qué hacía ella aquí. Le indiqué al centinela que los

acompañara y la observè con los prismáticos mientras subía la colina. Caminaba despacio detrás de los hombres, seguida por mi hermano. Estaba delgada y tenía la espalda encorvada.

-¡Phoolan, hija mía!

En lugar de echar a correr hacia sus brazos, empecè a increparle:

-¿Què haces aquí? ¿Quièn es toda esta gente y què pintas tù con ella? ¿Còmo supiste dònde encontrarme?

-Yo no sè nada. Nos ha traído este hombre, Mir Sahib. Quiere hablar contigo. Escùchame, Phoolan. Tu padre y yo hemos pasado mucho tiempo en la cárcel. Nos dijeron que habías muerto y luego que seguías viva. ¡Yo no sabía què creer!

-¡Tù no sabes nada! ¡Ni siquiera quièn te trae aquí! ¡Podrían matarme por tu culpa! ¡Ah, claro! Te han pagado. Necesitas el dinero, es por eso.

-Phoolan, hija mía, te lo ruego, escùchales. Dicen que puedes entregarte donde quieras, en Etawah, o en Kanpur, y que no te harán daño.

Shiv Narayan se acercò y me abrazò. Mi hermanito había crecido. La última vez que le había visto era todavía un niño pequeño. Pero ya se había convertido en un muchacho. Tenía una mirada viva e inteligente y se había hecho tan mayor que incluso me susurrò al oído:

-No les hagas caso, Phoolan. Ignoramos totalmente quiènes son ni de dònde vienen. Amma dejó que la convencieran, pero no te fies.

Mi madre me suplicò con la mirada y con las manos uniéndolas con las palmas abiertas.

-Escùchales, Phoolan, escucha lo que tienen que decirte –me suplicò.

Yo estaba segura de que eran policías. Supuse que le habrían pegado o amenazado con meterla otra vez en la cárcel. Me explicó que la policía llevaba meses acosándolos. Los vigilaban día y noche. No tenían què comer y mi padre no conseguía trabajo. Si me negaba a entregarme, les causaría màs problemas. Accedí a escuchar a aquel Mir Sahib, por ellos. Pedí a los hombres que me acompañaran.

-¿Quièn eres?

-Soy periodista. Estos hombres también son periodistas. Nos gustaría hablar contigo y hacerte una fotografía.

-Nada de fotografías. No quiero ver mi foto en los periódicos. Así que habla...

-Hemos visto al gobernador de Uttar Pradesh. Ha prometido a tu madre que si Phoolan Devi se entrega le concederà cien bighas de tierra, darà trabajo a toda su familia y tendrían permiso de armas. Ha prometido que te liberarían después de ocho años de cárcel, sea cual sea la sentencia.

Shiv Narayan me llevó aparte.

-No lo hagas, Phoolan, no vuelvas. Si lo haces te matarán como al otro dacoit, a Chavi Ram. Alzó los brazos y dijo que iba a entregarse y lo acibillaron a tiros. En la aldea lo saben todos.

Le respondí que no se preocupara, que no había decidido nada.

-Si tienes que entregarte, no lo hagas en Uttar Pradesh. Todos aseguran que la policía de allí sòlo se quiere muerta. Los hombres de la aldea no paran de hablar de ello. ¡Tienes que creerme! ¡No quiero que te maten, Phoolan!

Mirè con admiración a mi hermanito. Era inteligente y hablaba bien. Había aprendido a leer y a escribir. No era un salvaje como yo.

-¿Tù deseas que me entregue?

-Si tù crees que es lo correcto, sì. Pero no a ellos. No quiero que mueras.

-Lo pensarè. Mientras tanto manteneos alejados de esa gente. No hablèis con ellos si van a veros diciendo que son policías o periodistas. Y no creàis nada de lo que os digan.

Le di tres mil rupias a mi llorosa madre y otro tanto a mi hermano. Volvieron con el grupo de periodistas. Para mì eran como policías: enseñaban fotos y escribían sus historias sin saber la verdad.

-¿Propones que me entregue en Uttar Pradesh?

-Asì es. La policía ha prometido ocho años.

-¿Y què pasa si me entrego en Madhya Pradesh?

-¿Por què ibas a hacer eso? No es tu tierra. Tienes que entregarte aquí. Uttar Pradesh es tu estado.

-Lo pensarè...

Dije que pensaría en ello por mi madre, para que dejaran de perseguir a mi familia. Podía ser una salvaje, no saber cómo funcionaban sus cámaras, pero conocía instintivamente la amenaza y la coacción. Oía sus trampas, leía sus rostros, interpretaba sus palabras. El instinto me había ayudado a sobrevivir en la selva. Había escapado de la muerte por un pelo tantas veces, que reconocí inmediatamente lo que había detrás de sus artimañas. Habían llevado a mi familia para aplacarme y simulaban que se preocupaban por ellos. Pero yo sabía que si me negaba, cambiarían de táctica y volverían a meter a mis padres en la cárcel para presionarme.

Y sabía también que mi hermano tenía razón. Pretendían que me entregara en Uttar Pradesh para matarme a tiros como a los demás. Me imaginè saliendo de detrás de un matorral con las manos en alto: un segundo después oiría una tormenta de balas.

Tomè una decisión. Si tenía que dejar la selva para que mi familia viviera en paz, también procuraría evitar que me matasen. Levantamos el campamento y volvimos a Madhya Pradesh, al distrito de Bhind.

Dos semanas màs tarde, enviè un recado a Paras Ram avisándole de que deseaba hablar con Chaturdevi otra vez.

Man Singh no estaba de acuerdo. Prefería entregarse en Uttar Pradesh. Me dijo que ya había hecho tentativas de negociar a través de sus hermanos. Èl no confiaba en la policía de Madhya Pradesh. ¿Le habrían ofrecido dinero si me entregaba con èl?

Paras Ram dispuso el encuentro cerca de su aldea, en un terreno que le pertenecía. Desde allí les llevaríamos con nosotros hasta los barrancos. Llegamos nosotros primero, y pedí a los hombres que me acompañaban que me entregaran los fusiles y la munición. No resultaba conveniente que estuviesen armados. Man Singh se puso furioso.

-¿Es que te has vuelto completamente loca?

-Si no te gusta, puedes marcharte. ¿O preferirías matarme? Eres el único que sacaría algo de esto...

-¡Por Dios! ¿Puede saberse por què me acusas siempre?

-Porque sè lo que estàs pensando. No haces màs que repetir que tu hermano piensa que debo entregarme contigo. Dime, ¿cuànto dinero le han ofrecido a tu hermano por mì?

Man Singh no contestò.

No confíes en nadie ni en nada...

Rajendra Chaturvedi nos miraba sin decir palabra. ¿Cómo sabía yo si podía confiar en èl? Ya me había mentido sobre la cámara fotogràfica; pero era un funcionario del Gobierno de Madhya Pradesh, un policía de alto rango, no un simple agente de policía de Kalpi. Tendría que arriesgarme.

Avanzamos durante horas, los hombres delante y Chaturvedi y yo detrás. Estaba muy nerviosa. Si uno de mis hombres le mataba, las consecuencias serían desastrosas. Me acusarían de haberle tendido una trampa aprovechándome de que confiaba en mì. Había dejado la motocicleta a cargo de dos policías de la aldea de Paras Ram. Estaba en juego mi honor; y también mi única salida. Si èl moría, la policía de Madhya Pradesh también pediría mi muerte.

Volvimos a las ruinas de la aldea abandonada. Desde allí se dominaban los barrancos. Chaturvedi no estaba acostumbrado a caminar como nosotros y jadeaba, pero seguía tranquilo y risueño.

-Mi Gobierno està dispuesto a aceptar tu rendición. Me envía el gobernador general, Arjun Singh, que sigue instrucciones directas de la primera ministra, Indira Gandhi.

Yo había oído hablar de la señora Gandhi y la admiraba. Al fin y al cabo era mujer como yo en un mundo de hombres. No sabía nada de su vida, pero sí que había tenido que vencer a muchos enemigos, igual que yo. Me hubiera gustado conocerla.

-Si quieres ver al gobernador general del estado, puedo arreglarlo.

En realidad, yo no sabía lo que era un gobernador general. Suponía que sería un funcionario muy viejo.

-No, es un político. Es el jefe de todo el estado, de todos los pueblos y aldeas, y si te entregas a él, te respetará. Obedece órdenes de la primera ministra para garantizar tu seguridad.

-¿Y mi familia?

-Puedes traerlos aquí.

-¿Cuántos años de cárcel? Quiero que sean ocho.

-¿Por qué ocho?

-He dicho que ocho años.

-Muy bien, si es lo que deseas, así será...

-Me lo pensaré.

Lo pensé durante mucho tiempo, más de un mes. Le había dicho que quería ocho años porque era lo que me habían propuesto los periodistas de Uttar Pradesh. Si me hubieran sugerido cinco, yo también hubiera pedido cinco. Las normas de la negociación de una entrega era otro asunto del que yo lo ignoraba todo.

Tan pronto confiaba en Chaturvedi como retrocedía igual que un gato asustado. Al parecer, él sabía mucho de todo aquello, mientras que yo no sabía nada. Pero mi mayor preocupación era mi familia. Necesitaba garantías sobre su seguridad. Sabía que los thakures nunca dejarían de atormentarles y amenazarles. Quería que les trasladaran a Madhya Pradesh y que tuviesen tierra y trabajo, lo que se les había negado siempre desde que yo había nacido. Pero desconocía qué garantías podían darme aparte de palabras y yo no confiaba en las palabras.

Un día. Ocurrió algo que me demostró que tenía razón.

Hacía tiempo que Muslim tenía intención de rendirse y nos habíamos separado porque él deseaba hacerlo como jefe de banda para conseguir mejores condiciones. Él tenía doce hombres y yo tenía catorce. Pero cuando iba a entregarse cayó en el fuego cruzado de la policía. Mataron a tres hombres y él resultó herido.

Me retiré de la selva, convencida de que Chaturvedi había roto su palabra y era el responsable.

Él nos rastreó de aldea en aldea y durante un tiempo creyó que habíamos regresado a Uttar Pradesh; pero insistió en no perder el contacto. A mí no me impresionaba. Creía que sólo lo hacía porque era su trabajo. Al fin accedí a verle por tercera vez. Quería averiguar qué le había ocurrido a Muslim. Un confidente nos había contado que seguía con vida y bajo vigilancia en un hospital.

Aquel día yo estaba muy irritada. Man Singh intentó tranquilizarme y también Chaturvedi. Todos aquellos hombres seguían afirmando que yo era impaciente y agresiva. Chaturvedi se extrañó de que no supiera lo que le había ocurrido a Muslim. Me explicó que lo habían publicado todos los periódicos. Le quitó importancia, achacándolo a un malentendido entre departamentos policiales. Había un oficial de Uttar Pradesh que no estaba de acuerdo con lo que hacía Chaturvedi. Él pensaba que era necesario matar a todos los dacoits, mientras que Chaturvedi tenía órdenes de capturarnos vivos. El Gobierno de Uttar Pradesh se había disgustado por la intervención de un oficial de policía de otro estado en sus asuntos.

A ellos todo les parecía comprensible, era simple política, pero yo contaba sólo con mi instinto para averiguar la verdad. La lucha por la supervivencia me había enseñado a ser cautelosa. No entendía nada de política, de Gobiernos ni de estados. Sólo me fiaba de mis presentimientos.

Me calmè y aceptè hablar de nuevo.

Aquella vez, Chaturvedi llevò a su esposa. Era una mujer guapa, con ojos afables. Me trajo ropa y regalos, comida que había preparado especialmente para mì. Hacìa tanto tiempo que nadie me demostraba afecto que no supe què decir. Èl accedió también a traer a mi familia a Madhya Pradesh. Se encargò de recogerlos y de trasladarlos a todos, junto a su ganado, en un camión.

Al final llegó otro hombre, Rama Shankar Singh, enviado por el gobernador. Me pidió que grabara un mensaje para el gobernador de Madhya Pradesh en su grabadora. Enumerè mi lista de peticiones:

Que no me ahorcaran.

Que me juzgaran en Madhya Pradesh y en ningún otro sitio.

Que me sentenciaran a ocho años de cárcel.

Que me encarcelaran con mis hombres.

Que concedieran a las familias permiso de armas para protegerse.

Que les dieran tierra y trabajo para que pudiesen vivir.

Que escribieran mis peticiones en papel oficial.

Y luego, en otro mensaje, pedìa que aceptasen la entrega de Muslim y su banda en las mismas condiciones (aunque èl estaba ya en el hospital, herido por la policía) y la entrega de Baba Ghanshyam.

La espera durò cincuenta días, tal como me habían anticipado.

Hacìa todavìa frìo, la primavera no llegaba. Yo estaba nerviosa e irritable, muy preocupada por mi futuro. Había tomado una decisión, pero cada vez que oìa cantar a los pàjaros y alzaba la vista hacia los àrboles me preguntaba si podría sobrevivir en la cárcel.

Estaba en casa de Paras Ram cuando Rajendra Chaturvedi y Rama Shankar Singh llegaron con la carta. Era una carta oficial. En la parte de arriba llevaba la inscripción: "Gobierno de la India".

Todas mis peticiones figuraban escritas debajo, y luego estaban las firmas. Paras Ram nos lo leyò a mì y a mis hombres.

-Ahora tienes que firmar tù –me dijo luego.

Yo no sabìa hacerlo. Pedí a Munim, el contable de la banda, que escribiera Phoolan Devi por mì. Luego me dirigí a mis hombres:

-Ahora sois libres de elegir. Podèis venir conmigo o marcharos.

Man Singh saliò corriendo de la habitación. Saltò de la terraza de la casa al camino y volviò a la selva...

Los otros decidieron quedarse conmigo.

-Hemos de fijar una fecha –me explicó Chaturvedi-. ¿Cuàndo será?

-Dentro de seis días.

Miraron el calendario de la pared.

-Barah farvari unnes sau tirasi.

El 12 de febrero de 1983.

Vi salir y ponerse el sol durante seis días de libertad frenética y, con ellos, cinco noches de angustia.

Empecé a comprender lo que significaba realmente entregarme. Tendría que darles el fusil y la cartuchera. Me encerrarían en la cárcel de Gwalior con las manos vacías, indefensa. Al menos sabía cómo era una cárcel. Tenía sólo quince años cuando me habían llevado allí, temblando de terror. Pero el futuro seguía siendo igual de incierto. Procuraba convencerme de que todo saldría bien, de que cumplirían su promesa y no me ahorcarían, pero la cólera y la incertidumbre continuaban royéndome las entrañas.

Mientras aún estaba libre, pude ir de una aldea a otra y hablar con la gente. La policía me vigilaba de cerca. Chaturvedi me había aconsejado que no me moviera y esperase tranquilamente echada en un khat hasta que llegara el día acordado. Le preocupaba que hiciera una última incursión. Me dijo que le causaría muchos problemas si eso sucedía.

Pero no era una incursión lo que necesitaba yo para tranquilizarme. Quería ver a los aldeanos, a las mujeres y a los niños, a la gente pobre como yo. Deseaba ser, durante el tiempo que me quedara, Phoolan Devi, la bandida, y preguntarles: “¿Qué pasa? ¿Quién te ha golpeado? ¿Quién te ha violado? ¿Es un hombre justo el sarpanch de la aldea? ¿Puedo confiar en este hombre rico que quiere rendirme homenaje? ¿Tenéis miedo de hablar? Tomad mi dinero y hablad”.

Los necesitaba. Había luchado también por su supervivencia. Ser bandido suponía quitar a los ricos y dar a los pobres, escarmentar al traidor y al propietario cruel y castigar al violador para hacerles entender que las mujeres y los pobres también tenían dignidad. Necesitaba ver su expresión de alivio cuando sacaba del bolsillo del uniforme fajos de dinero enrollados y sujetos con cintas elásticas y los sopesaba con la mano para calcular su valor: cinco mil, diez mil, veinte mil... Quería dejar los fajos en sus manos tendidas y castigar a quienes les habían privado del derecho a la existencia. En la cárcel no podría hacerlo. Ni siquiera estaba segura de si llegaría a la cárcel, no digamos ya de si sobreviviría allí.

Chaturvedi me pidió que me tranquilizara, que no visitase las aldeas, pero yo no podía dejar de hacerlo. Ellos querían verme, y querían verme todos, los pastores y los ricos. Esperaban que bendijera sus casas, que las purificase con mi presencia, como una diosa. Los ricos me llevaban sus ofrendas y los pobres sus oraciones.

Durante seis días fui de una aldea a otra, durmiendo en esta o aquella casa, y procurando olvidar el vehículo lleno de policías que me seguía, procurando olvidar lo que me aguardaba.

Si Vickram hubiera estado vivo nos habríamos entregado juntos. Antes de morir me había dicho: “Cuando matemos a Sri Ram, nos entregaremos juntos, Phool Singh”. Podríamos haber vivido tranquilamente después. Nos habrían hecho pagar una multa y pasar unos meses en la cárcel. Pero él había muerto y yo me había convertido en un fantasma que buscaba venganza sin tener nada que perder, porque ya estaba muerta.

Se acabó. Llegó la última noche.

La policía había montado un pueblo entero de tiendas, alrededor de un edificio de madera, en terrenos del departamento de riego. Habían colocado focos y cercado el edificio. Me condujeron entre una multitud de periodistas que seguían a Chaturvedi. Hacia la medianoche, llegó un furgón policial con Ghanshyam y sus hombres. Man Singh estaba entre ellos. Había cambiado de idea. Iba a entregarse con nosotros.

Todos los periodistas querían hablar conmigo y fotografiarme.

No les permití que me hicieran fotos, pero les dije que contestaría a sus preguntas. Les dejaron pasar.

Uno afirmó que la policía iba a matarnos.

-¿Crees que realmente van a permitir que os entreguéis ahora?

Empezaron a discutirlo, graznado alborotados a mi alrededor como pavos en la selva.

El miedo se disparò. Algo explotò en mi interior.

-Prepàrate –le susurrè a Man Singh-. Carga el fusil. Van a atacarnos. ¡No saldremos vivos de aquí!

Ya no quería hablar con nadie. Me tenían sin cuidado todos aquellos periodistas. No entendía lo que decían y mucho menos lo que pretendían de mí. Yo hablaba bundelkhandi y no entendía el idioma que ellos empleaban.

Empecè a lanzarles todo lo que tenía a mano.

-¡Dejadme en paz, fuera de aquí!

La esposa de Chaturvedi creyó que me había dado un ataque de nervios.

-¿Qué pasa, Phoolan!

-Dicen que la policía va a matarme. ¿Es verdad?

Intentò calmarme mientras yo miraba desesperada a mi alrededor buscando la forma de salir de allí. Pero había media docena de policías en la puerta que me vigilaban constantemente, pegados a mi sombra, y desquiciándome todavía más.

-Si esto continúa voy a matarme.

¿Pero cómo iba a hacerlo? Ya ni siquiera tenía mi fusil. Me habían pedido que lo enseñara y luego me preguntaron si podían probarlo y no me lo habían devuelto. Tampoco tenía revòlver. Desarmada, me dominò el miedo. Me habían despojado de mis armas para matarme, estaba segura.

Habían instalado a mi familia en una habitación y a mí en otra. Los hombres estaban todos juntos en una sala. No había khats para dormir y no pude probar la comida que nos llevaron. Fui a la habitación donde esperaba mi familia.

-Amma, marchaos de aquí. ¡Van a matarme!

Mi madre se cubrió la cara con las manos, sollozando.

-¡Man Singh, van a matarnos!

-No tengas miedo, Phoolan. Estamos aquí. Si te matan, nosotros les mataremos a ellos.

Los periodistas seguían zumbando a mi alrededor como moscas, con sus grabadoras y màquinas fotográficas. Les tirè del pelo y les echè de la habitación, gritando como una posesa.

-¿Por qué querèis sacarme fotos? Si querèis mi fotografía, esperad a que estè muerta.

No había comido, no había bebido ni un vaso de agua y no había dormido en toda la noche. Por la mañana, vino a verme un mèdico. Los hombres se asustaron, creyendo que me habían envenenado.

-¿Qué le pasa a Phoolan? –le preguntò Man Singh al mèdico.

-Nada. Es la tensión. Sus nervios no lo soportan. Por eso està enferma.

A las seis de la mañana, hicieron subir a todos los hombres a un autobús y a mí me acomodaron en un coche junto a Chaturvedi. Había gente y vehículos por todas partes. Los periodistas seguían amontonándose a nuestro alrededor. Cada vez que veía a uno hacer una fotografía me entraban ganas de pegarle un tiro, pero me habían quitado el fusil. Los hombres llevaban los suyos todavía, en cambio, las únicas armas que tenía yo a mi alcance eran piedras y trozos de leña. Se los lancè a los periodistas.

-Devuèlveme mi fusil –le dije a Chaturvedi.

-No, Phoolan, càmate. No te enfades con los periodistas, escribirán cosas malas de ti.

El motor arrancò y nos pusimos en marcha. Las ventanillas se oscurecieron y no podía ver nada fuera.

-¿Adònde vamos? ¿Adònde me llevas?

-Primero al templo.

Delante del templo, la policía disparò al aire para dispersar a la multitud que se congregò inmediatamente a nuestro alrededor. Casi parecía un festival. Les pedí a los guardias que me dieran mi



fusil. De haber tenido posibilidad, me habría pegado un tiro allí mismo y lo sabían. Si me mataba cuando iba a entregarme, los responsables habrían sido Chaturvedi y toda la policía y el ejército. También debían de tener miedo de que en lugar de disparar sólo al aire abriera fuego contra la multitud. Estaba furiosa con Chaturvedi. Él llevaba mi Sten al hombro y me arrojé sobre él tirándole de la ropa para quitárselo.

Un periodista hizo una fotografía justo en aquel momento y un policía se abalanzó sobre él. Le quitó la máquina y sacó la película como si le estuviera arrancando las tripas. Chaturvedi me empujó para que me apartase de él y me obligó a sentarme en el suelo fuera del templo.

-Ya basta. Haz el favor de calmarte...

Media hora después llegamos a Bhind y el coche aminoró la marcha a las puertas del edificio. Era un colegio. Habían sacado a los alumnos y lo habían llenado de policías. Los agentes de la guardia nacional rodearon el coche. No llevaban fusiles, sólo sus largos lathis. Yo había pedido que se encargaran ellos de mi seguridad y me tranquilizó no ver ningún fusil a mi alrededor. Los guardias nos acompañaron, cercándonos tan estrechamente que yo apenas veía lo que pasaba. El coche se detuvo pero no podíamos abrir las puertas por el muro de gente que nos rodeaba.

Entonces el coche avanzó de nuevo, muy lentamente, hacia una escalinata y los guardias hicieron retroceder a la multitud. Salimos y nos llevaron a una sala inmensa y vacía. Los hombres ya estaban allí. Chaturvedi me indicó que nos preparáramos.

-El gobernador general llegará enseguida. Hay aseos y os hemos traído ropa. Cuando os presenten al gobernador, lo único que tenéis que hacer es entregarle las armas y presentarle vuestros respetos.

¿Aquello era todo? ¿Darle las armas y hacerle una reverencia con las manos unidas? Así que aquello era entregarse. Había imaginado que habría un brahmán que diría una mantra, y comida, y que me pedirían que dijera unas palabras. La sala daba a un patio de recreo, donde esperaban los hombres de Ghanshyam, ya vestidos. Estaban pulcros y parecían contentos como si fueran a darles premios.

Me cambié de ropa en los lavabos. Cayeron al suelo de cemento en un montoncito mi uniforme, la camisa y las botas; oían a selva, a sudor y a libertad y a la angustia de los últimos días.

Me peiné, me até bien el pañuelo rojo y me lavé la cara. El agua estaba helada. Me temblaban las manos. Hacía mucho tiempo que no dormía.

Cuando salí, me devolvieron el fusil y la cartuchera. Habían descargado el fusil pero la cartuchera estaba llena. Podría haberlo cargado en un segundo.

Había un gran revuelo fuera. Desde la ventana podíamos ver un escenario con un micrófono. Un hombre hablaba a la multitud. Yo no entendía una palabra de lo que decía, pero vi a dos agentes de policía que empezaban a pegarle de pronto.

Man Singh se echó a reír.

-Estaba anunciando los nombres de los dacoits que van a entregarse hoy y al llegar a tu nombre el muy idiota se ha equivocado. Ha dicho que el gobernador del estado va a entregarse a Phoolan Devi. Por eso le pegan.

Corrí a la puerta y grité:

-¡No le peguéis! ¡Es la verdad!

Me tranquilicé y me reí con Man Singh. Hicieron salir del podio al orador incompetente, después de castigarle delante de miles de personas que observaban todo sin un murmullo. Durante unos segundos olvidé la gravedad de la situación. Luego llegó Chaturvedi a anunciar la llegada del GG.

Retrocedí y me negué a salir. ¿Quién era aquel GG?

-Quiero entregarme al gobernador, no al GG.

Chaturvedi me explicó pacientemente que era la misma persona. G y G eran las iniciales de su cargo...

El GG estaba en el escenario, esperando. Yo tenía que salir la primera. Me rodearon los guardias y me preguntaron amablemente si podían inspeccionar mi fusil para comprobar que no estaba cargado. Me lo devolvieron y me lo colgué al hombro. Me acompañaron fuera y subimos al podio.

Quedaba bastante alto. Un mar de rostros se extendía abajo. Nunca había visto tanta gente. El sol del mediodía era fuerte y el cielo azul, pero aquella masa humana, miles de personas, casi todos hombres vestidos con dhotis y kurtas o uniforme, como si se tratara de una asamblea, no hacían más ruido que un arroyo en los barrancos.

A un lado del escenario había tres retratos grandes. Uno era de Vinoda Bhave, un hombre famoso por poner en marcha el programa de rendición de los dacoits. Al lado estaba Mahatma Gandhi y junto a éste, la diosa Durga. Al otro lado del escenario me esperaban los funcionarios.

-Phoolan Devi entregará ahora las armas –anunció un hombre al micrófono-. El gobernador ha aceptado su decisión de entregarse voluntariamente. Hemos aceptado sus condiciones, eh... No. Ella ha aceptado nuestras condiciones.

Era el mismo hombre que se había equivocado antes. No pude contener la risa.

Los periodistas hacían fotografías sin parar y un policía me indicó que avanzara.

-Ahora entrégale el fusil al GG.

Crucé el escenario hacia un hombre que vestía uniforme de soldado. Era calvo y de cara redonda. Estaba hablando por el micrófono.

Al llegar a su lado, me detuve.

-¿Eres tú? ¿Eres la persona? –le pregunté.

Creí que no me había entendido, así que me quité el fusil y se lo entregué; luego me quité la cartuchera y se la colgué del brazo. Un agente me dijo que tenía que alzar las manos unidas como me habían mandado y presentarle mis respetos.

Alcé las manos unidas hasta la frente y presenté mis respetos al GG y luego a la multitud. Todavía se oía el murmullo de la gente.

Un oficial me dio entonces una guirnalda y se la puse en el cuello al gobernador. Mientras lo hacía, el agente me agarró del brazo.

-No hagas eso. Dásela en las manos.

-¿Por qué?

El gobernador me sonrió.

-Déjala.

Luego cogí otra guirnalda y la colgué en la imagen de Durga.

En el fondo de mi alma era a ella a quien me entregaba.

A continuación fue Man Singh, luego Ghanshyam y después todos los demás: cada vez, los mismos gestos, las mismas guirnaldas y los mismos gritos de la multitud. Hablaban todos a la vez, miles de personas. Si me hubieran dejado coger el micrófono, les habría insultado por su falta de consideración.

¿Por qué tenía que saludarles respetuosamente? ¿Quiénes eran ellos para merecerlo? Estaba acostumbrada a que la gente me presentara sus respetos a mí.

Y entonces estalló el caos. Me pasearon por Bhind de pie en un coche descubierto, seguida de una caravana de vehículos de la policía. Quedamos aprisionados en un atasco de tráfico y casi no podíamos avanzar. Los guardias tenían que empujar a la multitud que quería verme. Me preguntaba qué sentido tenía todo aquello, por qué me exhibían como a un mono delante de toda aquella gente sin permitirme siquiera hablar. El ruido de los coches, autobuses, motocicletas, y el griterío absurdo de la multitud me agotaban.

Por último, me llevaron a una casita del bosque de Ingwi, donde esperaba otro montón de periodistas. Me dijeron que iba a celebrarse una conferencia de prensa, pero yo no sabía lo que era. Los guardias me explicaron que tenía que contestar a las preguntas que me hicieran los periodistas.

Pero hablaban todos a la vez, sin mostrarme el menor respeto.

-¿Qué sientes en este momento?

-¿Qué te parece estar sin fusil?

-¿Por qué te confiaste a la policía de Madhya Pradesh?

Lo único que quería en aquel momento era escapar de allí. Me sentía inquieta sin fusil. De la policía de Madhya Pradesh sólo podía decir una cosa: me habían hecho promesas...

Pero no podía contestarles a todos. Eran demasiados y gritaban a la vez; me dolían los oídos.

Así que les pregunté yo a ellos.

-¿Qué pensáis vosotros?

-Yo estoy contento de que hayas entregado las armas.

-Muy bien. Si tú estás contento, yo también. Ahora dejadme en paz.

Yo era un animal salvaje, enfermo, nervioso y agresivo. Es lo que dijeron después. Me observaban asombrados.

-No parece una bandida...

-No es tan guapa como dicen...

-Tus crímenes no quedarán impunes –le oí gritar a uno de ellos-, ¡te ahorcarán!

Me sentía como si me estuvieran juzgando en un tribunal. Estaba a la defensiva. Habían colocado una mesa y una silla y todos querían que me sentase, pero me resultaba incómodo. No estaba acostumbrada. Me encontraba mal. Me mordí las uñas hasta que me sangraron y estaba tan nerviosa que me arranqué una entera.

Un periodista llevaba una máquina enorme al hombro y me apuntaba con ella como si fuera un fusil. Munna, de mi banda, me dijo al oído:

-Es una máquina que lanza electricidad para matarte.

Èl lo creía. Ninguno de nosotros sabía que era sólo una cámara de televisión y que estaba filmando.

-¡Largo de aquí! Déjame en paz –le dije al hombre que me apuntaba con la máquina.

No contesté más preguntas. Pero ellos siguieron haciéndomelas. Todo se prolongó una hora. Los periodistas escribieron después que yo era un gato montés, que actuaba de manera grosera y que no parecía en absoluto la reina de los bandidos. Si hubiera tenido mi fusil ya les habría demostrado qué clase de reina era. Si hubiese entendido su idioma y hubiera sabido lo que era una conferencia de prensa y una cámara de televisión, habría intentado explicarles lo que pensaba; pero ni siquiera comprendía por qué estaban allí.

Me trajeron comida, pero no podía comer sentada de aquel modo, en una silla. Yo quería acomodarme en el suelo, como hacía normalmente.

Cuando al fin se acabó la tortura, la policía nos hizo subir a los jeeps para llevarnos a la cárcel de Gwalior. Durante el viaje, pasamos por el bazar. Allí la gente me miraba de otra forma. Eran pobres que vivían en la ciudad. Había una gran multitud y nuestro jeep casi no podía avanzar. Como íbamos muy despacio, me reconocieron. Aunque la policía no permitía que se me acercaran, me miraban con respeto y admiración.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! –gritaban.

Por primera vez en todo el día tuve la sensación de encontrar a seres humanos, pero la policía les impidió acercarse. No querían que me tocaran.

Nuestro convoy estaba formado por tres vehículos. Yo iba en un jeep con el comisario de policía de Gwalior, Ghanshyam iba en el coche de detrás y luego nos seguía un tercer vehículo. En un determinado momento, el jeep se detuvo y un policía bajò corriendo del tercer coche y se acercò a nosotros.

-Una persona quiere hablar contigo. Sígueme.

Bajè del jeep y a los pocos segundos me encontrè cara a cara con el cañòn de un Sten. No sabìa què pasaba. De repente, me vi rodeada de policías, que apuntaban con el arma al agente del Sten. Me devolvieron rápidamente al jeep y arrancamos. Todo el asunto había durado menos de un minuto. Una voz anunció por la radio de la policía que Phoolan Devi acababa de salir ilesa de un atentado. Aquel agente era un impostor que se había hecho pasar por el comisario del distrito de Etawah. Viajaba en el tercer vehículo y la policía de Madhya Pradesh le había descubierto justo a tiempo.

El comisario de Gwalior estaba disgustadísimo.

-¿Por què bajaste del vehículo? –me preguntò-. Has de tener cuidado, Phoolan. Procuramos protegerte, pero han estado a punto de matarte y estropearlo todo.

Seguimos a toda velocidad hacia la cárcel. Yo sòlo pensaba en la prisión.

Los àrboles de la carretera se alejaban de mì como la selva y la libertad.

Una vez, hacia mucho tiempo, en la selva, llovía a càntaros y no veìa màs que agua delante de mì. El agua del cielo había inundado la selva y el Yamuna se había desbordado.

Había estado observando a un sadhu que nadaba en el rìo.

Llevaba en las manos dos hojas de palmeras para avanzar mejor contra corriente. Le conocíamos bien pero nunca nos atrevìamos a visitar su templo porque siempre insultaba a los dacoits.

Habíamos acampado en la colina y le observè debatirse en el agua, procurando que no me viera para que no me insultase.

Tardò mucho en conseguirlo, pero al fin llegò a la otra orilla, cerca de donde habíamos acampado. Era la primera vez que se aproximaba a nosotros. Yo fui hacia èl y le toquè los pies.

-¿Por què no vienes nunca a mi templo? –me preguntò.

-Baba, tù siempre estàs insultando a los dacoits. Tengo miedo de que me maldigas.

-Me complace verte de cerca. Ven ahora a mi templo.

Fuimos al templo y yo recè e hice ofrendas de dinero a las imágenes de los dioses. El sadhu se me quedò mirando fijamente a los ojos y augurò:

-Dentro de seis meses estaràs en la cárcel, hija mìa.

-No digas eso –gritè yo-. Preferiría morir antes que ir a la cárcel.

Aquel día había jurado que nunca hablarìa con un policía, ni dejarìa que nadie me convenciera de que me entregara.

Mientras el jeep seguía avanzando rápidamente, comprendì que había olvidado la predicción del sadhu.

Había olvidado mi destino.

37.

Las enormes verjas de hierro se tragaro el jeep; nos mandaron bajar en un patio. Estaba rodeado de muros altos y no se veìa nada. Una puerta de hierro muy alta se abrió y volvió a cerrarse a nuestro paso.

-Dame el cuchillo –me dijo un guardia de la cárcel.

Me había negado a entregarlo en la ceremonia de rendición y no estaba dispuesta a hacerlo en la cárcel.

-¿Y si salgo a dar un paseo? Es lo único que tengo para defenderme si me ataca alguien. Me lo guardarè en el cinto.

Todavía no entendía que no iba a salir. Me habían dicho que en la cárcel tendría libertad de movimientos. Creía que eso significaba que podría ir al mercado a comprar comida, pararme a hablar con la gente en la calle y volver a la cárcel para dormir.

Me rodeaban unos veintidós guardias que permanecían a prudencial distancia. Me sentía acorralada, llena de dudas y desesperación. Lamentaba haber firmado el papel del Gobierno de la India. No estaría allí si no hubieran utilizado a mi familia para chantajearme. Los guardias no se movieron y tardaron un rato en aclarar el asunto del cuchillo. Tuvieron que ir a hablar con el director. Me ofrecieron una silla mientras esperábamos. Tampoco quise sentarme en ella. Lo hice en cuclillas como siempre. Los guardias menearon la cabeza con desesperación.

Al fin apareció el director y me convenció de que entregara el cuchillo. Me explicó que allí nadie llevaba armas, que iba contra las normas, y añadió sonriendo que no lo necesitaría. Prometió guardármelo bien. Me resignè. Estaba demasiado cansada para discutir.

-Ya sè lo que querèis –gritè-. ¡Querèis matarme!

Me explicaron que no pensaban hacerme ningún daño. Sólo iban a llevarme a la sección de mujeres.

Entonces perdí la paciencia. Volví a acuclillarme y me negué a moverme. Me habían prometido habitaciones especiales. Una de las condiciones de la rendición era que podría estar con mis hombres. Me levantè y volví hasta la puerta de hierro, gritando que no pensaba quedarme allí. Entonces los guardias se pusieron nerviosos. Pidieron órdenes por sus radios portátiles.

Por último, me condujeron a la zona opuesta de la prisión.

Crucè otra puerta de hierro que se cerrò detrás de mì y me encontrè en una sala con Malkan Singh y sus hombres. Ellos se habían entregado antes de nosotros. De allí me llevaron a una segunda sala en la que estaban Ghanshyam y su banda. Y había otra sala para mì.

Esta última tenía barrotes en las ventanas y daba al patio. En cuanto me dejaron sola, los dacoits se acercaron a los barrotes con guirnaldas.

-¡Larga vida a Phoolan Devi! ¡Larga vida a Phoolan Devi!

Vi a mi contable Lakhan, a Muniram, a Kharag y Jhallar y también estaban con ellos algunos hombres de la banda de Baba Ghanshyam.

Pero la cárcel no era como me la había imaginado. Me sentía incòmoda en la gran sala destinada a doscientos o trescientos presos que habían sido desalojados y ahora estaban en el patio, para acomodarme a mì. Tenía el suelo de cemento, un catre de hierro con un colchòn y una sàbana.

Me dolìa el estòmago y estaba cansada, pero no podía echarme. Di vueltas por la habitación escuchando el eco de mis pisadas. Por último llevaron al mèdico de la cárcel, quien me dio una pastilla asegurándome que me calmarìa el dolor. Pero cuando me preguntò dònde me dolìa, no supe decírselo. En todas partes.

Al fin me quedè dormida mirando el techo alto enyesado y los muros de piedra.

Aquella primera noche me despertè tres veces sobresaltada, gritando órdenes a la banda.

-¡En marcha! Nos vamos.

Las dos carceleras que hacían guardia al otro lado de los barrotes también se despertaron.

-¿Adònde crees que vas?

Creía que estábamos en la selva, que teníamos que levantar el campamento y nos habíamos dormido. La expresión aterrada de las guardias y los muros de piedra me devolvieron a la realidad. Me desperté otra vez a las cuatro de la madrugada, como en la selva.

Examiné mi nueva selva. En el patio de tierra rojiza había tres árboles grandes, dos mirtos y un baniano. En el centro, sobre un montículo de tierra, destacaba un pequeño altar dedicado a Siva. El patio era inmenso y estaba rodeado de edificios como el mío, donde los dacoits dormían en grupos. A un extremo del mismo estaba el comedor. Me dejaron salir a hacer ejercicio. Di una vuelta por mi nuevo universo, a la cálida luz de la mañana. Había un grifo de agua en un rincón y algunos prisioneros se estaban lavando la cara.

Fui hasta la verja de la entrada.

-Abre la puerta que quiero salir –le dije al centinela.

-Por favor, bahanji, no me pidas eso.

-¿Por qué no?

-Porque me echarían del trabajo.

-¿Pero qué dices? ¡Puedo entrar y salir cuando quiera!

Se acercaron algunos dacoits y me explicaron que tendría que pasear por el patio como los demás.

-Pero ahí fuera hay un campo lleno de hierba. Sólo quiero dar un paseo.

-No está permitido. Deberás hacer lo mismo que nosotros.

Así que me habían engañado.

Pregunté dónde estaban los retretes y me indicaron el edificio que utilizaba todo el mundo.

El olor era espantoso. El suelo estaba cubierto de barro y excrementos y salí de allí echando pestes antes de desmayarme. Di tales gritos que los guardias mandaron a dos presos limpiar los retretes. Pero se limitaron a echar unas paladas de porquería en un cubo y vaciarlo en el sumidero que había fuera, con lo que un olor nauseabundo se extendió por el patio.

Luego decidí darme un baño. Me habían preparado un recinto de bambú con la techumbre de bálago para que no me vieran los hombres. Me sentí mejor.

Pero la comida volvió a revolverme el estómago. Los chapatis eran negros y sabían a harina mezclada con arena. Las lentejas también eran negras. No había mantequilla, sólo un aceite vegetal asqueroso. El té parecía agua turbia del Yamuna. Claro que yo nunca bebía té, sólo agua. En la selva nadie bebía té. Aquel primer día en la cárcel, me resigné a ayunar. Mientras tanto, se había congregado en la puerta una gran multitud. La gente se encaramaba a las verjas y me llamaba a gritos, suplicando a los guardias que me sacaran. Fui hasta allí, hecha una furia.

-¿Qué queréis de mí, malditos perros? ¡Marchaos a casa con vuestras madres!

Salió el director de la cárcel quien se quedó sorprendido ante mi cólera.

-Esta gente sólo quiere verte, Phoolan. Es normal. Yo también sentía curiosidad por saber cómo eras cuando vivías en la selva. No tienen mala intención. Ahora no estás allí, nadie va a amenazarte con un fusil.

Permitió que entrara en la cárcel un grupo de gente.

Aquello se repitió varios días. Se sentaban en un banco debajo de los árboles y me llamaban. Si me negaba a salir, entraban en la sala donde dormía.

Los peores eran los periodistas. Estaban empeñados en hacerme fotografías ridículas. Como no quería sentarme en sillas, dijeron que sería interesante fotografiarme acuciada en el suelo. ¡Muy interesante! No sabía sentarme de otra forma. No podía acuciarme en una silla. Si me rascaba la cabeza,

me hacían una foto; si les insultaba, me la hacían de nuevo. Hasta que intentaba quitarles las màquinas. No soportaba que me fotografiaran. Cuando oía el clic de una màquina me convertía en una tigresa.

Al tercer día, apareció un individuo que me dijo que se llamaba Ashok Roy. Me explicó que había hecho un película titulada “Kahani Phoolan Ki (la historia de Phoolan)” y que había esperado a ver si me mataban o me encarcelaban para terminarla. Empezó a enseñarme fotos. Le agarré del cuello de la camisa, hecha una furia.

-¿Còmo te atreves? ¿Qué es todo eso de una película? ¿Què pretendes?

Lo zarandè y se le rompió el cuello de la camisa. Salió a toda prisa, despavorido, llevándose sus fotos.

Yo querìa saber còmo se había atrevido a tomar aquellas imágenes de mi vida sin mi permiso. Había ido una vez al cine en Nepal, pero en realidad no sabìa lo que era una película. Antes de que apareciera aquel individuo, algunos prisioneros me habían dicho que una película era mal asunto y que me causaría muchos problemas. Me explicaron que las películas contaban muchas mentiras pero que la gente se lo creía todo.

-Una película es una gran catástrofe –me dijo un preso-. Caerà sobre ti como un ciclòn.

Me pasè horas pensando què sería realmente una película para que pudiera caerte encima. ¿Era algo que se colgaba como las imágenes de los dioses? Una película de mi vida podría ser algo que enseñaran en el juicio... Me habían dicho que una película se rodaba y se lanzaba y pensé si sería algo que se colocaba en un arma para disparar a alguien. Me hubiese gustado preguntárselo al individuo, pero había escapado corriendo como un conejo asustado.

Me alegrò que se fuera tan rápidamente, pero me advirtieron de que aquello era sòlo el principio.

-No creas que te has librado del todo. Pase lo que pase no podràs evitarlo. La película ya està hecha, èl sòlo querìa verte. Y ahora que ya te ha visto, no volverá a preocuparse por tì.

¿Por què querían verme todos? Lo sabìa muy bien. Porque era una mala mujer. ¿Por què me pedían que me sentara en una silla, por què me hacían comer mierda, por què iban todos a indagar sobre mì? Porque era una mala mujer.

Era como un gato montès enjaulado. Pero no cedì lo màs mínimo. Me negué a quitarme el uniforme cuando me comunicaron que no podía llevarlo. Les gritaba a los guardias, interpretando palabras inglesas que utilizaban como insultos. A ellos simplemente les parecía divertido y yo tardè varios días en comprender por què. Resultaba una fuente de beneficios para ellos. Acudían cientos de personas a verme para lo cual el personal de la cárcel les obligaba a pagar, y yo podía enfadarme y despotricar cuanto quisiera.

Cobraban diez rupias por persona. Al director no le importaba. Me propuso darme una parte, pero no aceptè, le dije que no estaba allí para entretener a la gente. Pero eso no impidió que las cosas continuaran. A veces cobraban hasta cincuenta rupias. Incluso establecieron tarifas de grupo. Entraban en grupos de diez, veinte o màs. Yo me escondìa en un rincón y los guardias venían a suplicarme que saliera. Me indignaba tanto aquel espectáculo absurdo que al final salía para insultarlos. Pero les tenía sin cuidado.

Por eso, cuando al cabo de una semana los guardias me avisaron de que tenía visitas, no les hice caso. Respondì que no querìa màs visitas.

-No. No es el público. Es tu familia.

El Gobierno de Madhya Pradesh había instalado a mi familia en un albergue de peregrinos religiosos, cerca de Gwalior. Vinieron a verme todos. Les observè cuando cruzaban el patio: mi madre, mi padre, mis hermanas y mi hermano. Les hice pasar a mi amplia celda vacìa, furiosa como de costumbre.

Mi padre tampoco había cambiado. Estaba resignado y abatido como siempre.

-¿Por qué has venido, buppa? –le preguntè-. ¡Estoy aquí por vosotros! Pero no pienso quedarme. Voy a suicidarme.

Mi padre toda su vida se había negado a aceptar que no fuera como las demás niñas. Me decía que tendría problemas por mi forma de hablar. Según èl, las chicas tenían que ser calladas, no debía ser testarudas.

Las niñas de mi aldea no se portaban como yo. No se les permitía reírse en público ni andar por ahí solas ni replicar cuando alguien les hacía proposiciones indecentes. Yo me había rebelado y mi padre nunca pudo soportarlo. Èl siempre evitaba los enfrentamientos. Nunca fue capaz de defenderse. Era un hombre sencillo y piadoso; decidido a morir como había nacido, en la esclavitud. Su humildad me espantaba. Y cuando al fin tuve a Mayadin delante y le encañonè con el fusil, mi padre le pidió sólo cinco bighas de tierra.

Había dudado de èl por primera vez a los quince años, cuando salí de la cárcel y le vi inclinarse delante de Mayadin. Me habían torturado, casi me habían matado por culpa de aquel cabròn y mi padre se inclinaba ante èl y le saludaba con respeto. No podía soportarlo. Entonces había comprendido que nadie me protegería, cuando la policía de Kalpi me llamó puta y mi padre se tapò la cara...

Aquel día en la cárcel de Gwalior, en aquella prisión siniestra y corrupta donde me exhibían como a un bicho raro, maldije a mi padre. Pero èl no se amilanò por mis insultos. Me posò la mano en la frente con ternura para calmarme, como cuando era pequeña.

-No tengas miedo, hija. Busca la paz y la encontrarás. Tu vida aquí en la cárcel es màs fácil que la que llevabas en la selva. Ya te acostumbraràs. No riñas con nadie. Sè buena y amable. Encontraràs la paz.

-¡No me vengas con sermones! No pienso quedarme aquí. ¡Apesta! Mira a tu alrededor, es repugnante e inhumano. Mira esta comida. He tenido que pagar para que me la trajeran de la calle, porque si no, hay que comer porquería. Siempre quisiste que me resignara y ahora quieres que me resigne también a estar aquí.

Mi única alegría fue ver a mis hermanas Rukmini, Choti y Bhuri y a mi queridísimo hermano. Pero estaba resentida con mi padre y no pude contenerme, aunque después lo lamentè amargamente.

No volví a verle. Murió sin que pudiera pedirle perdón por mi cólera.

A los ocho días, comprendí lo que era la cárcel. Supe que no iba a salir.

Construyeron una casita para mì. Me instalaron en ella cuando aún no habían terminado el tejado. Tenía dos habitaciones, una con retrete y lavabo y otra màs pequeña para dormir. Estaba rodeada por un muro alto con una verja. Entre el muro y la puerta de la casa había un poco de césped y detrás de la casa, un huerto. Plantè pimientos y tomates, berenjenas y patatas. Karan, un antiguo dacoit, me hacía la comida.

-No eres un animal –me dijo el director de la cárcel-. Esfuérzate por convertirte en un ser humano. Recibe a la gente amablemente, con respeto, y dedica un poco de tiempo a la oración.

Comprendí que iba a tener mucho tiempo allí en Gwalior. La selva se había quedado atrás, muy lejos. La libertad y la emoción de ser dacoit, correr de una aldea a otra y hacer la ley habían terminado. Tenía que aprender a arreglármelas en la cárcel. Al contrario que otros jefes de bandas, yo no tenía dinero. No me había hecho dacoit por dinero. Lo que màs me gustaba era dárselo a la gente. Pero para conseguir comida de la calle lo necesitaba. Vomitaba la bazofia que nos daban. Lleguè a la cárcel con sólo nueve mil rupias. Otros bandidos tenían los bolsillos llenos. Un día, unos periodistas se enteraron de que pagaba para conseguir comida aceptable y me dieron dinero y me dijeron que me llevarían fruta si quería. Pero les entendí phoot, que en hindi es un fruto silvestre que no podía digerir. Así que rechacè su oferta. Luego se lo expliqué a la carcelera y ella se dio cuenta de mi error y se echò a reír a carcajadas.



Otra periodista me preguntò si tenía algún plan de matrimonio, si me gustaría tener un hogar algún día, un marido y convertirme en una señora.

Montè en còlera. Creì que señora era un insulto. Pero ella sòlo quería saber si iba a casarme.

Le dije que no tenía planes.

El director me contò que Man Singh decía que era mi marido. Se lo preguntè a èl y lo negó. Siempre tuvo una veta cobarde. Alegò que se había referido a mi fusil. Pero luego me explicaron que desde la rendición se dedicaba a presumir de muchas cosas. Creo que me tenía envidia. Para acabar con esto, declarè delante de todos que no tenía marido y que nunca lo tendría. Pero no me faltaron ofertas. Para mi gran sorpresa, recibì bastantes propuestas de matrimonio. Por ejemplo, de un joven de una familia Jaina de Delhi. Tenian veinte años. Le rechacè amablemente. Luego me propuso matrimonio un punjabi y después un sij. El sij era un hombre corpulento, con un enorme turbante y una sola pierna. Me dijo que era riquísimo, que tenía una empresa de transporte con muchos camiones y que depositarìa cien mil rupias para mì en la cárcel. Ya tenía esposa e hijos, pero quería casarse conmigo.

-Quiero demostrar al mundo que hay hombres lo bastante valientes para aceptar a una mujer que ha ido por mal camino. Quiero tener la satisfacción de ayudar a una mujer como tù cuando lo necesita.

Incluso hubo un francés que me dijo que poseìa varias fàbricas. Me contò que era rico y que quería trasladarse a la India y casarse conmigo. Incluso estaba dispuesto a pagar para que me liberaran. Su intèrprete se pasò dos horas preguntándome si quería casarme con aquel francés.

No me hacìa ninguna gracia que dejaran entrar a la gente a la cárcel sòlo para mirarme, hacerme fotos, interrogarme y luego para proponerme matrimonio.

El matrimonio me estaba vedado. Ni siquiera me lo planteaba desde que Putti Lal me había repudiado y mi aldea me había rehuido como si tuviera una enfermedad contagiosa.

Conservaba profundamente grabados en la memoria el día en que ni un alma de mi comunidad me ayudò a sacar un buey muerto de mi casa, el día en que me prohibieron sacar agua del pozo, el día en que me llamaron puta y me preguntaron con cuàntos hombres había estado cuando salì de la cárcel de Orai. Vickram me había ayudado a olvidar todo aquello durante un tiempo, pero Vickram había muerto.

Los hombres seguían pareciéndome demonios. Lo serian siempre.

Me resultaba imposible contestar a los periodistas que me preguntaban por las torturas a que me había sometido Sri Ram. Los echaba. Sòlo yo sabìa lo que había sufrido. Sòlo yo sabìa lo que era estar muerta en vida. A la edad en que las jóvenes esperan pacientes a sus esposos haciendo chapatis agachadas junto al fuego, yo era una piedra en la selva, una piedra sin emociones ni remordimientos.

Ya no era una mujer. Y una piedra no podía casarse con un hombre cuando había sido un hombre quien la había hecho piedra.

38.

Tenian que haberme puesto en libertad en 1991. Cuando me entreguè, me prometieron que me juzgarian, pero el juicio nunca se celebrò.

Sin embargo, conseguí algo que no había negociado en mi lista de condiciones. Aprendì a sobrevivir en su mundo.

Aprendì que todo podía comprarse y venderse. Los dacoits poderosos luchaban entre ellos por el título de jefes. Explotaban y robaban a los inferiores. Convirtieron la cárcel en una selva.

Así supe que algunos se habían hecho dacoits por dinero. Alardeaban de haber robado a los pastores ovejas, búfalos, caballos o camellos que luego exportaban cruzando la frontera a Etawah en Uttar Pradesh y haciendo todo el camino por las montañas del Himalchal Pradesh. Conocí a un jefe de una banda llamado Dasyu Sarmrat, el rey de los bandidos, que tenía la desfachatez de alardear de haber traficado con mujeres. Las raptaba y las vendía a los gujares que no encontraban esposa. Vendía a una mujer por diez mil rupias, a veces por quince mil. Todos querían ser los príncipes o los reyes de los bandidos, todos tenían dinero en la cárcel, pero nunca pensaban en los pobres a los que habían aterrorizado y explotado ni en las mujeres que habían torturado.

El director de la cárcel de Gwalior era igual que ellos, corrupto hasta la médula. Permitía que las locas se mezclaran con los presos comunes y muriesen como perros con los cuerpos escuálidos comidos por las ratas. Yo vi los cadáveres mordidos. No dejé de protestar y luchar mientras estuve allí. Protestaba a diario por la suciedad, la desidia y la corrupción. Hice huelga de hambre dos veces, hasta llegar al borde de la muerte, para conseguir que nos dieran un trato digno.

El día que asesinaron a Indira Gandhi lloré desconsolada. No la había visto nunca, pero nos había ayudado mucho a mí y a mi familia y yo sabía que en adelante nadie respetaría el acuerdo que su Gobierno había hecho conmigo. Me había quedado sola. No había muerto sólo la madre de la India, sino también “mi madre”. Los otros dacoits se rieron de mí y me dijeron que ya no me darían ningún trato especial.

-Se acabó, Phoolan. El campamento de vacaciones de Indira ha cerrado.

Al principio, todavía contaba con la protección del gobernador Arjun Singh. Él me animó a aprender a leer, a tratar a la gente con respeto y a hablar correctamente. Mi madre podía pedirle lo que necesitara la familia. Pero sólo siguió en su cargo once meses después de que me entregara; luego lo nombraron gobernador del Punjab. Los dacoits se rieron todavía más entonces.

-¡Llama ahora a tu gobernador para que te ayude!

Después conocí a algunos presos políticos que me prometieron que lucharían por mí cuando salieran de la cárcel, pero yo no entendía lo que querían decir con política. Fuera de la cárcel sólo conocía un mundo: las aldeas y la selva.

Aprendí más cuando tuve un televisor. Me lo regaló la hija de un industrial. No había visto nunca la televisión. Me quedé pasmada cuando la pusieron. No comprendía que una imagen tan grande pudiera pasar por un cable tan pequeño.

Fue como la primera vez que hablé por teléfono. Sabía lo que eran los teléfonos, había visto a la gente utilizarlos pero yo nunca lo había hecho. Me dieron el receptor y no sabía ni cómo cogerlo. Lo mantuve a cierta distancia y lo colgué asustada.

Cada vez que sonaba, lo descolgaba y volvía a colgarlo. Por último oí un ruido y me lo acerqué al oído.

-¿Phoolan?

Era el director de la cárcel que me llamaba al hospital. Me impresionaba tanto tener que hablar por aquel aparato que lo colgué otra vez como si al otro lado de la línea estuviera Dios en persona.

Me habían llevado al hospital porque estaba enferma. La tortura, la selva, y las huelgas de hambre me habían debilitado y un día decidieron operarme de un tumor. Me condujeron al hospital de la cárcel y justo antes de la operación vino a verme un hombre que me traía comida. Yo no sabía quién era. Se trataba de un guardia o de un policía. Insistió en que comiera lo que había traído para mantener las fuerzas. Pero las enfermeras me habían advertido que no podía tomar nada antes de la anestesia. Además me habían operado antes de un quiste en la cárcel y ya no era el mismo animal salvaje e ignorante del principio.

Sali de la habitación pidiendo socorro a gritos y me negué a dejarme atar a la camilla. La operación del tumor podía esperar.

Al día siguiente, un periódico publicó un artículo que decía que Phoolan Devi se había vuelto loca, que había golpeado a una doctora y se había escapado del hospital. Luego vino a verme un periodista y me aconsejó que hiciera todo lo posible por salir de la cárcel porque mi vida corría peligro. Alguien había ofrecido quinientas mil rupias para que me matasen.

Todavía no me habían juzgado. Parecía que se habían olvidado de mí. Todos los dacoits habían salido de la cárcel a los cuatro o cinco años, pero era como si a mí quisieran quitarme de en medio. Por lo visto, incluso en la cárcel una mujer tenía que esperar en silencio. El tribunal supremo no me había dado más que una autorización para que me trataran en el hospital de Delhi.

La noche que me marché, lloraron todas las locas de Gwalior y también los niños. Yo recé por mi seguridad ante el pequeño altar de ladrillo que había dedicado a Durga. Me sacaron del pabellón de mujeres a medianoche y tuve que esperar tres horas delante de la verja hasta que me hicieron subir a un furgón blindado, rodeada de policías de Madhya Pradesh. Los conté mientras esperábamos el tren en la estación. Había dieciocho policías. Cuatro mujeres y catorce hombres.

Hacía mucho tiempo que no llevaba uniforme y ya había aprendido a sentarme correctamente en una silla. En el tren era una mujer normal y corriente vestida con un sari rojo. Nadie me reconoció. Pero debieron de preguntarse por qué lloraba...

Lloraba en silencio porque antes de irme los prisioneros de Gwalior me habían dicho que nadie salía de la cárcel de Tihar. Me aseguraron que me encerrarían allí y que me violarían y me torturarían. Y aunque hubieran exagerado, tenía que someterme a una operación.

El tren me llevaba lejos de Gwalior y mi familia, de mi madre y mis hermanas. No sabía los meses o años que pasarían hasta que volviéramos a vernos. Hacía mucho que no veía a mi madre y la última vez ella estaba triste y fatigada, como si nunca fuera a dejar de llorar a mi padre.

De pronto oí cantar a un mendigo...

-Durga maiya karengi beda para...

Cantaba que la diosa Durga me ayudaría a cruzar el río.

Me animó. Le di cincuenta rupias para que siguiera cantando y volvió tres veces a cantar antes de que el tren llegara a Delhi.

La prisión de Tihar era otro mundo.

Me instalaron en la celda número diez, una habitación para mí sola; tenía un banco de cemento con un colchón sobre el mismo por cama. Las carceleras eran mujeres jóvenes y me ayudaron a hacer un altar nuevo con unos taburetes de madera, en los que puse algunas imágenes que rodeé con incienso y flores.

A la mañana siguiente, cuando estaba rezando, oí que alguien me llamaba desde fuera.

-¿Qué haces, Phoolan?

Entró en la celda una mujer.

-Ah, estás rezando. Perdona, sigue.

Cuando acabé las oraciones me volví hacia ella. Vestía una kurta blanca y una chaqueta gris larga. Tenía el cabello castaño corto como un chico y una expresión animosa y franca.

-Namastè –le dije. Mis modales habían mejorado-. ¿Puedo saber cómo te llamas?

-Soy la directora de la prisión. A lo mejor has oído hablar de mí. Me llamo Kiran Bedi.

Me habían hablado de ella y además la había visto en la televisión, pero no la había reconocido. Kiran Bedi era inspectora general de prisiones, una mujer respetada por los guardias y los policías. Era la

mujer en quien te gustaría convertirte, instruida y poderosa. Yo pude comprobar personalmente que tenía autoridad y que sabía emplearla justamente. Era implacable cuando se trataba de corrupción.

-Me alegra verte rezando, Phoolan. Es una buena costumbre. Aquí estarás a gusto, no te preocupes, pronto saldrás. Va contra la ley en la India que permanezcas retenida tanto tiempo sin juicio. Voy a ocuparme de que se presente un recurso en el juzgado.

Era más de lo que yo esperaba. Una mujer afable y sonriente que hablaba de mi libertad y daba instrucciones para que me alimentaran bien, órdenes de que me dejaran en paz, órdenes para que cuidaran de mí.

Cuando me llevaron al Instituto Indio de Ciencias Médicas, protegieron bien el hospital, con policías en los corredores.

En Gwalior me habían tratado como a un animal. Antes de la primera operación tenía la sensación de que iban a descuartizarme como a un ratón y tirarme al cubo de la basura. Pero en Delhi todo era pulcro y cuando me examinaron me preguntaron dónde me dolía.

Me pusieron un tubo fino en la boca y me lo introdujeron por la garganta. Era una cámara en miniatura para examinarme el estómago. Vi en la pantalla una mancha oscura como un cardenal. Los médicos fueron amables y considerados. Antes de la operación me explicaron con palabras sencillas lo que iban a hacer. En Gwalior sólo me habían dicho que tenía veneno en el organismo, como si me hubiera mordido una culebra. Y cuando me dijeron que iban a ponerme sangre Rhesus me asusté. Creí que iban a ponerme sangre de macaco. Les supliqué que no me convirtieran en un mono. En Gwalior nadie se había esforzado lo más mínimo por entender mi dialecto ni por comunicarse conmigo. Me consideraban ignorante y estúpida y les tenía sin cuidado que siguiera siéndolo.

En Delhi me operaron de la úlcera de estómago. Hacía mucho que tenía dolores y no desaparecían. Transcurrió todo tan tranquila y suavemente que no podía creerlo. No dejaba de tocarme el vendaje para convencerme. La úlcera dejó de torturarme. Y cuando volví a mi celda, la cólera y la preocupación de fueron disipando lentamente. El verdadero veneno, el de la desconfianza y el miedo, desapareció poco a poco de mi organismo.

Un día oí en la radio que el Gobierno de Uttar Pradesh había retirado las acusaciones contra mí.

No podía creerlo. Estaba tan contenta y tan confusa que me golpeé la cabeza para asegurarme de que estaba despierta. Comprobé también la radio para ver si funcionaba. Las chicas de la celda contigua saltaron de alegría y golpearon los barrotes con los platos metálicos. Creí que iba a volverme loca de alegría. El director de la cárcel de Gwalior siempre decía que acabaría enloqueciendo. Y cuando me trasladaron al pabellón de mujeres, me encerraron con las locas durante un tiempo. Recordé entonces lo que me había dicho él y casi llegué a pensar que tenía razón. Sin duda me había vuelto loca y oía cosas que no existían.

Pero no lo estaba. Lo repitieron en las noticias varias veces aquel día.

A la mañana siguiente, la señora Kiran Bedi vino a verme y me lo comunicó oficialmente.

-Pero pueden pasar seis meses hasta que quedes en libertad. Hay muchos trámites. El Gobierno estatal de Uttar Pradesh ha retirado las acusaciones, pero el tribunal supremo de Delhi todavía tiene que tomar la decisión final. Quizás haya que esperar un tiempo.

-Me da igual. Que el tribunal supremo tarde el tiempo que sea necesario. ¡No me importa seguir aquí otro año!

Había llegado allí sin esperanzas de salir algún día. Estaba segura de que me enviarían de nuevo a Gwalior y que acabaría en aquel lugar mis días, olvidada. Había preguntado incluso por qué se molestaban en alimentarme. Sería mejor que muriera rápidamente.

El tiempo no me asustaba lo más mínimo.

Durante los meses siguientes, recibí cartas y telegramas de felicitación de toda la India.

En febrero de 1994, once años después de entregarme, las puertas de la cárcel de Tihar se abrieron para mí. Estaba en libertad, pero tenía que permanecer en mi residencia con protección policial. Me dijeron que mi libertad era provisional y que debía esperar a que el tribunal supremo dictara la resolución.

Ya no era la misma persona.

Ya no era la niña ignorante que creía que el mundo terminaba donde acababan los campos y que el sol se ahogaba cada noche en el río. Ya no era el animal salvaje que luchaba con la ferocidad de Durga para sobrevivir en la selva. Ya no sentía ningún deseo de venganza.

Todavía no sabía leer ni escribir, pero sabía ver, oír y comprender mejor a las personas y las cosas de este mundo.

En mi aldea dicen que cuando el demonio Kans golpea con su rayo a una niña al nacer y la mata, ella sube al cielo y se convierte a su vez en rayo.

El demonio me había golpeado a mí con el rayo y me convertí en rayo para todos.

Han hablado de mí muchas personas sin que yo pudiera hacerlo por mí misma nunca. Muchas personas me han hecho fotografías y las han distorsionado a su conveniencia. Muchas personas despreciaron a la pequeña campesina, a quien no habían conseguido aniquilar pese a las torturas y las humillaciones.

He tendido muchas veces las manos sin que nadie me ayudase. Me llamaban peste y criminal.

Yo no me consideraba perfecta, pero tampoco una criminal. Sólo había devuelto a los hombres lo que ellos me habían hecho sufrir.

Había visto todo género de bandidos. Los asesinos intentaron quitarme la vida, los periodistas intentaron conseguir mi historia y los directores de cine filmarme. Todos creían que podían hablar de mí como si yo no existiera, como si siguiese sin tener ningún derecho a que me respetaran. Los bandidos habían intentado torturar mi cuerpo, pero los otros intentaban torturar mi espíritu.

Èsta es la primera vez que una mujer de mi comunidad puede contar la verdad sobre su vida y dar testimonio público de la injusticia que tenemos que soportar.

Espero que el testimonio ayude a otros, que ayude a otras mujeres, hermanas mías que han sido humilladas, y a mis hermanos que están siendo explotados.

Quería demostrar que todos tenemos honor, sean cuales fueren el origen, la casta, el color de la piel o el sexo.

Quería que me respetaran.

Quería que dijese: Phoolan Devi es un ser humano.

Porque entonces lo dirían también de otros.

Empezaba una nueva lucha, pero sería diferente. Había sobrevivido en las aldeas y en la selva, y había pedido a Dios que me permitiera sobrevivir en la ciudad para ayudar a los que sufren como he sufrido yo.

Tal vez en la próxima vida el destino no sea tan cruel conmigo.

Que Durga escuche su oración:

Canta mis hazañas.

Cuenta mis batallas.

Mis luchas con los diablos traicioneros.

Perdona mis culpas.

Concédeme la paz.

## NOTA SOBRE LAS CASTAS.

La división de la sociedad hindù en numerosas castas (que se remonta al comienzo de nuestra era) al parecer tuvo en principio la función de definir la distribución del trabajo en el seno de la población.

En una primera época se constituyeron tres castas principales:

Los brahmanes: sacerdotes y maestros, estudiosos de los textos sagrados.

Los chatriyas: guerreros, encargados de defender al país contra los invasores y velar por el cumplimiento de la ley y el orden social.

Los vasyas: comerciantes.

Los habitantes de origen no indo-europeo pero hinduizados fueron considerados siervos de las tres castas anteriores. Se reagruparon posteriormente en otra casta: los sudras, artesanos y campesinos.

Cada una de estas cuatro castas principales incluye muchísimas subcastas, según las profesiones. En principio, el sistema de castas era flexible y permitía cierta movilidad según los talentos y aspiraciones de cada cual. Pero al significado original se añadió un significado religioso y el sistema se hizo más rígido, hasta transformarse en una estructura completamente cerrada en que las divisiones quedaban definidas por el nacimiento. Este sistema ha constituido a lo largo de los siglos un medio eficaz que ha permitido a las tres primeras castas explotar e incluso oprimir a la cuarta. Los parias o sin casta ( y entre ellos los intocables) son una quinta parte de la sociedad, todavía más desfavorecida que la casta de los sudras.

La democratización de la India moderna y el despertar de la conciencia política, gracias a la voz de hombres como Mahatma Gandhi, el fomento de la educación y las mayores oportunidades económicas han minado esta estructura social cerrada, sobre todo en las zonas urbanas e industriales. Pero el proceso afecta poco a las zonas rurales y menos todavía a las regiones atrasadas económicamente. La región donde nació y creció Phoolan Devi representa una de las zonas de la India donde más lento es el cambio. La ley de 1955 “contra la discriminación racial y religiosa” no ha conseguido acabar con un sistema profundamente arraigado en la mentalidad y las costumbres, y que sigue siendo todavía hoy uno de los rasgos más llamativos de la sociedad india.

### *Thakures y mallahs.*

Los thakures pertenecen a la casta de los chatriyas (guerreros). En las zonas rurales casi todos son propietarios de tierras. El fácil acceso a la enseñanza y la “revolución verde”, que ha cambiado radicalmente el paisaje agrícola de la India, les ha permitido mejorar las condiciones de vida.

La casta de los mallahs estaba formada en principio por los barqueros y en general por los que se dedican a una actividad relacionada con el río. Es una de las numerosas subcastas de los sudras. Su estatus social y económico es bastante miserable.

Título de la edición original: *I, Phoolan Devi*.

Traducción del inglés: Angela Pèrez.

Cedida por Ediciones B, S.A. 1996.